SERIE CRAVE

hechizo

El tiempo no existe. Déjate atrapar.

TRACY WOLFF

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. GRACE CASI DESTRIPADA (GRACE)
2. DESPACIO, DESPACIO, DAME MI ESPACIO (GRACE)
3. SÍ QUE ME APETECE UNA BUENA TAZA DE TÉ RABIOSO (GRACE)
4. SUS CHORRADAS NO TIENEN NADA DE MAGIA (GRACE)
5. FOGOSO, PERO NO MUCHO (HUDSON)
6. ME ENTRA POR UNA CABEZA Y ME SALE POR LA OTRA (GRACE)
7. EL CANALLA SE VIENE ABAJO (HUDSON)
8. COME, BEBE Y ÁNDATE CON OJO (GRACE)
9. EN UN ABRIR Y ENSEÑAR DE COLMILLOS (GRACE)
10. YO NO SOY EL QUE LLEVA LOS PANTALONES (HUDSON)
11. NO-MUERTA DE SUEÑO (GRACE)
12. GRACE EN BANDEJA (GRACE)
13. SOY TODO UN MÓVIL ABIERTO PARA TI (GRACE)
14. DIARIO DE UN VAMPIRO (GRACE)
15. LA MEJOR DEFENSA ES OTRA DEFENSA MÁS (HUDSON)
16. NINGÚN VAMPIRO ES UNA ISLA (GRACE)
17. LA VIDA ES COMO UNA CAJA DE GALLETAS (GRACE)
18. INTENTANDO GUARECERME (HUDSON)
19. HÍLAME MUCHO (HUDSON)
20. MUCHO RUIDO Y POCO CORAZÓN (HUDSON)
21. CON TUS PENAS A OTRA PARTE (GRACE)
22. PERRO LADRADOR, POCO CASTIGADOR (GRACE)
23. «WELCOME TO MY JUNGLE» (HUDSON)
24. CADA UNO EN «ONE DIRECTION» (GRACE)
25. YO SOY EMO, TÚ ERES EMO, EL MUNDO ENTERO ES EMO

(GRACE)
26. DI PÍO (GRACE)
27. SI LOS BÓXERS HABLARAN... (HUDSON)
28. MÓJATE UN POCO, ANDA (GRACE)
29. UNA TARTA DE DESPEDIDA (HUDSON)
30. SE HA DESCUBIERTO EL PASTEL (HUDSON)
31. ACCIONES Y VÍNCULOS (GRACE)
32. HAY VÍNCULOS QUE NO PUEDEN SER PARA SIEMPRE (GRACE)
33. CRÉETELO O LA PALMARÁS (GRACE)
34. TE HABÍA LEÍDO MAL (GRACE)
35. VIVIENDO UNA PESADILLA (GRACE)
36. HUELE A CHAMUSQUINA (GRACE)
37. NO TE DEJES ARRASTRAR POR EL DRAGÓN (GRACE)
38. ROMPER EL ALBA (HUDSON)
39. MANTÉN LA CALMA Y QUÉDATE DONDE ESTÁS (HUDSON)
40. SALVADOS POR LA GRANJA (GRACE)
41. CULTIVAR HASTA QUE EL CUERPO AGUANTE (GRACE)
42. MENUDOS HUMOS... (GRACE)
43. ONE DIRECTION NO ES UNA BANDA CUALQUIERA (HUDSON)
44. EL PLATO ESTRELLA DEL DÍA (HUDSON)
45. QUE NO TE MUERDAN LAS CHINCHES VAMPÍRICAS (HUDSON)
46. DONDE CABE UNO, NO SÉ YO SI CABEN DOS (GRACE)
47. ME HAS FASTIDIADO LA CAÍDA (GRACE)
48. RECOGES LO QUE SIEMBRAS (GRACE)
49. LA VENGANZA ES UN PLATO (DE VERDURAS) QUE SE SIRVE FRÍO (HUDSON)
50. ELEGANTE COMO UN CISNE (GRACE)
51. UN JARDÍN NO MUY SALVAJE (GRACE)
52. A VER SI DESC-UBRES OTRA FORMA (GRACE)
53. A LO HECHO, PECHO (GRACE)
54. SE TE COME CON LA MIRADA (HUDSON)
55. NO ME FÍO NI DE MI (REINA) SOMBRA (HUDSON)
56. CARGAR CON UN PESO A LAS ESPALDAS (GRACE)
57. ESTO DE ESCALAR UNA MONTAÑA NO ES NADA (HUDSON)

58. CUEVA, DULCE CUEVA (GRACE)
59. TENGO BUEN OLFATO PARA LOS CAPULLOS (GRACE)
60. SABOR A ESPÍRITU ADOLESCENTE (HUDSON)
61. «CARPE DRINK-EM» (GRACE)
62. HOYUELOS Y RIZOS (GRACE)
63. TRES EN RAYA «AND NO CHILL» (GRACE)
64. LAS MENTIRAS VAN QUE VUELAN (HUDSON)
65. VIVE Y DEJA CORRER (GRACE)
66. ABRAZAR NUESTRAS DIFERENCIAS (GRACE)
67. LA PRIMERA REGLA DEL CLUB DEL CANGUELO (HUDSON)
68. TENGO AMIGOS EN LAS ALTAS ESFERAS (GRACE)
69. EL MORADO (AHORA) ES MI COLOR (HUDSON)
70. DEMASIADOS TALENTOS OCULTOS (HUDSON)
71. POR LA POSADA, LO QUE HAGA FALTA (GRACE)
72. PIDE UN DESEO (GRACE)
73. MI MUJER DE ROJO (HUDSON)
74. MIS FANTASÍAS SE CUMPLIRÁN 1D-ÍA (GRACE)
75. UNA CONVERSACIÓN BIEN CARGADA (HUDSON)
76. ALERGIA A LOS DULCES (GRACE)
77. «A-CHOUX» (HUDSON)
78. CONECTADOS (GRACE)
79. ENVUELTO EN UN LAZO ROJO (HUDSON)
80. TE HE PEDIDO A LAS ESTRELLAS (HUDSON)
81. TODO VALE EN EL AMOR Y EN EL LANZAMIENTO DE AROS (GRACE)
82. BRILLA ESTRELLA, BRILLA MÁS (GRACE)
83. EN LA CIMA DEL (OTRO) MUNDO (GRACE)
84. UNA PELEA ENDRAGONIZADA (HUDSON)
85. ME TIENES FRITA (GRACE)
86. PIEDRA, PAPEL O A TU CASA (HUDSON)
87. DEJA QUE ME PONGA UN POCO MÁS ROCOSA (GRACE)
88. ¡PASO, QUE VOY VOLANDO! (GRACE)
89. ESTA PAPILLA NO LE GUSTA A NADIE (GRACE)
90. TE VOY A DAR UN «BRUNCHETAZO» (HUDSON)
91. TENGO MI SED A RAJATABLA (HUDSON)
92. YO INVITO A LA BEBIDA (GRACE)
93. VAMOS A HACER LA CUCHARITA (GRACE)
94. DIME GUARRERÍAS (HUDSON)

95. AL MAL TIEMPO, UN BUEN «BRUNCH» (GRACE)
96. NADA ES GRATIS, NI UN «BRUNCH» (GRACE)
97. VIAJE (EN DRAGÓN) TEMPORAL (GRACE)
98. HABLEMOS DEL DRAGÓN DEL TIEMPO (HUDSON)
99. DESCONFÍA, PERO VERIFICA (HUDSON)
100. Y COMO ACOMPAÑANTE DE LA CENA, LAMENTOS (GRACE)
101. CERO FICHAS EN MI HABER (GRACE)
102. ENTRE LA ESPADA Y LA GRACE DE PIEDRA (GRACE)
103. PÁSAME EL MUSMÚS (GRACE)
104. ME HAS DEJADO DE PIEDRA (GRACE)
105. ESTO SÍ QUE ES TENER LA CARA DURA (GRACE)
106. A ALCALDE REGALADO NO LE MIRES EL DENTADO (GRACE)
107. LA NIÑA BUENA SE HA PILLADO UN BUEN CABREO (HUDSON)
108. QUIERO QUE ME QUIERAS (GRACE)
109. CINCUENTA SOMBRAS DE COLMILLOS (GRACE)
110. TE NECESITO ESTA NOCHE (GRACE)
111. ASTRÓNOMO «AMATEUR» (HUDSON)
112. ESPERANDO A LA INEVITABLE VISITA DRAGONTINA (GRACE)
113. UNA SORPRESA CON SORPRESA SE PAGA (HUDSON)
114. MANDANDO MENSAJES DE HUMITO (GRACE)
115. PONTE A LA COLA (GRACE)
116. UNA SITUACIÓN ESCAMOSA (HUDSON)
117. DE HUMITO, CON AMOR (HUDSON)
118. POR MUCHO QUE DÉ CORTE, ALGUIEN TIENE QUE HACERLO (GRACE)
119. CON UN BUEN PAR DE BOLAS DE DISCOTECA (GRACE)
120. MUERTE EN LA PISTA DE BAILE (GRACE)
121. ASÍ SE SESGAN LAS COSAS (HUDSON)
122. EL AMOR ES COSA DE LAZOS ROJOS (GRACE)
123. AL MAL TIEMPO, UNA GRACE (HUDSON)
124. NO ME SEAS POSADA (HUDSON)
125. HOLA, ARMA SECRETA (GRACE)
126. EL HELADO NUNCA HABÍA MOLADO TAN POCO (GRACE)
127. MENOS DA UNA PIEDRA (GRACE)

128. Y YO CON ESTOS CUERNOS (GRACE)
129. FIESTA DE CHICAS (GÁRGOLAS) (GRACE)
130. UN DISPARO EN LAS SOMBRAS (HUDSON)
131. LA HISTORIA DE ESTA NOCHE (GRACE)
132. SI LO MUERDES, LO COMPRAS (HUDSON)
133. HAZME UNA PROMESA Y JÚRAME NO MORIR ACHICHARRADO (GRACE)
134. LA RUEDA DE LA MALA FORTUNA (GRACE)
135. BDSM: «BONDAGE», DRAGONES, SOMBRAS Y MAGIA (GRACE)
136. LA OSCURIDAD ANTES DEL ALBA (HUDSON)
137. DONDE VIVEN LOS MONSTRUOS DE VERDAD (GRACE)
138. ¡QUITA, BICHO! (GRACE)
139. LANZAMIENTO DE DESCONFIANZA (HUDSON)
140. NO ES NI MI TERCER RODEO (HUDSON)
141. ¿ES UN MAL MOMENTO? (GRACE)
142. LLENA DE LUZ, LLENA DE GRACE (HUDSON)
143. POR OBRA Y GRACE (GRACE)
144. SALIR DE LAS SOMBRAS PARA IR A LA LUZ (GRACE)
Epílogo. AHORA SÍ QUE ME ACUERDO (GRACE)
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Nueva entrega de la Serie Crave, la saga juvenil del momento. Ya forma parte de ti.

Lo siento bajo la piel…

Después de Katmere, no debería sorprenderme nada. Aquí estoy, atrapada con el peor de los seres sobrenaturales, aquel al que temen incluso los demás monstruos: Hudson Vega. Puede que sea el hermano de Jaxon y puede que sea increíblemente atractivo, pero es una auténtica pesadilla para mí.

Me está robando el corazón…

Es una verdad universalmente conocida, al menos según Grace, que todo es culpa mía. Pero tengo la pequeña sospecha de que Grace no es tan humana como cree y de que es ella la que nos ha encerrado aquí. Ahora tenemos que trabajar juntos, no solo para sobrevivir, sino para salvar a todos aquellos a los que consideramos nuestra familia.

Porque hay algo que nos conecta, algo más fuerte que el miedo… Y mucho más peligroso.

Ya forma parte de ti.

Hechizo

(Serie Crave 5)

Tracy Wolff

Traducción de Pura Lisart e Isabella Monello

Planeta

Para Andrea Deebs, por ser la madre más guay
con la que una niña podría soñar.
Gracias por ser la mía

1

GRACE CASI DESTRIPADA
(GRACE)

Tengo una sensación rara en la cabeza.

Bueno, en realidad tengo una sensación rara por todo el cuerpo y ni idea de qué está pasando.

Hago memoria sobre lo que ha ocurrido en los últimos minutos mientras intento averiguar por qué me siento tan vacía y perdida, pero lo único que veo es el rostro de Jaxon. Me mira con una sonrisa en los labios cuando caminamos por el pasillo, estamos hablando de un chiste y...

Así, de pronto, los recuerdos me arrollan. Un grito me atraviesa el cuerpo y me aparto del sable de Hudson por mero instinto. Pero, en el momento en que me arqueo hacia atrás, me doy cuenta de que aquí no hay ningún sable.

Tampoco está Hudson.

Ni Jaxon.

No estoy en el pasillo... ni en el instituto Katmere. En lugar de allí me encuentro en medio de un vacío enorme y oscuro que provoca que el pánico se apodere de mí mientras me esfuerzo por descifrar qué está pasando.

¿Dónde estoy?

¿Dónde está todo el mundo?

¿Qué es esta extraña ingravidez que siento por todo el cuerpo?

¿Es posible que el hermano de Jaxon me haya matado con el sable?

¿Acaso estoy muerta?

Este último pensamiento se cuela en un rincón de mi mente y me roba el aliento.

El pánico que sentía se intensifica y se convierte en auténtico

terror mientras fuerzo la vista para intentar ver más allá del profundo vacío oscuro que me rodea. Me paso las manos por el cuerpo con frenesí en busca de la herida letal que ha acabado conmigo. Para confirmar (o refutar, por Dios) la idea de que me estoy muriendo o de que ya estoy muerta.

«Madre mía, no quiero estar muerta. —Este pensamiento me atraviesa con fuerza—. Por favor, que no esté muerta..., o peor, que no sea un fantasma.»

Vale, salir con un vampiro tiene lo suyo, es verdad, pero porfa, porfa, por favor, que no sea un fantasma ahora. No es que me apasione la idea de pasar la eternidad como la Grace Casi Destripada rondando por los pasillos del instituto Katmere sin poder evitarlo.

Pero, cuando acabo de revisarme el cuerpo entero, veo que no hay herida.

Ni sangre.

Ni siquiera me duele nada. Solo siento este extraño entumecimiento que se niega a desvanecerse y que me enfría más con cada segundo que pasa.

Pruebo a pestañear rápido un par de veces para despejar un poco la vista y, como no funciona, me froto los ojos y me obligo a mirar otra vez a mi alrededor mientras hago caso omiso del sudor que me empapa las palmas y del temblor de las manos.

Pero todo sigue igual. La oscuridad todavía me envuelve por todos lados... Y no es una oscuridad cualquiera. Es de esa clase de oscuridad que solo se aprecia cuando no hay luna, tampoco estrellas. Solo un cielo tan negro y vacío como el terror que crece dentro de mí.

—¿De verdad? ¿Eso crees? ¿«Tan negro y vacío como el terror que crece dentro de mí»? — me pregunta una voz con un acento británico muy logrado que sale desde lo más profundo de mi mente—. *¿No te parece que lo que dices suena demasiado melodramático?*

Estas últimas semanas me he acostumbrado a escuchar una voz en mi cabeza que me decía qué debía hacer para sobrevivir, pero esta no se le parece en nada.

Por cómo habla, este tío parece que quiere hacerme daño, no ayudarme.

—¿Quién eres? —pregunto.

—¿En serio? ¿Esa es tu gran pregunta? —Bosteza—. *Quééé original.*

—Vale, pues cuéntame qué está pasando entonces —le exijo con

un tono de voz más agudo, que destila más miedo del que me gustaría. Pero, bueno, no por nada se dice lo de «fiel a la realidad». Aun así, carraspeo y vuelvo a intentarlo—: ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

—*Teniendo en cuenta que has sido tú la que me ha arrastrado a este viaje, estoy casi seguro de que soy yo quien debería hacerte las preguntas a ti, princesa.*

—¿Que yo te he arrastrado a ti? —Se me quiebra la voz—. Soy yo la que está atrapada aquí sin tener ni idea de dónde está ese «aquí», ¿cómo voy a saber con quién estoy encerrada? Claro que tengo preguntas, y más teniendo en cuenta que está tan oscuro que no veo nada.

El tío emite un ruidito que tendría que sonarme comprensivo, aunque dista mucho de serlo.

—*Ya, bueno, pues gran parte de ese problema creo que tiene solución...*

Siento cómo la esperanza se me remueve en el estómago.

—¿Y cuál es?

—*Encender la maldita luz, evidentemente* —contesta él soltando un suspiro de resignación.

En el vacío retumba el rápido y claro clic que suena cuando se toca un interruptor. Y, medio segundo después, la luz inunda todo lo que me rodea.

2

DESPACIO, DESPACIO, DAME MI ESPACIO (GRACE)

El dolor me ciega los ojos y me paso unos segundos interminables parpadeando como un topo que acaba de emerger de la tierra. Cuando por fin consigo enfocar la vista me doy cuenta de que estoy en una habitación. Un *loft* enorme, por lo menos del tamaño de medio campo de fútbol americano, con estanterías que van del suelo al techo y que ocupan toda la pared que tengo delante.

La balda superior está repleta de velas de todos los tamaños y formas imaginables y, por un instante, me consume una nueva preocupación. Sin embargo, un vistazo rápido a la estancia me confirma que no hay ni rastro de altares. Ni de vasijas llenas de sangre. Ni ningún libro de conjuros escalofriante que tenga como cometido acelerar mi llegada al más allá.

Cosa que me tomo como una buenísima señal. Al fin y al cabo, la cantidad de veces que una puede soportar convertirse en el sacrificio humano del día es limitada. Y estoy bastante segura de que yo ya he llegado a mi límite... de lejos.

Otra mirada rápida a la habitación me revela que no tiene nada de espantosa. De hecho, todo el espacio parece sacado de algún catálogo de tienda de muebles de lujo.

Las tres paredes principales no están cubiertas por estanterías y se han pintado de un tono blanco nacarado, con lámparas y candelabros que bañan la sala entera con una tenue luz cálida. Mi mirada va de un lado a otro, y percibo una mezcla preciosa de muebles de estilo moderno y rústico en tonos blancos, madera clara y negros que forman ocho secciones bien diferenciadas gracias al uso estratégico de alfombras.

Hay una zona llena de discos amontonados en dos gigantescas

estanterías de metal negras y una cómoda con productos audiovisuales impresionante. Más allá hay un espacio dedicado al ejercicio, una zona para practicar la puntería y una sección de videojuegos dominada por un televisor de pantalla plana enorme y un sofá que parece comodísimo, con mandos de consolas desperdigados entre los cojines de color crudo. Hay una sección para el dormitorio con una gran cama blanca, una biblioteca con filas y filas de libros que llenan a rebosar tantos estantes que no puedo ni contarlos, un rinconcito de lectura con una pared de acento negra, una cocina y lo que debe de ser el baño al fondo.

La sensación que produce es de calma. Como si estuviera en casa.

Bueno, eso si no tengo en cuenta la voz incorpórea que no deja de hablarme en la cabeza. Una voz que, sin duda alguna, no nos pertenece ni a mí ni a mi conciencia.

—*¿Te gusta la pared de acento? Es de color negro Armani* —me informa la voz masculina, y rechino los dientes para evitar decirle por dónde puede meterse su «negro Armani», por no hablar de la condescendencia que rezuma de cada una de sus sílabas con ese acento británico tan pijo. Pero provocar a quienquiera que sea este chico no me parece la mejor opción ahora mismo, sobre todo porque todavía estoy desorientada.

En vez de eso, una vez más me inclino por intentar conseguir respuestas.

—¿Por qué me estás haciendo esto?

Suspira con fuerza.

—*Otra vez lo mismo. Deja de robarme las frases* .

Estoy tan cagada que tardo un rato en digerir sus palabras. Cuando lo hago, no puedo evitar lanzar un grito y abrir mucho los brazos.

—Que ya te he dicho que no es cosa mía. Ni siquiera sé qué es todo esto.

—*Ya, claro, pues siento contradecir tus putos delirios, pero tiene que ser cosa tuya. Porque los vampiros están capacitados para hacer muchas cosas, pero, joder, estoy segurísimo de que esto, precisamente, no.*

Su pronunciación es muy distinta a la mía, su acento se intensifica con cada palabra y yo siento el absurdo impulso de echarme a reír.

—Ya, pues yo tampoco puedo. De hecho… —Me interrumpo

cuando asimilo el resto de sus palabras—. ¿Eres un vampiro?

—*Bueno, lo que no soy es un puto metamorfo. Y como no escupo fuego ni me he sacado una varita del culo... Pues a ver si lo adivinas* .

—No te veo, así que no sé qué te has sacado del culo ni de ninguna otra parte —espeto—. A ver, ¿dónde narices estás? Y lo más importante, ¿quién eres?

No contesta. ¡Menuda sorpresa! Pero antes de que pueda pronunciar otra palabra, oigo un ruido a mis espaldas, como el susurro de una tela cara rozándose contra sí misma.

Me doy la vuelta con el puño en alto y el corazón a punto de salírseme del pecho para toparme con un chico altísimo e increíblemente atractivo con un moderno tupé y excelente gusto para la ropa, si es que la camisa de seda negra y los pantalones de vestir del mismo color indican algo. Apoya un hombro contra una de las estanterías mientras me contempla con los ojos de un color azul gélido entrecerrados y las manos metidas en los bolsillos.

Me lleva un instante comprender lo que estoy viendo, pero cuando lo hago... Qué fuerte. Qué. Fuerte. Este es Hudson. Dondequiera que esté y sin importar lo que sea en realidad esta habitación, estoy atrapada. Con el sociópata del hermano mayor de Jaxon.

3

SÍ QUE ME APETECE UNA BUENA TAZA DE TÉ RABIOSO (GRACE)

Solo de pensarlo se me cierra el estómago y noto que el sudor me corre por la espalda; son los nervios. Aun así, si algo he aprendido en el poco tiempo que llevo en el instituto Katmere es que nunca debo mostrar miedo ante un ser paranormal..., al menos si espero salir con vida de esta.

Así que, en lugar de ponerme a chillar como una loca (cosa que en parte quiero hacer), lo miro con los ojos entornados. Y entonces me preparo para lo que sea que me espera y le digo:

—Pues parece que es verdad eso de que el diablo viste de Gucci.

—Ya te he dicho que soy un vampiro, no un diablo —contesta bufando—, aunque supongo que podría perdonarte por la confusión entre ambos términos teniendo en cuenta que conoces al descarriado de mi hermanito. Además, que te quede claro, lo que llevo es de Armani.

Pronuncia esa última frase con la misma veneración que yo suelo reservar para las Pop-Tarts de cereza y el Dr Pepper durante una larga sesión de estudio.

Casi me echo a reír, y seguramente me habría reído de no ser porque todavía me estoy recuperando del hecho de saber que este tío es Hudson, el Hudson auténtico. Lo tengo delante, es de carne y hueso. Y eso significa que toda esa situación del pasillo, cuando me interpuse entre el sable y Jaxon, no fue una alucinación. El plan de Lia ha funcionado: Hudson ha vuelto de verdad. Y, por alguna razón que no entiendo, estoy atrapada con él en una especie de catálogo de una tienda de muebles.

Mientras me viene a la cabeza a toda velocidad lo que me han estado contando sobre Hudson estas últimas semanas, balbuceo:

—Y ¿qué es exactamente lo que piensas sacar de todo esto?

—Ya te lo he dicho, has sido tú quien ha montado esta fiestecilla, no yo. —Echa un vistazo a su alrededor con desdén—. Y no es que haya mucho ambiente, ¿no?

—Madre mía, qué capullo eres. —Noto que me embarga una frustración que supera al miedo que debería sentir. Sé que este tío es un asesino despiadado, pero además es irritante. La hostia de irritante —. ¿Podrías olvidarte por un instante de que eres un psicópata y explicarme qué quieres?

Al principio parece que va a seguir discutiendo conmigo. Pero entonces adopta una expresión vaga y me observa con la mirada vacía mientras me contesta:

—¿Acaso no es evidente? Quiero que nos tomemos un té. —Habla con un acento británico tan cortante que me recorre la piel como la hoja de una navaja—. Espero que te guste el Earl Grey.

Casi no me aguanto las ganas de decirle lo que puede hacer con su Earl Grey... y su sarcasmo. Pero ahora mismo tengo cosas más importantes que hacer.

—Si crees que voy a ayudarte a hacerle daño a Jaxon, que sepas que eso no va a ocurrir. —Preferiría que me matara ahora mismo antes que convertirme en un arma arrojadiza contra el chico al que quiero.

—Venga ya... Si hubiese pretendido hacerle daño a ese capullo, ya estaría muerto. —Habla con un tono apagado y percibo desinterés en su mirada; saca un pañuelo de bolsillo azul cobalto y se pone a repasar la esfera de su reloj de pulsera con pinta de costar un pastón.

Porque, claro, ahora mismo la máxima prioridad es sacarles brillo a los accesorios.

—Corrígeme si me equivoco —digo lanzándole una mirada escéptica—. Pero ¿no fue él quien te mató a ti?

—¿Eso es lo que va diciendo el gilipollas ese por ahí? ¿Que él me mató a mí? —Suelta un buen resoplido—. Ni de puta coña.

—Bueno, teniendo en cuenta que hace una semana y media que participé, en contra de mi voluntad, eso sí, en una ceremonia para traerte de vuelta de entre los muertos...

—Ah, ¿por eso había tanto revuelo? —me interrumpe con un

bostezo—. Y yo que pensaba que te ibas a presentar al campeonato anual de aullidos de lobos.

Entrecierro los ojos ante semejante insulto.

—Eres más capullo aún de lo que me habían contado.

—A ver, en realidad ¿de qué sirve ser solo un poco capullo? —me pregunta con una ceja levantada—. Mi queridísima madre me enseñó que, si vas a hacer algo, tienes que ser el mejor.

—¿Hablas de la misma «queridísima madre» que hirió a Jaxon cuando te moriste? —contesto con mordacidad.

—¿Por eso tiene esa cicatriz? —me pregunta después de un rato callado. Todavía tiene la mirada clavada en el reloj, pero es la primera vez desde que ha empezado nuestra conversación que su voz carece del sarcasmo habitual—. Debería habérselo pensado.

—¿El qué, lo de matarte a pesar de todo lo que hiciste?

—No, debería haberse pensado lo de confiar en ella —dice en voz baja, y por su voz parece que está a miles de kilómetros de aquí—. Yo intenté... —Se calla en plena frase y niega con la cabeza como si quisiera aclararse las ideas.

—Intentaste... ¿qué? —pregunto, y se me escapan las palabras aunque me digo que debo dejarlo pasar. Tampoco es que pueda fiarme de lo que me vaya a decir.

—Da igual. —Se encoge de hombros y retoma la limpieza del reloj. Y recupera esa sonrisilla de satisfacción que me da ganas de gritar y de matarlo al mismo tiempo.

Meto las manos en los bolsillos, así me aseguro de no lanzarme a estrangularlo; con la mano derecha rozo algo que me da la vida: saco el móvil del bolsillo y lo levanto con aires de victoria.

—Voy a llamar a Jaxon para que venga a por mí, ¡y se encargue de ti para siempre!

Hudson murmura algo entre dientes, pero paso totalmente de él. Se me acelera el corazón al abrir la aplicación. No me puedo creer que no me haya acordado antes del móvil. Me muerdo el labio mientras me planteo qué decirle. No quiero que Jaxon sienta auténtico pavor por mi seguridad, pero la verdad es que me gustaría que viniese deprisa. Al final opto por un mensaje breve.

Estoy bien. Pero atrapada con Hudson.
Te envío ubicación.

Le doy al botón de enviar y deslizo la pantalla para darle a «enviar ubicación». Y espero.

Un par de segundos después aparece un mensaje en el que pone que no se ha podido mandar el mensaje, y casi me echo a llorar al ver que no tengo nada de cobertura. Parpadeo para no soltar las lágrimas mientras me guardo el móvil de nuevo en el bolsillo y digo lo único que importa ahora mismo.

—Quiero volver al Katmere.

—Por supuesto. —Hudson debe de haberse dado cuenta de que no me va el móvil, porque me señala la intrincada puerta de madera esculpida que tenemos a un par de metros de distancia—. Adelante.

—No me has traído aquí por esa puerta. —No estoy segura de cómo lo sé, dado que todo lo que ha pasado entre el Katmere y esta habitación es una gran laguna mental, pero lo sé.

—Te repito que yo no te he traído aquí —replica, y vuelve la diversión presuntuosa.

—No me mientas —le amenazo rechinando los dientes—. Sé que has sido tú.

—¿De verdad? —Enarca a la perfección una ceja oscura—. Vale, pues, como lo sabes todo, ilumíname. Por favor. ¿Cómo se supone exactamente que he hecho esto?

—Y ¿cómo narices quieres que sepa cómo lo has hecho? —le suelto, y a estas alturas tengo las uñas tan clavadas en las palmas de las manos que temo hacerme sangre… Lo cual provocaría un buen montón de problemas. Sobre todo teniendo en cuenta que…—: Sé que lo has hecho tú, y ya. Al fin y al cabo, aquí el vampiro eres tú.

—Pues sí, soy un vampiro. ¿Y eso viene al caso porque…? —Esta vez alza las dos cejas.

—Porque eres el único de los dos que tiene el poder de hacerlo, claro.

—Claro —repite con apenas un deje de desprecio—. Pero es que ya te lo he dicho: los vampiros no podemos hacer esto.

—No esperarás que te crea, ¿no?

—¿Por qué no? —La mirada que me lanza refleja una mezcla de condescendencia y acusación—. Ah, ya. Porque, si pasa algo raro, será culpa del vampiro.

Ni de broma pienso caer en el numerito del «pobrecito vampirito» que parece estar montando ahora mismo. Sé perfectamente lo que

hizo. Y sé perfectamente a cuántas personas hirió con sus actos.

Entre ellas, Jaxon.

—La razón por la que no me fío de ti no tiene nada que ver con el hecho de que seas un vampiro —contesto—. Pero sí tiene que ver con el hecho de que seas un gilipollas psicópata con complejo de dios.

Mi contestación le arranca una carcajada seguida de una respuesta llena de diversión:

—No te cortes. Cuéntame cómo te sientes.

—Mira, esto no es nada. —Impregno mi voz de tanta chulería como soy capaz de reunir—. Mantenme aquí un rato más y te prometo que voy a hacer que te arrepientas.

Es evidente que es una amenaza vana teniendo en cuenta que poco puedo hacer para herir a Hudson.

Cosa que tiene muy presente, por la mirada que distingo en sus ojos y por no mencionar esa sonrisa que luce en la cara, como si me estuviera diciendo: «¿En serio?», mientras se separa de la estantería para levantarse cuan alto es. Y todo eso justo antes de decir:

—Venga, Grace, cuéntame. ¿Cuál es tu plan?

4

SUS CHORRADAS NO TIENEN NADA DE MAGIA (GRACE)

Hudson se cruza de brazos mientras espera a que le conteste. ¿El único problema? Que no tengo una respuesta. En parte porque no llevo el tiempo suficiente en este nuevo mundo para entender cómo funcionan los poderes de nadie, ni siquiera los de Jaxon o los de Macy. Y en parte porque Hudson está siendo tan borde con toda la situación que me resulta imposible pensar.

A ver, ¿cómo voy a idear un plan si me mira así? Tan fijamente, con esos ojos azul claro llenos de diversión, y sus absurdos labios retorcidos en una sonrisa odiosa que estoy empezando a conocer de sobra.

No hay manera. No puedo. No cuando está esperando a que fracase. O peor aún, a que le pida ayuda.

Sí, bueno.

Antes me vuelvo a enfrentar a Cole y su «no tan agradable» grupo de lobos que pedirle ayuda al hermano de Jaxon. Además, tampoco es que pueda fiarme de nada de lo que me diga. Sé que es un asesino, un mentiroso, un sociópata y a saber qué más.

Este último pensamiento hace que me ponga en marcha, que salga corriendo hacia la puerta. Hudson dice que no es culpa suya que estemos aquí, que es todo cosa mía. Pero ¿acaso no es eso lo que diría un sociópata mentiroso si quisiera convencer a alguien de que se quedara donde está?

Pues sí, y no pienso tragarme sus mentiras ni un segundo más. Me encantaría salir de aquí con la piel (y todo lo demás) sin un rasguño.

—¡Oye! —Por primera vez Hudson suena un poco alarmado, y eso para mí es prueba suficiente de que estoy haciendo lo que toca—.

¿Qué estás haciendo?

—Alejándome de ti —gruño por encima del hombro mientras abro la puerta de un tirón y salgo a toda prisa antes de que los nervios que me recorren la columna vertebral me hagan cambiar de opinión.

Fuera está oscuro, tan oscuro que me empieza a latir el corazón a mil por hora y se me cierra la boca del estómago por el miedo. Durante un segundo me planteo cambiar de opinión, darme la vuelta y volver a entrar. Pero la única forma de regresar al Katmere y junto a Jaxon es alejándome de Hudson. Además, nunca voy a descubrir dónde estoy (o cualquier otra cosa, ya que estamos) si sigo encerrada en este lugar.

Así que me obligo a correr directa a la oscuridad a pesar del desasosiego que hace que el corazón se me vaya a salir del pecho. El cielo nocturno está negro como el carbón y vacío sobre mi cabeza; no hay estrellas ni luna que me indiquen cómo ponerme a salvo, lo que me resulta de lo más aterrador.

Aun así, mientras este camino me aparte de Hudson, me vale.

Solo que, de repente, algo cruje a mis espaldas. El miedo me cierra la garganta, pero me obligo a correr más rápido. No es que vaya a ganarle la carrera a un vampiro, como bien me enseñó Lia, pero aun así estoy decidida a intentarlo.

Sin embargo, el crujido se vuelve a oír, seguido del ruido de un aleteo justo encima de mí. Tengo un segundo para levantar la vista. Un segundo para percatarme de que un vampiro, por mucho que sea Hudson, es el menor de mis problemas antes de que un bramido aterrador atraviese el aire nocturno.

5

FOGOSO, PERO NO MUCHO (HUDSON)

La forma en la que Grace corre directa hacia esa enorme bestia estúpida que escupe fuego y que atraviesa el cielo directa hacia ella me deja claro que el aparato propagandístico anti-Hudson ha trabajado con ahínco durante el tiempo que llevo lejos del instituto. O sea, ¿tan malo se cree Grace que soy que está dispuesta a arriesgarse a que esa cosa la ataque en vez de quedarse aquí conmigo, a salvo?

A mi juicio, la forma en la que me mira por encima del hombro como si la aterrara que fuese a atravesarle el cuello con los colmillos cuando debería estar concentrada en la amenaza que se dirige hacia ella confirma bastante mi teoría.

Emprendo la marcha para volver dentro (no es problema mío que esa cosa se la zampe), pero entonces la puñetera bestia suelta un grito y se lanza en picado hacia ella. Espero, seguro de que al final Grace se dará cuenta de que el malo de la película no soy yo y dará media vuelta. En cambio, levanta la mirada y sigue corriendo, poniéndose cada vez más en peligro.

Que se dejen de reinas. Que Dios salve a las chicas que se creen todo lo que les cuentan. Y que cruzan la calle sin mirar.

Esta vez, cuando la bestia ruge, lanza una llamarada que convierte el cielo que tiene ante ella en un infierno. Pero ni con esas se vuelve, sino que se queda inmóvil convirtiéndose en un objetivo a tamaño natural. Un objetivo al que la bestia (¿o es un dragón?) flamearía encantadísima.

Menuda sorpresa.

Otra llamarada atraviesa la noche. Grace consigue esquivarla con un salto a la izquierda, pero solo se ha librado por los pelos. Ha pasado rozándola, lo que queda demostrado por el tufo a pelo

chamuscado que flota en el aire.

Un olor nauseabundo.

Una vez más estoy a punto de volver dentro. Al fin y al cabo, ¿quién soy yo para interferir en su nueva carrera profesional como barbacoa? Sobre todo cuando me ha dejado más que claro que preferiría morir chamuscada que pasar un solo segundo más conmigo.

Casi lo consigo. He estado a nada de llegar al umbral de la puerta. Pero entonces Grace grita.

Es un sonido aflautado y agudo que me deja helado. Joder. Joder, tío. Es posible que se lo haya buscado ella solita, pero no puedo pasar por alto su miedo, por mucho que se lo merezca, hostia.

Y se lo merece, desde luego. Para empezar, ha sido ella quien nos ha metido en este puñetero lío. Pero, aunque me encantaría, que una persona sea un grano en el culo no es motivo suficiente para dejarla morir. De serlo, hace tiempo que habría dejado que mi hermanito se fuese a pique.

Me doy la vuelta justo a tiempo para ver que el dragón la rodea con un círculo de fuego. Me concedo un momento para lamentarme (a fin de cuentas, llevo mi camisa favorita de Armani), antes de desvanecerme hasta ella.

Siento las llamas antes incluso de llegar a Grace. Crepitan con fuerza al lamerme el rostro, la piel, pero salgo y entro tan rápido que solo me llevo un par de quemaduras. Escuece un huevo (las llamas de dragón es lo que tienen), pero no es nada que no pueda soportar.

Y no se asemeja en nada a las sesiones de entrenamiento mensuales que tenía con mi querido padre.

Es difícil ganar con un hombre que piensa que las únicas heridas que importan son las que no se pueden ver.

Cojo a Grace cuando el dragón se prepara para otro asalto, y la cargo en brazos. Al hacerlo tropiezo con una roca que hay en el suelo y acabo cogiéndola con más fuerza de la que pretendía mientras me cuesta mantener el equilibrio.

Grace se tensa contra mi cuerpo.

—Pero ¿qué estás haci...?

—Salvarte el culo —espeto mientras la tapo todo lo posible para protegerla de las llamas. Después me desvanezco de vuelta a la habitación donde todo comenzó. Tengo al dragón pegado a los talones todo el tiempo; es el más rápido que he visto en mi vida.

Cruzo el umbral con Grace en brazos y cierro de un portazo.

Apenas me da tiempo a soltarla antes de que el dragón se estrelle contra la puerta con tanta fuerza que hace temblar toda la estructura.

Grace chilla, pero yo estoy demasiado liado abalanzándome contra el pestillo para percatarme de sus gritos. Echo el pestillo justo antes de que el puñetero dragón se estrelle una vez más contra la puerta. Y otra. Y otra.

—¿Qué quiere? —pregunta Grace.

—¿Estás de coña? —Le lanzo una mirada de incredulidad—. No sé de dónde habrás salido tú, pero en este mundo las cosas te comen en cuanto bajas la guardia.

—¿Tú también? —me pregunta con sarcasmo.

Y ahí está. Una prueba más de que ninguna buena acción queda sin castigo. No sé por qué siempre se me acaba olvidando.

—¿Por qué no me presionas un poco más y lo descubres? —Me inclino hacia delante, chasqueo los dientes con un sonoro clic—. De nada, por cierto.

Me mira atónita.

—¿De verdad esperas que te dé las gracias?

—Es lo que suele hacerse cuando una persona te salva la vida. —Pero, al parecer, a ella eso le da igual.

—¿Que me has salvado la vida? —Su risa resulta tan molesta como el ruido que se oye cuando alguien araña una pizarra—. En primer lugar, tú eres el motivo por el que estaba en peligro.

Ya me estoy hartando de que esta chica me acuse de gilipolleces que no he hecho.

—¿En serio vas a volver con el temita?

—No se ha acabado. En parte es la razón por la que... —Se calla como si estuviese buscando la palabra adecuada.

—¿Has salido corriendo al exterior y casi dejas que te chamusquen entera? —le ofrezco con mi tono más servicial.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Siempre tienes que ser tan capullo?

—Mil disculpas. La próxima vez dejaré que te quemes. —Me muevo para pasar por delante de ella, pero Grace se coloca frente a mí impidiéndome el paso, con la mirada todavía clavada en algo que tengo detrás de mí.

Hay un destello de miedo en la profundidad de sus ojos, pero en

su mirada no veo más que el reflejo de un cielo enorme, oscuro y vacío enmarcado en una ventana. Y así, sin más, por primera vez se me ocurre dónde podríamos estar. Y no pinta bien.

6

ME ENTRA POR UNA CABEZA Y ME SALE POR LA OTRA (GRACE)

—Ya, bueno, para empezar es culpa tuya que casi me chamusquen —le espeto con mordacidad mientras aparto la mirada de la ventana. Si no nos hubiera atrapado aquí, nada de esto estaría pasando.

En vez de estar huyendo desesperadamente de alguna especie de monstruo dragontino que escupe fuego, estaría pasando el rato en la torre de Jaxon. Quizá hecha un ovillo en el sofá con un libro o acurrucada a su lado en su habitación hablando de...

—Me cago en todo. Dime que no me vas a obsequiar con otra letanía sobre lo mucho que te gustaría estar con mi hermano en la cama. —Se lleva la mano al pecho en lo que supongo que es una estrafalaria imitación de mi persona—. Ay, Jaxon, cuchi cuchi. Mi vampirito gótico. Eres tan fuerte y se te va tanto la puta olla... Es que te quiero mogollón. —Pone los ojos en blanco mientras suelta la última frase.

—¿Sabes qué? Que me das asco —gruño a la par que lo empujo para pasar.

—Ya, como si fuera la primera vez que me dicen eso —contesta encogiéndose de hombros—. Aunque, bueno, tu criterio deja mucho que desear.

—¿Mi criterio? Tú eres el que asesinó a la mitad del instituto Kat...

—No llegaba ni a la mitad. —Bosteza—. Deberías informarte mejor.

Empiezo a recordarle que el hecho de que fuera menos de la mitad no mejora la cosa, pero hay algo en sus ojos, su voz, que me

hace pensar que no es tan inmune a mis comentarios como le gustaría.

Tampoco es que deba importarme, al fin y al cabo este tío es el autor de una masacre, pero nunca he sido de esas personas que se ceban en alguien que lo está pasando mal. Además, no es que insultarlo sea la mejor forma de salir de este lugar.

—Adelante, insúltame todo lo que quieras —me anima Hudson mientras se mete las manos en los bolsillos y apoya el hombro en la pared más cercana—. Seguirá sin resolver nuestro problema.

—No, el único que puede hacerlo eres tú... —Me callo cuando me doy cuenta de algo—. ¡Oye! ¡Para ya!

—¿Que pare qué? —pregunta con las cejas enarcadas.

Entrecierro los ojos.

—¡Sabes muy bien lo que estás haciendo!

—*Au contraire* . —Se encoge de hombros con un aire inocente que me hace desear que fuera partidaria de la idea de que la violencia resuelve los problemas—. Sé lo que estás haciendo tú. Yo solo te estoy siguiendo el juego.

—Ya, pues si el juego consiste en leerme la mente, puedes ir parando.

—Créeme, nada me gustaría más —asegura con esa ridícula sonrisa suya. Estoy empezando a detestarla—. Tampoco es que esté pasando nada interesante ahí dentro.

Cierro las manos en puños cuando la rabia me recorre ante la insinuación y el insulto implícitos en sus palabras. No hay nada que me apetezca más que cantarle las cuarenta, pero, sin importar lo que me diga, soy lo bastante lista para darme cuenta de que eso solo lo animaría a seguir.

Y como lo que menos me apetece es que Hudson Vega se sienta como en casa en mi cabeza, cierro la boca. Me obligo a guardarme los rencores. Y añado medio susurrando y medio gritando:

—Pues entonces no te supondrá ningún esfuerzo pirarte, ¿no?

—Ojalá fuera tan sencillo. —Niega con la cabeza con fingida tristeza—. Pero como tú nos has encerrado aquí, tampoco tengo otra opción.

—Ya te lo he dicho. Yo no soy la que nos tiene encerrados en esta habitación.

—Uy, no estoy hablando solo de la habitación. —El brillo de sus ojos se asemeja al de un depredador—. Estoy hablando del hecho de

que nos hayas encerrado en tu cabeza. Y ninguno de los dos va a salir de aquí hasta que lo aceptes.

—¿Dentro de mi cabeza? —Resoplo—. ¿Me estás mintiendo a la cara o es que se te ha ido la olla?

—Yo no miento.

—Entonces se te ha ido la olla, ¿no? —pregunto a sabiendas de que sueno insoportable, pero me da absolutamente igual. Porque resulta que Hudson lleva siendo insufrible desde el momento en el que me ha ordenado que encienda las putas luces.

—Si tan segura estás de que me equivoco...

—Lo estoy —interrumpo. Porque se equivoca.

Se cruza de brazos y continúa como si no acabara de interrumpirlo.

—Entonces ¿por qué no se te ocurre una explicación más factible?

—¡Ya te he dado mi explicación! —rujo—. Tú...

Ahora le toca a él interrumpir.

—Una que no tenga que ver con culparme a mí de todo esto. Porque ya te he dicho que ese no es el caso.

—Y yo ya te he dicho que no te creo —reprocho—. Porque si todo esto estuviera en mi cabeza, sí que tendría la opción de escoger con quién estoy encerrada y serías la última persona de la lista. Y eso sin mencionar que, desde luego, no me traería a una puta bestia que escupe fuego a pasar el rato con nosotros. No tengo ni idea de qué es eso, pero lo que sí sé es que mi imaginación no es lo bastante retorcida para haberse inventado algo así.

Echo un vistazo a la habitación. La sección de tiro de hachas. El sofá recubierto con mandos de consolas. La pared cubierta con discos. Los mil millones de pesas esparcidas alrededor de un banco de cuero negro.

A Hudson.

Después continúo.

—A mi imaginación no se le habría ocurrido incluir ninguna de estas cosas en una prisión.

Como si pretendiera recalcar mi afirmación, el dragón (o lo que quiera que sea eso) golpea la puerta con tanta fuerza que tiembla toda la estancia. Las paredes se sacuden, las estanterías se agitan, la madera cruje. Y mi corazón, que ya late con fuerza, empieza a retumbar como

un metrónomo a toda velocidad.

Siguiendo el ejemplo de Hudson, me meto las manos en los bolsillos y me apoyo contra el sillón más cercano. Si lo hago para ocultar el hecho de que me están temblando las manos (y que las rodillas me fallan tanto que no estoy segura de que vayan a soportar mi peso mucho más tiempo), no le concierne a nadie más que a mí.

Aunque tampoco es que se vaya a dar cuenta. Ahora mismo está demasiado ocupado tratando de convencerme de su versión retorcida de la situación, así que no va a prestar atención a mi burdo intento de luchar contra las fases iniciales de un ataque de pánico.

—¿Por qué cojones me lo iba a inventar? —pregunto después de aclararme la garganta para deshacerme de la opresión que siento—. Te aseguro que no necesito un subidón de adrenalina para sentir que estoy viva. Y no soy masoquista.

—Pues entonces se te da de pena elegir compañero, ¿no? —interviene Hudson con sarcasmo. Pero se está moviendo y yo estoy prestando más atención a eso que a sus palabras en sí, pues cada célula de mi cuerpo me está advirtiendo a gritos que no aparte los ojos de él. Que no puedo permitirme que se coloque en un lugar en el que no pueda verlo—. Sí, yo soy la amenaza aquí —se burla mientras el monstruo se estampa contra la pared, justo detrás de por donde él está pasando—. No lo que sea que hay ahí fuera.

—Entonces admites que no soy yo la que está haciendo esto. Que esa criatura, sea lo que sea, no la he creado yo —grazno.

Y *sí*, soy consciente de que celebrar esa victoria mientras un monstruo nos acecha se asemeja un poco al momento en el que la banda del Titanic tocaba *Más cerca, oh Dios, de ti* al tiempo que se hundía el barco. Pero resulta que, desde que llegué al instituto Katmere, en mi vida han escaseado las pequeñas victorias (y con «pequeñas» quiero decir «diminutas»), así que me voy a aferrar a esta como a un clavo ardiendo.

Hudson no responde al instante. No sé si es porque está tratando de dar con una buena respuesta o porque mi estómago escoge ese momento para gruñir... y vaya gruñido. Sea cual sea la razón, deja de importar en cuanto el dragón emite un rugido aterrador. Justo antes de volver a intentar entrar.

Y esta vez no va a por la puerta. Va directo a por el inmenso ventanal que tengo justo delante.

7

EL CANALLA SE VIENE ABAJO (HUDSON)

Cuando Grace abre la boca para gritar yo ya me estoy desvaneciendo varios metros hacia la izquierda.

La cojo en brazos por segunda vez en lo que va de noche, estrecho su rostro arrebolado contra mi cuerpo justo cuando el estúpido dragón atraviesa el ventanal que tenemos a nuestras espaldas con un potente cabezazo. El cristal se hace añicos y salen volando, pero yo me quedo donde estoy, haciendo todo lo posible para bloquear las esquirlas que saltan por doquier.

Como era de esperar, Grace me lo agradece con un buen chillido justo en el oído. Menudo sorpresón.

El dolor se expande por mi tímpano de sensibilidad sobrenatural, y me planteo, no por primera vez esta noche, la opción de dejar que se las apañe sola. Al fin y al cabo, es culpa suya que estemos metidos en este puto desastre. Pero al estallido de cristales le suceden al instante varias llamaradas, y no soy capaz de desvanecerme y abandonarla aquí, a merced del dragón.

Mientras huimos de él a toda prisa, la bestia emite un rugido tan atronador que ahoga los gritos de Grace (una pequeña alegría), pero no dura mucho. Esta chica sí que tiene un buen par de pulmones.

Por desgracia.

—Calla un rato, ¿quieres? —le pido mientras nos desvanecemos hacia el baño pequeño que hay al otro lado de la habitación. Igual se piensa que los gritos la protegerán de acabar carbonizada, pero yo sé que no. Lo único que conseguirán será, como mucho, cabrear todavía más al capullo del dragón.

Los vampiros no son los únicos seres con un oído delicado. Y este dragón parece ser un poco más delicado, y un poco más de todo, que

la mayoría.

El fuego nos azota de cerca cuando atravesamos la estrecha puerta del baño, y justo después oímos un gran estrépito. La habitación tiembla con fuerza una vez más.

Miro hacia atrás para ver qué está tramando ahora esta puñetera criatura. Una parte de mí cree que tendré que esquivar más ataques abrasadores, pero las llamas han desaparecido tan de repente como habían aparecido.

Y el dragón igual. Pero no por decisión propia, sino porque el ventanal que acababa de atravesar también ha desaparecido. En su lugar hay un montón de ladrillos pintados del mismo color que la pared que los rodea.

—Y una mierda no eres tú la que está haciendo todo esto —bufo, y dejo a Grace sobre el lavabo de un porrazo. Los ventanales no se convierten en muros ellos solitos. Alguien tiene que hacerlo por ellos. Y, en este caso, ese alguien es Grace.

Quiera reconocerlo o no (reconocérmelo a mí o a ella misma), el tiempo lo dirá.

Por lo menos ha dejado de gritar. Estaré atrapado con ella aquí por ahora, pero aun así me lo tomo como una victoria. Sobre todo si el silencio dura más de cinco minutos.

—¿Qué has hecho para que el dragón parara? —me pregunta mucho antes de llegar a mis ansiados cinco minutos. Pero no lo dice gritando, así que me sigue sabiendo a éxito.

—No he sido yo. —Señalo el ventanal tapiado con la cabeza—. Lo has hecho tú.

—Eso es imposible. —Pero tiene la mirada clavada en la pared recién levantada, los ojos abiertos como platos—. Las paredes no aparecen así como así, de la nada.

—Pues parece que sí. —Me arde la espalda como si estuviese en el infierno; una buena consecuencia de sufrir las llamaradas de un dragón. Me quito a toda prisa lo que queda de mi camisa para apreciar mejor los daños. Y para evitar que los bordes de la prenda me rocen la herida.

—¡¿Qué haces?! —chilla Grace otra vez demasiado cerca de mi tímpano.

Resulta que he sido muy optimista al pensar que llegaríamos a los cinco minutos. Y eso es mucho decir teniendo en cuenta que no es que

se me conozca por mi mirada optimista hacia la vida.

—¿No puedes dejar de gritar? —refunfuño, y me alejo de ella con un gran paso—. Estoy justo a tu lado.

¿Ha habido alguna vez un ser humano más insoportable que esta chica?

Rechino los dientes para intentar evitar hincárselos; y no en el buen sentido. Nunca he dejado seco a nadie en mi vida, pero siempre hay una primera vez para todo. Y ahora mismo Grace Foster me parece la candidata ideal para estrenarme en ese aspecto en particular.

Vale, igual si lo hago me pasaré la eternidad aquí, encerrado, pero no es ninguna novedad para mí. Me he pasado casi toda mi vida encerrado en algún sitio. Al menos recuperaré la tranquilidad.

—La próxima vez dejaré que ese dragón te coma.

Vuelvo la cabeza para mirar por encima del hombro e intentar valorar el daño que me ha causado esa abominable bestia voladora. Pero, a pesar de todo lo que se cuenta por ahí en las rocambolescas historias de paranormales, los vampiros no tenemos la capacidad de rotar la cabeza trescientos sesenta grados. Una pena. Ahora mismo me vendría bien, sobre todo porque no es que pueda comprobar cómo tengo la espalda en el espejo. Aun así, he estado en peores aprietos y he conseguido sobrevivir y apañármelas. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?

—¿Qué haces? —vuelve a preguntar Grace; y esta vez habla a unos decibelios normales. Gracias a Dios.

Igual es por eso por lo que le digo la verdad.

—El dragón me ha dado.

—¿Qué? —suelta con un jadeo—. ¡Déjame ver!

—No hace falta que...

—Ni se te ocurra decirme qué hace falta hacer y qué no —me contesta, y me coge de los hombros antes de que termine de quejarme. Me sorprende mucho ver que no me enfrento a ella cuando me da la vuelta como si fuera un vinilo en mi tocadiscos favorito—. ¡Madre del amor hermoso!

Y ahí están los gritos otra vez. En serio, esta chica solo tiene dos tonos de voz. El normal y el insoportable.

Es un milagro que Jaxon lo aguante.

Aunque, bueno, es probable que tener a alguien que se preocupe tanto por ti como para ponerse triste alivie el dolor de tímpano. Por

no hablar del resto del dolor, claro.

—¿El dragón te ha hecho esto? —me pregunta gritando lo suficiente para que me duela el oído.

Esta vez no me molesto en disimular la mueca de dolor al tiempo que me alejo más de ella; igual así por fin pilla el mensaje y baja la voz un par de decibelios, o noventa.

—A ver, estoy segurísimo de que no me lo he hecho yo solo.

—Ya, pero creía que los vampiros os curabais rápido. ¿No es una de las ventajas de serlo?

—A decir verdad, no es que haya muchas desventajas —respondo con una sonrisa de satisfacción.

Ahora estoy frente al espejo y, aunque no puedo verme reflejado, veo cómo ella pone los ojos en blanco sin disimulo alguno.

—Vale, sí, igual tienes razón. Pero eso no contesta mi pregunta. ¿Uno de esos poderes especiales que tenéis no debería haberte curado gran parte de las heridas ya?

—Soy un vampiro —le digo en un tono más seco que el desierto —. No un superhéroe.

—Ya sabes a qué me refiero —me contesta ella riéndose.

Y la verdad es que sí que lo sé. Y seguramente por eso mismo cedo y procedo a explicárselo, aunque tengo por costumbre no explicarle nada de mi vida a nadie.

—Si fuese una quemadura hecha por un fuego normal, me dolería, pero se curaría en un par de minutos. Pero estas quemaduras me las ha hecho un fuego de dragón. Y, por ende, duelen mucho más que las quemaduras normales. Y tardan más en curarse.

—¿Cuánto más? —pregunta.

Me encojo de hombros, y me arrepiento al instante porque al moverme siento una nueva oleada de intenso dolor por toda la espalda.

—Un par de días o así.

—Menuda mierda —susurra, y esta vez, cuando me echa un vistazo a la espalda, ya no veo en sus ojos una mirada severa. Ahora veo en ellos algo más indulgente. Un brillo que se parece muchísimo a la preocupación... o a la compasión.

Sea como fuere, hace que me sienta incómodo. Y eso antes de que acerque la mano con cuidado y me roce con ella la espalda herida, abrasada.

Me preparo para sentir el dolor, pero no me duele lo más mínimo. De hecho, es una sensación agradable. Mucho más agradable de lo que debería ser.

Joder. Hostia puta, joder.

Porque toda esta situación no hace más que empeorar muchísimo.

8

COME, BEBE Y ÁNDATE CON OJO (GRACE)

Hudson se estremece cuando deslizo un dedo por el borde de su piel dañada.

—Lo siento. —Aparto la mano de golpe porque me siento como un monstruo—. He intentado ir con cuidado. ¿Te he hecho daño?

—No. —Su respuesta es breve, pero por una vez su voz no tiene ese deje sarcástico. Solo vacío. No sé por qué me parece mucho peor.

Me da la espalda, así que escudriño su reflejo en el espejo para comprobar si puedo leer su expresión. Solo que en el espejo no hay nadie más que yo. Desde luego, no hay ni rastro del vampiro de rostro antipático con personalidad de tigre enjaulado, y aun así con los ojos más expresivos que he visto en mi vida.

«Porque los vampiros no se reflejan en los espejos.»

Me doy cuenta de repente y, aunque diste de ser la primera vez, me sorprende lo diferente que es mi vida en la actualidad en comparación con hace poco más de dos semanas. No solo por lo de mis padres, lo del instituto Katmere y lo de Jaxon, sino también porque de verdad estoy viviendo entre monstruos.

«Bueno, con un monstruo en concreto ahora mismo», pienso mientras contemplo la espalda de Hudson. Y no con uno cualquiera. Estoy aquí con el monstruo al que temen todos los demás.

El mismísimo monstruo que consiguió acabar con otros tantos con solo un pensamiento. Solo un susurro.

Es una idea que me resulta aterradora. O debería. Pero, mientras observo la espalda herida de Hudson, no me parece ni de lejos tan terrorífico como lo han pintado los demás. Solo es un chico dolido más.

Y encima es atractivo.

El pensamiento aparece en mi mente sin que nadie lo haya invitado, pero en cuanto está ahí solo puedo aceptar la realidad. Si de alguna forma ignoramos el hecho de que tiene tendencias sociópatas y psicópatas, Hudson es un tío muy atractivo.

No tan atractivo como Jaxon, claro, porque eso es imposible, pero no cabe duda de que es guapo. De forma totalmente objetiva y a lo «nunca me voy a interesar por él», por supuesto. Aunque, bueno, ¿cómo me iba a interesar cuando tengo al chico más sexy, al mejor novio del mundo, esperándome en el instituto?

Esperándome y seguro que pasándolo fatal porque no sabe qué ha sido de mí. Los ojos me escuecen por las lágrimas solo de pensarlo.

Odio que Jaxon esté preocupándose por mí ahora mismo. Es muy probable que Macy y el tío Finn también. He llegado a quererlos muchísimo en el poco tiempo que llevo en el Katmere, y no puedo soportar la idea de que mi ausencia les esté haciendo daño. Y sobre todo odio que le esté haciendo daño a Jaxon, que es más que mi novio: es mi compañero.

Todavía no sé exactamente lo que significa tener un compañero, pero sé que Jaxon es el mío. Me duele estar separada de él, pero por lo menos sé que está a salvo. No me puedo ni imaginar lo horrible que estará siendo para él, que no sabe dónde estoy ni si estoy bien. Sobre todo porque la última persona con la que me vio fue Hudson.

—Jolín, pobrecito Jaxon. Tiene que estar sufriendo un montón. —No me hace falta verle la cara para saber que está poniendo los ojos en blanco. Lo cual me cabrea tanto que suelto un resoplido.

—Solo porque tú no seas capaz de entender por lo que está pasando no significa que tengas que burlarte de él.

—¿Te da miedo que su frágil ego no sea capaz de soportarlo? —replica.

—Más bien me da miedo ahorcarte como no dejes de ser un capullo.

—Adelante. —Hudson inclina las rodillas solo lo suficiente para que pueda acceder a su cuello—. A ver qué es lo peor que sabes hacer.

Una parte de mí quiere aceptar su oferta, demostrarle que debería temerme, aunque está bien claro que no lo hace. Sin embargo, otra parte de mí tiene demasiado miedo como para intentarlo. Puede que me haya librado de la trampa que me ha tendido Lia gracias a la ayuda de Jaxon, pero ni de coña soy lo bastante fuerte para

enfrentarme a un vampiro yo sola. Sobre todo si es tan poderoso como Hudson.

La verdad es que ser humana tiene desventajas en este mundo. Bueno, supongo que tiene desventajas en cualquier mundo. Y, si no, que se lo digan a mis padres.

Durante un instante la cara de mi madre baila ante mis ojos. Pero borro el pensamiento de inmediato, la borro a ella antes de que me suma en la tristeza. Sumirme en la tristeza de echarla de menos, sobre todo cuando estoy encerrada en este lugar con...

—Siento mucho interrumpir tu momento de victimismo antes de que te eches a lloriquear —espeta Hudson con una voz que indica todo lo contrario—. Pero tengo una pregunta. Si te vas a pasar toda la noche compadeciéndote de ti misma, ¿me puedes conceder antes diez minutos para lavarme? Como mínimo me gustaría darme una ducha antes de sobarme por el aburrimiento.

Me lleva un rato asimilar sus palabras. Cuando lo hago la furia me invade como un estallido. Me tiemblan las manos, se me revuelve el estómago, y me lleva hasta el último ápice de autocontrol que tengo no enfrentarme a él. Pero no voy a darle la satisfacción de saber que me ha afectado. No se lo merece.

—Siento ser yo el que te lo diga, princesa. Pero estoy en tu cabeza. Ya sé que te he tocado la moral.

Suena más aburrido todavía, si acaso es posible. Cosa que me cabrea todavía más. Me jode bastante tener que aguantar a este tío dentro de mi cabeza, pero que encima tenga que criticar cada uno de mis pensamientos me está poniendo mala.

Aun así, a pesar de que sé que es lo que busca, no puedo evitar soltar:

—Te detesto.

—Vaya, y yo que pensaba que ya casi éramos mejores amigos —contesta con monotonía—. Me moría de ganas de hacernos pulseritas de la amistad y de que intercambiáramos consejos sobre relaciones.

—Madre mía. —Esta vez cierro las manos en puños. Puños que tengo muchísimas ganas de estamparle contra su perfecta nariz angelical—. ¿Es que nunca te cansas de ser un gilipollas?

—Todavía no me ha pasado. —Se calla, como si le estuviera dando vueltas. Después se encoge de hombros—. Si nos dejas aquí más tiempo, puede que ambos lleguemos a averiguarlo.

—¿En serio estamos volviendo a lo mismo? —pregunto mientras suspiro resignada. Ya estoy de los nervios y agotada, ¿quién no lo estaría en mi situación? Y discutir con Hudson solo está consiguiendo que me desespere todavía más—. Suenas como un disco rayado.

—Y tú como una ingenua.

—¿Ingenua? —repito, y sé que en mi voz se palpa la ofensa.

Enarca una ceja.

—O es inocencia o es que eres una cabeza hueca. ¿Qué prefieres?

—Lo que te aparte antes de mi vista —espeto.

Estoy bastante orgullosa de mi respuesta, o lo estaría si mi estómago no hubiera escogido justo ese momento para volver a rugir. Muy alto.

Se me encienden las mejillas de la vergüenza y me sonrojo todavía más cuando Hudson sonríe.

—¿Sabes? —musita mientras se pasa una mano por la nuca—. Hay una forma de acabar con esta discusión de una vez por todas.

—¿No me digas? —pregunto demasiado alto intentando disimular que me vuelve a rugir el estómago—. Sorpréndeme.

Sale del baño hacia la cocina diminuta, cerca de la esquina delantera de la estancia.

—Adivina qué tipo de comida hay en la despensa.

—Y ¿eso qué va a demostrar? —inquiero, aunque le sigo.

Me lanza una mirada que lleva implícita la pregunta de si me estoy haciendo la tonta. Pero al final contesta:

—Soy un vampiro.

Como si eso lo explicara todo, abre la despensa. Aunque en realidad sí que lo hace, porque está claro que se refiere a todo ese rollo de la sangre.

—Si esto fuera cosa mía, estoy bastante seguro de que no habría llenado la despensa de... —Saca una caja rectangular de color azul—. ¿Pop-Tarts de cereza?

9

EN UN ABRIR Y ENSEÑAR DE COLMILLOS (GRACE)

—No tengo ni idea de lo que son las Pop-Tarts —sigue diciendo mientras no deja de darle vueltas a la caja entre las manos, como si fuese a adivinar qué es con solo mirarla.

A juzgar por la duda que todavía distingo en su mirada, no sucede. Y por primera vez me pregunto si tal vez, y solo tal vez, Hudson esté diciendo la verdad. Va en contra de todo lo que sé de él, de todo lo que quiero creerme de él, pero cuando abro un par de armarios más me resulta difícil imaginarme otra explicación para lo que está pasando aquí.

Sobre todo porque los armarios están llenos de mis tentempiés favoritos. Galletitas con mantequilla de cacahuete. Palomitas. Patatas fritas con sabor a vinagreta. Y la mitad de una caja de veinte latas de mi queridísimo Dr Pepper. Cosa que me resulta curiosa, al menos hasta que abro la neverita que hay junto al horno y me encuentro con diez latas frías de Dr Pepper colocadas en la puerta de la nevera, sin olvidarnos de las varias latas de agua con gas de la marca Liquid Death (de naranja, cómo no) y hasta hay agua con gas de pomelo de la marca LaCroix, mi favorita.

Además, hay un cajón lleno hasta arriba de las manzanas que más me gustan, un racimo de uvas moradas, un par de peras y los ingredientes necesarios para preparar varios sándwiches de queso fundido diferentes.

O bien a quien haya hecho la compra le gusta lo mismo que a mí, o bien soy yo la que está al mando de todo lo que pasa, no sé bien cómo. Teniendo en cuenta que soy humana, sin poderes de ningún tipo, la segunda opción me parece casi imposible. Pero así están las cosas.

Y como hace dos semanas nada de esto me habría parecido posible (en concreto lo de enamorarme de un vampiro y estar emparentada con unos brujos), decido dejar a un lado mi criterio. Al menos por un ratito.

Cojo una manzana y una LaCroix de la nevera y me vuelvo para mirar a Hudson, quien regresa a la cocina luciendo una nueva camisa. Gracias a Dios.

Me espero un fanfarroneo por su parte, o al menos que me mire una vez, o diez, con el triunfo en los ojos, pero, en cambio, se queda ahí quieto, con la cabeza gacha y aferrándose a la encimera como si, de no hacerlo, fuese a caerse.

Peor aún, está temblando. Es un temblor ligero, y se me habría pasado por alto si no lo estuviera observando tan detenidamente. Pero ahora mismo toda mi atención está puesta en él, y resulta imposible no verlo. Puede que tenga una expresión vaga en el rostro, y que esos ojos tan expresivos miren al suelo, pero si algo me han dado estas últimas semanas ha sido la capacidad de reconocer el dolor cuando lo tengo justo delante.

Y si bien hay personas que llegarían a decir que Hudson se merece todo el dolor que está sintiendo después de todo lo que ha hecho, no puedo evitar recordar que ha sufrido esas quemaduras de dragón cuando intentaba salvarme. Por ende, en realidad es mi deber ayudarlo, me apetezca o no.

No me doy tiempo para pensármelo, ni a él para que suelte cualquier tontería que me haga cambiar de opinión; vuelvo al baño a zancadas y saco un bote de agua oxigenada de debajo del lavabo. No me planteo la pregunta de cómo sabía que los objetos de primeros auxilios estarían allí, junto a un bote de paracetamol y un par de cremas antibióticas anestésicas. En su lugar lo cojo todo, además de varias gasas y un par de vendas, y vuelvo a la cocina.

A Hudson.

—Quítate la camisa —le digo con el tono de voz más firme y sensato que puedo usar mientras abro el bote de agua oxigenada.

Hudson no se mueve. Aunque tuerce los labios en una mordaz sonrisa burlona cuando me contesta:

—No te ofendas, Ricitos, pero no eres mi tipo, la verdad.

—Mira, Hudson, sé que te duelen las quemaduras. Te estoy ofreciendo mi ayuda. Y esta vez no pienso cambiar de opinión.

—No te preocupes. —Se levanta, se mete las manos en los bolsillos con un movimiento que sé que quiere que piense que es de indiferencia. Seguramente sería más eficaz si no estuviese temblando un poco—. Puedo cuidarme solo.

—Estoy segura de que, de ser verdad, ya lo habrías hecho —le contesto—. Así que ¿por qué no te dejas ya de chorradas y te quitas la camisa para que podamos terminar con este asunto?

Me mira con una ceja enarcada.

—A ver, ¿cómo me voy a resistir a una oferta tan tentadora y amable? —Baja la mirada hasta los medicamentos que tengo en las manos—. Escucha, te agradezco la intención, pero nada de eso me va a servir para nada.

—Ah... —No lo había pensado—. ¿Los vampiros sois inmunes a los medicamentos para humanos?

—No. Pero somos inmunes a casi todo para lo que podríamos llegar a necesitar un medicamento humano. —Hudson señala la crema antibiótica que tengo en la mano—. Como a las bacterias para las que se creó esa crema antibiótica. No necesito la crema porque las bacterias no pueden hacerme nada.

—Tiene su lógica. —Bajo la cabeza en un gesto que expresa que tiene razón, como si le dijera *«touchée»* —. Pero he cogido esta crema por sus propiedades anestésicas, no por su capacidad para matar gérmenes. Y sigo creyendo que no perdemos nada por intentarlo. A no ser que de verdad creas que estos medicamentos no funcionan con cosas sobrenaturales, como el fuego de dragón.

Hudson empieza a mover los hombros como si fuese a encogerlos, pero se frena en seco con una mueca de dolor.

—No sé si funcionará o no. Déjalo ahí y ya lo probaré.

—¿Que ya lo probarás? —Lo miro muy poco convencida—. Sé que los vampiros podéis hacer casi de todo, o eso dicen, pero estoy segurísima de que vas a necesitar un poquito de ayuda para poder echártela en la espalda.

—Estoy acostumbrado a hacer las cosas solo. No necesito que nadie me...

—Ayude —termino la frase yo por él, y paso por alto el instante de compasión que me invade al pensar que una persona (aunque sea Hudson) esté tan sola en la vida que haya aprendido a hacerlo todo por su cuenta—. Bla, bla, bla. Ni te molestes, chico garrapata. Ya me

sé todas las excusas.

—¿Chico garrapata? —Lo repite con su marcado acento británico. Nos hemos conocido hace apenas unas horas, pero estoy convencida de que no se ha sentido tan ofendido en su vida.

Bien. Lo último que quiero es hacerme amiga del malvado hermano mayor de Jaxon. Pero no soy capaz de verlo sufrir si no es necesario. Haría lo mismo por cualquier otra persona.

Además, si me está mintiendo y es él quien nos está haciendo todo esto, supongo que lo mejor será mantenerlo con vida. ¿Cómo narices voy a encontrar la forma de salir de aquí yo sola?

—No me mires tan sorprendido —le digo mientras abro el paquete de gasas para que me sea más fácil sacarlas—. Ambos chupáis sangre, ¿no?

—No es lo mismo —refunfuña.

Desenrosco el tapón de la crema antibiótica para tenerla también a mano.

—Solo lo dices porque no sabes lo que es que se alimenten de ti.

—Ah, ¿y tú sí? —Percibo una nueva mirada en sus ojos, una mirada que me hace temblar de pies a cabeza.

No pienso contárselo. Si le das la mano a un tío como Hudson, te cogerá casi hasta el hombro.

—¿Podrías darte la vuelta? —le pido con la voz más monótona que puedo, con el agua oxigenada en la mano.

Por suerte, esa extraña mirada desaparece tan rápido como se ha formado. Y, ahora, su única respuesta es cruzarse de brazos y fulminarme con la mirada, enfadado. Su aspecto intimidante no ha desaparecido, ni siquiera con el dolor claramente reflejado en sus ojos.

Pero es un aspecto intimidante con el que puedo lidiar. Al fin y al cabo, me pasé casi toda mi primera semana en el Katmere con Jaxon fulminándome con la mirada tal y como está haciendo ahora su hermano. A estas alturas ya casi podría decir que soy inmune.

—Vas a tener que enseñarme mucho más los colmillos si quieres asustarme —le digo con toda la apatía de la que soy capaz.

—Eso tiene solución. —Y, en un abrir y cerrar de ojos, ha salvado la distancia que nos separaba. Y tengo sus colmillos en el cuello—. No me tientes... —gruñe tan cerca de mí que puedo sentir como su aliento me roza la oreja—. No eres la única que tiene hambre.

El corazón me va a mil por hora por el miedo, como las alas de

un colibrí: tengo el pulso acelerado, débil y me duele un poco. Pero ni de coña le voy a dar a Hudson la satisfacción de saber cuánto me asusta.

Cuánto me asusta él, este lugar o no ver a Jaxon nunca más.

Así que me paso la mano por los rizos y ladeo la cabeza hasta que quedamos enfrentados, ojo con ojo, nariz con nariz. Y antes de echarle la mitad del bote de agua oxigenada en la espalda y por toda la camisa, le suelto:

—¡No me toques las narices!

10

YO NO SOY EL QUE LLEVA LOS PANTALONES (HUDSON)

—¡¿Me puedes explicar por qué cojones has hecho eso?! —rujo cuando la espalda me arde en llamas de una forma que nunca antes había experimentado y la camisa mojada se me pega a la piel quemada.

—Deja de ser tan quejica —me dice Grace mientras me esquiva para que no la coja—. Hay que limpiarte la espalda.

—Ya te he dicho que eso da igual, joder —ladro al tiempo que bajo las manos para agarrar el dobladillo de la camisa y quitármela. Cuando el aire frío me golpea la herida, me sobresalto—. ¡Que no podemos pillar infecciones!

—Ya, bueno, no es que seas exactamente de fiar —contesta mientras se pone detrás de mí—. No estoy segura de si el agua oxigenada ha ayudado algo, pero desde luego no ha empeorado las cosas.

—Dice la tía cuya espalda no arde como el infierno ahora mismo.

—Por favor, ¿puedes dejar de quejarte durante diez segundos? —No puedo ver a la muy desgraciada, pero aun así sé por su voz que está poniendo los ojos en blanco—. Ya cansa.

Tengo dos decenas de reproches en la punta de la lengua, pero aprieto los dientes. Conociendo a Grace como la estoy empezando a conocer, estoy bastante seguro de que considerará cualquier cosa que salga de mi boca como una queja.

Lo cual es gracioso si se tiene en cuenta que es la compañera del soso de mi hermano pequeño, y todas las palabras que él pronuncia son o bien una queja o bien un lloriqueo. Claro que supongo que el vínculo de compañeros hace que hasta las peores mierdas parezcan arcoíris y confeti. ¿Qué le vamos a hacer?

Grace saca unas gasas del paquete que hay en la encimera y la contemplo con cautela.

—Ya me encargo yo a partir de ahora.

—Sí, claro.

Por primera vez su voz es tan seca como la mía. Igual de monótona. Y he de decir que eso no me inspira mucha confianza en sus habilidades como enfermera.

Me preparo para que frote las quemaduras, pues parece que lo suyo es la compasión por encima de la pericia. Sin embargo, me toca de forma sorprendentemente suave mientras me limpia la espalda con la gasa, absorbiendo el exceso de agua oxigenada en vez de frotarlo de forma que me irritaría aún más la espalda quemada.

Su suavidad no atenúa el dolor que me irradia por los músculos hasta llegar a los huesos, pero tampoco lo empeora. Y por eso mismo me quedo donde estoy y le dejo hacer lo que sea que esté haciendo. Bueno, por eso y porque sentir el tacto de otra persona (aunque sea platónico y sea la compañera de mi hermano) es agradable después de tantas décadas de soledad.

—Voy a ponerte la crema —anuncia Grace después de haberme secado toda la espalda—. Espero que haga algo.

No lo tengo muy claro, pero me quedo donde estoy mientras ella se pone un poco de pomada en los dedos. Sin embargo, en cuanto me toca la espalda con las yemas me pongo rígido.

—¿Te duele? Intento hacerlo con todo el cuidado posible.

—No pasa nada —contesto. Porque, para mi sorpresa, es verdad. La quemazón va disminuyendo por dondequiera que tocan sus dedos. Y a eso le sigue una nueva calidez que hace que mire por encima del hombro. Porque Grace puede insistir todo lo que quiera en que es humana, pero no hay manera de que una crema humana, por mucho que sirva para aliviar el dolor, esté suponiendo tanta diferencia.

No, la curación, o lo que quiera que sea esto, tiene que venir de Grace. Lo sepa ella o no.

No estoy de humor para otra perorata sobre todas las razones por las que no sé de lo que estoy hablando, así que me guardo lo que estoy averiguando para mí mismo. De todas formas, no tengo intención de proporcionarle ningún conocimiento que pueda usar en mi contra.

Pasar doscientos años a merced de los arrebatos de mi padre me ha enseñado que eso es una insensatez.

—Vale, me parece que ya lo he recubierto todo. —Grace da un paso atrás—. No creo que debamos vendarlas. Ya tienen mejor aspecto, pero igual deberíamos dejar que respiren un poco.

La contemplo mientras vuelve a poner la tapa en la crema e intento ignorar el hecho de que la espalda me duele más ahora que no me está tocando. Me cabrea, aunque sé que solo se debe a que tiene alguna clase de poder curativo del que no es consciente. Pero no me gusta la idea de necesitar a nadie para nada. Y, joder, desde luego, no me apetece sentir que estoy en deuda con la compañera de mi hermano.

Por eso mismo ni siquiera le doy las gracias por su ayuda. Y tampoco me quedo a charlar. Me desvanezco hasta la zona de la habitación, en el otro lado de la estancia, mientras Grace se mueve hacia la pila de la cocina para lavarse las manos.

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo? —grazna cuando empiezo a recoger una gran cantidad de almohadones de la cama y los lanzo al suelo.

Como considero que lo que estoy haciendo se explica por sí solo, no me molesto en contestar. En vez de eso miro a mi alrededor para encontrar algo más en lo que centrarme y me decido por agarrar la parte de arriba del edredón y arrastrarlo hasta los pies de la cama.

Grace no puede desvanecerse y sus piernas son absurdamente cortas, como el resto de su cuerpo, así que le lleva un buen minuto salvar la misma distancia que yo he recorrido en tres segundos. Pero al final llega a la zona de la cama, se pone en jarras y pregunta:

—¿De verdad te vas a ir a la cama? ¿Ahora?

—Ha sido una semana larga, princesa. Estoy cansado. —Le doy la espalda mientras abro las sábanas.

—Ya, pero ¡todavía no hemos averiguado qué hay que hacer! —Está tan indignada que le tiembla un poco la voz al final de la frase.

—Y no vamos a hacerlo esta noche.

Como si quisiera enfatizar mi afirmación, el dragón escoge este momento para estamparse contra el techo. Como resultado, tiembla toda la estancia.

—¿De verdad piensas que vamos a poder dormir con esa cosa acechando e intentando encontrar la forma de entrar? —Levanta la vista hacia el techo como si esperara que fuera a caérsenos encima en cualquier momento.

—No va a entrar —aseguro con más confianza de la que tengo en realidad—. Y si lo hace, nos encargaremos de él.

—¡¿Que nos encargaremos de él?! —Ha pasado de chillar a vociferar—. ¿Cómo narices crees que vamos a hacerlo?

—Me guardo unos cuantos ases en la manga —contesto a la par que vuelvo a otear la ventana tapiada otra vez—. Y tú también.

—¿En serio estás volviendo a las mismas? —espeta—. Eso no lo he hecho yo.

—Vale. —No discuto con ella porque estoy exhausto de verdad (resulta que el que te resuciten no sienta muy bien). En vez de eso, bajo las manos y me desabrocho el cinturón.

Presiento que será suficiente para hacer que salga corriendo, pero Grace entrecierra los ojos. Parece ser que se ha atrincherado y está lista para otra pelea.

Una pena que yo no. Por eso mismo vuelvo a bajar las manos y me desabrocho la cintura del pantalón.

Pero lo único que consigo es que cruce los brazos por encima del pecho, use uno de mis trucos y apoye un hombro contra la pared más cercana.

Lo admito, estoy un poco impresionado y muy entretenido. Aunque no soy de esas personas que se echarían atrás al ver el desafío implícito en sus ojos.

Así que, llegados a este punto, solo me queda una opción.

Me bajo la cremallera y dejo que los elegantes pantalones de lana de Armani caigan al suelo a mis pies.

11

NO-MUERTA DE SUEÑO
(GRACE)

Hudson Vega utiliza bóxers cortos.

Y no unos cualesquiera. No, unos bóxers cortos de Versace de color rojo, verde, azul, melocotón y dorado, que no le tapan ni de lejos tanto como le taparían un par de pantalones cortos.

Aunque no es que se parezcan a ninguno de los pantalones cortos que he visto en mi vida. No, estos bóxers son la hostia de llamativos, y lo saben. No, no lo saben, lo gritan a los cuatro vientos. Llevan un escudo de armas en uno de los lados, una corona elaborada en el otro, con bloques de colores y una espada (una puñetera espada negra, dorada y azul) en la entrepierna.

No sé si será fiel a la verdad o si son solo delirios de grandeza, pero no tengo intención alguna de descubrirlo. De todas formas, hasta yo he de admitir que es posible que Hudson sea la única persona del mundo a la que le queden realmente bien esos calzoncillos.

No es que se lo vaya a decir nunca; sobre todo cuando me importa un pimiento lo bien o lo mal que le queden unos bóxers.

Así que, en vez de quedarme mirando con la boca abierta la prenda de ropa interior más llamativa que he visto en mi vida, además de al vampiro que los lleva puestos, le pregunto:

—Pero, a ver, ¿das por hecho que te vas a quedar en la cama porque tú eres el vampiro y yo soy la patética humanita?

—Me gustaría recalcar que eso lo has dicho tú, no yo. —Me brinda una sonrisa diseñada para cabrearme: arrogante, despreocupada y lo bastante peligrosa para que se me pongan de punta los pelos de la nuca. Todo eso debería haberme bastado para estar sobre aviso, pero aun así me sorprende cuando se vuelve para ahuecar una almohada. ¡Madre de Dios, que lleva un castillo en el

culo! ¿O se supone que es una imagen de un templo griego tipo el Olimpo? No lo tengo claro. Hudson continúa hablándome por encima del hombro, con aire despreocupado—: Además, he supuesto que te acostarías conmigo.

Vale, puede que sí que sea una persona ingenua, porque, de verdad, juro que no me esperaba eso, lo prometo.

—Soy la compañera de tu hermano —espeto cuando por fin se me pasa la sorpresa—. De ningún modo voy a acostarme contigo. Jamás.

—Ay, no, no me digas eso —me contesta de manera inexpresiva —. ¿Cómo voy a superar esta desolación que siento?

—¿Te han dicho alguna vez que eres un gilipollas? —le digo con un gruñido.

—Creo que ese tema ya lo hemos comentado antes, sí.

Se estira para ahuecar las almohadas del otro lado de la cama, totalmente indiferente a lo que le estoy diciendo. Lo cual no me impide hablar. Si vamos a estar aquí encerrados vaya una a saber durante cuánto tiempo, tenemos que dejar claras varias cosas. Y entre ellas...

—No sé qué te crees que va a pasar aquí, pero te puedo asegurar que no va a suceder.

Hudson se vuelve para mirarme, y ya no veo al imbécil sarcástico con el que he tenido que discutir toda la noche. En su lugar hay un chico con aspecto agotado.

—Dormir, Grace. Lo que quiero es dormir.

Y, tras esa afirmación, se mete en la cama y se tapa con la colcha; después se da la vuelta y se queda de espaldas al centro de la cama.

No es más que otra forma suya de demostrarme lo poco que se siente amenazado por mí, y con «poco» quiero decir que su preocupación es inexistente. Me invade la vergüenza, incluso antes de que añada:

—Puedes acostarte en la otra mitad de la cama si quieres. Te prometo que no voy a hincarte los colmillos mientras duermes.

—Lo que me preocupa no son tus colmillos, precisamente —le respondo antes de pensármelo dos veces.

Entonces la vergüenza se convierte en humillación total mientras las palabras flotan en el aire entre nosotros.

Madre mía. ¿De verdad? No me puedo creer que le haya soltado

eso.

Tengo las mejillas encendidas y el estómago revuelto antes incluso de que me susurre:

—Bueno, pues tampoco tienes que preocuparte por eso. —Por primera vez suena tan cansado como parece estar—. Buenas noches, Grace.

No le contesto, pues es evidente que no se espera una respuesta por mi parte. O al menos me da esa sensación por la forma en la que cierra los ojos y se queda dormido al instante.

La parte de mi cerebro que antes me gritaba que saliera huyendo vuelve con fuerzas renovadas. Me insiste en que esta es la oportunidad de librarme de él. Ahora que está exhausto, con la guardia baja y demasiado dolorido para que le importe si decido escapar o no.

Pero el dragón sigue ahí fuera. Puedo oír su aleteo mientras da vueltas en círculos por encima del techo; noto sus primitivos gritos en lo más profundo de mi alma.

O sea, que estoy atrapada entre dos depredadores alfa.

Quienquiera que dijera que los seres humanos estábamos en lo más alto de la cadena alimentaria era una persona desmesuradamente optimista.

12

GRACE EN BANDEJA
(GRACE)

No sé cuánto tiempo me quedo ahí, contemplando a Hudson mientras duerme.

¿Segundos que parecen minutos?

¿Minutos que parecen horas?

Pero, a medida que va pasando el tiempo, me resulta evidente que Hudson está dormido de verdad. Y que, a todos los efectos, piensa seguir así.

Son buenas noticias (de hecho, son estupendas), y por fin me permito respirar de verdad desde que llegamos aquí. Después vuelvo a tomar aire una y otra vez hasta que estoy bien lejos de la sección que hace de habitación.

Sigo muerta de hambre, porque no he llegado a comerme la manzana que he cogido antes, así que continúo andando hacia la cocina. Me muevo despacio y con cuidado para asegurarme de que no tropiezo con nada o que hago movimientos repentinos que puedan alertar a Hudson y despertarlo. O lo que es peor, hacerlo estallar.

Me ruge el estómago en cuanto pongo un pie en la cocina, casi como si hubiera estado esperando al momento en el que se sintiera seguro (el momento en el que yo me sintiera segura) para hacerse notar. Pero la seguridad es algo relativo cuando estás compartiendo espacio con un sociópata, así que no me pongo demasiado cómoda.

En vez de eso mantengo la cabeza vuelta hacia él mientras rebusco con cautela entre los cajones y encuentro algunas herramientas esenciales como un abridor de latas o un cargador de móvil hasta que doy con lo que de verdad me interesa. Un cuchillo. Y no uno cualquiera: un cuchillo de carnicero superafilado.

Me planteo coger una de las hachas de la zona de lanzamiento en

su lugar, pero solo hay cuatro. Las probabilidades de que se dé cuenta de que falta una son bastante altas, y eso es lo último que quiero.

Por supuesto, sé que si Hudson viene a por mí, ni un cuchillo ni un hacha me van a proporcionar suficiente protección... si es que me proporcionan alguna. Pero tampoco pienso servirme ante él en bandeja.

La sangre de Grace (y toda yo, vaya) no está en la puta carta, muchas gracias. Prefiero morir peleando que ponerme panza arriba y dejar que el hermano mayor de Jaxon me asesine. Bastante daño le ha hecho ya a mi compañero. Ni de coña voy a dejar que también me aparte de él.

No sin luchar con garras y dientes.

Dejo el cuchillo cerca de mí en la encimera mientras cojo un poco de pan y me preparo un sándwich de queso. Me lo como de pie, con los ojos clavados en el cuerpo dormido de Hudson en la cama. No se mueve.

Al terminar el sándwich cojo un Dr Pepper de la nevera y me dirijo al sofá que está más cerca de la puerta (y más lejos de la cama). Me coloco en la esquina del sofá y dejo la lata de refresco en la mesa, pero decido meter el cuchillo entre los dos cojines que tengo a mi lado. Me tumbo y vuelvo a sacar el móvil del bolsillo.

Mientras juego con las aplicaciones, que es lo único que todavía funciona ya que no puedo llamar ni mandar mensajes, espero que Hudson se deje ya del jueguecito al que sea que esté jugando y se convierta en el depredador que sé que es. El depredador que ni siquiera ha intentado ocultarlo.

Pero pasa una hora y no mueve ficha. De hecho, no se mueve en absoluto. En realidad está tumbado en la cama tan quieto que más de una vez tengo que poner especial atención para asegurarme de que sigue respirando. Por desgracia, respira.

El cansancio me invade como un tsunami que me arrastra a las profundidades. Oleada tras oleada de fatiga, ahoga mi determinación de quedarme despierta, atenta. Lo último que hago antes de, por fin, dormirme es mirar una foto de Jaxon y mía.

La hice hace tres días, cuando estábamos pasando el rato en su habitación. La sesión de estudio con Macy y Gwen había acabado antes de lo planeado, así que, en vez de volver a mi habitación con Macy, me pasé por la torre para darle las buenas noches.

Acababa de salir de la ducha y tenía una pinta y un olor deliciosos. Tenía la melena negra mojada y pegada a las mejillas, el pecho desnudo seguía un poco húmedo y su sonrisa era de lo más contagiosa.

Por eso mismo estoy pegada a su pecho (de espaldas) con una sonrisa en la cara que brilla más que la aurora boreal que se atisba a través de la ventana que tenemos detrás. Él había intentado convencerme de que nos dejáramos de selfis y nos metiéramos en la cama deshecha que teníamos a la derecha, pero yo me mantuve en mis trece.

A pesar de todo lo que hemos pasado juntos, nuestra relación es reciente. Lo cual significa que tenemos muy pocas fotos juntos y son muy preciadas para mí. Yo quería esta y me aseguré de que Jaxon lo supiera.

Y ahora, mientras me siento sola en este sofá, me alegro mucho de haber insistido. Porque me proporciona algo en lo que poder centrarme en medio de este enorme caos tan confuso. Algo con lo que encontrar el camino de vuelta.

Por eso me aferro al móvil, a nuestra foto, con tanta fuerza como puedo.

E intento recordar cómo suena Jaxon cuando me dice que me quiere.

13

SOY TODO UN MÓVIL ABIERTO PARA TI (GRACE)

Me despierto poco a poco con la sensación de estar calentita y con el sonido de la voz de mi prima diciéndome que se muere de ganas de que vaya al instituto Katmere.

Me cuesta un momento ubicarme, recordar dónde estoy y con quién. Pero, mientras mi mente se satura con todas las experiencias horribles que viví ayer, me incorporo tan rápido que casi me caigo del sofá.

—¿Macy? —la llamo apartándome los rizos despeinados de la cara mientras rezo para que todo haya sido un sueño. Que toda la mierda que viví ayer fuese parte de la pesadilla más rebuscada que he tenido en mi vida—. ¿Qué está pas...?

Me callo al percatarme de tres cosas distintas al mismo tiempo.

La primera, que estoy tapada con la que bien podría ser la manta más suave y calentita del mundo.

La segunda, que Macy no está en la habitación conmigo.

Y, la tercera, que Hudson Vega tiene mi móvil.

Peor aún, parece que ha aprovechado que estaba durmiendo para cotillear todo aquello a lo que ha podido ponerle los dedos encima. Será cabrón.

—¡Oye! —grito, y me abalanzo a por mi móvil. Pero tengo la garganta seca, los ojos semicerrados y mi coordinación recién despierta no se puede comparar con la de un vampiro. Más teniendo en cuenta que el vampiro en cuestión es Hudson.

Ya se ha levantado del sofá y ha recorrido media habitación antes de que yo pueda hacer poco más que quitarme de encima la ridícula manta con la que es evidente que me ha tapado. Por un segundo me resulta un gesto de lo más confuso (que Hudson de verdad haya tenido

un detalle conmigo), pues sí que tengo el vago recuerdo de haber pasado frío en plena noche.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo? —le pregunto, y me olvido de los violentos latidos de mi corazón y del cuchillo que todavía tengo escondido en el sofá mientras corro por la habitación hacia él. La mitad de mi cerebro me grita que enfrentarme a él es una idea pésima, pero la otra mitad me está gritando que recupere mi puñetero teléfono. Y yo escucho a esa segunda mitad, porque me niego a pasar el tiempo que estemos aquí atrapados teniéndole miedo a Hudson. Por muy aterrador que sea él—. Devuélvemelo —insisto mientras intento recuperar mi móvil.

—Relájate, princesa —me contesta mientras aleja el aparato para que no lo coja—. Solo lo estaba mirando por si encontraba algo que nos sirviera para salir de aquí.

—¿Como qué? ¿Un código secreto que se me haya olvidado? —pregunto indignada.

—Pues igual —responde encogiéndose de hombros—. Cosas más raras se han visto.

—Ya, bueno, ¿se te ha llegado a ocurrir que podías preguntarme en vez de invadir mi privacidad?

—¿Teniendo en cuenta que al parecer no tienes ni idea de lo que estás haciendo? —pregunta a su vez apoyando uno de los hombros en la pared más cercana—. No, no se me ha ocurrido, la verdad.

Y entonces baja el móvil y pone otro vídeo... Este es del día en el que Jaxon y yo hicimos el muñeco de nieve juntos.

Se me encoge un poco el corazón al oír la voz de mi novio. Una voz grave, cálida, feliz. Ver a Jaxon feliz es una de mis cosas favoritas en este mundo (ha sufrido muchísimo), y este es uno de los mejores recuerdos de mi vida. Todo es perfecto.

—¡Joder! —Me planteo ir al sofá a por el cuchillo mientras intento coger el móvil otra vez, pero Hudson me lo impide sin separar siquiera los ojos de la pantalla—. ¡Deja de ver mis cosas!

—Pero ¡es que el blandengue de mi hermanito está muy mono con ese gorro de vampirito! ¿Se lo hiciste tú?

—Pues no. —Pero me encanta. Me encanta que lo cogiera para nuestro muñeco de nieve y me maravilla la mirada que percibo en su rostro cuando nos alejamos para apreciar el resultado.

Y ahora Hudson lo mira con una mirada imperturbable,

revisando mis recuerdos más íntimos y buscando pistas que no existen. Está juzgando a Jaxon, y a mí, por algo que no le incumbe en absoluto. Y yo lo odio un poquito más por ello.

Esta vez, cuando intento alcanzar el móvil, Hudson gira, me da la espalda, y yo pierdo los estribos. Se me va la cabeza. Lo cojo del hombro y tiro de él con toda la fuerza que tengo, furibunda.

—¡Solo porque no tengas a nadie en tu vida que quiera hacer un muñeco de nieve o grabar un vídeo contigo no te da derecho a meterte en la vida de los demás!

Que yo haya usado toda mi fuerza y que Hudson apenas se haya movido me cabrea más de lo que consideraba posible. También me cabrea mucho ver cómo enarca una ceja mientras me mira desde arriba, como si se preguntara qué estoy haciendo.

Cosa que tiene su gracia, en vista de lo que está haciendo ahora mismo.

Pero, cuando nuestras miradas se encuentran por primera vez desde que me he levantado esta mañana, no puedo evitar dar un paso hacia atrás. Porque veo una rabia contenida ardiendo en sus ojos que no había notado jamás. En comparación, la mirada de depredador que me lanzó anoche es insignificante.

Me tambaleo hacia atrás un paso más, y miro a mi alrededor en busca de un arma con el corazón en un puño.

—Está en el cajón —me dice Hudson con voz apagada. Y así, sin más, la rabia desaparece de su mirada y en su lugar veo el vacío, la desolación a la que me estoy acostumbrando.

Se me revuelve el estómago.

—¿El qué? —quiero saber, aunque me temo que ya sé de qué está hablando.

—No te hagas la tonta, Grace. Nos dejas mal a los dos.

Se separa de la pared y me lanza el móvil. Tengo los dedos entumecidos cuando lo cojo, y él se aleja con toda la calma del mundo.

—¿Adónde vas? —pregunto mientras me invade el pánico. Detesto estar aquí atrapada con él, pero de pronto me parece infinitamente peor la posibilidad de que se vaya y me deje aquí atrapada sola.

—¿A darme una ducha? —contesta, y su voz destila desprecio—. Si te apetece puedes unirte.

El pánico se transforma de nuevo en enfado.

—Qué guarro eres. Jamás me desnudaría delante de ti.

—¿Quién ha dicho que te desnudes tú? —me pregunta, y abre la puerta—. Solo me he imaginado que con la distracción tendrías la oportunidad perfecta para clavarme ese cuchillo tuyo en toda la espalda.

14

DIARIO DE UN VAMPIRO (GRACE)

Contemplo la puerta cerrada del baño mientras algo que se parece terriblemente a la vergüenza me recorre el estómago. Hudson sonaba aburrido, no dolido, pero no puedo evitar recordar ese atisbo de rabia en sus ojos.

¿Rabia porque me hubiera atrevido a matarlo?

¿O rabia porque haya podido pensar que tendría que hacerlo?

Algo me dice que es lo segundo, y entonces la vergüenza se vuelve más abismal, más penetrante.

Y aunque no tengo nada en absoluto por lo que avergonzarme, me aseguro mientras me obligo a ponerme en marcha.

Es él quien mató a todas esas personas del Katmere.

Es él quien estuvo a punto de matar a Jaxon.

Y es él a quien le trajo sin cuidado husmear por mi móvil como si tuviera algún derecho a invadir mi privacidad.

Pues claro que tengo derecho a protegerme a mí misma contra un asesino. Cualquiera con dos dedos de frente haría lo mismo que yo.

Y justo eso es lo que pienso volver a hacer. Puede cabrearse cuanto le venga en gana. Pero eso solo significa que es más peligroso, no menos.

Es ese pensamiento el que me impele a cruzar la cocina hasta llegar al sofá en el que escondí el cuchillo anoche. Parte de mí espera que ya no esté ahí, pero está justo donde lo dejé. Por supuesto, lo ha doblado hasta crear un círculo, de forma que la punta de la hoja toca el final del mango. Y cuando voy a comprobar el cajón una vez más, veo que todos los cuchillos están igual; excepto el de mondar, que está partido por la mitad.

Hudson ha destruido todos y cada uno de ellos, ha evitado que

pueda utilizarlos y me ha dejado indefensa. El hecho de que apenas le habrían causado ningún daño si hubiera decidido atacarme no importa. Lo único que importa es que se ha desvivido por destruir cualquier mínima protección que yo haya podido encontrar. Y eso rezuma maldad pura.

Estoy a punto de cerrar el cajón de golpe, pero no pienso darle el gusto. Incluso con el grifo de la ducha abierto, seguramente lo oiría y no quiero que sepa lo cabreada (y asustada) que estoy en realidad.

Así que cierro el cajón poco a poco y me centro en lo que sí puedo controlar, que no es mucho. Me vuelve a rugir el estómago, el estrés siempre me da hambre, por lo tanto agarro un paquete de Pop-Tarts de cereza y una manzana y me vuelvo a dirigir al sofá en el que dormí anoche.

Hacía frío, por lo menos hasta que Hudson me tapó con la manta (pero, a ver, ¿de qué iba eso?, si esta mañana estaba cabreadísimo); después estuve supercómoda. Y ahora mismo necesito un poco de comodidad.

Le voy dando vueltas a todo esto a la vez que me detengo a curiosear por las estanterías. Los libros han supuesto un consuelo para mí toda mi vida; tengo suerte, porque, aunque estoy encerrada en este lugar, sea donde sea, estoy rodeada de miles y miles de libros.

Me como la manzana mientras recorro las estanterías de un lado a otro y descubro un montón de mis favoritos de siempre: *El guardián entre el centeno* , *Los juegos del hambre* y la *Antología poética* de Sylvia Plath... Además de muchos otros libros que he querido leer, pero nunca me he puesto a ello, y muchos otros más de los que jamás había oído hablar.

Me detengo cuando llego a un estante lleno de libros de color vino encuadernados en un cuero un poco desgastado. Hay por lo menos cien de ellos y, aunque algunos parecen mucho más antiguos que otros, está claro que forman parte de una colección; no solo porque sean del mismo color, sino también porque todos presentan marcas idénticas en el lomo y, cuando saco un par de la estantería, veo que también tienen los mismos bordes dorados.

Además, todos llevan un candado en la parte delantera. ¿Son diarios? Y, si es así, ¿de quién? Creo que nunca lo sabré porque están cerrados, pero es apasionante especular al respecto.

Los propios candados son preciosos, de aspecto vetusto y

ornamentados, y cuando giro el primer libro entre mis manos no puedo resistirme a pasar el dedo por encima de la pequeña cerradura. Para mi sorpresa, en cuanto mi dedo entra en contacto con ella, el candado se abre.

Puedo leer el libro.

Vacilo un instante porque son los diarios de alguien. Pero, a juzgar por la edad de este libro, esa persona hará mucho que está muerta, razono, y no le importará nada que me pase un tiempo fisgoneando en sus pensamientos.

Abro el libro con mimo; ha durado mucho tiempo y no quiero ser yo la que lo destroce. La primera página está en blanco, excepto por una inscripción que reza: «A mi alumno más sobresaliente, quien merece mucho más de este mundo. Con cariño, Richard».

Es una inscripción extraña aunque fascinante, y me quedo un rato recorriendo con la yema del dedo las suntuosas letras. Pero las palabras han pasado de captar mi curiosidad a avivarla y no tardo demasiado en pasar la página para ver qué ha escrito su alumno estrella.

Me voy a la primera página y en la parte superior se lee la fecha del 12 de mayo de 1835. La sigue una entrada escrita con garabatos infantiles.

Hoy me he metido en una pelea.

No debería. Sé que no debería, pero no he podido evitarlo. Me han probo provocado.

Richard dice que eso no importa. Dice que el autocontrol es lo que diferencia a un hombre cibil civilizado. Le he dicho que no sabía lo que eso significaba y me ha contado que el «autocontrol es la habilidad que tenemos para controlar nuestras emociones y deseos incluso aunque nos enfrentemos a una gran probo provocación». Yo le he dicho que muy bien, pero que quien hubiera dicho eso no tenía un hermano pequeño molesto.

Richard se ha reído, después me ha dicho que los futuros reyes deben ser disciplinados en todo momento y hacer solo lo que crean mejor para su gente, aunque su gente sean hermanos pequeños molestos. «¿Hasta los hermanos pequeños insoportables?», he preguntado. Y me ha dicho que en especial ellos.

Cosa que tendría sentido, supongo, si no fuera porque mi

padre no parece nada disciplinado. Hace lo que quiere cuando quiere y, si alguien lo cuestiona, lo hace deshapa desaparecer a veces durante un rato y a veces para siempre.

Aunque, cuando le he contado eso a Richard, me ha mirado sin más y me ha preguntado si quería ser la clase de rey que es mi padre. Le he dicho que la respuesta a eso es ¡¡¡¡¡¡¡NO!!!!!!! No quiero ser nunca la clase de rey o persona o vampiro o LO QUE SEA que es mi padre. Tal vez tenga mucho poder, pero también se porta muy mal con los demás.

No quiero ser esa clase de rey. Y no quiero ser esa clase de padre. No quiero que todo el mundo, incluida mi familia, me tenga miedo a todas horas. Sobre todo mi familia. No quiero que me tengan miedo nunca. Y no quiero que me odien nunca como yo lo odio a él.

Por eso jamás debería haber hecho lo que hice. No debería haberle dado un puñetazo en la cara a mi hermano, aunque él me pegara primero. Y me diera una patada. Y me mordiera dos veces, cosa que me hizo muchísimo daño. Pero es mi hermano pequeño y es mi deber cuidar de él. Incluso cuando es tremendamente insoportable.

Y por eso lo estoy escribiendo aquí. Para no olvidarme nunca. Y porque Richard dice que un buen hombre siempre cumple sus promesas, y yo prometo cuidar de Jaxon SIEMPRE, sin importar qué pase.

Me quedo helada cuando leo el nombre de Jaxon al final de la página. Me digo que es una coincidencia, que es imposible que la persona que ha escrito este diario, la persona que promete cuidar siempre de su hermano, sea Hudson.

Solo que hay un montón de cosas en esta página que me hacen creer que sí que lo es. «Vampiro.» «Futuro rey.» «Hermano mayor.»

Si este es el diario de Hudson y no el de algún príncipe fallecido hace mucho, debería dejar de leer. De verdad que debería. Pero, aunque me digo que voy a cerrar el libro, paso la página hasta la siguiente entrada. Solo para ver si es él de verdad. Solo para ver cómo es posible que las cosas hayan cambiado tanto para que haya pasado de prometer proteger siempre a su hermano a intentar matarlo.

Empiezo a leer la siguiente entrada del diario, algo sobre aprender a tallar para poder hacerle un juguete a su hermanito, pero tengo que parar después de un par de párrafos.

¿Cómo es posible que este niño tan dulce y sincero se haya convertido en el monstruo que ha causado tantas muertes en el Katmere?

¿Cómo es posible que el niño que prometió proteger a su hermano para siempre se haya convertido en un sociópata que ha intentado con todas sus fuerzas matar a ese mismo hermano?

No tiene sentido.

Se me pasan un millón de preguntas más por la cabeza mientras paso la página y sigo leyendo..., justo cuando la puerta del baño se abre y Hudson sale de dentro.

El corazón me da un vuelco cuando su mirada me encuentra y, de inmediato, se fija en el libro que tengo entre manos. Me da terror hacer un movimiento repentino, así que trago lentamente. Y espero que se abran las puertas del infierno.

15

LA MEJOR DEFENSA ES OTRA DEFENSA MÁS (HUDSON)

Hostia puta. Esto no lo había visto venir, pero ni de coña.

Aunque, echando la vista atrás, no haberlo visto venir me hace tan corto de miras como me quejo que es Grace. Cómo no, ha encontrado mis puñeteros diarios mientras me duchaba. Y, cómo no, no le ha visto nada de malo a leérselos después de haberse pasado la mañana viéndome cotillearle el móvil sin su permiso.

Y esto es lo que se conoce como «salirle a uno el tiro por la culata». Pero saber que el tiro está más que justificado no hace que sea más fácil lidiar con las consecuencias. Creo que, de hecho, hace que sea más difícil, pues me deja sin recursos. Y sin argumentos.

Joder, joder y joder.

Me planteo la opción de acercarme a ella y arrebatarle el maldito diario de las manos, pero no haría más que empeorar las cosas. Y, además, le concedería más poder del que ya posee, y no tengo ni la más mínima intención de hacerlo. No cuando ya me mira como si fuese algo que le gustaría aplastar con la suela del zapato.

Pues la única opción que me queda es echarle cara al asunto, aunque lo que de verdad me apetezca sea reducir a cenizas todos y cada uno de los malditos diarios. Me cago en el sentimentalismo que me ha hecho guardarlos todos estos años. Tengo que quemar esa basura.

Pero esta noche no.

—Bueno, ¿por qué volumen has empezado? —pregunto mientras atravieso la habitación hacia ella.

Como ahora mismo no pienso sentarme en ese sofá a su lado ni de coña, apoyo uno de los hombros en la pared más cercana, resuelto a aparentar que me la suda. Todo.

Al ver que no me contesta al instante, cruzo los brazos y los tobillos, y me preparo para esperar el tiempo que haga falta. Al fin y al cabo, la mejor defensa es otra defensa.

Es una lección que aprendí a los pies de mi querido padre, si bien se pasó un montón de años intentando enseñarme justo lo contrario. Sin mencionar que trató de convertirme en el mismo monstruo que era él.

Una pena que, hace ya mucho tiempo, decidiera ser mi propia clase de monstruo y mandar a la mierda las consecuencias.

Cosa que, por ahora, me está yendo de lujo, como es evidente.

—No sabía que eran tuyos.

Dada la cara de culpabilidad que tiene desde el mismísimo instante en que he salido del baño, no me creo una mierda.

—Bueno, igual no lo sabías cuando lo has cogido. Pero no lo has dejado donde estaba cuando has visto de quién era, ¿no? —Grace no me contesta, se limita a bajar la mirada al diario—. En realidad no importa. Léetelos. Aunque te recomiendo que te saltes los volúmenes del medio. Mi preadolescencia fue muy... —Me callo para darle emoción, e incluso llego a negar con la cabeza con algo de remordimiento, para demostrarle lo poco que me importa— emo.

—¿Solo la preadolescencia? —pregunta sin titubear con las cejas enarcadas.

—*Touché* . —Bajo la cabeza en una especie de reverencia—. Pero con el tiempo mejoran. No di lo mejor de mí hasta que me leí *Apología de Sócrates* , de Platón. Una minuciosa introspección a lo socrático y tal.

—Y yo que pensaba que habías aprendido todo lo que sabes del marqués de Sade. —Desvío la mirada y me tapo la sonrisa con la mano. Grace es avispada, lo admito. Es una mosca cojonera, pero avispada. Y bastante graciosa también—. Aunque tengo una pregunta para ti —me dice, y vuelve a centrar la mirada en el diario abierto que tiene ante ella.

Me tenso, y todo mi cuerpo entra en alerta roja mientras espero una pregunta que estoy convencido de que no me va a gustar una mierda. Seguramente me pregunte por mi relación con Jaxon, cosa para la que casi seguro no tendré respuesta. Llevo gran parte de mi vida intentando entender los problemas que hay entre mi hermano y yo, pero es como darme de cabezazos contra un muro.

O lo era, al menos, hasta que Jaxon decidió que la única forma de resolver nuestras diferencias era matándome. Entonces decidí que se podía ir a tomar por culo, básicamente. Hasta llegué a plantearme matar al capullo de mi hermanito mientras pudiera. No es que él tuviera reparos en hacerme lo mismo.

Pero al final no pude. La verdad sea dicha, ni lo intenté. Me pareció que lo mejor para todo el mundo era que yo desapareciera durante una temporada. O para siempre.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto preparándome para lo peor.

Grace coge mi diario.

—Si tan seguro estás de que soy yo quien está haciendo todo esto, que soy yo quien nos tiene aquí encerrados, ¿cómo narices podría estar leyendo tus diarios?

—¿De verdad? ¿Otra vez con el tema? ¿Es esa la gran pregunta que querías hacerme? —No sé si sentirme aliviado o insultado.

—Es una buena pregunta —me contesta—. A ver, si ni siquiera sabía que estas cosas existían antes de cogerlas de la estantería. ¿Cómo iba yo a saber qué había escrito en los diarios?

—Pues igual que yo sé que tus galletas favoritas son las de chocolate con pepitas de chocolate.

—¿Las galletas de chocolate con pepitas de chocolate no son las galletas favoritas de todo el mundo? —me indica.

—¿Y cómo coño voy a saberlo? —pregunto exasperado—. Soy un vampiro.

—Ah, ya, es verdad. Bueno, confía en mí: las galletas de chocolate con pepitas de chocolate son las favoritas de todo el mundo.

—De todo el mundo no —le respondo. Porque, en esta situación, no es la única que puede ver más de lo que ha podido ver cualquier otra persona. Yo también puedo. Y por eso sé que...—: Hay a quien le gustan más las galletas de avena con pasas. Y hay a quien le encantan los bocetos de Dalí y los *collages* de John Morse.

Sus enormes ojos marrones se abren como platos.

—¿Y tú cómo sabes eso? —susurra.

Es una pregunta llena de implicaciones; una pregunta cuya respuesta haría que, si no tengo tacto, saliera disparada entre gritos a la oscuridad de fuera, que no parece desaparecer nunca. Pero también es verdad que es la distracción perfecta del puñetero libro que tiene en el regazo.

Y la forma perfecta para convencerla, de una vez por todas, de que de verdad es ella quien nos mantiene aquí encerrados. Bueno, ella y el dragón de fuera, pero ya nos ocuparemos de eso en otro momento.

Por ahora estoy más concentrado en la presentación... aunque no sea de esas que se dan en un colegio.

No, para esta lección tenemos que ir a otro lugar. Aunque... en realidad no.

Así que, para no asustarla, estiro poco a poco los brazos hacia ella y le quito el diario de las manos.

—¿Qué haces?

No le contesto. ¿Por qué hacerlo si su distracción me facilita la oportunidad que estaba buscando?

En vez de responder a su pregunta, aprovecho la oportunidad que me da para romper sus defensas. Y así, sin más, me acerco y cojo un recuerdo.

16

NINGÚN VAMPIRO ES UNA ISLA (GRACE)

Estamos en la playa.

Y no en una playa cualquiera. Estamos en la playa de Coronado, en San Diego. La reconocería en cualquier lugar. En parte porque el icónico Hotel del Coronado, muy conocido por su tejado rojo, está justo delante de mí, y en parte porque solía ser mi sitio favorito.

Antes venía aquí a todas horas, a veces sola y a veces con Heather. Incluso, antes de sacarnos el carné de conducir y de que pudiéramos cruzar el puente siempre que quisiéramos, cogíamos el ferri y viajábamos en él hasta la pequeña isla de la bahía de San Diego. Luego bajábamos del barco y caminábamos hasta Orange Street para llegar a la playa mientras nos íbamos deteniendo por el camino a echar un vistazo a las tiendas y las galerías de arte que se encontraban a lo largo del paseo.

Cuando nos entraba hambre, comprábamos conos de helado o galletas de la cafetería de la señora Velma y después paseábamos hasta la playa. En verano, cuando el agua por fin estaba lo bastante cálida, nadábamos, y durante las otras estaciones nos metíamos solo hasta las rodillas.

Diría que Coronado es mi lugar preferido del mundo, y muchos de mis mejores recuerdos están aquí, justo en esta calle. No había vuelto desde una semana antes de que murieran mis padres, y me resulta extraño hacerlo ahora, con Hudson, de entre todas las personas del mundo.

—No lo entiendo —susurro mientras una madre joven con un chándal de color amarillo chillón pasa empujando un carrito justo delante de nosotros—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—¿Acaso importa? —responde mirando hacia el cielo.

Y lo comprendo. Aunque hayamos estado atrapados en ese *loft* durante solo un día, parece mucho más tiempo.

Diría que ha pasado una eternidad desde la última vez que caminé bajo el cielo azul y conté nubes esponjosas mientras la calidez del sol me invadía.

Una eternidad desde la última vez que sentí que el viento corría a mi alrededor coqueteando con los bordes de mi ropa y despeinándome los rizos.

Una eternidad desde la última vez que respiré el aire salado del mar y escuché el incesante murmullo de las olas contra la orilla.

He echado esto de menos más de lo que creía posible. He echado de menos mi hogar.

—Supongo que no —musito mientras me detengo a mirar el escaparate de mi galería favorita.

Y suspiro con alivio al darme cuenta de que nada ha cambiado. El cuadro de *Alicia en el País de las Maravillas* de Adam Scott Rote sigue allí colgado; una hermosa y adulta Alicia nos contempla al tiempo que la Reina Roja se yergue a sus espaldas.

—Me enamoré de este cuadro cuando tenía catorce años —le cuento a Hudson—. Mi madre me dejó saltarme las clases para celebrar un mediocumpleaños y me trajo aquí, a Coronado, a pasar el día. Me dijo que podíamos hacer lo que a mí me apeteciera durante todo el día, y resulta que lo que más me apetecía era explorar esta galería y contemplar a los maravillosos artistas que luce en las paredes.

—Aquí también está el *collage* de John Morse, ¿no? —pregunta Hudson mientras yo me aventuro al interior.

—Pues sí —afirmo—. Pero está en el otro lado de la galería. O al menos lo estaba.

Paso de largo una exposición de otras obras de Rote hasta llegar al pequeño enclave en el que solía pasar tanto tiempo. Hudson no duda en seguirme.

Y ¡sí!

—Sigue aquí —murmuro apenas resistiendo las ganas de colocar las yemas de los dedos sobre el frío cristal protector que cubre el *collage* de Einstein más increíble que se pudiera imaginar.

La cara presenta un millón de colores y su pelo enmarañado está hecho con recortes de todo tipo de cajas, como de Hot Tamales,

Lunchables, Cheez-Its y papel de horno.

—Nunca he visto nada parecido —comenta Hudson desde un lugar a mis espaldas.

—Yo tampoco. —Cierro las manos en puños para asegurarme de no tocar el cuadro—. Me alegro de que siga aquí.

—Yo también. —Hudson me sonríe y es más delicado y dulce de lo que jamás habría esperado.

Una vez más un sentimiento de inquietud tira de algún lugar de mi mente, pero es fácil ignorarlo cuando estoy rodeada de tanta belleza.

Nos tomamos nuestro tiempo vagando por la galería, Hudson hace comentarios sucintos acerca del arte que no le gusta mientras que yo predico con entusiasmo sobre las piezas que adoro. Aun así, llegado el momento en el que ya hemos visto todo lo que hay que ver, volvemos a la calle.

—¿Tienes hambre? —tanteo cuando el aroma a galletas recién horneadas llena el ambiente—. La cafetería de la señora Velma está aquí al lado.

—Es la que hace las galletas de avena con pasas, ¿no? —inquiere Hudson.

—La misma —respondo al tiempo que lo observo con curiosidad —. ¿Cómo sabes lo de esas galletas?

—¿Acaso importa? —Se encoge un poco de hombros—. Pensaba que la cuestión era comer galletas, no hablar de ellas.

—Ah, créeme, podemos hacer ambas cosas.

Me apresuro a recorrer los cien metros que hay hasta el local con Hudson siguiéndome de cerca.

Una campanilla repica cuando abrimos la puerta. La señora Velma levanta la vista de donde está, colocando una tanda de galletas recién horneadas en el mostrador, y nos hace un gesto para que nos acerquemos.

Es una mujer negra alta, de cara estrecha y una melena gris impresionante que rebota alrededor de su cara. Durante un segundo el alivio me invade al ver que sigue aquí. Es anciana y de aspecto frágil, tiene los hombros encorvados y los dedos nudosos por el paso del tiempo. Pero su sonrisa ilumina la tienda entera de la misma forma que siempre.

—¡Grace! —grita con alegría y, durante un instante, parece y

suena como una niña mientras da saltitos de puntillas y alarga los brazos hacia mí—. ¡Mi niña! No estaba segura de si te volvería a ver.

—Deberías haber sabido que unos cuantos miles de kilómetros no podrían separarme de tus galletas, Velma —le digo.

—Tienes razón. Debería haberlo sabido —contesta entre risas, aunque inspecciona a Hudson con curiosidad—. ¿Quién es tu amigo?

—Velma, te presento a Hudson. Hudson, esta es Velma.

—La mejor repostera de todo San Diego —le dice él con una sonrisa zalamera.

—La mejor repostera de todo el país —le corrijo mientras Velma se ríe sin parar.

Después coge una cajita del mostrador que tiene a sus espaldas y empieza a llenarla con galletas de chocolate con pepitas de chocolate antes de que yo pronuncie palabra.

—También queremos un par de avena con pasas —indica Hudson, y Velma lo mira radiante.

—Excelente elección. ¡Esas son mis preferidas! También eran las que pedía siempre mi clienta favorita, Lily. Por desgracia, son las que peor se venden, así que hace semanas que no las preparo —anuncia mientras cierra la caja—. Todo el mundo escoge las de pepitas de chocolate, las de azúcar y canela o las de chocolate con pepitas de chocolate. Nada que parezca mínimamente sano siquiera, por mucho que no lo sea. Pero algo me ha dicho esta mañana que horneara una tanda, y me alegro mucho de haberlo hecho.

—Y yo también —confirma Hudson con fervor—. Nunca las he comido, así que tengo muchas ganas de probarlas.

Hay algo que me preocupa sin saber por qué, la sensación de que aquí hay algo que no cuadra. Pero antes de que pueda descubrir qué es lo que me molesta, la señora Velma agarra la mano de Hudson y le da un apretoncito.

—Cuando te las comas, espero que notes todo el amor que he puesto en ellas.

Hudson no dice nada durante un rato, se limita a bajar la mirada hasta donde la mano anciana y artrítica de la mujer agarra la suya joven y fuerte. Cuando el silencio se alarga demasiado, se aclara la garganta y susurra:

—Gracias.

—No hay de qué, cielo. —Vuelve a darle otro apretoncito en la

mano antes de soltarlo de mala gana—. Venga, salid de aquí e id a la playa. Se supone que va a llover luego, por lo tanto deberíais aprovechar el buen tiempo mientras podáis.

—¿Va a llover? —pregunto, pero Velma ya se ha metido en la trastienda.

—¿Vamos? —insta Hudson abriendo la puerta, y después se aparta para que pueda pasar yo antes, con lo que no me deja más opción que coger la caja de galletas y salir.

Al hacerlo levanto la vista al cielo y me doy cuenta de que la señora Velma tenía razón. En lo que ha durado esta breve parada a la tienda de galletas, el cielo ha pasado de estar despejado a tornarse de un funesto color gris. El sol ha desaparecido y el mundo que me rodea ahora parece oscuro y lóbrego, algo que San Diego nunca me había parecido.

No me gusta. Para nada. Y cuando Hudson se mueve para unirse a mí en la calle, no puedo evitar preguntarme si se trata de un presagio.

Y si lo es, ¿de qué me está avisando exactamente?

17

LA VIDA ES COMO UNA CAJA DE GALLETAS (GRACE)

A medida que nos acercamos a la playa se levanta el viento. Tenemos el océano justo delante de nosotros; puedo ver las olas crecer, y las oigo estrellarse contra la orilla cada vez más fuerte y más rápido con cada segundo que pasa.

Se me encoge un poco el estómago y los nervios me retuercen por dentro, pero inspiro hondo e intento ignorar esa sensación cuando Hudson me pregunta:

—¿Qué le pasó a Lily?

—Murió de cáncer hace dieciocho meses —contesto tras soltar un suspiro—. Tenía nueve años, y las galletas de avena con pasas eran las que más le gustaban en el mundo. En sus últimos momentos de vida era lo único que comía.

Hudson mueve la mandíbula mientras observa el agua del océano.

—No sé si eso me parece increíble o terrible.

—Ya —respondo con una risilla débil—. Yo tampoco. Me inclino por increíble, porque Lily era una niña increíble. Siempre estaba feliz, por muy mal que se encontrara por la quimio o por mucho que le doliese todo.

—¿La conocías? —Parece sorprendido.

—Pero solo de vernos en la cafetería, porque su madre la traía mucho. Se sentaban a la mesa de la esquina y Lily pintaba mientras la señora Velma le preparaba su propia hornada de galletas de avena con pasas. —No puedo evitar sonreír al recordar cómo Lily se aplicaba con sus dibujos.

—*Grace, cuando sea mayor voy a ser una artista, como los autores de los cuadros que hay en la galería del señor Rodney.*

—Estoy segura de que será así, Lily. No conozco a nadie que dibuje las flores como tú.

—Porque soy una flor. La flor más bonita que hay. Eso dice mi mamá.

—Y a tu mamá no le falta razón.

Se me viene a la mente el retazo de una de nuestras últimas conversaciones, y me cuesta tragar. Hudson no me pregunta en qué estoy pensando, pero, bueno, supongo que es bastante evidente. Sobre todo teniendo en cuenta que se pasa la caja de galletas a la mano que tiene más alejada de mí y que empieza a acelerar un poco el paso hacia la playa.

—Oye, tenemos que comernos una galleta antes de llegar al agua —le digo mientras me obligo a mover las piernas, más cortas que las suyas, más rápido—. Es la tradición.

—He pensado que igual no te apetecería comértela después de esa historia —me contesta. Debe de haberse dado cuenta de que me cuesta seguirle el ritmo, porque amaina un poco el paso.

—Ya, y tienes razón —contesto—, pero tenemos que comérnosla.

—¿La tradición es la tradición? —me pregunta con una ceja enarcada.

—Eso he dicho —le señalo con una sonrisa.

Me mira como si quisiera discutírmelo, pero al final se limita a asentir antes de abrir a regañadientes la caja de galletas.

Cojo las galletas de avena de la parte superior de la caja, y le tiendo una.

—Por Lily.

—Por Lily —repite, justo antes de que ambos les demos un mordisco a nuestras respectivas galletas.

El sabor familiar me impacta en la lengua, y se me agolpan las lágrimas en los ojos. Nunca me han gustado las galletas de avena con pasas, y eso no ha cambiado, pero aun así me como una cada vez que vengo aquí. Por Lily. Por mi madre, a quien también le encantaban las galletas de avena con pasas. Por mi padre, que las odiaba, pero que aun así se acostumbró a comérselas porque sabía que mi madre no las prepararía para ella sola.

Los echo muchísimo de menos. Es una sensación extraña, la verdad. A veces me despierto y no me siento tan en la mierda. Pero, no sé por qué, esos días son peores que cuando empiezo fatal. Porque

esos días vivo mi vida, estoy a mis cosas, y de pronto cualquier tontería me despierta un recuerdo de la nada para el que no estoy preparada.

Y vuelvo a sentirme como una mierda.

Y así me siento ahora, como si el dolor me arrollase otra vez.

—Oye..., ¿estás bien? —pregunta Hudson, y veo que estira el brazo como si quisiera consolarme. O abrazarme.

Me aparto por instinto. Me recuerdo que, por mucho que ahora esté siendo simpático, no deja de ser un sociópata. Un asesino. Un monstruo.

—Estoy bien —le contesto tragándome los restos de mi pena, porque no puedo permitirme mostrarme vulnerable. Ahora mismo no, y menos delante de él—. Vamos a comernos las galletas.

Para recalcar que lo digo en serio le doy un gran mordisco a la galleta de avena. Luego mastico con entusiasmo mientras hago como que no tengo la boca llena de serrín.

Hudson no hace ningún comentario, solo me observa con la mirada seria al tiempo que le da un bocado a la galleta.

Mastica un par de segundos, y después se le ilumina la cara.

—Eh, que está buena.

—Pues prueba las de chocolate con pepitas de chocolate —le digo cuando por fin puedo tragarme la galleta que llevo masticando lo que me parece una eternidad.

—Ahora mismo —me responde; mete la mano en la caja y saca una de mis galletas favoritas de la señora Velma. Le da un bocado con ansia y se le abren los ojos como platos ante lo que sé, por propia experiencia, que es el equilibrio perfecto de masa de galleta y chocolate en la lengua.

—Esto está...

—Increíble. —Acabo la frase por él—. Es una delicia. La perfección.

—Todo eso —coincide—. Y más.

Me sonríe antes de darle otro bocado a la galleta y, mientras el viento nos azota despeinándole por primera vez el tupé perfecto que lleva, lo veo diferente. Parece más joven. Más feliz. Casi vulnerable.

Quizá sea eso lo que me congela todo por dentro cuando las preguntas empiezan a formarse en mi mente.

—Espera, espera... —susurro al tiempo que todo lo que he

aprendido en el Katmere empieza a filtrarse por todas las emociones que se me han ido removiendo por dentro al estar en casa, en mi hogar—. ¿Cómo es que puedes comerte la galleta? —le pregunto—. Una vez Jaxon se comió una fresa delante de mí, y me dijo que le dolió la tripa toda la noche. ¿Cómo es que tú te estás comiendo dos galletas gigantes como si nada?

Hudson no me contesta. En cambio, se limita a mirarme mientras la felicidad se diluye de sus ojos, y la reemplaza una cautela que no comprendo.

Hasta que de pronto lo entiendo todo.

—Nada de esto es real, ¿verdad? —musito, y me invade el terror —. ¿Todo esto es un truco? Otra forma de que tú...

—No es ningún truco —me interrumpe él, y su voz suena rara, casi suplicante. Y quizá podría centrarme en su voz si la cafetería de la señora Velma no estuviese titilando a sus espaldas, como si el wifi estuviera fallando.

Por un instante el rugir de las olas me resuena con fuerza en los oídos, con tanta potencia que me da la sensación de que nos van a arrollar en cualquier momento. Pero, al tiempo que me preparo para acabar empapada, los rugidos se van apagando hasta convertirse en nada.

Como la galleta que tengo en la mano.

Y la señora Velma.

Y todo y todos, salvo Hudson y yo.

Peor aún, hemos vuelto a la oscuridad. Por lo menos hasta que Hudson le da a un interruptor y se hace la luz.

Sé dónde estamos antes incluso de que los ojos se me acostumbren a la luz. Y por fin sé qué ha pasado.

—Era un recuerdo, ¿no? —le pregunto. A estas alturas no es ni una acusación, sino una afirmación—. De alguna manera has conseguido meterte en mi cabeza y me has robado un recuerdo.

—No me he metido en tu mente, Grace. Y no te he robado nada. Tú me lo has dado.

Sus palabras me encienden como una cerilla enciende la gasolina, y el calor me recorre la piel y me inunda el cuerpo; me embarga hasta que lo único que puedo ver, notar o sentir es una rabia abrasadora.

—¡Jamás haría tal cosa! —le espeto—. Nunca te daría algo tan valioso para mí así como así.

—¿Ah, no? —Entrecierra tanto los ojos que casi parecen dos rendijas—. Y ¿por qué, exactamente? ¿Porque no soy digno?

—Porque eres mi... —Me callo antes de decir la palabra *enemigo* . No porque no sea verdad, no porque no sea justo eso, aunque se me haya llegado a olvidar por un instante. Sino porque esa palabra me resulta muy anticuada y melodramática, y las emociones que se me arremolinan por todo el cuerpo no las describiría con ninguno de esos dos adjetivos.

Al parecer, no es necesario que pronuncie la palabra para que él sepa en qué estoy pensando. Se le ve en la cara, incluso antes de que diga:

—No soy tu enemigo. Pensaba que ya te habrías dado cuenta de que estamos en esto juntos.

—¿De verdad? ¿Juntos? ¿Por eso te crees que está bien que me mires el móvil y me saques recuerdos privados y profundos de la mente? ¿Porque estamos en esto juntos?

—No te lo he sacado de la mente —repite.

—No sé qué quieres decirme con eso.

—¿Estás segura? —Alza una ceja al tiempo que apoya el hombro en la pared y se cruza de brazos a la altura del pecho—. Porque yo creo que sí que lo sabes.

—¡Menuda bobada! —contesto—. ¿Cómo iba a...? —Pero, una vez más, me callo mientras las piezas desperdigadas por mi interior empiezan a encajar poco a poco hasta que cobran el único sentido que tienen. Entonces me invade el horror—. Puedes ver mis recuerdos porque nada de esto es real. Puedes ver lo que tengo en la mente porque nada de esto... —abarco toda la habitación con el brazo— existe en realidad.

Hudson niega con la cabeza.

—Es real, Grace. Aunque no es la realidad a la que estás acostumbrada.

No obstante, me he metido demasiado en la madriguera del conejo como para concentrarme en lo que está diciendo. Estoy demasiado metida en mi pesadilla personal como para concentrarme en nada que no sea la verdad que irradia luz en mi interior como un faro.

Ya sé que me lo ha dicho antes, varias veces además, pero no lo creí. ¿Por qué iba a creerle? Pero ahora no puedo ver nada más que la

verdad que tengo delante. Y me da un miedo de la hostia.

Esconderla no va a solucionar el problema, y ni de coña nos va a sacar a Hudson y a mí del lío que he montado. Aunque puede que hablarlo sí nos ayude.

«Repasa el problema —me decía mi profesor de álgebra del instituto—. Mira los datos que tienes y deja que te guíen hacia la solución.»

—Puedo leer tus diarios porque, no sé cómo, la verdad, tenías razón y estás atrapado en mi cabeza. —Es lo más duro que he dicho en mi vida, y hace que me tiemble todo por dentro—. Puedo leer tus diarios, pero no tu mente. Aunque tú sabes qué estoy pensando y puedes ver mis recuerdos. —Miro a mi alrededor, al lugar en el que estamos encerrados, un lugar que evidentemente es más suyo que mío —. Tú has creado esta habitación, pero yo puedo controlarla, y eso significa que...

Hudson apenas parpadea. Solo alza las cejas, sin más. Y espera a que continúe.

Y espera.

Y espera.

Y espera.

El silencio persiste entre nosotros, y por una vez no me siento obligada a romperlo. No cuando la mente todavía me va a mil por hora con las implicaciones que conlleva lo que por fin he llegado a aceptar.

Así que espero hasta que Hudson suspira, igualito que un profesor que intenta sacarle la respuesta correcta a una alumna reacia.

—¿Y...? —me insiste.

Nunca me he considerado una niñata, pero puede que ahora (en lo que a este asunto respecta) esa sea justo la palabra que describiría mi comportamiento. Pienso en el fragmento del diario que he leído hoy, en el niño que estaba decidido a hacer lo correcto por su hermano, su tutor, su gente.

No sé cuándo se torcieron las cosas. No sé cómo ni cuándo ese niño tan comprometido se convirtió en un chico que podía hacer que una persona matara a otra con solo un susurro.

Pero lo que sí sé es que, en algún rincón del interior de este Hudson, ese niño todavía existe. Anoche lo vi un instante, cuando intenté vendarle la espalda. Y he vuelto a verlo hoy, en la puerta de la

cafetería de la señora Velma, comiéndose una galleta de avena con pasas que, a efectos prácticos, tendría que haberle dado dolor de tripa.

Y si ese niño estaba presente durante esos instantes, es probable que vuelva a estarlo en otros momentos. Como ahora mismo, observándome con esos azulísimos ojos mientras aguarda a que me ponga al día. Está esperando a que dé un gran salto de fe.

No obstante, aunque ni de coña se me pasaría por la cabeza dar un gran salto (al fin y al cabo estamos hablando de Hudson Vega), resuelvo que quizá, y solo quizá, pueda dar un botecito pequeñito.

Y ese es el único motivo que me lleva a inspirar hondo y a dejar salir el aire poco a poco.

El único motivo que me lleva a relajar las manos y cambiar mi actitud.

El único motivo que me lleva a ahondar en mi interior y a decir justo aquello que nunca pensé que diría. Aquello que más me aterra en esta vida.

—Quiero salir de aquí, de verdad. Y la única forma que veo de conseguirlo es trabajando juntos.

La sonrisa de Hudson se ilumina un segundo y le cambia todo el gesto.

—Creía que no ibas a pedírmelo nunca.

18

INTENTANDO GUARECERME (HUDSON)

Parece que Grace vaya a vomitar.

Tampoco es que la culpe. Con solo darle un mordisco a esa galleta de avena con pasas, yo también me he empezado a encontrar como la mierda. El hecho de que la galleta no fuera real (y que en realidad no me haya comido ni una migaja), no parece importarle a mi estómago revuelto.

—Tengo una pregunta para ti —dice Grace después de varios segundos incómodos—. Supiste casi de inmediato que estábamos atrapados en mi cabeza.

—¿Esa es la pregunta? —inquiero con una sonrisilla. No porque no entienda a qué se refiere, sino porque me divierte fastidiarla. Se pone toda repipi y autoritaria cuando lo hago y es monísima cuando se pone repipi y autoritaria.

Tampoco debería importarme si está mona o no porque es la compañera de mi hermano, aunque por alguna razón me importa. Además, me he pasado los últimos cien años de mi vida viviendo según las expectativas que tiene la gente de mí.

No veo por qué debo parar ahora.

Grace pone los ojos en blanco, pero no se me lanza al cuello. ¿Progreso? Ni idea. ¿O puede que solo esté ganando tiempo porque necesita algo de mí?

El cínico que llevo dentro se imagina que se tratará de lo último, pero... ya veremos.

—Supiste de inmediato que estábamos atrapados en mi cabeza —continúa.

Enarco una ceja.

—Sigue sin ser una pregunta.

—Vale, bien. Ahí va mi duda. ¿Cómo lo supiste?

Es una buena pregunta que llevo esperando que me haga desde que lo descubrí. Pero solo porque lo haya estado esperando no significa que tenga una respuesta para ella, porque no la tengo.

Lo supe sin más.

Pero eso no nos va a ayudar a salir de aquí, así que profundizo un poco más. Intento averiguar qué es lo que me llamó la atención. Aunque lo único que se me ocurre es esto:

—No parecía real.

—¿Qué es lo que no parecía real? —Ahora, aparte de incómoda se la ve desconcertada.

Englobo con un gesto la habitación que nos rodea.

—Todo esto. Era como que las cosas no cuadraban.

—No lo pillo. A mí sí que me parece real. —Echa un vistazo por la única ventana que queda en la estancia—. Sobre todo ese dragón.

—Ah, no, el dragón es real —aseguro—. Y lo mismo ocurre con todo lo que hay más allá de estas paredes.

—Vale, pues ahora estoy mucho más confundida que cuando hemos empezado la conversación. ¿Cómo es posible que el dragón que hay fuera sea real, pero todo lo que hay aquí sea falso? —Hace un aspaviento exasperada—. Nunca había visto este lugar, así que si me lo estoy imaginando, ¿cómo es posible que no te cuadre?

—Porque es mi guarida —confieso, y después contemplo con diversión la forma en la que abre los ojos como platos.

—¿Tu guarida? —susurra mientras examina todo lo que hay aquí dentro. Sobre todo la zona de lanzamiento de hachas que hay en el centro de la estancia—. ¿Vas en serio?

—Excepto la cocina y las ventanas, esto es exactamente igual que mi guarida, hasta los libros de las estanterías. Solo que no lo es.

—¿Qué narices significa eso? —Empieza a caminar de un lado a otro, no sé muy bien si por nervios o porque quiere alejarse de mí.

Sea como fuere, no intento seguirla. Lo último que me apetece es ponerla nerviosa ahora que por fin nos hablamos. Cuanto más nerviosa se ponga, más tiempo nos va a tener aquí atrapados y, gracias, pero ya llevo bastante tiempo encerrado.

Toda mi puta vida es más que suficiente.

Así que, en vez de ir de un lado a otro con ella, me siento en el comodísimo sofá y le dejo hacer. Cree que es humana, ¿cuánto tiempo

le puede llevar relajarse?

—¿Y bien? —me insta cuando no me apresuro a contestarle.

—No sé qué quieres que te diga. Estar aquí es como estar en mi guarida, pero con algunos cambios insignificantes. —Hago un gesto con la cabeza en dirección a la zona de la habitación—. Como, por ejemplo, la cama, que normalmente está al otro lado de la habitación. Y ¿qué vampiro que se precie tendría ventanas en su guarida? ¿O necesitaría una cocina llena de Pop-Tarts? —Me encojo de hombros—. Además, me faltan los cuadros de las paredes.

Analiza la estancia con las cejas enarcadas.

—No parece que haya espacio para que quepa ningún cuadro.

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Parece que has añadido más estanterías y estantes. Yo he supuesto que no has podido clavar la distribución y punto.

Niega con la cabeza.

—Entonces ¿por qué no has supuesto que pueda ser un tercero quien nos haya encerrado aquí? ¿Por qué echarme a mí la culpa?

Por fin una pregunta fácil de contestar.

—Porque puedo leer todos tus pensamientos y tus recuerdos, Grace, pero tú no puedes leer los míos.

Se detiene con los ojos entrecerrados y creo que va a venir a sentarse. Pero no, vuelve a ponerse a andar de un lado para otro, esbozando muecas de dolor mientras lo hace, como si el mero acto de estarse quieta durante diez segundos le resultara de verdad doloroso.

—Entonces, si esta es tu guarida, ¿cómo es que he sabido traernos hasta aquí? Nunca había estado. —No intenta esconder su sospecha.

Vaya, pues sí que ha sido rápido. Ya se ha esfumado esa especie de amistad que hemos compartido los últimos minutos y la ha reemplazado la sospecha que ha estado proyectando en mí desde que acabamos aquí juntos. Diría que es un récord, pero tampoco es que sea del todo cierto. Ha durado por lo menos treinta segundos más que Jaxon.

Debe de ser cosa de compañeros: odian a la misma gente, aunque no tengan ninguna razón para hacerlo. Una versión muy turbia de la lealtad, si es que se me permite opinar.

Aunque no es que nadie me lo permita nunca.

Pero está claro que Grace está invocando a su Jaxon interior,

porque esta vez, cuando se detiene delante de mí, ha vuelto la antigua actitud guerrera.

—¿Cómo iba a saber yo qué pinta tiene tu guarida? —vuelve a preguntar—. Si de verdad estuviéramos encerrados en mi cabeza, ¿por qué se parece a tu casa?

Es una pregunta válida, a la que yo mismo le he estado dando vueltas. Pero no de la forma en la que ella me ha preguntado. No, eso sin duda ha sido una acusación, y ya estoy harto de que me acusen.

Por eso mismo me aseguro de que mi voz destile sarcasmo cuando contesto:

—Buena pregunta. Cuando averigües cómo ponerte en contacto con tu subconsciente, se lo puedes consultar.

Dos pueden jugar a este juego de faltas de respeto cordiales. Cuando vives en la Corte Vampírica, lo aprendes rápido que te cagas.

—Solo estoy diciendo que no tiene sentido.

—Y ¿eso es culpa mía? —inquiero; la irritación se convierte en furia en un pestañeo—. Yo estaba tan tranquilo, sumamente feliz sin saber nada de nada, cuando de repente se abrieron las puertas del infierno. En un momento mi exnovia estalla en un altar; al siguiente, vuelvo al instante antes de que el gilipollas de mi hermano intentara matarme, solo que esta vez una chica se mete en medio de la pelea. Antes de que pueda averiguar qué está pasando y darle una lección al muy imbécil, esa misma chica, que parece ser la compañera de mi hermano, me secuestra y me encierra en una extraña imitación de mi guarida, y todo esto mientras me trata como si yo fuera el que tiene un problema. Pues perdóname por no tener todas las putas respuestas todavía.

No me molesto en esperar a ver qué contesta Grace a nada de lo que le acabo de decir; salgo como una exhalación hasta la cocina y agarro una botella de agua de la nevera. Me la bebo entera en un par de tragos largos, después lanzo la botella en una basura de reciclaje bien indicada.

Porque, como no podía ser de otra forma, esta tía tiene una basura de reciclaje en lo que sea este extraño sueño en el que nos tiene atrapados. Puede que nos matemos el uno al otro o nos devore un dragón gigante y feo de la hostia, pero por lo menos habremos reciclado nuestras botellas falsas antes.

Tiene todo el puto sentido del mundo.

—Tienes razón —contesta.

—¿Perdona? —respondo con lo más parecido a un grito que consigo formular. Porque esas son las dos últimas palabras que esperaba que salieran de sus labios carnosos.

No es que esté prestando ninguna atención a sus labios. Pero, vaya, que la cuestión es esa.

—He dicho que tienes razón. —Se esfuerza por pronunciar todas las sílabas, porque esta chica sabe lanzar pullas tan bien como sabe aceptarlas. Puede que incluso mejor.

Me hace preguntarme qué está haciendo de compañera de un tipo como mi hermano, quien sin duda no es la clase de persona que sabe apreciar esas cosas. Y, en cuanto empiezo a preguntarme algo así, no puedo evitar meterme en lo más profundo de su mente para echarle un vistazo al dichoso vínculo.

¿Es una putada?

Pues claro.

¿Lo hago igualmente?

Pues claro.

Lo achacaremos a cumplir con las expectativas que se tienen de mí. Ya había dicho que se me daba estupendamente.

Solo que... hay algo que no anda bien. Cuando buceo en lo más profundo para echarle un vistazo al vínculo de compañeros, no encuentro solo un hilo. Encuentro decenas, en toda la miríada de los colores del arcoíris.

Nunca había visto nada parecido, ni siquiera había escuchado nada parecido. Sé que Grace está convencida de que es humana de pura cepa, pero, en mi opinión, esto solo es otra prueba de que es de todo menos eso.

Solo para asegurarme de que estoy en el lugar correcto, extiendo una mano y paso un dedo por todos los hilos diferentes. Una pena que, en cuanto lo hago, me doy cuenta de que he cometido un enorme error táctico. Uno que me va a doler de la hostia.

19

HÍLAME MUCHO
(HUDSON)

Aparto las manos de los hilos tan rápido como puedo, pero ya es demasiado tarde. En cuestión de un instante un ciclón de emociones me abruma con tanta fuerza que lo único que puedo hacer es tener la boca cerrada y mantenerme en pie.

Alegría, pesar, orgullo, soledad, confusión, desesperación, amor, miedo, agitación, ansiedad... Es tal el nivel de ansiedad que empiezo a sentir cómo me palpita a mí el corazón. Intento desvincularme del ciclón, pero estoy atrapado en el torbellino y son tantísimas las emociones que se precipitan sobre mí que no llego a distinguirlas para clasificarlas.

No me extraña que Grace esté tan desquiciada todo el tiempo. Es imposible que una persona sienta todas estas cosas a la vez y esté cuerda. Y mucho menos que lo sienta por toda esta gente. Es inconcebible.

Y terrible.

Sin duda este es mi castigo por meter las narices donde no me llaman. En especial porque resulta imposible encontrar el hilo del vínculo de compañeros en esta cacofonía.

Podría obligarme a pasar por todos y cada uno de los hilos (y por las consiguientes emociones que los acompañan), pero eso le haría daño a Grace, y es lo último que deseo. A pesar de lo que ella y el resto del mundo piensen de mí, no tengo por costumbre hacer daño a la gente a propósito. Y mucho menos tengo la costumbre de herir a una chica indefensa solo porque he metido la pata.

Así que, en vez de salir a la fuerza de la situación, me quedo tan quieto como me es posible y espero a que el follón que he montado se apacigüe.

Apenas pasan un par de segundos, pero, con todas las emociones aporreándome al unísono, me parece una eternidad. En cuanto las cosas se calman, y el huracán se va apagando, por fin puedo echarles un segundo vistazo a los hilos.

Esta vez, al inclinarme, me aseguro de no tocar ni uno. Ni de puta coña voy a pasar por esa mierda otra vez.

Aunque me resulta tentador. Me parece fascinante que tal vez cada uno de estos hilos conduzca a una conexión diferente, a una persona diferente. Porque... ¿cómo es posible que una chica huérfana de San Diego tenga ya tantos vínculos en mi mundo? Y ¿cómo es que una chica como ella, que ha conseguido conectar con tantísima gente, está vinculada a mi hermanito el ermitaño?

No es que tenga pinta de ser un vínculo de compañeros hecho en el cielo paranormal.

Por eso mismo no puedo resistirme a fijarme más, aunque puedo oír la voz de Grace de fondo, hablándome. Está diciendo algo como: «Lo tomas o lo dejas».

No tengo ni idea de a qué se refiere, y la verdad es que me importa una mierda. Porque, en cuanto me inclino un poco para observar más de cerca (sin tocar) los puñeteros hilos de Grace, me doy cuenta de tres cosas.

En primer lugar, hay un hilo negro junto con otro hilo de dos tonos que empieza como un verde no muy claro que se va oscureciendo, que me da a mí que es su vínculo como compañeros con Jaxon, que no parece brillar tanto como el resto. De hecho, parece casi translúcido, lo cual no debería ser así. O al menos no debería ser así si lo que me han enseñado de estas mierdas (tanto mi tutor como en el instituto) es verdad.

En segundo lugar, hay un hilo verde esmeralda en el centro del resto de los hilos que centellea un poco cuando me acerco. Doy marcha atrás, despacio, y el hilo parece volver a la normalidad. No sé a qué está conectado ese hilo, pero algo me dice que ahora mismo no deberíamos meternos. Ni ahora mismo ni nunca.

Y, por último, en esta maraña de conexiones hay otro hilo del que no puedo apartar la mirada. Es un hilo de un azul eléctrico brillante, muy muy fino, pero que está ahí. Y que resplandece ligeramente.

Y, no sé cómo, pero antes de acercar el dedo para tocarlo con la yema, sé que ese hilo la conecta conmigo.

20

MUCHO RUIDO Y POCO CORAZÓN (HUDSON)

A medida que voy asimilándolo retrocedo tan deprisa que casi me caigo de bruces.

—¡Oye! —Grace intenta cogerme, pero me aparto antes de que pueda tocarme—. ¿Estás bien?

La contemplo unos instantes, tan afectado por lo que acabo de ver que me lleva varios intentos entender sus palabras. Cuando por fin lo hago, farfullo:

—Estoy bien.

Y me aparto otro paso. A la vez algo se atisba en sus ojos, pero el corazón me va a mil y noto los latidos en los oídos; además, no tengo tiempo para interesarme por lo que le está pasando. Estoy demasiado ocupado intentando averiguar qué cojones me pasa a mí. A nosotros.

Aunque tampoco es que haya ningún nosotros, me tranquilizo. Y no hay nada por lo que estar aquí flipando. Sin duda, no hay razón para sentir todas estas emociones extrañas e irreconocibles que me están invadiendo. Acabo de ser testigo de pruebas irrefutables de que esta chica hace conexiones con todo el mundo y todas las cosas. Solo porque parezca que haya formado una entre nosotros no significa nada.

No significa que vayamos a ser amigos ni nada de eso. Y tampoco que vayamos a estar aquí encerrados durante mucho tiempo. Solo significa que en este mismo instante, en este mismo espacio, hay una especie de conexión entre nosotros.

Lo cual tiene sentido ahora que lo pienso. Después de todo, estoy encerrado en la cabeza de Grace. Sería raro que no estuviéramos conectados de cierta forma. Y a juzgar por lo fino que es el hilo, seguramente se partirá en el momento en que averigüemos cómo salir

de este puto sitio.

El alivio me recorre cuando caigo en esto, me calma el latido frenético del corazón y el vaivén caótico de mis pensamientos.

Justo a tiempo, en realidad, porque, a juzgar por la cara que pone Grace, ya está harta de mi ataque. Sin ofender, pero ya puede unirse al puto club.

—¿En serio, Hudson? —espeta mientras se aparta la mata rebelde de pelo de la cara de una forma a la que me estoy acostumbrando muy rápido. Una forma con la que quiere expresar que está lista para ir a la guerra. Conmigo, por supuesto, porque ese parece ser su pasatiempo favorito—. ¿Estás escuchando algo de lo que te digo?

—Sí, claro que sí —contesto a la par que reviso en mi cabeza lo acontecido durante los últimos minutos.

—¿Ah, sí? Y entonces ¿qué he dicho? —Se cruza de brazos y entrecierra esos enormes ojos chocolate que tiene esperando una respuesta.

Pero ¿por qué cojones me estoy fijando ahora en el color de sus ojos? ¿Y en lo que hace con el pelo? Ninguna de esas cosas tiene importancia alguna, así que ¿por qué estoy dándoles vueltas de repente?

No lo estoy, me aseguro a mí mismo mientras me empieza a volver a latir el corazón como un loco. Solo estoy flipando por lo que he visto. No va a pasar nada.

No pasa nada. No pasa nada de nada.

O no pasará en cuanto consiga separarme de ella un rato, joder. Cosa que, sin duda, es complicada ya que estamos atrapados juntos. Pero estoy dispuesto a hacer lo impensable, porque no sé qué mierdas tengo en la cabeza ahora mismo, ya se pueden ir a tomar por culo.

—¡Hudson! —Suena todavía más exasperada.

Pues mira, que se ponga a la cola. Porque la exasperación no le llega ni a la suela de los zapatos a lo que estoy sintiendo ahora mismo.

—¿Qué? —exploto.

No creía que fuera posible, pero entrecierra los ojos todavía más. Y sus mejillas se encienden de un rosa intenso y favorecedor. No. No es favorecedor. Solo es rosa normal, sin más.

¿Qué cojones...? Me paso una mano por el pelo y apenas me resisto a las ganas de arrancármelo. ¿Qué putísimos cojones está pasando aquí?

—¡Madre mía! ¿En qué narices estás pensando? No has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho.

—Pues claro que sí. Tú tienes razón, yo no. O lo tomas o lo dejas. ¿Por qué no me estás haciendo caso? Bla, bla, bla.

—¿Bla, bla, bla? —Enarca las cejas tan alto y tan rápido que casi le tocan el nacimiento del pelo—. ¡Eres un capullo! Lo sabes, ¿verdad?

—¿Que yo soy un capullo? —repito—. Lo único que estoy haciendo es intentar solucionar este desastre.

—¿No me digas? Porque a mí me parece que lo único que estás haciendo es ignorarme o burlarte de mí. Pensaba que te lo ibas a tomar en serio.

Empieza a alejarse, pero la detengo colocándole una mano en el brazo. No obstante, la suelto en cuanto noto un hormigueo extraño en las yemas de los dedos.

—¡Ay! —Grace aparta el brazo de golpe y después me mira como si quisiera decir: «¿Qué coño haces?»—. Me has dado calambre.

—¿Ha sido eso? —pregunto mientras me miro la mano, que ahora siento como que le pertenece a otra persona.

Aunque, bueno, es como si toda esta experiencia le perteneciera a otra persona. Ojalá tuviera tanta suerte. Por supuesto, la suerte nunca ha sido mi punto fuerte.

—¿Qué quieres decir? —Por primera vez en varios minutos Grace parece menos agresiva y más bien curiosa—. ¿Cómo es posible que nunca te haya dado un calambre?

«Es que estoy bastante seguro de que para eso tendrían que tocarme antes», quiero decirle. Cosa que es algo que me ha pasado en contadas ocasiones y con poca frecuencia en la vida. La última persona que me tocó así fue Lia, y tampoco es que hubiera mucha electricidad entre nosotros.

Pero eso solo me hace parecer patético, y pienso que ya he hecho bastante el ridículo en los últimos minutos para lo que me queda de vida. Además, no hay una auténtica electricidad entre Grace y yo. Por lo menos, no de esa clase.

Tiene que ser la alfombra en la que estamos. O las condiciones atmosféricas del exterior. O...

—¡Ay! —grito ahora yo cuando Grace me roza el brazo con el suyo y un calambrazo me sube por la extremidad.

—¡Lo siento! —exclama mientras da un salto hacia atrás.

Pero, cuando parece que quiere añadir algo más, niego con la cabeza y murmuro:

—Igual es cosa de humanos.

Aunque parece que quiere discutírmelo, al final decide que tenemos cosas más importantes de las que hablar, porque lo deja estar.

Menos mal.

—Lo que estaba intentando decirte antes es que igual tenías razón. —Se coloca un rizo rebelde detrás de la oreja y espera expectante mi respuesta, pero me faltan datos para seguir la conversación.

—¿En qué sentido?

—Cuando has dicho lo de que mi subconsciente es el que está haciendo todo esto.

—Pensaba que eso no estaba abierto a debate. —Subo una ceja e intento hacer caso omiso a lo cerca que estamos el uno del otro—. A no ser que lo estés haciendo conscientemente.

—¿Por qué iba a ser así? —Parece ofendida—. Créeme, quiero salir de aquí incluso más que tú. Imagino que Jaxon y Macy estarán preocupadísimos por mí.

Ahora es mi turno de poner los ojos en blanco.

—Pues claro. No queremos que el blandengue de mi hermanito se preocupe, ¿verdad?

—¿Por qué siempre tienes que ser tan desagradable cuando hablas de él?

—¿Piensas que esto es desagradable? —pregunto—. Pues, créeme, ni siquiera he empezado.

—¿Por qué no me sorprende? —susurra; después respira hondo y añade—: Si pudieras hacer gala de tu autocontrol unos minutos más, creo que tengo una idea para sacarnos de aquí.

21

CON TUS PENAS A OTRA PARTE (GRACE)

No sé qué le pasa a Hudson, pero está claro que algo le pasa. Parece un animal al que han asustado y que está preparado para salir huyendo en cuanto alguien intente acercarse a él. Y con «alguien» me refiero a mí, claro.

Doy un paso hacia él para confirmar mi teoría, y sí. Se le ha ido la pinza totalmente. Si la mirada salvaje en sus ojos no fuera prueba suficiente de ello, sí lo es lo dilatadísimas que tiene las pupilas.

—Oye, que encontraremos una solución —le digo—. Ya nos apañaremos.

Hudson asiente, pero cuando voy a apoyarle una mano en el hombro para consolarlo, se aparta de un salto. Esto... vale. Mensaje recibido. No quiere, de ninguna de las maneras, que lo toque. Intentaba consolarlo, no es que a mí me apetezca tocarlo.

Que vayamos a trabajar codo con codo para salir de aquí no implica que de repente vayamos a ser los mejores amigos del mundo. Al fin y al cabo, él sigue siendo quien es.

Aunque... si mi plan funciona de verdad, quizá Hudson no tenga que ser así para siempre.

El susodicho asiente, y después apoya el hombro en la pared más cercana. No tengo claro si es porque se cree que así tiene pinta de guay (cosa que es verdad, aunque antes muerta mil veces que reconocérselo), o porque lidiar con la humana es tan sumamente agotador que necesita una forma de soportarlo.

—Bueno, ¿y cuál es ese fantástico plan que se te ha ocurrido? —me pregunta con una sonrisita de superioridad.

—De mi boca no ha salido que sea fantástico. He dicho que podría funcionar.

—Es lo mismo, ¿no? —me dice—. ¿O es que no quieres reconocerlo?

Madre de Dios, menudo gilipollas. Ahora ya no estoy tan segura de que mi plan vaya a funcionar. A ver, si quieres hacer de alguien una persona medio decente (y sí, sé que estoy poniendo el listón muy bajo, pero es que estoy hablando de Hudson), lo primero que necesitas es un poco de arcilla maleable.

Y, en este mismo instante, con esa estúpida sonrisa de superioridad y un lenguaje corporal de rechazo, Hudson tiene pinta de cualquier cosa menos de maleable.

Aun así vale la pena intentarlo. Haré lo que sea para conseguir salir de aquí y volver con Jaxon. Así que, inspiro hondo y digo:

—He estado pensándolo, y no es solo culpa tuya que seas así.

Eso le borra la sonrisilla de la cara. Ahora me está mirando con un gesto inescrutable. Busco en sus ojos una pista, algo, pero tampoco me dicen nada.

Aguardo a que me diga algo, lo que sea, para saber en qué está pensando, pero no dice ni mu. Y como no soporto, es más, detesto los silencios incómodos, apenas pasan un par de segundos antes de que empiece a balbucear:

—Lo digo porque, bueno, he leído esa entrada de tu diario, y parecías un niño bueno. Así que, en fin, es evidente que tuvo que ocurrir algo entre el pasado y el presente para que seas así.

—¿Así? —me pregunta en voz baja.

—Ya sabes a qué me refiero. —Hago un gesto con la mano abarcándolo de la cabeza a los pies—. Creo que ambos estamos de acuerdo en que presentas un montón de actitudes sociópatas, ¿no?

Mueve un poco el hombro que tiene apoyado en la pared y cruza los talones. Levanta una ceja.

—Ah, estamos de acuerdo, ¿no?

Noto la advertencia en su voz, pero no me frena. Tengo que soltar lo que pienso si albergamos la esperanza de salir de aquí alguna vez.

—Pero solo porque recibiste una mierda de educación. Bueno, por lo menos así me lo imagino si es que se pareció en algo a la de Jaxon.

Entonces Hudson se ríe, pero su risa carece de diversión.

—Bueno, ahí tienes tu primer error. Créeme, con Jaxon no usaron

el mismo método de crianza que conmigo, ni de lejos.

No sé bien qué contestar a esa afirmación dada la repentina amargura que destila su voz. Sé que Jaxon tuvo una vida dura, y que la sigue teniendo. Su madre le dejó una cicatriz porque estaba furiosa con él por lo que le había pasado a Hudson. Así que es evidente que la vida de Jaxon fue más dura que la de Hudson, aunque no crecieran juntos.

Pero, al mirar a Hudson, que tiene los labios apretados y la mirada ausente, no puedo evitar replantearme esa opinión. Y eso no hace más que aumentar la importancia de mi plan. No sé qué le pasó a Hudson durante su infancia, y no podría cambiarlo ni aunque lo supiera. Pero puedo ayudarle a superarlo para que sea mejor persona.

—Escúchame —le pido, y me coloco delante de él al ver su intención de alejarse—, piensa en la cafetería.

—Hace media hora que esa puñetera cafetería es lo único que tengo en la cabeza, créeme. —Se mueve un poco, como si le doliese quedarse quieto.

A juzgar por la forma en la que se le está empezando a poner mala cara, supongo que las galletas imaginarias tampoco les sientan bien a los vampiros, como las fresas de verdad. Nota para la Grace del futuro: no dejar que Hudson coma nada, ni en sueños ni en recuerdos.

—Lamento que te encuentres mal por haberte comido las galletas —le digo con voz suave—. No era mi intención.

—No me encuentro mal —contesta al tiempo que se lleva una mano furtiva al estómago.

No me lo creo, claro, pero no voy a reprenderle por la mentira. No cuando estoy en plenas negociaciones para convencerlo de que mi plan funcionará.

Dios mío, por favor, que funcione.

—Pero ¿te acuerdas de lo contento que estabas en la cafetería? ¿Y en la galería de arte? ¿Antes de comerte la galleta?

—No tengo amnesia —me espeta—. Creo que no tengo problemas para recordar lo que he hecho hace una hora.

Vale, pues resulta evidente que es un tema delicado, aunque no sepa por qué...

—Es que se me ha ocurrido que podríamos hacerlo más a menudo.

—¿Ir a la playa? —me pregunta con sarcasmo.

—Visitar alguno de mis recuerdos, juntos. Así podrás ver cómo es una vida llena de amor.

—¿Y ese es tu gran plan? ¿Enseñarme momentos felices y así, vaya uno a saber cómo, seremos libres?

—Si lo dices así, haces que parezca una bobada.

Durante un instante finge que piensa en lo que le acabo de decir. Entonces suelta:

—No. Eso ya lo has hecho tú solita.

—Es que se me ha ocurrido que, en fin, si de verdad lo que nos tiene aquí encerrados es mi subconsciente... Bueno, tal vez el único motivo que tendría para mantenernos aquí encerrados en vez de llevarnos de nuevo a casa sería proteger a Jaxon de ti. —A Hudson se le tensa el músculo de la mandíbula—. Así que, esto..., quizá si no fueses una... amenaza..., pues igual mi subconsciente nos liberaría. —Me mira con los ojos entrecerrados, pero no dice nada. Yo me encojo de hombros y añado—: Podrías intentarlo, no sé. A ver qué pasa.

Y sí, sé que parece una tontería pensar que si le enseño lo que es ser querido y ser feliz (si le ayudo a sentirlo), eso cambiará el rumbo de su vida. Pero ayer apenas leí un par de páginas de su diario, y es evidente que su padre es una mierda de persona que solo se preocupa por sí mismo. A eso súmale lo que sé de la madre de Jaxon, y este chico estaba condenado. Al menos parece ser que Jaxon salió antes, por lo que pone en los diarios. Hudson tuvo que quedarse allí toda su vida.

Estaba condenado. Quiero darle una oportunidad y, al hacerlo, sacarnos de una puñetera vez de aquí. Si de verdad mi mente es una cárcel, entonces la rehabilitación es justo lo que Hudson necesita para liberarnos.

—Podría funcionar —le digo, y esta vez deja que le ponga la mano en el hombro—. Solo tienes que confiar en mí. Funcionará.

Pasan unos largos segundos en los que Hudson me mira a la cara, desvía los ojos a mi mano, y vuelve a fijarlos en la cara. Cuando por fin se decide a hablar, lo hace usando un tono de voz mucho más afable que el de hace unos segundos.

—Para que quede claro lo que me estás proponiendo: ¿crees que la forma de salir de aquí es engañando a tu subconsciente para que se crea que soy buena persona?

—Engañarlo no. A ver, el plan es hacerte mejor persona.

—Ah, ya, claro. —Baja la mirada hasta sus manos—. Porque ahora mismo soy una mierda de persona.

En el fondo de mi mente suenan unas alarmas, una advertencia de que es posible que no haya manejado la situación tan bien como podría.

—Hudson, no he dicho eso.

—Pues sí, claro que sí. —Todavía habla con tranquilidad, pero su tono de voz es más gélido que el viento del Denali—. Y he de decir que lo dejo.

—No te entiendo —contesto negando con la cabeza.

—Nada más empezar esta conversación me has dicho que o lo tomaba o lo dejaba. Pues te digo que lo dejo.

Se yergue y deja a un lado su eterna postura apoyado contra la pared, y tengo un instante para percatarme de que es mucho más alto que yo. Cuando da un paso hacia mí noto que un escalofrío me recorre toda la espalda. Entonces empieza a gruñirme.

—Que le den a la historia esa del pobre niño rico que te has inventado. Que te den a ti montada en un caballo blanco para venir a rescatarme. —Se inclina hacia delante hasta que apenas un par de milímetros separan nuestras caras, y puedo ver la rabia hervir a borbotones en lo más profundo de su mirada—. Y que le den a lo que piensas de mí. Puedes meterte tu opinión y ese viajecito por los momentos felices de Grace por donde te quepan.

22

PERRO LADRADOR, POCO CASTIGADOR (GRACE)

La furia en sus ojos me abruma, y necesito hasta el último ápice de valor que me queda para no dejarme achantar. Esto es de vital importancia. Así que levanto la barbilla y me enfrento cara a cara con él, incluso aunque me muestre los colmillos.

—Eres un verdadero capullo, ¿lo sabías? —Le lanzo una mirada asesina—. Pensaba que igual había algo más detrás de la fachada, algo mejor, pero la verdad es que no. Eres un capullo y punto.

—He intentado advertirte —anuncia con una sonrisa tan afilada como el arrepentimiento que ahora mismo me destroza por dentro—. Tú eres la que no me ha hecho caso. Parece que ambos tenemos nuestras movidas.

—Ya, bueno, pues por lo menos mis movidas aún demuestran que tengo fe en la gente. Al contrario que las tuyas, que solo te hacen mala persona.

—Tus movidas harán que acabes muerta —reprocha—. No digas que no te avisé cuando por fin vuelvas a encontrar la forma de volver con mi querido hermano.

—Jaxon jamás me haría daño —le aseguro.

—Ya, yo también solía decirme eso y mira la que me ha montado.

—Eso no es justo —espeto—. Sabes por qué lo hizo.

—Tienes razón. Lo sé. —Se pasa una mano por el pelo antes de lanzarme una mirada que hace que el estómago se me retuerza, me dé vueltas y se me revuelva—. La pregunta es... ¿Lo sabes tú?

Quiero mandarlo a la mierda, quiero decirle que sé que está siendo un capullo a propósito. Pero hay algo en sus ojos que hace que las palabras se me queden atascadas en la garganta.

Cuando no contesto el silencio se extiende lleno de tensión, como la carpa de un circo a nuestro alrededor. Odio la sensación de pesadez que me deja, de incomodidad; hace que se me ponga la piel de gallina y que me escueza la garganta. Pero es él el que no está siendo razonable, es él el que le está buscando una pega a todo lo que yo tengo que decir.

Si quiere seguir adelante con esta conversación va a tener que ser él quien ponga de su parte.

Solo que, antes de que pueda pronunciar palabra, se oye un grito agudo del exterior seguido por el sonido de algo enorme y pesado golpeando la puerta.

—Ha vuelto —susurro. Se me olvida lo decidida que estaba a no hablar debido al terror absoluto que me causa la criatura.

—Pues claro que ha vuelto —interviene Hudson—. No me digas que creías que había desaparecido para siempre.

—¡No! Pues claro que no. —Esperaba que el dragón hubiera desaparecido, pero eso no significa que me lo creyera. Sin embargo, sí que contaba con que nos concedería un poco más de espacio entre ataque y ataque. Parece ser que él no tenía los mismos planes—. ¿Qué hacemos? —pregunto cuando brama con furia.

Segundos después oigo el revoloteo de sus enormes alas. Quiero pensar que se está marchando, que es el sonido de la bestia alejándose; pero, independientemente de lo que diga Hudson, no soy tan optimista.

—No tengo ni idea de lo que vas a hacer tú —contesta—. Pero yo me voy a leer un libro.

—¿Un libro? —jadeo—. ¿De verdad te parece que es buena idea ahora mismo?

—Pues es mejor idea que estar aquí plantados preguntándonos si el dragón va a conseguir entrar —suelta—. Si lo hace ya nos encargaremos de él. Si no lo hace, entonces estoy seguro de que seguirá volviendo hasta que lo consiga.

—Y ¿eso qué narices quiere decir? ¿Que no hay forma de que salgamos de esta con vida?

—Supongo que depende de la prisa que te des en descifrar cómo nos has encerrado aquí para que puedas revertirlo.

—Ya te lo he dicho, no sé cómo hemos acabado aquí. Y si supiera cómo sacarnos de aquí, créeme que ya estaríamos de vuelta en el

Katmere.

—Por eso he dicho que necesitas descifrarlo —explica. Después me da la espalda y se dirige a la estantería más cercana.

Pensaba que me estaba tomando el pelo cuando ha dicho que iba a ponerse a leer, pero resulta que no hace promesas en vano. Así que lo observo cuando husmea por tres estanterías antes de elegir una copia inmaculada de *El Extranjero* , de Albert Camus. Luego se deja caer sobre el sofá más cercano, pone los pies en alto y procede a leer mientras un dragón vociferante y furioso continúa acechándonos.

Yo, por mi parte, voy de un lado a otro y espero a que la criatura se marche. En fin, ¿cómo se supone que voy a relajarme cuando hay un monstruo ahí fuera decidido a matarme?

Sobre todo cuando estoy casi convencida de que el monstruo que hay aquí dentro tiene las mismas intenciones.

Sin embargo, poco a poco el miedo va amainando. El corazón se me ralentiza, la fatiga se abre paso y se vuelve una tarea casi imposible seguir con los ojos abiertos. La adrenalina está muy bien cuando tienes que sobrevivir, pero el bajón que te da después es una putada.

Aun así, solo porque me haya calmado no significa que esté lista para irme a dormir; no mientras ese bicho siga acechando en modo destructor total.

Fruto de la desesperación, me meto a toda prisa en el baño.

Después de echar el pestillo me apoyo contra la puerta y me dejo caer poco a poco hasta el suelo. Y, a pesar de todos mis esfuerzos por evitarlo, me echo a llorar.

Lloro por el terror, porque no tengo ni idea de lo que está pasando aquí o si voy a salir de esta con vida.

Lloro por la tristeza, porque en estos momentos echo de menos a mi madre y a mi padre más de lo que había creído posible. Echo de menos a Jaxon, Macy y al tío Finn.

Y, quizá, lloro sobre todo por resignación, porque nunca he tenido tan claro que, citando a Dorothy, ya no estoy en Kansas. Esta es mi nueva vida, y siempre va a serlo.

No cambiaría a Jaxon ni a Macy por nada del mundo, pero estoy muy cansada de no entender cómo funcionan las cosas aquí... Muy cansada de tener más preguntas que respuestas. Muy cansada de tener que depender de otras personas para que me expliquen cosas que

jamás habría soñado que existieran.

Como, por ejemplo, ahora mismo, cuando hay una parte de mí que quiere plantarse ahí fuera y preguntarle a Hudson cómo es posible que esté pasando todo esto. Asegura que he sido yo quien nos ha atrapado en mi cabeza de alguna forma. No tengo ni idea de cómo es posible que yo haya hecho eso, pero después de ese viaje exprés a Coronado estoy dispuesta a creérmelo.

Aun así, ¿por qué iba a elegir encerrarnos en su guarida, de todos los sitios disponibles? ¿Por qué no en el instituto Katmere? ¿O mi antigua casa de San Diego? ¿O cualquier otro lugar del mundo? ¿Por qué iba a elegir este sitio, donde está claro que él tiene la ventaja de jugar en casa y está dispuesto a aprovecharse de ello?

Además, si estamos en mi cabeza, ¿de dónde ha salido ese dragón? Estoy segura de que nunca me he imaginado nada así en la vida. Y, si de alguna forma he conseguido crearlo, ¿cómo cojones ha roto esa ventana? ¿Cómo ha quemado a Hudson, quien debería estar a salvo en mi mente?

Nada de esto tiene sentido, al menos no para mí. Hudson parece saber qué está pasando porque está más familiarizado con este mundo y sus reglas de lo que yo lo estaré nunca.

Lo cual es otro marrón. No confío en este chico para nada. Y ahora, aquí estoy, encerrada con él como mi única fuente de información. Además, no hay forma de saber cuándo me está contando la verdad o cuándo miente más que habla. Sin mencionar que no es que sea muy directo con la información que sí decide proporcionarme.

Uf. Es que de verdad. Puta. Vida.

Aunque, bueno, estoy bastante convencida de que tanto mi vida como yo ya estamos bastante puteadas.

Me paso las manos por las lágrimas que me caen por las mejillas para secármelas. Da igual lo mucho que quiera quedarme en el suelo de este baño para el resto de la noche, o de la eternidad ya que estamos, no puedo. Cuando era pequeña, mi madre siempre tenía una norma acerca del llanto. Me daba diez minutos para llorar, sollozar, gritar contra una almohada o hacer lo que tuviera que hacer. Diez minutos para autocompadecerme y quejarme de lo terrible que era lo que fuera que estuviera pasando. Pero, cuando se acababan esos diez minutos, tenía que levantarme y seguir con mi vida.

Por supuesto, lo de levantarme es un decir y variaba dependiendo de la situación que me estuviera haciendo llorar.

A veces tenía que encontrar una solución.

A veces tenía que curarme el rasponazo de la rodilla o los cortes de los brazos.

Y a veces... A veces no tenía más que aguantarme y aceptar que la vida no siempre es justa, que no hay nada que podamos hacer al respecto. Esas ocasiones eran las que más odiaba de todas y hoy (ahora mismo) no me cabe duda de que me encuentro ante una de esas.

Pero las normas son las normas, y se me han acabado los diez minutos.

Así que me pongo en pie.

Me lavo la cara.

Respiro hondo.

Y me digo a mí misma que puedo hacer lo que sea que tenga que hacer. Aunque lo que tenga que hacer sea darle una paliza a un vampiro de doscientos años con un trastorno de la personalidad. Puede que no sea sencillo, puede que no sea agradable, pero de una forma u otra encontraré la forma de solucionarlo.

Ese pensamiento me hace sentir mejor, o al menos más entera, mientras me dirijo a la estancia principal. Hasta que miro por primera vez a Hudson, que me observa con una expresión en los ojos que solo se puede describir como «maliciosa».

Y la verdad es que, en cuanto a él se refiere, no quiero ser el objetivo de esa mirada. Pero, por mucho que no quiera, aquí estamos. El pánico me golpea antes de que anuncie:

—Nuevo plan, princesa.

—¿Ah, sí? —contesto con una mirada de escepticismo—. ¿Qué tienes en mente si se puede saber?

—En vez de convencerte de que soy una persona decente, como tú tan amablemente has sugerido, voy a hacer lo contrario.

Cosa que suena... aterradora.

Me trago el miedo instintivo que siento, cruzo hasta las estanterías y me quedo con la espalda pegada a la más alta. Por si acaso.

Después le ataco con mi mejor mirada de «Dime algo que no sepa». Y añado:

—Y yo que pensaba que ya lo estabas haciendo.

Me devuelve la mirada con la suya propia, solo que esta dice: «Todavía no has visto nada».

Y, como si quisiera demostrarlo, alarga el brazo y enciende el modernísimo equipo de música que tanto espacio ocupa en la zona audiovisual de la habitación. En cuanto lo hace, la canción de Guns N' Roses *Welcome to the Jungle* suena a toda pastilla por los altavoces, a tal volumen que las ventanas tiemblan tanto como mi cerebro.

23

WELCOME TO MY JUNGLE (HUDSON)

—¡Estás de coña, ¿no?! —chilla Grace, y grita tan alto que podría oírla por encima de la música. Pero apenas la oigo, porque llevo auriculares para amortiguar el sonido.

Aunque no me hace falta oírla para ver lo cabreada que está. El ultraje que percibo en su cara me hace sonreír. No es que sea un tío al que le guste torturar a otras personas (soy más de los de «vive y deja vivir»), pero no voy a aguantar muchas más de las serias propuestas para «salvarme» de Grace sin perder la cabeza.

Así que, bueno, esto es lo mejor para ambos, más seguro. Grace puede intentar redimirme todo lo que quiera, y yo no la escucharía tanto como para cabrearme.

Se piensa que soy un sociópata, y tal vez tenga razón. Pero deberían darme un premio por no haber hecho una mierda con todo lo que ella me ha dicho antes. Que me santifiquen, por ejemplo. O, como poco, un cono de helado con una barrita de chocolate Cadbury dentro; y eso que no tomo lácteos.

Aparte de servirme para vengarme un poco de ella, molestarla podría tener la estupenda ventaja adicional de conseguir que nos libere. Grace cree que tiene que engañar a la parte de su cerebro que nos tiene aquí encerrados para que se crea que no soy una amenaza. Quizá baste con que la cabree lo suficiente para que esa parte de ella decida que, sea lo que sea lo que está haciendo, no vale para nada, y nos deje marchar en defensa propia.

¿Es poco probable? Claro. Pero también lo son el resto de las ideas que se me han ocurrido, y así por lo menos me lo pasaré bien.

—¡Hudson, que bajes el volumen de la música! —me exige gritando otra vez.

Me limito a sonreírle como un bobo y a indicarle mediante gestos que no puedo oírla.

Y, a juzgar por la forma en la que entrecierra los ojos y dobla los dedos en una imitación bastante buena de unas garras, mi respuesta solo la cabrea más.

Qué bien saber que no he perdido mi toque.

—¡Te lo estoy diciendo en serio! —me grita mientras Axl Rose canta no sé qué de vernos sangrar—. ¿Te crees que esto nos va a servir para algo?

Y otra vez hago como que no entiendo lo que me está diciendo. Entonces, mientras ella sigue echando espumarajos de rabia por la boca, me acerco a mi aljaba de hachas y cojo una.

Grace abre los ojos como platos, y sus quejas se convierten en gritos de alarma. Por un instante me siento mal (no quiero que se piense que voy a hacerle daño de verdad), así que lanzo rápido el hacha, a toda velocidad, contra la enorme diana de la pared.

Como el tiro ha sido apresurado, el hacha se clava a un par de centímetros del centro de la diana. Por eso cojo otras dos hachas y las lanzo surcando el aire. Ambas dan de lleno en el centro del blanco.

Con una rápida mirada con el rabillo del ojo la veo observando boquiabierta la diana como si nunca hubiese visto una.

—¿De verdad lanzas hachas? —pregunta.

Es lo primero que me dice sin gritar desde que ha salido del baño, así que no finjo que no la oigo. Pero, bueno, la respuesta es bastante evidente aun así, por lo tanto me limito a encogerme de hombros.

Y tiro otra hacha.

Esta se clava justo entre las otras dos. En el centro de la diana.

Grace me observa con lo que parece ser interés, pero cuando le tiendo un hacha para que la lance, niega categóricamente con la cabeza al tiempo que se aparta.

—Mejor baja la música, ¿quieres?

Lo dice como si fuera una pregunta, pero no me lo está pidiendo. Por lo que solo puedo hacer una cosa. Me acerco al equipo de música y subo el volumen de la música justo cuando *Shadowminds* , de The Hallo Effect, empieza a sonar.

Tiene mucha batería, muchos bajos, y resulta de lo más odiosa a este volumen. En otras palabras: es perfecta para mi objetivo.

Ahora mismo Grace está tan enfadada que apenas puede articular palabra, cosa que, por mí, estupendo. Ya era hora de que se uniera al club.

Enfurecida, se marcha a la cocina, y finjo no estar mirándola cuando coge una botella de agua de la nevera. Pero me cuesta hacerme el tonto cuando abre uno de los armarios y saca una de las Pop-Tarts esas que tanto le gustan.

Una caja vacía.

¿Qué puedo decir? He aprovechado bien el tiempo que se ha pasado en el baño.

Lanzo otra hacha, pero no sé si da en el blanco o no. Estoy demasiado ocupado mirándola con el rabillo del ojo.

Parece confundida pero no enfadada (o, bueno, no más enfadada que antes, claro), y tira la caja de cartón al cubo de reciclaje.

Pero entonces, cuando busca otra caja (una que esté cerrada), la abre y se encuentra con cero unidades de Pop-Tarts en ella; la estampa contra la encimera y me mira con los ojos entrecerrados.

Como respuesta yo me acerco tranquilamente a la diana a por las hachas, y después me recoloco para volver a lanzarlas; y todo ello sin apenas reparar en su existencia. Aun así, cuando mete la mano en el armario por tercera vez, no puedo evitar observar cómo abre otra caja más de Pop-Tarts vacía.

A estas alturas ni siquiera se molesta en tirar la caja. En cambio, la lanza contra la encimera de la cocina con un grito primitivo antes de venir derechita a mí.

—¡¿A ti qué te pasa?! —me grita, y esta vez lo hace tan fuerte que no puedo fingir que no la oigo por encima de la música. Y..., joder. Menudo par de pulmones tiene la tía.

—Pero si eres tú la que está gritando —le respondo tranquilo. Estoy convencido de que no me ha oído, pero aun así su cabreo aumenta. Y esta vez, cuando me grita, estiro el brazo y bajo el volumen de la música, por lo que de pronto Grace está gritando en una habitación en silencio.

—¿Por qué tienes que ser tan...? —Las palabras resuenan contra las paredes, y Grace se calla en plena diatriba—. ¿De verdad? —pregunta—. ¿Ahora apagas la música?

—Parecía que querías decirme algo —contesto con la expresión más inocente que puedo poner.

Por un segundo parece que Grace me va a arrancar una de las hachas de la mano y me va a dar con ella, pero al final inspira hondo y suelta el aire despacio. Vaya, qué pena. Tenía ganas de un poco de entretenimiento.

—¿Dónde... están... mis... Pop-Tarts? —pregunta después de soltar otro suspiro.

—¿Pop-Tarts? —Intento parecer confundido, pero estoy seguro de que la diversión que se refleja en mis ojos me delata—. ¿Te refieres a esas pastas rectangulares rosas que te pasas el día comiendo?

Grace levanta la barbilla.

—A ver, lo primero: no me paso el día comiéndolas. Solo me he comido dos paquetes desde que estamos aquí. Y...

—Pues a mí me parece que te has comido tres cajas —la interrumpo—. O más.

—Lo segundo... —continúa, pero ya está obligándose a hablar con los dientes apretados.

Y puede que deba avergonzarme el hecho de haberla puesto así, como una loca, pero no es fácil sentir vergüenza cuando me estoy divirtiendo tantísimo con la situación. Y, además, todavía puedo oírla ofreciéndome muy en serio su ayuda para ser mejor persona.

—Lo segundo... —repite al ver que no tiene toda mi atención—: no son pastas.

—Ah, es verdad, que vosotros lo llamáis de otra manera. —Chasqueo los dedos como si se me hubiese olvidado la palabra, aunque nos hemos comido unas galletas juntos hace apenas unas horas—. ¡Galletas! Para ti son galletas, ¿no?

El sonido que emite le nace del fondo de la garganta. Es grave, peligroso y un poquito primitivo. Y eso no hace más que ensanchar mi sonrisa.

Esto va mejor de lo que me había imaginado. Si consigo aguantar así un poquito más, mañana estaremos fuera de aquí.

—¡Y tercero...! —brama Grace—: mantén las manos, y cualquier parte de tu cuerpo, lejos de mis Pop-Tarts.

Es una mezcla de advertencia y amenaza, y sé que va totalmente en serio. Pero así solo consigue que sea más divertido chincharla.

Y es lo que hago. Enarco una ceja y esbozo la sonrisa más desenfadada que puedo. Y le pregunto:

—¿O qué?

Después doy un paso hacia atrás y espero los fuegos artificiales. No se hacen esperar.

24

CADA UNO EN *ONE DIRECTION* (GRACE)

—¿Cuántos años tienes? ¿Dos? —le pregunto, porque ¿quién más responde a la indignación justificada de esa manera?

—¿No se te ha ocurrido nada mejor? —dice con una ceja enarcada—. Porque me esperaba una amenaza real, la verdad.

—¿Quieres una amenaza real, niño grande? A ver qué te parece esto: como vuelvas a poner un solo dedo en mis Pop-Tarts, te limaré los colmillos mientras duermes.

Ahora levanta las dos cejas.

—Vaya, Grace. Qué agresiva. —Detecto auténtica sorpresa en sus ojos, y también cierto brillo divertido; entonces continúa—: ¿Alguien te ha tocado las narices?

Mientras espera mi respuesta Hudson se frota con aire ausente la parte más puntiaguda de su colmillo. Y está sorprendentemente guapo al hacerlo. Tanto, de hecho, que doy un paso atrás y le espeto:

—No te preocupes por quién me ha tocado las narices. Preocúpate más bien por cómo voy a tocártelas yo a ti como sigas tocando mis cosas.

—¿Tus cosas? —Pasea la vista por la habitación con cero remordimientos y una actitud de «señor de la mansión» absoluta—. Estamos viviendo en mi guarida.

—Y ¿eso qué más da?

—¿Cómo que «qué más da»? —Pone de nuevo esa sonrisa de suficiencia que me saca de mis casillas—. Mi guarida, mis cosas.

—En circunstancias normales me vería tentada a coincidir. Pero, como me has dicho en numerosas ocasiones desde que acabamos aquí, en realidad no estamos en tu guarida. Estamos en mi cabeza.

—¿Y…?

—Pues que... —Me encojo de hombros como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Mi cabeza, mis cosas.

—Uy, Grace. No sabía que te molestase tanto. —Tiene un brillo malicioso en los ojos que me genera desconfianza, pero he de salir victoriosa de este... lo que sea.

Por eso le digo:

—Lo siento, Hudson, pero una hace lo que debe hacer. —Y pongo rumbo de nuevo a la cocina.

—¿Sabes? Llevas mucha razón —dice mientras me sigue por la guarida—. Así que tengo solo una pregunta más para ti.

Me estoy cansando de jugar al gato y al ratón. Me estoy cansando y punto, la verdad. Intentar ir un paso por delante de Hudson es agotador y no sé si estoy por la labor.

Quizá por eso, sin pensarlo demasiado, respondo:

—¿Qué pregunta?

El brillito malicioso se transforma en una sonrisa de oreja a oreja mientras se apoya en el banco de la cocina y me mira desde su absurdamente alta estatura.

—Ahora que soy tuyo, ¿qué piensas hacer conmigo?

Uf. He entrado de lleno en la boca del lobo. Empiezo a ponerme colorada; las mejillas se me encienden como tomates a pesar de que hago todo lo posible por no reaccionar a la insinuación implícita en sus palabras. Esto es solo una forma más de intentar fastidiarme, como lo de la música y las Pop-Tarts, pero no pienso darle esa satisfacción.

Así que, ignorando el rubor que ahora invade todo mi rostro, miro a Hudson a los ojos y le contesto:

—Creía que ya te lo había explicado. Voy a limarte los colmillos.

Sonríe.

—Ahí está esa vena de maldad de nuevo. Debo admitir que empieza a gustarme.

—Ya, bueno, pues creo que es bastante evidente que yo no quiero empezar a gustarte —contesto.

—Oye, solo digo lo que pienso. —Se despereza, y la camiseta que se ha puesto después de ducharse se le sube ligeramente y deja entrever parte de unos abdominales muy bien definidos.

No es que me importe qué clase de abdominales tenga, definidos o no. Pero es difícil pasarlos por alto cuando está sentado justo delante de mí.

—No seas tímida, Grace —continúa mientras se estira hacia atrás y su camiseta revela más piel. Y también parte de esa línea de vello que termina escondiéndose tras la cinturilla de su pantalón deportivo —. Una mujer tiene que saber pedir lo que quiere.

Continúo mirándolo a los ojos con obstinación.

—Sé muy bien lo que quiero.

—¿Ah, sí? —responde en un tono de voz como si estuviésemos compartiendo confidencias—. Y ¿qué es?

—Alejarme de ti.

En ese momento decido que no necesito cenar. Paso por su lado dándole un empujón con el hombro y me dirijo al sofá en el que dormí anoche.

Me sigue, cómo no.

Y, de repente, ya no puedo más. Estoy harta de su actitud, harta de sus truquitos pueriles, harta de que me saque de mis casillas. Y tremendamente harta de tenerlo siempre a un metro de distancia. Esta habitación es enorme. ¿Por qué ha de estar todo el rato donde estoy yo?

Como para demostrar que tengo razón, se sienta a mi lado en el sofá y se dispone a apoyar los pies sobre la mesita. Y ya no puedo más. Esta es la gota que colma el vaso.

—¡No! —grito.

Se queda perplejo.

—¿No qué?

—¡Levántate!

Al ver que se me queda mirando como si no entendiera mi idioma, lo agarro del brazo y tiro de él.

—¡Levántate! ¡Levántate, levántate, levántate! ¡Este sofá es mío!

—¿Ya estamos otra vez con lo de que todo lo que hay aquí es tuyo? —pregunta—. Porque en tal caso...

—¡No! —le interrumpo, porque no pienso volver a eso—. ¡No, no, no!

—¿Estás bien? —pregunta con una ceja levantada—. Porque pareces un poco acalorada...

—El sofá es mío. La cama es tuya. —Señalo la cama que está en el otro extremo del cuarto, por si acaso le da por fingir que no me entiende—. De hecho, puedes quedarte con toda esa parte de la habitación.

—¿Disculpa? —Ahora parece menos seguro de sí mismo y mucho más confundido.

Bien. Ya iba siendo hora de que se sintiera tan desubicado como yo y de sacarle algo de ventaja.

—Ya me has oído —le digo, y entretanto por fin se me ocurre una idea—. Puedes quedarte con todo ese lado de la habitación: la cama, lo del lanzamiento de hacha, el equipo de música, el televisor... —Miro a mi alrededor en busca de un rollo de cinta adhesiva y, de repente, para mi sorpresa, aparece uno en mi mano. Y no uno cualquiera, no: se trata de la cinta adhesiva de edición limitada de One Direction, como la que me compró mi padre cuando era pequeña. Harry, Louis, Niall, Zayn y Liam me devuelven alegremente la mirada mientras me dirijo al otro extremo de la estancia—. Y yo me quedo con este otro lado. El sofá, los libros, la cocina...

—¿Y el baño? —pregunta con una ceja enarcada mientras empiezo a extender la cinta adhesiva por el centro de la habitación.

—El baño es el único terreno neutral —le digo pasándole la cinta por delante de mi sofá—. El resto de las cosas, o son tuyas o son mías. Y ninguno de los dos puede cruzar esta línea.

Alargo la cinta hasta la pared que está en el lado opuesto del *loft* y la arranco del rollo. Cuando me vuelvo veo a Hudson con un hombro apoyado en la pared y los brazos cruzados sobre el pecho. En sus ojos ha desaparecido el aire travieso sustituido por la expresión vacía de antes.

Parece que por fin lo he logrado.

Estoy a punto de darme unas palmaditas en la espalda por haber conseguido fastidiarle cuando el universo me concede otro regalo.

—Todos los libros están en tu lado de la habitación —murmura.

—Pues sí. Así es. —Le dedico mi mejor sonrisa falsa y maliciosa, y me dirijo a la estantería en la que están todos sus diarios—. Y tengo clarísimo qué es lo primero que voy a leer.

25

YO SOY EMO, TÚ ERES EMO, EL MUNDO ENTERO ES EMO (GRACE)

Pues resulta que Sartre sabía de lo que hablaba cuando escribió *A puerta cerrada* . Llevamos atrapados aquí las ocho semanas más largas e interminables de mi vida, y cada vez que pienso que las cosas no se pueden poner peor, leo otra de las entradas de los diarios de Hudson y descubro que me equivocaba.

Cada una de las entradas de los diarios me recuerda que los padres de Jaxon y de Hudson son las peores personas del mundo. Y eso me lleva a pensar en ambos hermanos.

Y es una putada en más de un sentido, pero sobre todo porque me estoy esforzando muchísimo por no pensar en ninguno de los hermanos Vega. En el mayor, porque estoy atrapada con él y me tiene al borde de un ataque de nervios. Y en el pequeño, porque estoy empezando a aceptar que quizá no vuelva a verlo en mi vida.

Al principio de nuestro encierro me pasaba el día mirando fotos de Jaxon en el móvil y lloraba hasta quedarme dormida. Me moría por verle la cara una vez más. Por decirle lo mucho que lo quiero una última vez. Pero, cuando los días pasaron a ser semanas, y las semanas meses, me obligué a parar.

Se acabaron los vistazos rápidos al móvil para recordar su sonrisa.

Se acabaron las sonrisas al recordar las bromas trilladas que tanto nos gustaban.

Se acabó lo de imaginarme rodeada por sus brazos al quedarme dormida.

Porque sé que, si no me olvido de Jaxon, mi subconsciente podría

llegar a hacer cualquier cosa por volver a verlo, incluso ceder y liberar a Hudson de esta prisión. Y, si después Hudson matara a Jaxon, jamás me lo perdonaría.

Prefiero renunciar a Jaxon una y mil veces si así consigo salvarle la vida.

Y me da igual que Hudson piense lo contrario, todavía creo que eso mismo es lo que nos ha encerrado en esta cárcel con un rollo de cinta que la separa por la mitad. Todavía creo que podría liberarnos si Hudson claudicara y, por lo menos, intentara rehabilitarse.

Porque, cuantas más páginas leo de los diarios de Hudson, y por muy segura que esté de que ambos chicos se quedaron con la peor mierda en lo que a padres se refiere, Hudson lo sufrió mucho. Me estoy dando cuenta de que me estoy compadeciendo muchísimo de él, cosa que nunca pensé que diría; y no es ni de coña algo que haya querido sentir.

Pero es difícil no imaginarse al niño con un corte en el dedo que se da prisa en terminar de tallar un caballo el único día del mes que tiene en la superficie para que su hermanito no se sienta tan solo como él. Y aún más difícil no sentir lástima por él.

Y no preguntarse cuándo se rindió. Cuándo pasó de ser ese niño dulce decidido a proteger a su hermano a ser el sociópata que intentó matarlo.

Sé que en los últimos ciento cincuenta años han ocurrido muchas cosas, y tengo decenas de diarios con los que ponerme al día de todo. Pero todavía quiero saber cómo. Todavía quiero saber si fue por un instante determinado, o si fue consecuencia de pequeños momentos.

Aunque no es que importe; el resultado final es el que es. Pero, aquí sentada, con el diario de este niño en las manos, de pronto siento que sí que importa, y mucho.

Miro hacia abajo, hacia la última entrada del diario. Ya estoy bien metida en lo que Hudson denominó su «etapa emo», y ya sé por qué me sugirió que me la saltara; aunque no es por la razón que él insinuó. Sino porque son las historias más desgarradoras que he leído en mi vida. Ni siquiera los títulos de las entradas me provocan ya una sonrisa.

Hoy he visto el invento más asombroso que hay. Era increíble. Un teléfono.

Es un aparato con un objeto parecido a un pomo por el que escuchas y otro que coges con la mano y por el que hablas. Hay un cable que conecta el artilugio a la pared, y Richard dice que ese cable atraviesa toda la ciudad y conecta unas casas con otras.

Le he preguntado para qué sirve, y me ha dicho que puedes hablar con quien quieras, esté donde esté; siempre y cuando los dos tengamos un aparato de estos. ¡Figúrate!

Le he rogado que me dejara probarlo, pero Padre ha entrado y ha querido saber por qué no estaba entrenando. Por primera vez se me ha pasado por la cabeza darle justo lo que quiere. Una demostración de mis poderes. Quizá así deje de obligarme a trascender.

Quizá así conseguiría más de un solo día al mes para ver cómo va cambiando el mundo mientras yo sigo encerrado en esta oscura cripta.

Pero miré el teléfono una vez más antes de irme a la zona de entrenamiento y supe que no valía la pena. Ya le demostré a Padre de lo que era capaz una vez, cuando me separó de Jaxon, y desde entonces no ha dejado de trazar nuevas formas de volver a despertar ese poder en mí a base de torturas.

Si supiera qué más puedo hacer... jamás me dejaría marchar. Nunca.

Además, ¿a quién iba a llamar yo?

26

DI PÍO
(GRACE)

Cuando termino de leer la entrada del diario, no puedo evitar mirar a Hudson. Ahora mismo está tirado en el sillón delante de la tele jugando al *Demon's Souls* . Pero, después de haber pasado ocho semanas alternando entre eso y *Call of Duty* , no parece estar muy metido en la partida.

Puede que por eso escoja este mismo momento para volver la cabeza y echarme un vistazo. Nuestros ojos se encuentran y, por un segundo, parece curioso.

Pero entonces baja la vista al diario que tengo en el regazo y su expresión se torna impasible. Le arden los ojos con furia durante un instante y después pierden todo atisbo de vida. Y nos quedamos mirándonos el uno al otro; yo, atrapada entre el niño dulce que era antes y el chico detestable que es ahora, y él... A saber dónde coño está él. En ningún sitio bueno, por lo que parece.

Tras un minuto vuelve a centrarse en el juego. Pero resulta que es solo para apagarlo. Después se levanta y se estira, parece que se está preparando para lanzar hachas o para hacer su ronda diaria de quinientas flexiones.

En vez de ir a la sección de lanzamiento, se me queda mirando fijamente. Enarca una ceja oscura. Y suelta el sonido más desconcertante que he oído en la vida.

Es estridente, horrendo y no se parece a nada que haya oído antes. Lo contemplo sorprendida, y él decide hacerlo otra vez. Y otra. Y otra.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —consigo jadear por fin.

Esta vez la mirada que me regala es tan inocente que me sorprende no ver un halo brillando justo encima de su cabeza.

—Estoy practicando reclamos de aves.

—¿El qué?

—Soy ornitólogo aficionado. Como llevamos semanas aquí encerrados no he tenido la oportunidad de ir a observar aves, pero esa no es razón para descuidar mis reclamos.

—¿Reclamos de aves? —Me levanto del sofá para dejar su diario en la estantería—. Es imposible que ese sonido tan espeluznante lo haga un pájaro.

—Pues lo hace —me informa, y después vuelve a emitir ese cacareo una vez más—. De hecho, es la cucaburra australiana. Es el pájaro más grande de la familia de los martines pescadores, aunque no llega a pesar ni medio kilo. Tiene una esperanza de vida de quince años y su periodo de incubación dura entre veinte y veintidós días.

Escupe datos como si los tuviera en la punta de la lengua. O como si se los estuviera inventando. Creo que es lo último, pero como no he podido buscar nada en Google desde que aterrizamos aquí dentro hace dos meses, supongo que nunca lo sabré.

—Es... fascinante —le contesto con un tono de voz que indica que los pájaros no son lo que más me interesa en el mundo. Normalmente añadiría algún comentario mordaz, pero todavía tengo la entrada del diario fresca en la mente. Y me cuesta ser sarcástica con alguien que está claro que ha sufrido muchísimo.

Así que, en vez de ser borde con él, me limito a sonreírle y me dirijo a la cocina. Pero solo consigo dar un par de pasos antes de que Hudson emita otro ruido detestable, aunque totalmente diferente al primero.

Este es un «uuuuuh» espeluznante y agudo que hace que se me ponga la piel de gallina.

Pero estoy decidida a ser buena persona, así que sigo caminando. Cosa que, por desgracia, Hudson se toma como una invitación a continuar.

—Uuuuuuuuuuuuh. Uuuuuuuuuuuuh. Uuuuuuuuuuuuh.

Suena como si alguien estuviera arañando la pared, pero pongo toda mi fuerza de voluntad en ignorarlo... Hasta que lo hace por decimoquinta vez o así.

—Vale, ya está bien. ¿Qué clase de pájaro hace ese ruido? —pregunto mientras saco un Dr Pepper de la nevera. Porque, si voy a tener que aguantar esto durante a saber cuánto tiempo, voy a

necesitar algo más fuerte que el agua.

—Pues en realidad es el colimbo grande. Algunas personas encuentran su reclamo relajante. —Vuelve a hacerlo—. Uuuuuuuuuuuuuh.

—Pues bien por ellos —contesto mientras saco los ingredientes para hacerme un sándwich de queso fundido. Y empiezo a contar hacia atrás desde cien. Seguro que para entonces se habrá cansado de imitar el espeluznante canto del colimbo.

Resulta que solo tengo que llegar hasta el setenta y seis antes de que se dé por vencido con los «uuuuuuh». Suelto el aliento que estaba conteniendo en un gran suspiro de alivio, solo para pegar un bote de casi treinta centímetros de alto cuando a los reclamos del colimbo los sigue el croar de una rana tan fuerte y grave que me pone de los nervios.

«No reacciones», me digo a mí misma.

—Croooooac.

«Si ve que te está fastidiando lo alentarás. Sabes que solo lo está haciendo porque se aburre.»

—Croooooooooooooooooooooooac.

«No reacciones, no reacciones, no reacciones.»

—Croooo... —Una tos interrumpe su espectáculo y me creo que ahí ha acabado todo. Pero no, es de los que piensan que el espectáculo debe continuar, porque, en cuanto puede, vuelve a la carga—. Croooooooooooooooooooooooac.

—Vale, ya lo pillo. ¡Joder! No tienes que fingir que un pájaro suena igual que una puñetera rana solo para molestarme...

—No estoy fingiendo nada —contesta, y suena muy indignado—. Es el canto del tucán de Sudamérica...

—Eso te lo estás inventando ahora mismo, joder —espeto—. Ningún pájaro suena como el cruce entre una rana moribunda y un cerdo cabreado.

—El tucán sí —responde, y vuelve a interpretarlo con tanta inocencia que me cuesta creer que me esté tomando el pelo. Pero llevo atrapada en este agujero infernal con él demasiado tiempo, y soy plenamente consciente de que solo está intentando tocarme las narices incluso antes de que continúe—. Sé que es un gusto que se adquiere con el tiempo, pero algunos ornitólogos creen que es el reclamo más bonito de entre todos los pájaros...

—¡Y una mierda! —estallo—. He soportado el de la cucaburra y el colimbo. Pero ni de coña pienso aguantar el bufido falso de un tucán...

—No es falso —interviene.

—Falso o no, me importa una mierda. Para ya con los reclamos de pájaros.

—Vale.

—¿Y ya? —pregunto sin fiarme—. ¿Solo «vale» y ya?

—Claro, si tanto te molesta... —Se encoge de hombros y me sonríe con dulzura.

Me pregunto si de verdad estamos llegando a una tregua después de ocho semanas de guerra, así que le devuelvo la sonrisa. Después agarro mi Dr Pepper para dar un sorbo mientras me vuelvo de nuevo hacia los fogones.

—¡Croooooooooooooooooooooooooooooooooooooooac! —grita Hudson con todas sus fuerzas.

Me atraganto con la bebida, escupo Dr Pepper por todas partes y me paso los siguientes dos minutos tosiendo porque el refresco me ha llegado a los pulmones.

Puta vida. Y puto Hudson Vega.

27

SI LOS BÓXERS HABLARAN... (HUDSON)

—¿Tienes que tardar una eternidad en darte una ducha? —me gruñe Grace cuando salgo del baño.

Le lanzo una mirada afable con toda la intención.

—Veo que esta mañana alguien se ha levantado con el pie izquierdo.

—Me he levantado de buen humor, gracias por tu interés. —Pasa por mi lado y me fulmina con la mirada—. Pero llevo ya una hora esperando para hacer pis.

Genial. Está bien saber que todo el tiempo que he perdido allí dentro ha valido para algo. Pero solo le digo:

—Lo siento.

—No, no lo sientes. Si lo sintieras no harías lo mismo cada puñetero día. —Me mira frunciendo el entrecejo—. Y ¿podrías ponerte algo encima mientras estoy en el baño? Das risa.

—Pero si me he puesto la ropa —contesto bajando la mirada confundido—. ¿Por qué da risa lo que llevo?

—Llevas unos pantalones deportivos, no ropa. No es lo mismo. —Y, como si quisiera enfatizar su argumento, me cierra la puerta en las narices.

En cuanto desaparece de mi vista me deshago de la mirada confusa e inocente. Últimamente llevo tanto tiempo usándola que me da miedo que al final se me quede la cara así para siempre. ¿Qué cojones haría entonces? No es fácil ahuyentar a la gente cuando tienes pinta de *boy scout*.

Pero he descubierto que la mejor forma de irritar a Grace es (aparte de los reclamos de pájaros) hacerme el tonto mientras le hago una jugarreta.

Por el amor de Dios, ojalá consiga que estalle pronto.

He de admitir que la chica tiene más aguante de lo que pensaba. Estaba convencido de que habríamos salido de aquí la primera noche después de tontear con ella y sacarla de quicio al mismo tiempo.

En cambio, llevamos aquí los seis meses más largos de mi vida, y el final no parece estar cerca. Por eso mismo hace poco empecé a acaparar el baño durante horas y horas. No tardará mucho en resultarle cargante, ¿no?

Pero cuando voy al armario, que está en mi lado de la habitación, me doy cuenta de que no soy el único que esta mañana se ha levantado con ganas de fastidiar a su compañero de habitación. Porque, mientras yo estaba en el baño, Grace ha recolocado todas mis cosas.

Y con «recolocar» me refiero a que ha convertido en un completo y total desastre cualquier especie de orden que reinara en mi lado de la habitación. Ahora ya sé por qué se quejaba de que no llevara la camisa puesta al salir del baño. Quería que viniese corriendo aquí y viese todo esto.

Mis camisas y pantalones, que suelo tener colgados en perchas, están metidos en los cajones.

Mis pijamas y los bóxers están colgando de las perchas en el armario.

Y ha quitado las sábanas, ha hecho un montoncito con ellas y las ha metido debajo de la cama.

Pero ¿qué coño es esto?

Y la putada no acaba ahí, no; lo veo al acercarme a mi colección de álbumes. Siguen en las estanterías, donde los tengo siempre, pero los ha recolocado todos. En vez de estar separados en secciones por género, ordenados por orden alfabético (y los discos de cada sección ordenados alfabéticamente por el apellido del artista), están todos mezclados. Y esa locura no tiene ni orden ni concierto.

Ha destrozado todo mi sistema.

Me vuelvo para mirar con odio la puerta del baño. Lo que ha hecho aquí es una traición de primera. No hay reclamo de pájaros ni lata de Dr Pepper agitada/estallada (una broma bastante inteligente, he de admitir, al recordar cómo le caía la bebida por la cara) que sea venganza suficiente por lo que ha hecho.

La puerta del baño se abre mientras la fulmino con la mirada, y

ahora entiendo por qué se duchó anoche; para poder estar presente y ver el resultado de su endemoniada obra.

Me las va a pagar por esto. Ya te lo digo yo. En cuanto se me ocurra cómo.

Pero ni uno solo de mis pensamientos se refleja en mi cara cuando ella sale del baño con un brillo de alegría en la mirada. En cambio, adopto la mirada inocente que tan hastiado me tiene y le digo:

—Alguien ha estado entretenida mientras yo me duchaba.

—¿Te gusta? —me pregunta, y me devuelve la misma mirada inocente: los ojos bien abiertos y una sonrisa dulce. Pero casi puedo considerarme el creador de esta chorrada, y ni de coña voy a dejar que me gane a mi propio juego. Ni ahora, ni nunca.

—Me encanta. De todas formas, me estaba empezando a aburrir de ese sistema de clasificación de los vinilos. —Casi se me traba la lengua al decirlo, pero consigo acabar la frase—. Así, cada vez que coja un disco, será una sorpresa.

—Justo lo que yo había pensado —coincide con entusiasmo—. Sabía que te gustaría.

—Me gusta, de verdad. Muchísimo.

Entonces, como a estas alturas ya me está temblando mucho el ojo, me vuelvo y regreso a mi parte de la habitación. Así conseguiré que lo deje estar. Que no intente sacarme de mis casillas.

Pero Grace y yo llevamos ya meses aquí encerrados con ese maldito dragón volando en círculo sobre nosotros y estampándose contra las paredes y el techo a cada oportunidad que tiene. Hasta ahora ya nos hemos hecho todas las bromas pesadas que hay el uno al otro, así que no lo deja estar, claro.

Yo tampoco lo dejaría estar.

—¿Te gusta lo que he hecho en tu armario? —me pregunta con dulzura.

—Me fascina —contesto con los dientes apretados—. Me parece una idea estupenda lo de colgar los bóxers.

—Ya, a mí también. A ver, he pensado que esa ropa interior tan presuntuosa tiene que estar expuesta donde puedas verla día sí día también.

—La veo cada día cuando abro el cajón. —Estiro el brazo para coger uno de los bóxers—. Pero está bien, la verdad.

Al levantar el bóxer descubro que ha hecho mucho más que colgar las puñeteras prendas en una percha.

Por un instante estoy tan conmocionado que lo único que consigo hacer es quedarme mirando el par de bóxers que tengo en la mano. Después los descuelgo todos y los reviso. En efecto, les ha hecho lo mismo a todos.

Ha usado un rotulador permanente negro para hacer dibujos en todos y cada uno de los bóxers de Versace que tengo.

En los que tienen rostros ha dibujado bigotes en varias de las caras, y además a algunos les ha añadido unos cuernos de diablo. En los que no hay caras ha dibujado rayos, estrellas y onomatopeyas como las de los cómics. Pam. Pum. Plaf.

Me siento particularmente ofendido por unos bóxers en los que ha escrito la palabra *plaf* justo en la entrepierna.

—Eran unos Versace —le digo y, por mucho que me esfuerzo, no puedo borrar el terror de mi voz. ¿Qué clase de monstruo hace algo así?

—No han dejado de serlo —me contesta con tranquilidad.

Y juro que, si fuera otra clase de vampiro, ya le habría arrancado la cabeza. En cambio, me tomo un rato para doblar los bóxers y amontonarlos encima de la cama.

Porque a esto podemos jugar los dos.

28

MÓJATE UN POCO, ANDA
(GRACE)

La cara que pone Hudson no tiene precio. De hecho, me encantaría tener el móvil encima, porque le haría una foto y me la guardaría para la posteridad. Parece ser que les tenía más cariño a los calzoncillos de lo que creía.

Me planteo fastidiarle un poco más, porque anda que no le gusta a él chincharme si me lleva ventaja, pero, cuando se da la vuelta, me doy cuenta de que me he metido en un lío.

Y no un lío cualquiera. Un lío de la hostia. Y no tengo adónde huir.

Sus ojos azul claro brillan calculadores y tiene la boca retorcida en esa sonrisilla ridícula que siempre me dice que se trae algo entre manos. Y lo que es peor, las puntas de los colmillos que le relucen contra el labio inferior son tanto una amenaza como una promesa.

Hace seis meses estaría convencida de que se acercaba el momento de mi muerte. Ahora solo estoy convencida a medias.

Da un paso hacia mí, y durante un segundo mi mirada vuela hacia la puerta. Por primera vez desde que llegamos aquí me estoy planteando seriamente vérmelas con el dragón. Porque, vale, me va a matar, pero por lo menos será rápido.

Y ya es más de lo que me dice la cara de Hudson en estos momentos.

—¡Ni se te ocurra! —ruge, y tiene razón. Sé que tiene razón. Pero eso quiere decir que solo me queda un sitio donde esconderme.

—Un segundo —pido mientras levanto una mano como si quisiera detenerlo—. Podemos hablarlo.

—Uy, eso pretendo —contesta al tiempo que da un paso hacia mí con toda la intención del mundo.

—Era una broma. Solo intentaba... —A tomar por culo. Corro a toda prisa hacia el baño.

Siete pasos más, cuatro pasos más, dos...

Hudson me hace un placaje desde atrás, y el impulso que recibo cuando choca contra mí cuando estoy corriendo hace que salgamos disparados y atravesemos la puerta del baño. Empiezo a caerme por la fuerza con la que se ha estampado contra mi espalda, pero me agarra en el último segundo para sujetarme en brazos.

Mientras da un paso hacia la ducha, no sé si echarme a reír o a gritar. Cuando llega al plato y abre el grifo, acabo haciendo ambas cosas a la par que le rodeo el cuello con los brazos y me agarro como si me fuera la vida en ello.

—Y una puta mierda —me avisa; la rabia hace que su acento inglés suene más pronunciado (y más pijo) que nunca—. Puedes gritar todo lo que quieras, pero después de haberme destrozado toda la ropa interior que tengo te vas a dar un chapuzón.

—¡No la he destrozado! —Intento convencerlo entre gritos y carcajadas—. He usado delineador de ojos. Puedes lavarlos...

—No, los vas a lavar tú. Después de que te pegues el chapuzón.

De nuevo intenta apartarme de él de un tirón para meterme en lo que sé que será un chorro de agua congelada. Y otra vez más me agarro a él como una lapa, lo rodeo con brazos y piernas, y lo abrazo con tanta fuerza como puedo.

—¡No, Hudson! —chillo entre risas dos segundos antes de que se meta en la ducha conmigo todavía entre los brazos.

En cuanto nos toca el agua congelada, yo me pongo a gritar y él a soltar una retahíla de tacos con voz grave y despiadada.

—¡Te he dicho que no lo hicieras! —espeto cuando por fin consigo coger aliento después de reírme con tantas ganas que me duele la tripa.

—Y yo te he dicho que ibas a mojarte —contesta con un resoplido—. Cualquier persona que se precie habría aceptado el bien merecido castigo como un adulto en vez de soltar esos aullidos que podrían haber despertado a los muertos.

—¡Oye, que yo no he aullado! De hecho...

En ese momento me doy cuenta de que sigo entre sus brazos. Y ahora estamos empapados, lo cual significa que puedo notar con mayor claridad más partes de su cuerpo de las que notaba hace un par

de minutos. Y desde luego él puede notar (y ver) mucho más del mío.

Hudson también debe de darse cuenta porque, cuando me empiezo a apartar, él ya me está soltando o, por lo menos, deslizándome por su cuerpo hasta que toco el suelo con los pies.

—¿Estás bien? —pregunta. Aunque ha retrocedido un poco sigue rodeándome la cintura para equilibrarme.

Y de repente lo que veo en sus ojos no me hace querer huir. Me hace querer quedarme donde estoy.

El pánico me atraviesa al pensarlo, hace que se me revuelva el estómago y el corazón me retumbe en los oídos.

—Estoy bien —aseguro, y le pego tal empujón para apartarme que salgo volando de la ducha y casi me caigo de culo.

Me atrapa, esta vez con manos tan delicadas como un suspiro, y me vuelve a poner de pie.

—Grace...

—¡Que te apartes! —grito, y esta vez, cuando le empujo, me suelta.

29

UNA TARTA DE DESPEDIDA (HUDSON)

—¿Estás bien?

Le hago la pregunta a regañadientes, pues no es que ahora mismo estemos en nuestro mejor momento. No es que hayamos llegado a llevarnos bien, pero la cosa ha empeorado bastante desde el superincidente de la ducha de la primavera pasada.

Desde lo de aquella mañana Grace ha mantenido las distancias. Y yo también. Lo cual ha hecho que los últimos meses, que he pasado reorganizando mi colección de vinilos, estudiando nuevos reclamos de pájaros y lanzando hachas, sean un auténtico aburrimiento. Una vez al mes nos sentamos cada uno en una punta del sofá y vemos uno de mis DVD juntos mientras ella come palomitas haciendo mucho ruido. Es el mejor día del mes.

El otro punto culminante de mis días eternos entre una noche de cine y otra ha sido que Grace me despierta a las siete de la mañana, tras lo cual, aunque parezca increíble, empieza un concurso tácito de saltos de estrella; o saltos de tijera, como los llama Grace. Casi todos los días gano yo, pero de vez en cuando me apetece darles vidilla a las cosas y le doy una oportunidad.

Sin embargo, esta vez no parece cabreada conmigo. Parece otra cosa.

—¿Grace? —le insisto cuando no me contesta. Pero no levanta la cabeza del libro que está mirando. De hecho, no creo ni que me haya oído.

Aun así espero un par de segundos más, por si me hubiera equivocado.

Pero cuando pasa un minuto y sigue sin abrir la boca, me aclaro la garganta haciendo mucho ruido. Y vuelvo a preguntarle:

—Oye, Grace, ¿estás bien?

No dice nada, y estoy seguro de que eso ya es una respuesta en sí.

Le pasa algo desde esta mañana, y además lo sé por la forma en la que se comporta. Como si temiera romperse en mil pedazos si hace un movimiento brusco. Y puede que sea así. No lo sé.

Durante el año que hemos estado aquí encerrados he visto un montón de facetas diferentes de Grace.

La Grace enfadada, que por lo general está decidida a verme sufrir.

La Grace competitiva, que se niega a ceder lo más mínimo.

La Grace traviesa, a la que le encanta armar follón.

La Grace con sentimientos encontrados, pues no sabe qué quiere o por qué lo quiere.

Estoy acostumbrado a todas esas Grace, trataría con cualquiera de ellas cuando fuese. Pero esta Grace..., esta es la Grace triste, y no tengo ni la menor idea de cómo tratarla. No se me ocurre cómo hacer que se sienta mejor.

Pero estoy seguro de que dejarla a su bola para que se regodee en su tristeza no es la manera. Esta vez no.

Así que, en vez de apartarme, por primera vez en meses atravieso sin permiso la estúpida cinta de One Direction (salvo cuando voy a por agua) y me siento en el sofá, a su lado. Que no me aparte de un empujón ni me diga que me vaya a la mierda es la pista que me faltaba para confirmar que lo está pasando muy mal.

Así que solo me queda una cosa por hacer para intentar ayudarla. Me cuelo en su mente y le echo un vistacito al recuerdo que tiene justo en primer plano.

—¡Papá, quiero ver las focas bebés! ¡Vamos a ver a las focas bebés!

La Grace niña (tendrá unos seis o siete años) pasea por una de las calles que hay frente a la playa con un vestido blanco con volantes y con estampado de lunares rojos. Va cogida de la mano de un hombre que rondará los treinta y tantos, también bastante elegante.

—Grace, no se puede, todavía no están aquí en esta época del año.

—¿Por qué? Si tienen a los bebés aquí, pues vivirán aquí. —Grace parece muy disgustada y, por un segundo, tengo la sensación de que va a darle una pataleta que no parará hasta que su padre la lleve a ver las focas.

Pero su padre se inclina para ponerse a su altura y le hace cosquillas hasta que Grace se ríe, un sonido alegre que inunda todo el recuerdo y que me encoge el corazón.

—La vida no es así, cariño —le dice cuando la niña deja de reírse —. Todos tenemos épocas, y ahora mismo es la época en que las focas están en su otra casa, donde el agua está más calentita.

—¿Porque estamos en invierno y va a empezar a hacer frío? —pregunta Grace.

—Exacto. Aquí no tienen una casa en la que estar calentitas como nosotros. Así que se tienen que ir a otro lugar donde el agua esté más caliente y puedan estar cómodas.

Grace se queda un rato meditando en lo que le ha dicho mientras siguen su paseo balanceando las manos.

—Cuando vuelvan, ¿se quedarán mucho tiempo? —pregunta—. Y ¿van a tener bebés?

—Seguro —contesta su padre.

—Y me vas a llevar a verlas, pero solo si no nos acercamos mucho. Las focas necesitan su espacio para sentirse a salvo. —Eso último lo dice como si ya se lo hubiesen repetido antes mil veces. Cosa que, teniendo en cuenta lo testaruda que puede llegar a ser, seguramente haya pasado.

—Claro. A mí también me gusta ver las crías.

—¡Qué ganas! —Empieza a aplaudir, y después mira a su padre con los ojos muy abiertos—. ¿Cuánto falta?

Su padre sonríe y le da un toquecito en la punta de la nariz.

—Unos cinco o seis meses, mi niña. Llegarán a la playa a finales de abril o principios de mayo.

—¡Abril viene después de marzo! —le dice medio cantando—. Y marzo viene después de febrero, y febrero después de enero.

Su padre ya se está riendo a mandíbula batiente, y niega con la cabeza como si su hija fuese lo más mono que ha visto en su vida. Y es probable que lo crea. Los padres se ponen raros con sus hijos. Bueno, mis padres no, evidentemente, pero casi todos lo hacen.

—Lo has dicho muy bien. Ese es el orden de los meses.

—Para eso todavía falta mucho. ¡Falta un montón! —Ha perdido toda la ilusión.

—Te sorprendería lo rápido que puede pasar el tiempo cuando estamos ocupados —señala su padre—. Las crías llegarán antes de que

te des cuenta.

—Y ¿me vas a llevar a verlas? —Analiza el rostro de su padre como si fuera un jugador de póquer buscando cualquier indicio de farol.

—Sí, te lo prometo —le responde su padre echándose a reír otra vez—. Iremos a ver a las focas en abril. —Le tiende la mano a su hija —. ¿Trato hecho?

Grace se lo piensa un segundo y después le estrecha la mano.

—¡Trato hecho!

La niña tiene una sonrisa enorme en la cara y, por primera vez, me doy cuenta de que le faltan las dos paletas. Está guapa (es hasta absurdo lo mona que está), y lo aprovecha cuando le pide a su padre:

—¿Podemos ir ahora, papá? Ya sé que no habrá focas, pero quiero ver las pozas.

—Hoy no, mi amor. Ya vendremos el fin de semana e iremos a ver todas las pozas. Pero primero tenemos que ir a la tienda, que nos lo ha pedido mamá, ¿te acuerdas? Necesita que compremos más nata para poder montarla y ponérsela al pastel de calabaza.

Grace empieza a dar palmas.

—¡Me encanta el pastel de calabaza!

—Y a mí, tesoro. Y a mí. —Su padre se agacha un poco para revolverle el pelo—. ¿Qué te parece si echamos una carrera a la tienda de la esquina? Quien gane se lleva el trozo más grande de pastel.

Grace pone los ojos en blanco, un gesto que ya me conozco muy bien.

—Siempre te llevas el trozo más grande de pastel.

—¿Sí? —Su padre finge sorpresa—. Igual es porque siempre gano.

—Pues ¡esta vez no! —Grace echa a correr todo lo rápido que le permiten sus piernecitas.

Su padre la alcanza enseguida, la coge en brazos y se la sube a los hombros.

—Así ganamos los dos —le dice al tiempo que se agachan un poco para entrar en la tienda.

—¡Bien! ¡Y nos comemos todo el pastel!

—¿No deberíamos dejarle un trocito a mamá?

Atraviesan los pasillos de la tienda hasta la zona de lácteos.

—¿Un trocito pequeñito? —pregunta Grace mirando a su padre

con desconfianza.

—El trocito más pequeñito del mundo —contesta él reprimiendo una risa.

—Bueno, entonces vale. —Lo dice de tan mala gana que tanto su padre como yo nos tronchamos de la risa.

—Te quiero mucho, mi vida.

—Yo también te quiero mucho, papá —le contesta ella con dulzura. Y luego...—: Ay, ¿me compras unos chicles?

Su padre niega con la cabeza mientras coge un paquete de chicles y se lo da a la pequeña.

—Te doy la mano y me coges tres brazos, ¿no, mi Gracie?

—El tres es mi número de la suerte —le dice ella mientras juguetea con el paquete de chicles.

—Claro, mi niña —contesta él—. Claro.

30

SE HA DESCUBIERTO EL PASTEL (HUDSON)

Al salir del recuerdo me doy cuenta de que hoy es Acción de Gracias. Cuando descubrimos que estábamos atrapados aquí dentro Grace abrió un cajón de la cocina y sacó un calendario. Tachar otro día me indicaba que estaba lista para hacer su sesión diaria de saltos de tijera. ¿Cómo es posible que esta mañana no me diera cuenta del día en el que estamos?

No me extraña que Grace esté tan disgustada. Hoy comienza la segunda temporada de festividades que va a tener que pasar sin sus padres, la segunda temporada de festividades que tiene que pasar encerrada en mi guarida sin ver el final del túnel.

No soy estadounidense, para mí Acción de Gracias no significa nada, pero incluso yo comprendo que ahora mismo se sentirá como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Solo que no sé qué coño hacer al respecto.

—¿Quieres hacer pastel de calabaza? —pregunto, porque es lo que estaba pensando en sus recuerdos. Y porque el pavo parece escapar a nuestras habilidades culinarias.

—No sé cómo se hace el pastel de calabaza —contesta y, aunque es una respuesta negativa, algo me dice que he dado en el clavo. Es lo primero que me ha dicho en todo el día.

—¿Tan difícil será? —inquiero—. Un poco de calabaza, un poco de azúcar... —Supongo que un pastel lleva azúcar—. Un poco de masa. Y fin, ya estaría. —Chasqueo los dedos.

Se ríe, pero es una de esas risas tristes, mitad sollozo, que hace que a uno le flaqueen las piernas.

—Estoy bastante segura de que tendrá más misterio que eso.

—Bueno, pues descubrámoslo. —Me pongo de pie y le tiendo una

mano. La contempla sin más, su mirada oscila entre mi cara y mi mano a toda velocidad, hasta que por fin la acepta y deja que tire de ella para ponerse de pie—. Eso sí, vas a tener que dejarme entrar en la cocina.

—Ya estás en el lado que no toca —contesta—. No pasará nada por una hora más.

—Eso mismo pensaba yo.

—Quiero que conste en acta que creo que esto va a ser un verdadero desastre —anuncia mientras caminamos hacia la cocina.

—Y ¿a quién le importa? —Me encojo de hombros—. Aquí dentro solo estamos nosotros dos. Y tampoco es que yo vaya a saber si está buena o mala.

Rumia mi comentario durante un segundo.

—Pues tienes razón.

—Yo siempre tengo razón. Solo que normalmente no estás de humor para darte cuenta —añado—. Además, para cuando acabemos puede que nos haya quedado un pastel delicioso.

—Ya, bueno, yo no pondría la mano en el fuego.

Abre la despensa y saca calabaza en lata, algo llamado «leche evaporada» que suena terrorífico de la hostia, un montón de especias, azúcar y harina.

—Puede que hagas bien —le digo contemplando el arsenal de ingredientes que tenemos delante y con los que no tengo ni idea de qué hacer—. Igual te quemas.

Grace se ríe un poco mientras se dirige a la nevera.

—¿Qué ha sido de tu fe y entusiasmo sin límites?

—Resulta que sí que tenían límites. —Eso hace que se ría con más ganas, justo lo que yo pretendía—. Vale, ¿y qué es lo que tenemos que hacer? —pregunto.

—Estamos de suerte. En la parte de atrás de la lata viene una receta.

La levanta después de añadir una docena de huevos y un poco de mantequilla a la pila de ingredientes que hay en la encimera.

—Bueno, a mí eso sí que me parece hacer trampas —declaro con un resoplido, aunque admito para mí mismo que en el fondo estoy aliviado—. Tenía pensado hacerlo a ojo.

—Uy, si vamos a tener muchas oportunidades de hacer las cosas a ojo —asegura a la par que pone los ojos en blanco—. No hay receta

para la masa.

—Pues eso sí que me parece un problema. —Contemplo la bolsa de harina, la verdad es que me intimida—. Aunque ¿hay alguna ley que obligue a que los pasteles tengan una parte de masa?

—La masa es la característica que define a un pastel, Hudson. —Niega con la cabeza—. Si no, solo sería... fruta.

—Mmmm. —Finjo analizar sus palabras—. Ahí le has dado.

Saca un bol grande para mezclar los ingredientes.

—Ya lo sé. Aunque en teoría las calabazas son cucurbitáceas y no frutas.

Repito sus palabras en mi cabeza unas cuantas veces.

—No sé ni lo que quiere decir eso.

—Quiere decir... —Niega con la cabeza y esboza una sonrisa triste—. Da igual. No afecta en nada al pastel.

—Y entonces ¿por qué estamos hablando de esto? —pregunto perplejo—. ¿Es que no tenemos suficiente con la ardua batalla que nos espera con la receta de la puta masa que se supone que tenemos que sacarnos de la manga?

—Pues sí —afirma—. La verdad es que sí.

Pero no se pone en marcha. En vez de eso se queda quieta a mi lado mientras ambos contemplamos los ingredientes.

Pasado un rato ya he leído todo lo que hay que leer en todas las etiquetas de ingredientes por lo menos tres veces.

—Bueeeno... ¿Vamos a hacerlo o qué?

—No me metas prisas, Vega. Estoy calentando.

—Vale, bien. —Levanto las manos para fingir que me rindo—. No seré yo quien le meta prisas a una sabia.

Para concederle algo más de tiempo, camino hasta la nevera y cojo una botella de agua.

—Creo que en realidad querías decir meterle prisas al desastre, ¿no? —comenta.

Me encojo de hombros.

—Llámalo como quieras.

—Al final te voy a dar calabazas, ¿eh?

—¿Se te ha ido la cabeza? —Le lanzo una mirada horrorizada que no siento para nada—. Creo que deberías dejarme a mí los juegos de palabras.

—Vale. —Me saca la lengua—. Pero, cuando te aburras, no me

vengas llorando.

Después se arremanga y lanza un montón de harina dentro del bol que tiene enfrente.

Una nube polvorienta de color blanco se levanta y nos ahoga a ambos.

—Bueno, de momento yo nos doy un diez de diez —declaro cuando por fin puedo volver a respirar—. Y ¿ahora qué?

—¿La mantequilla?

Enarco una ceja.

—¿Me lo dices o me lo preguntas?

—No tengo ni idea. —Me sonríe.

Cojo la mantequilla y la desenvuelvo.

—Vale, bien. Pues a ver qué pasa. —Me dispongo a tirarla dentro de la harina.

—¡Espera! —Grace se está partiendo de risa, y supone tal cambio comparado con cómo estaba antes que me invade el alivio. No tengo ni idea de cómo hacer un pastel ni tampoco la masa, pero lo haría todo el tiempo si consigo que Grace sonría así. No estoy seguro de qué dice eso sobre mí (sobre nosotros), pero tendré que averiguarlo más tarde. Hacer un pastel es una tarea sorprendentemente ardua—. Hemos de triturarla con la harina.

—Y ¿se supone que tengo que saber qué significa eso?

—Significa... —Niega con la cabeza mientras me quita la mantequilla—. Da igual. Mira y aprende.

—De la experta —digo sin emoción alguna.

—Si la cosa está entre tú y yo, sí soy la experta.

—Es cierto. —La observo mientras corta la mantequilla en cuadraditos y después la amasa con los dedos para que se mezcle con la harina—. Creía que no sabías hacerlo.

—Bueno, he visto a mi madre haciéndolo cientos de veces. Pero no tengo ni idea de si las medidas que he puesto son correctas. Lo mismo tenemos masa de pastel que Play-Doh cuando acabemos, así que igualmente saldremos ganando.

—¿Play-Doh? —pregunto con recelo, pues no estoy seguro de si quiero saber qué es. No es que el nombre inspire mucha confianza si es algo para cocinar.

—No te preocupes. —Va hasta el grifo y llena un vaso medidor con agua, después la va añadiendo poco a poco a la mezcla chapucera

de harina y mantequilla hasta que se convierte en una especie de bola homogénea.

—Entonces ¿es masa? —inquiero ojeando el bol cuando por fin deja de amasar.

—Es algo —responde a la par que le clava un dedo a la bola de color beige—. Supongo que dentro de poco descubriremos si es masa o no.

—Emmm... —No sé qué contestar a eso.

—No te preocupes tanto. Saldrá bien. Tal vez. —Vuelve al grifo para lavarse las manos—. ¿Por qué no te pones con el relleno mientras intento encontrarme las manos debajo de todo este mejunje?

—¿Yo? —Intento parecer indiferente, pero me sale como un grito. Me aclaro la garganta antes de probar de nuevo—. ¿Quieres que haga yo el relleno?

—Ha sido idea tuya —me recuerda—. Y has dicho que haríamos el pastel entre los dos.

No tengo argumento contra eso, así que agarro la lata y leo los pasos. Después procedo a medir, a añadir y mezclar lo mejor que puedo. Lo cual no es mucho, pero el entusiasmo me tiene que dar puntos, ¿no?

Por fin acabo y Grace vierte el potingue de pinta rara en la masa que ha colocado en un molde para hornear. Después mete el molde en el horno y ambos nos quedamos plantados delante de la puerta de cristal para observar nuestra creación.

—Va a estar incomible —auguro después de un minuto.

—Ten fe —me pide—. Se supone que debe tener esa pinta.

—¿Estás segura? —cuestiono con las cejas enarcadas mientras ambos nos ponemos con la limpieza.

—No. Pero eso creo. —Suspira; después me mira con ojos serios desde donde está guardando los ingredientes—. Gracias.

—¿Por qué? —inquiero.

—Por esto. —Suelta un jadeo fuerte y tembloroso antes de susurrar—: Antes hacía esto con mi padre. Todos los años desde que cumplí los cinco.

—Lo siento —digo con incomodidad, y quiero darle una palmadita en la espalda o algo, como hacen en las series. Pero llevo restos de pastel de calabaza hasta los codos, y tampoco estoy seguro de que quiera que la toque. Aun así, por si acaso voy hasta el grifo y

me limpio.

—No pasa nada. —Su suspiro suena lloroso, cosa que me afecta más de lo que me gustaría admitir—. ¿Sabes? Cuando tenía cinco años perdí mi primer diente, una paleta, justo antes de Acción de Gracias. Se me cayó, pero después me rompí la otra en un accidente con la bicicleta. Tenía una pinta ridícula.

—No, estabas adorable —afirmo antes de poder contenerme.

Se queda quieta con la mano en la puerta de la despensa, me mira confundida y después comprensiva.

Cuando creo que me va a gritar por haber invadido sus recuerdos una vez más, continúa, menos mal.

—Esa paleta, la que me rompí, salió de forma muy extraña. Cuando crecí se burlaban mucho de mí por ello.

—Los niños son lo peor —añado como si tuviera idea de cómo son.

Me vuelve a analizar durante un instante, después baja la mirada a sus manos y habla, casi en un susurro:

—Me siento muy sola.

No es agradable oír algo así, porque yo estoy justo aquí, con harina en el pelo y relleno de pastel debajo de las uñas. Aunque, bueno, esta es la interacción más larga que hemos tenido durante meses, no la culpo por sentirse sola.

Solo porque yo no me sienta así no significa que ella no deba hacerlo. La mayor parte de las personas no se han pasado toda la vida confinadas en soledad.

—Me comeré el pastel —ofrezco con desesperación. Casi al principio averiguamos que en este lugar no sentimos hambre, y la verdad es que menudo alivio. Lo único peor que estar encerrado con una Grace que apenas me tolera es estar encerrado con una que apenas me tolera y además tener sed de su sangre.

—No lo creo. Por mucho que aprecie tu oferta de envenenarte por mí, creo que voy a pasar.

—Bueno, la oferta sigue en pie —aseguro mientras ella abre el horno para echarle un ojo—. Para que lo sepas.

Camino hasta ella, escudriño el interior del electrodoméstico a su lado y se me cae el alma a los pies. Ese pastel no va a estar comestible, ni de coña. Parece más un *frisbee* que comida.

—Gracias. —Vuelvo a notar algo raro en su respiración y, esta

vez, cuando la miro sin saber qué hacer, se permite dejarse caer contra mí.

Al principio estoy tan sorprendido que no sé qué hacer. Pero entonces recuerdo los momentos en los que Richard me «entrenó para la interacción social» y le rodeo el hombro con un brazo de forma inexperta. Le doy unos toquecitos en la espalda.

Responde volviéndose hacia mí y apoyándome la cabeza en el pecho.

Sigo sin saber muy bien cómo actuar. Así que esta vez hago lo que me resulta natural. La rodeo con los brazos, le acuno la nuca con la mano y la estrujo contra mi cuerpo mientras llora.

Y llora.

Y llora.

Cuando la abrazo noto varias cosas. La primera es que encaja sorprendentemente bien entre mis brazos. La segunda es que huele de maravilla, a vainilla y canela. Y la tercera es que me gusta bastante abrazarla.

Ojalá no estuviera llorando, joder. Odio que esté pasándolo mal, pero desde luego no me molesta la sensación de su cuerpo contra el mío. Comprenderlo me descoloca y me deja una sensación extraña, pues la última persona a la que abracé fue a Lia después de pedirle que me quisiera para siempre por accidente. Pero ese abrazo rezumaba pánico, arrepentimiento y vergüenza. No sé qué es este abrazo, pero de eso no tiene nada.

—Ya, ya —la tranquilizo mientras le doy palmaditas en la espalda con tanta delicadeza como puedo—. No va a pasar nada.

Niega con la cabeza contra mi cuello, e intento no pensar que lo más seguro es que sus mocos me estén recorriendo el pecho por dentro de la camisa.

Al final respira hondo de forma entrecortada.

—Lo siento.

—¿Por qué? Todos lloramos a veces.

Se aparta para mirarme con los ojos rojos y las mejillas hinchadas con marcas de lágrimas.

—¿Tú también?

La pregunta me pilla desprevenido y le sostengo la mirada a la vez que trato de decidir si quiere la verdad o si en realidad está buscando empatía.

Porque, si soy sincero, no he llorado desde que era muy pequeño.

No desde que el sádico de mi padre me encerró en una prisión de hormigón tropecientas veces durante el mismo año y me dijo que o le daba el poder que anhelaba o iba a estar encerrado durante lo que me quedaba de vida.

Mientras pasaba el rato a oscuras para que «reflexionara sobre mis decisiones», solo, asustado y cabreado de la hostia, por fin me sumí en la rabia que sentía. Grité al universo por lo injusta que era mi vida, di puñetazos a las paredes de piedra de mi cripta hasta que me hice polvo los nudillos y me quedé afónico. Y, cuando me quedé sin fuerzas, empecé a suplicar.

Les suplicaba una y otra vez a dioses que ni siquiera sabía si existían que me dejaran desaparecer. Que me dejaran marchar. Que convirtieran mi alma en polvo y dejaran que el viento me meciera. Ya tenía el poder de convertir otras cosas en polvo, así que ¿por qué no podía hacerlo conmigo mismo?

Debí de haberlo deseado con muchas ganas, porque al final lo conseguí. Me desintegré.

Los huesos, la sangre, las células... Todo se hizo trizas bajo la carga de mi furia y mi desesperación, y mi alma se rompió en mil millones de trocitos que seguían siendo yo pero, a la vez, no.

Por fin era libre.

No sé adónde fui. No creo que estuviera muerto, y tampoco es que estuviera exactamente vivo. Lo único de lo que estoy seguro es que el pánico, la soledad y la ira que siempre había conocido se desintegraron conmigo.

Fue el único momento de paz que he sentido en mi vida.

Al final, como al universo le encanta joderme, volví a regenerarme. Otra vez solo en la oscuridad. Pero esta vez fue muchísimo peor.

Había conseguido soportar estar encerrado en la cripta la mayor parte de mi vida porque no conocía otra cosa. Era lo que había y punto. Pero no era así. En realidad, no.

Había un lugar en este mundo en el que podía sentirme a salvo, lo había visto, lo había vivido. Solo que no se me permitía quedarme.

Y por eso lloré.

Porque la felicidad no es algo que la gente como yo tendría que experimentar. Nos hace desear más de lo que tenemos permitido.

Niego con la cabeza, tanto para devolver mis pensamientos al presente como para contestar a la pregunta de Grace. Me planteo contarle la verdad, y en vez de eso digo:

—Sí. A veces.

Grace asiente y cruza hasta el grifo para lavarse la cara. Creo que está mejor, pero cuando se está secando susurra:

—No consigo recordar cómo suena Jaxon. Lo he intentado, pero no puedo.

Empiezo a decirle que es porque ha pasado mucho más tiempo aquí dentro conmigo del que pasó con él. Pero algo me dice que así acabaremos mal. Y algo me dice también que necesita un amigo mucho más que un contrincante con el que luchar.

—¿Quieres que mire? —Me ofrezco después de que pasen unos segundos incómodos—. Puedo comprobarlo, ver qué está pasando.

Parece desconcertada.

—¿Comprobar el qué?

—El vínculo de compañeros.

—¿En serio? —Abre los ojos como platos—. ¿Puedes verlo?

Asiento.

—Sí, claro. Lo vi al principio, cuando nos quedamos encerrados aquí.

No menciono que también miré el día del famoso incidente en la ducha. Y todos los días desde entonces.

No he podido evitar comprobarlo, confirmar que lo que vi el día de antes y el día anterior a ese era cierto.

El vínculo de compañeros con Jaxon ha desaparecido.

No estaba debilitado, ni translúcido. Había desaparecido por completo.

Cuando lo vi por primera vez corrí hasta el baño y tuve arcadas durante diez minutos seguidos. Le dije a Grace que había probado una de sus Pop-Tarts, pero no era eso.

Los vínculos de compañeros son para siempre. Todo el mundo lo sabe. La única forma de que desaparezcan es si tu compañero se muere. Pero, por lo que yo sé, Grace no está muerta. Lo cual solo quería decir una cosa. El que estaba muerto era Jaxon.

He querido darle una paliza a ese capullo tantas veces que ya he perdido la cuenta. Pero jamás, ni una vez en mi vida, lo he querido muerto. Antes me moriría yo que verlo herido de verdad, y eso he

hecho.

Estuve dudando si contárselo a Grace, pero al final decidí que no serviría de nada. Al menos le quedaban sus recuerdos, y ha mencionado alguna vez que se imagina que a estas alturas habrá pasado página sin ella y que espera que esté feliz.

Aun así no podía perder la esperanza de que mi hermano no estuviera muerto. Por eso seguí comprobando el vínculo todas las noches antes de irme a dormir.

Tras un mes llorando su muerte otra opción empezó a crecer como una semilla en mi interior. ¿Y si el vínculo se ha roto porque Grace y yo no vamos a salir nunca de aquí, la magia lo ha sabido y lo ha liberado? ¿O si es que hay algún problema con el vínculo? Solo llevaban siendo compañeros poco más de una semana antes de que Grace acabara en mi guarida y, la verdad, desde que lo vi por primera vez supe que había algo raro con su vínculo. Había algo que no me cuadraba con los dos colores entrelazados de esa forma.

Sabía que buscar otra explicación que no fuera el fallecimiento de mi hermano era como intentar que no se me escaparan granos de arena entre los dedos, pero lo hice. Noche tras noche.

Y todas las noches cerraba los ojos y sabía que hacía lo correcto al no contárselo a Grace.

Mientras contemplo cómo se va secando la humedad de las mejillas, no puedo evitar preguntarme si le estoy haciendo más daño al no contarle la verdad y darle la oportunidad de pasar el duelo, de pasar página.

Me froto el pecho con aire ausente, intento aliviar la opresión que siento y que me quita el aliento.

—¿Mirarás? —Traga saliva—. Quiero que mires.

Respiro hondo y asiento, después cierro los ojos y busco en el interior de Grace.

De inmediato estoy rodeado por decenas de hilos de colores intensos. Voy con cuidado de no tocar ninguno mientras me abro paso al último sitio en el que vi el hilo del vínculo con Jaxon, el mismo lugar que compruebo todas las noches.

No me sorprende nada ver que no está.

Me doy la vuelta para regresar y se me para el corazón. Se queda quieto, como si se hubiera olvidado de latir sin más.

Me quedo ahí un segundo, después otro y otro, demasiado

asustado para respirar o pestañear siquiera. No sé cuánto tiempo me quedo ahí plantado, mirando fijamente la cosa más terrorífica que he visto jamás, pero sé que bien podría haber pasado una eternidad y todavía no sería tiempo suficiente para asimilarlo.

Porque el fino hilo que sé por instinto que me une a Grace se ha cuadruplicado en tamaño desde ayer... y brilla en el azul más intenso que he visto en mi vida.

31

ACCIONES Y VÍNCULOS
(GRACE)

—¿Estás bien? —pregunto—. Tienes pinta de estar a punto de desmayarte.

—Estoy bien —susurra con la mirada perdida—. Está todo bien.

—¿Va a doler?

Con esa pregunta parece que recupero su atención, y me sonríe.

—Claro que no. Los vínculos de compañeros no se diseñaron para que dolieran. —Niega con la cabeza—. Si fuera así, nadie querría tener un compañero.

—No me refiero al vínculo, sino a... que mires.

—Ah... —Esboza una sonrisa dulce que es muy poco propia de él, y lo único que se me pasa por la cabeza es que debo de tener una pinta peor de la que pensaba—. No, ya he mirado.

—¿De verdad? —El corazón me palpita con fuerza—. Y ¿qué has visto? —Tarda en contestarme, y los nervios que tan precariamente he estado controlando empiezan a revolverse—. Dime qué has visto.

No es una pregunta y, al parecer, Hudson lo sabe, porque suspira. Pero, cuando me contesta, no le tiembla la voz.

—Ya no está.

—¿Que no está? —Niego con la cabeza en un intento por despejármela—. No te entiendo.

—Que el vínculo de compañeros no está, Grace. Antes estaba, apenas brillaba, pero ahora no está. Como si nunca hubiera existido.

Sus palabras me dan de lleno con la fuerza de una bola de demolición, y es tal el porrazo que me destroza por completo.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco —me contesta, y no lo he visto nunca tan asustado —. Pero ya no está. Y además...

—No te creo. —Las palabras me salen de dentro.

—¿Perdona? —Hudson retrocede como si le hubiese dado una bofetada.

—Lo siento, pero no te creo. Jaxon es mi compañero. —La verdad es que no estoy del todo segura de cómo funciona el tema, pero sé que no desaparece sin más. Si el vínculo se pudiera romper así de fácil, ¿de qué valdría?—. Estáis siempre insistiendo en que los compañeros son para siempre. ¿Cómo va a desaparecer solo porque me he ido una temporada?

—No lo sé. —Y, por su voz, parece tan frustrado como yo—. Solo te estoy contando lo que he visto.

—O lo que quieres que crea.

Las palabras se me escapan antes de pensar siquiera en pronunciarlas. Pero no me arrepiento de lo que he dicho. Solo porque Hudson haya preparado un pastel de calabaza conmigo no se convierte en mi mejor amigo por arte de magia. Y, desde luego, no hace que deba confiar en todo lo que me dice; sobre todo cuando lo que está diciendo carece de sentido.

—Eh, que fuiste tú quien dijo que ya no sentía a Jaxon. Yo solo…

—Eso no es verdad. Te dije que no me acordaba de cómo era su voz, no que no lo sintiera —le contesto fulminándolo con la mirada—. No es lo mismo.

—¿En serio? —Enarca una ceja y me pregunta—: Entonces ¿lo sientes?

—Yo… pues… no… Es complicado, ¿vale?

—Ya. —Se ríe, pero es una risa que carece de diversión—. Ya me lo imaginaba.

—No entiendes que… —intento explicarme.

—Lo entiendo perfectamente. —Salta el timbre del horno, Hudson se levanta del sofá y se va a la cocina a zancadas.

—No te olvides de usar una manopla para sacar el pastel —le grito porque, aunque estoy enfadada con él, no quiero que se haga daño.

Me levanta una mano en lo que parece el signo de la paz pero del revés. De primeras creo que es su manera de decirme que vale, pero, a juzgar por la forma en la que coloca los hombros, no puedo evitar pensar que me ha mandado a la mierda a lo británico.

—¿En serio? —pregunto—. Y ¿eso a qué cojones viene?

La mirada que me lanza por encima del hombro me dice que debería saberlo.

Y así, sin más, se acaba nuestro momentito de paz.

—Creo que es normal que dude de lo que me has dicho —le digo levantándome del sofá.

—¿Ah, sí? —Tira el pastel en los fuegos de la cocina—. Entonces ¿para qué coño me pides que mire si no me vas a creer?

Es una buena pregunta, pero no sé si tengo respuesta.

—No lo sé. Supongo que solo quería confirmar que mi relación con Jaxon está bien.

—Pero, viendo que al parecer no es así, ¿le echas la culpa al mensajero?

A ver, visto así siento que soy yo quien se ha equivocado.

—Lo siento. No digo que mientas, solo que igual te has equivocado. A lo mejor no sabías dónde mirar...

—Sé dónde tengo que buscar.

—Bueno, vale. Pero o te has equivocado o me estás mintiendo. Porque Jaxon... —Se me quiebra la voz—. Jaxon es...

—Tu compañero. Ya, lo he pillado. —Deja la manopla en la encimera—. Que te aproveche el pastel. —Después se marcha con paso airado a su cama.

Mientras se aleja, lo que me acaba de decir de mi vínculo con Jaxon me retumba por dentro, y cada segundo que pasa lo hace con más fuerza. El vínculo ya no está. No está. No está.

En mi interior crece el terror ante la posible veracidad de sus palabras, hasta que es lo único en lo que puedo pensar. Y así, sin más, desaparece el férreo control con el que he estado dominando mis emociones desde que he acabado en este sitio.

Empiezo a tener palpitaciones.

La cabeza me va a mil por hora.

Noto gotas de sudor cayéndome por la espalda.

—Oye, ¿estás bien? —me pregunta Hudson desde el otro lado de la habitación, y esta vez no parece solo preocupado. Parece asustado.

—Estoy... bien —consigo soltar al tiempo que el pánico se apodera de mí, pero me cuesta pronunciar las palabras, porque no es verdad. No estoy bien, y siento que no volveré a estar bien en mi vida.

Me inclino, me llevo las manos a las rodillas e intento llenar de aire los pulmones, que de pronto están vacíos. Es como si me hubiese

aparcado en el diafragma un camión monstruo y, cuanto más me esfuerzo por respirar, más me cuesta.

Estoy temblando de pies a cabeza, y toda la habitación me da vueltas mientras me obligo a respirar. A respirar y ya. Solo es un ataque de pánico. Estoy bien. Todo se solucionará.

Pero es mentira. Porque ahora mismo Hudson está encerrado en mi mente y ambos estamos atrapados solo Dios sabe dónde. Ha pasado más de un año desde la muerte de mis padres; más de un año desde la última vez que hablé con mi tío, con Macy o con Jaxon. Y ahora nuestro vínculo de compañeros, lo único que me ha dado fuerzas para superar este puto lío, ¿igual ha desaparecido?

Macy me dijo que los vínculos de compañeros solo se rompen si uno de los dos muere.

Lo que me lleva a pensar en dos posibles escenarios. O bien Jaxon ha muerto, o bien la que ha muerto soy yo, al menos lo que sea morir en ese mundo. Lia me dijo que perder a un compañero daba un dolor insoportable, así que no creo que Jaxon esté muerto. Estoy segura de que habría sentido su muerte por el vínculo. Lo cual significa... que nunca saldremos de aquí. Para Jaxon estoy muerta.

Es demasiado. Demasiado, de verdad.

Inspiro hondo y, al intentar llenarme de aire los pulmones oprimidos, tengo la sensación de que me están estrangulando. Pero ahora mismo no es el peor de nuestros problemas. Porque ha vuelto el puto dragón.

Puedo oírlo gruñir; oigo cómo mueve esas alas gigantes cuando vuela en círculos por encima del tejado, buscando un agujero por el que entrar. Hasta ahora hemos conseguido reparar todos los daños que ha provocado, pero pronto llegará el momento en que no seremos capaces de hacer nada. No puedo reparar las paredes y el techo infinidad de veces, llegará un punto en el que no se podrán arreglar. Y, cuando llegue, no tendremos nada para impedir que el dragón entre. Nada para evitar que nos achicharre vivos.

Por ahora sigue fuera, me digo mientras se me remueve el estómago y me dan retortijones. Mientras el sudor me cae por la espalda y se me enturbia la mirada. No va a entrar. No va a hacerme daño.

Pero ya es demasiado tarde para creérmelo. El auténtico terror se ha apoderado de mí. Las rodillas se me convierten en gelatina, y

siento que me caigo hacia delante sin poder hacer nada. El pánico es demasiado abrumador, la amenaza es demasiado real, y no puedo usar la razón para evitarlo.

—¡Grace! —Hudson parece más que asustado. Parece haber entrado en pánico.

Bienvenido al club, me apetece decirle, pero el terror se ha adueñado de mis cuerdas vocales y no me sale nada. Hudson se desvanece hacia mí (o al menos esa es la palabra que usa él cuando se mueve a una velocidad absurda) y, aunque levanto las manos en un vano esfuerzo por protegerme, me atrapa un segundo antes de que choque contra el suelo.

32

HAY VÍNCULOS QUE NO PUEDEN SER PARA SIEMPRE (GRACE)

—Te tengo —me dice. Y es verdad, a pesar de la pelea que acabamos de tener. Me pone en pie con delicadeza y después añade—: Mírame, Grace. No te preocupes por nada más. Tú solo mírame y respira. Inspira, espira. Inspira, espira.

Eso se dice pronto, pero no es tan sencillo; sobre todo si tenemos en cuenta que el dragón sigue estampándose contra la pared que está justo detrás de nosotros. Los ladrillos gritan en protesta y el polvo de cemento cae al suelo a nuestros pies.

Aunque el dragón no es lo único que ha hecho que pierda los papeles. He conseguido mantener los ataques de pánico a raya desde el primer día que pasamos aquí diciéndome que todo iba a salir bien. Prometiéndome a mí misma que encontraríamos la forma de salir de aquí y que encontraría la manera de volver con Jaxon. Que sin importar el tiempo que mi cerebro nos tuviera aquí encerrados, al final conseguiría volver con mi compañero y la nueva vida que acababa de empezar a construir.

Pero si Hudson está en lo cierto, todo eso se ha esfumado. Como mis padres. Como mi vida en San Diego. Ya ni siquiera tengo el Katmere. Llevamos aquí dentro más de un año, lo que significa que tendría que haberme graduado hace seis meses. Debería estar en la universidad, o por lo menos intentando averiguar qué quiero hacer con mi vida en vez de estar encerrada con Hudson mientras un dragón rabioso intenta matarnos a ambos.

¿Tan sorprendente resulta que esté teniendo un ataque de pánico? La pregunta razonable es... ¿por qué Hudson no?

Aunque no sé cómo, no está asustado. Mientras me habla su rostro está totalmente tranquilo. Sus ojos muestran estabilidad, su voz es relajante y las manos con las que aún me agarra de los bíceps son tan delicadas como alentadoras.

Aun así no puedo respirar. Todavía no puedo ver más allá del terror que me deja la mente en blanco.

El dragón ruge justo antes de volver a estamparse contra la pared y yo dejo escapar mi propio grito.

—Tú puedes, Grace —me anima Hudson, y su voz suena más firme que hace un par de minutos.

Niego con la cabeza mientras intento respirar hondo. Normalmente estaría de acuerdo con él: puedo apañármelas con estos ataques de pánico y todo lo que se me ponga por delante. Pero esto es diferente. Parece más bien que todo lo que tanto me he esforzado por recuperar desde que mis padres murieron se está derrumbando bajo mis pies. Y no creo que tenga fuerzas para empezar de nuevo.

—¿Cuál es la alternativa? —pregunta Hudson—. ¿Rendirse?

Lo miro confundida.

—Espera. ¿Lo he dicho en voz alta?

—No tienes que hacerlo. Estoy dentro de tu cabeza, ¿recuerdas?

—¡Para! —le pido, y lanzo un manotazo al tiempo que dejo de temblar y mis rodillas deciden que, al fin y al cabo, sí que pueden soportar mi peso—. No te atrevas a revelar nada de lo que puedas haber leído en mi mente. No tienes derecho a...

—¿Que no tengo derecho? —Entrecierra los ojos mientras deja caer las manos de mis brazos y retrocede—. Tú me tienes prisionero aquí dentro y ¿me dices que no tengo derecho?

—¡No es que tenga elección! —Se me ha acompasado la respiración en el transcurso del último minuto, así que respiro hondo y después suelto el aire despacio.

—Ya, yo tampoco —replica con mordacidad—. Y no me verás quejarme.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Te estás quejando ahora mismo! —Jadeo—. Y no es que yo esté dentro de tu cabeza leyendo cada cosa que piensas.

—No, tú solo lees mis diarios —espeta.

—¡Joder, pues claro! —bramo—. Y quizá me sentiría más culpable si no te hubieras pasado el último año fisgoneando en mis

recuerdos como si fueran una serie de televisión.

—Tendré que entretenerme de alguna forma, ¿no? —Hace un gesto hacia los libros que están detrás de mí—. Tú has acaparado todos los libros que hay en casa durante el último año.

—Ay, pobre bebé. Tú solo tenías la PlayStation, el tocadiscos, lo del lanzamiento de hachas y una colección interminable de DVD para pasar el rato. —Le echo la mirada de pena más falsa del mundo—. ¿Cómo te las has apañado?

Antes de que pueda responder, el dragón suelta un bramido especialmente fuerte y despiadado. Me preparo para lo peor y siento a Hudson hacer lo mismo, pero en vez de atravesar el techo o hacer algo igual de terrible, oímos su aleteo cuando por fin se da por vencido y se marcha. Por el momento.

Mientras se aleja, la última pizca de mi ansiedad se va con él, y me doy cuenta por primera vez de que hace mucho que ha pasado mi ataque de pánico. Discutir con Hudson me ha cabreado tanto que me he olvidado de que estaba pasándolo mal. Anda. Nunca lo habría visto venir.

Aun así, cuando Hudson esboza una sonrisa de lo más odiosa antes de volver a su cama, no puedo evitar preguntarme si sabía exactamente lo que estaba haciendo. Si quizá, solo quizá, lo ha estado haciendo todo este tiempo.

Quiero ir tras él, pero al final no lo hago. Porque ya se está metiendo en la cama. Y tampoco es que tenga nada nuevo que decirle.

Pero, cuando me tumbo en el sofá, solo puedo pensar en que va a ser una noche muy pero que muy larga y me obligo a asimilar un hecho que ninguno de los dos quiere expresar en voz alta.

Estamos viviendo tiempo prestado.

Vivos o muertos, da igual cómo estemos en este limbo, todo está a punto de terminar.

Porque estoy más segura de ello de lo que lo he estado de nada en esta vida. Ese dragón ha estado a punto de tostarnos hoy, y la próxima vez no va a darse por vencido.

Mientras me acurruco en el sofá y tiro de la manta hasta la barbilla, no puedo evitar las lágrimas silenciosas que me corren por las mejillas.

Lloro lágrimas de rabia por lo que he perdido con Jaxon.

Lloro lágrimas de arrepentimiento porque Jaxon nunca sabrá lo

que me ha pasado.

Lloro lágrimas de esperanza para que algún día alguien le quiera tanto como le he querido yo.

Lloro todas las emociones que siento y, cuando la última lágrima se me seca en la mejilla, sé que ha sido una lágrima de alegría porque alguien tan maravilloso me ha querido, aunque haya sido breve.

Y eso casi consigue que mi muerte inminente no me parezca tan horrible.

33

CRÉETELO O LA PALMARÁS (GRACE)

Al final ya no me quedan lágrimas, pero sigo sin poder conciliar el sueño.

Cómo no, Hudson no parece haber tenido problemas en caer redondo sin decirme nada más. Pues vale. No es que ahora mismo tenga algo que decirle yo a él tampoco. Quitando, igual, un «gracias»... por ayudarme con mi ataque de pánico y por haberme ayudado a hacer un pastel de calabaza.

He de admitir que no me había imaginado que ninguna de esas dos cosas podría llegar a pasar, pero igual ha sido fallo mío. En un año me he leído muchísimos de sus diarios, y lo que pone en ellos contradice mucho cómo me dijeron que era. El chico que intentó matar a su propio hermano. El chico que utiliza el control mental como si fuese el mejor invento del siglo XXI . El chico que cree tan fervientemente en la supremacía de los vampiros que mataría por ella.

Ese es el Hudson que su hermano conoce. El Hudson que todo el Katmere conoce. Entonces... ¿por qué estoy empezando a pensar que el Hudson que yo conozco es totalmente diferente?

Sabe hacer unos reclamos para pájaros estúpidos.

Se pone histérico cuando como cerca de uno de sus valiosos libros.

Lanza hachas como si lo persiguiera el demonio.

Y se interpone entre las llamaradas de un dragón y una chica a la que no tendría por qué ayudar.

Es un sinsentido.

¿De verdad hay dos Hudson, o una de las partes se ha equivocado con su juicio? Y, si una de las partes se equivoca, ¿qué parte es? ¿El resto o yo?

Es más, ¿cómo voy a llegar a saberlo?

Cuando me levanto para beber algo, o igual para probar el pastel de calabaza que he hecho con la ayuda de Hudson, no puedo evitar echarles un vistazo a sus diarios. Me quedan cuatro, y puede que ese sea el problema. Quizá en ese último diario encuentre cómo dejó de ser ese chico que le compró una casa a su anciano tutor y pasó a ser el sociópata del que todo el mundo me ha advertido.

Quizá por eso mismo sea el último diario.

Voy a por agua, me corto un trozo de pastel, y acepto que soy una hipócrita de la hostia mientras cojo el último diario de Hudson de la estantería.

No sé por qué, pero estoy segura de que la forma de evitar que el dragón vuelva a atacarnos está relacionada con salvar a Hudson.

Justo cuando me acomodo en el sofá y abro el diario, Hudson murmura algo en sueños, algo indistinguible. Me quedo quieta, preocupada por si lo he despertado, pero pasan unos segundos y Hudson da media vuelta, y una de las almohadas se cae del colchón.

Suelto un suspiro de alivio. No es que me agobie que pueda pillarme; ya sabe que me los he estado leyendo todos. Aun así no es lo mismo después de la discusión, o de lo que sea que fuera lo de esta tarde, y por primera vez me siento un poco culpable por leerlos.

No tan culpable como para no leérmelos, pero aun así... Culpable al fin y al cabo.

Pruebo un trozo de pastel y, para mi sorpresa, no está asqueroso. A ver, no está buenísimo (la masa está chiclosa, la verdad), pero el relleno está bastante rico, lo justo para que dé un segundo bocado. El pastel de mi madre está mil veces mejor, pero, teniendo en cuenta lo que teníamos Hudson y yo para prepararlo, me lo tomo como una victoria.

Como un poco más y aparto el plato. Vale que vaya a leer el diario de Hudson, pero no pienso llenarlo de miguitas. Ya he aprendido la lección después de estar atrapada aquí con él durante más de un año.

En las primeras tres entradas no ocurre gran cosa, pero en cuanto paso la página y llego a la cuarta cada célula de mi cuerpo se pone en alerta máxima, aunque no sé por qué. Quizá sea por las profundas marcas que ha dejado la estilográfica en el papel, como si Hudson se hubiese olvidado de su propia fuerza mientras escribía, o quizá sea

por la cursiva, que casi crepita por la indignación.

Sea como fuere, me preparo antes de empezar a leer.

Bueno, otro día que pasa en la superficie, de la manera más ignominiosa posible. Y pensar que antes ansiaba la época en la que no me mandasen a la cripta.

Acabo de tener la reunión mensual en la que debo demostrarle mi inutilidad a mi queridísimo padre y, si digo que no ha ido bien, me quedo corto. Richard me dio todo un discurso motivacional sobre que no debía dejar que mi padre (o mi falta de rendimiento) me disgustara, y al parecer le asombró saber que no estaba más disgustado.

No he tenido el valor de contarle que seguramente me habría disgustado mucho más si no lo hubiese maquinado todo yo solo... o, al menos, mi parte.

No sé qué cabrea más a mi padre: que su pequeño experimento no esté yendo tan bien como esperaba o haber tenido que enterarse delante de toda la junta, a quienes había invitado para mi «demostración».

Después de fallar estrepitosamente (pero no demasiado estrepitosamente, si se me permite decirlo), me metió en su más que opulento despacho para tener una «charlita». Aunque no sé por qué ha usado la palabra charla *, teniendo en cuenta que mi papel durante toda la reunión ha sido escuchar como me decía lo inútil que soy. Supongo que mejor eso que tener que hablar con él de verdad.*

«Una tasa de rendimiento del veinte por ciento es inaceptable», me ha dicho con esa voz altiva que tiene, que me despierta las ganas de desintegrarle las cuerdas vocales cada vez que la escucho. Me gustaría decirle que disiento. Que una tasa del veinte por ciento es perfecta para vender la idea que pretendía vender: a saber, que mis poderes no son, ni de lejos, tan potentes como mi padre quiere que sean.

Es más, que no son ni de lejos tan potentes como son en realidad.

El plan de mi padre era enseñarle hoy a la junta mis capacidades de control mental, no solo para animarlos a apoyar su último ardid para la guerra, sino también para que supieran que iríamos tras ellos si no le apoyaban.

Toda mi vida, por mala que haya sido, ha estado supeditada a su objetivo de dominar el mundo. Pero su plan tiene un problemilla: que a mí eso no me interesa. En absoluto. Por lo tanto, al entrar ahí hoy tenía mi propio objetivo: fracasar solo lo justo para que se piense que soy un incompetente, pero sin que crea que le estoy traicionando.

Si hubiese sido capaz de controlar la mente de más del cincuenta por ciento de sus guardias, Cyrus habría considerado que mi demostración había sido todo un éxito y habría seguido adelante con sus planes para vaya uno a saber qué. De no haber controlado ninguna, se habría dado cuenta de que estaba fingiendo y habría actuado en consecuencia.

No, el veinte por ciento ha sido la cifra perfecta para convencer a mi padre de que tengo algo de poder, pero no demasiado. Y, lo que es más importante, es la cantidad justa para asegurarme de que crea que no estoy en absoluto preparado para salir al mundo. Que su plan perfecto fracasaría, como yo hoy, si se apresura y lo pone en marcha antes de tiempo.

Cómo no, haberle convencido tan bien como lo he hecho implica que me esperan varios años de palizas propiciadas por sus descerebrados hombres, que intentarán por la fuerza que desarrolle unos poderes que ya tengo. Y, si bien haría casi lo que fuera por evitar una buena paliza a manos de uno de sus soldados de mierda, no pienso coger el camino fácil a costa de la vida de tantísimas personas.

«Qué será, será. Whatever will be, will be *», joder.*

Y sí, soy consciente de que estoy citando una canción de una película de Hitchcock. Pero, bueno, después de lidiar con Cyrus más de una eternidad, he aprendido que el terror siempre resulta apropiado.

Hay que hacer sacrificios, y yo solo soy el tío que los hace. Además, ¿a quién no le gusta dejar que un lobo se quede babeando después de que te haya dado una patada en los huevos?

34

TE HABÍA LEÍDO MAL
(GRACE)

Madre mía. MADRE MÍA.

Miro fijamente las palabras de la página hasta que se vuelven borrosas y se entremezclan las unas con las otras. Después vuelvo a parpadear y las leo otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

Me reverberan en el corazón, se me abren camino por la piel hasta llegarme al alma, donde la verdad da en el blanco. No puede ser verdad. Es imposible.

No sé qué pasó en el Katmere el año que Hudson murió.

No sé por qué Jaxon cree lo que cree.

No sé por qué todo el mundo cree lo que cree.

Pero no es cierto.

Hojeo varias de las siguientes entradas del diario, las leo tan rápido como puedo. Leo acerca de lo mucho que Hudson odia a su padre, cómo Cyrus ha conseguido reclutar a muchísimos miembros de familias paranormales de alto rango para que se unan a sus filas. Sobre lo decidido que está Hudson a detenerlo, sin importar lo que tenga que hacer.

¿Cómo es posible que Jaxon se equivocara tanto?

¿Cómo hemos podido ser todos tan cortos de miras?

¿Era Lia, precisamente Lia, la única que veía la verdad?

La idea me pone enferma y hace que el pánico se abra paso. ¿Y si Jaxon hubiera escuchado a Lia desde el principio? ¿Y si hubiera hablado con su hermano en vez de ponerse en lo peor? Quizá todo este rollo del sacrificio humano no habría tenido que ocurrir.

Se me revuelve el estómago con los recuerdos, con los «¿y si...?», y voy a toda prisa al baño. Apenas llego a tiempo.

Me desplomo de rodillas en el suelo y vomito todo el pastel de

calabaza que me acabo de comer. Intento hacerlo sin crear mucho alboroto, lo último que quiero es despertar a Hudson mientras la prueba de lo que he estado haciendo sigue en el sofá. Además, tampoco estoy preparada para enfrentarme a él.

No sé si podré volver a mirarlo a la cara, pero lo que sí que sé es que ahora mismo no estoy preparada.

Pero los vampiros tienen un oído increíble y, por mucho que se empeñe en fingir lo contrario, Hudson tiene el sueño ligero. Lo cual significa que, cuando tiro de la cadena, ya está en la puerta del baño.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja al tiempo que rebusca en el armarito de toallas para sacar una.

—Estoy bien. Creo que he tomado demasiado pastel de calabaza.

—Si es que se le puede llamar «pastel» —contesta mientras coloca la toalla debajo del agua fría—. Toma, ponte esto en el cuello. Te ayudará con las náuseas.

—¿Cómo lo sabes? —inquiero curiosa, sin ganas de pelear—. ¿Los vampiros tenéis el mismo problema?

Me muevo hasta el grifo para coger el cepillo y la pasta de dientes y él contesta:

—No, la verdad. Pero sabemos cuándo hay un flujo de sangre muy intenso en la carótida. —Se le asoman los colmillos cuando sonríe—. Así que es de lógica pensar que ponerte frío en esa zona ayudará.

—Ah, cierto. —Sonrío levemente después de lavarme los dientes y enjuagarme la boca—. Nuestra querida carótida.

Durante un segundo tengo un recuerdo de Jaxon acariciándome el cuello con la nariz antes de hundirme los colmillos. Noto que se me encienden las mejillas y, de repente, el baño me parece demasiado pequeño. Es raro pensar en algo tan personal cuando Hudson está plantado a medio metro de mí.

—¿Podemos volver fuera? —pregunto en voz baja. No quiero apartarlo para pasar, pero me muero de ganas de salir de aquí.

—Pues claro. —Da un paso atrás de inmediato—. ¿Estás segura de que estás bien?

—Estoy bien. Lo juro.

Pero, en cuanto llegamos a mi sofá, los ojos de Hudson caen sobre su diario abierto.

—¿Una lectura ligera? —inquiere con la ceja levantada.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

Y entonces lo envuelvo entre mis brazos.

No sé quién de los dos está más sorprendido.

—No pasa... nada —asegura, aunque suena totalmente perplejo.

Aun así yo me limito a estrujarlo con más fuerza, parece que mis brazos tienen vida propia. Lo abrazo de una forma en la que nadie lo ha abrazado antes. Lo abrazo como siempre deberían haberlo abrazado.

Su madre.

Su padre.

Jaxon.

Lia.

Toda la gente que debería haberlo querido. Que debería haberlo cuidado.

Como respuesta, me da unas palmaditas en la cabeza, incómodo. Incluso llega a susurrar con un tremendo acento británico:

—Ya, ya pasó.

Pero no lo suelto.

Pasado un rato me rodea la espalda con los brazos. Poco a poco, con timidez, como si no tuviera ni idea de cómo abrazar a alguien. Y de repente también me está estrujando. Tanto que apenas puedo respirar. Y me parece más que bien.

Un tiempo después se aparta.

Yo lo suelto y espero que ponga algo de distancia entre nosotros, pero no lo hace. Al contrario, se queda a un suspiro de distancia, de forma que cada exhalación acaricia nuestra piel.

—Hudson...

—Grace...

—Tú primero —le pido con una sonrisa. Tampoco es que tenga ni idea de lo que le voy a decir.

Pero no habla. En vez de eso me pone un dedo debajo de la barbilla y me levanta la cara hacia la suya. Nuestras miradas se encuentran y, durante un momento largo e imposible, me quedo paralizada.

Y aun así Hudson espera. No aparta su mirada de la mía. No sé si está esperando mi permiso o si me está pidiendo perdón.

Al final debe de conseguir la respuesta que estaba esperando, porque empieza a moverse.

35

VIVIENDO UNA PESADILLA
(GRACE)

Poco a poco, muy lentamente, Hudson se inclina hacia mí y se me olvida cómo respirar. Cómo pensar. Cómo ser.

Me olvido de todo, de todos, menos de él. Menos de este instante.

Se me acelera el corazón mientras intento comprender qué está pasando. No quiero que Hudson me bese. No quiero. ¿No?

Y, entonces, justo cuando sus labios están a punto de rozar los míos, sobre nuestras cabezas resuena con fuerza un gruñido aborrecible.

Me doy de lleno con la realidad y me aparto, horrorizada ante lo que he estado a punto de hacer.

Casi beso al hermano de Jaxon.

Casi beso a Hudson.

A Hudson.

La vergüenza me invade y choca con el horror, el arrepentimiento y un montón de emociones más que todavía no estoy preparada para examinar.

Pero no pasa nada, tampoco es que tenga tiempo para analizarlas, porque el puñetero dragón ha decidido que ha llegado el momento de atacarnos.

Araña el techo con las garras al pasar volando por encima de nosotros, bramando, rabioso.

Siento escalofríos por la espalda. Este ataque parece diferente. No sé por qué, pero es así, y con una mirada fugaz a la preocupación que veo reflejada en el rostro de Hudson sé que él siente lo mismo.

—¿Qué hacemos? —le pregunto mientras el dragón se estrella contra el tejado con tanta fuerza que hace temblar toda la habitación y tumba una de las estanterías con un estruendo atronador.

No me da tiempo a lamentar la caída de los volúmenes de libros que hay desperdigados por la zona de lectura, pues Hudson me coge de la mano y nos acerca a toda prisa a la puerta.

—¡No vamos a salir! —susurro, y grito a la vez mientras me invade el terror—. ¡Esa bestia va a matarnos!

—No creo que tengamos otra opción —me explica con seriedad.

—¿A qué te refieres? —Pero me temo que ya lo sé. Porque el dragón se estrella con dureza contra el tejado, arremetiendo contra él una y otra vez, como si fuera el dinosaurio de *Parque Jurásico* buscando un punto débil que aprovechar—. ¿No hay alguna forma de conseguir que se vaya? —siseo.

Pero, mientras formulo la pregunta, oímos un fuerte crujido sobre nosotros. Y, entonces, cuando nos caen del techo varias tablillas y trozos de madera, Hudson me envuelve con todo su cuerpo.

Estiro una mano e intento reparar los daños como ya he hecho una y otra vez desde que estamos aquí encerrados. Pero es demasiado tarde. El dragón atraviesa volando el techo roto; le brillan los ojos de rabia y le salen llamaradas de las fauces.

—¡Me cago en todo! —exclama Hudson. Luego nos levantamos y echamos a correr hacia la puerta. O, para ser más precisa, Hudson corre y me arrastra con él.

—¡Si salimos nos atrapará! —le grito de nuevo.

—Siento ser yo quien te lo diga —me contesta con tono irónico —, pero también nos va a atrapar si nos quedamos aquí.

Justo cuando acaba la frase, un chorro de fuego da de lleno en la pared que tenemos a nuestro lado. Y sé que tiene razón.

Solo hay una forma de escapar.

—¡¿Estás lista?! —me grita Hudson al tiempo que abre la puerta principal, que lleva cerrada con el pestillo tanto tiempo.

—¡Ni de coña! —le respondo chillando.

Pero ahora nada importa. Lo único que importa es sobrevivir. Así que me agarro con fuerza a la mano de Hudson y salgo corriendo con él hacia la oscuridad.

36

HUELE A CHAMUSQUINA
(GRACE)

—¿Qué hacemos? —jadeo mientras corro más deprisa de lo que he corrido en toda mi vida.

—Agacharnos —contesta Hudson serio, y tira de mí hacia abajo justo cuando una llamarada atraviesa el aire por encima de nuestras cabezas.

—¡Vaya tela! —Me agacho todavía más, intento poner toda la distancia que puedo entre el fuego y yo. Pero ir tan agachada me complica demasiado conseguir un mínimo de velocidad. Al igual que el patrón en zigzag hacia delante y hacia atrás que Hudson ha establecido.

No voy a mentir. Me siento un poco como si estuviera en una de esas películas de acción que veía mi padre, esquivando las balas del tipo malo con cada sacudida y zigzagueo. O, más exactamente, las llamas del lanzallamas.

Solo que esto es la vida real y...

Grito cuando una nueva oleada de llamas me roza un lado del brazo.

—¡A tomar por culo! —ruge Hudson mientras me suelta la mano. Durante un instante creo que me va a dejar aquí tirada para que me las apañe yo sola.

Tampoco es que le culpe. Lo he visto desvanecerse varias veces durante el curso de este año y sé que soy la débil en esta ecuación. De hecho, me desconcierta un poco que se haya quedado conmigo tanto tiempo.

Pero, en vez de dejarme tirada como espero, Hudson me agarra y me coloca sobre su espalda. Por instinto le rodeo la cintura con las piernas y los hombros con los brazos.

—¿Qué cojon...?

—¡Agárrate! —grita, y de repente nos desvanecemos hacia delante, nos movemos más rápido de lo que me he movido en la vida. Más que un coche a toda velocidad, eso sin duda. Puede que incluso más rápido que un avión.

Es aterrador y flipante al mismo tiempo. O sería flipante si no fuera porque un dragón nos pisa los talones, literalmente.

Vemos pasar más llamas cuando el dragón sobrevuela por encima de nosotros y yo me agarro con más fuerza a Hudson.

—¡Más rápido! —insto, y él resopla.

—¡A ti no te cuesta nada decirlo! —Pero, por muy imposible que parezca, consigue ir todavía a más velocidad. Menos mal. Porque echo la vista atrás por encima del hombro y descubro que el dragón se nos está acercando. Vaya tela, ¿cómo puede ir tan rápido este bicho?

Va más deprisa que Flint, eso seguro, aunque a él solo lo he visto volar por los túneles. Aun así sé que no se movía de esta forma, atravesando el cielo como un rayo.

Nada se mueve así, ni siquiera Hudson, quien jadea con fuerza mientras sigue corriendo a toda prisa.

—¡Tenemos que encontrar un lugar en el que escondernos! —grito para que me oiga por encima del rugido del viento y del dragón.

—Pues como no te saques algo de la puta manga... —replica Hudson sin aliento—. Porque la verdad es que yo no veo nada por aquí.

Por primera vez desde que el dragón ha atravesado nuestro tejado miro a algún sitio que no sea delante o detrás de nosotros. Y me doy cuenta de que tiene razón. O, por lo menos, creo que la tiene.

Aquí fuera está oscuro, muy pero que muy oscuro, y cuesta ver más allá de unos cuantos metros en cualquier dirección. No obstante, se puede apreciar que no hay nada de nada, como si corriéramos por el vacío.

Oscuro, abierto, interminable.

Y lo que es peor, puede que yo solo sea capaz de ver unos cuantos metros en cualquier dirección dentro de esta oscuridad, pero los ojos vampíricos de Hudson le permiten ver mucho más allá. Y si no ve nada estamos jodidísimos.

No pasa nada. Estamos bien. Las sombras nos protegerán, ¿no?

—Las sombras son nuestras amigas. Las sombras son nuestras

amigas —susurro una y otra vez rezando para que sea verdad.

Como si estuviera decidido a llevarme la contraria, el dragón desciende tanto que siento que me roza la espalda con las uñas. La única razón por la que no consigue cogerme entre sus garras es porque Hudson, en un movimiento que parece casi premonitorio, escoge ese mismo instante para lanzarse casi en plancha.

Grito cuando el dolor me atraviesa y se me duerme el brazo izquierdo por completo. Me pilla tan por sorpresa que empiezo a resbalar de encima de Hudson, quien suelta un taco y tira los brazos hacia atrás para agarrarme las piernas con ambas manos.

—¡No te sueltes! —ruge.

—¡No lo he hecho aposta! —contesto vociferando. Me pongo recta y doy las gracias cuando vuelvo a sentir ambos brazos, y se me libera el nervio que se me había pinzado.

Él se ríe como respuesta, y juro que no suena nada asustado. Suena... entusiasmado, como si correr delante de un dragón fuera lo más divertido que ha hecho nunca.

Aunque, bueno, después de leer los diarios, una parte de mí se pregunta si no será así de verdad. La idea me resulta tan horrible que intento sacármela de la cabeza en cuanto se me ocurre, pero es demasiado tarde. Ya se ha abierto paso y se ha alojado en alguna parte de mi mente mientras me pego todavía más a su espalda. En esta situación, cada centímetro cuenta.

Como era de esperar, el dragón vuelve a por otro asalto.

En vez de agacharse, esta vez Hudson hace una finta a la derecha. El dragón ruge irritado a la noche infinita y vuelve a intentarlo.

Hudson se mueve hacia la derecha una vez más y el dragón no consigue clavarme las garras en la espalda. Aunque *sí* que se las enreda en mi melena y, cuando Hudson sale disparado hacia delante, estoy convencida de que pierdo varios mechones de pelo.

Ahora la cabeza me palpita por el dolor casi tanto como la espalda, y empiezo a pensar que Hudson se ha llevado la mejor parte. Está claro que tiene que estar debajo porque es el único de los dos capaz de sacarle ventaja al puto dragón, pero, a la vez, no es que yo esté disfrutando mucho de mi papel actual como escudo humano.

Abro la boca para comentárselo a Hudson, pero antes de que pueda pronunciar más que un «oye», el dragón vuelve a descender.

Y esta vez Hudson no consigue apartarse a tiempo.

37

NO TE DEJES ARRASTRAR POR EL DRAGÓN (GRACE)

Grito mientras la bestia me rodea los brazos con las garras. No sé cómo, al atraparme me araña la piel con las uñas pero no me provoca ninguna herida de importancia, cosa por la que doy las gracias cuando el dragón empieza a elevarse en el aire.

Hasta ahora me he estado aferrando a Hudson con todas mis fuerzas, pero en cuanto el dragón me coge soy consciente de que tengo dos opciones: o bien seguir agarrada a Hudson y morir los dos juntos, o bien soltarlo y darle una mínima posibilidad de escapar.

Lo suelto (lo último que quiero es que otra persona sufra el mismo destino que este dragón tiene en mente para mí), pero eso no significa que Hudson me suelte a mí. Sigue cogiéndome por las piernas, y me facilita que me aferre a su espalda.

Lo oigo cagarse en todo cuando sus pies se alejan del suelo, y empiezo a patalear con todas mis fuerzas en un intento por que me suelte. En circunstancias normales sé que apenas notaría las patadas. Pero ha perdido el equilibrio y no se las esperaba, así que acaba cayendo en picado.

Lo veo estrellarse con un golpe fuerte, y empieza a rodar. Pero de pronto el dragón se eleva en el aire y lo pierdo de vista en la oscuridad.

—¡Corre! —le grito decidida a que al menos uno de nosotros sobreviva al ataque del dragón. Lo he tenido encerrado en mi cabeza durante más de un año..., me parece que lo más justo es ayudarle a escapar de este monstruo—. ¡Hudson, corre!

No me contesta y me invade el alivio. Al menos uno de los dos va a sobrevivir. Al menos uno de los dos...

El dragón brama iracundo, y empezamos a dar vueltas en el aire.

Noto cómo las náuseas me revuelven el estómago (me siento como un yoyó dando vueltas sin cuerda), y no tengo ni idea de qué está pasando. Aunque, a juzgar por la furia del dragón mientras giramos en caída libre, ya no controla la situación.

Por ende, es Hudson quien tiene el control. Joder. ¿Qué ha hecho?

Estamos muy cerquita del suelo (cosa que podría llegar a agradecer si no estuviese a punto de quedar espachurrada entre el suelo y no sé cuántas toneladas de dragón). Tal como están las cosas, me preparo para lo que estoy segura de que será un dolor inmenso seguido de una muerte certera.

Pero, no sé cómo, el dragón consigue librarse de la confusión. Con otro gruñido de indignación, el dragón (y, estando donde estoy, por desgracia sé a ciencia cierta que esta criatura es un dragón y no una dragona) empieza a elevarse. Con una mezcla de terror y alivio inspiro hondo y consigo no echar hasta la primera papilla. Me gustan las montañas rusas tanto como a cualquiera, pero esto es otro rollo.

Por lo visto a Hudson no le parece bien que el dragón se vaya volando conmigo entre las garras; a la mierda mi idea de sacrificarme. Porque solo sé que un instante después noto un tirón en el movimiento ascendente del dragón, como si algo lo hubiese cogido por las patas y estuviese tirando de él hacia abajo.

El dragón bufa, escupe una llamarada y gruñe furioso, y no hace falta ser una genio para saber que ese algo es el puto Hudson Vega. No se me ocurre nadie que pueda dar más por culo que él.

Se oye un chasquido espeluznante que se parece muchísimo al ruido que hacen los huesos al romperse. Un instante después se oye otro gruñido del dragón; pero, desde luego, es un aullido de dolor, no de ira.

No tengo tiempo para pensar qué ha hecho Hudson: otro chasquido corta el aire. Y entonces caigo.

Ahora estamos tan altos que el suelo parece muy lejos. En realidad desconozco la distancia, porque no puedo ver en la oscuridad, pero eso no hace sino empeorar esta especie de caída libre.

Joder. Me cago en todo. No sé cómo, pero vuelvo a estar entre el dragón y el suelo, y esta vez tiene toda la pinta de que el suelo va a ganar.

En ese momento noto que algo duro me da en la espalda justo

cuando empiezo a vislumbrar el suelo. ¿Será el dragón? De pronto Hudson me rodea con todo su cuerpo y me coge a horcajadas; intenta cubrirme todo lo que puede.

Tengo un segundo para intentar entender qué está haciendo antes de estamparnos contra el suelo con tanta fuerza que me estremezco entera, casi hasta el tuétano. Y entonces empezamos a rodar, a rodar, a rodar.

Cuando por fin paramos, con Hudson debajo de mí contra el suelo (yo de espaldas a él), no tengo aire en los pulmones. Y él tampoco, pues no noto que le suba y le baje el pecho bajo mi peso, y tampoco ha dicho nada.

He de reconocer que este año he rezado muchísimas veces por un Hudson que se quedase sin aliento y sin palabras, pero jamás pensé que lo conseguiría así. Ni de que me moriría de ganas de que se le pasara.

Consigo relajar el cuerpo a pesar de que oigo el pesado aleteo del dragón sobre nuestras cabezas, y por fin logro dar un par de bocanadas de aire. En cuanto empiezo a respirar, ruedo y me pongo a empujar a Hudson.

—¡Venga, vamos! ¡Hay que salir de aquí! —jadeo mientras intento ponerme en pie y levantarlo al mismo tiempo.

—Ya voy —me contesta con otro jadeo cuando por fin conseguimos levantarnos a trompicones.

—¿Dónde está? —pregunto levantando la cabeza en busca de algún indicio que nos revele dónde está la bestia gigante.

Pero no hace falta que Hudson conteste a mi pregunta, pues el dragón aparece enfrente al instante. Vuela directo hacia nosotros escupiendo fuego por el morro.

—¡Corre! —grito, pero antes incluso de que podamos dar media vuelta, el dragón desaparece justo delante de nuestras narices.

—¡Hostia! —exclama Hudson mirando a todas partes como un loco.

—¿Dónde está? —vuelvo a preguntar mientras también busco a la bestia. El único problema es que todavía estamos sumidos en la oscuridad y no sé adónde ha ido.

—No tengo ni puta idea —susurra Hudson, y entonces me doy cuenta de que no es que no vea al dragón porque no pueda ver en la oscuridad. Es que el dragón ha desaparecido de verdad.

—Deberíamos echar a correr —le digo al sentir una nueva oleada de miedo por el cuerpo.

Me lanza una mirada que bien podría interpretarse como un «no me digas», pero antes de que pueda devolvérsela el dragón reaparece... en el suelo, justo delante de nosotros.

38

ROMPER EL ALBA
(HUDSON)

¡Mierda! ¡Menuda mierda!

¿Qué cojones tiene que hacer uno para que lo dejen en paz por aquí?

No hay tiempo para huir; en realidad no hay tiempo para nada que no sea morir, y no es una opción que me haga demasiada gracia. Aunque, bueno, no se puede negar lo irónico que resulta después de todo el tiempo que he pasado haciéndome el muerto en lo que llevo de vida.

Y no hay tiempo para sutilezas, así que agarro a Grace del brazo e intento colocarme delante de ella para llevarme la peor parte de lo que el dragón haya decidido hacernos. Pero ella, tan cabezota como siempre, no deja que la proteja y se abalanza sobre mí.

Me rodea con los brazos y las piernas en el momento exacto en el que el dragón escupe una nueva ráfaga de fuego; yo intento apartarme, intento moverme para que me dé a mí en vez de a ella. Pero es demasiado tarde. Las llamas ya la están consumiendo.

—¡Grace! —grito mientras trato de retroceder. Intento hacer algo, lo que sea, para apartarla de las llamas.

Pero no me puedo mover. Siento como si me hubieran cubierto los pies con cemento, no puedo controlar ninguna parte de mi cuerpo. Están quemando viva a Grace y no hay nada que pueda hacer al respecto.

—¡No, Grace! ¡Joder! ¡No!

¿Cómo coño es posible que no pueda moverme? Y ¿cómo cojones voy a ayudarla? No puedo dejarla morir. No puedo...

—No pasa nada, Hudson. —No parece que esté hablando. Tiene la cara pegada a la mía y no noto que mueva ni un solo músculo, pero

sí que escucho su voz. Es diferente de lo que he estado oyendo este último año en el que hemos estado encerrados juntos en mi guarida. Es un eco, suena muy distante. Pero ahora no importa. No importa nada más que lo que dice después—. No estoy herida.

—¿Cómo es posible? Las llamas...

—No lo sé. Pero estoy bien. —No puedo verla sonreír, pero lo aprecio en su voz—. Lo juro, estoy bien.

—Pero...

El dragón brama. Ruge. Da golpes con las patas en el suelo. Lanza más llamas. Vuelve a rugir. Nada funciona. Nada altera la voz de Grace en mi cabeza que me dice que está bien. Así que respiro hondo y espero.

Y de repente, tal como ha empezado, el fuego se detiene. Segundos después el dragón desaparece. Segundos después está a veinte metros de altura y se aleja.

Y segundos después me libero. La sensación de estar congelado desaparece.

—¡Grace! —Le paso las manos por los brazos y por la espalda—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Se aparta incómoda—. Gracias por amortiguar mi caída antes.

—Gracias a ti por evitar que nos convirtiéramos en el desayuno flambeado del dragón —contesto.

Entonces sonríe, aunque solo un poco.

—De nada.

Quiero preguntarle qué cojones acaba de pasar, pero le tiemblan los labios y sé que está luchando para no echarse a llorar. Ahora no es momento de señalar que no cabe duda que es de todo menos humana.

En vez de eso, ambos contemplamos cómo rompe el alba en el cielo entre rayos lavanda y violeta mientras miramos a nuestro alrededor tratando de orientarnos. E intentando averiguar dos cosas. Primero, ¿por qué no estamos muertos? Y segundo, ¿qué cojones hacemos ahora?

—¿Esto es...? —empieza a preguntar Grace vacilante.

—¿La primera vez que hemos visto el sol desde hace más de un año? —contesto por ella—. Sí, lo es.

Asiente antes de levantar el rostro hacia el cielo. Y lo entiendo. Los vampiros estamos diseñados para huir del sol cuando estamos

alimentándonos como toca (un repentino rugido del estómago me recuerda que yo no lo estoy haciendo) y, además, me he pasado años seguidos sin verlo cuando me encerraban en las criptas. Aun así, hasta yo lo he echado de menos durante el último año.

—¿Qué crees que significa? —inquiere Grace a medida que lo que nos rodea se va tornando visible.

Eso incluye una sierra escarpada de montañas negras que se extiende varios kilómetros delante de nosotros y a nuestros lados. Montañas que vamos a tener que cruzar si queremos salir de este extraño valle con forma de pecera en cuyo centro nos encontramos.

Antes de que vuelva el dragón.

—Creo que significa que ya no estamos en Kansas —le digo. No sé cómo, pero abandonar la dudosa seguridad de la guarida significa que también hemos abandonado la cabeza de Grace, si es que el hambre y la repentina imposibilidad de leerle la mente sirven de alguna indicación. Y a pesar de ese truco extraño con el que nos ha vuelto ignífugos, me temo que estamos la hostia de jodidos.

—¿Qué deberíamos hacer? —pregunta mientras contempla las montañas delante de nosotros, que me provocan un extraño mal augurio.

—¿Qué crees tú que deberíamos hacer? —replico.

Suspira, después mira al cielo a nuestras espaldas, donde estaba el dragón solo hace unos minutos.

—Empezar a caminar.

39

MANTÉN LA CALMA Y QUÉDATE DONDE ESTÁS (HUDSON)

—Súbete a mi espalda —le digo doblando un poco las rodillas para que no le cueste subir.

—Ehh... no lo veo —me contesta antes de echar a andar: justo lo que me ha dicho que iba a hacer.

—¿Por qué, a ver? —Me paso una mano por el pelo mientras intento no arrancármelo a puñados—. Te has subido cuando teníamos al dragón pisándonos los talones.

—Ya, bueno, era una circunstancia atenuante. Ahora ya no está, así que voy a caminar por mi propio pie.

—Ya no está... por ahora —le respondo con mordacidad. No ha desaparecido para toda la eternidad. Que es justo lo que tardaremos solo en llegar a esas montañas si Grace sigue siendo tan cabezota. Puede que haya otro motivo por el que no quiera que cargue con ella ahora que el peligro inminente ha desaparecido...—. Si estás así por el beso que casi nos hemos dado...

—¿Qué beso? —me pregunta con voz monótona—. Si ha habido un beso, o un casi beso, lo he olvidado.

Bueno, con esa respuesta desde luego que a un tío le quedan las cosas claras, ¿no? Vale, noto cierto temblor en su voz que parece indicar lo contrario, pero ni de coña pienso echárselo en cara. Porque lo último que quiero es besar a una chica que llora por las esquinas por el peñazo de mi hermano pequeño. No sé qué coño se me ha pasado por la cabeza. Me ha descolocado con ese abrazo. Esa es mi versión.

Pero insisto.

—Así que no hay motivo para que no quieras subirte a mi espalda, ¿no?

—¿Aparte de que me infantiliza, dices? —Pone una mueca de dolor mientras se recoge el pelo, se quita el coletero de la muñeca y lo usa para hacerse un moño enorme de rizos en lo alto de la cabeza. Este año la he visto hacer esto mismo un millón de veces, y todavía espero que se le caiga. Todavía espero que el peso de esos magníficos rizos salvajes se libere de la opresión de la coleta y se derrumbe el moño.

Hasta ahora no ha ocurrido, pero, teniendo en cuenta la forma en la que el moño se le está inclinando a la izquierda, puede que haya llegado el día.

—Y ¿no te parece que obligarnos a tomar la opción más dura, y con la que más tardaremos, es una chiquillada? —pregunto—. Porque a mí me parece que esto es una pataleta.

—Ya, bueno, es que a ti siempre te parece que estoy en plena pataleta —me contesta con el peor acento británico que he oído en mi vida.

—Yo no hablo así —le digo cuando empezamos a andar. Muy despacio.

—Hablas justo así —me responde—. Sobre todo cuando te enfadas. O cuando te crees que tu valiosa ropa interior corre peligro.

—Es que mi ropa interior corría peligro —le rebato entrecerrando los ojos—. De hecho, estaba siendo atacada. Y, para que lo sepas, todavía te debo una enorme venganza por un acto tan atroz.

Quería que sonara a amenaza, pero supongo que ya no doy tanto miedo como antes, porque Grace se limita a mirarme con una sonrisa.

—No sé de qué me hablas. Estabas graciosísimo lloriqueando por tus adorados calzoncillos.

—Bóxers —la corrijo poniendo los ojos en blanco—. Y te repito que eran unos Versace.

Se echa a reír y después me lanza una mirada llena de curiosidad.

—Pero, a ver, ¿a ti qué te pasa con Versace? ¿Y con Armani? Vale, sé que Jaxon viste de Gucci...

—Cómo no —la interrumpo con un gesto de desprecio—. Me sorprende que no vaya por ahí con una de las fustas que vende la marca. Estilo clásico.

—¡Madre mía! Qué pedante eres, de verdad.

Ahora me toca a mí echarle una mirada.

—Soy un príncipe vampiro de más de cien años con más dinero y

más poder del que nadie debería tener. Pues claro que soy pedante.

—Vaya, qué manera de admitirlo. —Niega con la cabeza, como si estuviese sorprendida.

No sé por qué. En todo el tiempo que llevamos encerrados juntos jamás he fingido ser algo que no soy delante de ella. Ni una sola vez.

—La gente siempre debería admitir cómo es, con sus defectos y todo. El hecho de que tenga más defectos que la mayoría no cambia eso.

Grace no dice nada. No es que esperara que lo hiciera; suele pecar de bondad siempre y cuando no esté cabreada, asustada o maquinando una venganza. Es una de las cosas que más me gustan de ella.

Caminamos más de un kilómetro y medio sumidos en el silencio y, con cada paso que damos, no puedo evitar sentir cada vez más curiosidad por dónde estamos. Al principio había atribuido el oscuro tinte purpúreo del mundo que tenemos a nuestro alrededor a que eran las primeras horas de la mañana. El sol estaba empezando a salir por el horizonte, frente a nosotros.

Pero, cuanto más nos acercamos a las montañas (y a medida que el sol las sobrepasa), resulta cada vez más evidente que los colores que nos rodean no están relacionados con el amanecer, en absoluto. Y, en cambio, sí lo están con el paisaje de este mundo.

Ahora mismo se parece un poquito a Marte; salvo por el hecho de que, en vez de ser roja, la tierra es de un morado oscuro. Y el cielo también. Y todo lo que nos rodea. Las rocas, las colinas, hasta el sol... Las cosas son de diferentes tonalidades de morado, desde el lavanda más claro hasta el violeta más oscuro. Las montañas que tenemos delante todavía parecen negras desde aquí, pero cuando una criatura morada, parecida a un geco pero con seis patas, me pasa corriendo por encima del pie, empiezo a mirarlas con recelo, la verdad. Es posible que me equivoque, aunque estoy casi seguro de que cuando lleguemos a ellas descubriremos que, en vez de negras, son de un tono violeta medianoche.

Y no sé qué significado tiene. Llevo media hora devanándome los sesos, intentando discernir dónde podríamos estar. Pero nada, sigo igual.

No solo por lo del color (aunque que sea morado es raro), sino también porque ni siquiera el terreno parece «normal», a falta de una

palabra mejor. Es accidentado y rocoso, con bordes abruptos y cuestas empinadas que llevan a valles socavados con cráteres.

Se parece mucho más a cómo me imagino que será otro planeta que a cualquier lugar de la tierra. Pero, como ninguno de los dos se ha montado en un cohete este último año, tiene que haber otra explicación. Que me muera ahora mismo si la sé.

Estamos bajando por una cuesta bastante escarpada, llena de piedras puntiagudas y agujeros oscuros y abruptos, cuando Grace pega un chillido. Es el primer sonido que emite desde hace unos cuarenta y cinco minutos, sin contar la respiración agitada ante las cuestas más empinadas, y vuelvo la cabeza hacia ella de un tirón, alarmado.

Ha tropezado y se va a caer de cara; tiene los brazos estirados para estabilizarse, así que me desvanezco hacia ella con la intención de pillarla antes de que se tuerza un tobillo o se ensarte con una roca ella solita al caer. Me sorprende al estabilizarse antes de darse de bruces contra el suelo.

—¡Ostras! —Levanta la vista para mirarme con ojos risueños—. Casi me la pego.

—No sé qué te resulta tan gracioso. —Hasta yo sé que esa frase me hace quedar como un idiota (demasiado estirado y demasiado formal), pero que Grace se haga daño me molesta más de lo que quiero reconocer, incluso a mí mismo—. En serio, tienes que ir con más cuidado.

En cuanto las palabras salen de mi boca me apetece darme de hostias, y no me extrañaría nada que Grace lo hiciera. Pero, en vez de ofenderse como debería ser y de decirme que me vaya a la mierda, Grace se ríe y ya.

—Si tuviera más cuidado, no tendrías nada de lo que quejarte de mí.

Su comentario me pica un poco, aunque no se equivoca.

—Bueno, seguro que algo se me ocurriría.

—Ya ves —coincide. Entonces se estira y me coge del brazo al ver que el camino es cada vez más pedregoso.

Me pilla totalmente desprevenido que Grace haga eso, pero aminoro el paso al instante. E intento no fijarme mucho en cuánto me gusta la sensación de su mano sobre mi brazo. Y el hecho de que haya acudido a mí en busca de ayuda cuando la ha necesitado, aunque solo sea para no romperse la crisma.

En cuanto llegamos al final de la cuesta Grace me suelta. Pero no se aleja, y me veo vigilándola con el rabillo del ojo, solo para ver si puedo descubrir en qué está pensando.

No lo consigo, lo cual no es que me sorprenda, la verdad, teniendo en cuenta que cada día que pasa Grace me resulta cada vez más (y no menos) un misterio. Pero aun así es frustrante.

—Lo que has dicho antes no iba en serio, ¿no? —me pregunta Grace mientras empezamos a subir por otra colina.

—¿Lo de que tienes que ir con más cuidado? —Enarco una ceja —. Pues claro que s...

Pero me interrumpe con una mirada.

—No, eso que has dicho de que tienes más defectos que la mayoría. No lo decías en serio, ¿verdad?

—Claro que iba en serio. ¿Acaso no me conoces?

—Pues sí, la verdad es que sí. —Desvía la mirada—. Y no creo que seas tan malo como quieres que los demás creamos.

Estoy casi seguro de que es la primera vez que alguien me dice eso en toda mi vida. No sé cómo reaccionar; no tengo ni puñetera idea de qué contestar. Así que no digo nada, me concentro en dar un paso tras otro. Y en buscar al dragón, porque no termino de creerme que haya desaparecido de verdad.

Grace me pilla mirando hacia atrás por encima del hombro, seguramente porque ella está haciendo lo mismo, y me brinda una sonrisa triste.

—Me pone nerviosa estar esperando a que esa cosa vuelva.

Quiero preguntarle por qué no me deja que nos desvanezca a los dos para salir cagando hostias de aquí; pero entonces me parece que sería de gilipollas hacerlo. Así que me limito a asentir, y le digo:

—Ya, a mí también.

—¿Has probado a ver si tus poderes funcionan aquí? —Me mira parpadeando, y casi sonrío al recordar la discusión que tuvimos porque mis poderes no funcionaban en la guarida. Grace no dejaba de insistir en que había usado un truco mental Jedi para que se comiera dos paquetes enteros de Pop-Tarts de una sentada. Juro que esta chica no necesita que nadie ejerza trucos mentales en ella para comerse todas las Pop-Tarts que pueda. Grace añade—: Porque si funcionan, si el dragón vuelve, entonces igual podrías...

—Nada de «Si el dragón vuelve», di «Cuando el dragón vuelva»

—le contesto con sequedad—. Esa cosa no nos va a dejar en paz sin más. Y sí, he intentado usarlos cuando nos ha atacado. No cuento con nada salvo con mis truquitos normales de vampiro.

—Qué raro todo —comenta, y niega con la cabeza—. Pensaba que igual no tenías poderes en la guarida porque...

—¿Porque me tenías secuestrado como rehén en tu cabeza? —acabo la frase.

—No iba a decirlo así —me señala poniendo los ojos en blanco—. Pero sí. Igual.

—Tú también lo has notado, ¿no? —No me molesto en decir nada más, porque o lo ha notado o no.

Pero Grace asiente.

—No es lo mismo estar aquí que en la guarida, ¿verdad?

—Pues no —coincido—. Esto es diferente.

—Ya. —Mira a su alrededor y se estremece un poco, a pesar de que estaremos a unos 20° C—. Esto ya no es cosa mía.

—Lo sé.

Estamos tan cerca de las montañas que ya puedo confirmar que tenía razón. No son negras, sino de un tono morado oscuro similar al de las berenjenas, que les aporta un aspecto más raro del que había pensado.

Pero es que, además, estamos tan cerca que puedo distinguir algo más: un conjunto de cuatro edificaciones pequeñas que se alzan en las faldas de la montaña. O cuatro edificaciones grandes. ¿Cómo puedo saberlo si las han construido al lado de una puñetera montaña?

Da igual si son grandes o pequeñas. Lo que importa es que deben de estar habitadas, o eso espero.

Habrá gente que podrá decirnos dónde narices estamos.

Y cómo coño podemos salir de aquí antes de convertirnos en el piscolabis nocturno del dragón más raro que he visto en mi puta vida.

40

SALVADOS POR LA GRANJA (GRACE)

Siento como si se me fueran a caer las piernas.

En realidad siento como si se me fuera a hacer pedazos todo el cuerpo, y todavía estamos a casi dos kilómetros de distancia, quizá más, de las edificaciones que hay arriba.

Hudson las ha atisbado hace varios kilómetros, pero ahora estamos más cerca, así que yo también puedo distinguirlas y me muero de ganas de llegar.

Espero que tengan sillas. Y una ducha. Y sillas.

Por Dios, que haya sillas.

Antes corría por la playa de San Diego a menudo: en Coronado, La Jolla, a veces incluso en Ocean Beach si Heather y yo íbamos a Belmont Park para montar en la montaña rusa y los autos de choque. Pero correr por la arena (o la nieve, por los alrededores del instituto Katmere) no se puede comparar a caminar por este polvo morado tan extraño.

La mayor parte del camino ha sido rocoso y era complicado mantener el equilibrio; no obstante, durante el último par de kilómetros, a medida que nos hemos ido acercando a las montañas, la tierra ha cambiado y ahora es fina y arcillosa.

A cada paso que doy me hundo un poco, y esto significa también que tengo que forcejear para liberarme. No son arenas movedizas, pero me da a mí que podrían serlo perfectamente si se entrenaran un par de días en el gimnasio.

Aun así, dejar que Hudson cargue conmigo hasta allí no es una opción. Una cosa es que estemos huyendo para salvarnos la vida y que mi «lentitud» de humana sea un estorbo. Y otra cosa completamente distinta es que deje que un chico grande y fuerte cargue conmigo

como si fuera su muñeca de trapo personal.

Y eso sin mencionar que me siento incómoda (pero incómoda de la hostia) al tocar a Hudson ahora mismo. Lo he hecho una vez durante la caminata porque no quería caerme de culo y causar más problemas, pero ¿abrazarme a él? ¿Estrujar nuestros cuerpos sin estar temiendo por nuestras vidas?

Ni de puta coña.

No después de ese casi beso.

Que, a ver, ¿qué narices ha sido eso?

Llevo dándole vueltas sin descanso (y con «darle vueltas» me refiero a estar obsesionada con el tema) desde que, a saber por qué, el dragón decidió dejarnos tranquilos.

¿Qué estaba pensando?

¿Cómo he podido hacerlo?

Sé que el vínculo de compañeros entre Jaxon y yo ha desaparecido.

Sé que ha pasado más de un año y que Jaxon y yo nos conocíamos solo desde hacía dos semanas.

Sé que no puedo acordarme de cómo suena su voz y que, si no tuviera fotos, no estoy segura de si me acordaría del aspecto que tiene su sonrisa. O la forma en la que le salen arruguitas en los ojos. O la forma en la que le cae el pelo sobre los ojos.

Pero sí que tengo fotos. Y sí que recuerdo cómo me sentía cuando me abrazaba. Cuando me quería.

Quizá ya no me quiera, quizá por eso ha desaparecido el vínculo. Pero no lo sé. No lo sabré mientras esté aquí encerrada. No puedo ponerle los cuernos. No pienso ponerle los cuernos. Y, desde luego, no voy a hacerlo con su propio hermano, joder.

Esto significa que Hudson y yo tenemos que hablar, cuanto antes mejor. Solo que... no ahora. No cuando estoy agotada, huelo mal y no tengo ni idea de qué debería decirle.

Y quizá él sienta lo mismo. Que ese casi beso ha sido una especie de aberración basada en la soledad y una sobrecarga de sentimientos, y que quizá no debemos decir nada al respecto porque tampoco tiene planes de que vuelva a ocurrir.

Pero ¿y si no siente lo mismo que yo?

¿Y si piensa que ese casi beso sí que ha significado algo?

Está pasando algo entre nosotros. Soy lo bastante adulta para

admitirlo. Algo sigue tirando de mí para buscar su mirada, para sacarle una sonrisa y asegurarme de que está cerca y a salvo. Pero podría ser una mera consecuencia de haber estado encerrados juntos en un espacio reducido durante tanto tiempo. Quizá nos hemos provocado el síndrome de Estocolmo el uno al otro. Esas cosas pasan, ¿no?

La idea me deja una sensación peculiar por dentro, una que no soy del todo capaz de reconocer. Pero no quiero darle vueltas al tema mientras estamos solos en lo que parece el puto culo del mundo y, joder, no quiero escarbar en mis sentimientos para descubrir qué significan.

Hay cosas que es mejor dejarlas tranquilas.

Un pensamiento repentino hace que tropiece. Hudson me coge para estabilizarme y se me escapa:

—Em, ya no puedes leerme la mente, ¿no?

Hudson busca mi mirada con una ceja subida.

—No. Y por eso estoy seguro de que ya no estamos en tu cabeza. ¿Por...? ¿Qué maldades estabas imaginando sobre mí ahí dentro?

Dejo escapar un suspiro que no sabía que estuviera aguantándome.

—Venderte a la primera persona que me ofrezca una ducha.

Él suelta una risilla, pero se vuelve para otear la distancia y yo intento que el ardor desaparezca de mis mejillas.

—Oye, ¿estás viendo lo mismo que yo? —pregunta Hudson de repente, y me devuelve a la realidad, sacándome de golpe de la crisis existencial más vergonzosa de mi vida.

—Seguramente no, porque tienes mejor vista que yo —contesto.

—¿En serio? —Señala a un lado de las edificaciones—. ¿No ves las filas cavadas en el suelo? Se parece mucho a...

—¡Un campo de cultivo! —interrumpo emocionada—. ¡Es una granja!

—Es una granja en activo —me corrige Hudson—. Vamos, que hay gente. Y comida para ti. Y...

—Sillas —lloriqueo—. Hay sillas. Puede que incluso una cama. Y una ducha. Por favor, que haya una ducha.

Mi estómago escoge ese momento para rugir, como si la mención de una granja implicara que ya no va a tener que fingir que no existe.

—Y comida para ti —repite Hudson con firmeza.

—Y ¿qué hay de ti? —inquiero, consciente de todo lo que ha cambiado desde que dejamos la guarida. Porque, si yo estoy famélica y comí ayer, ¿cuánta hambre debe de tener Hudson, que hace más de un año que no ha comido?

Sé que dijo que no importaba en la guarida, pero ya no estamos allí. Va a tener que comer.

La idea hace que me ponga colorada, de todos los tonos que existen. Me siento muy incómoda, aunque no sé por qué. Nos dirigimos a una granja. Igual que en los enfriadores de bebidas del Katmere, seguro que habrá algo con lo que Hudson pueda alimentarse... Es decir, algo que no sea yo.

41

CULTIVAR HASTA QUE EL CUERPO AGUANTE (GRACE)

—¿Os habéis perdido? —Una voz emerge de lo que parece ser la nada al acercarnos a los campos de cultivos.

Hudson y yo empezamos a dar vueltas sobre nosotros mismos, en un intento por descubrir a quien nos ha hecho la pregunta, y nos topamos con una niña, de unos diez u once años, de pie a varios metros de distancia. Es evidente que acaba de salir de detrás de los tallos gigantes de la verdura que sea que estén cultivando justo a sus espaldas, y lleva una cestita a rebosar de lo que parece una variedad de bayas que no he visto en mi vida.

De color morado, claro.

Aunque, por otro lado, ella también es morada. Morada de arriba abajo.

La piel de un morado vivo. Los iris morados. Las puntiagudas orejas, moradas. Hasta la larga melena, recogida en dos trenzas de raíz que le caen por la espalda, es de un delicado y adorable tono lavanda.

Lo único que no es morado es el mono de color melocotón... y los dientes, inesperadamente. Cuando sonríe no puedo evitar desear que tuviera los dientes morados en vez de blancos. Quizá así no fuese tan aterrador el hecho de que todos los dientes resplandecen con unas puntas afiladísimas cuando sonríe. Siendo así, tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no dar un paso enorme hacia atrás; un paso con el que, con suerte, quedaría fuera del alcance de ese peligrosísimo mordisco.

Hudson me mira como diciéndome: «¿Qué coño...?», y yo le devuelvo la mirada con interés, porque no sé si se debe a mi actitud o a la presencia de la niña. La mía es cien por cien por ella o, más concretamente, por cómo cojones vamos a escapar de ella. A ver,

parece maja y eso, pero es complicado estar tranquila cuando acaba de salir de entre las plantas como si fuese una chica paranormal del maíz.

Aun así nuestros problemas no se van a solucionar si me quedo aquí pasmada mirándola y recordando todas las pelis de terror que he intentado no ver. Así que, mientras rezo para que sea tan maja como parecen afirmar esos ojos brillantes y la enorme sonrisa que luce, le digo:

—Pues sí, nos hemos perdido. ¿Podrías ayudarnos?

—Ya me lo imaginaba. Nadie se pasea por la granja a no ser que haya algún problema. Bueno, desde luego nadie que se parezca a vosotros. —Me ofrece la cesta que lleva en las manos—. ¿Quieres una?

Me vuelve a rugir el estómago, pero tengo la regla de no llevarme a la boca nada que no sepa qué es. En mis dieciocho años de vida me ha sido superútil, y no tengo intención alguna de quebrantarla ahora. Pero me parece que sería de mala educación preguntarle qué son las bayas, sobre todo cuando necesitamos ayuda, así que sonrío y le contesto:

—No, gracias.

Se encoge de hombros, como diciéndome: «Pues tú te lo pierdes». Después me pregunta:

—¿Cómo os llamáis? Yo me llamo Tiola.

—Encantada, Tiola. Yo soy Grace y él es Hudson —le explico señalando al susodicho—. Llevamos todo el día caminando y...

—¿Qué sois? —me interrumpe.

—¿Perdona? —Levanto las cejas por la sorpresa.

—No sé, es evidente que no sois como yo —me responde estirando una mano morada, por si acaso se me hubiese pasado por alto el hecho de que no se parece en nada a mí—. Pues eso, ¿qué sois?

—¡Ah, vale! Yo soy humana —contesto mientras me pregunto si sabrá lo que eso significa—. Y Hudson es... —Titubeo, pues no tengo claro cuánto debería contarle. No quiero asustarla, y mucho menos espantarla.

Pero Hudson pone los ojos en blanco e interviene.

—Un vampiro. Soy un vampiro. —Se asegura de enseñarle los colmillos cuando le sonríe.

Pero la niña ni siquiera lo mira de soslayo. En cambio se le iluminan todavía más los brillantes ojos mientras se acerca cada vez

más a mí.

—¡Lo sabía! Sabía que eras humana. —Se pone a dar saltitos de puntillas, como si hubiese recibido el mejor de los regalos—. He leído sobre vosotros en mis libros, pero nunca había llegado a conocer a un humano. ¿De verdad tenéis la sangre roja?

Lo dice como si fuese el dato más increíble que ha oído en su vida. Lo cual no es para nada preocupante.

—Eh..., sí. Es roja.

—¿Me la enseñas? —Me insiste a tan poca distancia que empiezo a preocuparme por sus dientes otra vez.

—Pues, a ver, a la mayoría de los humanos nos gusta que la sangre se quede dentro del cuerpo siempre que sea posible. Pero, si me corto o algo, será un placer enseñártela.

Hudson me lanza otra mirada, y en esta la pregunta «¿QUÉ COÑO...?» es más evidente que en la anterior. Y lo pillo, claro. Esta podría ser (y con «podría» me refiero a que seguramente lo sea) la conversación más rara que he tenido en mi vida. Y es mucho decir, teniendo en cuenta que hace muy poco Hudson se pasó toda una tarde repitiendo reclamos de pájaros.

—Y ¿cómo se bebe él tu sangre si esta se queda dentro de tu cuerpo? —Sus ojos curiosos se centran en Hudson por primera vez en todo este rato.

—Ah, no, claro. No, él no se...

—Eso, yo no... —responde Hudson al mismo tiempo que yo.

Ambos nos callamos, y la incomodidad se alza entre nosotros como una valla de alambre de espino. Una valla que, encima, está electrificada.

Tiola nos mira primero al uno, después al otro, y entonces pone esos ojos morados en blanco en un gesto tan exagerado que estoy convencida de que lo habrán visto desde el espacio.

—Sois muy raritos, chicos —nos dice. A continuación, sin añadir nada más, da media vuelta y empieza a caminar hacia el alto campo de plantas.

—¿Crees que deberíamos...? —Miro a Hudson en busca de consejo, pero se limita a encogerse de hombros.

—¿Venís o qué? —La voz de la niña nos llega flotando con la brisa.

A no ser que queramos quedarnos tirados en medio de la nada,

no es que nos quede más opción. Pero eso no significa que no vaya a sentirme un poco inquieta al seguirla hacia un campo de plantas de color violeta que son más altas que Hudson. No cuando cada segundo de mi experiencia cinéfila me ha enseñado que en lugares como este siempre pasan cosas malas.

Pero no es que tengamos muchas más alternativas. Además, voy con Hudson, y estoy bastante segura de que juntos podríamos enfrentarnos a lo que pueda hacernos una niña pequeña morada. Rezo a Dios para no equivocarme.

Tiola camina rápido y con confianza por el campo, y solo se detiene una vez para mirar hacia atrás y confirmar que Hudson y yo podemos seguirle el ritmo. Poder podemos, pero noto que me queman los músculos agotados, y rezo para llegar cuanto antes adonde sea que nos esté llevando. A no ser que el destino sea malo, entonces... Nada, aun si fuera ese el caso, quiero llegar rápido.

Pase lo que pase, ya tengo ganas de que se acabe esta excursioncita.

Me tranquilizo un poco cuando, después de unos cuatro minutos de caminata, Tiola gira bruscamente a la izquierda, porque se me ocurre que al menos nos estaremos dirigiendo a la casa que tienen en la granja. Y a unas sillas.

Y a sus padres, con suerte. O, como mínimo, a alguien que nos pueda decir dónde estamos y que nos indique el camino correcto. Aunque, si no tenemos ni la menor idea de hacia dónde vamos, no termino de ver que haya un camino correcto.

Pero, bueno, esa es una crisis existencial para el futuro, porque ahora mismo casi puedo sentir cómo el agua calentita de una ducha me cae por el cuerpo, y llegar hasta ella es lo único que importa.

Aun así, mientras atravesamos el que cada vez estoy más segura de que es el campo más largo de la historia, no puedo evitar fijarme al menos un poco en qué están cultivando.

—¿Qué crees que es? —le pregunto a Hudson, que ha arrancado un trocito de una de las plantas y, al parecer, la está analizando. Los tallos son largos y finos, casi como si fueran unas briznas de hierba creciendo directamente de una tierra fértil y blanda.

Me echa una miradita.

—Claro, como los vampiros sabemos un montón de gastronomía humana y de otras especies, ¿no?

—Gracias por la ayuda —le contesto, y ahora me toca a mí poner los ojos en blanco.

Pero su falta de ayuda no evita que eche un ojo. O que intente saber qué es.

A medida que pasamos por delante de las plantas, trato de encontrar cualquier clase de alimento que pueda crecer en ellas. Bayas, como las que tiene Tiola en la cesta, ¿o algo más grande que podría parecerse al maíz o a los girasoles, tal vez? No hay nada. Solo el largo tallo fino que crece recto y que le saca un par de centímetros a Hudson o más. ¿Eso significa que la planta en sí es el cultivo, como el trigo? Y si es así, ¿qué es esta cosa?

Al final la curiosidad me puede y estoy a punto de llamar a Tiola para preguntárselo. Aunque cuando abro la boca salimos del campo de repente y nos detenemos frente al jardín delantero de la granja más mona que he visto en mi vida.

—¿Es esta tu casa? —le pregunto a Tiola al ver que corre hacia el porche.

—¡Sí! —me grita volviéndose para mirarnos a Hudson y a mí—. Venid, ya casi es la hora de cenar.

Pero justo en ese momento una serpiente enorme sale reptando de detrás de una piedra, directa a la espalda expuesta de la niña, y a mí se me para el corazón en el pecho.

42

MENUDOS HUMOS...
(GRACE)

—¡Cuidado! —vocifero, pero Hudson ya se está moviendo. Se desvanece hasta Tiola en menos de lo que dura un suspiro y la levanta del suelo para cogerla en brazos mientras le da una patada a la serpiente.

Tiola grita y yo corro hasta ella.

—Tranquila. ¡No te hará daño! Hudson va a...

—¡No le hagas nada! —chilla, y se revuelve entre sus brazos justo cuando dos personas, que supongo que son su madre y su padre, bajan los escalones corriendo para llegar a nosotros.

—Mierda —murmura Hudson entre dientes dejando a la niña en el suelo y asegurándose de interponerse entre ella y la serpiente.

Pero el reptil es el menor de nuestros problemas, al igual que sus padres, porque en cuestión de pocos instantes nos rodea una gran variedad de criaturas, desde serpientes y pájaros a mamíferos pequeños y peludos. Todas y cada una de ellas cambian constantemente del morado oscuro, al negro, al translúcido y vuelta a empezar. Y todas se dirigen a Tiola.

—¿Qué está pasando? —pregunto mientras me posiciono al otro lado de Tiola por si acaso.

—¡Son mis amigas! —le informa a Hudson a la par que le tira del brazo para que se aparte de delante de ella—. No me van a hacer daño.

—¿Tus amigas? —Hudson baja los brazos cuando asimila sus palabras, pero no se mueve—. Estas...

—Umbras —interviene ella amablemente al tiempo que se agacha —. Y sí, son mías.

Como si quisieran demostrar sus palabras, en cuanto toca el suelo

con las rodillas, las criaturas sombrías la rodean. Corren, se retuercen, le serpentean por encima, se le suben al regazo, a los hombros y encima de la cabeza. Decenas y decenas de ellas gorjean junto a la niña mientras se le enredan por el cuerpo.

Ella se ríe y las llama a cada una por su nombre. Las acaricia. Les habla. Y cuando lo hace pierden la forma hasta que ya no hay serpientes. No hay pájaros. No hay ardillas. Se convierten en criaturas amorfas que se entremezclan las unas con las otras en diferentes tonalidades de intenso morado oscuro.

Nunca he visto nada parecido, pero tampoco es que haya conocido la existencia del mundo paranormal mucho tiempo, sin contar este último año. Le echo un vistazo a Hudson porque espero que sepa qué está pasando aquí, pero parece perplejo al ver que Tiola trata a estas criaturas de sombra como si de verdad fueran sus mejores amigas.

Mientras tanto los dos adultos por fin han traspasado el claro hasta llegar a nosotros. El hombre, alto, de rostro grande y redondo, y piel del mismo color que los pensamientos de intenso color morado que mi madre cultivaba, luce unos vaqueros azules y una camiseta a cuadros de color verde desgastado; mientras que la mujer, de curvas generosas y piel como un campo de lavanda, va ataviada con un precioso vestido de algodón rojo con lunarcitos. Supongo que son sus padres. No sé qué esperaba que llevaran puesto, pero pensaba que, fuera lo que fuese, sería morado. Empiezo a abrir la boca para explicarles de alguna forma qué hacemos con su hija, pero el hombre mira a la niña con indulgencia.

—¿Qué nos has traído esta vez, Ti? —pregunta.

—¿Esta vez? —La sorpresa hace que se me escapen las palabras de la boca.

—Nuestra hija es una penumbra. —Su madre le sonríe a Tiola con cariño—. Una descubridora y cuidadora de cosas perdidas.

—Como nosotros —murmuro cuando su reacción empieza a tener sentido.

—Como vosotros —concuerda su padre—. Pero normalmente se parecen más a estas sombras.

Las sombras siguen enredadas en Tiola, se acurrucan en su pelo, le hablan, e incluso juegan a algo que se parece mucho al escondite detrás de sus codos y sus rodillas.

Una de las sombras más grandes, del tamaño de una pelota de playa, debe de aburrirse, porque se desliza de encima de ella y se me coloca encima de los pies, rodeándolos.

—Uy, lo siento —me disculpo, mientras doy un paso atrás para apartarme de su camino. Aunque me lleva más esfuerzo del que pensaba y por primera vez me doy cuenta de que estas sombras tienen masa. Que no son solo sombras causadas porque algún objeto interfiera entre una fuente de luz y el suelo. Son criaturas reales.

Algo que se vuelve totalmente evidente cuando la criatura de las sombras me sigue. Cruza corriendo entre mis tobillos antes de deslizarse por mis pantorrillas y treparme por las rodillas.

A pesar de los vaqueros, siento la frescura que desprende en la piel y no puedo evitar temblar un poquito. En parte por el frío que me causa al deslizarse por mi cuerpo y en parte porque es otra cosa más que no me creo que esté ocurriendo.

Las sombras no están vivas. Y lo que es más, no tienen conciencia. Pero cuando esta criatura me trepa por el brazo para frotarse contra mi cuello y ondear entre mi pelo, me parece totalmente real.

Al principio me da miedo moverme, lo último que quiero es disgustar a esta criatura de la que no sé nada, pero al final se me coloca en el pecho y me da palmadas en la cara con las manos (si es que a eso se les puede llamar «manos»), y gorjea en un idioma del que no entiendo nada de nada.

—¡Oye! ¡Que eso duele un poco! —le riño, y bajo las manos para apartármela de la cara.

Cuando lo hago me quedo sorprendida al notar lo suave y casi viscosa que es su superficie. Y lo familiar que me resulta. Cosa a la que no le encuentro sentido hasta que me doy cuenta de que se parece muchísimo a las rayas que acariciaba en el acuario que había cerca de mi casa en San Diego.

Gorjea un poco más en una voz que suena demasiado a que me está echando la bronca. Después se desliza de mi pecho y se me mete por la camiseta.

—¡Oye! —Sorprendida y un poco asustada (¿las sombras muerden?) miro a Hudson en busca de ayuda.

Pero está demasiado ocupado partiéndose de risa para intervenir. Le lanzo una mirada que quiere decir: «Gracias por nada».

—¡Ah, no te preocupes! —Tiola me tranquiliza—. Humito es simpática. No te hará daño.

—Sí, Grace. Humito no te hará daño —chincha Hudson con una sonrisa maliciosa. Pero al final se acerca para ver si puede ayudar—. Oye, Humito, ¿por qué no...?

Se interrumpe cuando la sombra levanta la parte inferior de mi camiseta para escapar y literalmente se lanza de un salto de mi estómago a sus brazos. Él la caza al vuelo mientras dice con sorpresa:

—Buena chica.

El padre de Tiola se ríe.

—Parece que habéis hecho buenas migas.

—Eso parece —contesta Hudson, pero no se le ve nada contrariado con los acontecimientos. Más bien divertido, y no puedo evitar preguntarme si Hudson habrá tenido alguna mascota antes. O, ya que estamos, un amigo que no fuera su tutor. No he encontrado pruebas de ello en ninguno de sus diarios, y me pregunto cómo habrá sido para él.

—Bueno, objetos perdidos, vayamos a casa para que podáis contarnos vuestra historia —anuncia el padre de Tiola con una sonrisa —. Soy Arnst, por cierto. Y esta es Maroly. —Señala con la cabeza a su mujer.

—Soy Grace —me presento con una sonrisa—. Y este es Hudson. Muchas gracias por vuestra ayuda. No sé qué habríamos hecho si no nos hubiéramos topado con vuestra granja.

—Parecéis gente resolutiva —añade Maroly con una sonrisa amable—. Estoy segura de que habríais estado bien. Pero nos alegramos de que estéis aquí. A Tiola le encanta tener compañía.

Los seguimos para cruzar el jardín delantero hasta llegar a la casa, que tiene un alegre porche lleno de macetas con flores y lo que parecen hierbas aromáticas, todas en varias tonalidades de morado, por supuesto.

Cuando llegamos a la puerta acompañados por Tiola y sus decenas de amiguitas sombrías, Maroly se da la vuelta con actitud fiera y el ceño fruncido.

—¡No! ¡Os quedáis fuera!

—¡Ay, perdón! —Retrocedo, avergonzada por haberlos malinterpretado—. Nosotros...

Arnst se echa a reír y su risa es tan grande como él. Llena todo el

porche cubierto y se vierte por el aire que nos rodea.

—¡Ay, tú no, Grace! —me asegura Maroly mientras niega con la cabeza, arrepentida—. Las umbras. No les tengo permitido entrar en casa y lo saben. Solo intentan aprovecharse de que tenemos compañía.

Lanza una mirada seria a la masa revoltosa de sombras, las umbras.

—¡Fuera! —Después se vuelve hacia Hudson—. Y eso te incluye a ti, Humito. Deja en paz al pobre chico.

La única respuesta de Humito es un aullido triste que hace que Arnst se ría con más ganas si cabe. Sobre todo cuando Tiola se une.

—Humito es muy traviesa —explica la niña entre risas—. Le gusta darle la lata a mamá.

—Dar la lata se queda corto —replica Maroly con un resoplido—. No me hagas enchufarte con la manguera, Humito. Quítate de encima del chico.

Esta vez el sonido que emite la criatura es más bien un quejido. Uno agudo, que da escalofríos.

—Que sí, que sí. Sé que te cae bien. —Maroly extiende las manos y le quita la umbra del cuello a Hudson, lo cual no es tarea fácil, pues se agarra con todas sus fuerzas a su garganta.

Él emite un sonido que indica que se está ahogando un poco y Maroly niega con la cabeza.

—¿Lo ves? Estás ahogando a tu nuevo amigo. ¿Es eso lo que quieres?

Humito hace un mohín como respuesta y emite el sollocito más triste que he oído en mi vida. Una mirada rápida a Hudson me indica que él siente lo mismo. Parece casi tan triste como la criatura cuando se agacha para acariciarle con una mano la... ¿cabeza?, ¿lomo? Cuesta descifrar qué es qué, pues ahora mismo es como un grumo rectangular que le llega a la altura de la rodilla, y parece que está hecha un ovillo.

—No pasa nada, Humito —susurra mientras la acaricia unas cuantas veces más—. Te prometo que vendré luego a verte.

Ante sus palabras la umbra pega un bote y vuelve a su gloriosa forma ovalada. Una mezcla entre gorjeos y arrullos de felicidad sale de su boca mientras da vueltas y vueltas alrededor de sus tobillos.

—¡Venga, ya está bien! —anuncia Maroly echándola del porche —. Ve a por algo de comida al granero. Te prometo que lo mandaremos a jugar más tarde.

Contemplamos cómo Humito se pega una carrera por el claro hasta llegar al granero, y me deja un poco sorprendida lo rápido que se mueve. No es tan rápida como Hudson en modo desvanecimiento, pero sí más rápida que yo.

En cuanto desaparece de nuestra vista, Maroly nos insta a entrar en la casa.

—Sin duda, has hecho buenas migas con ella —le dice a Hudson.

—Eso parece. —Él sonríe—. Es una monada.

—Es una rebelde —le corrige Arnst—. Pero una bonachona, así que no pasa nada.

—Ya es más de lo que se puede decir de mí la mayoría de las veces —contesta Hudson entre risas.

Cuando Arnst y Maroly se ríen con él, no puedo evitar ver a Hudson con nuevos ojos. ¿Quién es esta persona que les está mostrando a los padres de Tiola? Desde luego, no es el chico que se ha pasado el último año atormentándome con bromas ridículas.

Pero ¿es el chico que me ayudó a hacer el pastel de calabaza? ¿El que me abrazó mientras lloraba por todas las festividades que no podré pasar con mis padres?

No lo sé.

Quizá ese sea el problema en lo que se refiere a Hudson. Después de leer sus diarios, sé que no es la persona que Jaxon cree que es. La persona sobre la que me advirtió. Pero solo porque sé que no es esa persona no significa que tenga idea alguna de quién es.

Cada vez que pienso que he conseguido una respuesta para la cuestión de Hudson, acabo con diez preguntas más. Pero hay una cosa de la que estoy segura. Una cosa que he decidido estas últimas veinticuatro horas.

Ya va siendo hora de que lo averigüe.

43

ONE DIRECTION NO ES UNA BANDA CUALQUIERA (HUDSON)

Grace me mira con cara rara, y no sé qué se supone que debería pensar al respecto.

Aunque, bueno, no sé qué se supone que debería pensar respecto a nada de todo esto. Tiola, sus padres, las umbras. Cuando estábamos en mi guarida, por lo menos sabía bien dónde estábamos y qué estaba pasando. Ahora que estamos aquí, no tengo ni puñetera idea de nada.

Hay algo de este lugar que me está despertando un recuerdo guardado en lo más profundo de mi memoria, pero todavía no doy con qué es. No sé si es un recuerdo de verdad o es solo el recuerdo de algún dato que me contaría Richard en algún momento.

A ese hombre le encantaba transmitir los fragmentos del saber menos conocidos; cuanto más desconocido fuese algo, más le gustaba enseñarlo. ¿Será este extraño mundo morado algo así, o no tendrá nada que ver? ¿Algo de lo que apenas sé nada porque es más importante de lo que pensaba?

—La cena está lista —nos informa Maroly mientras nos insta a pasar a la casa—. Al final del pasillo hay un baño en el que os podéis refrescar.

—Mamá, Hudson es un vampiro —le cuenta Tiola con un tono de voz como si fuera de suma trascendencia—. O sea, que no puede comer lo que nosotros.

—¿Un vampiro? —Arnst me mira con otros ojos—. Hemos oído hablar de los vampiros, sí, pero nunca he llegado a cruzarme con uno por estos lares. Bienvenido.

No es la reacción que suelo encontrarme, pero, bueno, visto que Tiola parecía muy entusiasmada por la sangre roja de Grace, lo más probable es que aquí nadie se haya tenido que preocupar de que los

vampiros seamos depredadores. La verdad es que anima conocer a alguien que no me toma por una amenaza.

—Gracias —le digo, y lo digo en serio.

Maroly se vuelve para mirar a Grace con ojos curiosos.

—¿Tú también eres...?

—¡Ah, no! ¡Qué va, para nada! —Grace lo niega con tal rotundidad que resulta un poco insultante—. Soy una humana normal y corriente.

Eso no es verdad. Cuanto más tiempo pasamos aquí encerrados, más convencido estoy de que Grace tiene dentro algo más que esa humanidad que tan enérgicamente reclama. Aunque, teniendo en cuenta que todavía no sé qué es, poco importa ahora mismo. No pienso contradecirla. Por lo menos no delante de esta gente que parece maja y que nos ha abierto las puertas de su casa.

Pero, bueno, un rápido vistazo a los rostros de Maroly y Arnst me deja claro que no soy el único que tiene dudas sobre lo que es Grace exactamente. Aunque, al parecer, tampoco ellos van a hacer ningún comentario al respecto.

—Bueno, pues estarás famélica —le dice Maroly con dulzura—. Venga, hay un montón de comida.

Y, como si estuviera esperando al momento justo, el estómago de Grace empieza a rugir. Las mejillas de la chica adquieren un tono rosado que me resulta familiar, pero no sé por qué se siente avergonzada. Tener hambre es normal, sobre todo si no ha comido nada en todo el día. A eso hay que sumarle lo mucho que hemos caminado/corrido/peleado, y la verdad es que me asombra que no esté dispuesta a zamparse la primera cosa comestible que se le cruce por delante.

Porque yo sí.

Pero, como Grace es la única opción que tengo a mano, entierro ese pensamiento en lo más hondo de mi mente. Ni de coña voy a beber de ella ahora. No cuando por fin hemos conseguido pasar un par de horas sin que me haya mirado como si fuese una mezcla de asesino de cachorros y un monstruo.

—Me parece una idea fantástica —responde Grace con una sonrisa dulce que jamás he visto que me haya dirigido a mí. Pero, bueno, si me sonriera así seguramente me daría un síncope del asombro.

Grace avanza por el pasillo para ir a adecentarse en el baño, y después yo la imito. Una parte de mí quiere meterse en la ducha antes de nada, dado que no voy a comer. Pero tengo varias preguntas que necesito que Maroly y Arnst me contesten, y creo que es el mejor momento para conseguir esas respuestas.

Así que me contento con quitarme la camisa y limpiarme el polvo y la mugre que se me han juntado en la cara, el rostro y el torso después de nuestro largo día de marcha. Tras secarme a toda prisa con una toalla limpia que me ha dado Maroly, me dirijo al comedor, donde todo el mundo se ha sentado alrededor de una gran mesa redonda.

Hay un sitio libre entre Grace y Tiola, así que me siento en esa silla mirando a la niña con una sonrisa. Ella me la devuelve, y los dientes afilados de la pequeña brillan bajo la luz que arroja una lámpara de araña que al parecer brilla gracias a unos cristales que tenemos sobre nuestras cabezas.

—Bueno —empieza Maroly mientras me sirve agua con hielo en el vaso que tengo delante—, contadnos de dónde habéis salido. No hay nada a kilómetros a la redonda, y no tenéis pinta de haber llegado en carruaje ni nada similar.

Nos sonríe de modo alentador, y deja a la vista unos dientes que parecen más afilados incluso que los de su hija, aunque no sé cómo es eso posible.

—Pues la verdad es que no lo sabemos —contesta Grace mientras se echa una cucharada de lo que parecen verduras salteadas en el plato. Verduras salteadas moradas—. Estábamos huyendo de un dragón y...

—¿De un dragón? —Tiola no deja de dar botes en la silla—. ¿Un dragón de verdad? ¡No he visto nunca un dragón!

—Puedo asegurarte que era un dragón de verdad —le confirma Grace—. Escupía fuego y todo.

Más que escéptico, Arnst parece asombrado cuando interviene en la conversación:

—¿Nos estás queriendo decir que un dragón os ha perseguido hasta Noromar? No tiene sentido. Aquí no hay dragones.

—Nada de esto tiene sentido. —Doy un sorbo de agua, y agradezco que parezca y sepa igual que siempre, aunque todo lo demás sea diferente. Entonces caigo en lo que acaba de decir—. Un

momento. ¿Acabas de decir que estamos en Noromar?

El recuerdo que se estaba despertando en el fondo de mi memoria adquiere vida cuando las historias que Richard me estuvo contando hace tantos años se me vienen a la mente a todo color. Bueno, a todo morado, debería decir.

—Sí. —Maroly se sirve un poco de ensalada y después se la pasa a su hija—. Estáis en lo que creo que vosotros conocéis como el Reino de las Sombras; Noromar para nosotros. Se dice que hay un portal entre vuestro mundo y el nuestro que se abre una vez cada mil años, pero nosotros no lo hemos vivido. Nos lo tomamos más como un mito que como una realidad. En fin, algo con lo que soñar, pero que no es real. Así que, la verdad, no tengo ni idea de cómo habéis llegado hasta aquí. Ni de cómo... —Se calla mientras intercambia una larga mirada con Arnst.

Pero no hay que ser muy listo para saber qué iba a decir. Si el portal se abrió para que pasáramos (o aunque nosotros nos apañáramos para colarnos por él), no es algo que se repita con frecuencia. Lo cual significa que...

—¿Es imposible que volvamos? —A Grace se le quiebra la voz al pronunciar la última palabra, pero su murmullo resuena en la habitación como si lo hubiera dicho gritando.

44

EL PLATO ESTRELLA DEL DÍA (HUDSON)

—No lo sabemos —contesta Arnst con solemnidad—. Mi familia lleva viviendo aquí, en las afueras del Reino, setenta y cinco años, y si ha sucedido jamás hemos oído tal cosa.

—Pero, quizá, si alcanzáis las montañas y os adentráis más en el Reino hasta llegar a uno de los pueblos —se apresura a añadir Maroly —, encontraréis a alguien que sepa más al respecto.

—¿Alguien como quién? —inquiere Grace, y su voz todavía no ha vuelto a la normalidad.

—La reina de las sombras —respondo, y Maroly jadea.

—¿Cómo sabes de la existencia de nuestra reina? —pregunta Arnst, y todos parecen alejarse un poco de la mesa, como si les asustara lo que voy a decir a continuación.

Me encojo de hombros.

—La verdad es que no sé mucho sobre ella. Mi tutor solía contarme las leyendas de Noromar cuando era pequeño, pero siempre he pensado que se había inventado el sitio para entretenerme durante las noches largas y solitarias. —Le echo un vistazo a Grace, solo para ver qué tal está. Parece estar controlando bien el ataque de pánico, pero nunca la he visto tan pálida. Titubeo, pues no quiero ofender a nuestros anfitriones, pero luego continúo—: Dijo que había un reino hecho de criaturas de las sombras llamadas «espectros», a quienes lideraba una malvada reina de las sombras que tiene incluso más sed de poder que el rey vampiro y que quiere escapar de su reino para llegar al nuestro. Me dio la sensación de que, en nuestro mundo, su poder sería inconmensurable o algo así. —Me interrumpo, y después me inclino hacia Tiola con las manos levantadas para fingir que la ataco—. También me dijo que a los espectros les encanta comer niños

vampiro que no ordenan la habitación.

Tiola suelta una risita, tal y como esperaba que hiciera. La temperatura de la estancia había bajado unos cuantos grados al mencionar a la reina de las sombras y quería que siguieran hablando para saber por qué.

Arnst niega con la cabeza.

—Sí, hay algunos de los nuestros que siguen a la reina y están poniendo constantemente a prueba la barrera para encontrar la forma de llegar a vuestro mundo.

—Pero no os preocupéis. —Maroly me da palmaditas en la mano por encima de la mesa—. Ningún espectro puede atravesar la barrera. Ni siquiera la reina.

—Pero ¿y los humanos? —pregunta Grace, y después se mordisquea el labio inferior. No ha preguntado por los vampiros, y estoy esforzándome al máximo para no pensar en si ha sido intencionado.

De nuevo Arnst niega con la cabeza.

—Lo siento, cielo. Por lo que sabemos, nadie puede atravesar la barrera para volver a vuestro mundo. Hemos oído historias de otras personas como vosotros que han venido a Noromar, pero ninguna de nadie que haya regresado.

Parece que Grace va a vomitar y no la culpo. Solo porque no tenga un hogar al que volver no significa que no pueda entender que no sienta lo mismo que yo ante la idea de quedarse aquí. Conmigo.

Esperando que la tranquilice, le pongo una mano en la rodilla y se la acaricio de arriba abajo. Por supuesto, el hecho de que no me la aparte de inmediato me dice todo lo que tengo que saber sobre su estado mental, y no es nada bueno.

Por eso mismo dejo la mano donde está mientras continúo.

—Así que supongo que preguntarle a la reina de las sombras no servirá para nada.

—No, si quieres seguir respirando, hijo —informa Arnst—. Por lo menos tu tutor ha acertado en eso. Es... poderosa. Y lidia en un abrir y cerrar de ojos con los... «visitantes» de vuestro mundo.

—Mi marido tiene razón. —Maroly niega con la cabeza, pero sus ojos lucen una mirada lejana, como si estuviera perdida en sus pensamientos—. Noromar puede ser cruel con los extraños.

—¡Bueno, excepto el alcalde Souil! —Arnst chasquea los dedos—.

Es de vuestro mundo y su pueblo ha conseguido mantener a raya al ejército de la reina y evitar la invasión durante casi cien años.

—¿Quién es el alcalde Souil? —pregunto receloso ante la idea de implicar a demasiada gente en mi lío y el de Grace. Sobre todo a gente que no conozco (y no puedo juzgar por mí mismo si es de fiar o no). Lo último que quiero es causar más problemas, para Grace y para estas tres personas que tan amables han sido con nosotros.

—Su pueblo está nada más cruzar las montañas, hacia el este —indica Maroly—. Y si os soy sincera, podría ser el único lugar en el que estéis a salvo de nuestra reina. Yo en vuestro lugar viajaría hasta allí en cuanto el ejército de la reina ponga rumbo al sur.

Tiola lloriquea.

—Pero quería que se quedaran con nosotros. ¿De verdad tienen que irse?

Arnst y Maroly intercambian otra mirada llena de tensión, y yo me descubro aguantando el aliento. ¿Tan peligrosa es la reina para los extranjeros? Quizá después de todo sí que tiene que ver con la historia de Richard, tal vez piensa que conocemos la forma de atravesar la barrera. Ya me gustaría.

Maroly continúa.

—Lo siento, cariño, pero creo que tus nuevos amigos deberían marcharse en cuanto sea seguro viajar. Pueden visitarnos y quedarse durante un día o dos como mucho. Pero no queremos que la reina Clio los encuentre, ¿verdad?

Tiola se estremece.

—Es mala.

Y eso contesta a mi pregunta. Si puede asustar a esta niñita obstinada, debe de ser el diablo hecho persona.

Empiezo a hacerle a Maroly otra pregunta sobre la reina, pero al mirar a Grace cambio de opinión. Es sutil, muy sutil, pero para alguien que ha pasado el último año con poco más que hacer que analizarla, que Grace esté negando levemente con la cabeza no se me pasa por alto.

Anoto en mi cabeza que más tarde tengo que preguntarle por qué. Y después digo:

—Muchas gracias. Os lo agradecemos.

—Os lo agradecemos muchísimo —enfatiza Grace.

—¿Ya hemos acabado de hablar de cosas aburridas? —pregunta

Tiola.

Todos nos reímos, y Maroly extiende una esbelta mano morada para cubrir la de su hija, que está apoyada en la mesa.

—Y ¿de qué quieres hablar? —pregunta.

—¡Quiero que Grace y Hudson duerman en mi habitación! —pide —. Puede ser mi primera fiesta de pijamas.

Ante su anuncio, Arnst se atraganta con el agua. Lo cual tiene todo el sentido del mundo. Ningún padre con un mínimo de decencia, sin importar de qué lado de la barrera provenga, estaría de acuerdo con dejar que un hombre desconocido (sea vampiro o no) durmiera en una habitación con su vulnerable hija de diez años.

—Grace y Hudson dormirán en la habitación libre —indica Maroly con una voz que no deja lugar a protestas de ninguno de nosotros.

Tiola también debe de notar la firmeza de su voz, porque no discute más con su madre. Aunque sí que se queda de morros lo que queda de la cena.

—Y ya que sacamos el tema, estaréis agotados. —Arnst se levanta de la mesa y empieza a recoger los platos vacíos—. Maroly, ¿por qué no los acompañas a su cuarto mientras yo recojo la cocina?

—Nos encantaría ayudar —asegura Grace, que se levanta de un salto y coge también algunos platos. Y habría sonado convincente si no fuera porque se va de lado, como si estar de pie le costara demasiado en estos momentos.

—Yo ayudaré —digo mientras me acabo el agua, antes de recoger los platos que quedan en la mesa—. ¿Por qué no vas a darte una ducha y ya iré yo cuando Arnst y yo acabemos de limpiar?

—No tienes por qué hacerlo —protesta Arnst—. Tiola y yo hacemos buen equipo.

—¡Hudson puede ayudarte! —interviene Tiola—. Y yo puedo ayudar a mamá y acompañar a Grace a su habitación.

Parece que Arnst quiere discutir un poco más, pero resuelvo el problema atravesando el umbral de la puerta de la cocina con los brazos llenos de platos. Si Tiola quiere venerar a su nueva heroína Grace, ¿quién soy yo para interponerme?

Arnst debe de darse cuenta de que ha perdido la batalla, porque me sigue unos segundos después. En realidad nunca he fregado los platos antes, pero he visto a Grace hacerlo bastantes veces este último

año, por lo que sé lo básico. Además, no parece complicado..., solo aburrido. Así que agarro un estropajo, vierto un poco de líquido de un color que sorprendentemente no es morado y que está en un recipiente en el que pone «lavavajillas» y me pongo a frotar.

Una cantidad ingente de burbujas y una camiseta empapadísima después, acabo de lavar los platos. Arnst, quien ha estado guardando las sobras y limpiando la mesa y la encimera, me mira y suelta una risa.

—Te queda bien. —Me toma el pelo mientras me tiende una toalla para que me seque.

Si hubiera sido Grace quien lo hubiera dicho, haría un comentario sarcástico sobre que este look ni siquiera llegaría a incluirse en la lista de mis cinco mejores, pero con Arnst me limito a inclinar la cabeza avergonzado.

—Puede que necesite practicar un poco más esto de fregar los platos.

—Lo has hecho genial —contesta—. ¿Por qué no subes? Le pediré a Maroly que os lleve unos pijamas y un cambio de ropa para mañana. No será de vuestra talla, pero servirá hasta que podamos lavaros la vuestra.

—Gracias. Os agradecemos todo lo que estáis haciendo por nosotros.

—Bueno, no podíamos dejaros a la intemperie, ¿verdad? Además, ¿cuándo, si no, íbamos a conocer a un vampiro y a una humana?

Dice «humana» como si fuera la cosa más impresionante del mundo. Me tengo que esforzar al máximo para no poner los ojos en blanco y decirle que de donde vengo te salen una decena si levantas una piedra. Pero la autocensura es algo bueno, o eso asegura Grace, así que me limito a sonreír y a decir:

—¿Cuándo, si no, íbamos a tener la oportunidad de conocer a tres...? —Rebusco en mi memoria la palabra que usó Richard para referirse a la gente de Noromar—. ¿Espectros?

Algo se atisba en sus ojos, pero es tan fugaz que casi me convenzo de que me lo he imaginado. Enseguida sonríe.

—Parece que todos tendremos historias para contar en los años venideros, ¿no?

Después me insta a subir las escaleras hasta la «segunda puerta a la derecha», pero apenas he llegado al piso cuando un grito

ensordecedor y terrorífico llena el aire que me rodea.

45

QUE NO TE MUERDAN LAS CHINCHES VAMPÍRICAS (HUDSON)

—¿Qué es ese ruido? —pregunto mientras bajo corriendo las escaleras y me topo con Arnst mirando por la ventana con el ceño fruncido.

—¡Tiola! —grita—. ¡Sal ahora mismo y encárgate!

—¿Que se encargue de qué? —pregunto—. ¿Quieres que vaya con ella?

—No, a no ser que quieras pasarte las próximas tres horas con una sombra pegada a ti siguiéndote por todas partes —me explica—. Es Humito. Al parecer, la pobre está muy disgustada porque no has salido a verla otra vez. ¡Tiola!

Pronuncia el nombre de su hija con un deje de advertencia en la voz que, si fuera mi padre y yo tuviera la edad de Tiola, me habría hecho obedecerle al instante. Aunque, bueno, cuando Cyrus se cabreaba tanto como para alzar la voz, todo el mundo sabía que iban a rodar cabezas (y seguramente muchísimas más partes del cuerpo, la verdad).

—Ya voy yo —le digo hablando más alto para que me oiga por encima de los repentinos aullidos de Humito.

—Ni hablar. Mañana si eso ya pasarás tiempo con la umbra esa —me dice Maroly, y se une a nuestra conversación en el piso de abajo —. Además, tiene que aprender a que no puede montar este número y salirse con la suya.

No tengo claro qué siento al saber que una criatura está armando semejante follón solo porque quiere verme, pero es que tampoco puedo dejar que chille de tristeza en vez de, por lo menos, intentar hacer algo para ayudarla. A mí me han dejado hundido en la tristeza

(sin gritos, pero sí que estaba triste) bastantes veces en mi vida, y no se lo desearía a nadie.

Pero antes de que pueda decidir si quiero decirle algo a Maroly, de pronto se oyen unas fuertes pisadas por las escaleras, seguidas de un «¡Ya voy, mamá!» de Tiola, que sale corriendo por la puerta principal y cierra de un portazo.

—¿Ves?, lo que te decía. Ya se encarga ella de Humito. Venga, sube, vete a la cama y mira a ver cómo está tu Grace. En la cena tenía pinta de estar a punto de desmayarse.

Se me pasa por la cabeza decirle que Grace no es mi Grace precisamente, que no es nada mío; pero al final no me parece importante. Además, tiene razón. Sí que es verdad que Grace parecía exhausta antes de subir a la habitación. Debería ir a ver cómo está y confirmar que todo va bien.

Se me hace raro pensar eso. Y más raro todavía saber que me preocupo de verdad. Ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que una persona en concreto me importó tanto como para estar preocupado por ella. Y aún más raro es que esa persona sea Grace.

No es que sea de suma importancia, porque no. La puñetera sombra que grita fuera también me preocupa, y solo la he visto unos diez minutos. No, la verdad es que carece de importancia.

—Muchas gracias, otra vez —le digo a Maroly antes de subir las escaleras—. Los dos os estamos muy agradecidos por todo lo que habéis hecho por nosotros.

Maroly le resta importancia con un gesto de la mano mientras sale por la puerta gritando el nombre de su hija.

Frente a las escaleras hay una larga hilera de ventanas, y cuando subo al segundo piso no puedo evitar echar un vistazo por ellas. Me sorprende ver lo deprisa que puede moverse Maroly cuando quiere. No es que sea tan rápida como yo cuando me desvanezco, pero vaya. Ha tardado unos segundos en ir de la casa al granero.

Además, también resulta imposible pasar por alto la luz que hay todavía fuera. Aquí ya es tarde (al menos lo bastante tarde para que la gente se cambie para irse a la cama), y el sol sigue brillando en lo alto del cielo, como si estuviéramos en un día de verano, a media mañana.

Nunca había visto nada así. Hasta en las zonas de Alaska donde hay veinticuatro horas de luz tienen crepúsculo civil. Pero aquí no, al parecer.

¿Qué significa eso, entonces? ¿Que los días son más largos en el Reino de las Sombras? Supongo que tiene sentido, teniendo en cuenta que solo puede haber sombras cuando hay luz; aunque si sus días son más largos, ¿cuánto más? ¿Nunca anochece aquí?

Pero ¿cómo puede ser eso si Grace y yo hemos atravesado corriendo una profunda oscuridad para llegar hasta aquí? ¿O es que corrimos hasta llegar a un lugar donde el sol ya había salido?

Es una idea que me intriga, sobre todo si pienso en la oscuridad que reinaba fuera de mi guarida. En el año que hemos pasado allí jamás desapareció. En aquel momento di por hecho que estaba relacionado con la mente de Grace, pero ahora tengo dudas de si la oscuridad no sería la barrera que separa nuestro mundo de este. Al atravesar la oscuridad, ¿llegamos a atravesar esa barrera?

De ser así, ¿cómo es que el dragón pudo atravesarla con nosotros? Y ¿por qué dejó de perseguirnos al llegar a la luz? ¿Dónde está? Es imposible que haya desaparecido sin más. En nuestro mundo sería imposible, al menos. Pero ¿y en este? No tengo ni puta idea.

A esta familia no parece preocuparle en absoluto el dragón, y esa ha sido la única razón por la que he accedido a quedarnos aquí. No sé por qué, pero creo que en esta casita y en su granja estamos a salvo del dragón. Y la seguridad no es algo que se deba menospreciar si se tiene.

—Oye, Hudson, ¿estás bien? —Me vuelvo para ver a Arnst atravesando el pasillo con una pila de ropa en las manos, y me doy cuenta de que llevo un buen rato, vaya uno a saber cuánto, de pie delante de la puerta de mi cuarto; mío y de Grace.

—Sí, perdona, estaba pensando. —Llamo a la pesada puerta de madera con toques bruscos e intento fingir que todo esto no tiene nada de raro. Compartir guarida..., vale. Pero compartir una habitación minúscula me parece mucho más íntimo, y no sé cómo sentirme al respecto.

—Esto es para Grace y para ti —me explica Arnst, y me tiende la ropa con la que cargaba—. Yo creo que tendréis suficiente para un par de días, así que mañana por la mañana cuando os despertéis bajáis la vuestra y os la lavamos.

—Gracias, ahora se lo digo a Grace.

Entonces Arnst señala una puerta que hay a unos tres metros al final del pasillo.

—Ahí hay un baño por si te apetece darte una ducha. En fin, nos vemos por la mañana.

—Graci... —empiezo a decir, pero Arnst me da una palmada en la espalda y se marcha.

—Buenas noches —me dice sin volverse.

—Buenas noches —respondo, justo cuando Grace abre la puerta.

—¿Has llamado? —pregunta.

—Sí, es que no quería... —Pero se me apaga la voz al ver que solo lleva puesta una camiseta blanca.

Es una camiseta grande (casi le llega por las rodillas, así que será una camiseta de Arnst), pero sigue siendo solo una camiseta.

Por un instante mi mente vaga por los derroteros de «qué llevará debajo», pero freno esa mierda de pensamiento de inmediato. Lo último que necesitamos ninguno de los dos es que me ponga a pensar en eso, no si vamos a compartir habitación. Y mucho menos cuando me ha dejado bien claro (no solo con palabras, sino también con su comportamiento) que para ella el casi beso fue un error.

Pero, aun con esas, es complicado pasar por alto el hecho de que Grace tiene unas piernas muy bonitas. Y todo muy bonito en general, también.

Joder. Esto no va a salir bien. Lo de vivir juntos en un *loft* muy espacioso..., vale. Pero intentar coexistir en esta habitación diminuta, con su cama enorme, no vale en absoluto.

Igual debería largarme de aquí. En el porche hay un sillón en el que podría dormir...

—¿Qué es eso? —me pregunta Grace mirándome con una curiosidad que supongo que se debe a que, al entrar en la habitación, me he quedado inmóvil, como un cervatillo cegado por los faros de un coche.

—Arnst me la ha dado para que nos la pongamos mañana. —Me obligo a acercarme a la cama para poder dejar la ropa en el colchón.

—Es todo un detalle. —Grace se pone a mirar en la pila de ropa y a separar la de Arnst de la de Maroly. La suya de la mía—. Aunque no es que sea ropa de marca, la verdad —me chincha, y coge un par de vaqueros raídos—. Espero que no eches mucho de menos tus Armani.

—Pues la verdad es que no los echo de menos ni un poquito —le contesto, y es cierto—. Cuando eres un príncipe vampiro la gente espera que te vistas de cierta forma... ¿Por qué no hacerlo con estilo?

Pero eso no significa que no esté más cómodo en vaqueros.

Veo a Grace tragar saliva una vez, luego dos. Después me dice:

—El baño está aquí al lado. —Me pasa un montoncito con un par de vaqueros, unos pantalones deportivos y un par de camisetas—. Por si quieres darte una ducha.

Debe de estar exhausta, porque no hace ninguna broma sobre el hecho de que, al parecer, aquí tienen la misma clase de ropa que nosotros en nuestro mundo; una pregunta que me apunto mentalmente para hacerle a Arnst mañana.

—Ya, me lo ha dicho Arnst. —Cojo un par de pantalones deportivos negros y una camiseta blanca del montoncito de ropa y me voy a la puerta. Cuanto antes salga de este cuarto y me aleje de la apetitosa fragancia de Grace, mejor.

Lo que pase después de la ducha, cuando vuelva a este cuarto con Grace, es un problema más. Un problema para el Hudson del futuro.

46

DONDE CABE UNO, NO SÉ YO SI CABEN DOS (GRACE)

Mientras espero a que Hudson vuelva de la ducha, meto nuestra ropa en la cómoda vacía. Dos veces.

Cuando nuestras prendas están lo más ordenadas que puedo llegar a dejarlas, miro a mi alrededor buscando algo que hacer, lo que sea.

Opto por ponerme un poco de la loción corporal casera que está en el tocador. Huele a lavanda y limón, y se desliza por la piel de forma increíble, así que me tomo mi tiempo y me cubro hasta el último centímetro del cuerpo. Pero eso solo me lleva unos cinco minutos, por lo tanto vuelvo al cajón para reordenar la ropa por tercera vez.

Hudson todavía no ha regresado cuando me pongo a ahuecar los almohadones que hay sobre el colchón y me percato por millonésima vez de que solo hay una cama.

Ya me había dado cuenta de que solo había cuatro puertas en el pasillito cuando Maroly me ha acompañado arriba, lo cual significa que su casa tiene tres habitaciones y un baño en el piso de arriba. Me parecía poco educado sugerir que necesitaríamos cuartos separados, ya que estaba claro que no había una segunda habitación de invitados.

Dejo las almohadas y vuelvo a la cómoda para reorganizar la ropa. Otra vez.

También pongo los cuadros de las paredes rectos (dos pinturas abstractas bastante buenas), subo y bajo las persianas hasta que caen en una fila perfecta, arreglo las cortinas varias veces para que bloqueen la luz del exterior lo máximo posible, aliso las sábanas y doblo mi ropa sucia.

Después vuelvo a ordenar la ropa.

Porque parece ser que compartir habitación con Hudson me ha vuelto una neurótica de manual.

Es ridículo que esté así de atacada. Completamente ridículo. A ver, ya hemos compartido la guarida durante más de un año y hemos sobrevivido. ¿Qué diferencia hay en compartir esta habitación durante una noche o dos?

Pues no debería haber ninguna. Pero, por alguna razón, la hay. Es muy pero que muy diferente.

Puede que sea porque casi nos besamos antes de que todo se fuera a la mierda.

Puede que sea porque, desde que leí los diarios, no puedo odiar a Hudson como lo odiaba antes. Ni siquiera puedo tenerle miedo. De verdad.

O puede que sea porque el vínculo con Jaxon ya no existe.

No debería importar. Y no importa. Yo quiero a Jaxon. Quiero estar con él para siempre.

Pero ¿y si lo que han dicho Maroly y Arnst en la cena es cierto? ¿Y si la barrera entre nuestro mundo y Noromar solo se abre una vez cada mil años?

¿Y si esa vez fue para dejarnos entrar?

¿Y si no hay letra pequeña, cláusula de escape o magia que pueda cambiar las cosas?

¿Y si Hudson y yo estamos encerrados aquí, en el Reino de las Sombras, para siempre?

Es una idea que me aterroriza, y camino de un lado a otro mientras a duras penas intento evitar un ataque de pánico por segunda vez esta noche.

No sé cómo he conseguido no ponerme histérica en la cena cuando ha salido el tema por primera vez. Y cómo he conseguido no darle vueltas después de cenar mientras me duchaba. Pero ahora que estoy aquí, en este cuarto, sin nada más que hacer que pensar, es imposible seguir ignorándolo.

Imposible no preguntarse si toda mi vida ha cambiado para siempre.

Imposible no preguntarse si tendré que empezar de cero en otro lugar nuevo.

Imposible no preguntarse cómo estará la gente a la que quiero en casa. Si los volveré a ver.

Cuando estábamos en la guarida de Hudson, me había resignado a creer que nunca nos marcharíamos. Me quité a Jaxon de la cabeza, le deseé a todo aquel que conocía una buena vida e intenté pasar página. Pero, al salir de la guarida, como el dragón no nos mató, durante un breve instante me permití creer que igual podría volver a casa.

Solo para averiguar que sigo atrapada, que sigo sin poder volver jamás a mi hogar, si es que lo que ha dicho Maroly sobre la barrera entre nuestros mundos es cierto.

¿Acaso es tan raro que esté pasándolo mal?

¿Que tenga una opresión en el pecho y la sensación de que las paredes se van cerrando desde todas las direcciones? Echo de menos a mi familia. Echo de menos a mis amigos. Y la idea de pasarme el resto de mi vida sin volverlos a ver basta para agobiarme.

No puedo respirar. Y en el mundo no hay suficiente ropa que doblar para conseguir hacerlo.

Me inclino hacia delante, me rodeo las rodillas con las manos y me concentro en respirar hondo.

Inspiro, uno, dos, tres, cuatro, cinco, espiro.

Inspiro, uno, dos, tres, cuatro, cinco, espiro.

Contar se me queda corto, así que intento otra técnica que me enseñó la madre de Heather.

Pienso en cinco cosas que puedo ver: la alfombra negra en el suelo, las cortinas blancas decoradas con flores negras, el edredón negro con flores blancas, la lámpara negra y dorada que hay junto a la cama, el jarrón repleto de flores moradas recién cogidas que hay sobre la cómoda.

Inspiro, uno, dos, tres, cuatro, cinco, espiro.

Cuatro cosas que puedo tocar: la manta suave drapeada sobre los pies de la cama, la lisa frialdad de las paredes blancas, la tela ligera de la camiseta que llevo puesta, la firmeza de la cama que rebota contra mis dedos.

Inspiro, uno, dos, tres, cuatro, cinco, espiro.

Tres cosas que puedo oír: un sollozo agudo al otro lado de la ventana, el sonido del agua que cae mientras Hudson se da una ducha, el crujido de la madera de las escaleras cuando alguien baja por ellas.

Inspiro, uno, dos, tres, cuatro, cinco, espiro.

El pánico se reduce y me siento mucho más tranquila que antes,

así que no me molesto en buscar cosas que puedo oler o cuyo sabor puedo notar. Pero sí que respiro hondo un par de veces más al tiempo que me digo que todo va a salir bien. Que solo tengo que vivir día a día o, mejor, hora a hora. Que, de alguna forma, encontraré la manera de salir de esta, al igual que la he encontrado con todas las cosas terribles que me han ocurrido desde que murieron mis padres.

Mientras el dragón decida mantener las distancias, puedo con todo lo demás. Hasta con el hecho de estar encerrada en el Reino de las Sombras de forma indefinida y tener que compartir este cuarto con Hudson. Solo serán un par de días. Puedo hacer lo que sea durante cuarenta y ocho horas..., siempre que eso no incluya sacrificios humanos.

Diez minutos después, por fin me he convencido de que puedo sentarme en la cama. Es un progreso enorme, pues no la he querido ni tocar desde que he entrado aquí. Justo entonces Hudson vuelve a llamar a la puerta.

—Puedes pasar —le digo y, cuando abre la puerta, añado—: No tienes que seguir llamando cada vez que quieres entrar. La habitación también es tuya.

—Lo sé. Es que no quería... pillarte desprevenida. —Se queda parado en el umbral, casi parece inocente con los suaves pantalones deportivos de algodón negro y la camiseta.

Me echo a reír a pesar de los nervios que siguen acechándome bajo la piel.

—Prometo cambiarme de ropa en el baño y en lugar de hacerlo en la habitación, ¿te parece? Así no tendrás que preocuparte de pillarme desnuda.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento. En vez de reducir la tensión entre nosotros, lo único que he hecho es incrementarla. Porque ahora ambos estamos pensando en mi cuerpo desnudo y eso no es lo que quería que sucediera en este instante ni de lejos.

Hudson parece desconcertado durante dos o tres segundos, pero después se aclara la garganta y añade:

—Lo tendré en mente. Y yo prometo lo mismo..., acerca de mí, claro está.

—Vale, bien. —Un silencio incómodo desciende sobre nosotros, y lo que llevo pensando desde que he entrado en la habitación después

de cenar me sale a borbotones—. Puedes quedarte con la cama.

—No. —Hudson parece ofendido—. Puedes quedártela tú. Evidentemente.

—¿Por qué es evidente? Te has pasado un año durmiendo en la única cama que...

—No es lo mismo —interrumpe, y sus mejillas están coloradas, cosa que nunca había visto antes.

—¿Ah, no? —Noto como por fin me relajo cuando sucumbimos a nuestra pelea rutinaria—. Y ¿eso por qué, si puede saberse?

—¡Porque fuiste tú quien dividió la habitación! Tú me cediste la cama. Yo solo seguía las normas.

—Ya, buen intento —añado con un resoplido—. Recuerda que dormiste en la cama la primera noche, antes de que dividiera la habitación.

Me mira como si tuviera la respuesta a mi argumento en la punta de la lengua, pero al final se limita a suspirar y a apoyar un hombro contra la pared más cercana.

—Quédate con la cama y déjalo ya, ¿quieres? Yo dormiré en el suelo.

Es lo más parecido a admitir la derrota que he oído salir de la boca de Hudson Vega, y una parte de mí quiere saborearlo. Quién sabe, quizá nunca más vuelva a ocurrir. Pero, a la vez, estoy harta de esta discusión. Estoy cansada y quiero dormir, y me parece absurdo hacerlo dormir en el suelo duro cuando hay una cama lo bastante grande como para que cuatro personas duerman sin molestarse.

Por eso mismo, a pesar de los nervios que tenía antes, me sorprendo al anunciar:

—¿Sabes? Ambos somos personas razonables y adultas. Podemos compartir la cama.

—Lo siento. Me parece que no te he oído bien. —Hudson finge preocupación—. ¿No te da miedo que te pegue microbios vampíricos si duermes a mi lado?

—Si fuera a pillar algún «microbio vampírico», como tan elocuentemente has dicho, estoy bastante segura de que a estas alturas ya los tendría —reprocho mientras la adrenalina de mi último ataque de pánico se disipa y me quedo con una sensación de cansancio más intensa que antes—. Bueno, ¿vas a meterte en la cama o tendremos que pasarnos el resto de la noche debatiendo si eres o no contagioso?

—Te puedo asegurar que no soy contagioso —espeta Hudson con aire ofendido—. De ninguna de las maneras.

—Me alegra saberlo —murmuro a la vez que abro las sábanas en mi lado de la cama y me meto dentro antes de que pueda cambiar de opinión. Cuando sigue sin moverse ni un centímetro hacia la cama, pongo los ojos en blanco e informo—: Yo tampoco lo soy, por si te lo estabas preguntando.

Y entonces cierro los ojos y me vuelvo, dándole la espalda a la parte del centro del colchón, decidida a fingir el sueño hasta que Hudson se dé por vencido al fin y se meta dentro. O hasta que me duerma de verdad.

Pero nos quedamos en un punto muerto. Yo, en la cama, negándome a seguir discutiendo. Hudson, con el hombro (y su mal humor) apoyado en la pared, esperando a saber qué. Aun así, al final debe de darse cuenta de que está tan cansado como yo, porque por fin se acerca a la cama.

Vuelve a dudar brevemente (lo siento aunque no lo vea), mientras se queda a un lado de la cama. Entonces el colchón se hunde y noto cómo se coloca junto a mí.

—Para que lo sepas, no me van los mimos —le digo por encima del hombro al tiempo que se pone cómodo dejando una buena distancia entre ambos.

—¿Cómo voy a sobrevivir a tal decepción? —contesta burlón.

—Seguramente aún puedas ir a buscar a Humito. —Le sigo la broma.

Suelta un ruido que es medio risa, medio tos.

—Tienes una vena malvada, ¿lo sabías?

Me habría ofendido, pero suena más divertido que irritado.

—Aprendí del mejor. —Suelta otra risilla entre dientes, pero ya no añade nada más. Espero varios segundos para asegurarme. Y después susurro—: Buenas noches, Hudson.

Él no duda.

—Buenas noches, Grace. Que duermas bien.

¿Por qué me parece que ninguno de los dos va a pegar ojo esta noche?

47

ME HAS FASTIDIADO LA CAÍDA (GRACE)

Poco a poco me doy cuenta de lo que está pasando en la penumbra de la habitación.

Sé que no estoy en la guarida, lo recuerdo, pero el resto está un poco borroso. Seguramente sea porque estoy calentita, relajada, y mucho más a gusto de lo que he estado en una eternidad.

Pero, bueno, es la primera vez que duermo en una cama desde hace más de un año. Cómo no voy a estar a gusto. El sofá de la guarida estaba bien, la verdad, pero el tamaño y la dureza de este colchón son todo un lujo para mí. Un lujo del que no quiero despedirme todavía.

Debería coger el móvil para ver qué hora es. Pero no quiero saberlo. No cuando la mera idea de salir de debajo de las sábanas me parece toda una tortura. Así que, en vez de coger el móvil, me muevo un poco en un intento por hundirme más bajo el calor de las sábanas.

Y entonces me muero de miedo cuando la cama se mueve a su vez. Justo unos segundos antes de que me rodee con un brazo y me susurre:

—A ver, Grace, dime, ¿cuál era la definición humana de *mimos* ?

—¡Joder! —grito, e intento quitarme el pesado brazo de Hudson de encima, pero me resulta difícil hacerlo cuando me tiene rodeada por la cintura, bien sujeta—. ¡Quita de encima!

—Lamento ser el portador de malas noticias, princesa —me dice Hudson con una voz que prometo que es la encarnación vocal de una sonrisita de superioridad—, pero eres tú la que está encima de mí.

Odio que tenga razón, y todavía odio más el hecho de que, en algún momento de la noche, me he tirado encima de él. En plan. Encima. De él.

Tengo la cara enterrada en su cuello.

El brazo echado por encima de su pecho, y lo aprisiono contra la cama con la mitad del torso.

Y la pierna..., joder, la pierna..., se la he echado encima de la zona alta de los muslos.

Lo tengo aplastado contra la cama, literalmente hablando.

Madre de Dios.

—Una cosa, tengo que preguntártelo —me dice con una voz grave y pícara que me acelera mucho el corazón—. ¿Lo has disfrutado tanto como yo?

Estoy tan desesperada por poner algo de distancia entre nosotros que ni le contesto. En cambio, me incorporo a toda prisa e intento apartarme de él. Pero Hudson elige ese mismo instante para moverse (sé que está intentando ayudarme echándose a un lado), y no hace más que empeorar la situación. Porque, ahora que por fin me he incorporado, estoy sentada a horcajadas encima de él, con las piernas abiertas y cada una de las rodillas a un costado de sus caderas.

Ahora es Hudson quien abre los ojos de golpe y porrazo, y me sorprendo observando la asombrosa profundidad azul de su mirada durante un largo e interminable segundo, antes de que pasen mil cosas a la vez.

Hudson lleva las manos a mis caderas, y se dispone a levantarme para apartarme de él. Pero yo ya estoy intentando bajarme a trompicones, tan rápido como puedo, y el impulso añadido de su fuerza me hace rodar por el borde de la cama.

Me caigo al suelo con un golpe sordo y un chillido que de sordo no tiene nada. Y me quedo ahí tirada, porque, a ver, ¿qué más me puede pasar? Con la suerte que estoy teniendo esta mañana, seguro que, si intento levantarme, acabaré cayéndome de bruces encima de su regazo.

Como si quisiera enfatizar mis temores, la cama se mueve, y puedo sentir la mirada de Hudson contemplándome desde el borde de la cama.

—¿Grace? —Su voz destila preocupación—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —contesto, aunque mi voz se oye amortiguada porque me niego a levantar la cara del lugar donde se ha hundido en la alfombra.

—¿Me dejas que te ayude a levantarte, por lo menos? —Titubea.

Noto que me roza la espalda con la mano, y me encojo de hombros para que la aparte.

—Déjame. Me muero aquí y ya. Me da igual.

Mi comentario le arranca una carcajada.

—No creo que eso sea posible.

—Seguro que sí —respondo, y por fin ladeo la cabeza, porque la verdad es que la alfombra no está tan rica como parece—. Solo tengo que quedarme aquí tumbada y esperar.

—Ya, bueno, estoy muy seguro de que Arnst y Maroly vendrán a ver cómo estás antes de que te mueras, y no creo que te apetezca que te vean así —me comenta con ironía.

—Seguro que han visto cosas peores. —Apoyo la mejilla en la lana áspera de la alfombra, y no puedo evitar pensar que ojalá hubiese cogido una almohada durante la caída.

—¿Cosas peores? —repite Hudson mientras parece que se agita un poco—. Ah, eso seguro, cosas peores habrán visto. Pero es que... esto...

Debe de estar agitando la mano sobre mí, porque de pronto siento una brisa en la parte trasera de los muslos y en las nalgas. Porque, claro, cómo no, la camiseta que llevo se me ha subido hasta la cintura. Hay que joderse.

Lo cual implica que, en los últimos cinco minutos, Hudson no solo ha tenido todas las partes más sensibles de mi cuerpo pegadas a todas las partes más sensibles del suyo, sino que también unas vistas impresionantes.

De pronto la mano que le he apartado hace un minuto o así cobra un nuevo significado. Estaría tratando de taparme el culo con la camiseta, y yo no le he dejado. ¿Va a pasarme algo más bochornoso esta mañana?

Estiro el brazo hacia arriba, refunfuñando, cojo la sábana y la manta con el puño y tiro con todas mis fuerzas para taparme la espalda. Lo cual resulta ser otro movimiento de lo más mediocre por mi parte, porque Hudson se cae de la cama rodando, con la sábana y la manta.

Y aterriza justo encima de mí.

Por un instante los dos estamos tan pasmados que ni nos podemos mover. Pero de pronto Hudson se ríe; es un sonido cálido, risueño, que hace que le tiemble todo el cuerpo contra el mío.

—Vale, eso es un sí —comenta cuando por fin puede contener las carcajadas—. Lo has disfrutado tanto como yo.

—¡¿Qué-cojones-estás-haciendo?! —grito. Y con «gritar» me refiero a susurrar, porque tengo a un vampiro de ochenta kilos sentado encima del diafragma—. ¡Lo estás haciendo a propósito!

—A ver, eres consciente de que has sido tú quien me ha tirado de la cama, ¿no?

—¡Yo solo quería coger la manta! ¿Cómo es posible que te haya movido con una sola mano y te haya tirado de la cama?

—Me estaba asomando por el borde, así que me has pillado un poco inestable —contesta—. Me has arrastrado con el tirón.

—Ya tenías que estar inestable, ya —afirmo jadeando cuando por fin consigo recuperar el aliento—. Eres un puto vampiro. Yo pensaba que el equilibrio y la estabilidad eran lo vuestro.

—Estaba intentando convencer a la persona más cabezota que he conocido en mi vida de que me dejara echarle una mano. ¡No me esperaba que su respuesta fuera a ser arrancar las puñeteras sábanas de la cama!

—Ya, bueno, a veces una chica tiene que hacer lo que tiene que hacer —susurro con voz áspera—. Por cierto, si no te quitas de encima en los próximos treinta segundos, vas a morir aquí conmigo. Pero me aseguraré de que la palmes antes.

—Qué sanguinaria, Grace —dice haciendo un sonido de desaprobación—. ¿Te crees que esa es forma de tratar a tu oso mimoso?

«¿Oso mimoso?» ¿Qué coño...? ¿Quién es este tío y qué ha hecho con Hudson?

—Creo que lo que quieres decir es que eres mi oso amoroso —digo con énfasis.

—Ay, Grace, creí que nunca me lo pedirías. Me encantaría ser tu osito abracitos.

—¡Hudson! —grito.

—Vale, vale, qué gruñona eres. —Y así, sin más, apoya los brazos a cada lado de mi cuerpo y realiza una especie de *burpee* perfecto: de la flexión a la plancha, a un salto con el que aterriza de pie con suavidad. Será idiota.

Y la cosa empeora; me tiende una mano.

—Bueno, ¿me vas a dejar, por favor, que te ayude antes de que

acabemos destrozando toda la habitación?

Una parte de mí quiere negarse solo para hacerle daño, pero al final cedo. Cuanto antes me levante, antes podré fingir que nada de esto ha pasado.

Sobre todo cuando me he despertado sintiéndome mucho más a salvo de lo que me he sentido en muchísimo tiempo. Cosa que no me acojona en absoluto.

48

RECOGES LO QUE SIEMBRAS
(GRACE)

Cuando llegamos al piso de abajo todo el mundo se ha despertado y se ha marchado ya.

Maroly nos ha dejado una nota en la encimera de la cocina, junto a un bol de frutas y un bollo para mí.

—«Hudson y Grace —empieza a leer Hudson—. Hemos tenido que irnos a la granja, pero, por favor, tomaos lo que queráis para desayunar. Os he dejado un rollito de pravenda que me ayudó a hacer Tiola ayer, pero si no es de vuestro agrado podéis coger lo que os apetezca de la nevera. —Empuja el desayuno para ofrecérmelo y continúa con la lectura—: Anoche hablé con una amiga mía, una historiadora de la universidad, y me prometió que preguntaría por ahí acerca de la barrera. Dice que se pondrá en contacto conmigo si se entera de algo. Volveremos sobre la una para comer. Disfrutad de la mañana. Maroly.»

—¿Será posible que nos hayamos topado con la familia más maja de todo el Reino de las Sombras? —pregunto mientras me meto un cubo de una fruta que se parece a una sandía morada en la boca.

Por desgracia, no sabe nada a sandía y me da una pequeña arcada antes de que pueda impedirlo. Me resisto a las ganas de escupirlo, porque tampoco es que esté mala. Solo es que sabe diferente a lo que esperaba. En vez de eso, me concentro en intentar descifrar a qué sabe.

¿Puede que a una mezcla de zanahoria y kiwi? ¿O quizá kiwi y papaya? Cojo otro trozo, esta vez muerdo con cautela. No, no es papaya. ¿Tal vez pitahaya?

—No lo sé —contesta Hudson a mi pregunta de antes—. Arnst y Maroly se han portado de maravilla con nosotros y Tiola es increíble.

Solo que, por mi experiencia, si algo es demasiado bueno para ser verdad...

—Normalmente es demasiado bueno para ser verdad —rematamos a la vez.

—Sí. —Suspira y se pasa una mano por el pelo sin gomina.

Es la primera vez que lo veo vestido sin su tupé impecable y no estoy segura de cómo me siento al respecto. Le hace parecer un poco menos insensible, un poco más vulnerable. Y se parece mucho más al chico que escribió los diarios que al capullo insoportable que he conocido a fondo durante este último año.

Luce un par de vaqueros azules desgastados de Arnst, que le cuelgan en la parte baja de las caderas. No puedo evitar darme cuenta de que le quedan un poco grandes en las piernas, pero llegan hasta sus ya habituales mocasines. Mi mirada viaja hacia arriba, desde sus largas piernas hasta la camiseta que se extiende sobre sus hombros anchos. La tela suave está tintada de casi el mismo color que sus ojos oceánicos, ojos que sin duda se han percatado de mi inspección a fondo, si es que la burla que veo en ellos sirve de indicación.

—Necesitas zapatos nuevos —farfullo antes de meterme un bollito en la boca.

Él suelta una risita, pero por suerte lo deja estar y se desploma sobre una silla a mi lado.

Le echo un vistazo al reloj que hay encima de la puerta de la despensa.

—Son las siete y media. ¿De verdad queremos quedarnos aquí mano sobre mano toda la mañana cuando nos han ayudado tanto? Es una granja, ¿no? Necesitarán ayuda con sus cosas de granjeros.

—¿Cosas de granjeros? —me chincha Hudson.

—Ya sabes a qué me refiero. —Hago un gesto con la mano para abarcar la ventana y las hileras de cultivos que tenemos enfrente y que se extienden más allá de mi vista en todas las direcciones.

—No lo tengo muy claro. —Se pone serio—. Quizá deberías hacerme una demostración, para que sepa que estamos hablando de lo mismo.

—Pues igual tú deberías irte a la mierda —espeto sin pensar.

Hudson no me responde con otra pulla como lo hizo Jaxon cuando solté un comentario parecido por primera vez, pero bueno, tampoco tiene por qué hacerlo, lo que hace es mirarme el cuello de

una forma que me lo dice todo.

El aire que nos envuelve se torna pesado, cargado, y tragar se vuelve una tarea de lo más complicada.

Los oscuros ojos de Hudson, hechizados y hechizantes, recorren poco a poco la columna que es mi cuello. Desde el pulso en la base hasta el lugar sensible debajo de la mandíbula y el lugar ultrasensible justo debajo de la oreja. Los analiza todos como si le fueran a hacer un examen más tarde.

A la mierda tragar. Respirar ya es todo un reto. En realidad es casi imposible, lo cual es un problema porque los humanos necesitamos aire para vivir. Y la forma en la que me está haciendo sentir Hudson ahora mismo, como la presa para el depredador hambriento que es él, me recuerda lo extremadamente humana que soy.

Entonces parpadea, y el momento pasa. En vez del depredador, es el Hudson que me ha ayudado a levantarme del suelo esta mañana. El Hudson que ha dejado que una sombra se le enredara por el cuello porque a ella le hacía feliz.

Pero ver a este Hudson no me hace olvidar al otro. Solo hace que me sienta más descolocada, muchísimo más consciente de que el depredador acecha bajo esa fachada. Debería aterrorizarme, y puede que lo haga, pero no por la razón por la que pensaba que lo haría. «No —me digo a mí misma mientras mi corazón se toma todo el tiempo del mundo para volver a la normalidad—, la razón por la que me da miedo estar cerca de Hudson no tiene nada que ver con que pueda matarme.»

Aunque sí que tiene todo que ver con que me devore, mordisco a mordisco.

49

LA VENGANZA ES UN PLATO (DE VERDURAS) QUE SE SIRVE FRÍO (HUDSON)

Grace se ha sonrojado otra vez, y las mejillas adquieren una tonalidad sonrosada que, muy a mi pesar, ha empezado a gustarme durante este último año. No solo porque ese color implique que la riquísima sangre de la chica esté fluyendo un poco más cerca de la superficie, aunque es un daño colateral la mar de agradable.

Me gusta también porque le ilumina la cara. Hace que resplandezca.

No es que a mí me importe si Grace resplandece o no. Solo estoy diciendo que está guapa cuando le pasa.

—En fin, volvamos al tema de ser granjeros por un día —me dice con seriedad. Pero al hablar se lleva la mano al cuello, y se roza con los dedos justo las zonas que no puedo dejar de mirar. Y sé que está mucho más afectada de lo que quiere demostrar. Incluso más afectada de lo que su rubor me indica.

Bien. No he podido pegar ojo desde que se me subió encima en más de una ocasión durante la noche, a pesar de las muchas veces que la aparté con cuidado de mí. No debería ser yo el único que sufra aquí.

—No sé por qué me estás mirando —le contesto con el acento más pijo que puedo poner—. Soy de Londres.

—Ya, sé que eres de Looondres, Hudson. Tooodo el mundo sabe que eres de Londres. Solo te pido que recojas un par de verduras, ¿vale?

—Claro, por supuesto. —Me callo un momento y dejo que se confíe. Después pregunto—: ¿Me repites qué es una verdura?

—¿Que qué es una...? —Por un segundo pone cara de póquer. Y después el rostro se le tiñe de un color más intenso cuando empieza a balbucear—: ¡Ay, madre mía! Lo siento muchísimo. No se me había ocurrido que es verdad que nunca has tenido compañía. Hasta en el Katmere eras algo solitario, así que seguramente no sepas que los humanos comemos verduras y hortalizas. En la guarida casi siempre comía fruta, así que igual no te habrás dado cuenta. Pues están esas cosas verdes con hojas... Aunque bueno, aquí igual son moradas. No lo sé. Pero, vaya...

Bueno, pues se ve que no he tenido eso en cuenta, ¿no? Llevo aquí todo el rato, y todavía no sé bien cómo hemos pasado de estar yo riéndome de ella a ser yo el receptor de la lástima de la chica. Cosa que, por cierto, me parece una puta mierda.

Que se enfade todo lo que quiera, joder, pero no tiene por qué compadecerse de mí.

Levanto una mano para interrumpir el monólogo sobre las verduras que me está dando desde hace un par de minutos, pero que a mí se me ha hecho eterno. Aunque también es verdad que un par de minutos me parece un rato muy largo para estar hablando de forma entusiasta y poética sobre las cosas esas que salen de la tierra. Pero solo soy un vampiro. ¿Qué voy a saber yo del tema?

Aun así, sé que no quiero que vuelva a mirarme así en la vida. Como si sintiera lástima por mí. No, ni de coña, gracias.

—Por el amor de Dios, Grace, que sé lo que es una puñetera verdura. —Como me mira escéptica, empiezo a enumerarlas—: Lechuga. Coliflor. Guisant...

—Pues, en realidad, los guisantes son una legumbre que... —Pero se calla en cuanto me ve la cara. Yo la miro como diciendo: «¿Me estás vacilando?»—. ¿Tengo que tomarme esa mirada como que las legumbres te dan igual? —me pregunta con los ojos abiertos e inocentes.

Joder. He caído en su trampa. Ya llevamos bastante tiempo juntos como para saber cuándo se está cachondeando de mí. Y, a pesar de todo, de vez en cuando me engaña y, a juzgar por lo abiertos que tiene los ojos (me he percatado de que la cantidad de chorradas que suelta está estrechamente relacionada con lo mucho que abre los ojos, a propósito, claro), se ha estado riendo de mí en mi cara todo este rato.

Porque, al parecer, esta noche de arrumacos ha demostrado que soy un ingenuo. Pero me resulta difícil no serlo cuando todavía recuerdo la sensación de tenerla pegada a mí. Y lo bien que se siente uno al despertarse calentito y cómodo, en compañía, junto a alguien que huele tan bien como Grace y con quien estás tan a gusto.

Y si eso no me convierte en el idiota más ingenuo del mundo, nada lo hará.

Pero que haya caído en sus redes no implica necesariamente que ella deba saberlo. Por eso mismo la miro a los ojos y le sigo el juego para ver cómo reacciona.

—Pues la verdad es que me encantaría que me dieras una clase sobre legumbres. De hecho...

Me callo cuando un inesperado gemido desgarrador resuena en el aire. Es de esos llantos que te paran el corazón, que te hacen estremecerte de pies a cabeza y que hacen que te encojas de miedo, todo al mismo tiempo.

—Pero ¿qué narices es es...? —Se calla en cuanto se encuentran nuestras miradas y ambos nos damos cuenta de lo que es.

—¡Humito! —decimos al unísono.

Grace se toma un segundo para limpiar el bol donde ha desayunado y coger un par de botellas de agua, pero yo me voy directo al porche delantero. Nadie debería emitir el llanto que la pobrecilla está emitiendo ahora mismo.

Tan pronto como abro la puerta principal Humito se me echa encima. Se estrella contra mi cuerpo con tal ímpetu que me toca sacar un brazo para estabilizarme y no caerme; después la sombra se me enrosca entre las piernas, como un gato. Un gato de veinte kilos de puro músculo que estuviese puesto de cristal hasta los bigotes.

Por suerte ha dejado de llorar, pero, cuando me inclino para acariciarla, la sombra suelta un aullido que corta el aire.

—¡Perdón! —Retiro la mano al instante—. ¿No quieres que te acaricie? Si no quieres, no... —Humito se emociona y me roza la parte inferior de la palma de la mano con la cabeza—. Creo que no te estoy entendiendo —le digo.

Humito suelta otro aullido y se me sube a la mano que todavía tengo extendida hacia ella.

—Quiere que la acaricies, bobo —me indica Grace atravesando la puerta.

—Si lo he intentado antes, pero ha soltado el aullido más lastimero que he oído en mi vida. —Aun así, con mucha cautela apoyo la mano en la parte superior de su... ¿cabeza?, ¿masa uniforme?, y vuelvo a intentarlo.

Esta vez el aullido que suelta parece mucho más alegre que el anterior.

—¿Ves? —me pregunta Grace con una carcajada—. Ya te he dicho que quería que la acariciaras. —La chica estira la mano para acariciar también a Humito.

Pero en cuanto los dedos de Grace rozan la sombra, Humito sisea como una serpiente y arremete contra ella. Grace se aparta al instante para quedar fuera de la zona de ataque de la sombra, pero los dos nos quedamos mirando a la dulce umbra desconcertados.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta Grace.

—Ni idea —contesto encogiéndome de hombros, sorprendido. Vuelvo la cabeza para mirar a Humito y le pregunto—: ¿Quieres bajar?

A modo de respuesta, Humito se me pega al pecho, y se dispersa hasta que me rodea la tripa, como si fuera un cinturón. O, bueno, me doy cuenta de que es más como un corsé, porque empieza a estrujarme.

—Vale, vale —le digo dándole un par de palmaditas incómodo—. No tienes por qué bajar si no quieres.

Humito suspira aliviada a modo de respuesta, como si todo su mundo estuviera en paz.

—¿Por qué no pruebas a acariciarla otra vez? —le propongo a Grace—. Igual es que no se sentía muy estable en esa postura sobre mi mano.

—Pues igual —me dice Grace sin tenerlas todas consigo. Pero, otra vez, en cuanto intenta acariciar a la umbra, la criaturita se pone en modo ataque total. Le sisea, arremete contra ella y aúlla como si fuese un *berserker* en plena batalla—. ¡Vale, vale! —Grace levanta ambas manos en un gesto de rendición—. Te prometo que no te vuelvo a tocar nunca más.

Humito suelta un maullido de conformidad y se reacomoda, pegada a mí.

Grace y yo nos miramos y ambos ponemos los ojos en blanco, pero no puedo refrenar una sonrisilla. Nada (ni nadie) en mi vida me

ha elegido antes a mí que a otra persona. Nunca me han preferido a mí. Es una sensación estupenda, y acabo acariciando a Humito y arrullándola mientras bajamos los escalones del porche delantero.

Y la umbra se sube por mi cintura y acaba apoyando una de sus esquinas en mi hombro, como cuando un bebé apoya la cabeza.

—Creo que esa cosa se ha enamorado de ti —susurra Grace entre dientes.

—No te pongas celosa —la chincho con una sonrisa—. Seguro que pronto encontrarás un amiguito para ti.

—Tendría que haberme imaginado que te pondrías en plan insoportable. —Alza la mirada al cielo—. Una sombra te elige a ti y ya te crees lo mejor que hay en el mundo.

—Siempre he sabido que soy lo mejor que hay en el mundo —replico—. Pero estás enfadada porque Humito tiene mejor ojo que tú para juzgar a la gente.

—Ya, sí, será eso. —Su voz destila sarcasmo—. ¿Cómo te has dado cuenta?

—Es que soy muy perspicaz —contesto mientras le rasco a Humito uno de los amasijos redondos que le salen de la cabeza como si fuesen unas orejitas redondeadas. Ha sido la decisión correcta, teniendo en cuenta cómo emite un sonido alto y repetitivo desde el fondo de la garganta. Si fuese un gato diría que está ronroneando. Pero, como no es el caso, la descripción más precisa que se me ocurre es que está cantando a la tirolesa.

Porque, al parecer, las sombras que cantan a la tirolesa existen en Noromar. Le echo un vistazo rápido a Grace y veo que, con el ruido, está a punto de salírsele el corazón por la boca; sin embargo, ahora que se me ha pasado la conmoción inicial, la verdad es que a mí me resulta agradable de una forma peculiar. Está guay recibir una reacción inmediata que me confirme que estoy actuando bien en todo el tema este de la amistad.

Además, con los años he visto (y oído) cosas mucho más raras en la Corte Vampírica. Esto no es nada en comparación.

Aun sin hablar, Grace y yo coincidimos en ir al granero con la esperanza de encontrar allí a Maroly o a Arnst para ver si podemos ayudarlos en algo; pero cuando todavía nos falta un buen trecho para llegar, Tiola aparece de pronto al lado de los altos cultivos que atravesamos ayer, los que parecen hierba.

—¡Venid! —nos grita moviendo los brazos como loca—. ¡Corred, que os lo vais a perder!

No nos dice nada más. Se sumerge de nuevo en el campo y se aleja corriendo.

Grace y yo intercambiamos una mirada y luego salimos corriendo tras ella. Porque, a ver, ¿qué vamos a hacer si no?

50

ELEGANTE COMO UN CISNE (GRACE)

Atravieso el campo a tanta velocidad como puedo, muevo los brazos de arriba abajo mientras zigzagueo entre las hileras del campo de cultivo intentando no perder de vista a Hudson y a Tiola.

Se mueven rápido, muy rápido, lo que significa que tengo que esforzarme más de lo normal. No para seguirles el ritmo, porque hace mucho que he perdido la esperanza, sino para estar lo bastante cerca de ellos para poder ir tras ellos.

Y ni siquiera estamos hablando de velocidad a lo «desvanecerse», advierto cuando giramos otra curva entre los campos. Hablamos de Hudson siguiéndole el ritmo a una niñita con velocidad sobrehumana, pero no vampírica, mientras de vez en cuando echa la vista atrás para asegurarse él también de que no me ha perdido.

Doy un último empujón de velocidad, doblo la curva y salgo así de los altos cultivos para llegar, por fin, a un claro inmenso.

Me doy cuenta de que es un prado a las orillas del lago y también veo que Hudson y Tiola por fin se detienen casi trescientos metros por delante de mí. El prado está lleno de flores silvestres en una decena de tonalidades diferentes de morado, además de una hierba violeta que llega hasta las rodillas. Parece que está sacado de *Alicia en el País de las Maravillas* . No solo porque los colores son completamente diferentes de los de nuestro mundo, sino también porque todo parece un poco... distorsionado.

Los árboles que hay en las lindes del claro son anchos y altos, pero parece que estén hacia abajo, pues las ramas crecen en todas las direcciones a lo largo del suelo y sus troncos largos se extienden hacia el cielo. Las rocas cerca del lago parecen pirámides redondeadas, grandes y pesadas en la parte inferior, pero cada vez más estrechas a

medida que se acercan a la superior. Incluso el arroyo cercano que desemboca en el lago corre de forma diferente que en nuestro mundo. Sube por la colina y fluye contracorriente dentro del lago.

Es raro, muy raro, y también hermoso a pesar del desbarajuste. Me encanta y, a juzgar por la cara que pone Hudson al volverse para ver cómo estoy, a él también.

—¿Qué estamos viendo? —pregunto mientras corro con calma hasta la orilla del lago para encontrarme con él y con Tiola.

Pero, a medida que las palabras abandonan mis labios, lo descubro. Porque ahí, en el lago, está la bandada de cisnes más bonita que he visto en mi vida. Debe de haber doscientos de diversas tonalidades de amarillo, de un tono limón a un dorado más intenso, y nadan por encima de la superficie del limpio lago morado.

—Casi nos lo perdemos —susurra Tiola tan bajito que apenas la oigo.

—¿Casi nos perdemos el qué? —pregunto bajando la voz al tiempo que me acerco más a Hudson.

Pero, en cuanto llego a su lado, Humito sisea furiosa. Su posesividad ya me resulta irritante, sobre todo porque no tengo ninguna intención con su persona favorita, ni romántica ni de ninguna clase. Así que le devuelvo el siseo el doble de fuerte.

A Hudson se le escapa una carcajada por la sorpresa, y esta, a su vez, debe de asustar a los cisnes del lago. Porque, uno a uno, despegan hacia el cielo.

—¡Esto! —grita con alegría Tiola, y aplaude ahora que no tiene que preocuparse por molestar a los cisnes—. Casi nos perdemos esto.

Al principio no estoy segura de lo que habla. Porque, a ver, sí, los cisnes están volando, pero... ¡Ostras!

Como uno solo, se dan la vuelta y se lanzan hacia atrás hasta que forman dos círculos perfectamente sincronizados. Mientras giran y giran (cuento siete veces), se van acercando al agua con cada rodeo. En el último círculo salen disparados hacia arriba desde la parte inferior, uno detrás de otro, y después despegan hacia el cielo volando en una perfecta formación en V.

—Eso ha sido... —empieza Hudson, pero entonces deja que su voz se apague, como si no tuviera palabras, y lo entiendo perfectamente. Porque yo tampoco las tengo. Por primera vez en la vida entiendo por qué a veces se refieren a una bandada de cisnes

como un ballet. Sin duda, esto ha sido como *El lago de los cisnes* .

—Os dije que os gustaría —dice Tiola orgullosa.

—Y tenías tazón —afirma Hudson, y le despeina el pelo con la mano—. Gracias por enseñárnoslo.

Humito, que sigue en su pecho, lloriquea un poco ante el gesto hasta que él la busca y la acaricia también. Entonces vuelve a soltar esos curiosos ruidos parecidos a un ronroneo que a mí me suenan como si alguien pasara las uñas por una pizarra.

—Oye, ¿por un casual no sabrás dónde están tu padre y tu madre? —inquiero—. Esperábamos que pudieran decirnos si hay algo con lo que podamos ayudar en la granja.

—¿Quieres ayudar? —Tiola suena tan escéptica que me echo a reír.

—Sé que no parecemos nada del otro mundo —contesto mientras le rodeo los hombros con un brazo para darle un abrazo rápido—, pero seguro que habrá algo que podamos hacer sin fastidiarla.

—Pues claro —corrobora ella, pero suena tan confiada como yo me siento cuando camino al lado de Hudson mientras lleva a Humito en brazos. Vamos, que puede que todo vaya bien o puede que una sombra pequeñaja acabe dándome un mordisco en el culo. Ambas cosas son perfectamente factibles.

—Mamá está en el huerto —anuncia Tiola—. Y papá está en los establos, ordeñando a los animales. ¿Adónde queréis ir?

—Al huerto —informo.

—A los establos —responde Hudson al mismo tiempo.

—¿Crees que puedes ordeñar algo? —inquiero—. ¿En serio?

—Cosas más raras se han visto. Además —gruñe—, los humanos lo hacen a todas horas. Tan difícil no será.

—Algunos humanos lo hacen a todas horas —corrijo—. La mayoría de nosotros nos quedamos tan lejos como podemos.

—Ordeñar es divertido —Tiola interrumpe nuestra pelea—. Yo te llevo hasta allí, Hudson, y de camino podemos acompañar a Grace al huerto de mamá.

Mientras volvemos hacia el conjunto de edificaciones que hay a la izquierda de la casa principal (y menos mal que a un ritmo más pausado que cuando nos hemos dirigido al lago), le pregunto a Tiola:

—Cuando dices «huerto», ¿te refieres a algo distinto de los campos que cultiváis?

—Uy, sí. Y tanto. Mamá cultiva unas cien plantas diferentes. La mayoría las usa para darnos de comer.

—Qué pasada. Tengo muchas ganas de verlo. —No es que sea muy aficionada a la jardinería, la verdad, pero en San Diego ayudaba a mi madre a cultivar y recoger las hierbas aromáticas que usaba para sus tés. Estará bien trastear y ensuciarme un poco, recoger comida que se va a usar de inmediato.

Además, la verdadera razón por la que quiero ir al huerto (o a hacer cualquier cosa que me mantenga ocupada) es porque así no tendré tiempo de darle vueltas al hecho de que no hay más que este lugar, su gente e incluso la vil reina de las sombras que en teoría nos matará si nos encuentra... Son mi nueva vida. Para siempre.

Sé que Maroly le ha pedido a su amiga que averigüe todo lo que pueda acerca de la barrera, pero en lo más profundo de mi ser creo que ya sé la verdad: no vamos a volver nunca a casa.

No me sorprende nada que admitirlo haga que tenga que deshacerme el nudo de la garganta para poder respirar, que se me oprima el pecho mientras un ataque de pánico empieza a tomar las riendas. Le echo un vistazo a Hudson con el rabillo del ojo, curiosa por saber si siente el pánico que me acecha. Me he acostumbrado a que esté en mi cabeza y a que sepa lo que pienso, que sepa justo cómo calmarme.

Pero parece totalmente ajeno a mi lucha interna.

Luce una sonrisa de oreja a oreja cuando Tiola charla a toda velocidad sobre los encantos de ordeñar a un animal llamado «braca». Acaricia ausente a Humito con la mano derecha, detrás de la... ¿oreja? Mientras tanto, con la mano izquierda la acuna contra su pecho como si fuera un bebé. De la nada me viene a la cabeza la visión de un Hudson más adulto, caminando con sus propios hijos algún día, la alegría pura iluminando sus ojos azul eléctrico y suavizando las arrugas que tendrá alrededor de la boca. Trago saliva.

Se ríe por algo que le dice Tiola, me lanza una mirada cómplice... y me guiña el ojo. No tengo ni idea de qué le ha dicho la niña, pero Hudson me ha guiñado el ojo.

Cuando Tiola me deja con su madre, siento un cabreo irracional y agradezco tenerlo lejos un rato. ¿Cómo se atreve a estar tan feliz cuando estamos encerrados en este mundo moradísimo?

Sé que su vida ha sido una mierda. Sé que seguramente esto

parece un futuro más prometedor para él del que jamás tendrá en casa. Lo pillo.

Pero eso no significa que no me cabree que haya aceptado como si nada que nunca volveremos a casa y eso le traiga sin cuidado, mientras yo estoy aquí esforzándome por no desmayarme. Me aferro a mi ira y respiro hondo, exhalo el suspiro más largo y sentido que he emitido jamás.

Hudson debe de oírlo, porque me lanza una mirada inquisitiva por encima del hombro. Pongo los ojos en blanco, una clara indicación de que no estoy de humor para hablar sobre mi berrinche irracional. Por suerte, él capta la indirecta, porque se encoge de hombros y sigue a Tiola.

—Espero que la braca se le mee encima —murmuro entre dientes; luego abro los ojos como platos cuando por fin atisbo el huerto de Maroly.

51

UN JARDÍN NO MUY SALVAJE (GRACE)

Tiola no exageraba al afirmar que su madre cultivaba un montón de cosas.

El huerto es enorme, tan grande que cualquiera podría pensar que es otro campo más de cultivo, si no fuera por el hecho de que es evidente que aquí se han cultivado mil cosas diferentes. En una sección hay una gigantesca maraña de vides que crecen las unas junto a las otras, de las que salen unos frutos grandes, tanto redondos como algo cuadrados. Todos morados, cómo no.

Mientras atravieso una sección llena solo de hojas que brotan de la tierra junto a otra sección de hojas gigantes que se enroscan hasta convertirse en tallos individuales de, como poco, medio metro de alto, me pregunto dónde estará la planta de la que salió la sandía que me he comido en el desayuno.

—¡Grace! —Maroly me saluda desde el otro extremo del huerto. Está de rodillas sobre la tierra—. ¿Qué haces aquí fuera?

Salvo la distancia que nos separa con un ligero trote.

—Pues se me ha ocurrido venir a ver si necesitabas ayuda. ¿Qué puedo hacer?

—Ay, no hace falta que hagas nada —me contesta—. Los martes me paso toda la mañana en el huerto, echando fertilizante y arrancando hierbajos.

—Soy un as arrancando hierbajos —le comento—. Era mi tarea en el huerto de mi madre.

—Bueno, si insistes, vale. —Me brinda una sonrisa—. Muchas gracias.

Me arrodillo a su lado en el suelo y me pongo a tirar de un par de hierbajos que salen de la tierra, desde la raíz.

—Vivimos tan lejos de los pueblecitos más cercanos que me resulta imposible ir a comprar con cierta regularidad —me cuenta Maroly mientras trabajamos en equipo—. Así que nuestro huerto es una necesidad y por eso cultivo tantísimas cosas.

—¿Dónde está el pueblo más cercano? —pregunto levantando la vista hacia las oscuras y abruptas montañas que se alzan imponentes sobre todo—. Durante nuestra caminata, Hudson y yo no nos encontramos con nada ni nadie hasta que llegamos a vuestra granja.

—Porque nuestra granja es lo único que hay a este lado de las montañas en kilómetros a la redonda.

Maroly arranca de la tierra un par de gruesos hierbajos con unas espinas gigantes como si nada, y las deja en el montoncito que tenemos en medio de las dos, que va creciendo poco a poco.

Le miro las manos, y me imagino que las tendrá llenas de heridas y con sangre por el esfuerzo, pero la piel sigue igual de tersa y perfecta que ayer cuando nos sirvió la cena.

¿Cómo puede ser? Los tallos de esos hierbajos estaban llenos de espinas. Es imposible que los haya evitado todos. ¿Qué significa eso entonces? ¿Que su piel es diferente a la humana? ¿Cuesta más atravesarla?

Es una idea descabellada, sobre todo teniendo en cuenta que su piel se parece a la mía. Pero, cuando arranca sin hacerse daño otro manojo de hierbas del mismo tipo, supongo que será eso.

Para comprobar mi teoría, me lanzo a por un manojo de esa misma clase de hierbajos. Y aparto la mano murmurando una palabrota entre dientes, pues varias de las espinas me han hecho una herida con solo tocarlas.

—¡Grace, ten cuidado! —me dice Maroly mientras me llevo el dedo herido a la boca—. ¿Te has hecho daño?

—Un poquito —le contesto—. Ha sido culpa mía, me he descuidado.

—¿Por qué no te encargas de esa sección de ahí? —me propone señalando con la cabeza una zona en la que parece que crecen lechugas—. Por lo general esas malas hierbas son un poco menos agresivas.

Me cambio para echar un ojo a la zona, y resulta que Maroly tiene razón. Así que me paso la hora siguiente gateando de una hilera a la otra, arrancando todos los hierbajos que me encuentro.

Maroly hace lo mismo, y a media mañana ya hemos dejado todo el huerto libre de intrusos.

—¡Ahora toca la parte divertida! —me dice mientras llevamos las malas hierbas a un contenedor de compostaje que hay cerca.

—¿Recoger las hortalizas? —intento adivinar.

—¡Eso es! Una de mis actividades favoritas de la granja es salir y recoger alimentos con los que puedo preparar todas las comidas de un par de días. Hubo una época en la que era la única actividad que disfrutaba.

—Entonces ¿no has vivido aquí toda tu vida? —Volvemos al huerto, y observo con asombro cómo Maroly arranca de la tierra un puñado de hortalizas moradas similares a los espárragos.

—¿Yo? —pregunta riéndose—. No, qué va. Esta granja pertenece a la familia de Arnst desde hace generaciones, pero yo apenas llevo aquí unos doce años. Nos conocimos en la universidad y nos enamoramos, pero no tenía ni idea de dónde me estaba metiendo cuando di el paso y lo seguí hasta aquí.

Ahora es su turno de observar las montañas. Pero, a diferencia de observarlas con desconfianza, como yo, en su cara se va reflejando cada vez más la melancolía cuanto más tiempo las contempla.

—¿De dónde eres? —pregunto. No es que me conozca todas las ciudades del Reino de las Sombras, pero por algún sitio tengo que empezar, y esta me parece una opción tan buena como cualquier otra.

—Pues de un pueblecito a unos ochenta kilómetros al este de las montañas, creemos que deberíais buscar asilo allí —me contesta un segundo después—. Se llama Adarie.

—Y ¿lo echas de menos? —pregunto siguiendo la conversación mientras nos alejamos de las cosas esas que se parecen a los espárragos y Maroly corta un par de hortalizas grandes, con una forma rara, de lo que semeja una parra (por lo visto, es el calabacín del Reino de las Sombras), mientras yo las meto en una cesta que Maroly me ha dado para que la lleve. ¿O no tiene nada que ver con los calabacines?

—Pues sí. Muchísimo. Pero a Arnst le encanta vivir en la granja, y a Tiola también. —Suelta una risilla, y añade—: A mí casi todos los días también, aunque el horario sea matador.

—Eso he oído de la vida en la granja —le comento—. Que hay que dedicarle muchas horas.

Miro a mi alrededor: me fijo en las cestas de verduras que ya hemos recogido, y en la gran parte del huerto que todavía nos queda por recolectar, y me pregunto si estaría hecha para la vida en una granja. Supongo que tendré que empezar a plantearme esa clase de cosas, cómo será mi vida aquí, en Noromar.

Me muerdo el labio. Siempre he querido ser bióloga marina. Me apuesto lo que sea a que la vida marina del Reino de las Sombras es superinteresante. Pero, entonces, hundo los hombros al recordar que lo más probable es que la reina nos mate si nos encuentra. Todavía no sé mucho de este reino, pero estoy casi segura de que se acabaron los viajes para mí.

—Las granjas requieren muchísimo trabajo —coincide, y me saca de mis pensamientos—. Pero, bueno, Grace, cuéntame cosas de ti.

—Ah, no es que haya mucho que contar. Mis padres fallecieron hace año y medio.

Es la primera vez en mucho tiempo que lo digo en voz alta, y vuelvo a sentir que me dan un puñetazo en el estómago. Por una parte, porque me parece imposible que haya pasado tanto tiempo de su muerte; y, por otra, porque los echo de menos. Mucho.

Convivir con Maroly, Arnst y Tiola, hacer con ellos cosas que haría cualquier familia, lo revive todo. Me cuesta no pensar en mi madre estando aquí, ayudando a Maroly con el huerto. O en mi padre cuando veo cómo Arnst le toma el pelo a Tiola. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que viví momentos familiares como estos, y se me hace más duro de lo que debería. Mucho más duro de lo que me gustaría.

De todas formas ahora estoy en otro mundo. O reino. O como sea que lo llamen. ¿Cómo no voy a tener morriña si lo único que me resulta familiar son las personas? El resto parece sacado de otro planeta, de otra galaxia, de otro universo.

—Lo siento mucho —me dice Maroly en voz baja.

—Ya, yo también. —Esbozo una sonrisa para amortiguar las palabras. Luego le cuento todo el rollo de mi vida con el tío Finn y Macy en el instituto Katmere.

—¿Allí fue donde conociste a Hudson? —me pregunta—. ¿En el instituto Katmere?

—Sí, podría decirse que sí. —No sé por qué, pero no quiero que esta gente sepa todo lo que vivió Hudson en nuestro mundo. Si hay

alguien que se merece empezar de cero es él.

—Y ¿a él no le importa tu poder? —Estira el brazo para coger uno de los melones cuadrados en los que me he fijado antes; usa unas tijeras para cortarlo de la planta.

—¿Mi poder? —repito—. Ah, no. Yo no soy como el resto de los alumnos del instituto. Soy humana, no paranormal. No tengo ningún poder.

Maroly se detiene en seco mientras corta otro melón y se vuelve para mirarme.

Espero que haga algún comentario de consuelo, del tipo «No importa» o «Bueno, el poder está muy sobrevalorado». Todo lo que me decía a mí misma cuando intentaba entender cómo era posible que alguien como Jaxon quisiera estar con alguien como yo.

Pero Maroly no hace eso. No le quita importancia a lo del poder ni nada. En cambio entrecierra esos preciosos ojos morados que tiene, como si intentase mirar en mi interior, y me pregunta:

—¿Estás segura?

—¿Segura de qué? —le pregunto confundida.

—De que no posees ningún poder. Porque se me da muy bien sentir la magia y, en mi opinión, me parece que tienes muchísima dentro de ti.

52

A VER SI DESC-UBRES OTRA FORMA (GRACE)

Al día siguiente sigo pensando en la conversación con Maroly después de haberme pasado tres horas intentando ordeñar a una braca. Y con «intentar» me refiero a que he hecho de todo menos conseguirlo. Si tuviera algo de magia habría acabado con esa alimaña en el instante mismo en que una de sus ubres de seis lados me ha salpicado en la cara.

Todo ese rollo de que yo tenga magia no tiene sentido alguno, pero tampoco lo tiene casi nada de lo que dijo sobre mí.

—Uy, yo no tengo magia —le aseguré cuando sacó el tema—. Mis padres tampoco. Supongo que mi padre en teoría era brujo, pero perdió los poderes cuando se casó con mi madre y abandonó su aquelarre. Yo nunca he tenido ninguno.

—Yo no estaría tan segura de eso —refutó mientras se movía con gracia entre las hileras de plantas y se ponía a recolectar manojos de lechugas del color de las berenjenas—. La magia se manifiesta de forma distinta para cada uno, Grace.

—Puede que sea así aquí, en Noromar, pero en mi hogar o la tienes o no. No hay puntos intermedios.

—Mmmm. Suena a que vienes de un mundo de lo más cruel.

Quería rebatirle ese comentario también, pero en realidad tiene razón. Nuestro mundo es muy cruel en una gran cantidad de sentidos. Sentidos que nada tienen que ver con la magia y mucho con el dolor.

Pero solo porque tenga razón en eso no significa que la tenga en todo. Porque yo no tengo magia y, desde luego, ningún poder. Estoy bastante segura de que me habría dado cuenta a estas alturas.

Mi mente vuelve de golpe al momento en el que el dragón nos atacó y cómo, sin saberlo, nos hice a Hudson y a mí a prueba de

fuego, pero niego con la cabeza. Seguramente haya una muy buena razón por la que ocurrió aquello. No sé cuál, pero estoy segura de que hay una explicación muy sencilla.

Porque no es que ninguno de mis amigos pudiera esconder su magia aunque quisiera. Entonces ¿cómo es posible que yo lo haga?

Como si quisiera demostrar mi argumento, Hudson se desvanece desde el otro lado de la pradera hasta donde estoy descansando de mi tarea de ordeñar, bajo unos árboles altos con aspecto de sauce con hojas del tamaño de una silla desplegándose desde los finos troncos. Atraviesa los casi trescientos metros en el tiempo que yo tardo en exhalar el aliento que he tomado al reparar en su presencia.

Sí, costaría muchísimo ocultar semejante velocidad.

—Me imaginaba que estarías aquí —comenta mientras se desploma en el suelo, a mi lado, y se apoya contra el enorme tronco nudoso—. Escaqueándote.

Empiezo a decirle «deberías irte a la mierda», pero la última vez no me fue muy bien, así que me muerdo la lengua en el último momento. Como respuesta le saco el dedo sin más.

—¿Eso es una invitación? —pregunta con las cejas enarcadas.

—¿Para que te vayas a tomar por culo? —espeto—. Pues sí. Sí que lo es.

—Hala. Hoy no dejas pasar ni una, ¿eh, Grace? Me ofendes. —Me mira con su aspecto más angelical. Normalmente eso haría que me echara a temblar pensando en lo que puede haber hecho, pero hoy ya me ha tocado bastante las narices.

—Yo en tu lugar intentaría por todos los medios no quedarme dormido esta noche —contesto mientras bajo las manos para escurrirme la leche de la camiseta.

—Oye... —Levanta ambas manos para fingir inocencia—. Eres tú la que se burlaba de mí anoche diciendo que los vampiros no estaban hechos para ser lecheros.

Pongo los ojos en blanco. Con ganas.

—Eso no significa que quisiera que me ofrecieran voluntaria para ordeñar ubres esta mañana.

Se ríe y le salen arruguitas en los ojos, cosa que le da un aire travieso.

—¿Qué quieres que te diga? Soy un feminista certificado, nunca se me ocurriría sugerir que no podrías hacerlo mejor que un hombre.

Será pesado...

Por mucho que quiera seguir cabreada con él, no lo consigo, porque recuerdo con todo detalle la forma en la que la conversación sobre las tareas ha empezado esta mañana: conmigo teniendo un ataque de pánico al pensar que este era nuestro último día en la granja. Arnst ha comentado que había visto una nube de polvo por el sudoeste, lo cual quería decir que el ejército de la reina estaría lo bastante lejos mañana por la mañana, y que teníamos que intentar llegar a Adarie antes de que nadie nos descubriera (y nos matara).

—Eres un capullo —murmuro sin maldad alguna.

De la nada, un fuerte rugido grave reverbera por el claro. Hace que se me erice el pelo de la nuca mientras miro a mi alrededor en busca de algún animal salvaje de color morado que hubiera pasado desapercibido hasta el momento.

Pero Hudson suelta una risa y se da toquecitos en la espalda.

—No pasa nada, Humito. Grace no pretendía ser cruel. Es solo que ella es así.

Cómo no. Es la puta sombra. En realidad no le he hecho nada, pero no sé por qué me odia cada vez más. Puede que sea porque quiere más a Hudson y, como intercambiar insultos es nuestro pan de cada día, me odia en general y punto.

Sea como fuere, no mola que te odie una criatura que adora a todo el mundo.

—¿En serio tiene que ir contigo a todas partes? —refunfuño.

—Es mi sombra —responde encogiéndose de hombros.

Y no puedo evitarlo, rompo en carcajadas, que es exactamente lo que él quería. Lo sé por su sonrisa satisfecha.

—Maroly te ha preparado la comida —anuncia Hudson mientras coloca una cestita de pícnic entre nosotros—. He intentado decirle que apenas hemos trabajado y no necesitábamos un descanso, pero no ha dado el brazo a torcer.

—Hablarás por ti —replico echando la cabeza atrás—. Yo me he pasado toda la mañana cubierta de leche de braca. Y he de decir que no es que huela muy bien. Estoy segura de que la tengo hasta en los poros.

Hudson se inclina hacia delante y finge aspirar hondo. Cuando lo hace, Humito me bufa como advertencia, pero la ignoro. Mi nuevo plan para lidiar con la mascota de Hudson es fingir que no existe

cuando hace algo que me fastidia; es decir, casi cada minuto del día.

—Tienes razón —afirma unos segundos después—. Hueles que apestas.

—Hala. —Le lanzo una mirada medio divertida, medio ofendida —. Gracias.

Saca varias cosas de comer de la cesta y dos botellas de agua, después me ofrece un sándwich. Parpadea con todo su encanto masculino elevado a la enésima potencia.

—¿Tregua?

—Uy, no va a haber tregua, Vega. No me rendiré. —Entrecierro los ojos y pongo la voz más espeluznante que me sale—. Solo venganza. Y muerte.

—¿Muerte? ¿En serio? ¿No te parece demasiado extremo que...?

Me pongo en pie de un salto antes de que acabe la pregunta y empiezo a correr hacia un pequeño claro entre los árboles al final del lago. Hudson me sigue, tal y como sabía que haría.

—¡Vamos! —insto mientras empieza a salvar el espacio que nos separa. Un poco más cerca. Un poco más cerca. Un poco... Salto a la derecha en el último segundo.

La velocidad a la que iba Hudson hace que se vaya hacia delante y caiga de pleno al lago. Que, después de explorarlo ayer, descubrí que no tiene orilla. Esto significa que Hudson no se moja solo las piernas... sino que se hunde hasta el fondo en el agua color lavanda.

53

A LO HECHO, PECHO
(GRACE)

—¿Qué coño te pasa? —me dice Hudson cuando sale en busca de un poco de aire y se aparta el pelo mojado de la frente.

Me estoy riendo tanto que apenas puedo oír la letanía de originales insultos que suelta por la boca. Ni puedo evitar partirme el culo cuando Humito se pone a aullar con todas sus fuerzas. Si no era ya su persona menos favorita del mundo, estoy convencida de que hoy me he ganado el puesto.

Pero, en fin, que Hudson se lo merecía. No voy a poder quitarme el olor a leche de braca del pelo en mi vida.

—¡Ya te he pedido perdón, Grace! —me grita al llegar con dos grandes brazadas a la orilla del lago.

Me cruzo de brazos y esbozo una sonrisa maléfica que bien podría interpretarse como un «te lo dije».

—Y yo te he dicho que no hay tregua, Hudson.

—Solo muerte. Ya, lo sé, me acuerdo. —Suspira en voz bien alta —. Al parecer, debería haberme tomado mucho más en serio tus amenazas.

—Eso parece —coincido. Justo después me paso el dorso de la mano por el hombro como para quitarme el polvo y me la soplo en un gesto de superioridad.

—Antes o después te la devolveré.

—Perdona... —Me llevo la mano a la oreja—. No te oigo con tanto lloriqueo.

Entrecierra sus brillantes ojos azules ante mi respuesta.

—El karma es un cabrón, Foster. Lo sabes, ¿no?

—¿Ah, sí? —le pregunto con aire inocente—. Pues no me había dado cuenta.

Después me vuelvo y regreso andando tranquilamente a mi árbol; y a la cesta de pícnic llena de comida rica que me espera allí.

Un par de segundos después oigo un chapoteo enorme, seguido por más aullidos de Humito. Por desgracia, no me ha dado tiempo ni a darle un bocado al sándwich de queso de braca antes de toparme con un Hudson Vega empapado plantado delante de mí.

—Me estás tapando el sol —le digo sin molestarme en levantar la mirada.

—Grace... —Noto algo en su voz que me obliga a dejar el numerito al instante.

Me pongo de pie de un salto, asustada por si con mi broma he hecho que Humito se ahogara sin querer. Pero no, está ahí, delante de mí, aferrándose a los vaqueros empapados de Hudson.

—¿Qué pasa?

—Pues... —Suelta un suspiro larguísimo—. Creo que necesito ayuda.

—¿Con qué? —pregunto, y después doy un par de pasos hacia atrás, desconfiada. Soy consciente de que todo esto podría formar parte de una venganza retorcida (no me sorprendería por su parte) y, además, si tan mala es la situación como para que Hudson me pida ayuda, cuanto más alejada esté, mejor.

—Creo que tengo algo en la espalda —me contesta; después se quita la camisa y se da la vuelta.

Grito. No puedo evitarlo. Me sale de dentro mientras se me estremece todo el cuerpo.

—¡La hostia, joder! ¡Joder, joder, joder, joder, joder! —Doy un paso más hacia él, lo justo y necesario para confirmar lo que estoy viendo y, bueno...—: ¡Joder!

—Me vendría bien que fueras algo más clara —me dice Hudson, y es admirable lo tranquilo que está dada la situación. Y dado que no le estoy ayudando en absoluto.

«Joder, Grace, recomponte, mujer.»

Inspiro bien hondo y suelto el aire despacio. Y consigo decir:

—Bueno, a ver, en realidad no es para tanto.

—Ya, creo que es tarde para decirme eso —me responde Hudson con sequedad.

—Bueno, supongo que tienes razón. —Suspiro y me tomo un momento para echarle narices a lo que estoy a punto de vivir—. A ver,

lo primero, te quiero pedir perdón, lo siento muchísimo. No tenía ni idea de que...

—¿Qué tengo, Grace? —estalla Hudson—. ¿Qué tengo en la espalda?

—Sanguijuelas. Tienes un par —«Siete, ¡tiene siete!»— de sanguijuelas en la espalda. Esto, es que... te las tengo que quitar.

—¿Podrás? —me pregunta y, a pesar de todo, parece genuinamente preocupado—. Si te da cosa, le pido a Arnst que...

Para eso tendríamos que hacer todo el camino de vuelta hasta la granja, y ni de coña quiero que el pobre de Hudson tenga esos bichos asquerosos en el cuerpo ni un segundo más de lo estrictamente necesario.

—No, tranquilo. Había sanguijuelas en el lago, en California. Mi padre me las quitó una vez cuando era pequeña, sé lo que hay que hacer.

No le cuento que, después, pasé varios días llorando cada vez que pensaba en esos gusanillos asquerosos chupándome la sangre. Vomitivo.

Como Hudson está de espaldas a mí, ni siquiera me molesto en intentar reprimir el escalofrío que me recorre.

—Lo siento muchísimo, Hudson. De verdad, lo siento un montón. Nunca lo habría hecho a sabiendas, en serio.

—No pasa nada, Grace. Tú solo dedícate a...

—Quitártelas. Sí, me pongo a ello —le contesto, justo antes de inspirar hondo y meter la uña del dedo meñique entre la repugnante boca de la sanguijuela y la para nada repugnante piel de Hudson.

No me cuesta nada quitársela (por suerte) y la lanzo tan lejos de nosotros como puedo.

—Una menos —digo contenta, o todo lo contenta que puedo estar mientras se cierne sobre mí la amenaza de echar la pota ahora mismo.

—¿Queda una? —me pregunta poco convencido. Y, a ver, normal, le he dicho que tenía un par de sanguijuelas, pero debe de sentir el resto de los bichos en su cuerpo y sabrá que tiene más.

—Igual un par más —le respondo con voz débil.

Me imagino que se le irá la pinza, pero lo único que hace es suspirar y pasarse la mano por el pelo mojado.

—No quiero saber cuántas hay. Solo avísame cuando me las hayas quitado todas.

—Gran idea. —Inspiro hondo otra vez y, con mucho cuidado, le quito otra sanguijuela. Y otra. Y otra.

Dejo la más grande para el final, en parte porque temo que sea la que más problemas vaya a darme, y en parte porque no me apetece nada de nada tocar esa cosa. Es grande, negra y ahora mismo está enganchada justo en el centro del omóplato izquierdo de Hudson.

Pero se me debe de haber escapado algún ruidito o algo, porque él vuelve la cabeza para mirarme.

—Oye, ¿estás bien?

—Me da a mí que tendría que ser yo la que te preguntara eso a ti —le digo tragándome la bilis que me sube por la garganta—. Solo queda una.

—Estás un poco pálida. ¿Seguro que...?

—Puedo con ello, Vega. Soy yo la capulla que te ha hecho esto. Voy a solucionarlo. Y más teniendo en cuenta que estás siendo bastante majo con todo este asunto.

Y, al decirlo en voz alta, me resulta sencillo hacer de tripas corazón y coger el cuerpo de la sanguijuela con una mano mientras deslizo la uña del dedo índice (esta es demasiado grande para usar el meñique) por debajo de la boca del bicho. Se suelta haciendo un fuerte ruido de succión la mar de desagradable (ha sonado mucho más que el resto) y se me escapa un gritito al lanzarla bien lejos.

—Listo —le aviso, y suspiro aliviada—. Pero cuando volvamos a la casa vamos a tener que curarte las heridas.

—Grace... —Hudson intenta frenarme, pero paso de él y sigo hablando.

—Para que no se te infecte nada. He ido con cuidado para quitártelas como debe hacerse, pero...

—Grace, escucha... —Me mira con cara de preocupación, como si pensara que voy a perder la cabeza en cualquier momento. O como si pensara que ya estoy loca perdida. Pero solo quiero soltar todo esto para no tener, nunca jamás, que pensar otra vez en esas asquerosas sanguijuelas. O de que las haya tenido en la espalda por mi culpa.

Noto que las lágrimas se me agolpan en los ojos, pero me niego a dejarlas caer y sigo hablando:

—Así que no creo que te hayan pegado ningún tipo de bacteria ni nada por el estilo, pero aun así tienes las heridas abiertas, por lo tanto...

—Grace, escúchame. —Hudson me coge por la zona del bíceps con firmeza, pero sin hacerme daño—. Que no pasa nada.

—Si no vamos con cuidado se te pueden infectar, y lo siento mucho, muchísimo...

Hudson debe de haberse cansado de intentar tranquilizarme para que lo deje hablar, porque de pronto siento que me tapa la boca con un dedo todavía mojado.

—Ahora me toca a mí hablar —dice en voz baja—. ¿Vale?

Asiento.

—Genial. —Baja el dedo poco a poco, pero por la mirada de advertencia que me lanza no dudará en volver a usarlo si hiciera falta —. Lo primero, no pasa nada, solo han sido un par de sanguijuelas. No me duele y no me va a ocurrir nada, no se me van a infectar las heridas. En casos como este está bien lo de ser un vampiro y tal. Lo segundo, no estoy enfadado contigo. Sé que no lo has hecho a propósito. Y, para terminar, ¿esa última maniobra con la que me has tirado al lago? Ha sido la hostia. Que no te quepa la menor duda de que te la voy a devolver, pero una cosa no quita la otra. Una puta pasada.

—Sí, ¿no? —le respondo un instante después.

—Sí, de verdad. —Me lanza una mirada de falso enfado—. Aunque, te lo advierto, deberías temer las represalias.

—Ay, sí —le digo—. Estoy cagadísima.

Pero la verdad es que no. En absoluto. Porque ¿quién se podría haber imaginado que Hudson reaccionaría a todo este embrollo como lo ha hecho? Me ha hecho vivir la peor experiencia láctea de mi vida, y llevo toda la mañana cabreada. Lo he tirado al fondo de un lago que (sin yo saberlo) estaba lleno de sanguijuelas, y parece más preocupado por si estoy yo disgustada que por él.

Y eso me crea otro problema.

Me está empezando a caer bien este chico, y no tengo ni idea de qué se supone que debo hacer al respecto.

54

SE TE COME CON LA MIRADA (HUDSON)

Grace todavía está pálida, pero no tiene nada que ver con el aspecto que tenía hace unos minutos, así que por fin doy un paso atrás. Si hubiera sabido que iba a disgustarse tanto por lo de las sanguijuelas, me habría callado hasta que volviéramos a la granja. Aunque, por motivos del todo egoístas, me gusta saber que le preocupa que esté herido.

Humito, quien sorprendentemente ha estado callada desde que la he rescatado del lago, debe de tomarse mi retroceso como una especie de señal, porque empieza a arremeter contra Grace como si se acabara el puto mundo y ella fuera la responsable de todo.

No puedo entender nada de lo que dice, tampoco Grace, pero eso no detiene a la sombrita a la hora de llevar a cabo su tarea. Con cada gruñido y chirrido, le va ganando un poco más de terreno a la chica, hasta que esta, quien nunca se ha achantado conmigo, retrocede. Pronto, cada paso que Humito da hacia delante hace que Grace dé dos pasos atrás.

Es lo más gracioso que he visto en mucho tiempo, joder. Incluso antes de que Grace me mire y diga:

—¿Me echas una manita, Hudson?

—La verdad, es que creo que Humito se las apaña ella sola —declaro mientras me apoyo en el árbol más cercano para disfrutar del espectáculo—. ¿Tú no, pequeña?

La umbra aúlla, cosa que estoy casi seguro de que es una afirmación, antes de volverse hacia Grace y seguir chillándole un poco más.

—Ya vale, Humito. ¡Que ya lo pillo! —Extiende una mano para aplacarla, pero la sombra la ignora—. Ya me he disculpado con él.

¿Puedes dejarme en paz de una vez?

La umbra bufa como respuesta, lo cual hace que Grace entrecierre los ojos y le devuelva el bufido.

—Sabe que somos amigos, ¿no? —inquiere esta.

La pregunta en sí (y la cara que pone mientras me la hace) me deja tan descolocado que respondo antes de darme la oportunidad de pensar en ella.

—¿Es eso lo que somos, Grace? ¿Amigos?

Su mirada perpleja choca con la mía. No sé por qué está tan sorprendida. Y menos cuando estoy convencido de que, como mínimo, el cincuenta por ciento de las veces lo único que quiere es que desaparezca o me muera.

—Pensaba que sí —susurra.

Cosa que le vale otro bufido de Humito. Aunque ahora la perorata de la sombra no me parece tan graciosa. Ni tampoco la incomodidad de Grace.

—¡Humito! —Llamo a la sombra con una firmeza que hace que se vuelva para mirarme—. Deja a Grace en paz.

Ella me responde con un aullido fuerte e irritado, y después me da la espalda. Aun así, como deja de molestar a Grace, me conformo.

—Gracias —dice Grace un poco tensa.

Quiero pedirle perdón, asegurarle que somos amigos. Pero la verdad es que no sé si lo somos. Y creo que ella tampoco. Empañar el asunto con falsedades no va a hacer que sea más fácil de comprender.

—¿Quieres volver? —le pregunto.

—¿No habías dicho que Arnst nos ha dejado la tarde libre?

—Pues sí. —Me encojo de hombros—. Es solo que no sabía si querías pasar la tarde conmigo.

—Estoy bastante segura de que soy yo quien debería preguntarte eso —interviene—. Después de todo, te he cubierto de sanguijuelas.

—Pues tienes razón. Nos vemos luego. —Empiezo a marcharme.

—¡Por lo menos deberías llevarte un agua! —me grita.

Me echo a reír. No puedo evitarlo. Esa es la Grace que conozco y que a veces me cae bien. La que no cede ni un poco, ni siquiera cuando intenta hacer las paces.

—¿Qué? —Su cara no puede ser más inocente—. Hace calor aquí fuera.

Eso es una gilipollez y ambos lo sabemos. Pero lo dejo estar. En

vez de chincharla, cojo la botella que me ha ofrecido y me dejo caer en la hierba junto a ella, a pesar de que Humito nos haga saber que lo detesta.

Alargo una mano hacia la sombra y al principio parece que vaya a darme un mordisco. Pero al final me trepa por el brazo y se me enreda en el bíceps izquierdo.

Mientras tanto, Grace saca un sándwich de la cesta y empieza a comer. Pero solo da un par de mordiscos antes de envolverlo otra vez y guardarlo.

—¿No tienes hambre? —pregunto.

—De eso mismo quería hablar.

—Así que la botella no era solo una ofrenda de paz. —Finjo sorpresa—. Me dejas hecho polvo.

Pone los ojos en blanco.

—Estoy hablando en serio, Hudson.

—¿Quieres hablar sobre tener hambre?

—Quiero hablar sobre tu hambre —contesta—. Las sanguijuelas me han hecho darme cuenta de que...

—Un momento. ¿Las sanguijuelas te han recordado cómo me alimento? —No sé si debería hacerme gracia u ofenderme. Puede que ambas cosas. Seguramente ambas cosas—. ¿Qué cojones te hacía Jaxon?

Vuelve a sonrojarse, pero esta vez se le pone rojo hasta el cuello y el trocito de piel que revela la camiseta de Maroly.

—¡Vaya tela! —Se da una palmada con las dos manos en las mejillas para enfriárselas, pero solo consigue que el rojo se vuelva más pronunciado—. ¡No quería decir eso!

—Vale. —Espero que diga otra cosa, lo que sea, pero se queda ahí mirándome con los ojos como platos y muerta de la vergüenza. Hasta que al final le insto—: Y ¿qué querías decir?

—Quería decir que las sanguijuelas te han quitado sangre —contesta por fin entre dientes—. Sangre de la que, estoy segura, no puedes prescindir, ya que no...

—No me he alimentado durante dos años y medio —añado para ayudarla.

—Exacto. Joder, es que eso es muchísimo tiempo sin beber.

No tiene ni idea. Pero esa es la cuestión, ¿no? Me he esforzado mucho para que no supiera lo que es estar famélico.

—No pasa nada, Grace. Estoy bien.

—Lo sé. Es evidente. Solo quería decir que si tú...

—¿Si yo...? —No tengo ni idea de adónde quiere llegar con esto.

Respira hondo como hace cuando está atacada de los nervios. Juguetea con las perneras deshilachadas de sus vaqueros. Se aclara la garganta unas veinte veces. Y por fin anuncia:

—Solo quería decir que, si tienes hambre y necesitas alimentarte, puedes... —Vuelve a aclararse la garganta—. Puedes beber de mí.

55

NO ME FÍO NI DE MI (REINA) SOMBRA (HUDSON)

En cuanto proceso lo que me ha dicho, siento que los colmillos me estallan en la boca.

El hambre que he estado pasando por alto desde que salimos de la guarida cobra vida entre rugidos en mi interior, y me está suponiendo un esfuerzo titánico no aceptar la oferta de Grace. Aquí. Y ahora.

Pero el caso es que eso no está bien. No es una donante cualquiera de sangre de la calle. Ni tampoco es mi persona. No en ese sentido. Quizá ya no pueda leerle la mente como antes, pero sé a ciencia cierta que no es más que una chica con sentimientos de culpabilidad, y no pienso aprovecharme de eso, ni de coña. No pienso alimentarme de ella teniendo en cuenta que la idea la altera tanto que no es capaz casi ni de expresarla en voz alta.

Así que, a pesar de que todas las células de mi cuerpo me piden a gritos que me beba su sangre, niego con la cabeza.

—No tienes por qué hacerlo. Ya te lo he dicho, Grace, estoy bien.

—Ya sé que no tengo por qué hacer nada —me contesta—. Solo te estoy haciendo saber que, si necesitas alimentarte, me tienes aquí.

—Vale. Gracias. Lo tendré en cuenta. —Sé que estoy siendo brusco, pero es que..., joder. ¿Qué se supone que tengo que hacer cuando lo que en realidad me apetece contestarle es un «por favor, ya»?

Le cambia la cara ante mi tono de voz.

—Perdona si me he pasado de la raya. No es que quisiera...

Joder...

—Grace, que no pasa nada. Te agradezco la oferta, de verdad. Pero estoy bien.

Me escruta la cara con esos enormes ojos marrones, y no sé qué anda buscando. Me fijo por primera vez en las motitas doradas que tiene en mitad del iris. Son preciosas. Grace es preciosa, por muy cabezota que sea.

—Bueno —dice Grace con un tono de voz cargado de una alegría muy forzada—. ¿Qué quieres que...? —Se calla al ver a Arnst cruzando el claro corriendo, moviendo los brazos como si intentara guiar un avión en un aterrizaje complicado.

—¡Grace! ¡Hudson!

Los dos nos ponemos en pie de un salto, pero esta vez no me molesto en esperar a Grace y me desvanezco por el prado, con el corazón latiéndome a toda velocidad.

—¿Qué pasa? ¿Maroly y Tiola están bien?

—Sí, sí, están bien —jadea al tiempo que se inclina para apoyar las manos en las rodillas mientras sus pulmones se esfuerzan por conseguir un poco de aire.

No me lo termino de creer. Si ha venido corriendo tan rápido como para quedarse sin aire, algo malo pasa. Algo muy malo. Pero todavía no sé qué es.

—¿Qué pasa? —pregunta Grace cuando llega a nosotros corriendo.

Niego con la cabeza, pero me percato de que Arnst lleva una mochila enorme colgada al hombro. Al verla me siento intranquilo por dentro. No sé por qué me pone tan nervioso, la verdad.

Sin dejar de jadear, Arnst nos mira con los ojos como platos.

—Lo siento muchísimo —nos dice, cosa que, la verdad, estoy seguro de que es una frase en clave para «Estáis en la mierda, chicos».

Pero Grace no se ha dado cuenta. Todavía no, al menos. Está demasiado ocupada preocupándose por su amigo para ver que algo importante no marcha bien. En cambio, le da un par de palmadas en la espalda y le dice:

—Tranquilo, descansa un poco.

—No puedo —contesta, y por fin se yergue—. Y vosotros tampoco. Tenéis que iros ya. Marchaos.

—¿Irnos? —repite Grace, y me mira sin entender lo que está pasando.

—Tenemos que irnos de la granja —le digo. Ya noto la adrenalina recorriéndome el cuerpo, y estoy haciendo acopio de todo mi

autocontrol para no echarme a Grace a la espalda y desvanecernos de aquí echando hostias.

—Pero no lo entiendo. —Grace nos mira, primero a uno y después al otro—. Creía que íbamos a esperar a ver qué nos decía la amiga de Maroly...

—Nos ha vendido —explica Arnst con seriedad—. Le ha dicho a la reina de las sombras que dos desconocidos han cruzado la barrera. La reina ya ha enviado a un séquito de soldados para deteneros y llevaros ante ella.

—¿Detenernos? —pregunta Grace.

—Les hemos dicho que os habíais ido, pero no nos creen. Insisten en registrar la granja. Maroly y Tiola los están guiando en una visita larguísima por el granero. Van a contenerlos todo lo que puedan para intentar daros toda la ventaja posible para que escapéis. —Me lanza la mochila—. Pero os tenéis que ir... ya.

Asiento, pero tengo la mirada clavada en la granja que se alza a lo lejos, en un intento de usar mi visión sobrenatural para ver si los soldados nos han visto o no. Hasta ahora tiene pinta de que Maroly los está entreteniendo al otro lado de la granja.

Mientras, Arnst sigue dándonos indicaciones:

—Cruzad las montañas, pero no cojáis los caminos principales. Tendréis que cruzar las montañas caminando y escalando. Cuando las superéis, tendréis otro trecho de unos ochenta kilómetros al este, hasta un pueblo que se llama Adarie. Es el pueblo que os contamos que dirige un extranjero que puede mantener alejada a la reina. Es vuestra única esperanza.

—Adarie —repito, y me planteo si puede llegar a ser una trampa. Y me planteo si importa que lo sea o no. Tampoco es que tengamos otro sitio al que ir.

Veo que algo se refleja en los ojos de Arnst, pero desaparece muy rápido y no consigo identificarlo. ¿Enfado? ¿Vergüenza? Ojalá lo supiera. Quizá tendría más idea de lo que debemos hacer si le hubiese hecho las preguntas que tenía sobre la reina de las sombras antes de que Grace me lo impidiese.

—Maroly es de allí —nos recuerda Arnst al final—. He vivido allí una temporada. Es un buen pueblo, y las personas que viven en él son buena gente —nos asegura—. El primo de Maroly regenta la posada. He metido una carta en la mochila para él. La ha escrito Maroly.

Cuando lleguéis, buscadlo y le dais la nota. Os ayudará. —Arnst empieza a retroceder—. Os he metido un poco de dinero también en el bolsillo de delante. No es mucho, pero debería bastaros para comprar algo de comida, ropa y para pasar un par de noches en la posada. Buena suerte —nos dice, pero tiene un aspecto tan serio al decirlo que más que un deseo de fortuna parece un mal augurio. Y todo eso antes de que haga una pausa y añada—: Que los soles siempre alumbren vuestro camino.

Entonces da media vuelta y regresa corriendo por donde ha venido tras dejarnos a Grace y a mí mirándonos, con una mochila en nuestro poder, sin saber ninguno qué hacer con ella.

56

CARGAR CON UN PESO A LAS ESPALDAS (GRACE)

—¿Qué hacemos? —le pregunto a Hudson mientras el pánico me embarga.

Él sigue tranquilo e intento convencerme de que eso es bueno; pero la realidad es que Hudson casi siempre está tranquilo, así que su falta de miedo no me indica si cree que estamos jodidos o no.

Antes de que pueda contestar, Humito suelta el aullido más patético que le he oído soltar, y eso ya es decir. Se despega del brazo de Hudson y se lanza a sus pies, donde se agarra tan fuerte como puede.

Cuando lo hace él me mira con el pánico más absoluto en los ojos, pero no sé qué decirle. Si vamos a huir, llevarnos a la sombra más ruidosa que existe quizá no sea la mejor idea. Al mismo tiempo no parece que vaya a ser sencillo dejarla aquí. Y le romperíamos el corazoncito.

Conozco esa sensación. Los Vega dejan huella.

Al final, fruto de la desesperación, Hudson se agacha junto a ella y le pasa una mano por el lomito.

—Todo irá bien —le asegura—. Yo también te voy a echar de menos.

Su única respuesta es lanzarse a sus brazos y aferrarse incluso con más fuerza. No está llorando, lo cual es una sorpresa, pero quizá es porque sabe que las lágrimas no pueden arreglarlo. Nada puede.

Nerviosa, echo un vistazo al claro.

—Está haciendo mucho ruido, Hudson.

—Ya lo sé, Grace —contesta; cada una de sus palabras destila frustración—. Tengo que irme, Humito. Lo siento. —Entonces se inclina hacia delante y susurra tan bajito que tengo que esforzarme

para oírlo—: Te quiero.

Aunque igual esa era la idea. Que se suponía que no tenía que oírlo. No me cabe duda de que no considerará bueno para su imagen que se sepa que le tiene cariño a la sombrita que lo ha adoptado. Y quizá con su familia, con la madre que le ha dejado esa horrible cicatriz a Jaxon, no lo sería.

Pero ¿conmigo? Solo es una señal más de que este chico es muy diferente de lo que me imaginaba cuando nos despertamos en la guarida. Más de lo que cualquiera se llegaría a imaginar, creo yo.

De repente se oye un ruido en la espesura de los árboles, más allá del claro. Hudson levanta la cabeza de inmediato y suelta a Humito.

—Vete —le pide—. ¡Ya!

Parece que quiere discutir, pero debe de reconocer la firmeza de su voz porque empieza a correr para atravesar el claro hacia el lago, todavía aullando y llorando.

A medida que los crujidos entre la maleza se tornan más sonoros, miro a Hudson y le vuelvo a preguntar qué hacemos por segunda vez en la misma cantidad de minutos.

—Correr.

No se molesta en preguntar si quiero que me lleve para que podamos desvanecernos. En vez de eso, me coloca la muy pesada mochila sobre los hombros y prácticamente me lanza a su espalda.

En cuanto le envuelvo con los brazos y piernas, y sabe que estoy bien sujeta, echa a correr tan rápido que casi me caigo.

—¡Agárrate! —grita, y parece que esté cogiendo velocidad, porque con cada zancada que da vamos un poco más rápido, hasta que el mundo que me rodea no es más que un borrón.

Cuando llegamos a los árboles al otro lado del claro, me doy la vuelta; justo a tiempo para ver a un grupo de soldados que irrumpen en la pradera.

—¿Nos han visto? —pregunta Hudson mientras, no sé cómo, consigue ir más deprisa.

—No vienen hacia aquí, así que no creo.

—Bien.

Me doy la vuelta hacia delante otra vez y me doy cuenta de algo.

—¡Espera! —le digo—. ¡Vas en la dirección que no es! ¡Arnst ha dicho que tenemos que ir por las montañas!

—Sé lo que ha dicho. —Pero no hace ademán de darse la vuelta.

—¿Crees que está mintiendo? —pregunto—. ¿Por qué se tomaría la molestia de advertirnos de la presencia de esos tipos si lo que quiere es jodernos?

—No lo sé —revela Hudson sombrío—. Pero ahora mismo no es que confíe en nadie.

Tiene sentido. Yo tampoco me siento con muchas ganas de confiar en nadie.

—Entonces ¿cuál es el plan? Además de correr como locos.

Acelera un poco más.

—Pues ese es más o menos el único plan.

—Ya, lo que me temía.

Durante kilómetros Hudson corre a tope conmigo como su mochila personal. Intento apoyar el menor peso posible, pero no hay mucho que pueda hacer en esta situación; no me queda otra que agarrarme con fuerza para que no tenga que preocuparse de que me caiga.

Yo tampoco quiero tener que preocuparme por ello, no a estas velocidades. Por primera vez en la vida entiendo lo que se debe de sentir siendo piloto de Fórmula 1, y he de decir que no le veo la gracia. No cuando un errorcito de nada podría significar la muerte instantánea.

De solo pensarlo el pánico se me hace bola en lo más profundo del estómago, pero que me ponga a flipar ahora mismo no va a ayudar a Hudson. Desde luego, no va a mantenernos a los dos con vida. Así que echo el pensamiento a un lado y me agarro con fuerza, no solo a Hudson, sino también a mi autocontrol, y me prometo que ya casi ha acabado.

Que acabará en algún momento.

Solo que no ahora.

Por primera vez desde que Maroly me dijo que tenía poderes (magia), desearía que fuera cierto. Porque así encontraría la forma de utilizarla para quitarnos de encima a los esbirros de la reina de las sombras. Encontraría la forma de usarla para mantenernos a Hudson y a mí a salvo.

No sé cuánto tiempo se pasa Hudson corriendo. El tiempo no parece real cuando el mundo que te rodea no es más que un borrón continuo de luz.

Sin embargo, llega un punto en el que ralentiza lo suficiente para

que yo me dé cuenta de que, en el suelo delante de nosotros, se abre una grieta ancha y profunda. El corazón me late como una ametralladora en el pecho cuando vuelve a incrementar la velocidad y descubro qué es lo que planea hacer.

—Oye, oye, ¿qué estás hacien...? —Me interrumpo cuando salta por encima del hueco como una puta gacela.

Y después vuelve a saltar por encima de otra grieta, esta incluso más amplia que la anterior.

Grito un poco, no puedo evitarlo, y entierro la cara contra la parte superior de su hombro. Hay cosas que una chica no tiene por qué ver, de verdad. Sobre todo una más a merced de la gravedad de lo que Hudson parece estar.

Tras haber viajado durante casi dos horas, por fin pisamos el terreno agrietado y repleto de pedruscos. No me siento los brazos y las piernas, aunque no quiero decir nada, no cuando Hudson es el que está cargando con todo el peso. Pero estoy agotada y me vendría muy bien un descanso.

Tengo que preguntarme si es verdad que Hudson ya no puede leerme la mente, porque solo corre unos cinco minutos más antes de parar por fin a tomar aire. Lo cual tendría que hacerme ilusión, pero soportar los calambres en las piernas después de haber ido a caballito durante dos horas no es precisamente fácil.

Aun así me las apaño y, con un poco de apoyo de Hudson, incluso consigo no caerme de culo en cuanto pongo los pies en el suelo. Aunque por poco, y Hudson me mira arrepentido.

—Lo siento. La próxima vez pararemos antes para que descanses.

—Me preocupas más tú. —Por primera vez desde que lo conozco está sudando. Además, está más pálido de lo normal; sus mejillas tienen una tonalidad grisácea y sus labios, normalmente exuberantes y rojizos, han adquirido una preocupante tonalidad entre morada y azul —. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Resta importancia a mi preocupación, como si no pasara nada—. Solo necesito descansar un par de minutos.

—Todo el tiempo que necesites —le aseguro mientras nos colocamos en el suelo. Y cuando digo «colocar», me refiero a desplomarnos.

Los árboles que nos rodean se parecen a los del lago, están boca abajo y las ramas crecen a lo largo del suelo, así que tampoco hay

sombras bajo las que podamos resguardarnos. Nos esforzamos por encontrar un poquito de protección contra el sol castigador, pero estoy bastante segura de que dentro de nada estaré quemada.

O me moriré de sed.

Un momento... Igual Arnst ha pensado en eso. Me incorporo, extiendo la mano hacia la mochila y tiro de ella para quitársela a Hudson de debajo de la cabeza.

—¡Oye! —se queja—. La estaba usando.

—Como almohada. —Pongo los ojos en blanco—. Yo tengo un mejor uso para ella.

Sigue dándome la lata, pero cuando se da cuenta de que he abierto la mochila y estoy rebuscando por ella, deja de quejarse.

—¿Hay algo útil?

—Pues sí, la verdad. —Le lanzo una de las seis botellas de agua que Arnst nos ha preparado y cojo otra para mí—. No te la bebas toda de una —le chincho.

Hudson abre el tapón y se bebe de un largo trago la mitad de la botella.

—¿Hay más? —pregunta.

—Sí, unas pocas.

Asiente y se la acaba, después vuelve a tumbarse en el suelo y cierra los ojos.

Estoy preocupada por él.

Nunca lo había visto cansado, y ahora mismo parece completamente exhausto. También es cierto que la mayor parte del tiempo que hemos pasado juntos ha sido encerrados en una habitación sin hacer casi nada. Así cuesta bastante cansarse.

Pero nunca había estado de esta forma, ni siquiera en la granja o después de la increíble pelea con el dragón. Está hecho polvo.

—Oye —digo después de que pasen varios minutos interminables y él no se mueva ni un ápice—. ¿Va todo bien?

Abre un ojo y me mira receloso.

—Sí. ¿Por qué?

—No lo sé. Es que te veo...

Vuelve a cerrar el ojo.

—¿Como si hubiera corrido más de trescientos kilómetros con otra persona a la espalda?

Su tono destila tanta ironía que hace que me ponga de mal

humor. Pero creo que lo está haciendo a propósito, que quiere despistarme.

Pues no voy a caer. No ahora, cuando nuestro plan de huida (y nuestra seguridad en sí) depende de que esté lo bastante sano para subir las montañas. Ha habido varias ocasiones en las que Hudson ha ralentizado un poco y me he percatado de que ha estado corriendo hacia el norte la mayor parte del camino. Sin embargo, llegados a un punto ha girado hacia el este, hacia Adarie. No sé lo lejos que estamos del pueblo, pero supongo que estamos a casi cincuenta kilómetros por el oeste y ochenta al norte... y una cordillera escarpada se interpone en nuestro camino.

—Tienes que alimentarte. —Al contrario que antes, cuando estábamos junto al lago, se trata de una afirmación y no una pregunta.

Suspira con pesar.

—Estoy bien.

—No lo estás. Es evidente. Sé que solo he pasado un par de semanas en el instituto Katmere, pero nunca he visto a un vampiro con la pinta que tienes ahora mismo.

Eso hace que se incorpore de repente.

—Pues siento no estar a la altura de tu querido Jaxon.

—¡Eso no es lo que quería decir y lo sabes! —exclamo—. Solo estoy preocupada por ti...

—Ya, pues déjalo. —Se pone en pie y ¿qué? ¿Se supone que tengo que hacer como que no lo veo tambalearse?—. Me las apaño solo.

—¿Por qué estás siendo tan cabezota? —exijo saber—. ¿Tanto te molesta pensar en beberte mi sangre? Te prometo que no me haré ninguna idea rara.

—Ya, claro, eso es lo que me preocupa. —Pone los ojos en blanco —. Por si no te habías dado cuenta, princesa, somos fugitivos.

—Soy muy consciente —espeto entre dientes. No voy a pelear con él. No voy a pelear con él. No voy a pelear con él. Convierto esas seis palabras en mi nuevo mantra mientras respiro hondo y espiro poco a poco—. Y también sé que estás cargando con todo el peso al tiempo que corres. Así que necesitas recargar la energía que estás gastando. Es de lógica.

—Lo es —afirma—. ¿Sabes qué más es de lógica? —Señala al cielo—. El puto sol que nunca se pone en este puto reino. Y ya que es

evidente que eres experta en vampiros después de haber pasado dos semanazas en el Katmere, ilumíname, por favor: ¿cómo se supone que va a funcionar todo este plan tuyo de la alimentación si el sol nunca se pone?

Mierda. Parpadeo mientras lo miro.

—Se me había olvidado todo ese rollo de «no ponerte al sol cuando bebes sangre humana».

—Sí, ya veo. —Se mete las manos en los bolsillos y contempla las montañas con la mandíbula apretada.

—Seguimos teniendo un problema. No vas a conseguir atravesar las montañas si no bebes. No sin hacerte daño.

—Ya lo sé. En cuanto nos adentremos en las montañas, seguro que habrá animales salvajes o algo de lo que pueda beber. No pasará nada.

No suena entusiasmado, y no lo culpo. Beber de un animal salvaje con el que nos topemos sonará tan apetecible para él como a mí me suena comérmelo.

Pero las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, o eso dicen. Por lo menos Hudson reconoce el problema y entiende que tenemos que lidiar con él. Eso es lo que importa.

—¿Lista para seguir? —pregunta Hudson mientras recoge la botella que ha tirado antes.

—Sí. ¿Quieres que ande un rato?

Les echa un vistazo a las montañas que se alzan ante nosotros, enormes, de un color morado oscuro, e intimidantes de la hostia; después me vuelve a mirar a mí con una sonrisilla en la cara.

Y lo pillo. De verdad que sí. Incluso una persona que no está acostumbrada a hacer senderismo como yo sabe que esas montañas tienen paredes de roca escarpadas que están hechas para treparlas y no para caminar. Y si tenemos en cuenta que no disponemos de ningún equipo de escalada, estoy segura casi al noventa y nueve por ciento de que moriría durante la primera hora.

Pero sigo dispuesta a intentarlo, sobre todo si Hudson va detrás de mí para cogerme si me caigo, cosa que no me cabe duda de que hará. Seguramente más de una vez.

—No te preocupes, Grace —añade después de un instante—. No voy a desmayarme todavía.

—Me alegra escucharlo —contesto seca—. Porque, si lo haces,

ambos nos despeñaremos por la montaña.

—¿No lo sabías? Lo que te mata no es la caída, es el…

—El golpe —digo a la vez—. Sí, nunca me lo he acabado de creer.

Se ríe.

—Yo tampoco, la verdad. —Después se agacha—. Su carruaje, milady.

—Solo tú te referirías a ti mismo como un carruaje —digo con un resoplido mientras me pongo la mochila y me encaramo a su espalda.

—¿Cómo debería referirme a mí mismo? —pregunta moderándose—. ¿Un Ferrari?

Me parto de risa; lo rodeo con los brazos y las piernas, e ignoro la forma en la que los flexores de mi cadera protestan ante la idea de pasar varias horas en esta postura. Aunque ni de lejos tanto como estarían protestando si me cayera por la montaña una o diez veces, pero bueno. No están muy contentos. Nada de nada.

—Y ¿ahora qué? —pregunto en cuanto me aseguro de estar lo más agarrada que puedo.

—Ahora escalamos una montaña —responde Hudson.

Y procede a hacer eso mismo.

57

ESTO DE ESCALAR UNA MONTAÑA NO ES NADA (HUDSON)

Al empezar a escalar por lo que me parece otra pared de roca más en un sinfín de ellas, por fin admito que no he estado tan cansado en mi vida.

Ni siquiera cuando me declaré en esa pésima huelga de hambre en mi preadolescencia emo. En aquella época estaba convencido de que si aguantaba el tiempo suficiente sin comer, mi padre dejaría por fin su tortura mensual. Si él hubiera sabido que detestaba tanto ser enterrado vivo como para poner en riesgo mi vida ante la posibilidad de acabar con la situación, seguramente habría cesado. Por lo menos durante un tiempecito.

No funcionó. Pero aprendí dos cosas.

La primera, que la única razón por la que mi padre me ha llegado a querer en algún momento de su vida ha sido por el arma en la que tanto se ha esforzado por convertirme. Y, la segunda, que es peligroso tener tanta hambre.

Después de pasarme ocho meses en huelga de hambre, cometí un desliz. Era muy temprano, justo después de que mi padre me hubiese levantado de mi descenso, y todavía estaba un poco mareado y desorientado. Y me moría de hambre.

Una de nuestras criadas humanas estaba limpiando mi antecámara, y se le cayó un plato de cristal. Cuando se agachó para recogerlo, se cortó con una de las esquirlas. El aroma de la sangre inundó la sala y no pude resistirme. La ataqué.

No sé ni cómo conseguí frenarme antes de dejarla sin una sola gota de sangre en el cuerpo, pero faltó poco. Ni siquiera saber que todos los seres humanos que trabajan en la Corte Vampírica dan su consentimiento para que podamos utilizarlos para alimentarnos alivia

la culpa que siento desde entonces.

No forcejeó, ni siquiera intentó detenerme. Tenía su consentimiento. Y, aun así, no la maté de milagro. Aun así casi me paso de la raya.

En aquel momento llevaba ocho meses sin alimentarme. Ahora llevo dos años y medio, y he luchado contra un dragón y he corrido más de trescientos kilómetros a toda hostia, como nunca antes. En mi interior el hambre ha tomado forma de animal salvaje y se aferra a mis entrañas con sus zarpas. Me desgarra el alma con cada bocanada de aire que tomo.

Puedo mantenerla bajo control, pero no podré hacerlo si bebo de Grace. No si pruebo su sabor. Se cree que estoy siendo cabezota con el tema, pero no tiene ni idea de lo que alberga mi interior en este momento.

Por fin he conseguido escalar hasta la mitad de la pared, y busco un apoyo o asidero lo bastante profundo como para impulsarnos hacia arriba. Cuando por fin encuentro uno, está a unos noventa centímetros a la izquierda de donde esperaba que estuviera. A eso hay que sumarle que está tan alto que tengo que estirarme para asirme de él, y sé que me va a costar mucho tirar de nosotros hacia arriba. No es imposible (pocas cosas lo son), pero fácil tampoco.

—Cógete bien —le susurro a Grace, quien asiente lo justo para que me llegue la fragancia de fresas que emana de su pelo.

Entonces hace lo que le he ordenado y se coge con más fuerza a mi cuerpo. Con lo cual lo único que consigue es estrechar más el resto de su cuerpo contra el mío. Quizá no haya sido la mejor de mis ideas.

Aunque, bueno, nunca tengo mis mejores ideas estando famélico.

Aun así, la oferta que me ha hecho esta tarde me ha afectado de una forma en la que pocas cosas lo habían hecho hasta ahora. Se moría de la vergüenza de tener que sacar el tema a relucir, pero sin embargo lo hizo. Por mí.

Mientras busco otro apoyo al que asirme, me recuerdo a mí mismo que no debo darle demasiada importancia a su propuesta. Reconozco la piedad cuando la veo.

No quiero piedad ni compasión. No la quiero de nadie, mucho menos de Grace. No cuando sé que jamás ha mirado así a mi hermano, con pena.

No, es a Jaxon a quien quiere alimentar. A mí me dejaría que

bebiera de ella solo por obligación. Por culpabilidad. Por pena.

Son muchísimas razones para no aceptar lo que me está ofreciendo. No, no debería, y no lo haré. No pienso hacerlo. No importa lo hambriento que esté, o lo bien que huela así de pegada a mí.

Y oler huele de maravilla, joder. Vale, sí, a nadie le pasaría desapercibido el fuerte olor de la leche de braca, pero debajo hay otro perfume más exquisito que le recorre la piel.

Como si las flores, la canela y la cálida brisa estival invadieran mis sentidos con cada respiración. Su tacto es aún mejor: me rodea el cuerpo con los brazos y las piernas, y esas curvas dulces y perfectas se pegan a mi espalda.

Joder. Soy lo bastante listo para saber que no debería estar pensando en ella de esta forma. Lo que no sé es si soy yo quien está teniendo estos pensamientos o si es el hambre que ruge en mi interior la que me hace desearla de tantas formas diferentes aun a sabiendas de que no debería.

Apenas podría considerarnos amigos la mayoría de los días. Eso no cambia solo porque se haya pasado los dos últimos días echándoseme encima mientras duerme. Y eso no cambia porque se haya ofrecido a dejar que me alimente de ella, joder, ni de coña.

Lo único que demuestra eso es que es una persona decente, cosa que yo ya sabía. Un poco santurrona y una puta pesada, sí, pero buena persona al fin y al cabo. Eso no implica que ella esté pensando en mi piel pegada a la suya, ni en cómo mis colmillos le rozan y arañan la delicada piel del cuello justo antes de perforársela.

Solo de pensarlo me desconcentro, y me resbalan los dedos del pequeño saliente al que por fin había conseguido aferrarme.

Joder. Grace suelta un gritito cuando empezamos a deslizarnos, pero no pienso dejar que encontremos la muerte despeñándonos por una montaña, así que hundo la mano que todavía tengo puesta en la pared de piedra. Clavo las puntas de los dedos bien hondo en la roca para sujetarnos hasta recuperar la postura y poder utilizar la otra mano para salvarnos.

Me cuesta más de lo debido porque estoy más cansado de lo normal. Pero, por fin, consigo recolocarme lo bastante bien para seguir escalando. Cosa que hago, una mano después de la otra.

Y decido que nuestra casi caída por la pared de un peñasco es

justo el toque de atención que necesito para no perder la concentración.

En vez de pensar en los rizos de Grace, o en su sonrisa, o en lo divertida e interesante que puede llegar a ser, me limito a concentrarme en el hecho de que lo que siento, sea lo que sea, no es especial. No cuando ella no siente nada ni remotamente parecido por mí.

Como tampoco es especial el ofrecimiento que me ha hecho. Le habría ofrecido lo mismo a cualquiera que lo necesitara. Para Grace Foster yo no soy especial, y ella no es nada especial para mí.

No saldría nada bueno de imaginarme esto como algo distinto a una tregua de nuestras hostilidades. Está enamorada de mi hermano, y yo solo soy el sustituto pasable. Estaría bien que no se me olvidara.

—Ya casi estamos —susurra Grace. Siento su aliento cálido en mi oreja, pero lo ignoro, la ignoro a ella, todo lo que puedo.

Es la única forma que tenemos de llegar a la cima; si no, ni por casualidad.

58

CUEVA, DULCE CUEVA
(GRACE)

Tembloroso o no, Hudson Vega en modo héroe de acción total es un espectáculo para la vista. Los músculos trabajando, el esfuerzo del cuerpo, un poquito de sudor deslizándose por el costado del cuello hasta meterse por la camisa...

Si no estuviera tan preocupada por él, estaría disfrutando de las vistas.

Para qué voy a mentir, aun así las vistas son impresionantes. Sobre todo tan de cerca como lo estoy viviendo yo. Y sobre todo porque no parece que tenga que estar preocupada por él. Está escalando las montañas como una máquina bien engrasada.

Después de que haya llegado a la cima de la pared montañosa lisa con nada más que sus manos desnudas, ya no me puedo callar más.

—Tengo curiosidad. ¿Has elegido a propósito la parte más complicada de toda la montaña para intentar escalarla?

—Escóndete donde menos esperen encontrarte —contesta mientras da con otro lugar donde agarrarse, a pesar de que yo juraría de que no hay ninguno, y nos sube otros cuantos centímetros.

—*¿El arte de la guerra?* —pregunto.

Resopla.

—Sentido común. Y no estoy intentando escalar la montaña. La estoy escalando a la muy desgraciada.

—Sí, es verdad. —Me aclaro la garganta y trato de hacer como que no me doy cuenta de que otra gotita de sudor se desliza hasta el cuello de su camisa. A ver, que estamos hablando de Hudson. El hermano de mi (ya es hora de admitirlo) exnovio y se podría decir que mi amigo. Que me haya pasado las dos últimas horas con el cuerpo

pegado al suyo no significa nada. Solo que es muy buen chico.

Podría haberse facilitado la vida si me hubiera dejado tirada en cualquier momento durante el transcurso de estas horas. En vez de eso, aquí está, salvándonos a ambos, aunque esto lo mate a él. Puede decir que está bien todas las veces que quiera, pero yo sé que esto le está costando más de lo que admitirá jamás.

—Cuando subamos este trozo —anuncia Hudson con dificultad mientras sube otros cuantos centímetros—, voy a necesitar otro descanso.

Por fin.

—En realidad iba a sugerir que paráramos a pasar la noche pronto.

Espero que me lo discuta, sé que no quiere parar antes de lo debido. Pero no discute. De hecho, no dice nada más, lo cual me indica que está mucho peor de lo que me quiere mostrar.

Aunque cualquiera estaría cansado después del día que nos hemos pegado. A pesar de que el sol brilla sin pausa sobre nuestras cabezas, son casi las diez de la noche. Y estábamos trabajando en la granja a las seis de esta mañana, antes de que emprendiéramos la huida para salvarnos. ¿Tanto sorprende que ambos estemos exhaustos?

Levanto la vista a la cima de la roca que estamos escalando ahora mismo. Estamos a unos nueve metros de la cumbre, eso significa que nos quedan cinco minutos si Hudson sigue al mismo ritmo que hasta ahora. Y si hay asideros decentes. Y si no, nos despeñaremos en cualquier momento.

La lista de incertidumbres es larga cuando estás colgando de la ladera de una montaña. Y yo estoy agarrada a la espalda de un tío que cuelga de la ladera de una montaña. Pero en realidad estoy muy aliviada de no estar haciéndolo sola. Y de que sea Hudson con quien esté pasando esto. Puede que sea un bocazas, pero también tiene un aire de confianza constante que me hace sentir que esta pesadilla es factible.

Cinco minutos después (justos) llegamos a la cima de la pared de roca. Una vez allí intento ignorar el hecho de que delante de nosotros hay otra pared todavía más grande. Ese es un problema para mañana. Esta noche tenemos que centrarnos en encontrar algún tipo de refugio o protección para no ser blanco fácil en caso de que los soldados de la

reina de las sombras nos localicen de verdad.

Ah, y encontrar agua, porque pronto la vamos a necesitar.

Hudson parece más hecho polvo que antes si cabe, así que busco en la mochila y le lanzo una de las pocas botellas de agua que quedan mientras descansa contra la pared de roca. Después me coloco en el suelo para hacer inventario y ver exactamente qué nos ha metido Arnst en la mochila.

Resulta que ha metido un montón de cosas. Por eso pesaba tanto. Además de las botellas de agua, ha incluido dos latas llenas de las barritas de muesli caseras de Maroly para mí, una muda de ropa para cada uno de nosotros, un par de cuadraditos de tela bien doblados que son la versión de Noromar de la manta isotérmica, un cristal rojo con el que vi a Maroly encender el fuego, una navaja, un botiquín y una carterita llena de dinero. También ha metido algunos de los caramelitos que tanto me han gustado, y tengo ganas de darle un beso ahora mismo mientras me meto uno en la boca y continúo haciendo el inventario y volviendo a introducir el contenido en la mochila.

Al cabo de un rato el hambre que me reconcome las entrañas no se puede ignorar más. Me muero de ganas de devorar una de las barritas de muesli, tanto que la boca no deja de salivarme; así que cojo la lata y abro la tapa antes de obligarme a cerrarla. No puedo creerme lo hambrienta que estoy, y eso que yo solo he ido de paquete durante las últimas siete horas. No me quiero ni imaginar lo que estará sintiendo Hudson, y por eso mismo no soy capaz de comer delante de él.

Trago saliva y deslizo la mochila hasta él para que pueda usarla de almohada si quiere.

Solo que no la acepta como haría normalmente. De hecho, ni siquiera se mueve; jamás lo he visto sumido en un sueño tan profundo.

Convencida de que tengo que encontrar la solución a su problema de alimentación, agarro el botiquín de la mochila. Después miro a ambos lados, intento descifrar la mejor opción para encontrar agua o refugio y no me queda otra que admitir que no tengo ni puta idea.

Al final elijo ir hacia la izquierda porque sí. Y como lo último que quiero es que Hudson tenga que venir a buscarme, marco mi camino con una tirita del botiquín cada medio metro o así.

A esta altura de la montaña parece que podría alzar la mano sin más y tocar el sol. Por eso también noto que los rayos calientan más

de lo normal mientras vago por ahí. Si consigo encontrar agua, voy a necesitar como mínimo asearme, aunque sea sin darme un baño. Después de la experiencia de Hudson en la granja, no me hace especial ilusión la idea de meterme en algo que no sea una ducha con cañerías hechas por un profesional.

Llevo andando diez minutos cuando por fin me toca la lotería en forma de cuevecita en la ladera de la montaña. La entrada es tan pequeña que casi paso de largo, pero algo me dice que debería echar un vistazo.

Siento terror durante un instante. ¿Qué clase de animales viven en las cuevas del Reino de las Sombras si puede saberse? ¿Y estará viviendo alguno (si no muchos) en esta cueva ahora mismo? Hay muchas probabilidades, ¿no? A ver, ¿cuántas cuevas decentes en las montañas no tienen habitantes?

Seguro que muchas, me aseguro. Montones, en realidad, sobre todo aquí arriba, donde parece que hayamos sido las primeras personas en poner pie. No pasará nada.

Necesitamos un lugar para escondernos y así poder descansar de verdad. Esta cueva podría ser perfecta. Solo tengo que ignorar todas las películas de miedo que he visto en mi vida y entrar ahí para echarle un ojo.

Es más fácil decirlo que hacerlo, pero Hudson ha escalado media puta montaña solo con fuerza de voluntad. Sin duda yo podré entrar a gatas en una cuevecita de nada sin que me dé un ataque de pánico.

Respiro hondo y suelto el aire poco a poco. Vuelvo a inspirar y hago lo mismo. Para cuando llego a la tercera ronda ya me he mentalizado. Tengo que hacerlo. Voy a entrar. No me queda otra.

59

TENGO BUEN OLFATO PARA LOS CAPULLOS (GRACE)

La entrada de la cueva es tan pequeña que tengo que ponerme a cuatro patas para poder pasar. Hago caso omiso de la grava que se me clava en las manos desnudas (y del hecho de que la abertura que da al interior de la cueva es estrechísima), y rezo todo lo que sé mientras me contoneo para entrar.

Que no haya animales. Que no haya animales. Por favor, Dios mío, que no haya animales siniestros ahora que Hudson no está aquí para aprovechar su presencia.

En cuanto atravieso la entrada enana, cuyo tamaño resulta absurdo, la cueva se expande un montón. O al menos esa es la sensación que me da, teniendo en cuenta que aquí reina la oscuridad absoluta y no dispongo de linterna. Pero sé que posee la altura suficiente para poder ponerme en pie sin que mi cabeza roce contra el techo, y cuando estiro los brazos hacia delante no toco ninguna de las paredes.

Además, se está mejor aquí dentro que fuera, más fresquito, y sería tonta si no lo apreciara. Vale, sí, estaría mejor si pudiera ver el fondo de la cueva y hacerme una idea de a qué me estoy enfrentando ahora mismo.

Espero un par de minutos hasta que mis ojos se acostumbran a la oscuridad, sin dejar de agudizar el oído en busca de cualquier crujido, gruñido o sonido de respiración que pudiese indicarme que no estoy sola en esta cueva. Pero, tras ese par de minutos, lo único que oigo son los rápidos latidos de mi propio corazón, así que me imagino que me he librado. Que en esta cueva no hay nada, solo estoy yo.

Resulta un poco decepcionante, pero mejor esto que tener que defenderme de un animal salvaje, desde luego. O de una nube de

insectos. O... Corto esa línea de pensamiento antes de que mi hiperactiva imaginación haga de las suyas y me traicione. Otra vez.

Saber que la cueva está vacía es lo único que necesitaba saber, así que no me molesto en seguir explorándola. En cambio, salgo a gatas de la cueva para volver con Hudson. No he encontrado agua aún, cosa que debo hacer cuanto antes, pero todos mis instintos me están gritando que lo aparte del sol y lo meta en esta cueva lo antes posible.

Además, igual los vampiros poseen ciertas habilidades superespeciales para encontrar agua de las que no me he enterado. Cosas más raras me han pasado desde que descubrí la existencia de los seres paranormales.

El agotamiento me golpea con cada paso que doy hacia Hudson. Me digo a mí misma que no es más que la bajada de adrenalina de después de los nervios que he pasado al adentrarme en la cueva y tal, pero no me ayuda a que sea más fácil seguir avanzando. Sobre todo teniendo en cuenta que lo que me apetece de verdad es acurrucarme junto a un árbol y echarme a dormir.

Pero no puedo hacerlo, todavía no. Hudson nos ha traído hasta aquí. Ahora me toca a mí llevarnos a los dos lo poquito que falta hasta un lugar seguro; o relativamente seguro, por lo menos. Y no pienso meter la pata, no estando tan cerca de conseguirlo.

Así que me obligo a mantener los ojos abiertos, me obligo a poner primero un pie y después el otro, y sigo el rastro de tiritas que he dejado por el camino para no perderme.

Por fin, ¡por fin! Veo la tirita más grande que he pegado al pie del primer árbol que me he encontrado y acelero la marcha. Cuanto antes llegue junto a Hudson, antes podremos volver a la cueva. Y, cuanto antes lleguemos a la cueva, antes podré dormir.

Hudson sigue durmiendo cuando lo encuentro, y despertarlo no es tarea fácil. Pero cuando por fin abre los ojos y le explico mi plan, le parece estupendo.

—Perdona que me haya dormido así —me dice mientras se levanta.

—No pasa nada. Es que he pensado que nos vendría bien algo de sombra. Y lo de no estar al aire libre, esperando a que nos descubran, también me parece que es una buena idea. —Hudson me pasa la mochila y se empieza a poner en cuclillas para que pueda subirme a su espalda, pero niego con la cabeza—. Ni hablar. Tienes que estar

agotado. Voy caminando.

—¿Cuánto has tardado en llegar a la cueva? —me pregunta enarcando una ceja.

—Pues unos diez minutos —contesto a regañadientes, porque ya sé por dónde va.

—Si hago que nos desvanezcamos, estaremos allí en cinco.

—Ya, pero... —Agito una mano, pues no quiero decir en voz alta lo que me resulta tan evidente. Es decir, que está sin fuerzas, y que no veo yo que pueda desvanecerse durante cinco segundos, mucho menos durante cinco minutos.

—Puedo hacerlo, Grace. —Como si quisiera demostrarlo, en vez de seguir discutiéndomelo, me coge en brazos como si fuera una novia el día de su noche de bodas—. ¿Por dónde voy?

A estas alturas ya he pasado el tiempo suficiente con Hudson para saber cuándo no vale la pena seguir con una discusión, y esta es, sin duda, una de esas veces. Así que me guardo todas mis preocupaciones, aprieto los dientes y le dejo que se haga el machito y nos lleve hasta la cueva.

Tardamos tres minutos en llegar, no cinco, y eso que nos paramos a recoger el rastro de tiritas; y mentiría si dijese que no me alegro muchísimo. Estando como está, a Hudson ni siquiera le quedan energías para meterse conmigo por tener razón. Lo cual me parece genial, porque a mí tampoco me quedan energías para discutírselo.

En cambio, entramos en la cueva dando tumbos, como si fuésemos zombis. Hudson tarda dos minutos en echar un vistazo, comprobar la cueva y considerarla aceptable antes de desplomarse en el suelo. En cualquier otro momento quizá me habría llegado a sentir ofendida por su falta de confianza, pero soy la primera en admitir que, en la oscuridad, la visión vampírica supera con creces la humana. Y dado que no me apetece llevarme ninguna sorpresa insectil (o de cualquier otro tipo) en plena noche, me siento mucho mejor ahora que él también ha comprobado la seguridad de la cueva.

Pero no tan bien como para tumbarse directamente en el suelo pedregoso. Así que saco una de las mantitas que nos ha metido Arnst en la mochila y la extiendo. Después le insto a que se ponga encima. Está despierto, pero no tiene buena cara.

Está pálido, demacrado, agotado. Hasta la respiración es más superficial que de costumbre. Sé que los vampiros son inmortales,

pero eso no significa que aun así no se puedan morir. Y ahora mismo Hudson tiene pinta de estar casi en su lecho de muerte. Y eso no me parece nada bien.

Mi idea original era esperar a mañana para tener esta conversación con él, pero visto el aspecto que tiene ahora mismo, no creo yo que esperar sea la mejor de las opciones. Ni siquiera la considero una opción, la verdad sea dicha.

—Hudson... —empiezo, pero me interrumpe.

—Grace, que estoy bien.

Es tan evidente que lo que ha dicho es una chorrada como una casa que ni siquiera me molesto en discutírselo. Sobre todo porque habla arrastrando las palabras. En cambio, hago lo único que se me ocurre que podría llegar a funcionar. Lo único que le demostrará que todo esto me parece bien. Lo único que podría llegar a hacer que me creyera de verdad.

Porque, por mucho que me cueste entenderlo, mientras estamos a resguardo del sol en esta cueva, la única razón que le queda a Hudson para no alimentarse de mí es que no se cree que es cierto que quiero que acepte lo que le estoy ofreciendo. Que no es que me sienta obligada a hacerlo porque, si no, igual se muere... Aunque, a ver, si ese fuera el caso... «¿Qué coño te pasa, Hudson Vega?»

A pesar de todo, levanto la barbilla. Este chico tiene que entender que sé lo que quiero. Si aun así elige no alimentarse de mí con mi pleno consentimiento, bueno, eso ya es cosa suya.

Así que saco la navaja de la mochila.

La abro.

Y me hago un cortecito en el dedo índice lo bastante grande para que salgan un par de gotitas de sangre al apretarlo.

Y espero.

60

SABOR A ESPÍRITU ADOLESCENTE (HUDSON)

Huelo la sangre antes de darme cuenta de lo que ha hecho Grace. Al principio creo que está herida, y me pongo en pie de un salto buscando la amenaza, decidido a asegurarme de que está bien.

Pero cuando la veo ahí sentada con la mano en el regazo, lo comprendo.

—No deberías haber hecho eso —le advierto, aunque su aroma impregna el espacio que me rodea. Además de la canela, combinada con la calidez de la miel y la frescura de la dulce brisa estival.

Es irresistible. Ella es irresistible. Pero el hambre que siento por dentro va aumentando hasta que me consume; me quema, me duele, me corre con furia por las venas. Solo puedo pensar en aplacarla. Con Grace. Solo con Grace.

—Es que quería —susurra.

—No quiero hacerte daño. —Me meto las manos temblorosas en los bolsillos y doy un paso atrás en un pobre intento de poner distancia entre nosotros. Mi voz suena tan áspera como una lija cuando admito—: Estoy demasiado hambriento, Grace. No creo que pueda controlarme ahora mismo.

—Tú siempre te controlas —replica. Y entonces ella también se pone de pie. Camina hacia mí—. Es lo que he descubierto de ti este último año. Y sé que no vas a hacerme daño.

—No puedes saberlo.

Me digo que tengo que retroceder, que tengo que huir. Irme tan lejos de aquí, de Grace, como me sea posible.

Pero no me muevo. No puedo. No cuando todo mi ser la anhela. Necesito su sangre, pero también más. La necesito a ella, de una forma en concreto en la que me prometí que jamás necesitaría a nadie.

—No pasa nada, Hudson. —Su voz es suave, tranquilizadora, y me descubro a mí mismo sumiéndome en ella a pesar de mis esfuerzos —. Confío en que no te pasarás de la raya.

Mis colmillos estallan ante sus palabras.

—No deberías. Soy el hermano malo, ¿recuerdas?

Es una prueba, un último intento desesperado de asustarla.

Pero Grace se limita a sonreír.

—No eres ni la mitad de malo de lo que te crees. Y, aunque así fuera, me daría igual. Eres mi amigo. Y quiero que lo hagas.

Sus palabras son la gota que colma el vaso y llenan un vacío en mí en el que rara vez me permito pensar. Dejo de retroceder (física y mentalmente) y, por primera vez, doy un paso hacia ella.

Ese paso, y la aceptación que implica, debe de ser lo que está esperando. Porque de repente la tengo al lado, invadiendo mi espacio personal.

—No sé dónde quieres...

—¿Morder? —termino por ella.

Se sonroja un poco, pero mantiene la vista fija en la mía y asiente. Después levanta una mano y se aparta el pelo para exponer la yugular.

Y joder, me tienta muchísimo lanzarme, apretarla tanto contra mi cuerpo que note esas curvas preciosas presionándose contra mí mientras bebo de ella. Pero eso no es lo que somos el uno para el otro (no es lo que yo soy para ella), y no sé si podré controlarme ante tal sobrecarga sensorial.

Además, soy lo bastante listo para imaginarme que así se alimentaría Jaxon de ella, y lo bastante capullo para no querer que la primera vez que bebo su sangre sea de la misma forma que él. Ella lo estará haciendo como un acto de bondad, sí, pero aun así quiero que sea bien consciente de quién está bebiendo de ella.

Aunque no admito nada de eso en voz alta. De hecho, me limito a avanzar y usar los dedos para colocarle con delicadeza la melena donde la tenía. Después, porque me apetece, los poso sobre su mejilla durante un instante.

Parece sorprendida, pero cuando le sonrío me devuelve la sonrisa.

Es entonces cuando le doy la mano.

—¿Qué estás...?

—Tranquila —le digo mientras le doy la vuelta al brazo para que revele la piel delicada y suave del antebrazo.

—Ah. —Abre los ojos como platos.

Le acaricio con el pulgar las venas de color azul verdoso que se funden con su muñeca.

—¿Todo bien? —pregunto, aunque el hambre se incrementa y amenaza con partirme en dos—. Aún puedes cambiar de idea.

—No pienso cambiar de idea. —Esboza una sonrisilla traviesa y me acerca la muñeca a la boca—. A ver qué es lo peor que sabes hacer.

—¿Acaso no te lo he demostrado ya?

Entonces, como no quiero que tenga que estar incómoda con el brazo levantado mientras me alimento, me arrodillo a sus pies.

Vuelve a parecer sorprendida, pero no dice nada. Y tampoco se aparta.

Aun así, vuelvo la cabeza poco a poco para concederle la oportunidad de cambiar de idea. No lo hace.

Así que me llevo su mano a la boca y le doy un beso suave, con la boca abierta, contra la palma para darle las gracias sin mediar palabra.

Le recorre un escalofrío ante el primer contacto de mis labios contra su piel, y emite un sonidito desde lo más profundo de su garganta. Levanto la vista para asegurarme de que sigue convencida.

Grace asiente y susurra:

—Adelante.

Yo también asiento, deslizo los labios por la palma de su mano, por encima de la base hasta llegar a la suave y fina piel de la muñeca. Le doy un lametón para que no sienta el dolor del mordisco que estoy a punto de darle.

Ella vuelve a estremecerse, jadea, y es entonces cuando ataco.

Hundo los colmillos bien profundo, le atravieso la piel y el músculo hasta llegar a la arteria que hay debajo. Y así, sin más, su sangre (densa, poderosa y deliciosa) fluye de su cuerpo al mío.

En mis doscientos años de vida, nada me había sabido más dulce.

61

CARPE DRINK-EM
(GRACE)

No sé qué esperaba sentir cuando Hudson me mordiera, pero ni de coña la potente revolución de sentimientos y sensaciones que me embiste el cuerpo ahora mismo.

Calor, frío, fuerza, debilidad, certeza, confusión, poder, miedo, necesidad. Muchísima necesidad. ¿Mía? ¿De Hudson? No consigo diferenciarlas (o identificar si la hay), pues nuestras emociones nacen y se unen, se entremezclan en una sinfonía arrolladora de deseos y exigencias que amenaza con hacerme caer de rodillas.

Pero sé que, si cedo (si me permito caer), entonces Hudson parará. Y todavía es demasiado pronto para que pare, es muy pronto, viendo la forma reservada y caballerosa con la que se alimenta de mí.

Lo cual me plantea la siguiente pregunta: si esto es lo que siento ahora que Hudson está siendo tan cuidadoso y discreto, ¿qué narices voy a sentir cuando se deje llevar, si es que eso ocurre algún día? ¿Si se permite beber de mí de la forma en que sé que se muere por hacerlo?

Veo su necesidad en las manos que cogen la mía, que tiemblan por el autocontrol.

Lo oigo en la forma lenta, cuidadosa y regular con la que toma aliento.

Lo siento en la tensión de su cuerpo al cernirse sobre mi brazo, cogiendo solo lo que debe tomar para sobrevivir.

Y, si bien una parte de mí le agradece la moderación, le agradece sus cuidados, otra parte de mí, una más profunda, quiere que se libere de las cadenas que lo contienen. Necesita que se deje llevar.

No sé de dónde está saliendo esa parte de mí, y no me lo cuestiono. No puedo, no mientras me estoy ahogando en la ola de

nuestras emociones combinadas.

—Hudson... —susurro, porque no puedo no decirlo. Me late por las venas, se extiende por mi alma, y crea una conexión entre nosotros para la que no estoy segura de estar preparada, pero que de pronto ansío desesperada.

Hudson levanta los ojos ante el sonido de su nombre en mis labios, y nuestras miradas se encuentran. En la suya hay distancia, cordialidad y, por un instante, creo que lo he malinterpretado todo. Que todas esas emociones que se arremolinan tintineando en mi interior son solo mías. Pero, cuanto más tiempo pasamos mirándonos a los ojos, más me doy cuenta de que la distancia no es más que una treta. Debajo hay una maraña revuelta de necesidad, como la que borbotea ahora mismo en mi interior.

La mirada de Hudson se oscurece mientras nos observamos el uno al otro, y deja de beber. Empieza a alejarse de mí.

Pero todavía es muy pronto. No está listo y, me da igual lo que él crea, yo tampoco lo estoy. Así que, en vez de dejar que se aparte, estiro el brazo y le apoyo una mano en la cabeza.

Hudson se queda inmóvil, y veo que se forma una pregunta en sus ojos, que no se separan de los míos. Sonrío a modo de respuesta y, por un instante (un solo instante), le dejo ver el incendio de mi interior. Lo bueno. Lo malo. El dolor y la curación.

La respuesta de Hudson es un gruñido desde el fondo de la garganta. Y entonces lo tengo bebiendo de mí, bebiendo de verdad, como no lo había hecho antes.

Con intensidad. Con fuerza. Con hambre. Bebe y bebe y sigue bebiendo.

Y yo se lo permito. No, mejor dicho, lo animo a ello con la mano en su pelo, lo insto a que tome más de mí. Que tome todo lo que necesite, todo lo que quiera. Y durante este breve instante lo hace.

No sé qué significa esto y, ahora mismo, la verdad es que me da igual. No soy tan tonta como para pensar que me sentiré así para siempre. Muy pronto volveré a las preocupaciones, las preguntas, los arrepentimientos. Pero por ahora voy a apoyarlo y permitirle que tome lo que tan desesperadamente ansío darle.

62

HOYUELOS Y RIZOS
(GRACE)

Cuando por fin ha bebido lo suficiente, Hudson se aparta poco a poco, con cuidado.

—¿Estás...?

—Estoy bien —le interrumpo, porque lo estoy. Casi seguro. Y la parte de mí que siente algo extraño (algo incierto) por todas las cosas que acaban de suceder entre nosotros va a tener que ponerse a la cola. En parte porque estoy exhausta y en parte porque ha funcionado. Hudson ya tiene mejor aspecto.

El tono gris de su piel ha desaparecido, ya no le cuesta respirar y su rostro se ve menos demacrado y más perfecto, tanto que me irrita. Incluso la forma en que se mueve ha vuelto a la normalidad. Ya no trastabilla al andar, ya no duda. Todo su ser fluye.

Me pilla mirándolo y enarca una de sus cejas perfectamente esculpidas.

—Ya no va a ser creíble que vuelvas a fingir que no te caigo bien —anuncia.

—¿Quién dice que esté fingiendo? —espeto, pero no hay malicia en mis palabras y ambos lo sabemos—. Tal vez prefiera que mis contrincantes estén fuertes y bien espabilados.

Hudson se limita a reírse mientras saca la botella que tengo a medio beber de la mochila.

—Tienes que beber agua —me informa.

—No, lo que necesito es encontrar un poco de agua —contraataco, aunque acepto la botella—. Pero eso puede esperar hasta mañana por la mañana.

—Pues beber, no —insiste a la vez que me tiende una barrita de muesli—. Y comer tampoco. Tienes que asegurarte de que no te baje

el azúcar.

—Pareces la señora que conducía la unidad móvil de donación de sangre que venía a mi antiguo instituto —le chincho con una sonrisa. Pero cojo la barrita de muesli porque tengo hambre. Y porque es un buen consejo. Lo último que necesitamos es que releve yo a Hudson en su papel de «grisáceo y tembloroso».

Después de comer me tumbo en la manta mientras Hudson enciende una pequeña hoguera cerca de la parte delantera de la cueva con el cristal de la mochila y la leña que he recogido antes. Se me ocurre sugerirle a Hudson que nos quedemos con una manta cada uno, pero no me apetece mucho tener que envolverme en este trasto como una momia para no revolcarme por la suciedad. Además, me parece un poco absurdo fingir que no nos hemos pasado los dos últimos días durmiendo en la misma cama. Un par de días más no le hará daño a nadie.

Solo que cuando Hudson se tumba en el suelo a mi lado, la sensación no es la misma que las dos últimas veces. Por lo menos yo no siento lo mismo.

Intento decirme que no es para tanto, que no ha cambiado nada. Pero no tengo la suficiente capacidad de autoengaño para conseguirlo. Ha cambiado todo, tanto si yo lo quería como si no.

Cierro los ojos e intento pensar en otra cosa, pero lo único que veo son los ojos azul claro de Hudson devolviéndome la mirada.

Hudson, que tiene el sentido del humor más absurdo del mundo y que está dispuesto a reírse de sí mismo casi tanto como lo está a reírse de mí.

Hudson, que se preocupa por los sentimientos de una sombrita solo porque lo ha marcado como suyo.

Hudson, que antes se haría daño él que hacer cualquier cosa que pudiera dañarme a mí.

Joder. ¿Cómo ha pasado esto? ¿Cómo he pasado de pensar en formas de destruir a este chico a pensar solo en él? ¿Y cómo hago que pare?

Aunque sé que es una mala idea, no puedo resistirme a mirarlo con el rabillo del ojo. Resulta que es peor idea de lo que imaginaba, porque Hudson no solo no está dormido, sino que resulta que está despierto observándome fijamente.

Y ahora no puedo fingir que yo no lo estaba mirando. Puta. Vida.

—¿Estás bien? —inquiero mientras rezo para que se crea que mi repentino interés por mirarlo es fruto de la preocupación.

—La verdad es que estaba a punto de preguntarte lo mismo.

—¡Estoy bien! —afirmo de forma un poco más brusca de lo necesario—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Yo qué sé. ¿Tal vez porque acabas de dejar que un vampiro se ponga las botas con tu sangre? —contesta, y tira de una comisura de la boca para esbozar una sonrisita ladeada. Y no puede ser. ¿Es eso que veo cosa de la luz de la hoguera o es que tiene un puto hoyuelo?

Tiene que ser cosa de la luz, decido. O una marca. Igual le sale una en la cara después de chupar sangre durante mucho rato.

A ver, es improbable, pero podría pasar, ¿no? Todo es posible.

Suspiro con fuerza, decido que voy a ignorar lo que sea que le pase en la cara. Y, muy a mi pesar, espeto:

—¿Qué estás haciendo ahora con la cara?

Levanta las cejas.

—¿Perdón? —No sé cómo, pero suena ofendido y divertido al mismo tiempo, y seguramente por eso la marca se vuelve más pronunciada.

—Eso que tienes al lado de la boca. ¿Desde cuándo lo tienes?

—¿El qué? —pregunta, y parece perplejo. Lo cual es comprensible porque esta conversación no tiene ni pies ni cabeza. La única razón que puedo aducir es que «Hudson tiene un hoyuelo y yo no lo sabía».

—La marca.

—¿Tengo una marca en un lado de la cara? —Ahora suena preocupado, cómo no. Puedes quitarle a un chico sus calzoncillos de Versace, pero jamás le quitarás el Versace al chico. Se pasa la mano por la mandíbula mientras indaga—: ¿Qué clase de marca?

—Una ridícula —espeto.

—Vaya, eso sí que me ayuda a descartar, gracias. Igual deberías ser un poquito más específica, o ¿es que tengo que...? —Sigue palpándose la cara en busca de la marca.

Y, aunque es divertido estar aquí viendo cómo se palpa la cara y lo pasa mal, en algún momento tendré que librarlo de su miseria. Y ya que estamos podría ser ya, antes de que se haga una marca de verdad.

—Tienes un hoyuelo —lo acuso.

—Pues sí, lo tengo. —Entrecierra los ojos—. ¿Es eso de lo que

llevas hablando los últimos cinco minutos? ¿De mi hoyuelo?

Ahora me toca a mí entrecerrar los ojos.

—Sí. Y ¿qué pasa?

—Pues que no es una marca, eso es normal. —Su almidonado acento británico ha vuelto con todas sus fuerzas, prueba infalible de que le he tocado las narices.

Pero el lado bueno es que ya no me está mirando como si estuviera pensando en cosas raras. Y la sensación extraña que hacía que el estómago me diera volteretas también se ha ido.

—Pues no sé yo. —Finjo analizarlo—. A mí sí que me parece una marca.

Me lanza una mirada asesina.

—Pues no lo es.

—Lo que tú digas —concedo mientras me esfuerzo por no sonreír. Discutir con Hudson es mejor que hacer casi cualquier cosa con cualquier otra persona—. Tú lo sabrás mejor que yo.

—Pues claro que sí —corrobora—. Porque resulta que es mi cara.

—Ya, pero soy yo la que está mirando esa cara ahora mismo —contraataco—. Y no tú.

Abre la boca para replicar, pero entonces deja escapar un suspiro exagerado.

—Grace. —Pronuncia mi nombre con gran firmeza, con mucha seriedad.

Así que yo contesto con dulzura:

—¿Sí, Hudson?

—¿Por qué te estás peleando conmigo por mi hoyuelo?

—¿La verdad? —Me encojo de hombros—. No tengo ni idea.

—Me lo imaginaba. —Vuelve a suspirar—. Entonces ¿puedo irme a dormir ya?

—Supongo —contesto airada—. Siempre que no te preocupe la marca que tienes en la cara.

—Grace.

—¿Sí, Hudson? —Esta vez hago uso de mi voz más angelical.

—Nada. —Niega con la cabeza resignado—. Buenas noches.

—Buenas noches. —Y entonces, sin poder evitarlo, añado—: Creo que deberías dormir hacia el lado en el que no tienes la marca.

—Y creo que tú deberías dejarlo estar ahora que estás a tiempo —espeta.

Tiene razón, así que cierro los ojos porque me siento mucho mejor con toda la situación. Por lo menos hasta que me rodea la cintura con un brazo y me acerca a su cuerpo para hacer la cucharita.

—Oye, pero ¿qué haces? —pregunto, aunque no me muevo ni un centímetro para apartarme. Porque, a pesar de que hayan vuelto las volteretas en el estómago, esto me gusta. Me gusta mucho. Es más, me siento como si tuviera que estar aquí.

Algo de lo que Hudson se percata, claro está.

—No hagas como que no quieres que te abrace.

—Mira, solo por eso me aparto.

Levanta el brazo de encima de mi cintura.

—Adelante.

—Lo haría —aseguro—. Pero entonces tendría que volver a mirarte la marca esa.

—Dios no lo quiera. —Si su voz llega a sonar un poco más seca, podríamos usarla como yesca para la hoguera.

—Mañana voy a buscar agua —comento mientras me pego más a su cuerpo.

—Algo me dice que mañana vas a hacer muchas cosas.

No se equivoca, así que lo dejo estar. Y por fin, por fin, me quedo dormida.

63

TRES EN RAYA *AND NO CHILL*
(GRACE)

Unos fuertes chillidos me despiertan de mi sueño sobre la isla de Coronado.

—¡Hudson! —Me incorporo a toda velocidad—. ¿Qué cojones es eso?

—Iba a preguntarte lo mismo. —Pega un bote y empieza a ponerse los zapatos—. ¿De dónde coño viene ese ruido?

—De aquí dentro no. —Si hubiese algún animal o cosa gritando así en la cueva, con esta acústica, estoy convencida de que a estas alturas tanto Hudson como yo nos habríamos quedado sin tímpanos. En cambio, nos resulta supermegadesagradable—. ¿Se estará muriendo algo fuera?

—No creo que un animal moribundo pueda emitir semejante ruido —me contesta al tiempo que se dirige a la entrada de la cueva.

Yo voy justo detrás de él. Si se trata de un animal herido, igual puedo ser de ayuda. Cuando mi padre vivía lo de rescatar animales heridos era una de sus especialidades. Por muy malheridos que estuvieran, siempre encontraba la forma de cuidarlos y conseguir que se recuperaran. No tengo la mano de mi padre, pero sí que aprendí un par de cosas de él.

Pero, cuando llegamos a la entrada, descubrimos que el sonido no proviene ni de coña de un animal moribundo. De hecho, ni siquiera proviene de un animal.

—¡Humito! —exclama Hudson. La sombrita da una vuelta sobre sí misma y corre directa a sus brazos—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunta el chico, y no tengo ni idea de si la umbra entiende lo que le está diciendo o no. Pero estalla en una diatriba ininteligible que también incluye ademanes, saltos y muchos más aullidos.

—¿Y bien? —pregunto cuando por fin se calma—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Hudson me lanza una mirada de confusión.

—Yo tampoco la entiendo, ¿vale? Pero me imagino que ha seguido mi aroma y después ha perdido el rastro cuando ha llegado a la cueva.

—Y por eso se le ha ido la pinza —concluyo yo—. Porque se ha pensado que había perdido su tesoro.

—Oye, no es culpa mía ser tan adorable. —Me regala su sonrisa más encantadora, que resalta a la perfección ese maldito hoyuelo.

—Tampoco es culpa tuya que tengas una muesca en la cara —respondo encogiéndome de hombros—. Pero, aun así, cualquiera puede echarte la culpa.

—Solo tú me la puedes echar.

—¿Hay alguien más aquí que yo no haya visto? —Enarco una ceja.

—Humito está aquí —contraataca Hudson—. Y a ella le gusta mi marca. O sea, mi hoyuelo.

—Gano yo. —Me acerco un poco a Hudson, pero no demasiado, porque lo último que quiero ahora mismo es provocar a Humito—. ¿Qué vas a hacer con ella?

Al parecer, la distancia que he dejado con ellos no parece suficiente, porque Humito se vuelve y me bufa.

—Tranqui, fiera —le digo poniendo los ojos en blanco.

—Y ¿a ti qué te parece que voy a hacer con ella? —me pregunta Hudson—. Se viene con nosotros.

—¿A Adarie? ¿Vas en serio?

—¿Qué quieres que haga si no? —Parece ofendido—. ¿Abandonarla aquí?

Me gustaría decir que sí, pero, si soy sincera, es solo porque no quiero que la umbra me odie. Y también me da miedo que esa cosa un día se ponga fiera de verdad y me muerda, si es que las sombras pueden morder.

Aun así sé que Hudson tiene razón. No podemos dejarla aquí en mitad de una montaña. Además, si la abandonamos, ella intentará volver a seguirnos el rastro, y a saber qué clase de problemas podría acarrearnos.

—Vale. —Suspiro—. ¿Por qué no te cambias de ropa y yo voy a

buscar agua por ahí? Os dejaré un ratito a solas.

—Nos parece estupendo, ¿verdad que sí, Humito, mi niña bonita?

La respuesta de Humito es un chillido de alegría que rebota en las paredes de la cueva, justo como me temía que pasaría esta mañana.

—Y date prisa con la ropa —le digo a Hudson—. O me voy sin ella.

Diez minutos después me arrastro para salir de la cueva por segunda vez esta mañana, pero ahora me llevo una mochila llena de ropa sucia y cuatro botellas vacías para rellenarlas con agua.

Encuentro un riachuelo a unos diez minutos de la cueva. Es estrecho y va a contracorriente, así que el agua corre a gran velocidad; que es justo lo que buscaba. Creo recordar haber leído en algún sitio que hay menos bacterias en las corrientes rápidas de agua, y cuantas menos haya, mejor.

No tardo nada en rellenar las botellas de agua y, después, lo doy todo lavando nuestra ropa sin jabón. Cuando por fin acabo de darles contra una piedra, las prendas están limpias y tengo las manos congeladas. Pero eso no me impide darme un bañito rápido sin meterme del todo en el agua, y pocas cosas en la vida me han sentado tan bien. Estoy superagradecida de estar limpia, aunque el agua esté helada.

Cuando llego a la cueva dejo la ropa cerca de la hoguera para que se seque y pongo el agua a hervir en las latas vacías de muesli. Después me siento junto a Hudson y Humito, que están jugando al tres en raya en el suelo de la cueva.

—¿Quién va ganando? —pregunto mientras Humito dibuja una X enorme en la esquina superior derecha.

—Ella —contesta Hudson con aire sombrío—. ¿Cómo vamos, nena? ¿Doce a cuatro? —Humito suelta una retahíla de sonidos que no comprendo. Sé que Hudson tampoco entiende lo que dice, pero espera a que acabe antes de añadir—: Perdona, fallo mío. Vamos trece a cuatro.

Entonces Humito se acomoda para concentrarse en la partida. Unos noventa segundos después van catorce a cuatro.

Nos pasamos todo el día así, jugando con Humito entre un viaje y otro al riachuelo para rellenar las botellas vacías de agua.

El lado positivo es que con mis paseos tomo un montón el sol y me encuentro con varios arbustos de lucdebayas a la otra orilla del

riachuelo. Son moradas y saben a una mezcla de fresa y albaricoque, durante nuestra estancia en la granja me volví adicta a ellas. Además, descanso un poco de tantas barritas de muesli, así que me lo tomo como una victoria.

Y, si bien es verdad que me he impacientado un par de veces a lo largo del día, no he dejado que Hudson se diera cuenta. No es culpa suya que tuviera que alimentarse; todos los seres vivos lo hacen. Además, Hudson me ha dicho que solo nos retrasaría unas treinta y seis horas, no la semana que me dijo una vez el más que prudente Jaxon. Para mañana por la noche ya debería poder estar bajo la luz del sol, y podremos seguir nuestro camino a la cima de la montaña.

Entonces iremos a Adarie donde, por favor, por favor, por favor, espero que alguien nos ayude a decidir nuestro próximo movimiento.

Todavía no lo hemos hablado, pero sé que Hudson está tan preocupado como yo por si la reina de las sombras nos encuentra. No tiene pinta de ser alguien a quien queramos hacer enfadar, en absoluto. Lo mejor será llegar a Adarie y pedir asilo.

Y después, lo que podría llegar a ser nuestra vida... Bueno, por ahora no me permito pensar en eso. He aceptado que este es mi nuevo hogar, pero eso no significa que me muera de ganas de hacerme a la idea.

Después de la cena de barritas de muesli y lucdebayas (resulta que Humito es hiperfán de las bayas moradas con forma de corazón), la umbrita se acurruca junto a la hoguera y se queda dormida.

Después de mis varios viajecitos al riachuelo, estoy más que un pelín cansada. Pero Hudson lleva todo el día encerrado en la cueva, colocadísimo tras una inyección de sangre fresca. Siendo sincera, me parece un milagro que no esté rebotando contra las paredes ahora mismo.

Por eso no me sorprende en absoluto que se ponga cómodo a mi lado en la manta y me diga:

—Cuéntame cuál es tu recuerdo favorito.

64

LAS MENTIRAS VAN QUE VUELAN (HUDSON)

—Estoy bastante segura de que los has visto todos —declara Grace mirándome sarcástica.

—Todos no —contesto—. Además, ¿cómo iba a saber cuál es tu favorito? No es que vengan con luces de neón o algo para indicarme cuáles seleccionar y cuáles evitar.

Se encoge de hombros, pero no dice nada durante un buen rato. En vez de eso se queda contemplando el fuego y parece que está a millones de kilómetros de distancia de aquí.

Estoy a punto de darme por vencido e irme a dormir cuando susurra:

—No me gustaba que vieras mis recuerdos.

Joder. No sabía que íbamos a ponernos tan profundos esta noche.

—Lo sé —respondo en voz baja.

—Y ¿por qué lo hacías? —pregunta con más resignación que otra cosa.

—Porque soy un capullo, claro está. Y... —Suspiro y me paso una mano nerviosa por el pelo—. Porque no me gustaba que leyeras mis diarios.

—Ya. —Suelta una larga exhalación y me dirige una mirada de arrepentimiento—. Eso estuvo fatal por mi parte, ¿no?

—Fue una mierda enorme —confirmo. Porque lo fue. Y porque estoy cansado de ser siempre el malo en todas las situaciones.

—Pero ¿cómo iba a descubrir la verdad sobre ti si no? No es que seas un libro abierto.

—No es que tú me dieras una razón para abrirme contigo —replico, y me tumbo en la manta como si todo me diera igual, sobre todo esta conversación—. Estabas demasiado ocupada acusándome de

todas las abominaciones habidas y por haber.

—A mi favor diré que tu exnovia había intentado convertirme en un sacrificio humano siguiendo un desquiciado plan para traerte de vuelta de entre los muertos. —Pone los ojos en blanco—. Perdóname por necesitar un poquito de tiempo para superarlo.

—Estás completamente obsesionada con todo ese rollo del sacrificio humano, ¿no? —cuestiono solo para chincharla.

—¿Disculpa? —Las cejas le tocan el nacimiento del pelo.

Levanto las manos en un claro gesto de «No mates al mensajero».

—Solo digo que has sacado el tema un montón de veces.

—Repito: ¿disculpa? —Esta vez su voz suena unas tres octavas más aguda de lo normal—. Que te aten a ti a un puto altar y ya me cuentas.

—¿Es una oferta?

—Sigue haciendo preguntas así y puede que lo sea —escupe.

No sé muy bien por qué he sentido la necesidad de burlarme de ella como lo he hecho. Bueno, puede que porque me arrepiento de haberle dicho que me molestaba que leyera mis diarios. Cuando te has pasado toda la vida sin mostrar tus debilidades por miedo a que las usen en tu contra, cuesta que no te dé vértigo la primera vez que bajas la guardia.

No dice nada mientras contemplamos el fuego crepitante; yo tampoco. Pero, pasado un rato, el silencio me abruma y digo lo que debería haber dicho hace mucho tiempo:

—Siento haber mirado tus recuerdos sin tu permiso. —Se encoge de hombros, pero sigue sin pronunciar palabra. Ahora me toca a mí cabrearme—. ¿En serio? ¿No tienes nada que decir al respecto?

Se vuelve a encoger de hombros. Después contesta en el tono más sarcástico posible:

—¿«Gracias por disculparte»?

—Sí, justo eso es lo que quería oír. —Mi turno de poner los ojos en blanco. Esta tía es un hueso duro de roer cuando quiere. Normalmente eso haría que le tuviera un huevo de respeto, pero ahora mismo solo me está tocando las narices.

—Típico de Hudson —dice con un resoplido—. Tienes para todos, pero no sabes cómo perder.

—¿Qué quieres decir con eso? Estoy aquí pidiéndote perdón y tú...

Me callo. No necesito esto, no me lo merezco. No sé adónde pensaba que iba esta conversación cuando le he preguntado por su recuerdo favorito, pero desde luego no a una pelea.

Aunque Grace lo convierte todo en eso cuando está incómoda, ¿no?

Me coloco de lado, apoyo la cabeza en una mano y le sostengo la mirada. Pero no digo nada. No tengo por qué. Ambos sabemos que se está portando como una niñata.

Pasado un rato hunde los hombros, se le pasan las ganas de pelear tan rápido como han llegado.

—Quiero decir que siento lo de los diarios, claro. Fue una putada por mi parte, y me encantaría decirte que ojalá no lo hubiera hecho. Pero no es cierto, porque leer esos diarios fue la única forma que tenía de conocer a la persona que tanto te esfuerzas por ocultar al resto del mundo. La persona a la que Humito quiere con locura y la persona a la que yo... —Se calla.

Pero es demasiado tarde. He advertido la duda en su voz, junto con algo más. Algo que hace que me suden las palmas de las manos y se me acelere el corazón.

—¿Que tú qué? —Mi voz suena ronca, puede que hasta un poco necesitada.

—La persona a la que estoy empezando a considerar un muy buen amigo.

Todo lo que estaba sintiendo en mi interior se hunde ante sus palabras, cada esperanza que guardaba sin saberlo se disuelve en ese mismo instante.

—Ya —intervengo—. Yo también. —Después le doy la espalda—. Creo que me voy a dormir ya.

—Ah, vale. Buenas noches. —Suena un poco triste, un poco perdida. Pero esta noche no estoy de humor para consolarla. No cuando el que siente la necesidad de que lo consuelen soy yo. Y soy lo bastante listo para saber que ese consuelo nunca llegará..., ni por parte de ella ni de nadie más.

Grace se queda inmóvil durante unos minutos más antes de levantarse para comprobar el fuego y llenar las botellas vacías con el agua que ha hervido y que ya se ha enfriado.

Me mira unas cuantas veces mientras hace cosas, pero soy experto en fingir que estoy dormido; para algo he tenido casi

doscientos años para perfeccionar la técnica. Aun así, cuando sale un par de minutos, necesito todo el autocontrol del mundo para no acercarme a la entrada de la cueva a buscarla solo para asegurarme de que esté bien.

Aunque tampoco es que pueda hacer mucho si no lo está. Un paso fuera bajo este sol y me freiré vivo.

De todas formas, no consigo respirar hasta que vuelve. Pero no se lo hago saber.

Al final Grace se mete en la cama y ella también se pone de lado para darme la espalda.

Los minutos pasan sin que nos dirijamos la palabra. Supongo que se cree que estoy dormido, pero yo sé que ella no lo está. Lo oigo en su respiración, y en el latido acelerado de su corazón.

Anoche dormimos abrazados como defensa contra el frío de la montaña. Dos buenos amigos dándose arrumacos. Por lo menos esa es la historia que Grace se está montando ella sola, claro. Una historia que supongo que yo también tengo que aceptar como real. Aunque no me la crea. Aunque no quiera que sea real.

—Mi recuerdo favorito —anuncia Grace en voz baja y titubeante en la fría oscuridad de la cueva— es cuando Jaxon y yo salimos a los parapetos que había fuera de su torre. Era de noche y la aurora boreal danzaba en el cielo, nos envolvía. Jaxon me abrazó y me llevó hasta ella, justo en el medio, y bailamos durante lo que me pareció una eternidad. Nunca he tenido un momento semejante en toda mi vida, flotando por el cielo con un chico que me volvía loca. Como si fuera la cosa más normal del mundo.

Sus palabras no me pillan por sorpresa, pero aun así me golpean con tal fuerza que me siento tentado a levantarme la camisa y buscar magulladuras. No lo hago, claro. No puedo. Porque soy yo el que ha hecho la pregunta. Que no esté seguro de si sé lidiar con la respuesta no es cosa suya. Es cosa mía.

Eso sí, no es una lección que vaya a olvidar pronto.

—No quería hablarte de ese recuerdo porque lo último que me apetece es hacerte daño —continúa, su voz apenas un susurro—. Pero tampoco quiero mentirte. Y no quiero que tú sientas que tienes que mentirme, así que te debo esto por lo menos.

Me cuesta enfadarme cuando lo explica así. Es fácil que me duela, pero no que me cabree. Y que me duela tampoco es culpa suya.

Las cosas son como son. Tanto para ella como para mí.

—Sé que Jaxon era tu compañero —expongo—. No me sorprende que tu recuerdo favorito sea con él. ¿Por qué pensabas que tenías que ocultármelo?

—No lo sé —refunfuña—. Supongo que no quería sacar a colación ningún mal recuerdo que tuvieras con él. Sé que hay mal rollo y...

Menuda gilipollez.

—¿No decías que no ibas a mentirme? —Le reto.

Suspira y después arranca la tirita de golpe.

—Sé que las probabilidades son remotas, pero podríamos volver a nuestro lado de la barrera, Hudson. Y cuando lo hagamos, Jaxon estará allí.

—Lo sé —aseguro, y me callo; no estoy seguro de si debería mencionar el hilo azul que he visto o no. No me siento bien por habérselo estado ocultando desde que lo descubrí, pero, si soy sincero, es que me da miedo. ¿Y si no significa lo que yo pensaba? O peor aún, ¿y si ella no quiere que signifique lo que yo pensaba que significaba? Esa posibilidad me atraviesa el pecho como un puñal y me lleva un instante volver a recuperar el aliento. Aun así le debo la verdad. Por eso mismo comento—: Pero, si volvemos, ya no será tu compañero.

—Eso no lo sabes —contesta al instante—. No es mi compañero aquí. Pero incluso tú has dicho que tus poderes no funcionan en este lado. Quizá pase lo mismo con el vínculo de compañeros. No puede atravesar la barrera que haya entre ambos mundos.

Me dispongo a contestar que a mí su vínculo siempre me ha dado mala espina, pero me lo pienso mejor. No hay necesidad de abrirme para que me vuelvan a llamar «mentiroso».

—¿Y si no es así? —opto por preguntar—. ¿Y si el vínculo ha desaparecido para siempre?

No dice nada durante lo que parece una eternidad, pero seguramente sea solo un minuto. Aguanto la respiración durante todo ese tiempo. Hasta que declara:

—Sigo queriéndolo.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? —pregunto dándome la vuelta para mirarla—. Lo conocías de dos semanas. Dos semanas. Llevamos juntos más de un año. Solos tú y yo. ¿De verdad esas dos semanas superan todo lo que hemos pasado?

Nunca me he lanzado en paracaídas, pero mientras espero la contestación de Grace me imagino que la sensación será igual que esta. He saltado por voluntad propia de un avión que funciona a la perfección y estoy cayendo a toda prisa hacia la tierra con nada más que esperanza y una plegaria para que un hilito de nada abra un artilugio mágico que me salvará. Da un miedo de la hostia.

—No lo sé —murmura.

Juro que oigo cómo se hacen añicos todos los huesos de mi cuerpo al estamparme contra el suelo.

—No quieres saberlo.

—Quizá tengas razón. Puede que no quiera.

Y esa es toda la respuesta que necesito.

Me doy la vuelta hacia mi lado de la manta y me digo a mí mismo que es mejor así. Que es mejor cortar de raíz cualquier puto sentimiento absurdo que haya estado albergando últimamente. Lo hace todo más fácil.

—Buenas noches, Grace —le digo en voz baja.

—Buenas noches —susurra ella.

El metro de distancia que nos separa nunca me había parecido tan insalvable. Y, en medio, yacen los restos de una fantasía y un futuro que jamás tuvieron ni la más mínima oportunidad.

65

VIVE Y DEJA CORRER
(GRACE)

Cuando me despierto Hudson ya no está en la manta.

Se ha vuelto a poner los vaqueros y la camisa que le lavé anoche en el riachuelo, pero las prendas todavía parecen un poco húmedas. La camisa se le pega a los bíceps y a los músculos de la espalda, justo en los lugares más apropiados.

No es que esté observándolo, de eso nada, pero cuesta no mirar cuando alguien tiene el aspecto de Hudson.

—¿Qué hora es? —pregunto dándome la vuelta para ponerme en pie; y soy plenamente consciente de que todavía no me ha dado los buenos días como suele hacer.

Echa un vistazo al reloj, pero a mí ni me mira.

—La una.

—¿De la tarde? —¿Cómo he podido dormir casi doce horas? Nunca duermo tanto, jamás.

—Sí. —Dibuja algo en el suelo, para Humito. Me imagino que será una X o una O.

—¿A qué hora...? —Se me quiebra la voz cuando asimilo la tensión de anoche y la incomodidad de esta mañana, o de esta tarde, mejor dicho.

—Pues deberíamos poder irnos sobre las seis o las siete —me contesta, y no noto ni rastro de rencor en su voz. Nada que indique que está resentido tras la conversación que tuvimos antes de quedarnos dormidos.

Pero sigue sin mirarme. Y tampoco noto afabilidad ni cortesía en nada de lo que dice. Cosa que echo de menos. Lo cual resulta ridículo teniendo en cuenta que ni siquiera me había percatado de su existencia hasta ahora que ya no están.

—¿Quién va ganando? —pregunto mientras me acerco a la hoguera y veo que, sí, están jugando otra vez al tres en raya—. ¿Hace falta preguntar?

—Humito me lleva cinco partidas de ventaja.

—¿En total, o solo hoy? —lo chincho.

—¿Acaso importa? —me contesta Hudson sin levantar la mirada del tablero.

Me habla con total educación; sin embargo, lo siento como una bofetada. No creo que esa haya sido su intención, pero, tal como él me acaba de preguntar, ¿acaso importa si siento que me estoy tambaleando?

—Voy a cambiarme —le digo con frialdad al tiempo que cojo mi ropa de donde la colgué para que se secara y me piro fuera de la cueva.

Esto es culpa mía, admito mientras lucho por ponerme los vaqueros, que siguen húmedos. Le dije que quería ser sincera con él..., pero no estaba siendo del todo sincera. No pude.

Me pongo una camiseta y después las zapatillas, refunfuñando entre dientes sobre los hombres tercos. Todavía quiero a Jaxon. Y sé, con toda mi alma, que siempre lo haré. Quererlo es fácil, siempre lo ha sido.

No sé qué estoy empezando a sentir por Hudson... Pero sé que no es sencillo.

Es desenfrenado, impredecible, caótico... y da un miedo que te cagas.

Y aún no estoy preparada para enfrentarme a ello. ¿He matado a alguien o algo?

Pues le dije lo que le dije y, al parecer, he roto lo que sea que se estuviese formando entre nosotros. No era mi intención, pero eso tampoco importa. Lo único que importa es que le he hecho daño, y eso es lo último que pretendía.

Pero ahora ni siquiera puedo disculparme. No cuando ha puesto unos carteles enormes de NO PASAR alrededor de sus sentimientos.

Inspiro y espiro de forma regular un par de veces y vuelvo a la cueva para comer; y me trata con tantísima cortesía que me entran ganas de arrancarme el pelo a mechones.

Al final cejo en mis intentos de despertar una reacción en Hudson y me hago un ovillo con el móvil en la mano. Fue un milagro que

encontrara el cargador en la guarida, pero no tengo ni la más remota idea de cómo cargar el móvil en este reino, así que lo he tenido apagado para conservar la batería. Aun así este me parece el momento oportuno de sacrificar un poco de batería, así que me pongo a pintar en la aplicación de colorear que me descargué antes de llegar a la guarida.

No es la forma más animada de pasar la tarde, pero me sirve. Y no tengo por qué dirigirle la palabra a Hudson, lo cual está guay teniendo en cuenta que no me ha dicho nada en todo el día que no haya sido una respuesta directa a algún comentario que le haya hecho yo antes.

En esta pelea el universo debe de estar de mi parte, porque la batería del móvil me aguanta hasta las seis menos diez, y todavía le queda un poquito. Tengo el tiempo justo para recoger un par de cosas antes de irnos. En realidad va a ser Hudson quien haga todo el trabajo, pero al menos puedo organizar la mochila de tal manera que la distribución del peso no le incordie demasiado.

Pero, bueno, una hora después me entero de que escalar la montaña no es que sea tampoco un camino de rosas para mí. No cuando tengo que aferrarme a Hudson durante horas y horas, mientras escala por las rocas de la montaña y, después, se desvanece por caminos inexistentes a una velocidad que me roba el aliento.

Y yo que antes pensaba que era rápido. Ahora que se ha alimentado y ha vuelto a la normalidad, es casi supersónico. Y yo me dejo hacer. Bueno, Humito y yo, pues la umbra se pasa el viaje enrollada alrededor de su bíceps.

Mantenemos este ritmo durante unas seis horas seguidas, con apenas unos descansitos de cinco minutos entre los largos tramos de carrera. Sé que tenemos camino por delante, y que cuanto más tiempo pasemos a la intemperie más probabilidades tenemos de que nos pillen. Pero sigue siendo agotador.

Paramos casi a medianoche; me alejo dos pasos de Hudson y me tiro de bruces al suelo.

—¿Cansada? —me pregunta, y no se me pasa por alto un deje de su antiguo sarcasmo en la pregunta..., y no puedo evitar seguirle el rollo. Solo Dios sabe que si algo he aprendido hoy es que solo hay una cosa más insoportable que un Hudson sarcástico, y es un Hudson educado.

—En realidad, la gran pregunta aquí es cómo es que tú no lo estás —contesto—. No he visto nunca a nadie moverse como lo has hecho tú desde que hemos salido de la cueva.

—¿Ni siquiera a Jaxon? —En cuanto pronuncia esas palabras parece que quiere darse una leche él mismo.

Pero fue él quien me dijo anoche que no deberíamos escondernos del pasado, así que me esfuerzo para hablar con normalidad al contestarle.

—No, ni siquiera a Jaxon. Tu velocidad escapa a mi entendimiento.

—Con halagos te ganarás una media hora más de descanso —me dice con una sonrisilla ladeada que hace destacar el hoyuelo que tiene.

—Si me lo llegase a creer, estaría tentada de darte un abrazo —me quejo—. En serio, no creo que hoy pueda hacer nada más.

—¿Quieres que paremos? —me pregunta después de haberme espabilado lo suficiente para beberme una botella entera de agua de un trago.

—Lo que tú veas. Eres tú el que está haciéndolo todo.

Me observa un instante como si intentara leer mi expresión.

—A mí me gustaría seguir un poco más. Ya casi estamos en Adarie, seguramente nos falten solo otros treinta kilómetros más a través de las últimas montañas, si es que no me he equivocado al leer el mapa de Arnst.

Puedo con treinta kilómetros más.

—Vale, pues sigamos entonces.

Hudson me mira a mí, después al mapa, y a mí otra vez.

—¿Estás segura de que es lo que quieres hacer? ¿O prefieres descansar más y salir por la mañana?

Lo miro con desesperación.

—Creía que tú querías continuar.

—Y así es —me confirma—. Pero necesito asegurarme de que es lo que tú quieres también.

Sus palabras me sorprenden, y no puedo evitar analizar su rostro para intentar averiguar si me está tomando el pelo. Pero parece tan sincero como suena.

—Lo dices de verdad, ¿no?

—Claro que sí. —Y ahora parece ofendido—. De nada vale que trabajemos juntos si uno de los dos toma todas las decisiones y el otro

se limita a tener que imitarlo. O estamos juntos en esto o no.

—Lo estamos —me apresuro a decir para tranquilizarlo.

—Pues dime qué es lo que quieres hacer.

No lo sé. De verdad, no tengo ni idea. Por muy cansada que esté yo, Hudson debe de estarlo mucho más; pero me encantaría dormir esta noche en una cama de verdad. Escrudiño su rostro buscando indicios que me digan que necesita descansar, pero la verdad es que, por la pinta que tiene, parece capaz de desvanecerse durante otros ciento cincuenta kilómetros más.

—Creo que deberíamos seguir y confiar en que todo salga lo mejor posible.

La risa de Hudson es sardónica y más que un pelín pesimista.

—Creo que ahora mismo lo mejor no está a nuestro alcance. ¿Qué tal si confiamos en que nada salga lo peor posible?

—Tú sí que sabes inspirarle confianza a una chica —le digo.

—Solo digo lo que hay, Grace. Solo digo lo que hay.

Y ¿por qué eso suena incluso más inquietante aún?

66

ABRAZAR NUESTRAS DIFERENCIAS (GRACE)

Solo Hudson podría convertir treinta kilómetros en una aventura de ocho horas que hace que me castañeteen los dientes.

Que sí, que entiendo que está siguiendo un patrón en zigzag para asegurarse de que no nos sigan o nos localicen, pero aun así... estoy a puntito de desmayarme.

Cuando Hudson alcanza la cima de la última montaña, un valle gigante se abre ante nosotros y la guinda del pastel es un próspero pueblo que se aloja en su base. Gracias a Dios. Es Adarie.

Él también debe de verlo, porque se detiene y me suelta con delicadeza para que pose los pies en el suelo. Me tambaleo un poco y él no duda en alargar el brazo para ayudarme a mantener el equilibrio. Le echo un vistazo a la mano que descansa sobre mi hombro y suspiro. De repente quiero acercarme, deslizarle los brazos por la cintura y apoyar mi peso contra su cuerpo fuerte y su calidez. Contra su tacto.

Llevo todo el día echando de menos nuestra antigua intimidad. Vamos, que echo de menos a Hudson. Se ha cerrado en banda después de nuestra discusión sobre Jaxon de anoche y, aunque me vuelve a hablar, la amistad (la intimidad) que compartíamos ya es historia.

Si me quedaba alguna duda de que no me estuviera haciendo el vacío a propósito, esa esperanza se desvanece en cuanto ve que me he percatado de que su mano sigue en mi hombro y la aparta. Después pone distancia de por medio por si acaso mientras finge analizar la comunidad que hay debajo.

Como casi todo en Noromar, el pueblo es morado. Calles moradas, casas moradas, hierba morada, gente morada.

Y aunque la granja y las montañas que acabamos de atravesar me

han dado una idea de lo que me puedo esperar, me cuesta creer que exista tanto morado en el mundo. Sobre todo si tenemos en cuenta que nuestra ropa es de todo menos morada. Es como si hubiera tanto de ese color que la gente ha tenido que rebelarse con las prendas de vestir. Lo comprendo.

Me anoto mentalmente que tengo que preguntarle a alguien del pueblo cómo tiñen las prendas de otros colores, pues todas las plantas parecen moradas. La curiosidad hace que me vuelva hacia Hudson para preguntarle si se le ocurre algo, pero algo en su ceño fruncido hace que las palabras se me mueran en la garganta.

—Supongo que es cierto que no les gustan nada los extranjeros por aquí —declara.

Sigo su mirada con la mía y después se me abren los ojos como platos.

Hay un muro gigante (y con «gigante» me refiero a que es inmenso) rodeando la ciudad entera, de al menos seis metros de alto y uno de grosor. No sé cómo no lo he visto a la primera.

«Seguramente porque estabas demasiado ocupada fantaseando con Hudson», me recuerdo.

Levanto la barbilla y entrecierro los ojos por el sol cegador, recorro con la mirada los bordes del muro. Al final doy con lo que estaba buscando y señalo un camino borroso que apenas distingo en la distancia y que lleva a un par de portones morados.

—Igual solo tenemos que decir «Ábrete, Sésamo» —bromeo.

Hudson se vuelve para mirarme con una expresión que significa «¿Qué coño es eso?» y yo me estremezco mientras me muerdo el labio. Uf. A veces se me olvida que se ha perdido todos los cuentos infantiles que a la mayoría de los niños les leen de pequeños.

—No importa. —Me apresuro a cambiar de tema—. ¿Y si...?

—¿Por qué haces eso? —me interrumpe.

Parpadeo.

—¿Hacer qué?

—Suponer que necesito o, lo que es peor, que quiero tu compasión. —Aprieta los labios en una fina línea.

Me echo hacia atrás y pongo los brazos en jarras.

—¿Qué cojones significa eso?

Siento un montón de cosas por Hudson Vega, pero, aunque la ira se ha puesto la primera de la lista en estos momentos, lo último que

sentiría por él es pena.

—Sabes muy bien lo que significa, Grace —espeta—. Cada vez que crees que has dicho algo que podría recordarme que me he llevado muchos palos en la vida, se te ablanda la mirada como si fueras a echarte a llorar. Para de una puta vez, ¿quieres?

Su acento suena tan marcado que no puedo evitar esbozar una sonrisa. La primera alegría que siento desde lo de anoche.

Cosa que solo parece avivar todavía más la rabia de Hudson, si es que los tacos que farfulla entre dientes me indican algo. Sé que se está calentando mucho la cabeza, que se está preparando para una batalla épica por mis supuestas miradas de compasión, y casi acepto su desafío. Pelear con Hudson sería mil veces más soportable que su trato de cortesía.

Pero pelear es lo último que me apetece ahora mismo.

Me apetece bailar. Me apetece dar vueltas y gritarles a los cielos que a Hudson Vega todavía le preocupa lo que piense de él. Que le importa muchísimo, por lo que parecen indicar sus palabras.

Así que antes de que empiece a gritarme otra vez acerca de lo que cree que yo siento o no sobre su infancia de mierda, hago lo que temía que no me dejara hacer nunca más.

Doy un paso hacia él, después otro y otro más hasta que puedo presionar mi cuerpo tembloroso contra el suyo, fuerte. Se queda completamente quieto. Estoy bastante segura de que hasta deja de respirar.

Pero no pasa nada. No me importa ser la que dé el brazo a torcer esta vez. Al fin y al cabo soy yo la que le ha hecho daño.

Por eso respiro hondo, dejo que mis curvas llenen las pequeñas grietas y recovecos que nos separan, dejo que mi suavidad se abra paso por el perímetro rocoso de su dolor.

Y cuando lo hago, él vuelve a respirar por fin. Y eso es todo lo que necesito para hacer lo que llevo queriendo hacer todo el día. Me agarro a él, le rodeo la cintura con los brazos hasta que mis dedos se tocan. Y aprieto hasta que la distancia de antes no es más que un recuerdo incómodo.

Aun así espero que se aparte, que la horrible inquietud que llevo viendo todo el día vuelva a levantar cabeza.

No sucede.

En vez de eso el suspiro se convierte en otro y otro hasta que por

fin me envuelve también entre sus brazos. No es mucho, ni siquiera se acerca a lo que esa vocecilla en mi cabeza me dice que querré de él algún día. Pero, ahora mismo, aquí es suficiente. Es más, es justo lo que necesitamos.

Hasta Humito debe de sentir que lo necesitamos, porque se queda callada, y eso no es propio de ella.

Sé que no nos podemos pasar toda la noche aquí de pie, abrazados en la ladera de una montaña mientras un ejército nos da caza, pero quiero hacerlo. Cuando Hudson tensa los hombros, me separo para quejarme porque todavía no estoy lista. Quiero abrazarlo un rato más.

Pero cuando nuestras miradas se encuentran, niega rápidamente con la cabeza para indicarme que no hable. No deja de abrazarme, solo inclina la cabeza como si estuviera escuchando algo en la distancia. Y al final, yo también percibo lo que ha oído y se me acelera el corazón en el pecho.

Son pasos.

«Mierda.»

67

LA PRIMERA REGLA DEL CLUB DEL CANGUELO (HUDSON)

¡Joder, joder, joder! La he cagado pero bien, ¿verdad?

No me puedo creer que estuviese tan absorto escuchando los latidos del corazón de Grace, tan perdido en el ritmo de su respiración, que he permitido que una amenaza se cierna sobre nosotros.

—¿Es el ejército de la reina? —susurra Grace.

Por su voz parece tan preocupada (y, a la vez, tan confiada) que me entran ganas de descuartizar a toda esta gente y reducir todo este lugar a cenizas, solo porque puedo. Pero no soy tan tonto como para no saber que no debería buscarme una pelea sin antes ver a qué nos estamos enfrentando. Por el momento las pisadas no parecen provenir de un ejército, pero es posible que aún falten soldados por tomar posición.

—No lo sé —le contesto; y, joder, odio darle esa respuesta. Casi tanto como haberla metido en todo esto.

Vale, sí, ambos decidimos hacer esto juntos, pero aun así me siento responsable. Este era mi plan, así que tengo que encontrar la forma de sacarnos de aquí; y, claro está, sin que ella o Humito acaben heridas. Tendría que haberme dado cuenta de que sabrían que lo más probable es que fuésemos rumbo a Adarie, y haber estado más atento a las señales de peligro.

Pero no tenemos tiempo para que ahora me ponga a pensar en lo que tendría que haber hecho. He de centrarme en llevar a Grace y a Humito a un lugar en el que estén a salvo; o enseñarle a la reina de las sombras qué pasa cuando le buscas las cosquillas a un vampiro.

A ver, en una situación normal mi sugerencia sería echar a correr un rato y dejar que se cansen buscándonos para nada. Pero Grace

tiene pinta de estar exhausta. A decir verdad, no creo que aguante una hora más. Lo haría si se lo pidiera. Sacaría fuerzas de flaqueza y estaría dispuesta a hacerlo. Pero eso no implica que sea la decisión que debamos tomar.

Necesito un minuto para pensar, para sopesar nuestras opciones.

Ojeo el pueblo que se ve abajo, la posible seguridad que nos ofrece, aunque sin garantías. Observo el muro, los portones, el pueblo en sí formado por unas calles estrechas e hileras de casas adosadas. Un montón de lugares donde escondernos... si es que conseguimos superar el muro sin que nadie nos vea.

Me vuelvo a la izquierda e inspecciono el valle que se extiende más allá de la base de las montañas, tan al oeste como puedo ver. A lo lejos se distinguen un río y un bosquecillo, pero no parece que haya muchos lugares donde poder cobijarnos o escondernos. No hay un solo sitio donde poder mostrar resistencia sin arriesgarnos a acabar rodeados o atrapados.

Al desviar la mirada a la derecha suelto un gruñido cuando veo una hilera tras otra de cimas de montañas escarpadas. Está claro que podríamos perdernos en esa zona rocosa, pero ¿a qué precio? Podría gastar las fuerzas que me quedan y, aun así, la mejor opción que tendríamos para estar a salvo a largo plazo seguiría siendo retomar el plan de Adarie y seguramente enfrentarnos a la misma amenaza, pero estaríamos mucho más débiles.

No, nuestra mejor baza es aguantar y luchar, aquí mismo. Bueno, que luche yo.

Al bajar la vista y centrarla en la mirada fija de Grace, sé que ha llegado a la misma conclusión.

De hecho, ya va dos pasos por delante de mí, teniendo en cuenta la ceja que ha arqueado.

—Sí —me adelanto.

—No —replica con la barbilla alzada de esa forma que sé que significa que va a ponerse terca con el asunto.

Suelto un suspiro.

—Aunque sea solo por esta vez, ¿podemos no discutir?

—¡Hudson Vega, no pienso salir corriendo a esconderme mientras tú te enfrentas solo a todo un ejército!

Parece tan sincera, tan empeñada en no dejarme solo, que me entran ganas de volver a abrazarla. Pero no. Así no consigues que

Grace haga lo que tú quieres...

Levanto una ceja y le devuelvo la mirada que me ha lanzado ella.

—¿Me estás diciendo que no crees que pueda derrotar a un ejército yo solo? ¿Y qué ha pasado con lo de... —Imito la voz de Grace, pero le doy un toque más agudo y añado un pelín más de peloteo— «Ay, Hudson, eres como un superhéroe, tan rápido y fuerte...»? —Cuando me pone los ojos en blanco noto que se está librando una batalla, y no dudo en ser el primero en atacar—. Grace, necesito que creas en mí. ¿Tan imposible te resulta?

Permanece inmóvil, con la boca ligeramente abierta, y lo que fuera que tuviera pensado decir se le queda en la punta de la lengua. Se humedece los labios, y puedo apreciar cómo los engranajes de su precioso cerebro van a toda velocidad mientras intenta encontrar la forma de quedarse conmigo y luchar sin herir mis sentimientos.

Así que echo toda la carne en el asador.

—Grace, lo tengo todo controlado.

Parpadea. Una vez. Dos. Y entonces asiente, y juro que creo que ahora mismo sí podría enfrentarme yo solo a todo un ejército.

Ojalá me sea tan fácil convencer a la otra mujer de mi vida.

Deslizo la mano hacia abajo, justo al lado del tobillo, y Humito se me sube a la palma de un salto al instante; su gemido lastimero se ha convertido en todo un gorjeo pues es lo bastante lista como para saber lo que va a pasar, y no le hace ni puñetera gracia el asunto.

Me planteo la opción de suplicarle que se vaya con Grace, pero entonces la susodicha me sorprende (a mí y también a Humito) y estira el brazo para acariciar con delicadeza la coronilla de la sombrita antes de decir con decisión:

—Humito, lo tiene todo controlado.

Siento cómo la umbra tiembla en mi mano, sin saber si puede confiar en Grace, sin saber si quiere confiar en Grace. Emite otro gemido bajo y lastimero que hace que se me rompa el corazón.

Pero cuando Humito salta a los brazos de Grace y deja que se la lleve a un lugar seguro donde esconderse, no puedo evitar que la sonrisa se abra paso entre mis mejillas, y es la sonrisa más grande que he esbozado en mi vida.

Grace me dice sin volverse:

—A partir de ahora vas a estar insoportable, ¿verdad?

Ni siquiera me molesto en intentar ocultarlo.

—Seguramente.

—Menudo fantasma —me contesta con una risita entre dientes.

A la mierda lo de enfrentarme a un ejército entero. Estoy seguro de que podría enfrentarme a siete ejércitos y todavía tendría energía para darle una lección a la reina de las sombras.

Y vamos a empezar ahora.

68

TENGO AMIGOS EN LAS ALTAS ESFERAS (GRACE)

Humito y yo nos hemos alejado menos de veinte metros cuando oigo a Hudson rugir:

—¿Quiénes cojones sois? ¿Y qué cojones queréis?

No puedo ver a quién le está gritando, pero tiene las manos levantadas, está enseñando los colmillos y parece más que preparado (más que capaz) de hacer pedazos con sus propias manos a cualquiera que tenga enfrente.

El corazón me retumba en el pecho, y me gustaría poder ayudarlo o, al menos, no estar dolorida, pero Hudson me ha pedido que crea en él y sé lo que le ha costado. No voy a decepcionarlo.

—¡Oye! ¡Que solo pasábamos por aquí, tío! —responde una voz. Después un hombre se acerca lo suficiente como para entrar en mi campo de visión. Tiene poco más de veinte años, sus brazos violeta claro están recubiertos de tatuajes que se parecen mucho a notas musicales en varios tamaños. Le saca unos diez centímetros a Hudson, y eso sin contar la melena lavanda que lleva rapada a los lados con la parte central en punta, lo cual le proporciona cinco centímetros más de altura. Es mucho más corpulento que el vampiro y lleva media docena de pendientes en la oreja derecha y un séptum lo bastante grande para que yo esboce una mueca de dolor. No se parece a como yo me imaginaba que luciría un soldado, pero quizá este ejército abraza la individualidad, cosa que en realidad me parece guay—. Parece que sois vosotros los que estáis en apuros.

—Y ¿pensabas que te iba a recibir con los brazos abiertos?

El tono de Hudson destila sarcasmo, y el chico entrecierra los ojos peligrosamente mientras infla el pecho, ya de por sí amplio.

—Pues más te valdría.

A pesar del tamaño del tipo, Hudson no parece tenerle ni el más mínimo miedo, y me empieza a preocupar que vaya a haber un baño de sangre antes de que el resto de los soldados nos alcancen. Retrocedo, le doy a Hudson el espacio que necesite para cualquier rollo vampírico impresionante que haya planeado, pero otro hombre entra en escena. Es más o menos de la misma edad y de la misma altura que el anterior, pero mucho más delgado, con una piel de un precioso tono lila y un bebé colocado en el pecho con una especie de mochila.

Esto no es un ejército. Es una familia.

Dejo escapar un suspiro que estaba aguantando sin saberlo y me yergo para volver al lado de Hudson.

—¿No sois del ejército de la reina? —pregunto solo para confirmar.

—No, a no ser que esté reclutando bebés —contesta Hudson, y el hombre más delgado se ríe.

—Todavía no —asegura a la par que acaricia los ricitos finos de la cabeza del bebé, que ahora veo que duerme y sus espesas pestañas moradas le descansan sobre las mejillas redondeadas—. Somos un grupo ambulante de trovadores llamado Los Horizontes.

El más grandote rodea con un brazo al otro, se inclina hacia delante para darle un besito en la frente al bebé y añade:

—Soy Orebon. Y este es mi marido, Lumi. —Después señala a una mujer que se contonea hasta ponerse a su lado y se detiene con una parte de la cadera tan echada para delante que me preocupa que se la haya dislocado—. Esta es nuestra cantante, Caoimhe.

Ahora que estoy menos asustada, caigo en que Orebon tiene una voz grave y muy musical que reverbera en el espacio que nos rodea sin que lo intente siquiera. Hace que quiera oírlo cantar.

—Yo soy Grace —declaro mientras extiendo una mano para darle un apretón a la suya—. Y estos son Hudson y Humito. —Señalo a la sombrita.

—Esta pequeñaja es nuestra hija, Amiani —informa Lumi—. Bienvenidos a nuestra tropa.

—Trovadores. —Hudson repite la palabra con la que se ha descrito Orebon antes, y suena mucho más escéptico que yo.

—Así es. —Orebon le sonríe y después se vuelve para mirarme—. ¿Por qué pensabais que podríamos ser un ejército que iba tras

vosotros?

Hudson entrecierra los ojos, pero responde.

—Hemos oído que la reina de las sombras está buscando a gente de nuestro mundo.

—Ya, alguna vez hemos oído lo mismo. —Orebon se queda callado, como si no estuviera muy seguro de cuánto puede revelar. Al final debe de decidir que nos merecemos saber por qué nos están dando caza, porque niega con la cabeza y continúa—: Envenenaron a la hermana de la reina cuando era pequeña. Fue un humano que había cruzado la barrera, por eso cree que en el reino de los humanos se encuentra la cura para su hermana... o la venganza.

Abro los ojos y una mirada a Hudson me demuestra que está tan sorprendido por esa información como yo. A ver, no estoy diciendo que tenga intención alguna de darme por vencida, pero tampoco puedo mentir y decir que no siento cierta compasión por ella.

—Pero no os preocupéis. Por mucho que simpaticemos con la reina Clio, nunca hemos sido partidarios de que paguen justos por pecadores. Ni tampoco partidarios del ejército de la reina.

Lumi se ajusta un poco la mochila del bebé y, cuando lo hace, reparo en que lleva colgando del hombro una funda enorme, en la que parece guardar un instrumento musical.

—Y ¿vosotros también sois fugitivos? —pregunto.

—Uy, qué va —responde Orebon, y después me guiña un ojo—. Estamos de camino a un pueblo que no está muy lejos de aquí.

—¿Vais a Adarie? —pregunto; el corazón se me acelera ante la posibilidad de que sepan cómo atravesar las inmensas puertas, que puedan darnos alguna pista acerca del recibimiento que nos darán.

—¿Por...? —Caoimhe le dirige una mirada astuta a Orebon, tan fugaz que en realidad dudo que la haya visto. Después se vuelve hacia Hudson y pregunta—: ¿Vais a los portones de Adarie?

—¿Importa adónde vayamos? —cuestiona Hudson en el tono calmado que utiliza cuando está preparándose para saltarle al cuello a alguien. Después de haber sido su víctima cientos de veces en la guarida, admito que tiene la capacidad de hacer que me estremezca un poquito incluso cuando no va dirigido a mí.

Caoimhe no le hace ni caso. En vez de eso, afirma:

—Vamos, que sí que vais a Adarie.

Supongo que tampoco era ningún secreto. Estamos en una

montaña contemplando el pueblo que hay abajo. Además, seguro que más gente sabrá que este lugar es un refugio para aquellos que son como nosotros, gente que intenta que el ejército de la reina no repare en su existencia.

Pero cuando Orebon y Lumi intercambian una mirada interminable con Caoimhe, ni siquiera tratan de ocultar que están tramando algo que nos incumbe en cierta forma. Cuando Orebon asiente, Caoimhe vuelve a atusarse la impresionante melena y yo no puedo más que intentar tragarme el nudo que parece que se ha alojado de forma permanente en mi garganta.

Y eso es antes de que la mujer esboce una sonrisa casi felina y le ronronee a Hudson:

—Quizá podamos hacer un trato.

69

EL MORADO (AHORA) ES MI COLOR (HUDSON)

—¿Un trato? —pregunto, y ni me molesto en ocultar el escepticismo de mi voz—. ¿Queréis hacer un trato con nosotros?

Se me ocurren un millón de razones por las que eso me parece una auténtica tontería; entre ellas el hecho de que se acaban de enterar de nuestra existencia hace unos diez minutos. No es posible que nos vean huir de un ejército y decidan que les apetece aliarse con nosotros. Ni de puta coña.

Y, si ese fuera el caso, de todas formas yo no quiero aliarme con ellos.

—¿Qué clase de trato? —quiere saber Grace, y parece que desconfía tanto como yo.

—Pues de esos en los que todos conseguimos lo que queremos —contesta Caoimhe. Acompaña sus palabras con una sonrisa desmesuradamente provocativa que supongo que le funcionará con nueve hombres y medio de cada diez, con edades comprendidas entre los dos y los noventa años.

Pero conmigo no le va a servir de nada. Me he criado con Delilah Vega, y he visto esa clase de sonrisa en acción más veces de las que puedo llegar a contar. Además, a mí me van más las barbillas obstinadas.

—Y ¿qué se supone que queremos, según vosotros? —pregunto, y la forma en la que frunzo el ceño es al menos tan impresionante como su sonrisa. Si lo sabré yo..., llevo más de un siglo practicándolo.

—Fácil. —Abre tantísimo los brazos al hablar que no puedo evitar preguntarme si es solo que está intentando vendernos su idea o es que al mismo tiempo está haciendo una audición para el papel de una charlatana de feria—. Queréis atravesar los portones de Adarie.

Pero nosotros sabemos que no podéis entrar tan tranquilamente sin una invitación. Una invitación que primero debéis solicitar en la oficina del alcalde para evitar que se amontone la gente en la entrada y para que la seguridad sea la máxima prioridad. —Joder. No, eso no lo sabíamos—. Cualquiera puede emigrar a Adarie..., pero el permiso tarda sesenta días en conseguirse. ¿Es posible que sea más tiempo del que disponéis, seres humanos?

—Solo uno de los dos es un ser humano, el otro es un vampiro —aclara Grace.

—Mola. —Caoimhe me mira, y mentiría si dijera que no me siento un poco sucio cuando desvía la mirada—. Supongo que tú serás la vampira.

—Él es el vampiro —contesta Grace, y noto cierto deje de gruñido en su voz que no me esperaba. Tampoco me esperaba que se acercara un poco más a mí, tanto que nuestros brazos casi se tocan. Pero así es.

Esta vez, cuando Caoimhe nos observa, veo una sonrisilla en su cara que se podría interpretar como un «vale, ya veo lo que hay». No me molesto en corregirla, y Grace tampoco. Pero, bueno, ¿por qué iba a hacerlo si ha hecho todo lo posible por hacerle creer justo eso?

—¿Luego puedo verte los dientes? —me pregunta Caoimhe justo antes de pasarse la lengua por los suyos.

—Puedes vérmelos a mí —le contesta Grace con dulzura, y tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no descojonarme aquí mismo.

Es evidente que Lumi y Orebon carecen del autocontrol que yo poseo, porque se echan a reír como un par de tontos. Y a cambio reciben la peineta que les hace Caoimhe.

—Por mí bien. —Caoimhe desvía su provocativa mirada hacia Grace, pero esta se limita a poner los ojos en blanco. Al parecer, se le da tan bien como a mí ver venir las tonterías de la cantante.

—Venga, lo del trato —la insta Grace.

—Cierto, el trato. —Evidentemente, al ver que no nos va a seducir a ninguno de los dos para que acatemos sus órdenes, Caoimhe retoma su papel de negociadora—. Como os decía, dos seres de otro mundo, es decir, vosotros —nos señala, por si acaso no lo habíamos pillado— nunca podrán atravesar los portones del pueblo a tiempo.

—Pero resulta que tenemos una invitación para entrar... y una

audición para el festival Lluvia de Estrellas. Somos un célebre grupo de trovadores —añade Lumi.

—¿Y...? —pregunto, pues no tengo ni idea de hacia dónde va todo esto.

—Un célebre grupo de cinco trovadores —aclara Orebon.

—¿No estáis queriendo decir que podemos decir que somos parte de vuestro grupo para que los guardias nos dejen atravesar los portones como miembros con invitación? —pregunta Grace.

Caoimhe vuelve a sonreír; una sonrisa que ni de coña me hace pensar mejor de su oferta.

—Claro.

—Y, a cambio, ¿qué queréis de nosotros, exactamente? —Me cruzo de brazos y finjo que toda esta conversación me aburre.

—Bueno, os uniríais a nuestra compañía, claro —dice Caoimhe, y al ver lo mucho que ha enarcado Grace las cejas, que casi le llegan al nacimiento del pelo, añade—: Solo para la audición.

—No —digo.

—Pasamos. —Grace me secunda, por si acaso quedaba alguna duda.

—Escuchad —nos ruega Lumi—, en el grupo somos dos más, pero es que no van a llegar a tiempo a Adarie para la audición.

—¿Cuándo es el festival? —pregunto mientras en mi cabeza se va formando la idea de que igual podríamos colarnos en Adarie con la marabunta de visitantes.

Pero Orebon niega con la cabeza.

—No es hasta dentro de dos meses, pero las audiciones son esta semana. El festival coincide con los tres días seguidos de oscuridad que ocurren en Noromar cada tres meses; todo el mundo sale a celebrarlo. El concierto del festival nos daría para vivir todo un año. De verdad, estaríais ayudando a un par de viajeros amigos.

—Unos viajeros con un bebé recién nacido al que alimentar —añade Lumi meneando las caderas para darle un toque extra.

En fin, qué marrón. Me meto las manos en los bolsillos mientras retomo la posibilidad de superar un muro de seis metros de alto sin que nadie nos vea. Pero le echo un vistazo a Grace, y se me cae el alma a los pies.

Porque Grace está observando los ricitos morados del bebé; veo cómo las arrugas de los ojos se le suavizan y refunfuño. Se está

tragando el discursito con patatas. Esta chica tiene que ser la persona más ingenua (y tierna) del mundo.

Suspiro.

—Y ¿qué tendríamos que hacer?

70

DEMASIADOS TALENTOS OCULTOS (HUDSON)

Los ojos de Caoimhe relucen como si hubiera sabido desde el principio que iba a acceder. Esta mujer parece muy acostumbrada a salirse siempre con la suya; por eso mismo me acerco un poco más a Grace cuando me come con la mirada, esta vez humedeciéndose los labios.

—Seguro que sabes cantar, ¿no? —le pregunta Lumi a Grace.

—Bueno, a ver, canto en la ducha —contesta ella encogiéndose de hombros.

—Todo el mundo canta en la ducha. —Orebon pone los ojos en blanco—. La pregunta es si cuando cantas lo haces bien.

—No lo sé. —Grace me mira con las cejas enarcadas—. ¿Canto bien?

De repente me interesa muchísimo ver cuántas piedras hay en el suelo.

—Ay, madre. —Lumi se estremece—. ¿Tan mala es?

Paso de contar las rocas a buscar formas de animales en las nubes que pasan sobre nosotros.

Orebon levanta una ceja.

—Y ¿qué hay de la magia?

Grace niega con la cabeza.

—¿Silbar? —Lumi parece esperanzado.

Pero sé la respuesta a esa pregunta.

—Nada de nada.

—¿Y malabares? —consulta Orebon, y el resoplido que suelto hace que Grace me lance una mirada asesina.

—¿Por lo menos sabes bailar? —tantea Caoimhe.

—Puedo intentarlo...

Hace un pasito de baile que a mí me parece estupendo.

—Ay, madre —repite Lumi. Ante eso el bebé se revuelve y él rebusca en una bolsa y saca un biberón lleno de una bebida cremosa de color morado. Le mete la tetina en la boca a su hija y esta empieza a beber con vigor. En cuanto cumple con su misión, le lanza a su marido una mirada de consternación—. Nunca vamos a conseguir el bolo —murmura entre dientes.

—Diremos que es una cantante excelente... con una infección en la garganta. Funcionará —le asegura Orebon a su pareja restándole importancia al caso con un gesto. Después añade—: Supondrán que, para cuando llegue el festival, seremos incluso mejores.

Caoimhe asiente y se vuelve para mirarme.

—Y ¿tú qué?

—¿Qué pasa conmigo? —Le devuelvo la pregunta.

Ella enarca una ceja.

—Que si puedes cantar.

—Me defiendo —declaro, pero no me gusta ni un pelo por dónde está yendo esta conversación.

—Canta muy bien —afirma Grace. Lo cual me sorprende, porque no sabía que me hubiera oído. Cuando estábamos en la guarida siempre parecía estar escuchando algo con sus auriculares mientras yo ponía mis discos y a veces cantaba las canciones.

—Aunque en el caso de que supiera cantar, no conozco ninguna de vuestras canciones —indico, y con razón—. Lo mejor será que digamos que yo también tengo infección de garganta.

Pero entonces Grace se vuelve para observarme y una mirada traviesa hace que le brillen los ojos.

—Uy, pues yo creo que sí que deberías cantar, Hudson. Algo romántico y adorable, ¿no te parece?

Se está cachondeando de mí, y lo más probable es que me lo merezca después de haberme puesto a contar piedras cuando me han preguntado si ella cantaba bien. Aun así, resulta que no me va mucho eso de dejarme en evidencia delante de desconocidos.

—Igual puedo tocar la guitarra o algo —sugiero.

«¿Ves? —le digo con una mirada—, soy capaz de trabajar en equipo.»

Grace abre los ojos como platos.

—¿Tocas la guitarra?

—¿Tanto te cuesta creerlo? —Levanto una ceja.

—No lo sé. A ver, Jaxon tenía guitarras y una batería en la torre, por lo que suponía que eso era más su rollo, no sé. —Se encoge de hombros y no puedo evitar sentirme ofendido.

—Y ¿qué? ¿Pensabas que el patético de mi hermanito era el único que tenía talento? —escupo; después me vuelvo hacia Caoimhe y espeto—: Sé cantar y tocar la guitarra.

Los tres trovadores se ponen a hablar a la vez, urden posibles planes para incluirme en su actuación, pero no los estoy escuchando. Estoy demasiado ocupado observando cómo Grace se esfuerza (y fracasa) por no dejar que una sonrisa triunfal se le dibuje en el rostro.

Mierda. Me he metido yo solo en la boca del lobo, ¿no?

Entrecierro los ojos al mirar a la muy traidora, y le prometo que se la devolveré. Aunque algo que dice Lumi hace que salga de mi ensimismamiento.

—Me niego a hacer malabares. —Al fin y al cabo, uno tiene su orgullo.

Pero cuando Grace suelta una risita a mi lado, sé que haría malabares con gatitos si ella me lo pidiera.

Estoy jodidísimo.

71

POR LA POSADA, LO QUE HAGA FALTA (GRACE)

Pues al final resulta que atravesar los portones de Adarie con la invitación de un trovador es tan fácil como engañar a Hudson para que actúe con el grupo.

No he sudado tanto en toda mi vida como cuando los guardias nos han interrogado antes de entrar.

Yo habría jurado que nos iban a denegar rotundamente la entrada a una tropa con dos personas de otro mundo como integrantes, pero parece que Caoimhe tenía razón y es normal que los trovadores sean un grupo variopinto de personas. Nos contó que era habitual que los artistas ambulantes formasen una piña con desconocidos de todo su mundo, y he de admitir que me gusta la idea de crear una familia con la gente que te vas encontrando.

Pero lo que de verdad me interesa es que Caoimhe insistía en que ha conocido a un montón de personas de otro mundo como nosotros, y que jamás ha oído decir que el ejército de la reina las buscara para ejecutarlas. Orebon decía la verdad, la reina sí que está desesperada por encontrar la forma de volver a nuestro mundo, pero Caoimhe afirmó que la reina es consciente de que solo porque alguien haya podido atravesar la barrera no significa que siempre sepan cómo volver.

Y eso me lleva a pensar que... El ejército que vino a la granja de Arnst nos buscaba expresamente a nosotros. ¿Por qué?

Me apunto en mi cabeza comentarlo con Hudson más tarde. Nuestro problema más urgente ahora mismo consiste en encontrar al alcalde y pedirle asilo, y también en conseguir alojamiento. Solo de pensar dejarme caer en una cama siento un ligero mareíllo por la emoción.

Mientras caminamos por las calles empedradas no puedo evitar sucumbir a los encantos de la estrambótica plaza del pueblo, su arquitectura recargada, y los miles y miles de hogares y demás edificios.

Para ser de buena mañana, las calles están todavía bastante vacías, y solo puedo imaginarme lo impresionante que lucirá el pueblo atestado de gente, con las puertas de los establecimientos abiertas, y las terrazas de los restaurantes a rebosar de comensales hambrientos.

La belleza irrefutable de este lugar me deja impresionada. Veo tiendas antiguas, jardineras hasta arriba de flores, y unas serpenteantes calles empedradas. Y me enamoro de todo lo que me rodea.

Le echo un vistazo a Hudson, y sé que está disfrutando del paseo tanto como yo. Hasta Humito se ha unido a la fiesta. Incluso se ha desenrollado de su aparentemente rincón habitual alrededor de una de las extremidades de Hudson, y recorre las calles a toda velocidad, tropezando y dando tumbos de la emoción. Parece que sabe muy bien dónde estamos y nos da su absoluta aprobación.

—Ahí está la posada —me dice Hudson, y señala con la cabeza un edificio que bordea la plaza del pueblo. Es alto y amplio, y parece una mezcla entre una enorme construcción morada de un viejo pueblo alemán y otra salida de la película *Pesadilla antes de Navidad* .

La arquitectura de la posada es del antiguo estilo Bauhaus alemán: un oscuro entramado visible contrasta con una fachada clara y un tejado acabado en punta. Pero, al mismo tiempo, el edificio posee unas torres estrechas que se elevan en unos ángulos curiosos y parece que está un poco torcido. Sí, seguro que allí dentro nos encontramos a un pequeño Jack Skeleton, ya sea a propósito o no.

—¿Deberíamos registrarnos en la posada antes de las audiciones? —pregunto—. ¿O buscamos antes al alcalde?

—Supongo que será mejor instalarnos antes —contesta Hudson mientras busca en el fondo de la mochila la carta de Maroly y Arnst—. Antes de que reine el caos en el pueblo.

—No va a haber ni una sola habitación libre —nos dice Lumi—. Seguramente tengan todas las habitaciones reservadas por lo de las audiciones de esta noche. La gente viene de todos los rincones del reino para ver un anticipo del espectáculo.

—Ya, pero... —Me callo, pues aún no sé cuánto debería contarle.

Es verdad que es gracioso y supermajo, pero es que acabamos de conocernos, literalmente. No estoy segura de cuánta información debo compartir con ellos.

—Es que tenemos un regalo para el gerente —dice Hudson con mucha labia—. Es familiar de unos amigos nuestros.

—Vaya, pero qué casualidad, ¿no? —comenta Caoimhe guiñando un ojo—. Vosotros id a hacer eso, y nosotros buscaremos un buen lugar para instalarnos y ganarnos algo de pasta rápida. Si nos necesitáis, seguid la música... y buscad a la muchedumbre más grande. Ahí daréis con nosotros.

—Os buscaremos —le prometo, y después me despido de los trovadores con un gesto de la mano antes de que Hudson y yo crucemos la calle—. ¿Está mal que me caigan bien de verdad? —le pregunto en cuanto sé que estamos lo bastante lejos como para que nos oigan.

Vale, me costó asimilar las miradas lascivas que Caoimhe le lanza a Hudson al principio, pero durante el viaje de casi cinco kilómetros hasta Adarie me ha quedado claro que no va en serio. Posee esa clase de seguridad en sí misma que rebosa atractivo, lo saque ella a relucir o no. Además, al final pilló la indirecta y dejó de tirarle la caña a Hudson; cosa que a mí no me importa en absoluto, claro.

—A mí también me caen bien —me contesta él con una sonrisita —. Pero no sé yo si podemos fiarnos de ellos. O de Maroly y Arnst, de hecho. Evitaría quedarme en la posada de su primo si hubiese algún otro lugar donde hospedarnos.

—Ya ves —le respondo poniendo los ojos en blanco—. Nadie es tan majo sin tener motivos. No tengo claro que podamos fiarnos de ellos en nada. No los creería aunque me dijeran que hoy es sábado.

—Bueno, pues harías bien en no fiarte entonces —me dice arrastrando las palabras—. Porque hoy es domingo.

—¿Va en serio? Yo creía que... —Me callo mientras repaso los días mentalmente—. ¿Cómo me he saltado un día?

—No lo has hecho. Te estaba vacilando.

—¿Sabes? Hay días en los que ni siquiera me caes bien —le digo fingiendo que lo fulmino con la mirada mientras él tira de la puerta de la posada y la abre para que pase.

—Sabes que no —me replica.

Sonrío porque tiene razón. A pesar de todo lo que hemos vivido,

me cae bien. Muy bien. Pero de momento no hace falta que él lo sepa.

—Te tolero —le corrijo con un resoplido—. No es lo mismo.

—Vale, vale, conque me toleras —repite asintiendo—. Te lo recordaré la próxima vez que te me pegues en mitad de la noche.

—¡Eso solo pasó una vez!

—Una vez al día, dirás. —Me sonríe con picardía.

—¿En serio? —pregunto, y vuelvo a fingir que lo fulmino con la mirada—. ¿De verdad crees que es el momento de sacar el tema?

—¿Cuándo será el momento? —me pregunta él con las cejas enarcadas—. Al parecer estamos en tregua. ¿Por qué no iba a aprovecharla?

Antes de que pueda contestarle, el hombre agobiado de la recepción nos interrumpe.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Pues verá —empiezo—, nos gustaría...

—La posada está completa —me corta.

—Ya, pero...

—Sin peros. No tengo ni una sola habitación. Hasta los cuartitos viejos del fondo están reservados. Igual pueden probar en el hostal que hay a un par de calles de...

—Venimos de parte de Arnst y Maroly. —Ahora es Hudson quien lo interrumpe a él—. Nos han pedido que le diésemos esto.

Le tiende el sobre al posadero, pero el hombre no lo abre.

—¿Sois Grace y Hudson?

—Sí —respondemos al unísono tras intercambiar una mirada.

—Yo soy Nyaz, el primo de Maroly. Me llamó hace un par de días para confirmar que habíais llegado bien. Me pidió que os guardara una habitación, y le he hecho caso. No es de las mejores de la posada, pero tiene una cama, así que... —Se vuelve y coge uno de los juegos de llaves anticuadas que cuelgan de la pared a sus espaldas—. Vuestra habitación es la 403. Las escaleras están por allí.

Nos señala que las escaleras están aquí al lado, y justo después la campanilla de la puerta suena y se vuelve.

—¿En qué puedo ayudarles? —les pregunta a los recién llegados.

—Un segundo. No hemos pagado... —le digo, pero él lo rechaza con un gesto de la mano.

—Ya ajustaremos cuentas luego. De todo. —Hace hincapié en la última palabra de tal forma que me hace pensar que está hablando de

algo más que de la factura. ¿A esto se refería Arnst con lo de que podíamos confiar en que nos fuera a ayudar?

—Gracias —contesta Hudson, y me pone una mano en la parte baja de la espalda para guiarme hacia las escaleras—. Luego nos registraremos.

Nyaz asiente, pero ya se está encargando del siguiente huésped. Cuando llegamos a las escaleras, el vestíbulo está a rebosar de gente que, o bien viene a registrarse, o bien suplica por una habitación. Vaya, Caoimhe no bromeaba con lo de que las audiciones aquí gozan de mucha popularidad.

Ya en nuestra habitación nos turnamos para ducharnos; y, si se me permite preguntarlo, ¿acaso hay algo mejor en este mundo que darse una buena ducha después de haber pasado un par de días a la intemperie? Me he tirado un rato muy bueno deleitándome en la sensación del champú en el pelo y del agua caliente recorriéndome todo el cuerpo. Es que no he podido evitarlo. Esa especie de baños que me daba en el agua fría no es que sirvieran de mucho.

Me estoy secando el pelo con la toalla cuando Hudson sale del baño, vestido solo con un par de pantalones deportivos negros de cintura baja y metros y metros de perfectos abdominales desnudos a la vista.

—Oye, ¿podrías echarle un vistazo a mi espalda? —me pregunta Hudson al tiempo que se acerca y se da la vuelta—. Me pican un poco las mordeduras de las sanguijuelas.

—¿Me estás diciendo que al gran vampiro igual le vendría bien un poco de pomada medicinal? —lo chincho, mientras con cuidado le paso los dedos por las marcas que le dejaron las sanguijuelas y que ya se están curando; pero tiene razón, todavía no han desaparecido del todo. Rebusco en la mochila hasta que encuentro la pomada; me echo un poco en la yema de los dedos y después se la aplico con delicadeza en las heridas—. Supongo que los chupasangres no sois inmunes entre vosotros.

—¡Vete a la mierda! —me dice sin aspereza alguna.

—Eh, no me copies —bromeo—. No me puedes robar las frases.

—Claro que puedo —contesta guiñándome el ojo por encima del hombro—. Puedo robarte algo más que una frase.

Me echo a reír, pero entonces mi mirada se encuentra con esos ojos azules, y me atraganto en plena carcajada. Y también se me corta

la respiración. Porque de pronto hemos vuelto a la cueva, tengo la mano en la suya, y mi vena en su boca.

Esta vez no intento justificar todas las sensaciones que me remueven por dentro. Y tampoco intento fingir que no las estoy sintiendo. Me limito a quedarme donde estoy, con la mirada clavada en los ojos de Hudson, y pienso.

Pienso en cómo me sentiré cuando él vuelva a hacerlo.

Pienso en si la próxima vez beberá de mi muñeca... o de otra parte del cuerpo.

Pienso en qué sabor tendré para él.

No me doy cuenta de que ese último pensamiento se me ha escapado de entre los labios hasta que veo cómo la mirada de Hudson se oscurece. Entonces se vuelve completamente hasta quedar de frente a mí y me susurra:

—Eres deliciosa. Lo mejor que he probado nunca. Es... —Se calla e inspira hondo, mucho. Después me sonríe arrepentido y dice—: Sabes bien, Grace. Muy bien.

Sé que no es lo que iba a decir, y daría lo que fuera por saber cuál ha sido su primer pensamiento. Pero yo no lo comparto todo con él. Sería hipócrita esperar que él sí lo hiciera conmigo. Por muchas ganas que tenga de que eso suceda.

Por mucho que necesite saber en qué está pensando.

Casi se lo pregunto. Pero, antes de que me haya armado de valor para hacerlo, Hudson sonríe y me tiende una mano.

—Ya son casi las once. ¿Te apetece ir a por algo de comer?

Casi le digo que no, casi le digo que quiero que nos quedemos aquí y dejar que él desayune. Pero cualquiera sabría que ahora mismo no sería la opción más prudente. Así que, en vez de decírselo, asiento y le cojo la mano. Y espero a que pase lo que tenga que pasar.

72

PIDE UN DESEO
(GRACE)

Cuando por fin volvemos a la calle, el pueblo está a rebosar de gente y me hace mucha ilusión ver que en Adarie no solo hay espectros. Todavía no he visto a ningún humano, pero Hudson señala a otro vampiro que se ríe mirando a los ojos a una persona alta y esquelética con una piel verde tan pálida que casi parece translúcida.

Hay una manada de lobos cenando en una terraza (un filete crudo y huevos duros, cómo no), y un chupacabras de verdad, o eso asegura Hudson, que está comprando un ramo de margaritas moradas de un puestecito de flores.

Por primera vez desde que el ejército de la reina vino a buscarnos a la granja, siento que quizá, solo quizá, podamos dejar de huir, y levanto la vista hacia Hudson con la esperanza brillándome en los ojos. Él me entrega un rollito de hojaldre morado que ha comprado en un puesto de comida y yo le doy un mordisco al bollo calentito de inmediato, cierro los ojos y suelto un gemido. Está increíble.

Cuando vuelvo a parpadear para abrir los ojos Hudson me está contemplando de forma inusual. Pero en menos de lo que dura un suspiro esa expresión ha desaparecido de su rostro, y se da la vuelta para que recorramos otra calle llena de vendedores ambulantes.

Humito también está muy emocionada al ver a tanta gente, se lo está pasando de miedo zigzagueando entre los peatones. Sin embargo, cuando están a punto de pisarla por tercera vez, Hudson la llama y ella se le enrolla en el cuello para seguir teniendo una buena perspectiva de todos los acontecimientos.

No teníamos ningún plan cuando hemos salido, solo queríamos reconocer el terreno, así que nos limitamos a pasear calle arriba y calle abajo durante un par de horas. Algunos habitantes del pueblo

nos miran dos veces (o incluso tres), pero todos parecen muy simpáticos.

Después de pasear sin rumbo por algunos callejoncitos, volvemos a la enorme plaza del pueblo en el centro de Adarie. La posada donde nos quedamos está al fondo del todo, pero la zona es tan grande que una infinidad de cosas nos separa del edificio. Entre ellas un parque gigante justo en el centro de la plaza, que tiene incluso un cenador y un pozo de los deseos lleno de monedas moradas iridiscentes.

Nunca he podido resistirme a los pozos de los deseos. Cuando era pequeña mi padre me llevaba a la fuente gigante de Balboa Park por lo menos una vez al mes para que lanzara un penique a su interior. Hace mil años que no lo hago, ni siquiera me había acordado de ello desde que murieron mis padres, pero, ahora que estoy aquí de pie, lo que más me apetece es lanzar una moneda y pedir un deseo.

Una pena que no sepa cuál sería ese deseo.

Quizá que encontremos la forma de asentarnos en este lugar. La forma de estar sanos y salvos, de construir una nueva vida en este mundo que tan distinto es del nuestro.

Pero no pido ningún deseo.

En vez de eso, atravesamos el parque hasta llegar a uno de los bancos morados ornamentados que están esparcidos por la hierba violeta. Una persona está montando un equipo de sonido en el centro del cenador (seguramente para las audiciones) y me pregunto a qué hora se supone que actúan los trovadores.

Me tapo la boca con la mano al bostezar y me doy cuenta de que parece que hace una eternidad que no dormimos. Le echo un vistazo a Hudson y debe de estar pensando lo mismo, porque me pregunta:

—¿Crees que tendremos tiempo para echarnos una siestecita antes de que empiece el espectáculo de los horrores?

—Me gustaría decirte que sí, pero lo dudo —contesto al tiempo que damos con el último banco libre y nos sentamos. La gente ya se está apelotonando alrededor del cenador desde todas las direcciones, se sientan en los bancos y sillas plegables que han traído de casa. Otros colocan mantas en la hierba y se sientan ahí.

—Seguramente sea mejor así —responde Hudson con una sonrisa —. Estoy tan cansado que lo más probable es que hasta me olvide de la siesta.

Suelto una risita, que sé que era lo que pretendía, y le doy un

toquecito con el hombro en el suyo.

Pasan unos cuantos minutos más en los que hablamos de banalidades, mientras Humito corretea y da vueltas en la hierba que tenemos justo delante. De repente desaparece y Hudson se levanta para buscarla, pero se la encuentra volviendo a toda prisa hacia él cargada con flores de una de las jardineras.

—¡Humito! —la regaño cuando las suelta a nuestros pies—. No puedes arrancar las flores de las jardineras.

Lloriquea un poco y me siento mal por tener que echarle la bronca, por lo menos hasta que coge las flores que había dejado a mi lado y se las regala a Hudson. Cómo no, él se parte de risa y no puedo echarle la culpa a la umbra por hacer lo que sea para que él se ría. La verdad es que a mí también me gusta oírlo.

Hudson escoge un par de flores y le regala una a Humito, quien emite sonidos de reverencia como si hubiera recibido el ramillete más bonito del baile del instituto. Cosa que me parece ridícula por muchas razones, entre ellas que ha sido la sombra quien le ha traído las flores a él.

A mí me da la otra, a pesar del bufido de reproche de Humito.

Me planteo devolvérsela al instante, pero al final también se la doy a la umbra. La acepta de mala gana, pero yo siento que estamos progresando un poco en nuestra dudosa amistad.

La gente nos rodea por todos los lados mientras esperamos unos minutos más hasta que empieza el primer acto. Por fin se encienden las luces que rodean el cenador y los intensos tonos de color rojo, amarillo, azul, rosa eléctrico y verde danzan en el cielo sobre nosotros.

Segundos después por fin se sube alguien al escenario para dar comienzo al espectáculo. Es un hombre mayor que parece humano, con una larga melena cana y el rostro arrugado. Da la bienvenida a todo el mundo a las audiciones del festival con la voz cascada propia de un hombre que ha pasado una vida dura (y se ha dado a la bebida). Lleva un mono naranja y amarillo inspirado en David Bowie, luce hasta las hombreras y las perneras acampanadas, y se presenta como el alcalde a cualquiera que esté de visita en «nuestro pequeño oasis».

Decir que me he quedado de piedra al saber que este es el alcalde que podría tener el destino de nuestra vida en sus manos es quedarse corta. Hudson y yo intercambiamos una mirada.

—Tenemos que ir a hablar con él —me murmura.

Asiento porque es verdad.

Pero eso tendrá que esperar. Porque, de repente, Lumi aparece corriendo hacia nosotros mientras hace gestos con los brazos como un loco y grita:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Que nos quedamos sin tiempo!

Hudson y yo nos ponemos de pie y él pregunta:

—¿Tiempo para qué?

—Para poneros el vestuario, claro.

La cara de Hudson no tiene precio. Y lanzo una peticioncita de nada al universo: que su ropa tenga lentejuelas. Cuanto más chillonas, mejor.

73

MI MUJER DE ROJO
(HUDSON)

Cuando Lumi ha utilizado la palabra *vestuario* , no sé qué me he imaginado en ese momento..., pero ni de coña era esto.

Me abrocho el último botón, y después me paso una mano por la delicada camisa de vestir lavanda mientras admiro la tela sedosa. Por lo general no me va mucho el morado (bueno, salvo en los bóxers, claro), pero he de admitir que este tono es una auténtica preciosidad. Me meto el faldón de la camisa por dentro de los pantalones de vestir negros que me había dado Orebon, y después me arremango. A ver, al final no voy nada mal.

No sé por qué, pero no creo que a Grace le esté yendo tan bien.

Me clavo el colmillo en el labio en un esfuerzo titánico por no echarme a reír mientras escucho cómo Grace discute con Caoimhe tras un biombo plegable/zona de camerinos improvisada para los artistas en un edificio que hay detrás del escenario. Están teniendo un debate acalorado sobre..., bueno, todo.

Al parecer a Grace no le gusta la disposición de algunas flores, ni el dobladillo, ni el color, ni cómo le queda. Caoimhe insiste en que solo conseguirán evitar que la «infección de garganta» de Grace arruine la audición si el público está demasiado ocupado mirando su ropa como para darse cuenta de su falta de voz.

Con lo cual..., de verdad, juro que me muero de ganas por ver qué lleva, pues...

Grace sale de detrás del biombo, y yo me quedo de piedra. Me suena que estaba a punto de pasarme una mano por el pelo, así que ahora ese brazo se ha quedado colgando en el aire. Ya lo bajaré cuando me acuerde de cómo se hacía eso de respirar.

En vez de respirar me quedo parpadeando. Sin parar.

«Hostia. Puta.»

Grace se lleva una mano a la cadera, y me pregunta:

—Hudson, pero ¿me estás escuchando o qué?

La respuesta sería que no, ni siquiera me había enterado de que estaba hablando, pero tengo la prudencia de no decírselo. Me meto las manos en los bolsillos y me inclino hacia atrás. A ver, en serio, ¿cómo se puede suponer que voy a entender una palabra con Grace delante de mí llevando el vestido más pequeño de la historia?

Trago saliva mientras contemplo los tirantes, finos como espaguetis, que se hunden en un ramo de flores de seda brillante que hay cosido en los bordes de la parte superior del vestido rojo. La parte superior cuenta con la tela justa para taparle su abundante pecho, antes de ceñirse a sus magníficas curvas, hasta llegarle a apenas unos míseros cinco centímetros por debajo de las nalgas.

—¡Hudson! —me grita Grace, y levanto la mirada de golpe hasta sus ojos; noto el rubor en las mejillas y, por fin, me doy cuenta de lo angustiada que está. Se queja—: No puedo salir al escenario así vestida.

—Estás increíble —le digo. Porque es la verdad.

Una mujer con varios lápices en las orejas y una carpeta sujetapapeles en las manos pasa corriendo y exclama:

—¡Os toca!

Grace abre los ojos como platos; le tiembla el labio inferior. Sé que no puedo dejar que salga al escenario así vestida. No si está tan incómoda.

Solo se me ocurre una opción. Me vuelvo y le digo a Orebon:

—Chicos, si no os importa, se me ha ocurrido una idea, pero no es más que una cancioncilla en solitario para animar al público.

Le mantengo la mirada, mientras le suplico en silencio que me deje hacer esto por Grace, hasta que asiente rápido en señal de aprobación.

Entonces estiro el brazo, cojo la guitarra que he afinado antes y salgo al escenario. Solo. Donde estoy más que dispuesto a morirme de la vergüenza si así consigo salvar a Grace de eso mismo.

Tengo el corazón en la garganta y el estómago la hostia de revuelto, pero aun así me paso la correa de la guitarra por el hombro y me acerco al micrófono.

Coloco la mano derecha para tocar el acorde de sol mayor.

Porque, a pesar de no tener nada de todo esto planeado, ahora que estoy aquí sé perfectamente qué canción quiero tocar.

La canción favorita de Grace.

74

MIS FANTASÍAS SE CUMPLIRÁN 1D-ÍA (GRACE)

—Esto... Hola. —Hudson titubea mientras se inclina hacia el micrófono. Se aparta un poco para toser y después continúa—: Yo soy Hudson y formo parte de este increíble grupo de trovadores llamado Los Horizontes.

Se me había olvidado por completo esa información, parece que nos la contaron hace días. Típico de Hudson haber prestado atención hasta al último detalle.

Caoimhe empieza a seguirle al escenario, pero Orebon le coloca una mano en el codo y niega con la cabeza.

—Nunca hacemos sombra a ningún compañero en el escenario —susurra.

Se comunican en silencio, no sé cómo; después ella retrocede y todos nos volvemos a la vez para ver qué hace Hudson ahora.

Toca un par de acordes y ajusta uno de los clavijeros para afinar la guitarra antes de aclararse la garganta.

—Ha habido un poco de caos con el vestuario entre bastidores, y no podía dejar que mi chica saliera hasta que estuviera cómoda con su ropa y se sintiera radiante. —Suelta una risita tímida y se encoge de hombros como queriendo decir «Qué le voy a hacer»—. Así que espero que no os importe, pero he pensado que le daría un poco de tiempo y os entretendría yo antes.

Un ayudante se apresura a llevarle una banqueta alta y Hudson se lo agradece antes de sentarse y colocarse la guitarra sobre la rodilla con una facilidad que solo da la práctica.

Respira hondo y anuncia con voz dulce:

—Esto va para Grace.

Entonces rasguea las cuerdas de la guitarra con sus dedos fuertes

y reconozco la canción con solo las tres primeras notas. Y me derrito. Me derrito entera.

Hudson está tocando una canción de One Direction. Para mí.

Porque sabe que lo estaba pasando mal.

Porque sabe lo mucho que los adoro.

Porque da igual qué haya ocurrido, sigue siendo ese niño de sus diarios que haría cualquier cosa, que sufriría cualquier cosa, para ahorrarle dolor a otra persona.

Y ahí está, el chico que haría todo lo que está en su mano para ocultarse entre las sombras ha tomado el centro del escenario. Por mí.

El corazón me late a mil por hora en el pecho y me sudan tanto las manos que tengo que secármelas en los costados de este absurdo vestido de estríper. ¿Y si de verdad canta mal? ¿Y si le abuchean? ¿Y si se olvida de la letra?

Un trillón de finales horribles se me pasan por la cabeza al mismo tiempo, y quiero gritarle que salga corriendo. Que se olvide de que hemos prometido ayudar a los trovadores. Que se olvide de todo y se salve él.

Pero entonces se inclina hacia delante y empieza a cantar la primera estrofa de *Little things* , y todo el mundo (sin exagerar) se derrite. Su voz suena grave, suntuosa, puede que incluso un poco juvenil, y le sale sin esfuerzo mientras canta acerca de todas esas cositas que a su chica no le gustan de sí misma pero que se suman a todo lo que a él le encanta de ella.

Su voz deja entrever la emoción en algunos momentos, pero eso solo hace que la canción sea más bonita. Y no soy la única que se siente así pues, una a una, todas las personas se están acercando al escenario.

Aunque Hudson no parece darse cuenta. Tiene la mirada perdida en la distancia, sin dejarse ni una nota por tocar, y las palabras manan de él como si fuera el autor de la letra. Cierra los ojos un instante y canta otra frase conmovedora en la que asegura que nunca se separará de su chica y, cuando los vuelve a abrir, mira hacia abajo, enfrente del escenario.

Veo a una chica de unos catorce o quince años con unos rizos azules adorables recogidos en una coleta alta que parece a punto de desmayarse.

Entonces Hudson le dirige la mirada a alguien más entre el

público, y está claro que consigue que cada persona allí presente sienta que les están dando una serenata personal. Incluida yo.

Es una canción simple, sin piruetas vocales, y por eso me gusta tanto. La letra es preciosa, es como si estuviera cantando una carta de amor, y no puedo evitar que mi corazón enloquecido se pregunte si él también lo siente así. Sobre todo cuando se le quiebra un poco la voz en la última frase de la canción.

Me descubro deseando estar delante del escenario, junto al público, dando empujones para acercarnos y ver si de verdad nos ha dedicado la canción.

Cuando el último acorde reverbera por el parque, me doy cuenta de que no se oye nada más. No se oye el bullicio de la gente charlando, como se oía en otras actuaciones. Hasta los bebés parecen estar bajo un efecto de hipnosis y adoración.

Hudson tensa los brazos a la par que mueve la mano para silenciar la guitarra. Esboza una media sonrisa incómoda y murmura en el micrófono:

—Espero que os haya gustado.

Y, joder, el público enloquece.

El aplauso es casi arrollador, pero, no sé cómo, los gritos de la gente que rodea el escenario se oyen por encima del estruendo.

Orebon farfulla a mi lado.

—Creo que me he enamorado.

Y no puedo aguantarme la risa cuando Lumi le contesta:

—Yo también.

Pero no consigo despegar la mirada de Hudson. Está ahí plantado y es evidente que no sabe muy bien si debería bajar del escenario o no. Me lanza una mirada estresada y gesticula con la boca «¿Y ahora qué?».

Pues eso mismo me pregunto yo.

Respiro hondo y hablo con Caoimhe.

—Creo que ya ha animado al público bastante, ¿no?

Hudson ha salido ahí por mí. Lo mínimo que puedo hacer es guardarle las espaldas.

Así que agarro algo que se parece a una pandereta, que seguro que con eso no puedo cagarla, y me planto en el escenario.

Enseguida Orebon empieza a tocar una canción que les hemos oído practicar cuando bajábamos la montaña, y sale dando botes por

detrás de mí mientras Caoimhe y Lumi se encargan de las armonías como expertos. Hudson relaja los hombros y se une a ellos con la guitarra, pero retrocede para ponerse detrás del grupo en cuanto puede, pues está claro que los trovadores están más cómodos bajo la luz de los focos.

Y son buenos. Son buenísimos.

La canción se pasa volando y en un abrir y cerrar de ojos bajamos del escenario, sonrientes y acompañados por un aplauso atronador.

Cuando llegamos a los bastidores, Caoimhe, Lumi y Orebon charlan a toda velocidad acerca de la cantidad de personas que había y lo bien que se lo han pasado. Hudson todavía no ha dicho nada.

Se limita a alejarse un poco y dejar la guitarra donde la había encontrado, pero me evita la mirada. Cuando se mete las manos en los bolsillos y frota la suela de uno de sus zapatos contra el suelo de madera, me doy cuenta de que está nervioso.

Es un sentimiento que apenas asocio con él, así que me lleva un rato percatarme; pero en cuanto lo hago voy directa a él y le rodeo la cintura con los brazos, apoyo la mejilla en su pecho y susurro:

—Gracias.

Titubea y después, poco a poco, muy lentamente, saca las manos de los bolsillos y me devuelve el abrazo.

—¿Le he hecho justicia a Harry? —pregunta; su aliento cálido me acaricia la parte superior de la cabeza.

Sonrío.

—¿Quién es Harry?

Él suelta una risita.

—Espero que al grupo no le haya importado que les robara el protagonismo durante un rato.

—¿Estás de coña? —bromeo mientras me inclino hacia atrás para compartir mi sonrisa con él—. Caoimhe casi te tira las bragas. Y Orebon y Lumi igual.

Hudson enarca una ceja, sus ojos turbulentos tan insondables como el océano, y pregunta:

—Y ¿qué hay de ti?

Si algo me ha enseñado el último año que he pasado con Hudson es que nunca debo dejar que baje la guardia. Por eso mismo niego con la cabeza como si quisiera decir «Pobrecito de Hudson» y murmuro:

—¿Quién ha dicho que yo lleve ropa interior?

Abre mucho los ojos durante un instante, solo un instante, y después se atisba algo en su mirada que hace que me dé un ataque, a pesar de la actitud despreocupada que tanto me esfuerzo por proyectar. Es la mirada de un depredador y me atemoriza... tanto como me provoca.

El corazón me late como un loco y noto el pulso en las orejas. Respiro hondo unas cuantas veces mientras trato de calmarme. Intento convencerme de que lo más seguro es que tenga hambre.

Como si aún pudiera leerme los pensamientos, su mirada pasa de mi cara a mis labios, y de ahí al pulso que me va a mil por hora en la base del cuello. Se demora un poco en el cuello, cosa que solo hace que el corazón me lata con más fuerza, y juraría que veo asomar la punta de un colmillo con la que se roza el labio inferior.

El aire que nos rodea se vuelve gasolina, y sé que cualquier movimiento que haga será la cerilla que lo hará todo cenizas.

Pero entonces Hudson respira hondo y el depredador se esfuma.

Da un paso atrás, luego otro, hasta que ya no puedo sentir el calor que le desprende el cuerpo.

No tengo tiempo de llorar la pérdida, pues su mirada se centra en algo detrás de mí y anuncia suavemente:

—Usted debe de ser el alcalde.

75

UNA CONVERSACIÓN BIEN CARGADA (HUDSON)

Mierda.

Acabo de salir a un escenario, delante de cientos de desconocidos..., *motu proprio* . Y encima, como tenía que llegar al nivel de puta monstruosidad en la escala de la vergüenza, no he cantado una canción cualquiera. He elegido una canción de amor. La canción de amor favorita de Grace, de hecho.

Y se la he cantado a ella.

Como un bobo.

Al salir del escenario me palpitaba el corazón y me temblaban las manos, y que usar todo mi autocontrol para no desvanecerme hasta el baño más cercano que hubiera y echar la botella de agua que me había arrepentido de haberme bebido.

Pero entonces Grace me ha abrazado y, joder, me he permitido soñar un poco.

Me he dejado desear un poco.

Después la chica ha bromeado con que no llevaba ropa interior... y toda la habitación ha desaparecido. Joder, se ha evaporado. En el segundo que hay entre un latido y el siguiente, un fuego abrasador ha calcinado todo el oxígeno de la habitación.

Y me he permitido necesitar a una persona más que el aire que respiro.

Y claro, cómo no, el gilipollas del alcalde ha decidido que ese era el momento perfecto para tener una charlita.

Si no necesitáramos su beneplácito para quedarnos a salvo en Adarie, cogería a Grace en brazos y me desvanecería hasta nuestra habitación tan rápido que el alcalde se plantearía si hemos llegado a estar delante de él.

—Pues sí, soy el alcalde —anuncia el susodicho, y eleva el tono de voz para hacerse oír por encima del sorprendentemente enérgico duelo de flautas que se está librando en el escenario—. Hablemos un rato, ¿os parece?

Estoy a punto de decirle que no, pero hay algo en la forma en la que me mira que me dice que esa no es una opción. Así que estiro el brazo, cojo a Grace de la mano y juntos seguimos al alcalde fuera del parque, con Humito detrás dando tumbos.

No sé adónde me imaginaba que podría llevarnos, pero la verdad es que una pequeña pastelería/cafetería no estaba entre mis opciones. Sin embargo, en cuanto ponemos un pie dentro del local, donde reina el aroma a dulce y predominan las sillas de hierro forjado típicas de las heladerías y unas mesitas redondas, me relajo un poco. Dudo mucho que el alcalde fuera a elegir este lugar para un interrogatorio intenso.

El alcalde saluda a la dependienta que hay tras el mostrador, una mujer con el pelo corto de color morado, y nos guía hasta una mesita rosa del fondo. La dependienta acude a toda prisa con unas tazas amarillas llenas de agua y una bandeja de pastelitos exquisitos, servidos en un cisne gigante hecho de hojaldre.

—¿Qué crees que quiere? —me susurra Grace.

Pero me limito a negar con la cabeza con mi mejor cara de póquer. Cosa que me cuesta más de lo que debería, teniendo en cuenta las circunstancias en las que estamos. Sin embargo me cuesta tomarme en serio a un alcalde vestido como si fuera Ziggy Stardust.

Aunque bien es verdad que me costaría tomarme en serio a cualquier persona vestida como Ziggy Stardust cuando hace unos cincuenta años que dejamos atrás la década de los setenta.

Al tomar asiento el alcalde nos brinda a ambos una sonrisa demasiado grande.

—¡Os doy la bienvenida a Adarie, amigos míos! Me alegra mucho teneros por aquí. —Su voz reverbera por la pequeña cafetería, y todos los presentes se vuelven para mirarnos a Grace y a mí.

—Muchísimas gracias. Me encantan los dulces —contesta Grace mientras se sirve una galleta en un platito. Sé que está intentando mostrar su lado más cordial, conciliador y encantador. Me apunto preguntarle dónde se esconde esa Grace siempre que está hablando conmigo. Supongo que se va a pillar un buen cabreo, así que me

aseguraré de guardarme la pregunta para cuando la necesite de verdad. Entonces Grace añade—: Y este es el más mono que he visto en mi vida.

—En Adarie descubriréis muchas cosas que serán las mejores que hayáis visto en vuestra vida —nos dice el alcalde—. Aunque, bueno, igual es cosa mía. Me encanta este pueblo. —Se recuesta en su silla, le da un sorbo a su taza y nos pregunta—: Menuda audición os habéis marcado, ¿no?

—Ha estado bien —respondo de modo cortante porque, por mucho que nos estemos conociendo con un cisne de hojaldre gigante de por medio, todavía no confío en este tío.

Grace me lanza una mirada que entiendo como un «no seas maleducado» y después dice:

—La verdad es que esperábamos poder hablar con usted, alcalde.

—Llamadme Souil, por favor —la corrige—. Aquí todo el mundo me llama así.

—Souil —repite ella con otra sonrisa, mientras yo contengo las ganas de poner los ojos en blanco. No sé quién es esta Grace tan dulce, pero va a hacer que me salga una caries de color pastel. Y siendo un vampiro, ya es mucho decir.

—¿Cómo os llamáis vosotros? —pregunta Souil con una sonrisa.

—Ah, cierto. —A Grace casi se le traba la lengua al hablar—. Soy Grace, y él es Hudson.

—Encantado de conoceros, Grace y Hudson —nos dice el alcalde. Después, tras un par de segundos, pregunta—: ¿Qué os trae a nuestro encantador pueblo?

—Tú, la verdad —le confieso.

—*Moi?* —Se lleva una mano al pecho, revestido de lentejuelas, y parece altamente sorprendido—. ¿Quién os ha hablado de mí?

—Unos amigos nuestros —le contesta Grace—. Nos comentaron que quizá podrías ayudarnos. Llevamos días huyendo de los soldados de la reina de las sombras, y estamos intentando encontrar un lugar seguro en el que quedarnos.

Cómo no, Grace se lo suelta todo. Nunca he conocido a nadie con menos problemas para confiar en la gente que ella. Y, por muy frustrante que pueda resultar a veces, mentiría si no reconociera que eso es lo que más me gusta de ella. Bueno, eso y su barbilla obstinada.

—Qué pena me da oír eso. —Souil niega con la cabeza, y parece

molesto—. Os juro que esa mujer es la plaga de estos lares. Se pasa la vida intentando matar a alguien.

—¿De verdad? —Enarco una ceja. Si es cierto lo que Orebon y Caoimhe nos contaron, la reina nos la tiene jurada a nosotros en concreto. Todavía no he terminado de descubrir por qué, pero algo me dice que tiene que ver con Grace. Y tampoco es porque crea que es humana.

Voy a preguntarle algo más sobre la reina pero, antes de que pueda formular la pregunta, el alcalde continúa:

—Aquí no tenéis que preocuparos por la reina de las sombras. Adarie forma parte de su reino, pues es la gobernante de Noromar, pero somos una entidad independiente. Aquí ni ella ni sus soldados tienen autoridad, y no se atreverían a traspasar estos muros. No mientras yo sea el responsable del pueblo. —Se come el último trozo de dulce que le queda, y después se limpia la boca con una servilleta de lunares rosas—. ¿Os preocupa alguna otra cosa más? Quizá podría aliviaros un poco de vuestras preocupaciones.

Grace me lanza una mirada, y sé que está intentando decidir si deberíamos contarle lo del dragón. Estoy igual que ella. Si nos echa de aquí estamos más que jodidos. Pero me parece que lo justo sería contarle que un dragón cabreado nos sigue la pista desde hace más de un año.

Al final hago de tripas corazón y le cuento lo del dragón. Para nuestra sorpresa, no parece que le pille de nuevas.

—Ya, algo he oído de unos ataques de dragones cuando un extranjero llega al Reino de las Sombras, pero son irrelevantes. —Con un gesto de la mano le resta importancia—. En Adarie estaréis a salvo.

—¿No te preocupa? —Grace parece asombrada, y como para no estarlo. El dragón da un miedo de la hostia, y solo de pensar en que ataque Adarie y le haga daño a un montón de gente inocente me toca las puñeteras narices. ¿Por qué el alcalde no tiene la misma puta reacción que yo?

—Claro que no. El equipo del pueblo son los Dragones Peleones, pero han pasado siglos desde la última vez que vimos a un dragón de verdad. Bien lo sabré yo, que llevo como alcalde casi doscientos años, además de residir aquí desde hace mucho más tiempo. Y desde que ocupo el cargo, jamás hemos tenido un solo altercado.

—¿Jamás? —repite Grace.

Souil se mira las uñas, y se frota el pecho con ellas con gesto distraído.

—Aquí los dragones no son un problema.

Mientras observo al alcalde siento cierto malestar bajándome por la columna. Grace me diría que me pasa solo porque estoy acostumbrado a ver lo peor de cada persona, pero hay algo en su comportamiento que no me cuadra.

—Tú eres humano, ¿no? —pregunto al asimilar una de las cosas que nos ha dicho—. ¿Cómo es que has vivido tanto tiempo?

—Por suerte, chico, en el Reino de las Sombras el tiempo pasa de una forma diferente —me contesta riéndose entre dientes.

—¿No... no has encontrado la manera de volver en más de doscientos años? —balbucea Grace, y se me cae el alma a los pies al darme cuenta de que todavía albergaba esperanzas de poder regresar con Jaxon algún día.

Tomo un poco de aire, en tensión, e intento disminuir la agobiante presión que siento en el pecho, pero no sirve de nada, así que dejo de intentarlo. En realidad los vampiros no necesitamos respirar, ¿no?

—Bueno, estuve mucho tiempo buscándola hasta que encontré esta joyita —admite el alcalde, y los hombros de Grace se hunden un poco más—. Pero dejé de buscarla cuando me convertí en el alcalde de Adarie. ¿No os parece un pueblo maravilloso?

Souil sonríe al tiempo que estira los brazos con las manos hacia delante, en una actitud que bien podría traducirse como «Mirad dónde estamos».

Después separa la silla en la que está sentado de la mesa, y se pone en pie.

—Me temo que debo irme ya; las responsabilidades de un alcalde no se terminan nunca. Pero, antes de irme... —Se detiene un segundo y nos mira a ambos, primero a uno y después al otro, antes de continuar—: En este pueblo esperamos que todos los miembros de nuestra comunidad sean productivos. ¿Vale?

Antes de que podamos contestar, acerca la silla a la mesa. Después se vuelve hacia el mostrador, donde la dependienta está atendiendo a otro cliente.

—¡Gillie! ¿Puedes hacerme un favor?

—Claro, alcalde —contesta la mujer desde detrás de la caja

registradora.

—Grace necesita un trabajo. ¿Qué te parece si quitas el cartel de «Se necesita personal» del escaparate y le das una oportunidad?

—¡Lo que sea por ti, alcalde! —Gillie le sonríe a Grace—. Pásate por aquí mañana por la mañana, sobre las diez, y veremos qué puedes hacer. ¿Te parece bien?

—Genial —responde Grace, pero suena de todo menos emocionada. Cosa que tiene sentido. Tener trabajo en este lugar no es más que otra señal de que no va a volver nunca a casa.

El alcalde sonríe satisfecho.

—Ha sido un placer. Si necesitáis cualquier otra cosa, me avisáis. Aquí en Adarie nos gusta cuidar de los nuestros.

—¿Eso somos ahora? —pregunto mientras el hombre se acerca a la puerta—. ¿De los vuestros?

Entonces Souil me mira fijamente.

—Creo que eso depende de vosotros. Del tiempo que paséis aquí, ya sea mucho o poco, sacaréis lo que vosotros queráis sacar. Y yo os aconsejo que lo aprovechéis al máximo.

76

ALERGIA A LOS DULCES
(GRACE)

El consejo del alcalde me sigue rondando por la cabeza a la mañana siguiente mientras Hudson y yo nos ponemos la última muda limpia que nos queda.

—Hoy tenemos que buscar una lavandería —anuncia él, y me sorprende un poco. No ha hablado mucho desde que dejamos al alcalde ayer. Dijo que estaba cansado en cuanto llegamos a la posada, se dio una ducha rápida y se metió en la cama.

Y punto. No hubo miradas coquetas. Ni ardientes. Ni mención al momento de la audición. Nada. Solo un «estoy cansado» y a dormir.

En realidad, eso no es del todo cierto.

También se puso lo más pegado a su borde de la cama que pudo, dándome la espalda, con lo que me envió el claro mensaje de que no estaba de humor para hablar y mucho menos para tocarme sin querer.

Al final me sumí en un sueño intermitente mientras trataba de convencerme de que la actuación lo había dejado inquieto. Seguramente se sentía vulnerable y yo quería respetar que necesitara espacio.

Pero, cuando me he levantado esta mañana, su lado de la cama ya estaba frío. Casi tan frío como el abismo que se abre entre nosotros. Iba a darle hasta la hora de la cena para que se aclarara las ideas, pero después de eso se abrirá la veda. Apenas aguanté un día con el Hudson educado. Dudo mucho que pueda durar más de medio día con el Hudson distante.

Por ahora respiro hondo e intento actuar como si su actitud no me resultara la hostia de frustrante.

—O una tienda —replico—. Nos vendría bien tener ropa nueva.

—Ya, pero preferiría que aguantáramos con lo que tenemos hasta

que ambos consigamos trabajo. Después ya podremos preocuparnos de intentar llenar nuestro muy escaso armario —responde.

—Ya veremos —digo mientras me ato las zapatillas—. Voy a bajar a la pastelería para ver si Gillie iba en serio cuando le dijo al alcalde que me contrataría.

—Y yo voy a ver si puedo encontrar trabajo —explica. Se detiene y después añade—: ¿Por qué no nos volvemos a ver aquí esta tarde y damos un paseo? Podemos conocer un poco más el pueblo. Ver qué tal es.

El alivio que me invade al ver que no me va a hacer el vacío para siempre me deja un poco mareada y no puedo evitar que una sonrisa me ilumine la cara.

—Eso suena genial, Hudson. Y también tenemos que encontrar a Caoimhe y al resto. Asegurarnos de que no se metieron en ningún lío después de las audiciones.

Hudson niega con la cabeza.

—No sé por qué, pero me da miedo preguntárselo.

—Ya ves —confirmo con una risa. Después me despido de él con la mano y salgo por la puerta.

Aunque Hudson y yo paseamos por estas calles ayer mismo, me desoriento un poco al intentar cruzar el pueblo para llegar a la pastelería de Gillie.

Acabo en el otro extremo de la plaza del pueblo, una parte de la ciudad a la que no llegamos ayer, y no puedo sino advertir que hay una estatua gigante en el centro de la plaza. Un escalofrío me recorre la espalda cuando me doy cuenta de que se compone de dos piezas distintas casi unidas: una es una mujer con una espada gigante y un escudo; la otra pieza es un dragón inmenso con llamaradas saliéndole de la boca que rozan la frente de la mujer y la parte superior de su escudo. Parece que la estatua está en precario equilibrio, así que tengo cuidado de no acercarme mucho.

El alcalde mencionó que la mascota del pueblo eran los Dragones Peleones, pero no tenía ni idea de que se tomaran tan a pecho lo de su equipo deportivo. Me deja totalmente impresionada, y no puedo evitar soltar una risita al pensar que tienen suerte de que su equipo no se llame los Burros Peleones.

Desando un poco el camino hasta dar con otra calle que me suena y después recorro lo que me queda a toda prisa, por lo que abro la

puerta del local justo cuando el reloj da las diez en punto. Gillie está detrás de la caja registradora y me mira con una sonrisa cuando entro.

—¡Por fin, Grace! La persona que nos ayuda normalmente tiene un lío familiar durante un tiempo, así que espero que sigas interesada en el trabajo.

Nunca he querido trabajar en una pastelería. Lo único que sé de dulces es que me gusta comérmelos, y casi todo lo que cocino termina en desastre, de ahí el ahora famoso pastel de calabaza que Hudson y yo intentamos hornear juntos. Pero a buena hambre no hay pan duro, y más cuando se tiene que pagar una habitación en la posada y ropa interior nueva, aunque no sea de Versace.

Ahora mismo necesito un trabajo, y esto es un trabajo.

—Pues claro —afirmo—. ¿Por dónde quieres que empiece?

Resulta que la persona a la que voy a sustituir se encarga de la repostería, así que me destinan a la cocina totalmente equipada que apenas sé usar.

—Una de las cosas que mejor se venden son los profiteroles de crema y los petisús de diferentes sabores. Así que he pensado que podríamos empezar con la receta básica de la pasta *choux* . —Gillie me sonríe para infundirme ánimos—. Es supersencilla.

—¿Pasta achú? —contesto replanteándome qué narices habría en el cisne ese que nos sacaron ayer. Sabía que tenía un sabor raro.

—No, achú no —informa con una risita—. *Choux* .

—Achús —repito.

Me deja todavía más confundida cuando asiente.

—Exacto —confirma.

—¿Y lleva algún tipo de condimento para hacer estornudar a la gente o...? —pregunto intentando descifrar qué narices está pasando. Y qué se supone que tengo que hacer.

—¿Para estornudar? —Por primera vez Gillie parece alarmada—. ¿Por qué ibas a querer que la gente estornudara al comerse mis dulces?

—Si yo no quiero —le aseguro. Pero me mira como si estuviera loca y, para ser sincera, no la culpo. Aunque estoy bastante segura de que yo también la estoy mirando como si estuviera loca.

—¿Alguna vez has hecho repostería? —inquiere mientras saca la margarina, una sustancia viscosa parecida al huevo y un montón de harina lavanda.

Como no pone nada más sobre el mostrador, suspiro con alivio. Al fin y al cabo, ¿tan complicado será mezclar tres ingredientes? Cuatro, si contamos la jarra de agua fría que ya está colocada al lado de la batidora.

Pues resulta que es complicadísimo, y eso que no hay ingredientes que me hagan estornudar.

Unas horas después estoy recubierta de harina, margarina y lo que estoy bastante segura de que es el peso de Humito en crema pastelera de tofu morado. El único par de vaqueros que me quedaba limpio está lleno de la extraña mezcla de huevos batidos, y mi único par de zapatos casi parece hecho de pasta *choux* . Aunque hay algo bueno que saco de este día y es que ya sé que este tipo de dulces no te hacen estornudar.

Y por si esto no fuera suficiente, Gillie y las otras dos personas que trabajan hoy en la cocina no dejan de mirarme con distintos grados de preocupación. Aunque, si yo estoy preocupada, ¿por qué no iban a estarlo estas personas? Después de destrozar la primera hornada de *choux* , Gillie me aparta del resto y me comenta que me va a reasignar a la zona de galletas, donde lo único que tengo que hacer es extender la masa con el rodillo.

Masa que ya está hecha, menos mal.

Parece el trabajo perfecto para mí. En fin, solo tengo que coger una bola de masa, extenderla, doblarla y volver a extenderla. Se supone que tengo que hacerlo varias veces para incrementar las capas del dulce, y después utilizar un molde de galletas para cortarla y colocarla en una bandeja.

Tras haber pasado la mañana en el infierno *choux* , esto parece un paseo en barca. Al menos durante los primeros tres segundos, antes de que se me quede pegada la masa al rodillo. Y resulta que ese es mi punto álgido del día. Después de eso, comienza una ardua batalla con los dulces, una en que los soldados deberán comer de todo menos *choux* si quieren tener una oportunidad de sobrevivir.

Por fin acaba mi jornada laboral cuando dan las cuatro en punto. Mientras me quito el delantal, que ha servido de tan poco como yo en esta cocina, Gillie sale de su despacho y me lleva a hablar en privado.

—Has estado genial hoy, Grace. Eres muy ambiciosa.

—Pero no soy repostera. —Digo lo que ambas estamos pensando.

La mirada de Gillie se dulcifica mientras niega con la cabeza.

—Por desgracia, no, no se te da bien la repostería.

Hundo los hombros. Me han despedido de mi primer trabajo. En solo un día.

Parpadeo para controlar las lágrimas que me obstruyen la garganta, pero no puedo echarle la culpa a Gillie. De hecho, siento que le debo una disculpa. No solo por mí, sino también para todas aquellas personas que tal vez tengan que comerse uno de mis pastelitos de *choux* servidos en un cisne. Seguramente debería redactar una disculpa preventiva para todo el mundo.

Solo espero que el día de Hudson haya ido mejor que el mío. Pero, llegados a este punto, ya no espero nada.

77

A-CHOUX
(HUDSON)

Cuando vuelvo a nuestra habitación Grace ya está tumbada en la cama toda estirada con una almohada tapándole la cabeza. Ha dejado la ropa que llevaba tirada y arrugada en el suelo, y estoy seguro de que he visto un caminito de harina, azúcar o algo relacionado con la repostería desde la puerta hasta la cama en la que está acostada.

—¿Un día duro? —le pregunto, y me agacho para desatarme los zapatos.

—*Choux* ... —me contesta con la voz apagada.

—¿Salud? —Me inclino para intentar verle la cara—. ¿Te encuentras bien?

—Achús no —se queja—. *Choux* .

—No sé de qué me estás hablando.

Como no me responde al instante, me alejo un poco y le doy un par de vueltas. ¿Me estará diciendo «chis», para que me calle? A lo mejor la he cabreado antes, aunque no fuera mi intención. ¿Acaso uno no se merece cinco minutos para recuperarse de un puñetazo en pleno estómago?

Aun así repaso nuestra conversación, y esta mañana antes de irse a trabajar parecía estar bien. De todas formas, tengo que preguntárselo:

—¿Me estás pidiendo que me calle? ¿Quieres que me vaya?

Espero que no, porque llevo las últimas cuatro horas intentando comprender la diferencia entre una paletina angular y una paletina canaria, dos brochas que se pueden utilizar para aplicar cualquier número de los ciento veintisiete tonos diferentes de pintura morada que ofrece la ferretería del pueblo; la mayoría de los colores se parecen tanto que no veo la diferencia.

Ni que decir tiene que ha sido un día emocionante el de hoy.

—Me refería a la *choux* que he hecho esta mañana, no te estaba mandando callar —me contesta Grace por fin.

—¿Te has pasado el día estornudando en la pastelería? —le pregunto sin dar crédito—. ¿Qué clase de ingredientes usan?

—¡Exacto! —me dice, y suspira—. ¿Me prometes que es la última vez que hablamos de dulces?

—Grace, soy un vampiro. Nunca me apetece hablar de dulces.

—Bueno, da igual, ¡tú prométemelo!

Como parece estar un poco de los nervios, levanto las manos en un gesto de rendición.

—Te lo puedo prometer y te lo prometo —acepto—. Pero espero la misma gentileza por mi recién descubierto terror a las brocas.

—¿Brocas? —Entonces levanta la cabeza y se quita la almohada de encima—. ¿Las cositas esas que giran sin parar en un taladro?

—Las mismas —le contesto, y casi me estremezco solo de pensar en ellas.

Ahora parece tan confundida como lo estaba yo hace apenas unos minutos.

—¿Vas a montar algo?

—El lado positivo es que hueles bien. —Me tumbo en la cama a su lado—. Y no, no creo que después de hoy podamos confiar en mis habilidades de montaje o construcción.

—Es difícil estar todo el día recubierta de azúcar y mantequilla y no oler bien —me responde. Se hace un largo silencio y luego añade —: Cuéntame qué tal el día.

—He conseguido trabajo en una ferretería del pueblo. —Doy un suspiro largo y profundo antes de admitir—: Digamos que espero que nuestra amistad no dependa de mis habilidades como manitas.

Se echa a reír.

—Sí que ha ido bien, ¿eh?

—Lo que me fastidia no es la parte de vender. Eso lo puedo hacer. Puedo reponer los productos de las estanterías y sé usar la caja registradora. Pero ¿quién cojones se sabe el nombre de todas y cada una de las herramientas, los tornillos, los clavos, las brochas, los tipos de madera y vaya uno a saber qué más que haya en la tienda?

—Me la voy a jugar y voy a decir que tu jefa —me dice dubitativa.

—Mi jefa —confirmo.

—Así que, después de un primer día de mala suerte, ¿volvemos a estar sin trabajo?

—¿Sin trabajo? No, yo trabajo mañana. ¿Por qué...? —Me callo cuando me doy cuenta de lo que ha pasado—. Espera, ¿te han despedido? ¿El primer día?

—Ha sido un primer día superduro —comenta con desdén—. Y aquello no era una pastelería. Era un portal al infierno. Estoy segura de que por eso tienen un candado en la puerta de atrás.

Me echo a reír. No puedo evitarlo.

—Seguro que sí.

—Oye, que no lo sabes. Podría ser. —Me pone mala cara.

—A lo mejor —accedo al final—. Pero no creo.

—Ya, tienes razón. No creo —me contesta suspirando.

—Pero no te preocupes. Ya encontrarás un trabajo que te guste. —Intento tranquilizarla.

—No es que tenga que gustarme. Solo estoy buscando algo que pueda hacer de verdad. —Refunfuña y añade—: Quizá Caoimhe pueda enseñarme a cantar.

—O... quizá debas intentarlo en la biblioteca antes de plantearte otras opciones.

Coge la almohada y me la lanza.

—Joder, mira que eres aguafiestas, ¿eh?

—Ya. Soy una persona horrible por querer salvarle al público los tímpanos —contesto poniendo los ojos en blanco.

—Eso no lo sabes. Igual soy una artista nata.

—A lo mejor —digo, y repito a propósito mi respuesta a su comentario de antes sobre lo del portal al infierno—. Pero no creo.

—En fin, si te vas a poner así... —Se levanta de la cama y se pone a buscar los zapatos. No me había dado cuenta antes de que lleva la única camisa limpia que tengo, que a ella le queda como un vestido, y nada más.

—¿Adónde vas?

—A hacer la colada. Y a ahogar mis penas en un buen vaso de granizado de lucdebayas. E igual, solo igual, a buscar un trabajo en el que no me sienta una completa inútil. ¿Te apuntas?

—Si me lo dices así, ¿cómo me voy a negar?

78

CONECTADOS
(GRACE)

—Tienes razón —me dice Caoimhe mientras paseamos por el distrito comercial de Adarie dos meses después—. Este granizado está increíble. No me puedo creer que no lo hubiera probado antes.

—Yo tampoco. Había un local como este donde vivía antes, y mi mejor amiga y yo íbamos todos los días en verano para probar un sabor diferente de los cien que ofrecían. Resulta que esa era la cantidad de días de vacaciones que teníamos, así que nos venía justo.

Vuelve a meterse otro poquito de su capricho en la boca y lanza un gemido.

—¿Cuál era tu sabor favorito?

—Lima-limón —contesto sin pensármelo—. Heather siempre me decía que era una aburrida, pero yo le rebatía diciendo que era una purista. Al contrario que ella, que adoraba el granizado de nubes y pepinillos más que a la vida misma.

Normalmente, acordarme de cuando Heather y yo nos hacíamos la puñeta la una a la otra me haría sonreír, pero hoy tengo que aclararme la garganta varias veces para deshacer el nudo que se me ha formado. No puedo creer que no vaya a volver a verla.

Me pregunto lo que estará pensando ahora mismo.

Por lo menos el tío Finn, Macy y Jaxon viven en el mundo paranormal. Por lo menos ellos estaban allí el día que desaparecí y podrán especular sobre lo que me ha pasado. Pero ¿y Heather? Ella no tiene nada.

Un día éramos las mejores amigas y al siguiente desaparecí de su vida. ¿Estará preocupada por si me ha pasado algo? ¿O pensará que soy una cabrona que ha desaparecido de la faz de la tierra en cuanto ha hecho nuevos amigos? Y si eso es lo que piensa, ¿estará muy

dolida?

De todo lo que ha derivado de estar encerrados en este mundo, creo que eso es lo que más odio. Sí, perder a Jaxon y el vínculo de compañeros ha sido una pesadilla. Pero perder a Heather no es que haya sido mejor. Ha desaparecido más de una década de amistad en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué es un pepinillo? —pregunta Caoimhe con la nariz arrugada—. Suena raro. Y también lo de la nube.

—Una cosa es muy salada y un poco ácida, y la otra es superdulce —le explico—. Ambas están ricas por su cuenta, pero juntas... —Pongo cara de asco.

—A no ser que seas Heather —dice con una sonrisa que me hace sonreír a mí también al recordar lo absurda que puede llegar a ser mi mejor amiga.

—A no ser que seas Heather. —Tomo un poco más de mi granizado cítrico mientras pasamos de largo a una pareja que se inclina para darse un beso. Suspiro—. Por desgracia, creo que estos caprichitos los voy a poder contar con los dedos de la mano hasta que encuentre otro trabajo.

Enarca una ceja, curiosa.

—¿Qué ha pasado con el huerto?

—Resulta que se me da de pena ser agricultora. —Niego con la cabeza mientras recuerdo todo lo acontecido durante mis dos días en el huerto de frutos secos—. Muy pero que muy mal.

—Y ¿ qué hay de tu trabajo como recepcionista en la consulta médica?

—Después de dos días me sugirieron amablemente que me replanteara mis ganas de trabajar en un despacho —explico con desánimo—. No dejaba de tocar los botones que no eran y de colgarles a los pacientes. También puede que se me olvidara cobrarle a alguien antes de que se marchara y le cobrara el doble al siguiente.

Se ríe, y después intenta disimularlo con una tos cuando le lanzo una mirada asesina en broma.

—¿No probaste suerte en algún sitio más?

—Sí. —Pienso en mi breve tarde en la fábrica de velas—. No quiero hablar de ello.

—Vale, bien. —Levanta las manos fingiendo que se rinde.

—No sabía que fuera tan incompetente —revelo después de soltar

un suspiro lleno de frustración—. A ver, ¿cómo se me pueden dar así de mal tantas cosas?

—No pasa nada, ya encontrarás lo tuyo. —Tira lo que le queda de granizado en la papelera cuando pasamos por una—. Pero lleva su tiempo.

—¿Y si no se me da nada bien? —pregunto mientras hago lo mismo—. Porque, la verdad, ya me da igual que no sea lo mío. Solo quiero conseguir un trabajo que no se me dé fatal. No estoy pidiendo demasiado, ¿no?

—Los chicos y yo podríamos enseñarte a hacer malabares...

—Ni de coña —interrumpo con una risa.

—Oye, igual se te da genial...

—Que no —repito.

Suspira.

—Vale, pues estaré atenta a ver si veo algún cartel de trabajo por el pueblo. Mientras tanto he quedado con los chicos para ensayar para el festival de esta noche.

—¿Necesitáis más ensayos? —pregunto—. Pero ¡si sonáis de maravilla!

Pone los ojos en blanco.

—Sí, mamá, resulta que ensayar hace que hasta los músicos con más talento mejoren. Puedes apuntarte si quieres. Siempre y cuando no cantes, claro.

Me río.

—Por muy tentadora que me resulte la oferta, creo que voy a seguir pateándome el pueblo. Quizá haya algún negocio en el que no haya pedido trabajo.

—Seguro que hay muchos. —Caoimhe se inclina hacia delante y me da un abrazo de lado que no es nada característico de ella—. No te preocupes. Algo encontrarás.

—Sí, eso me dice Hudson. —Niego con la cabeza—. Para él es fácil decirlo, claro. Encontró el trabajo de sus sueños casi a la primera.

Y así fue. Se presentó a su segundo día de trabajo en la ferretería y la dueña mencionó lo triste que estaba porque la profesora de su hija se había jubilado aquella semana. Hudson fue directo al colegio durante su descanso para comer y rellenó una solicitud de empleo.

Jamás me habría imaginado al vampiro malvado como profesor de tercero, pero le encantó. Y también se le daba genial. De fábula.

Me pasé un día con la comida antes de que la clase saliera al recreo, y les estaba leyendo una historia a los niños acerca de una umbra gigante que vivía en las montañas y a la que todo el mundo le tenía miedo. Un día un niño del pueblo se alejó y se perdió por las montañas, y la umbra le salvó la vida. Los dos se hicieron amigos del alma, aunque el niño no se pudo quedar en las montañas con la umbra porque tenía que volver a su pueblo, a casa con sus padres.

Un niño con una rizada melena violeta y redondas mejillas llenas de pecas levantó la mano y preguntó:

—¿Por qué no le daba miedo la umbra al niño?

Hudson sonrió con indulgencia y tanteó.

—Bueno, ¿por qué crees que puede ser?

El niño lo pensó durante un rato (se veía que estaba pensando de verdad), después sonrió y contestó:

—Porque veía a la umbra por quién era, no por lo que era.

Hudson le sonrió antes de seguir con la historia, pero, si soy sincera, no tengo ni idea de cómo acababa. Estaba demasiado ocupada intentando con todas mis fuerzas no ponerme a llorar delante de toda su clase. Por lo dulce que es Hudson con los niños y lo mucho que lo quieren ellos a él. Porque parece haber encontrado la forma de labrarse una vida que le da un propósito en este lugar nuevo y extraño. Y por lo fácil que hace que parezca.

Mis pensamientos vagan hasta la noche antes de que cumpliera los dieciocho en la guarida. Hudson me pidió una tregua durante la tarde, después me lanzó un mando de consola y nos lo pasamos pipa jugando al *Mario Kart* hasta altas horas de la madrugada. Ahora solo puedo pensar en que quizá estaba intentando ayudarme a que me aferrara a mi niñez un poco más aquel día, que había notado lo triste que estaba por haberme perdido tantas primeras veces que suponían un rito de transición a la vida adulta. El último año de clases. La graduación. Solicitudes a universidades.

A medianoche me dio un toquecito juguetón con el hombro y me dijo:

—Ahora tenemos la misma edad.

Me pareció una idea tan absurda que casi solté el mando de golpe.

Pero entonces abrí mucho los ojos cuando me percaté de la realidad.

Por lo que había leído en sus diarios, puede que Hudson naciera hace doscientos años, pero su padre solo le permitió vivir una vida en el exterior de la cripta un día al mes durante muchísimos años. Esto, combinado con el tiempo que pasó en el Katmere, sumaban dieciocho años en la actualidad.

Se limitó a encogerse de hombros.

—Es una larga historia, pero cuando Jaxon me mató yo tenía dieciocho años y estaba en mi último año en el Katmere —añadió poniendo los ojos en blanco de forma exagerada al decir lo de «mató».

Eso significa que Hudson se ha perdido los mismos hitos que yo y, aun así, está siendo un profesional en esto de la vida adulta. Tengo que ponerme las pilas, dejarme de quejas y averiguar qué quiero hacer para ganarme la vida. Hudson tiene razón. Puedo hacerlo. Tal vez.

Caoimhe mueve las cejas de arriba abajo.

—Deberías hacerle caso al vampiro. Sabe de lo que está hablando.

—Solo dices eso porque crees que es sexy. —Ahora me toca a mí poner los ojos en blanco.

—Pues claro que lo es —indica—. Y su cerebro forma parte de su atractivo. Así que hazle caso y deja de preocuparte tanto. Las cosas saldrán bien. Siempre lo hacen.

—¿En serio? —Esbozo una mueca—. Te das cuenta de que estás hablando con alguien que cruzó la barrera sin querer y ahora está encerrada en otro reino para siempre, ¿no?

—Y me tienes a mí como tu mejor amiga y a un vampiro sexy como... compañero de piso. —Vuelve a mover las cejas—. Solo digo que podría ser peor.

La forma en la que dice «compañero de piso» hace que me recorra un escalofrío por la espalda.

Hudson y yo no hemos hablado de lo que estuvo a punto de pasar después de la audición. Y no es porque yo no lo haya intentado.

Siempre se levanta antes que yo, se va a la cama antes que yo o, lo que es peor, cambia de tema. Para ser un tío que tenía tantas ganas de resolver el asunto en una cueva no hace tanto, ahora parece estar decidido a no ponerle nombre a lo que está sucediendo entre nosotros.

Porque sí que está sucediendo algo.

La tensión se puede cortar con una puta motosierra.

Suspiro. Debería sentirme agradecida porque me esté dando

espacio.

Desde que el alcalde nos dejó bien claro que Hudson y yo jamás íbamos a salir de Noromar, he estado intentando averiguar qué significa eso para mí. Soñaba con volver a casa, pero eso ya es cosa del pasado, soy consciente. Aunque los sueños no son algo de lo que te puedas deshacer como si fueran basura y no notar su pérdida. Tengo que reemplazarlos con unos nuevos.

Y encontrar un trabajo del que disfrute y que se me dé medianamente bien es un comienzo.

Quizá entonces sea capaz de enfrentarme a lo que siento por Hudson, a lo que empieza a significar para mí.

Le echo un vistazo a la tienda que tengo enfrente y me digo: «Qué narices». Igual el relojero local necesita a alguien que le lleve la caja o algo.

—¡Oye! —me grita Caoimhe desde donde está, en medio de la calle—. ¡Te veo a ti y al buenorro de tu novio en el festival Lluvia de Estrellas esta noche!

Estoy a punto de decirle que Hudson no es mi novio, esté buenorro o no, pero al recordar que Noromar está a punto de pasar tres días enteros sin ver la luz del sol, noto mariposas en el estómago, como si estuvieran mecidas por el viento estival. Trago saliva.

Hudson no se ha alimentado desde lo de la cueva, y no puedo evitar preguntarme si esta noche querrá hacerlo.

—¡Qué ganas! —grito antes de meterme en la tienda, y la verdad es que lo digo en serio.

79

ENVUELTO EN UN LAZO ROJO (HUDSON)

Humito está tan emocionada con lo del festival que no deja de saltar y de pasearse por toda la habitación; rebota por todos los muebles que hay en el cuarto.

—Venga, relájate —le digo después de que tire al suelo la ropa de Grace que está encima de la cama por tercera vez. Ella está en la ducha y, en cuanto acabe, se vestirá y podremos irnos.

La única respuesta que me da Humito es un aullido muy agudo. Luego se me sube al regazo de un salto, donde se pone a pegar una decena de saltitos antes de enrollarse alrededor de mi cuello. Pero está tan emocionada que me aprieta un pelín demasiado.

—¡Vale ya, Humito! —jadeo mientras la alejo de mi cuello con un dedo—. Que me vas a estrangular. —Suelta un maullido triste y se me acurruca en el pecho en señal de disculpa. Después se baja de un salto y empieza a girar sobre sí misma a toda velocidad en medio del cuarto—. ¡Vale, basta ya! Si te doy el regalo que tengo para ti, ¿te calmas un poco?

Se frena tan de sopetón que acaba tropezando y atraviesa rodando casi media habitación antes de poder detenerse.

Levanta la mirada para observarme, como con vergüenza, así que me esfuerzo por no partirme de risa y la recojo del suelo.

—Vente, anda. Está por aquí.

Hoy, cuando volvía a casa del trabajo, me he detenido en una tienda y le he comprado un vestido a Grace para esta noche. Todavía no se lo he dado y me pone nervioso pensar que igual lo deteste, pero quería que pudiese asistir al festival con algo que no fueran los vaqueros de siempre, que cada día están más harapientos.

En la tienda he visto un par de cosas que igual le podrían gustar a

Humito, así que me las he llevado también.

—No es gran cosa —le digo mientras cojo la bolsa.

Suelta un chillido con el que me hace saber que le da igual, y casi la veo vibrar de la emoción cuando abro la bolsa y saco su regalo.

Humito aúlla cuando ve los lazos y me lo quita de las manos antes de que pueda tendérselos. Después se pone a bailar por la habitación con ellos, canturreando al tiempo que los retuerce con alegría.

Al parecer los lazos han sido la opción perfecta.

Le he comprado un paquete de cuatro lazos, cada uno de un color (morado, dorado, rojo y multicolor), y me pica la curiosidad por saber cuál va a querer lucir esta noche.

Resulta que elige dos, el multicolor y el dorado, y se los pone como si fuesen unos diamantes carísimos en vez de un par de trozos de tela. Cuando por fin le convence cómo le quedan, coge los otros dos lazos y los mete en el cajón de la mesilla que le dimos para que guardara sus tesoros.

Luego se abalanza sobre mí y me da lo que seguro es el abrazo más entusiasta del mundo. Pero esta vez evita cogerme del cuello, así que por lo menos puedo respirar un poco.

Cuando Grace sale del baño un par de minutos después, solo con la toalla alrededor del cuerpo, seguimos abrazados. Se detiene al ver a una Humito recién acicalada, y le regala una enorme sonrisa.

—¡Humito, estás divina! —le dice a la sombrita—. El dorado te queda de maravilla.

Por una vez Humito se pavonea ante sus atenciones, y serpentea por entre las piernas de la chica. En cambio, yo me esfuerzo por posar la mirada donde sea menos en la cortísima toalla que lleva Grace y que envuelve sus curvas.

—Perdona, se me ha olvidado el… —Se calla en cuanto ve el vestido en la cama. Con el regalo de Humito no lo tenía claro, pero he sabido que este vestido era para Grace en cuanto le he echado el ojo.

Es corto (pero no tan corto como el de la audición) y coqueto; la falda es cómoda, para que se pueda mover con total libertad. En la guarida Grace me contó que el vestido de su graduación había sido rojo, así que tenía claro que el color le iba a gustar, y estoy convencido de que le resaltará los ojos y ese tono rosado de sus mejillas que tanto me gusta.

—¿Qué has hecho? —susurra mientras se acerca a la cama para tocar el vestido con suma delicadeza.

—He pensado que igual te apetecería estrenar algo. Ha pasado... mucho tiempo.

—Mucho, sí... —coincide acariciando el vestido. Justo antes de copiar a Humito y abalanzarse sobre mí: me abraza con todas sus fuerzas. En lo único en lo que puedo pensar es en que, si se menea mucho más, la toalla (ese fino trocito de toalla que es lo único que separa su cuerpo del mío) se va a caer al suelo.

Mentiría si dijera que una parte de mí no lo desea con todas sus fuerzas.

—¡Madre mía, Hudson, muchísimas gracias! —me dice—. Me encanta. De verdad, me gusta mucho.

—Me alegro —le contesto y, aunque con torpeza, intento devolverle el abrazo sin que con ello se caiga la toalla al suelo.

Pero entonces se debe de acordar de lo que lleva puesto, porque en cuanto le toco con la mano la parte alta de la espalda, que está al descubierto, se aparta con un grito ahogado.

—¡¿Por qué no me has dicho que solo llevo la toalla?! —chilla.

—Acabas de salir de la ducha —le explico con una ceja enarcada —. He imaginado que lo sabrías.

—¡Se me ha olvidado! ¡Evidentemente! —No se espera a que le responda. En cambio, coge el vestido y se vuelve directa al baño; después cierra de un portazo—. ¡No me puedo creer que no me hayas dicho nada! —grita al otro lado de la puerta de madera.

—Que sea un vampiro no implica que esté muerto —respondo.

Grace se parte de risa, y la imito un par de segundos después. Lo cual está bien, porque me ayuda a autoconvencerme de que me he recuperado al cien por cien de ese abrazo... Bueno, eso antes de que Grace abra la puerta del baño y salga con el vestido rojo puesto.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que, por mucho que me esfuerce, jamás me recuperaré de esta chica.

80

TE HE PEDIDO A LAS ESTRELLAS (HUDSON)

Humito no es consciente de la tensión que de repente se ha creado entre Grace y yo. Le echa un vistazo a Grace y se le agarra, después empieza a tirar de ella y a arrastrarla hacia la puerta.

—¡Espera! ¡Tengo que ponerme los zapatos, Humito! —La umbra aúlla con impaciencia, pero Grace se limita a reírse. Se me encoge el pecho al verlas a ambas llevarse mejor—. Estoy en solo un minuto, te lo prometo.

Cumple su palabra y momentos después salimos por la puerta, aunque se esfuerza muchísimo por no tocarme (y ni siquiera mirarme).

El sol está empezando a ponerse poco a poco cuando llegamos al final del pasillo de la posada, y en mi puta vida me he alegrado tanto de ver un atardecer. No me había percatado de lo mucho que anhelaba mi cuerpo la oscuridad hasta que me he pasado más de dos meses sin verla.

Aunque, en realidad, lo que anhelo es la sangre de Grace, la oscuridad me da igual.

Abstenerme todos los días de beber de ella ha sido insoportable. No porque esté muerto de hambre, sino porque me muero por volver a probarla y que su calor dulce y picante me cubra la lengua.

—¡Hudson, mira! —jadea mientras contempla el cielo—. ¿No es bonito?

—Precioso —confirmo.

Me mira y se le corta la respiración. Pero su voz suena como si nada cuando me chincha.

—Ni siquiera estás mirando al cielo.

Me tienta decirle que estoy mirando algo incluso más bonito,

pero es una frase tan cursi que decido dejarla estar. Tengo que guardarme un poco de orgullo, por mínimo que sea.

—Es el cielo. Ya lo he visto antes —rebato en su lugar.

—Eres taaan poco romántico. —Pone los ojos en blanco mientras se agarra a la barandilla de las escaleras—. Venga, vamos a ver qué tal la fiesta.

—Nena, la fiesta soy yo —bromeo cuando llegamos al vestíbulo.

—Tú y tus calzoncillos de Versace.

—Eh... Me parece que el término correcto es *bóxers* . Y para ser alguien que afirma que le caigo mal, estás muy obsesionada con mi ropa interior.

Grace se da la vuelta para mirarme.

—Eso no es verdad.

—Pues claro que sí. —Enarco una ceja—. Estoy bastante seguro de que te pasas más tiempo pensando en mi antigua ropa interior que yo.

Cuando vuelve a hablar, parece sorprendentemente seria.

—No estoy hablando de los bóxers. Estoy hablando del resto.

—¿Del resto?

—No me caes mal. Igual al principio sí, pero... —Suspira—. Digamos que de todas las cosas que me haces sentir, el «rechazo» no está en la lista.

—¿No me digas? —Ahora tengo ambas cejas levantadas y me inclino hacia ella, porque esto se está poniendo interesante—. Y ¿qué es lo que sientes?

—¡Que quiero bailar! —anuncia, y atraviesa el vestíbulo repleto de gente.

Ahora me toca a mí poner los ojos en blanco, porque tendría que haberme esperado algo así.

Salimos a la calle justo cuando el sol acaba de ponerse. En ese instante el festival toma vida a nuestro alrededor. Las luces se encienden sobre nuestras cabezas. La música llena el ambiente. Y cientos de personas salen a la calle delante de nosotros.

—¡Qué pasada! —exclama Grace mientras contemplamos un pueblo que se ha transformado por completo.

Hay luces miremos donde miremos. Redes y redes de lucecitas cubren las calles, e hileras de farolillos ornamentados de distintos colores se extienden por las aceras. Las flores de todas las tonalidades

imaginables de morado se enredan por los arcos y en guirnaldas que decoran todo, desde las señales de la calle hasta los puestos de comida y de regalos. También han cubierto el suelo con ellas y su perfume inunda el aire con cada paso que da la gente por los adoquines.

—¡¿Qué quieres hacer primero?! —grita Grace para que la oiga por encima de la música.

—Lo que te apetezca a ti —contesto. Realmente lo único que quiero en este festival es pasar tiempo con ella.

—Vale, pues me muero de hambre. —Se pone de puntillas para intentar ver más allá de la multitud, donde están colocados los puestos de comida. Pero como es bastantes centímetros más baja que la mayoría de las personas que hay en el festival (exceptuando a los niños), no es que ayude mucho.

—Vamos. —La cojo de la mano para no perderla entre el gentío (o al menos esa es la excusa que me pongo a mí mismo) y la guío al otro lado de la calle para recorrer un par de manzanas hasta donde se ha establecido un grupo numeroso de vendedores de comida—. ¿Qué te apetece?

—No tengo ni idea de qué es nada de esto —responde con una risa—. Pero huele de maravilla.

Nos quedamos ahí parados varios minutos mientras analiza lo que pide todo el mundo. Tras un rato se acerca a un puesto de color lavanda decorado con dibujos de flores gigantes y pide una especie de brocheta y unas cuantas botellas de agua.

Le pago al señor y después andamos entre la gente, ella se come su brocheta mientras yo me bebo una de las botellas de agua. Suena la música y se detiene cada minuto o dos para dar una vueltecita, agitar los hombros o la cabeza a la vez que mueve los rizos de un lado a otro.

Está sonriendo y riéndose, los ojos marrones le brillan con las guirnaldas de luces que hay sobre nuestras cabezas y nunca había estado más guapa. Cuando termina su extraña brocheta de verduras, extiendo la mano y le acaricio la cara con un nudillo.

Deja de masticar y me mira, sus ojos pasan de chocolate a negro en un instante. Pienso en inclinarme hacia delante y darle un beso, pero, antes de que pueda hacerlo, alguien la empuja desde atrás y hace que se estampe contra mi pecho.

Por instinto la rodeo con los brazos y, aunque nos hemos tocado

durante las últimas semanas, esto no tiene nada que ver. Es mejor. Y por un instante se me olvida respirar.

Pero entonces alguien tropieza conmigo y soy consciente de que tengo que sacarla de este rincón antes de que se acabe haciendo daño.

Por eso nos conduzco una calle más allá, hasta la sección del festival llena de juegos de feria que todavía no está muy transitada. Grace sonríe cuando los ve.

—¿Alguna vez has jugado a alguna de estas cosas? —pregunta.

—A no ser que tengan ajedrez, la respuesta es no.

—¿Ajedrez? —Abre los ojos como platos—. ¿En serio es ese el único juego al que has jugado en la vida?

—Algunas personas dirían que es el único juego al que merece la pena jugar —contraataco con lo que sé que es una sonrisa pedante. Pero es que..., venga ya. ¿De verdad se piensa que lanzar pelotas de ping-pong dentro de una pecera cuenta como juego?

—Algunas personas son muy pijas —responde.

—¿Y...? —Levanto una ceja—. Tampoco es que tengas que ser muy espabilado para jugar a esto.

—¿Ah, sí? Elige un juego. —Me señala con un dedo, y después se acerca lo suficiente como para clavármelo en el pecho—. Elige uno y te voy a dar una paliza.

—¿Una paliza a mí? —repito mientras analizo los juegos y hago una lista de las ventajas y desventajas de cada uno—. Eso es tenérselo muy creído.

—¿Porque soy una chica? —pregunta con un deje de mordacidad.

—No, lo sería para cualquiera —contesto sin interés—. Me niego a lanzarles pelotas a los peces, me parece cruel.

—A mí también me lo ha parecido siempre. Pues pasamos de ese juego y entonces vamos a... —Me lanza una mirada inquisitiva.

—Al Lanzamiento de Aros Fugaces —digo mientras leo el cartel que hay encima del puesto que tiene unas cien botellas en fila.

—¿El lanzamiento de aro? —cuestiona, suena sorprendida—. ¿Por ahí es por donde quieres empezar?

—Por ahí quiero empezar, sí —afirmo.

—Vale. —Sonríe y tengo la sensación de que tal vez he cometido un error. Y eso antes de que vuelva a hablar—. Pues que empiece la paliza.

81

TODO VALE EN EL AMOR Y EN EL LANZAMIENTO DE AROS (GRACE)

—No lo entiendo —dice Hudson, y en su voz se nota la frustración cuando el quinto aro que lanza rebota en las botellas y sale volando fuera de los límites—. Esa tendría que haber caído en la de arriba.

—Ay, tendría, tendría, pero no... —le digo, y me coloco para lanzar yo.

Todo el mundo sabe que este juego está amañado, pero cuando éramos pequeñas el padre de Heather nos enseñó un truco que casi nunca falla. Alineas el aro con la botella en la que quieres que caiga; después das dos pasos a la derecha. Y en vez de lanzarlo hacia arriba para que al caer lo haga en la botella, lo lanzas de forma horizontal.

Si los planetas se alinean y tienes la suerte de tu parte, rebotará a dos botellas de distancia de la tuya, girará, y caerá justo en la botella que querías desde un principio.

—¿Te doy algún consejo, jovencita? —me pregunta el hombre del puesto mientras cojo mis cinco aros.

—Creo que sé lo que tengo que hacer —le respondo con una dulce sonrisa. Después me alejo y lanzo el primer aro.

Cae justo en la botella que quería; acierta de lleno en el pico de la botella y cae por el cuello.

—¡Muy bien! —El hombre apunta un tanto en la pizarra—. Llevas uno.

—Explícame cómo lo has hecho —dice Hudson observándome con los ojos entrecerrados.

—¡Anda, mira, ahí está Lumi! —le digo y, cuando se vuelve para mirar, tiro el segundo aro.

Y observo con satisfacción cómo también cae por el cuello de una de las botellas.

—¿De verdad? —señala Hudson, y no sé si se está quejando porque ya llevo dos de dos o porque he jugado sucio para que no viera cómo lo hago. Y me da igual, la verdad. Todo vale en el amor y en el lanzamiento de aros. Sobre todo en el lanzamiento de aros.

—¿Podrás hacer tres de tres? —me pregunta el feriante, y parece mucho más interesado en mí.

—Puedo hacer pleno —le contesto. Me vuelvo un poco para que Hudson no vea lo que estoy haciendo y lanzo el tercer aro.

—Tres de tres —susurra Hudson.

Lanzo el cuarto y el quinto aro, uno tras otro, y esta vez no intento ocultar mis movimientos. Los dos aros caen en el cuello de las botellas, y el feriante me felicita:

—¡Enhorabuena! No había visto nada igual en mi vida.

Hudson se limita a aplaudir, con una enorme sonrisa en el rostro que me hace sonreír a mí también.

—¿Qué premio quieres? —me pregunta el feriante—. Puedes coger lo que prefieras.

Observo los animales de peluche que tiene, pero en realidad solo quiero una cosa.

—Una corona de flores —le digo, y señalo la que he elegido.

—Es una corona por cada dos aros encestados —me indica—. ¿Quieres otra?

—Pues sí, deme otra.

Me da las dos coronas, y me pongo una en la cabeza antes de agacharme y apoyar la otra en la cabecita de Humito. Chilla y empieza a girar, y me yergo con una carcajada. Le sonrío a Hudson, y parece que está a punto de comentarme algo, pero al final solo niega con la cabeza.

Después le recoloca la corona a Humito antes de acariciarle la mejilla una o dos veces. Luego me coge la mano y avanza hacia el siguiente puesto.

—Los Payasos Enfadados serán lo mío —me dice—. Lo presiento.

No tengo el valor de decirle que llevan un peso en la parte inferior y que por eso resulta casi imposible derribarlos. Pero, bueno, Hudson es un vampiro, así que igual...

Quince segundos después veo que algo de razón debe de tener mi

teoría del vampiro, porque le da al primer payaso de la fila con la bola y los derriba a todos.

—Vaya, ha sido impresionante, joven —afirma el feriante del puesto—. ¿Qué premio quieres?

Hudson mira a la bola que tiene delante.

—Todavía me quedan dos bolas más.

—Ya, lo sé —contesta el feriante, y no parece que ese dato le entusiasme demasiado. Después da un buen paso hacia atrás mientras Hudson se prepara para lanzar.

Consigue un pleno y elige de premio un unicornio gigante que me regala con una sonrisa en el rostro.

—¿Ves? Te he dicho que los Payasos Enfadados eran lo mío.

—Sí, habrán sentido que eras su alma gemela —le digo con sarcasmo, pero abrazo al unicornio con un poco más de fuerza—. ¿Qué nombre le pongo?

—No tengo ni idea. —Parece un poco confuso otra vez, y me doy cuenta de que lo más probable es que nunca haya tenido ningún animal de peluche, o animal de cualquier clase, al que ponerle nombre.

Madre mía, ha tenido una vida muy muy solitaria. ¿Tan raro es que no confíe en nadie?

—Bueno, con los nombres una no se puede precipitar —le digo—. Me lo voy a tener que pensar.

—¿Ahora qué hacemos? —me pregunta después de haber pasado por todos los puestos de juegos de la feria. Todavía hay un par más que me encantan, pero no propongo ir a jugar porque no quiero malgastar el dinero que nos queda. Participar en un juego o dos para que Hudson vea de qué se trata, vale. Pero más que eso me parece poco prudente. Al fin y al cabo, solo uno de los dos tiene una fuente fija de ingresos.

—Pues podemos ver si encontramos al resto —le sugiero.

—Claro.

Hudson nos lleva de nuevo a la plaza principal, y por el camino se asegura de que sus zancadas sean iguales que las que doy yo con unas piernas mucho más cortas.

Mientras nos abrimos paso entre la muchedumbre de la plaza, una mujer joven que va caminando con una niña de lo más adorable, con unas tupidas trenzas de color morado, y que va comiendo algodón

de azúcar morado, saluda a Hudson con la mano y grita para hacerse oír:

—¡Anda, hola, señor V!

Entonces la niña se suelta de la mano de su madre y sale corriendo para rodear la cintura de Hudson con las manos pegajosas llenas de algodón de azúcar. Hudson se inclina y le da un pellizquito a una de las trenzas antes de esbozar una gran sonrisa.

—Vaya, hola, señorita Ileda.

La madre de la niña se acerca a toda prisa y aparta a su hija de Hudson negando con la cabeza.

—Vale ya, Ileda, vas a dejar al señor V todo pegajoso.

Ileda da un paso atrás y levanta el palo que sostiene el esponjoso algodón de azúcar morado mientras le pregunta a Hudson:

—¿Quiere un poco de algodón de azúcar, señor V?

Hudson se tensa, y sé que está sopesando si herir los sentimientos de la niña o si comerse el algodón de azúcar y sufrir el posterior dolor de tripa que le va a dar.

Me inclino y le pregunto a la pequeña:

—¿Me das a mí un poquito? ¿Te acuerdas de que Hudson es alérgico al azúcar?

La niña asiente y me mira con una enorme sonrisa con la que deja relucir los dientes mientras arranco un trocito del algodón y me lo llevo a la boca. Le doy las gracias, y Hudson le dice que la verá en clase la semana que viene; después se despide y me coge de la mano para adentrarnos más en la plaza.

Seguramente tenga la mano pegajosa del dulce que me acabo de comer, pero a Hudson no parece importarle, así que no digo nada. Sus dedos fuertes se entrelazan con los míos, y le doy un apretoncito suave cuando atravesamos la multitud.

Encontramos a los trovadores justo donde esperábamos, en el centro de la muchedumbre más grande de la plaza. Lumi y Orebon tocan sus instrumentos y Caoimhe canta, y el público los rodea riendo y bailando.

Orebon nos ve entre la multitud y nos saluda, pero no se salta una sola nota. Y el resto tampoco, aunque nos regalan unas sonrisas enormes.

A mi alrededor la gente baila, los aclama y deja dinero en la funda del instrumento que hay abierta a los pies de Lumi y Caoimhe.

Me pongo a bailar yo también. Me balanceo, dando vueltas y meneando todo el cuerpo.

Intento que Hudson baile conmigo, pero se niega en redondo.

Quitando que me ofrece un brazo para cogerme a él mientras doy vueltas, no tiene interés alguno en ser mi pareja de baile.

Cuanto más tiempo pasamos allí, más escándalo monta la multitud. Todo el mundo se lo está pasando en grande, así que nadie se enfada o se disgusta cuando la gente que baila al son de la música los empuja o les da un codazo. Pero a medida que la gente se emborracha y grita cada vez más, noto que Hudson está cada vez más vigilante. Y se harta cuando una persona se cae de espaldas sobre mí, y me da un buen empujón.

Hudson me coge sin ejercer mucha fuerza y, poco a poco, pero de forma implacable, nos hace avanzar hasta que llegamos al borde de la marabunta de gente. Es más, se las apaña para quedar él dentro de la multitud y yo fuera, así que tengo libertad para bailar, dar vueltas y hacer lo que me dé la gana mientras él utiliza su cuerpo como muro para mantenerme a salvo.

Y me siento así, a salvo, más a salvo de lo que me he sentido nunca en una situación similar. Hudson no me está quitando la posibilidad de elegir. No intenta convencerme para que nos vayamos, ni lucha conmigo por el control de la situación.

En cambio, se esfuerza por hacer que esté lo más cómoda posible y, aun así, soy yo quien controla lo que hacemos. Nadie ha hecho esto por mí, ni siquiera Jaxon, que siempre quiere protegerme asegurándose de que cambio mi comportamiento. Hudson se limita a comprobar que tenga espacio y seguridad para hacer lo que quiero cuando me apetece.

Lo cual hace que me guste aún más.

Puede que sea por eso por lo que, justo durante esos segundos entre que acaba una canción y empieza la siguiente, lo cojo de la mano y le digo:

—Vamos a un lugar más tranquilo para charlar un rato. Solos tú y yo.

82

BRILLA ESTRELLA, BRILLA MÁS (GRACE)

—Vale, puedes abrir los ojos —me indica Hudson.

—¿En serio? —digo mientras los abro e intento orientarme—. ¿Nos has traído arriba del todo?

—Para ti, solo lo mejor.

—Lo mejor para que puedas despeñarme, ¿no? —pregunto echando un vistazo por el borde.

Después de convencerme para que me subiera a su espalda y cerrara los ojos, ha escalado la inmensa torre del reloj del pueblo y ahora estamos justo detrás de la esfera del reloj.

Los otros tres lados de la torre tienen una barandilla que me llega hasta la cintura, pero el resto de la zona está abierta y nos proporciona una vista increíble de las luces y el festival que está teniendo lugar abajo sin tener que sufrir el escándalo.

—¿Cuánto mide esta cosa? —quiero saber mientras me arriesgo a volver a mirar más allá de la barandilla. Quizá Humito no se equivocaba al negarse a subir a la torre con nosotros. Está correteando por abajo, seguramente haciendo otro ramo de flores que regalarle a Hudson.

Él se mueve para ponerse a mi lado.

—Unos doce o trece pisos, ¿por qué?

—Por nada. Solo porque me preguntaba cuánto tardaría en precipitarme a mi muerte si me caigo desde aquí.

—Y la gente dice que yo soy pesimista —refunfuña al tiempo que niega con la cabeza—. No te preocupes, Grace. No dejaré que te pase nada.

—Eso dices ahora —discuto.

—Me quemé al rescatarte de un dragón menos de una hora

después de habernos conocido —me recuerda—. Es lo que he dicho siempre.

Tiene razón. Lo hizo.

—¿Alguna vez te he dado las gracias por eso?

—No quiero que me des las gracias, Grace.

—Y ¿qué quieres? —jadeo, aunque después estoy lista para darme de manotazos porque no estoy segura de querer oír la respuesta a esa pregunta.

Pero resulta que no me tenía que preocupar, porque si hay algo que caracteriza a Hudson es que es reservado.

—¿Qué quieres tú? —contraataca.

Tengo un millón de respuestas diferentes en la punta de la lengua; algunas sinceras, otras mentiras, pero todas peligrosas. Así que me las trago todas excepto la más inofensiva.

—Bailar. Vamos. —Le tiendo una mano—. Yo te enseño.

Me mira divertido.

—Nunca he dicho que no supiera bailar.

—Sí, sí lo has hecho. Ahí abajo, te he pedido que bailáramos y me has dicho que no bailas.

—Exacto. No bailo. Eso no significa que no sepa.

—¿Estás de coña? ¿Todo este tiempo has sabido bailar? Eres un cutre.

—¿En qué planeta no sabría bailar el heredero al trono vampírico? —inquiere—. Los bailes siguen estando a la orden del día en la Corte Vampírica... y en muchas otras cortes.

—Muy bien. Entonces, está decidido.

—¿Qué está decidido? —pregunta, pero no contesto.

En vez de eso saco el móvil. Sigo llevándolo a todas partes aunque sea como placebo, porque en este reino no existe internet y tampoco es que las llamadas puedan atravesar la barrera. Pero la posada tiene un cargador solar muy útil, y lo único para lo que me sigue sirviendo el móvil es para almacenar las cosas que ya me había descargado. Como la música.

—¿Qué estás haciendo?

—Seleccionando una canción —le cuento—. Vas a bailar conmigo aquí y ahora, mientras estamos en la cima del puto mundo.

Parece receloso.

—Ya te he dicho que no bailo.

—Ya, bueno, pues eso vamos a cambiarlo esta noche.

Parece incluso más receloso.

—Grace...

—¿Sabes qué? No quiero reproches. A bailar, Vega —le ordeno justo antes de reproducir la canción que he elegido. Las primeras notas de *Shut up and dance* , de Walk the Moon, salen del altavoz de mi móvil.

Hudson se parte de risa.

—¿Esta es la canción que quieres bailar?

La canción escoge ese momento exacto para llegar a la frase que le da el título y yo señalo al aire, como si esas palabras estuvieran flotando en una burbuja sobre mí. Hudson niega con la cabeza, pero me da la mano y me acerca a él con un giro muy sofisticado.

Y después me hace bailar como si no hubiera un mañana en la cima de la torre del reloj. Giramos, damos vueltas y cubrimos hasta el último centímetro de nuestro salón de baile improvisado. Cuando la canción termina Hudson tira de mí para acabar por todo lo alto, me hace girar y me echa hacia atrás con un movimiento que dejaría a la altura del betún a cualquier bailarín profesional de tango.

Cuando me levanta me río de pura alegría. Él niega con la cabeza y después se echa a reír conmigo.

—¡Eres increíble! —le digo—. ¡Me lo he pasado genial!

—¿Ah, sí? —Por un instante sonríe como si nada en el mundo le preocupara, y lo único que veo es su irresistible hoyuelo.

Es tan adorable (él es tan adorable y está tan satisfecho) que tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no estirar la mano y tocarlo. Tocarlo a él de una forma muy diferente de la que nos tocábamos mientras bailábamos.

Pero eso daría paso a algo para lo que todavía no sé si estoy lista. Porque con Jaxon fue muy fácil, pero ahora puedo admitir que lo fue porque era sencillo. Cosas del amor adolescente y todo eso. Sin embargo, con Hudson sé por instinto que va a ser mucho más. Más complicado. Más intenso. Mucho más aterrador.

Por eso mismo cierro las manos en un puño y hago gala de una fuerza de voluntad que ni siquiera sabía que tenía.

—Sí —afirmo—. Eres increíble.

—Tú también. —Respira hondo, parece que está intentando reunir el valor para decir algo. Pero al final se limita a soltar un

suspiro mientras niega con la cabeza. Siento cómo me relajo, noto que músculos que ni siquiera sabía que estaban en tensión se relajan en lo que va de un suspiro al otro. Y eso incluso antes de que él enarque una ceja y pregunte—: ¿Quieres hacerlo otra vez?

Pues sí, más que nada en el mundo. Más de lo que quiero volver a nuestro mundo.

—Pues claro. —Busco el móvil—. ¿La misma? Puede ser nuestra canción.

—En realidad tengo otra idea —declara—. ¿Me dejas? —pregunta mientras señala mi móvil.

—Sí, toma. —Se lo doy.

Investiga entre mi música durante un instante y luego añade:

—La verdad, creo que esta tendría que ser nuestra canción.

Después le da a reproducir y las primeras frases de *Rewrite the Stars* viajan por el cielo nocturno que nos rodea.

—Ay, Hudson —susurro.

—Baila conmigo —me pide.

Y esta vez, cuando me envuelve entre sus brazos, no damos vueltas. No me hace girar con un movimiento de la mano.

Solo estamos él y yo, moviéndonos al son de la música; bailando y bailando en la torre del reloj con nuestros cuerpos pegados hasta que su aliento es mío y mis latidos son suyos.

Hasta que me olvido de dónde empieza él y dónde acabo yo.

Hasta que comienzo a creer en lo imposible.

Cuando la canción termina, me digo que tengo que apartarme. Que tengo que alejarme. Fingir.

Pero no puedo hacerlo. No puedo más que mirarle a los ojos y anhelar. Así que me quedo donde estoy, entre los brazos de Hudson, y susurro su nombre como si fuera lo único importante.

Su nombre y él.

—Tranquila, Grace —murmura—. Te tengo.

Y he ahí la cuestión. Que es cierto. Y empiezo a pensar que siempre lo ha sido.

Tal vez por eso soy la que da el primer paso. La que salva la diminuta distancia que nos separa hasta presionar mis labios contra los suyos.

Al principio no se mueve. Se queda completamente quieto, como si le diera miedo respirar y hacerlo todo añicos. Pero, a pesar de que

sea un cabezota, yo lo soy mucho más que él. Así que, mientras muevo los labios contra los suyos, por fin se relaja.

Emite un sonido desde lo más profundo de la garganta.

Levanta las manos para enredarlas en mis rizos.

Y después me devuelve el beso. Vaya que si me lo devuelve.

Espero que arrase conmigo, que la tensión de los últimos meses estalle como una supernova entre nosotros.

En vez de eso va incrementando el ritmo, como una canción. Lento, dulce, precioso, pero no por ello menos poderoso. Y, desde luego, no menos importante.

Sus labios son suaves pero firmes, su aliento es cálido y dulce, sus brazos fuertes a la par que gentiles mientras me pegan a su cuerpo. Cuando me pasa la lengua por el labio inferior me derrito. Me derrito y me abro como un secreto a voces.

Él también abre la boca, como un recuerdo que está empezando a formarse. Me roza la lengua con la suya y sabe a magia, a una estrella fugaz que comienza su trayectoria.

Y no quiero que acabe nunca. No quiero separarme nunca de este beso, de este momento, de esta sensación. Quiero quedarme aquí, con él, para siempre.

Quiero abrazarlo y devorarlo.

Quiero reconfortarlo y romperlo en un millón de pedazos.

Y quiero que él haga lo mismo conmigo. Aunque me temo que es probable que ya lo haya hecho. Me temo que podría estar haciéndolo ahora mismo.

Deslizo las manos para agarrarle de la camisa, quiero sostenerlo hasta el fin de los tiempos. Pero ya se está apartando, ya me está acariciando el pelo con una mano mientras susurra:

—¿Todo bien? —Asiento, porque me he olvidado de que las palabras se crean mediante sonidos—. Vale.

Entonces vuelve a besarme. Y otra vez. Y otra vez. Hasta que la canción se convierte en una sinfonía y el secreto se convierte en la verdad más absoluta.

Me besa una vez más. Y yo le beso porque nunca había sentido que nada fuera más perfecto.

Cuando por fin se separa lo justo para mirarme a los ojos, algo se remueve en mi pecho. Y cuando me da la vuelta para que contemplemos una cascada de estrellas fugaces iluminando el cielo, sé

que nada volverá a ser igual.

83

EN LA CIMA DEL (OTRO) MUNDO (GRACE)

—Supongo que por eso el festival se llama «Lluvia de Estrellas» —murmura Hudson mientras me abraza por la espalda.

Yo me pongo un poco tensa, porque es toda una novedad que me toque así, que me abrace así, pero me siento bien entre sus brazos. Muy bien. No tengo ni idea de qué significa eso, pero no deja de ser cierto.

Así que suspiro y me apoyo en él, y disfruto del intenso calor que mana de su cuerpo.

Pero resulta que él se ha puesto tenso cuando me he apoyado en él; noto una tensión en su cuerpo que no estaba hace apenas unos segundos. Me acurruco en su abrazo e intento hacerle saber con mi cuerpo lo que no sé explicar todavía con palabras.

Pero estamos hablando de Hudson, y quiere palabras. Menuda sorpresa, claro.

—¿Todo bien? —me pregunta, y tengo la sensación de que es la décima vez que me lo pregunta esta noche.

No me molesta que me lo pregunte, porque me gusta que esté pendiente. Me gusta todavía más que quiera confirmar que estoy bien con lo que pase, o deje de pasar, entre nosotros.

Y la verdad es que estoy bien. Bien de verdad. Vale, estoy confundida. Un pelín preocupada. Pero sigo estando bien. Y por primera vez desde que dejamos el Katmere, estoy empezando a creer que puede que todo vaya a salir bien. Que estoy donde tengo que estar.

—Estoy bien —contesto, porque es verdad.

—¿Segura? —Por fin, de verdad, se relaja contra mi cuerpo, y es una sensación genial. Es más, tengo la impresión de que es lo correcto.

Como si nuestra relación estuviese destinada a ser así desde siempre.

Sé que, teniendo en cuenta que entre Jaxon y yo había un vínculo de compañeros, esa afirmación carece de sentido. Pero eso no significa que no sea cierta. Me pregunto por primera vez si en la magia puede haber errores. ¿Quizá por eso el vínculo de compañeros que me unía a Jaxon ha desaparecido? ¿Porque no debería haber existido?

Me entristezco al pensarlo (ahora siempre me pongo triste al pensar en Jaxon), así que me lo guardo bien dentro, en una carpeta para los asuntos con los que ya lidiaré cuando no tenga la sensación de que todo mi mundo está en llamas.

Porque, claro, ese momento llegará, ¿no? Lo que pasa es que no sé cuándo será. Puede que sea ahora mismo. En este momento exacto, en el que todo parece correcto. Nuevo, sí. Pero correcto, a fin de cuentas.

—Y ¿tú cómo estás? —le pregunto, porque no soy la única que está viviendo todo esto. No solo importan mis sentimientos—. ¿Estás bien?

No puedo verle la cara, pero en mi interior puedo sentir que Hudson está sonriendo.

—Estoy la hostia de bien —me contesta.

Al oír esas palabras, pronunciadas con ese tono de voz, siento que podría echar a volar desde lo alto de esta torre del reloj. Cosa que no había experimentado en mi vida. Así no, como si me fuese a abrir en canal y convertirme en algo... más, a falta de una palabra mejor.

Me proporciona una clase de valor que nunca he tenido. Quizá sea por eso por lo que vuelvo la cabeza para mirar a Hudson y, con una voz de ligoteo total, le digo:

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

Hudson se ríe, pero sus ojos azules arden con el calor de mil hogueras cuando me contesta:

—Creo que ya lo sabes.

—¿Tú crees? —Finjo que pienso el motivo—. No me acuerdo. Igual deberías...

—¿Refrescarte la memoria? —Acaba la frase por mí con las cejas enarcadas y con una mirada más intensa si cabe.

—Es una posibilidad —respondo encogiéndome de hombros con una indiferencia fingida.

—Lo es —confirma, y hace alarde del maldito hoyuelo. Pero justo

cuando se inclina hacia mí para besarme otra vez, los fuegos artificiales estallan a nuestro alrededor, en el cielo.

Me vuelvo para observar cómo los fuegos artificiales, de color rojo, blanco y dorado, iluminan el cielo morado. Bajo nosotros la gente aplaude y grita de alegría.

—Esta gente sí que sabe montar una buena fiesta, ¿no? —comenta Hudson.

—La verdad es que sí —contesto—. Pero, bueno, tú también has montado una buena.

—¿Tú crees? —Tiene la mirada oscura, y un toque de picardía en la sonrisa.

—Sí, en serio. —Esta vez me doy la vuelta para quedar frente a él y le rodeo la cintura con los brazos; apoyo la mejilla en su pecho y oigo los latidos de su corazón, que van a toda velocidad.

—¿Qué quieres hacer ahora? —me pregunta, mientras el espectáculo de fuegos artificiales continúa—. Podemos quedarnos aquí o podemos volver al festiv...

Se calla cuando unas llamas atraviesan el cielo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, y me invade el terror.

«Será parte del festival», me digo. Una parte más de las celebraciones. Al fin y al cabo, ¿qué llama más la atención de noche que el fuego?

«No pasa nada», me repito. Está todo planeado. Tiene todo el sentido del mundo, y casi me lo creo... hasta que la multitud a nuestros pies empieza a gritar.

84

UNA PELEA ENDRAGONIZADA (HUDSON)

El puto dragón ha vuelto.

¿Cómo cojones ha llegado hasta aquí? ¿Y cómo cojones nos ha encontrado después de tanto tiempo?

Me pasé los días en la granja de Arnst y Maroly convencido de que la bestia iba a atacar y destruir los campos de cultivo. Estaba en alerta máxima a todas horas, decidido a no permitir que pasara.

Pero, como ni siquiera hizo ademán de dejarse caer, supuse que me equivocaba. Me imaginé que ya se había olvidado de nosotros y se había ido a buscar una presa fácil en esa tierra de nadie donde estábamos al principio, cuando Grace nos tenía atrapados. O eso o que no podía adentrarse en Noromar, porque desapareció más o menos en el momento en el que pusimos un pie en este lugar hace ya tantos meses.

No obstante aquí está, con pinta de cabreadísimo mientras se lanza en picado desde el cielo para fastidiar el festival. Escupe fuego por la boca e incendia la enorme carpa blanca de la organización del festival.

La gente sale de allí corriendo y gritando, y el dragón agarra a alguien (una mujer bajita con el pelo rizado y ataviada con vaqueros) y la lleva a lo alto de los cielos mientras ella se desgañita.

—¡Madre mía! —chilla Grace—. ¿Qué va a...?

Deja caer a la mujer justo en el centro de la plaza del pueblo. Agradezco que estemos demasiado lejos como para que Grace pueda distinguir el sonido que hace al aplastarse y el ruido de los huesos rompiéndose cuando se estampa contra el suelo. Pero yo sí que lo oigo, y es algo que no voy a olvidar en la vida.

Sobre todo porque no creo que haya sido una coincidencia que

haya elegido a una mujer de piel morena y una espesa melena castaña como la de Grace. Creo que anda a la caza de una presa muy específica.

Grace solloza cuando contempla a la mujer. No es que lo haga muy alto, pero los dragones tienen un oído casi tan bueno como el de los vampiros y no me apetece nada llamar su atención. Y menos cuando parece que nos guarda bastante rencor por nuestro último encontronazo.

Agarro a Grace de la mano, tiro de ella hacia el suelo de la torre para que se esconda tras la barandilla de madera que la rodea. No es que sea una gran defensa, sobre todo si nota nuestro olor, pero es mejor que dejarla aquí plantada y que solo le falte saludar cuando pase volando por encima.

—¿Qué estás haciendo...? —Se calla cuando entiende lo que está ocurriendo—. Ha venido a buscarnos, ¿no?

—Sí.

Y me voy a asegurar que no encuentre a Grace. Ni de coña dejaré que acabe como esa mujer de antes.

Sin embargo, ella no parece afrontar el asunto con la misma actitud que yo.

—Tenemos que bajar ahí —me pide con urgencia—. Esto es culpa nuestra. Nosotros hemos traído a esa cosa hasta aquí. No podemos dejar que luchen solos.

Sé que tiene razón y que si estuviera yo solo no dudaría. Ya estaría ahí abajo. Pero ahora tengo que pensar en Grace. Y la verdad es que no me importan una mierda esas personas. No cuando comparo la vida de Grace con la suya. He perdido a todo aquel que me ha importado en la vida. No pienso perderla a ella también. No aquí. Y menos por un dragón de mierda.

—¡Hudson! —me insta cuando no contesto de inmediato—. ¡Tenemos que bajar!

—Supongo que no te hará gracia quedarte tú aquí y dejar que vaya yo, ¿no? —pregunto cuando otra persona grita como si se abocara a su muerte segundos antes de que se oiga otro asqueroso chapoteo.

—¿Por qué? ¿Porque tú eres un hombre? —inquiere con mordacidad.

—Porque soy un vampiro —contesto con la misma mordacidad

—. Es mucho más complicado matarme a mí que a ti.

—Ya, pues me parece que vamos a tener que averiguar cómo evitar la muerte —espeta—. Porque ni de coña pienso sentarme aquí como una damisela en apuros mientras la gente ahí abajo está muriendo por mi culpa.

—Ya. —Suspiro, me paso una mano por el pelo—. No sé cómo, pero ya sabía que ibas a decir eso. Aun así, valía la pena intentarlo.

—No, no la valía —se queja—. Bueno, ¿vamos a elaborar un plan o vamos a lanzarnos a ello? Sin ánimo de hacer bromas.

—¿Qué plan se te ha ocurrido?

—Yo qué sé. Tú eres el vampiro. —Me mira como si quisiera decir: «¿No te guardas un as en la manga?».

—Me encanta que el rollo del vampiro solo te importe cuando te viene bien —refunfuño.

Me mira de la forma más inocente posible.

—¿Acaso te supone un problema?

Y joder. Aunque sé lo que está haciendo, caigo de pleno. No es que piense que siempre tenga que salirse con la suya, pero aun así... Cuando me mira de esa forma es imposible decirle que no.

—¿Cómo llevas las alturas? —pregunto mientras el atisbo de un plan empieza a venirme a la mente. No es bueno, pero es un plan, y eso contará, ¿verdad?

—Bueno, estoy aquí arriba, ¿no? —responde.

—Ya, pero ¿crees que puedes bajar tú sola?

Otra bola de fuego ilumina el cielo nocturno a nuestras espaldas y también la cara de Grace cuando me lanza una mirada que quiere decir: «¿Qué cojones...?».

—¿Hay escalones? ¿O pretendes que la baje escalando?

—Estaba pensando en escalar, pero las escaleras también estarían bien —afirmo mirando a mi alrededor en busca de una puerta.

—Hala. Hace diez segundos querías que me escondiera aquí arriba. Y ¿ahora vas y crees que puedo marcarme un King Kong en el Empire State Building? Me conmueve la fe que tienes en mí.

—No me cabe duda de que puedes hacer cualquier cosa que te propongas —aseguro—. Es solo que prefiero que no mueras mientras lo haces.

—Y yo también —espeta al tiempo que mira por el borde de la torre para analizar la gran distancia que tendría que bajar escalando

—. Mejor las escaleras, sí.

—Tienes razón.

Más gritos reverberan en el aire, y bajo la mirada para ver al dragón acechando otra de las carpas. Esta es la de color rojo chillón en la que se estaban llevando a cabo las actividades infantiles del festival.

El terror me corroe. Porque me niego. No pienso dejar que pase eso.

—La trampilla está ahí. —Señalo un pequeño rectángulo del suelo—. Baja por las escaleras y nos vemos en la plaza.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta con sospecha.

—Intentar no morir —contesto—. ¡Venga, vete!

No espero para ver si me hace caso. No mientras ese puto dragón esté acechando la carpa llena de niños. En vez de eso, me subo a la barandilla y suelto el silbido más agudo que puedo.

Funciona, porque el dragón se detiene casi al instante y gira la cabeza buscando la fuente del sonido. Vuelvo a hacerlo e incluso añado un saludito con el brazo, para asegurarme de que me ve.

—¡Hudson, no! —vocifera Grace.

—¡Vete! —le pido mientras el dragón me localiza y se gira de repente para venir a por mí a toda velocidad.

El dragón ya está casi aquí, y..., joder. Es que..., joder. En serio, esto es lo que pasa cuando dejas que alguien te importe. Acabas ofreciéndote como cebo indefenso para un putísimo dragón.

Nunca habría pensado que echaría de menos mis poderes, pero ahora sería un momento estupendo para hacer que este bicho se desvaneciera como si nada. O, no sé, para meterme dentro de su mente.

Pero como ninguna de esas cosas es una opción, hago lo que puedo para evitar las llamas y acabo con una bonita quemadura en el brazo de regalo. Cosa que hace que se me tuerzan un huevo los planes, pero por suerte existe algo llamado «improvisar». Así que cuando el dragón vira en el último momento para evitar chocar contra la torre, ignoro el dolor del brazo y le salto a la espalda.

Si en los rodeos los humanos pueden aguantar ocho segundos sobre un toro usando una sola mano, sin duda yo podré hacer lo mismo con este dragón.

Resulta que los dragones son bastante más fuertes que un toro, y no les gusta ni un pelo que se suban encima de ellos. O por lo menos a

este no le gusta.

Suelta un rugido que seguro que habrá oído todo el pueblo y después pierde la cabeza. Y cuando digo que pierde la cabeza es que empieza a dar vueltas de tirabuzón, a revolverse, a corcovear, a rugir y a escupir fuego. Y como estamos a más de treinta metros del suelo, es un poco putada para mí.

Pero no voy a caer sin pelear, no cuando este bicho parece desesperado por echarle las zarpas a Grace. Si soy lo único que se interpone entre este dragón y ella, voy a asegurarme de que caiga conmigo.

Así que hago caso omiso al dolor de mi brazo herido y me aferro con fuerza. Me agarro a un par de las escamas que tengo a mano y clavo los dedos entre las placas duras para llegar al músculo tierno que hay debajo.

El dragón ruge y vuela hacia arriba, da vueltas y se retuerce en un intento de conseguir que me suelte. Pero estoy bien agarrado, así que aguanto. Porque cuanto más tiempo se pase ocupándose de mí, más tiempo tendrá la gente que está en el suelo para resguardarse.

Por favor, que Grace sea una de esas personas que se ponen a salvo.

Porque desde luego esto no lo estoy haciendo por mi bien.

Por desgracia, el dragón no tarda mucho en darse cuenta de que no se me va a quitar de encima en un futuro inmediato, así que decide cambiar de táctica. Deja atrás su vuelo vertical y vuelve a lanzarse en picado hacia el pueblo.

—¡Que ni se te ocurra, cabrón de mierda! —vocifero cuando veo que vuelve a establecer la carpa roja como objetivo.

Pero no puedo hacer mucho en esta posición más que usar hasta la última pizca de fuerza que tengo para clavarle los dedos en los costados. Si puedo herirlo, quizá decida que ahora no vale la pena atacar.

Esta vez consigo atravesar las escamas. La sangre brota y me empapa las manos, con lo cual me resbalan y me cuesta mucho más aferrarme. Sobre todo cuando el dragón empieza a bramar lleno de furia y revuelve el enorme cuerpo por el dolor.

Seguramente me sentiría muy mal por esto si no se hubiera pasado cada segundo que Grace y yo lo hemos tenido cerca intentando quemarnos vivos. Si a eso le añades que ahora mismo me palpita el

brazo de dolor hasta los huesos mientras me agarro a él e intento evitar que destroce una carpa llena de niños, resulta que mi medidor de empatía está bajo mínimos.

Sin embargo, en el último segundo el dragón cambia de dirección y se aparta de la carpa roja. No sé qué le ha hecho cambiar de opinión y la verdad es que me da igual siempre y cuando los niños estén a salvo. Pero cuando se precipita directo hacia el flanco de uno de los grandes edificios de ladrillo que rodean la plaza, tengo la ligera sensación de que sé lo que está a punto de hacer.

«Hay que joderse.» No puedo pensar en otra cosa antes de que el dolor me recorra cada centímetro del cuerpo como un estallido.

85

ME TIENES FRITA
(GRACE)

Bajo las escaleras de la torre del reloj justo a tiempo para ver cómo el dragón rueda hacia la izquierda y se estampa con el lomo en el lateral de la enorme biblioteca que hay al otro lado del escenario... y cómo, por ende, Hudson también acaba estampado contra la pared.

Grito y echo a correr mientras el terror se apodera de todo mi cuerpo. El dragón es enorme (por lo menos tan grande como cinco todoterrenos puestos uno al lado del otro), y el edificio está hecho de ladrillo y piedra. Con la velocidad a la que iba el dragón al estampar a Hudson contra el edificio, es imposible, imposible, que haya sobrevivido.

Señor mío, por favor, que haya sobrevivido.

El dragón se queda ahí quieto un instante, casi como si estuviese un poco aturdido por el leñazo que se ha pegado, y eso no es buena señal. Deseo que se mueva. Que me deje ver a Hudson respirar. Joder, me conformo con verlo.

Al final el dragón se aparta y, por algún motivo, no sé cuál, Hudson sigue sobre el lomo del dragón. Parece que le hayan dado una paliza y tiene un aspecto deplorable, pero continúa con vida. Y todavía aguanta el tipo, cosa que al parecer cabrea un montón al dragón.

Ahora está escupiendo fuego.

Aullando con furia.

Corcoveando como una bestia salvaje mientras intenta quitarse de encima a Hudson.

Peor aún, está alzando el vuelo. Cada vez va más rápido. Y empieza a dar vueltas como si quisiera probar suerte otra vez con lo de estampar a Hudson contra el edificio.

No creo que Hudson sobreviva. La verdad sea dicha, no tengo ni la más remota idea de cómo ha sobrevivido la primera vez, y sé que he de pensar una forma de evitar que sufra lo mismo de nuevo.

Cómo no, en mi haber hay un repertorio muy limitado de trucos, así que no es que tenga muchas opciones entre las que elegir. Al final hago lo único que se me ocurre: echo a correr hacia la biblioteca gritando lo más alto que puedo. Si el dragón viene a por mí, y todo parece indicar que ese es el caso (sin contar su ahínco actual por matar a Hudson), entonces es lógico que yo sea la mejor distracción.

Solo he de conseguir que se fije en mí. Es más difícil de lo que parece, teniendo en cuenta que todos los presentes en la plaza están huyendo de la biblioteca y estoy desorientada entre la multitud. A eso hay que sumarle que voy a contracorriente de la marabunta, así que es como si con cada paso que doy hacia delante me viese obligada a dar dos pasos hacia atrás. Yo no diría que estoy avanzando rápido, y eso es un problema, dado que el dragón por fin ha conseguido salir del bucle y va directo a la biblioteca por segunda vez.

—¡Eh, para! ¡Estoy aquí! —grito mientras salto en un vano esfuerzo por llamar su atención. Al ver que no funciona, empiezo a buscar cualquier cosa que me pueda ayudar a destacar. Pero es imposible ver en esta estampida de personas, imposible hacer nada salvo luchar por avanzar pasito a pasito.

No puedo llegar demasiado tarde.

No puedo llegar demasiado tarde.

No puedo llegar demasiado tarde.

Esas palabras se me pasan por la cabeza como si fueran un mantra, y me corren por las venas como un grito de guerra. Pero, aunque deseo que se hagan realidad, me aterroriza que no vaya a funcionar. Me aterroriza que vaya a llegar demasiado tarde.

Y entonces lo oigo. Se oye una trompeta que se abre paso entre los gritos, que danza sobre la multitud, y que llena el tenso ambiente nocturno. Es Orebon. Lo sé.

Doy media vuelta buscando el origen del sonido, y allí está, subido al cenador, en mitad de la plaza, tocando la trompeta lo más alto posible. Está intentando distraer al dragón, llamar su atención en pleno caos. Y está funcionando. La bestia desvía su trayectoria hacia la biblioteca y empieza a sobrevolar el cenador en círculos, escupiendo fuego por la boca.

Pero Orebon ya se esperaba esa reacción, y ha salido corriendo; la trompeta le cuelga de una correa que lleva alrededor del cuello. Con las llamas en los talones, Orebon se desliza por el tejado del cenador y por el borde de la estructura. Entonces se coge de la orilla y se balancea para aterrizar en el interior.

Un par de segundos después, justo cuando yo llego hasta el cenador, la trompeta suena de nuevo, y las notas fuertes y estridentes emergen en la noche.

Supongo que los dragones y las trompetas no casan bien, porque el cabreo de la bestia aumenta. Es evidente que no se ha olvidado de que tiene a Hudson subido a su lomo, porque no deja de retorcerse y de corcovear para quitárselo de encima. Pero, al mismo tiempo, está tan concentrado en la trompeta que ya no está intentando estampar a Hudson contra el edificio, y me lo tomo como una victoria. Al menos de momento.

Estoy decidida a evitar que el resto sufra lo que evidentemente es su venganza contra Hudson y contra mí; espero a que la bestia arremeta contra el cenador, contra Orebon, y hago lo único que puedo hacer en esta situación.

Me interpongo entre ellos y espero a que sea lo que tenga que ser.

86

PIEDRA, PAPEL O A TU CASA (HUDSON)

—¡Grace, no! —grito cuando se pone justo delante del puto dragón. Como cebo... o sacrificio.

Tanto que había insistido en que no iba a volver a hacerlo, y aquí está, plantándose delante de un dragón iracundo a la primera de cambio. ¿Qué pasa? ¿Es que cree que su vida vale mucho menos que la del resto del mundo?

—¡Apártate! ¡Vete! —vocifero, pero ni se inmuta. Se queda ahí plantada mientras el dragón se lanza a por ella. Es más, lo mira fijamente a los ojos como si lo estuviera retando a atacarla. Si lo estuviera retando a acabar con ella.

Es un desafío que el dragón parece la mar de dispuesto a aceptar, pues tiene la cabeza inclinada hacia abajo, las alas pegadas al cuerpo y está completamente concentrado en ella. Pero no puedo dejar que eso ocurra. Me niego a quedarme de brazos cruzados y ver cómo ese cabrón acaba con la chica a la que quie...

Detengo ese pensamiento antes de que pueda formarse del todo. E ignoro el nuevo escalofrío de terror que me recorre la columna. La chica que me gusta. Me niego a ver cómo le hace daño a la chica que me gusta.

Pero, sin importar lo buenas que sean mis intenciones, no hay mucho que pueda hacer sentado al lomo de esta puta bestia. Aun así tengo que intentarlo. Porque ni siquiera pienso considerar que las cosas puedan acabar de otra forma.

Mi cerebro analiza a toda prisa las posibles tácticas y, de repente, recuerdo las clases de montar que di y hago lo que me enseñó el profesor el primer día. Clavo los talones en los costados del dragón y, al mismo tiempo, tiro de las escamas que tengo agarradas con tanta

fuerza como puedo.

Odiaba hacerles eso a los caballos, me prohibieron la entrada en las caballerizas durante semanas porque tanto mi padre como el profesor pensaban que era demasiado blando con los animales. Pero ahora no soy blando. En vez de eso, uso hasta el último ápice de fuerza que tengo para detener al bicho este.

Funciona durante unos segundos, el dragón brama furioso mientras corcovea, tal como lo haría un caballo. Se revuelve decidido a librarse de mi agarre. Pero la que está delante de nosotros es Grace, y ni de coña pienso rendirme sin luchar con todo mi empeño. No pienso caerme de encima de este animal, me da igual lo grande que sea y lo enfadado que esté.

Si la quiere, primero tendrá que acabar conmigo.

Parece que él llega a la misma conclusión y no le disgusta la idea. Porque de repente no es que corcovee, es que se da la vuelta. Y no sé qué clase de dragón es este, pero desde luego no es la clase de dragón con el que me he criado. Porque este vuela boca abajo, y también hace otra cosa que ya había hecho antes. Eso que no sabía si me lo había imaginado.

Se teletransporta por el puto aire.

Por el tiempo, por el espacio, o puede que por ambas cosas.

No lo sé, y tampoco es que me importe una mierda. Lo único que sé es que en un momento dado está a sesenta metros de Grace y al siguiente está casi encima de ella. Y yo no voy con él.

De hecho, me quedo pendido en pleno aire durante un segundo, exactamente donde él ha desaparecido. Después caigo en picado hacia el suelo a una velocidad alarmante. La caída no me matará (lo sé de sobra), pero va a doler un huevo después de que el puto dragón me haya estampado contra el edificio hace unos minutos.

Lo que es peor, mucho peor, es que en estos momentos está aterrizando justo delante de Grace con un rugido que se oye a kilómetros a la redonda. Y no hay nada que pueda hacer para detenerlo desde aquí, joder.

Caigo al suelo, ruedo y doy una voltereta, por lo que consigo ponerme en pie enseguida. Me desvanezco hasta Grace, decidido a interponerme entre ella y el dragón antes de que sea demasiado tarde.

Solo que no soy lo bastante rápido. Soy consciente, por mucho que ignore el dolor que me recorre el cuerpo entero y saque fuerzas de

donde no las hay. No voy a llegar a ella a tiempo.

Pero tengo que intentarlo.

Doy un último esprint con el dragón como objetivo, pero sigo a siete metros de distancia cuando el dragón lanza la primera llamarada directa.

—¡No! —grito, las palabras me salen del alma.

Grace no se mueve y el dragón tampoco mientras la apunta con una cascada de llamaradas constante.

Pero yo ya he llegado, lo golpeo en el costado con toda la fuerza que tengo. Y funciona. El golpe en el cuello ya de por sí herido lo lanza de lado, y los chillidos de dolor e irritación reverberan por el aire nocturno que nos rodea.

Se gira hacia mí y me echo a temblar, aterrado de una forma que no me había sentido jamás. No por el puto dragón, sino por volverme y ver lo que queda de Grace. De mi Grace.

Pero eso de «ojos que no ven, corazón que no siente» es una chorrada, por lo menos para mí, así que tengo que asegurarme.

Me doy la vuelta esperando lo peor y a la vez sigo sin estar preparado para ello. Y ahí está... Grace, pero no.

Al principio creo que está tan quemada que se ha convertido en cenizas justo delante de mí. Se me cierra la boca del estómago, me tiemblan las rodillas y una furia que jamás había sentido me invade. Furia, odio, amargura... Tanta amargura que no sé qué hacer con ella. Y sobre todo que no sé cómo contener.

Brota de mí como una supernova, una oleada de energía tan intensa que sin duda destrozará todo a su paso. Pero después se desvanece en un abrir y cerrar de ojos para dar paso a un agujero negro. Un pozo de desesperación tan violento y vacío que podría tragarse el mundo y todo lo que se le ponga por delante. Estoy segurísimo de que podría acabar con un puto dragón.

Con eso en mente me vuelvo hacia él decidido a aniquilarlo sin importar lo que cueste. Pero apenas he dado un paso para alejarme de Grace cuando algo me acaricia la mano.

Me vuelvo hacia ella sorprendido, y me doy cuenta de que me está acariciando los dedos con los suyos. Solo que no son sus dedos como tal. Son réplicas hechas de piedra.

No son cenizas, advierto mientras la escudriño. Mientras nuestros dedos se encuentran y se entrelazan. Es piedra.

Grace es de piedra. Y tampoco es que sea de piedra a lo estatua. Esta Grace, quien de alguna forma incomprensible está hecha de piedra, también está incomprensiblemente viva.

87

DEJA QUE ME PONGA UN POCO MÁS ROCOSA (GRACE)

El dragón emprende el vuelo con un movimiento furioso de las alas, y sus aullidos resuenan por toda la plaza. No sé adónde va ni si piensa volver. Lo único que sé es que tengo un instante para respirar tranquila. Todos respiramos tranquilos, menos mal.

—¡Grace! —me grita Hudson, y me coge de las manos—. ¿Estás bien? ¿Estás...? —Se calla mientras me mira de arriba abajo, con los ojos azules abiertos como platos.

Y vale, lo pillo. De verdad. Porque me pasa algo malo de verdad. Bueno, igual *malo* no es la palabra, pero diferente sí. Noto que se me han agudizado los sentidos, y me siento más fuerte. Jolín, me siento estupendamente.

—Estoy bien —le contesto porque, por obra de algún milagro, es así.

No sé cómo. Estaba segura de que el dragón iba a matarme, me había preparado para morir si así le daba al dragón lo que quería. Si así conseguía que dejara a Hudson y al resto de los habitantes del pueblo en paz.

Pero no me he muerto; y el dragón tampoco. Soy de piedra..., pero no. Puedo moverme. Puedo respirar. Puedo hasta hablar.

Lo cual no me da nada de miedo, qué va. Porque sí, está genial lo de no haber acabado reducida a cenizas (seguro que así fue como sobreviví al primer ataque del dragón cuando dejamos la guarida), pero ¿qué narices me está pasando?

¿Esto es cosa del fuego del dragón? Y, de ser así, ¿cómo lo soluciono? Tengo que solucionarlo. Ya de ya.

—Tienes alas —me dice Hudson mientras me observa con la boca abierta.

—¿Cómo? —Muevo la cabeza de un lado a otro, intentando ver de qué está hablando, y vaya si tiene razón. Tengo alas. Dos alas. Dos alas la hostia de grandes que me salen de los omóplatos. ¿Cómo puede ser?

¿Qué cojones me ha pasado?

—Y cuernos. —Con cuidado me acerca la mano que tiene libre a la cabeza para tocarla.

—¿Perdona?

Me invade una ola de terror y me llevo la mano a la coronilla. Y cuando mis dedos se topan con los de Hudson, me doy cuenta de que lo que estoy tocando es un cuerno.

Un puñetero cuerno. Peor aún, hay dos cuernos. Vale, sí, igual dos es mejor que uno, porque no soy un puto unicornio. Pero aun así...

Cuernos.

Piedra.

Alas.

Soy ignífuga.

Ah, y otra cosa, ¿he mencionado que tengo CUERNOS ?

—¿Qué coño me está pasando? —le susurro a Hudson mientras el terror se apodera de mi cuerpo.

—Esto..., odio interrumpir lo que desde luego me parece un ataquito de lo más justificado. —Se oye la voz de Lumi a mis espaldas —. Pero creo que sería negligente por mi parte no señalar que el dragón está volviendo... con su hermano mayor, que es más grande y peor que él.

Sus palabras acaban con el pánico que siento por lo que sea que me está pasando. Bueno, y si no acaban con él, al menos me sirven para volver a concentrarme. Porque tiene razón. El dragón viene hacia aquí y parece cabreado. Igual que el amiguito que se ha traído a la fiesta.

—¿Ahora qué hacemos? —pregunto. Una parte de mí quiere echar a correr, pero ¿acaso puedo correr? Soy de piedra. Estoy hecha de piedra, joder. Las piedras no corren. ¿O sí?—. ¿Cómo arreglamos esto?

Me da vergüenza admitir que no tengo claro si me refiero al tema de los dragones o al mío.

—Oye, tranquila —dice Caoimhe al tiempo que sale de su escondite—. Lo único que pasa es que no eres solo humana. Eres una

gárgola. Es incluso mejor.

—¿Que soy qué? —pregunto, y se me ha agudizado tanto la voz a estas alturas que estoy segura de que serviría como silbato para perros. O serviría si en el Reino de las Sombras hubiese perros.

—Una gárgola —repite Hudson, como si tuviese todo el sentido del mundo—. Claro, eres una gárgola.

—¿Claro? —Estiro el brazo y me quedo mirando los dedos que tan conocidos me resultan, y al mismo tiempo no porque son de piedra—. Esto de «claro» no tiene nada.

—Centraos. —Orebon habla con insistencia desde su escondite dentro del cenador—. Tenemos a los dragones, en plural, a las tres en punto.

—¿Qué hacemos? —le pregunto a Hudson, porque he perdido la capacidad de pensar en un plan en cuanto me han salido los cuernos —. ¿Qué hacemos?

—Mi primera propuesta es echar a correr —contesta cogiéndome la mano.

—¡No sé si puedo hacer eso! —le digo, pero él ya ha emprendido la huida, y acabo corriendo a su lado. Bueno, mejor dicho, yo voy al trote y él tira de mí, pero funciona. Y con una rápida miradita a mis espaldas veo que nuestros nuevos amigos están corriendo junto a nosotros.

—¿Adónde vamos? —le pregunto; estoy sin aliento porque correr con este cuerpo es mucho más difícil que hacerlo con mi cuerpo normal. O puede que esté sufriendo un ataque de pánico. Ahora mismo me resulta un pelín complicado diferenciarlo.

—A algún lugar en el que sea más fácil oponer resistencia —me responde Hudson mientras giramos en una calle y nos paramos en seco detrás de un edificio alto. Pasea la mirada por las varias calles que hay a nuestro alrededor, calculando cuál es la mejor ruta que podríamos coger—. Y algún sitio en el que no haya mucha gente que pueda acabar herida.

Tiene razón. Aunque gran parte de la gente ha echado a correr ante el primer indicio de la presencia de un dragón, muchos no han llegado muy lejos. Y hay personas que todavía están en la plaza. Escondidos, pero ahí están; y acabarán siendo comida para dragones si no los sacamos de ahí.

—Y ¿dónde está ese lugar exactamente? —Orebon parece tener

sus dudas. Pero podría ser porque un chorro de fuego ilumina ahora mismo el cielo que tenemos sobre las cabezas.

—Te lo digo en cuanto lo encuentre —responde Hudson, pero vuelve a echar a correr por una calle secundaria que lleva a un callejón que hay cerca del muro exterior, y todos lo seguimos.

—¡Estupendo! —grita Caoimhe—. Siempre he soñado con ser cebo para dragones.

—Bueno, entonces estarás viviendo el mejor día de tu vida, ¿no? —le contesta Hudson—. No hay de qué.

Está bien saber que sus niveles de estrés no están tan altos como para dejar el sarcasmo a un lado. Bueno, es que es Hudson. ¿Cuándo no le apetece decir tonterías así?

Pero es que tenemos a los dragones en los talones, y el miedo que siento es cada vez mayor. No necesariamente por mí, porque al parecer ahora soy ignífuga. Pero ¿y Hudson y los trovadores? No es su caso, tal como demuestra Caoimhe al soltar un grito de dolor.

—¡Joder! —grita Orebon, y va junto a ella; le arranca la chaqueta de estilo militar que lleva la cantante, que resulta que está en llamas, y después la tira al suelo y la pisotea.

Uno de los dragones se lanza en picado a por nosotros, y le digo a Hudson:

—Nos estamos quedando sin tiempo.

—Ya —responde con seriedad antes de salir corriendo una vez más, y nos saca del callejón para llevarnos por una calle ancha hasta la otra punta del pueblo—. Lo sé.

Justo delante de nosotros se alza el ayuntamiento. Es un edificio enorme de mármol blanco, con una cúpula y todo, y hay al menos unos cien escalones hasta la puerta principal.

—¡Ahí! —exclama Hudson señalándolo.

Es un buen plan. Si conseguimos subir los escalones estaremos más altos y tendremos un edificio resistente al fuego a la espalda, un edificio que a los dragones les costará mucho más derrumbar. Además, no tendremos por qué preocuparnos de cualquier ataque sorpresa por la retaguardia.

A eso hay que añadirle el hecho de que no hay casi nadie por la zona a quien puedan perseguir los dragones, y tenemos nuestra mejor alternativa.

No es perfecta, ni de lejos, pero es mejor que estar en plena plaza

del pueblo, donde los dragones podían atacarnos desde cualquier flanco. Subimos corriendo las escaleras (¿puedo decir que a unas escaleras de cien peldaños les sobran noventa y nueve escalones cuando de pronto una está hecha de piedra?), con los dragones sobrevolándonos las cabezas y escupiendo fuego.

Por suerte, fallan más que aciertan, pero, cuando llegamos a lo alto de las escaleras, todo el grupo menos yo está un poco (o un mucho) chamuscado. Pues resulta que la cosa esta de ser una gárgola me viene bien para algo, al menos.

—Y ¿ahora qué? —pregunta Lumi, y es normal. Porque yo tampoco sé qué hacer, y veo que Hudson también está un poco descolocado. Aunque, bueno, debe de ser un poco desconcertante para él no tener sus poderes en una lucha como esta.

Hudson no contesta. Está demasiado liado observando al dragón que va directo hacia él. Directo hacia todos.

Es el dragón más pequeño, al que le ha hecho daño antes, pero eso no hace que su fuego sea menos dañino ni peligroso. Me muevo para colocarme delante de él, aterrorizada porque con una buena llamarada Hudson pueda acabar carbonizado. Pero él gira en el último segundo y me bloquea mientras el dragón se lanza en picado a por él.

Entonces da un salto en el aire de unos cuatro metros y medio. Porque, vaya, hombre, los vampiros pueden hacer eso.

—¿Va a montarse otra vez en el dragón? —pregunta Caoimhe, y en parte parece impresionada y en parte exasperada; la entiendo a la perfección: la última vez no es que le fuera muy bien.

—No lo sé —le contesto, pero al parecer Hudson tiene otros planes en mente. Unos planes que incluyen darle una patada al dragón en mitad del pecho con todas sus fuerzas.

El dragón aúlla, pero a la primera patada de Hudson le sigue un puñetazo con el que el dragón empieza a girar hacia atrás en el aire.

El segundo dragón, una hembra mucho más grande, va a por Hudson soltando un gruñido de advertencia, y yo echo a correr directa al ayuntamiento y a las enormes paredes de mármol que conforman la fachada delantera.

La dragona es rápida, muy rápida, y cuento con ello. Pero o soy más rápida o va a pillarme antes de que pueda poner en marcha mi plan.

Intento confiar en la velocidad, pero de vampira no tengo nada y

la rapidez con la que me puedo mover tiene un límite dado que estoy hecha de roca maciza y pesada; pero entonces se me empiezan a mover las alas por voluntad propia.

—¿Qué coño...? —susurro. No obstante, a caballo regalado no le mires el dentado, así que uso las alas para impulsarme e ir más rápido. No soy tan valiente como para intentar levantar el vuelo con estas cosas todavía, pero pienso aprovechar la velocidad extra que me proporcionan.

El dragón de Hudson vuelve a aullar detrás de mí, pero no me tomo el tiempo de volverme y ver qué está pasando. No cuando estoy tan cerca.

Cinco escalones. Cuatro. Tres. Dos. En el ultimísimo segundo me tiro al suelo. Pliego las alas y empiezo a rodar como una loca.

La dragona, que estaba tan centrada en mí que no ha visto la trampa que le estaba tendiendo, suelta un chillido furioso. Intenta frenarse en el último momento para evitar estamparse contra la gigantesca pared de mármol, pero el alero del edificio es enorme y se lo come de lleno.

Dejo de rodar justo para ver cómo la dragona cae hacia atrás y se desploma en el suelo, con las patas en el aire. Está tan aturdida que casi puedo ver los pajaritos que le vuelan en círculos alrededor de la cabeza, y sé que es el momento de dar el golpe de gracia. Si supiera cómo se supone que tengo que hacerlo...

Sin embargo, antes de que pueda dar un paso hacia la dragona, Orebon grita mi nombre. Me vuelvo para ver qué quiere y veo que el dragón más pequeño ha cogido a Hudson y lo tiene entre sus garras. No, peor aún, está alzando el vuelo, cada vez más alto, y tengo un mal presentimiento porque sé qué va a pasar.

Miro a los trovadores en busca de ayuda, pero como la dragona que está en el suelo se mueve y vuelve en sí, el grupo de trovadores se separa al huir. Y los entiendo: no tienen poderes con los que luchar contra la bestia, pero aun así... Es una mierda que te abandonen a tu suerte.

Esta noche Hudson ya ha sobrevivido a una caída, aparte de la hostia que se ha llevado al estamparse contra la pared enorme. No sé si sobrevivirá a una segunda, menos a la altura a la que está llegando el dragón. Lo cual implica que alguien tiene que ir tras ellos. Y como soy la única que tiene alas...

Inspiro bien hondo, compruebo que las alas funcionan y me hacen caso, y no van por libre. Entonces susurro:

—En fin, allá vamos...

Echo a correr para pegar un salto desde las escaleras y rezo para que mi idea no acabe en un absoluto y completo desastre.

88

¡PASO, QUE VOY VOLANDO!
(GRACE)

—¡Grace, no! —grita Hudson—. ¡Estás hecha de piedra! No puedes volar...

Pues, joder, ya me podría haber avisado hace dos segundos... Empiezo a caer a toda velocidad. Cierro los ojos con fuerza porque no quiero ver el suelo, que está cada vez más cerca. Solo que, no sé cómo, pero ya no estoy cayendo. Y tampoco estoy hecha de piedra.

Sigo sin ser yo (un vistazo rápido a mis manos plateadas me lo demuestra, al igual que el hecho de que tengo alas), pero tampoco soy de piedra maciza. Cosa que en ningún caso significa que sepa volar bien. Porque soy una negada. Ya no corro peligro de estamparme contra el suelo, pero conseguir que mis alas hagan lo que yo quiero es otro cantar.

No tengo estabilidad y no puedo volar en línea recta por mucho que lo intente.

Cada par de batidas de ala me voy de lado, me caigo o voy recta... Adonde sea menos adonde quiero ir, es decir, en diagonal, directa hacia Hudson, a quien el dragón está llevando cada vez más alto. Y más alto. Y más alto.

Hudson me está gritando que me dé la vuelta y aterrice, que no estoy a salvo aquí arriba. A lo que le quiero contestar: «No jodas, Sherlock». Porque ¿de verdad hay alguien que piense que es seguro que yo esté aquí arriba ahora mismo? Pero es que resulta que hay otra cosa que no sería segura: que un dragón soltara a Hudson desde una altura de trescientos metros. Así que, si quiere gritarle a alguien, que se grite a sí mismo por habernos metido a ambos en este lío absurdo.

Claro que estoy a puntito de echarme a gritar yo también cuando pierdo el equilibrio por lo que parece la quincuagésima vez. ¿Cómo

vuela la gente? En serio. Flint hacía que pareciera muy fácil, pero de fácil no tiene nada. ¿Qué estoy haciendo mal?

Intento pensar en las películas de superhéroes que he visto. ¿Cómo volaban? Creo que Iron Man colocaba las manos a sus costados, pero he estado haciendo eso desde que he despegado y no me está funcionando. Aunque Superman vuela con los brazos extendidos delante de él, ¿no? No es que crea que yo pueda lucir esta pose, pero no se muere, así que igual voy a tener que probarlo.

Pero del dicho al hecho... Resulta que, en cuanto trastoco esa especie de equilibrio que por fin había conseguido establecer, acabo poniéndome boca arriba, lo que, para que conste, tampoco es una forma muy agradable de volar. ¿Quién me lo iba a decir?

Aun así, no me veo con ánimos de descartar esto de volar con los brazos estirados hacia delante. Así que pongo en funcionamiento todos los músculos que tengo, extiendo los brazos y, en resumen, los uso para guiarme hacia donde quiero ir mientras me imagino batiendo las alas gigantes con fuerza por el aire.

Al principio no parece que nada haya cambiado. Pero después empiezo a ganar altura. Y no solo un poquito. Estoy subiendo un montón y, por suerte, voy directa hacia Hudson. Además, esta nueva postura también consigue que vuele mucho más rápido, así que hurra por Superman.

De hecho, voy tan deprisa que estoy alcanzando a Hudson y al dragón; menos mal, porque parece que el dragón se está nivelando, como si por fin hubiera llegado a la altura idónea. Me aterra pensar que eso signifique que está a punto de soltar a Hudson.

La idea hace que me esfuerce todavía más, que vaya más y más y más rápido.

Intento no pensar en que ya en mis mejores momentos se me da de pena cazar cosas al vuelo, así que cazar a un vampiro por los aires (y además apañármelas para no morir yo también) puede que esté un poco por encima de mis habilidades actuales.

Aun así no he subido hasta aquí para nada. Tengo que intentar algo. Ojalá supiera qué.

De repente el dragón suelta un chillido ensordecedor y quejumbroso, creo que Hudson le ha hecho algo, pero después me doy cuenta de que es porque por fin me ha localizado. Y está claro que no le hace ninguna gracia que esté aquí arriba con él y que me esté

acercando.

En mi defensa diré que tampoco es que yo esté muy contenta de estar aquí. Pero cuando la vida te da bolas de fuego, pues aprendes a hacer malabares..., preferiblemente con las manoplas de horno puestas.

Da igual que me haya dejado las manoplas en casa. Lo único que importa es llegar hasta Hudson y asegurarme de que no muera. Por supuesto, es muy fácil decirlo, sobre todo ahora que el dragón me ha visto y ha decidido dejar de volar más alto. Es más, viene directo hacia mí a una velocidad que me parece demencial.

Cuando el dragón se da la vuelta, dispongo de un segundo para intercambiar una mirada con Hudson, quien sigue aferrado a sus garras larguísimas.

—¡Vete, Grace! ¡Vete antes de que...! —Se interrumpe antes de acabar la frase, pero es que tampoco hace falta.

«Vete antes de que mueras.»

«Vete antes de que te estampes.»

«Vete antes de que el dragón te mate.»

Ninguna de las opciones me parece demasiado agradable. Pero, bueno, tampoco me lo parece la alternativa, que sería algo así como «Huye y deja que el dragón me mate».

Gracias, pero no. No pienso dejar que eso pase.

Por desgracia no tengo ni idea de qué va a pasar en realidad, pero, sea lo que sea, ocurrirá pronto. Porque sigo ganando altura y el dragón sigue descendiendo. Vamos, que estoy jugando al pillapilla sobrenatural. Y no me puedo permitir perder.

Solo que el dragón dispone de armas que yo no tengo, entre ellas las ya mencionadas bolas de fuego. Cuando nuestras miradas se encuentran, suelta aire lleno de furia y una enorme oleada de llamaradas viene directa a por mí.

Antes de que consiga averiguar cómo evitarlas, mi gárgola toma las riendas.

Me convierto en piedra maciza... en medio de una persecución a toda velocidad y en pleno aire.

89

ESTA PAPILLA NO LE GUSTA A NADIE (GRACE)

Grito.

Hudson grita.

El dragón grita.

Pero no es que podamos hacer mucho más, porque las leyes de la física siguen siendo las mismas, aunque estés a unos trescientos metros del suelo. Y ya es tarde para cambiar de rumbo.

He tenido el tiempo justo de ver cómo Hudson abría muchísimo los ojos una milésima de segundo antes de agacharse, y de que el dragón y yo chocáramos el uno contra el otro en una espectacular colisión a toda velocidad. Y, como podrías aprender en cualquier clase de educación vial o en un problema de primero de Física, cuando dos objetos que van a gran velocidad colisionan lo hacen con mucha más fuerza de la que tienen por sí mismos.

Y cuando uno de esos dos objetos está hecho de piedra maciza y el otro, de carne y hueso, solo hay un resultado posible.

Los brazos, que llevo extendidos, atraviesan el pecho del dragón hasta el corazón.

Me da el tiempo justo de pensar: «¡Mierda!». Y de repente ya no estoy hecha de piedra maciza.

Pero sigo con los brazos hundidos en la puñetera cavidad torácica de un dragón, hasta las axilas. Una cavidad torácica muy blanda, muy fangosa y muy viscosa.

No puedo evitarlo y vuelvo a gritar; entonces, me doy cuenta de lo espantosa que ha sido la idea estando empapada de sangre de dragón..., sangre que me chorrea hasta la puta boca.

Porque así ha de ser, claro.

Tiene un sabor espantoso, y me empiezan a dar arcadas, lo cual

despierta los gritos de preocupación de Hudson una vez más. Y lo entiendo, de verdad que sí. No es ni el momento ni el lugar para echar hasta la primera papilla. Pero estoy convencida de que, a estas alturas, tanto Iron Man como Superman habrían potado. Entonces ¿por qué tengo que mantener yo la compostura?

Bueno, salvo por el hecho de que estoy justo encima de Hudson, así que si me pongo a echar hasta las tripas las va a tener que recoger, lo quiera o no.

Como vomitarle encima al chico al que acabo de besar es lo que menos me apetece ahora mismo, hago lo único que se me ocurre para salir de esta situación. Saco los brazos del dragón de un tirón lo más rápido que puedo.

Apenas me da tiempo a parpadear y ya me arrepiento de mi decisión.

La sangre empieza a salir a chorros de la cavidad torácica del dragón, como si hubiesen reventado dos bocas de incendios, y Hudson y yo acabamos al instante recubiertos de pies a cabeza de una viscosa ola naranja y espesa.

Mientras intento utilizar la parte diminuta de las palmas de mis manos que sigue intacta para limpiarme la sangre de los ojos, casi no tengo tiempo ni para gritar para mis adentros. Pero, entretanto, las garras del dragón se abren y un Hudson aún más empapado en sangre que yo cae en picado justo ante mis ojos.

«¡Joder!»

«¡Joder, joder, joder, joder, joder!»

No tengo ni puñetera idea de cómo girar en pleno vuelo, pero me esfuerzo al máximo, y agradezco todos los meses que pasamos Hudson y yo haciendo saltos de tijera. Y así es como estoy volando/cayendo hacia él, desesperada por atraparlo antes de que se espachurre contra el suelo.

Pero es que el dragón también está cayendo, dando vueltas sobre sí mismo justo encima de nosotros, y no tengo del todo claro que no vaya a aterrizar sobre nosotros. Con lo cual resulta mucho más importante que pille a Hudson cuanto antes. Tenemos que salir de aquí cagando leches. Y tenemos que hacerlo ya.

Hago caso omiso del tema de la sangre y el puto asco que me da, echo los brazos hacia delante como si fuera Superman e intento coger a Hudson con todas mis fuerzas y toda mi concentración. Pero se me

ha olvidado un detallito: la dragona. Por fin se ha espabilado del estado de aturdimiento en el que estaba sumida y viene a por nosotros. Viene a por mí.

Claro, cómo no. Dos dragones por el precio de uno. Qué suerte tengo, de verdad.

—¡Grace, cuidado! —me grita Hudson desde abajo, como si no estuviera viendo a la dragona gigante que se está cerniendo sobre mí con una mirada asesina en los ojos. Además, ¿cuánto «cuidado» más puedo tener si estoy concentrada en cogerlo? Se me da bien hacer varias cosas a la vez, pero esto ya es pasarse.

Consigo esquivar el primer acercamiento de la dragona con una voltereta en pleno vuelo que no sabía ni que podía hacer. Además, la voltereta trae otro efecto secundario más: me aproxima más a Hudson. Pero esta vez la dragona no se anda con chiquitas, y hace eso tan raro de «saltar por el espacio» que hacen ellos y salva la distancia que nos separa en un segundo.

Lo cual consume una gran parte del valioso tiempo que tengo para llegar a Hudson antes de que acabe convertido en puré de vampiro. Así que, con lo poco que me queda bajo la manga de mi repertorio de trucos, hago lo único que puedo hacer. Vuelo por debajo de la dragona y después aparezco a su lado. Entonces la cojo del ala, consigo convertirme de nuevo en piedra maciza y tiro con todas mis fuerzas.

La dragona suelta un chillido de rabia, y se retuerce en el aire para intentar cogerme. Una llamarada me pasa rozando mientras la dragona vuelve a bramar, pero paso de ella, me aferro otra vez a su ala y tiro de nuevo. No tengo que atravesarle el corazón (cosa que no quiero volver a hacer jamás en la vida). Solo necesito torcerle el ala para que no pueda volar. Seguro que lo consigo con este cuerpo, que noto que me pesa como si estuviera hecho de quinientos kilos de hormigón.

Tiro del ala una tercera vez; se la separo del cuerpo y esta queda colgando en un ángulo extraño y queda como del revés. Entonces se le descoloca toda la aerodinámica. Justo esa era mi intención, así que aguanto el movimiento raro que hace, parecido a una voltereta, y lo intento una vez más.

Pero esta vez la dragona está tan cabreada que escupe una larga y fuerte llamarada contra mi persona. Y como ahora mismo estoy

pegada a su ala, acaba chamuscándose a sí misma y se hace un agujerito en el ala.

Cosa que me extraña mucho. De todas las criaturas del mundo, ¿no deberían los dragones ser ignífugos?

Para mí no tiene sentido, pero tampoco hace falta que lo tenga. Lo único que necesito es que la dragona esté fuera de juego un ratito, y creo que con esto bastará.

Le suelto el ala y la dragona empieza a girar haciendo trompos; me deshago de mi cuerpo de piedra maciza por instinto y me lanzo en picado a por Hudson a la desesperada. Esta vez consigo cogerlo de la mano, pero tiene la piel tan resbaladiza por la sangre («no lo pienses, no lo pienses, no lo pienses») que se escurren los dedos.

—¡No te preocupes por mí! —me grita apuntando justo encima de mí a lo que me imagino que será una dragona con un cabreo monumental.

Me limito a poner los ojos en blanco. Porque sí, claro, no me voy a preocupar por que Hudson se esté precipitando en una caída mortal.

—¡Cógete! —le grito yo también. Y esta vez, cuando me lanzo a por él, consigo rodearle la muñeca con los dedos—. ¡Ahora tú! —le digo, y por suerte lo logra. Me rodea la muñeca con los dedos, y tira de mí para acercarme a él; que es justo lo que necesito ahora mismo.

Porque, cuando estoy bien cerca de él, lo envuelvo con los brazos como si fuera un koala (no es una estampa bonita ni empoderante, pero me vale), y uso las alas para volar lo más rápido y lejos de los dragones que puedo.

El dragón muerto cae en picado hacia el suelo, y por un momento me siento fatal por la criatura. Vale, sí, estaba empecinado en matarme, pero no es que pareciera consciente de lo que hacía, sino que actuaba por un instinto raro que le decía que debíamos morir. No cuestiono la sensación, pero hago todo lo que puedo por quitarme de encima los remordimientos y por centrarme en no dejar que la dragona acabe la faena.

Me preparo para el aterrizaje (sí, así de cerca estaba Hudson del suelo), pero la dragona, que era más grande, aun con el agujero en el ala, intenta arremeter contra nosotros una última vez. Pero en esta ocasión es Hudson quien estira los brazos y se aferra al ala de la bestia. Usando uno de los trucos de mi repertorio, tira del ala haciendo gala de un montón de su fuerza vampírica, y se oye un

crujido nauseabundo justo antes de que en el aire resuene el estremecedor sonido de un lienzo al rasgarse.

La dragona aúlla, pierde el control y se estampa contra el suelo. Yo echo las alas hacia atrás con dos potentes aleteos y, después, aterrizo con Hudson tan lejos como puedo de la dragona. La enorme criatura vuelve a intentar ponerse en pie, y luego escupe varias llamaradas imprecisas en todas direcciones.

En ese mismo instante los trovadores van corriendo hacia ella con las manos llenas de cuerdas, y comprendo que al final no nos habían abandonado. Pero, en cuanto tratan de echarle el lazo, la dragona suelta un aullido de advertencia y retrocede. Entonces da un paso más y desaparece.

Pasa un segundo en el que intercambiamos miradas de asombro antes de que la bestia reaparezca en el cielo, a casi cien metros de distancia. Va despacio, pues avanza sin esfuerzo gracias a las corrientes de aire, y aparto de mi mente la idea de ir tras ella. De acabar con esto de una vez por todas.

Porque no me nace lo de ir a atacar a una criatura herida que está huyendo de mí; ya no sería en defensa propia, así que la dejo marchar. Y vuelco la atención en el otro dragón, que acaba de estrellarse contra el suelo.

Es un buen golpe, y la criatura rueda hasta detenerse en el jardín de una casa enorme que hay enfrente del ayuntamiento. Después suelta un suspiro largo y tembloroso; unas gotitas plateadas llenan el aire que lo rodea. Poco a poco las gotas empiezan a rotar hasta que se funden en algo similar a una mezcla entre una gran estructura de doble hélice de ADN y un minitornado. Giran, giran y giran alrededor del dragón durante varios segundos, antes de alzarse hacia la noche, despacio.

La tristeza me invade mientras sigo su avance hacia la noche oscura, y me obligo a desviar la mirada. Me digo que no es necesario que vea el último suspiro de esta criatura.

Pero en mi interior no creo que sea verdad. He matado al dragón (vale, sí, ha intentado quitarnos la vida a mis amigos y a mí, y casi lo consigue), pero da igual. Lo he matado. Lo mínimo que se merece es que aguante al presenciar las consecuencias de mis actos.

Cuando me vuelvo para ver cómo la esencia del dragón desaparece en la noche, me percato por primera vez de la presencia de

un hombre en el balcón de la última planta del ayuntamiento. Lleva sombrero y está de espaldas a mí, así que no puedo verle la cara; ni ningún rasgo característico. Salvo que es evidente que él también está observando cómo la neblina plateada se eleva flotando, bien arriba.

Es una mierda. Una mierda, de verdad. Pero, bueno, todo esto es una mierda.

Es una mierda que este dragón estuviese decidido a matarnos desde el minuto uno en el que se enteró de nuestra existencia.

Es una mierda que esta noche Hudson y yo hayamos estado a punto de palmarla varias veces; y que ambos estemos recubiertos de sangre de dragón, pegajosa y asquerosa.

Es una mierda que el dragón tuviese que morir. Pero, cuando me vuelvo para mirar a Hudson, solo me queda reconocer que sería peor si hubiésemos muerto.

No quería participar en esta batalla, no ha sido cosa mía, pero tampoco voy a huir de una pelea. Ni ahora ni en el futuro, si es que la dragona decide regresar.

Porque si algo he aprendido desde que aparecí en este extraño, maravilloso y extraordinario mundo paranormal es que el destino tiene sus formas de encontrarte, estés preparada o no.

Mientras Hudson se acerca a mí y me rodea los hombros con el brazo aún lleno de líquido viscoso, no puedo evitar pensar que será mejor que me vaya preparando.

90

TE VOY A DAR UN *BRUNCHETAZO* (HUDSON)

—¿Estás bien? —le pregunto a Grace. Me siguen temblando las manos mientras la acerco a mí e intento asegurarme de que de verdad está aquí, de que está viva.

Me mira raro.

—Define *bien* .

—Ahí me has pillado. —Me río, porque ¿qué otra cosa puedo hacer?—. ¿Estás herida?

—No creo. —Se aparta para mirarme mejor—. ¿Y tú? Las garras eran muy afiladas.

—Estoy bien.

—¿Bien? —repite con la voz cada vez más aguda—. ¿Que estás bien? ¿En serio?

—A ver...

—Te han estampado contra un edificio —me interrumpe, mientras va haciendo una lista con los dedos—, un dragón te ha dejado caer desde el cielo, dos veces...

—Pero solo he chocado contra el suelo una —rebato intentando quitarle hierro al asunto antes de que se disguste todavía más.

Aun así parece que ha sido la decisión incorrecta, porque su voz se vuelve todavía más aguda.

—Y ¿qué importa eso? Estás cubierto de sangre, yo también y...

—Por lo menos no es de ninguno de nosotros —anuncio con la sonrisa más victoriosa que puedo esbozar, pues estoy cubierto de sangre naranja.

—No lo sabes —espeta—. Ya lo veremos cuando nos hayamos duchado y me pueda asegurar de que no hemos derramado sangre.

Se me ocurre recordarle que soy vampiro y que puedo oler la

sangre desde muy lejos, además de distinguir la sangre humana de, no sé, la sangre dragontina sin ni siquiera tener que darle muchas vueltas. Pero, a juzgar por la cara que pone, me parece que debería dejarlo estar por el momento.

—Jolín, chica gárgola —dice Caoimhe cuando ella y los otros músicos se acercan—. ¿Quién iba a saber que molabas tanto?

—Desde luego, yo no —contesta Grace estremeciéndose—. Aunque he de decir que se te da de perlas usar el lazo.

Caoimhe sonríe.

—Me las apaño bien con las cuerdas.

—¿Te criaste en un rancho o algo así? —pregunta Grace.

Lumi y Orebon se parten de risa con la pregunta y Caoimhe sonríe más.

—Sí, dejémoslo en eso —dice.

—¿Sabes qué? Da igual. No quiero saberlo. —Grace levanta la mano—. No creo que mi corazón pueda soportarlo.

—Vamos a llevarte a la posada, cariño —dice Lumi—. Así podrás...

—¿Bañarme con lejía? —añade muy amablemente Grace.

—Sí, eso.

—Buena idea. —Da un par de pasos y se detiene. Por primera vez parece tan perdida y disgustada como creo que debe de estar sintiéndose—. ¿Por dónde se iba a la posada?

—Es por aquí, Grace. —Esta vez le rodeo la cintura con un brazo (para guiarla, sí, pero también para sujetarla). Los bajones de adrenalina no son agradables, y estoy seguro de que le va a dar uno en cualquier momento. Quiero que esté en nuestra habitación antes de que llegue lo peor.

Nos despedimos de los trovadores y por fin ponemos rumbo a la posada.

Los nudos que tengo en el estómago no van a desaparecer hasta que Grace esté duchada y haya comprobado que no tenga heridas, pero la vuelta a casa nos lleva más tiempo del que debería. A cada paso que damos, más gente sale de varios edificios que bordean la calle. Y cada una de esas personas quiere hablar con nosotros y darnos la mano.

Ya en el mejor de los casos este no sería mi rollo, y este caso dista mucho de ser el mejor. No sé cómo, pero la sangre de dragón, que se

seca a toda velocidad, deja una sensación incluso más asquerosa que cuando está húmeda. Aun así trato de intervenir por el bien de Grace, a quien parece que le apetece incluso menos hablar con la gente que a mí.

Aunque es demasiado educada para decírselo. Yo no.

Con un poco de brusquedad vamos avanzando y al final llegamos hasta la posada. Solo para encontrarnos con el mismísimo alcalde plantado delante de la puerta esperándonos.

—Grace, Hudson. —Esboza una amplia sonrisa mientras nos tiende una mano a cada uno—. Me alegro mucho de volveros a ver.

—Será mejor que no nos toques ahora mismo —advierto levantando las manos llenas de sangre de dragón con una sonrisa que muestra mis colmillos. Cuanto más cansada parece Grace, más cerca estoy de perder la paciencia.

Él debe de pillarlo, porque pasa de mostrar una simpatía efusiva a recelo en lo que va de un segundo a otro.

—Solo quería daros las gracias por lo que habéis hecho por nuestro pueblo esta noche. Tenemos suerte de que estéis aquí. Sois unos verdaderos héroes.

—No es verdad —dice Grace al tiempo que niega con la cabeza —. Hemos hecho lo que habría hecho cualquiera.

Estoy bastante seguro de que no tiene ni la mínima razón, pero no pienso hacérselo saber ahora mismo. En vez de eso abro la pesada puerta de madera de la posada y empiezo a guiarla hacia dentro.

—Aun así. —Souil pone la mano en la puerta para sostenerla mientras pasamos—. Me gustaría invitaros mañana a mi casa a tomar el *brunch* . Como agradecimiento.

—No será necesario —anuncio.

—Pues claro que lo es, querido amigo —me interrumpe con una sonrisa y una palmada que hace que Grace se sobresalte—. Aquí en Adarie celebramos a nuestros héroes. Así que sobre la una más o menos, ¿vale? Me muero de ganas.

Se aparta para permitir que la puerta se cierre y se interponga entre nosotros, lo cual me parece perfecto. Pero Grace lanza la mano hacia delante en el último segundo y añade:

—Gracias por la invitación. —Cómo no. Porque, aunque esté cubierta de sangre de dragón y hecha polvo por el cansancio, va a seguir siendo amable, va a seguir haciendo todo lo posible para hacer

a otra persona feliz. Porque es así—. ¿Nos puedes dar tu dirección? —continúa.

Ante su petición, el alcalde se echa a reír y me sorprende lo mucho que le hace rejuvenecer ese gesto. Al igual que la amplia sonrisa que esboza mientras se despide de ella.

—Preguntadle al posadero la dirección de mi casa. Estará encantado de dárosla. Buenas noches y que durmáis bien.

Hace una reverencia con una pequeña floritura de la mano y después desaparece, se desliza con maña entre la penumbra ahora que por fin no hay sol.

Me doy la vuelta y me encuentro con el posadero, Nyaz, mirándonos desde su puesto en el mostrador de recepción.

—Es la casa elegante que hay frente al ayuntamiento —explica sin ninguna expresión en el rostro—. La reconoceréis por el dragón muerto que tiene en el jardín delantero.

Antes de que Grace o yo decidamos qué podemos responder a eso, recoge un libro de la mesa que tiene delante y vuelve a su lectura.

—El último en llegar a la habitación es el último en ducharse —anuncia Grace. Y después me da un pisotón en el pie con todas sus fuerzas antes de salir corriendo por las escaleras. En los dos segundos que me cuesta recuperarme ella está a punto de llegar al primer piso.

Me río y me dirijo a las escaleras. Si me desvanezco puedo estar en nuestra habitación antes de que ella llegue a nuestro piso, y me atrevo a admitir que valdría la pena ganarle aunque sea esta vez para poder ducharme primero. ¿Es caballeroso? No. Pero es que tengo sangre de dragón en sitios en los que nadie debería tenerla...

Sin embargo, antes de que pueda salir corriendo, el posadero (sin levantar la vista del libro), informa:

—Cualquier mujer que me salve de morir en una fiera explosión dragontina se merece ducharse primero de por vida.

—No iba a...

Me callo cuando carraspea. Después pasa la página y deja bien claro que sabía exactamente lo que estaba a punto de hacer.

Con un suspiro, me dirijo a las escaleras andando y las subo a un ritmo pausado. Al fin y al cabo, ¿cuánto tiempo puede tardar una chica en ducharse?

91

TENGO MI SED A RAJATABLA (HUDSON)

—¿De verdad, Grace? —pregunto aporreando la puerta por tercera vez en los últimos quince minutos. Humito, que está durmiendo en la mantita que hay junto a la ventana para olvidarse del trauma de la lucha contra los dragones, emite un sonido de contrariedad y se acurruca de nuevo con un fuerte ronquido. En un intento por no despertarla, bajo un poco la voz antes de volver a llamar a la puerta —. Llevas ahí dentro más de una hora. ¿Cuánto puede tardar una persona en quitarse un poco de sangre de dragón de encima?

La puerta se abre de golpe, y Grace aparece vistiendo nada más que una de las camisetas que Arnst le dio y con un afable rubor en las mejillas.

—La tenía por todo el pelo, ¿sabes? —me dice pronunciando cada palabra despacio y con meticulosidad—. ¿Te haces una idea de cuánto he tardado en quitar la sangre seca de dragón de todos y cada uno de mis rizos?

—Supongo que una hora y quince minutos —contesto con sequedad—, visto todo el rato que llevas ahí metida.

—Pues acertarías. Y aporrear la puerta cada cinco minutos no es que haya sido de ayuda.

—La verdad sea dicha —respondo enarcando una ceja al poner en entredicho la mentirijilla que acaba de soltar—, solo he llamado tres veces, y ha sido durante estos últimos quince minutos.

—Ya, bueno, pues a mí me han parecido más veces —insiste.

—Pues no sé qué decirte. —Antes de que pueda añadir nada más me meto en el baño y le cierro la puerta en las narices. No voy a tardar una hora en quitarme la sangre de dragón, pero da igual el tiempo que me lleve, tengo muchas ganas de ponerme a ello.

Veinte minutos después salgo del baño y me encuentro a Grace sentada con las piernas cruzadas en medio de la cama, comiéndose un sándwich de una bandeja de comida que tiene en el regazo.

—Bonita toalla —me comenta bufando—. Nyaz ha pensado que igual tendríamos hambre después de nuestra «ardua actividad». Nos ha subido algo de comida.

—¿Tendríamos? —pregunto, y apoyo el hombro en el marco de la puerta para observarla; y quizá fantasear un poco con qué llevará debajo de esa camiseta de pijama y si en algún momento tendré la oportunidad de comprobarlo o no.

—Vale, ha pensado que igual yo tenía hambre. —Pone los ojos en blanco—. Pero también ha traído algo de agua para ti.

Me tira una botella que cruza toda la habitación. La cojo y me la bebo de golpe; pues resulta que sí que tenía sed, madre mía. Y no solo tengo sed de agua, pero por el momento bastará.

Sin embargo, Grace me observa por encima de su sándwich, con los rizos húmedos cayéndole por los hombros y con esos enormes ojos marrones llenos de preguntas que no puedo saber y para las que seguramente todavía no tenga respuestas.

Además, no puedo pasarme toda la noche con una toalla, así que hago lo que tenía pensado al salir del baño. Cojo el último par de bóxers limpios que me quedan (unos lisos negros del paquete que me dio Arnst cuando vivíamos en la granja) y los pantalones deportivos negros antes de volver a meterme en el baño para cambiarme.

Cuando salgo del baño por segunda vez, Grace ya ha dejado la bandeja en la cómoda y está sentada a los pies de la cama, y parece más nerviosa que cuando observaba a un dragón cabreado.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Al contestarme parece que se está concentrando en un lugar que tengo justo detrás de mí.

—Tú también debes de tener hambre.

Pues sí. Tengo un hambre de la hostia, joder. Pero todavía no he llegado a los niveles de la cueva. No tengo que beber; estoy molesto, pero todavía no es un problema.

—Estoy bien.

—No te creo. —Se pone en pie y se acerca a mí—. Puedes..., ya sabes.

Ahora me toca a mí poner los ojos en blanco.

—Grace, no eres mi banco de sangre personal.

—Ya, pero ¿y si quiero serlo? —susurra.

Era lo último que me esperaba oír. Sobre todo teniendo en cuenta que no ha dicho nada del beso que nos hemos dado antes. Pero, bueno, yo tampoco he dicho ni mu.

Podríamos llenar toda una biblioteca con todo lo que ha pasado hoy y que todavía no hemos comentado. El beso. Que los dragones nos hayan encontrado. El dragón muerto en el jardín del alcalde. La dragona herida que podría volver a por nosotros. Y sí, lo de que Grace sea una puñetera gárgola.

Aunque he de reconocer que el beso es lo primero que tengo en mi lista ahora mismo.

Porque es probable que sea por eso por lo que parece tan incómoda. Porque estamos aquí atrapados, sin esperanza alguna de volver a casa, acabamos de dar un paso enorme en lo que espero que sea nuestra relación, y lo más seguro es que Grace no sepa en qué punto estamos.

Y, la verdad, yo tampoco.

Pero no tengo claro que sea el momento apropiado para cambiar eso.

No hace falta que le lea la mente para saber que le está costando encontrar su lugar en este nuevo mundo. Y eso sin tener que descubrir además si hay un «nosotros» en ese futuro.

Así que le he dado espacio. He intentado respetar el tiempo que necesita. He intentado no tomarme mal que, al parecer, corriera para formar un vínculo de compañeros con mi hermano a primera vista, pero que necesite tomarse todo el puto tiempo del mundo para solo plantearse la idea de que yo pueda gustarle.

Y esta noche estoy haciendo acopio de todas mis fuerzas para no pensar en ese hilo azul brillante que vi en su cabeza antes de dejar la guarida. Una parte de mí esperaba que no fuese lo que creía que podía ser. Otra parte de mí creía que no podía ser pues Grace era humana, al fin y al cabo.

Pero mi parte más inteligente no dejaba de insistir en que Grace no era tan humana como afirmaba, por ende...

Me trago los sentimientos que se me han hecho bola en la garganta mientras clavo la mirada en esos preciosos ojos del color del chocolate. No, ahora no es el momento para tener esa importante

conversación sobre lo que podemos ser, o no ser, el uno para el otro.

No, teniendo en cuenta que a nuestro alrededor hay un montón de preguntas e incertidumbres. Al menos, no si de verdad no quiero presionarla hasta que tenga claro qué quiere de mí.

—¿Y si lo que quiero es que te alimentes de mí? —me pregunta otra vez alzando la barbilla al tiempo que se muerde el suave labio inferior.

La analizo un instante en un intento por pensar cuál sería la respuesta correcta en esta situación. Pero no creo que haya una respuesta correcta cuando lo único que tienes en mente es beberte la sangre de otra persona, así que al final le contesto:

—¿Es lo que quieres?

Una pregunta clara, directa al grano.

Pero Grace, muy al estilo de Grace, consigue dar un rodeo con voz chillona.

—No quiero que pases hambre.

—Eso no es lo mismo que querer que me alimente de tu sangre. —Además, estoy demasiado agotado para hacer gimnasia mental con ella ahora mismo—. Grace, vámonos a dormir. Ya hablaremos del tema en otro momento.

No se mueve. Y no deja de mirarme con esos enormes ojos dulces.

—Creo que lo has malinterpretado.

—Y ¿cómo debería interpretarlo entonces? —Levanto una ceja.

—Así. —Da un paso más hacia delante, hasta que tiene casi todo el cuerpo pegado al mío. Entonces se pone de puntillas, me rodea el cuello con los brazos y ladea la cabeza, con lo que deja a la vista la yugular.

Porque parece que la reina de hablar sobre todo ahora ya no siente la necesidad de hablar. Y..., joder. Me cago en todo. ¿Cómo cojones voy a resistirme a ella? Sobre todo cuando huele tan bien, y está tan guapa, y sé, joder, es que lo sé, que sabe de puta maravilla.

Sería una locura que me lo pensara.

Pero aun así me lo pienso. Intento resistirme. Por el bien de ambos. Vale, nos hemos besado. Pero no ha sido más que un beso. No tengo ni idea de qué significa para ella. No tengo ni puñetera idea de qué significa para Grace dejar que me alimente de ella de forma tan íntima. Y ¿acaso no debería saberlo antes de avanzar más? ¿No

deberíamos saberlo los dos?

—Grace... —Aunque me esté matando por dentro, empiezo a dar un paso hacia atrás.

—Para —me dice, y afianza el agarre alrededor de mi cuello—. Sé que estás confundido. Yo también. Pero, por favor, ahora no te vayas. Por favor, toma lo que necesites de mí y ya. Quiero que lo hagas.

Y vuelve a ladear la cabeza.

—¿Por qué? —pregunto con la voz ronca, porque necesito una respuesta. Pero ya tengo la mirada clavada en la base de su cuello, donde sé que está el pulso, observando cómo este palpita sin cesar.

—Yo también lo necesito —susurra—. Te necesito.

Al final resulta que lo único que hace falta para arrasar con toda una vida de autocontrol y liberar a la bestia salvaje de mi interior son solo seis palabras. «Yo también lo necesito. Te necesito.» ¿Cómo voy a negarme cuando me dice eso? ¿Cómo voy a negarme si yo siento lo mismo?

La verdad es que no puedo. Así que ni lo intento. Ya no.

En cambio le rodeo la cintura con el brazo y la acerco más a mí, hasta que las suaves curvas de su cuerpo están pegadas a la dureza de mis ángulos. Entonces inclino la cabeza y aprieto la cara contra la suave curvatura perfumada de su cuello. Y aspiro su aroma. Dejo que haga lo mismo conmigo.

Mis colmillos salen disparados en cuanto me pego a su cuello, pero da igual. No tenemos por qué ir rápido. Puedo darle todo el tiempo que necesite para acostumbrarse a mí.

Grace suelta un ruido grave de necesidad que le sale de dentro, y el férreo dominio que tengo sobre mi autocontrol empieza a desmoronarse.

Pero aun así vacilo; aun así no sé a qué estoy esperando. Grace está dispuesta, más que dispuesta, y yo estoy desesperado por probar su sabor una vez más. Pero todavía no me parece bien. No me...

Me acaricia el cuello con la mano, y se le enreda mi pelo entre los dedos.

—Hudson, por favor —musita.

Pues al parecer eso es lo único que hace falta para romper las compuertas de mi control. Mi nombre en sus labios.

Mi nombre, el mío.

Como respuesta le rozo todo el esbelto cuello cuan largo es con la punta de los colmillos. En esa parte de su cuerpo tiene la piel tan fina, tan delicada, que siento los latidos de su corazón justo debajo de la superficie. Es hipnotizante. Irresistible.

Como lo es la forma en la que se arquea contra mi cuerpo y murmura:

—Hazlo.

En un segundo los últimos vestigios de mi control se evaporan y hago lo que llevo meses muriéndome por hacer. Me lanzo, y le hundo los colmillos.

Su sabor (su fuerte, delicioso, dulce y picante sabor) me recorre la lengua al instante en una explosión. Sacia mis sentidos, hace que me tiemblen las piernas y convierte mi control en un cóctel molotov listo para explotar.

Y todo eso antes de empezar a beber de ella.

92

YO INVITO A LA BEBIDA
(GRACE)

Me echo a temblar en el momento en el que los colmillos de Hudson se me hunden en la yugular. No de miedo ni por los nervios, sino por un ansia tan potente que no me deja pensar en nada más. No me deja sentir nada más.

No me esperaba esto. Quizá debería haberlo esperado después de cómo fue el beso que nos hemos dado en la torre. Pero ya ha bebido de mí antes, en la cueva, y aunque fue placentero no tenía nada que ver con esto.

Nunca en toda mi vida había sentido algo parecido.

La electricidad que chisporrotea por cada una de mis terminaciones nerviosas.

El calor que amenaza con quemarme viva desde el interior.

El placer, el increíble, maravilloso e infinito placer que me envuelve hasta la última de las células. Que me invade y me destruye al mismo tiempo hasta que lo único que quiero es que esto dure para siempre. Que nunca jamás acabe.

Hudson se mueve un poco y gruñe desde lo más profundo de su garganta. Me acerca todavía más a su cuerpo con el brazo con el que me rodea la cintura, hasta que nuestros cuerpos están completamente pegados y cualquier distancia que quedara entre nosotros (real o imaginaria) no es más que un recuerdo. Y aun así yo me pego todavía más a él porque quiero sentirlo más. Sentirlo de todas las formas en las que una persona puede sentir a otra.

Ya tenía los dedos enterrados en su pelo y ahora los hundo todavía más, disfruto del tacto de la suave seda enredándose entre las yemas de mis dedos mientras lo acerco a mí un poco más con cada respiración.

Esta vez el gruñido de Hudson es fuerte, su cuerpo, sus manos y su boca (ay, madre, su boca) cada vez más insistentes mientras me aprieta con fuerza y bebe de mí con más vehemencia.

Y no sé cómo, pero el placer se torna incluso más intenso, tan violento que me deja sin respiración. Estoy destrozada, totalmente devastada, y mi cuerpo no es más que un recipiente vacío que anhela que él lo llene.

Que le ruega más aunque una parte de mí no sea capaz ni de imaginarse que pueda haber más que esto.

Que implora por recibir todo lo que Hudson tenga para mí. Que implora que yo también se lo dé todo.

Suelto un gemido grave y Hudson se detiene un momento para comprobar si estoy bien.

—No pares —susurro con urgencia en su oído—. No pares, no pares, por favor, no pares.

Esta vez su gruñido reverbera por la estancia, retumba en las paredes cuando me muerde más hondo, me aplasta contra su cuerpo y hace que el éxtasis se me clave en el mismísimo corazón como una flecha. Grito cuando mi cuerpo llega hasta la cúspide, muevo las manos de su pelo a sus hombros en un intento de mantenerme en pie mientras las rodillas se me convierten en agua y me hierve la sangre.

No había sentido nada más placentero. Nunca voy a sentir nada más placentero.

Que Hudson beba de mí es una sobrecarga de sensaciones; el placer más intenso y el dolor más delicioso se encuentran y se fusionan en mi interior hasta que no queda nada más. Hasta que solo estamos Hudson y yo, y este momento perfecto en el tiempo que nunca quiero que acabe.

Pero al final acaba, como todo.

Hudson se separa y lo agarro con manos desesperadas. Sonríe contra mi piel antes de lamerme una y otra vez las marcas de los dientes que me ha dejado justo debajo de la oreja.

—¿Todo bien? —murmura contra mi oído cuando lo agarro de la nuca con una mano para que no se mueva.

—Más que bien —farfullo como respuesta. Después, haciendo uso de toda la fuerza que me queda en el cuerpo, me inclino hacia atrás lo justo para verle la cara—. ¿Y tú?

Sonríe.

—Nunca he estado mejor.

Eso me hace feliz.

—¿Ah, sí? —pregunto con una sonrisita.

—Y tanto.

Después me coge en brazos y me lleva a la cama. Me tumba con delicadeza y se ríe un poquito cuando lo agarro en un intento de que se quede cerca de mí.

—No me voy a ninguna parte, Grace —asegura tumbándose a mi lado y me da un besito en los labios.

No sé si es una promesa o una forma de relajarme, pero, sea como fuere, funciona. El sueño aparece para reclamarme y, mientras caigo en sus brazos, le hago la única promesa que le puedo hacer ahora mismo:

—Bien, porque yo tampoco.

Sonríe contra mi pelo y no puedo evitar desear que eso sea suficiente.

93

VAMOS A HACER LA CUCHARITA (GRACE)

Me despierto poco a poco, y hacía muchísimo tiempo que no estaba tan calentita y tan a gusto. Tardo un segundo en darme cuenta del porqué. Estoy abrazando a Hudson, y tengo la frente pegada a su espalda. Le estoy haciendo la cucharita yo a él. Y, a juzgar por la manera en la que se ha acurrucado contra mí, de tal forma que nuestros cuerpos se están tocando por completo, está disfrutando un montonazo de la experiencia.

Y por mí bien, porque me está encantando ser yo quien lo abrace a él.

Me pego más a él y me dispongo a abrir los ojos, pero la verdad es que no estoy lista para levantarme todavía. No estoy lista para dejar ir este confort, esta sensación de seguridad que tengo ahora mismo, y ni de coña estoy lista para pensar en todo lo que pensaré en cuanto me espabile del todo. En nada tendré que prestarles toda mi atención a esas cosas. ¿Por qué no disfrutar un poquitín más de esta felicidad?

Pero resulta que al moverme he despertado a Hudson, y cuando se vuelve para mirarme, para sonreírme, se me viene a la mente todo lo que pasó anoche, esté lista para enfrentarme a ello o no.

El beso en la torre del reloj.

El ataque de los dragones.

La sangre.

La mordedura.

Todo el tema de ser una gárgola.

Y así, sin más, esa sensación de calidez y comodidad desaparece.

Y en su lugar siento una gran incertidumbre y muchísimo miedo.

Ya no le tengo miedo a Hudson (esa sensación desapareció hace mucho tiempo, si es que llegué a tenerle miedo alguna vez), pero sí

tengo miedo de lo que siento. Y me da aún más miedo lo que no siento.

Sé que no voy a volver nunca al instituto Katmere, que nunca voy a volver a mi mundo. Que jamás voy a volver con Jaxon. Y lo que me asusta es que eso ya no me entristece.

Porque ya no soy la chica que se enamoró de Jaxon. Esa Grace ya no existe.

Y no es muy difícil darse cuenta de que ese es el verdadero motivo por el que nuestro vínculo de compañeros ha desaparecido.

Las lágrimas se me agolpan en los ojos, por él y por todo lo que hemos perdido, pero me deshago de ellas antes de que se me escapen. Porque el vínculo de compañeros no es lo único que ha desaparecido. También lo ha hecho la chica que era cuando llegué al instituto Katmere.

Esa Grace estaba perdida, era insegura y estaba decidida a protegerse sin tener la menor idea de cómo hacerlo.

Ahora soy una gárgola. Una puñetera gárgola.

Lucho contra dragones. Vale, no es que lo haga muy bien, pero me enfrento a ellos y gano. A veces.

Sé que si me hubiese quedado en el Katmere, si esta locura (sea lo que sea) no hubiese sucedido, Jaxon y yo habríamos tenido una buena vida juntos. Si las cosas no hubiesen cambiado y hubiésemos tenido tiempo para llegar a conocernos de verdad y a querernos, quizá nos habríamos unido y el vínculo de compañeros habría persistido.

Pero jamás lo sabré, porque no ha sido eso lo que ha pasado. Acabé aquí, así que no permanecimos juntos. No maduramos juntos. El vínculo de compañeros se rompió, y nuestra relación también.

Este último año y pico me ha llevado por un camino distinto. Me ha ayudado a crecer y a convertirme, si no en alguien diferente, al menos en alguien que ve las cosas de forma diferente. En alguien que ya no es como antes.

Y gran parte de ese crecimiento se debe a Hudson.

Hudson me anima, me motiva y nunca me deja salirme con la mía.

Y por eso mismo, con vínculo de compañeros o sin él, en algún momento de estos muchos meses, a la vez que he cambiado, he crecido y he aceptado que nunca jamás volveré a ver a Jaxon, también he dejado de estar enamorada de él. Y eso no es algo que pueda

cambiar. Y no tengo claro que sea algo que querría cambiar de poder hacerlo. Jaxon es una buena persona. Se merece a alguien que lo quiera tanto y con tanta pasión como él querrá a esa persona.

Como lo quería la antigua Grace.

Pero así es la vida, supongo. Cambiamos, crecemos y hay personas que nos acompañan en ese viaje, se convierten en una parte esencial de él, mientras que otras toman su propio rumbo.

—Oye —me dice Hudson con la voz ronca de recién levantado—, ¿estás bien?

Su sonrisa ha desaparecido y en su lugar hay una expresión vaga que llevaba sin ver en él desde los primeros meses de nuestro encierro juntos. Por aquel entonces se refugiaba tras un muro carente de expresión con frecuencia. En aquella época nunca entendí qué provocaba esa reacción en él. Pero aquí tumbada a su lado, observándolo y conociéndolo como lo conozco, no puedo evitar pensar que es un mecanismo de defensa. Se está protegiendo de cualquier clase de golpe.

El hecho de que todavía crea que ese golpe puede llegar por mi parte me rompe el corazón.

Y también tranquiliza la preocupación que borbotea en mi interior. La preocupación de que las cosas estén cambiando muchísimo entre nosotros. Porque, al parecer, no soy la única que está un pelín nerviosa al respecto. Hudson también lo está, y eso me ayuda un montón a poder respirar hondo. Me ayuda un montón a decirme que podemos tomárnoslo con calma. Ver hacia dónde va, o ver si es que va a algún sitio.

Porque quizá no sea así, y tampoco pasaría nada.

Mis sentimientos por Jaxon no han cambiado porque me haya enamorado de Hudson.

Han cambiado porque hemos tenido una suerte de mierda.

Han cambiado porque el universo ha roto nuestro vínculo.

Han cambiado por la persona que soy ahora y por la persona en la que todavía me estoy convirtiendo.

Hudson... Lo de Hudson es otro tema totalmente distinto. No sé qué pensar.

No sé qué somos.

Todavía no sé qué siento por él, no con exactitud, y mucho menos lo que él siente por mí.

Pero ¿qué es lo que sí sé? Que me gustaría tener la oportunidad de averiguarlo.

Así que, en vez de rayarme por la inexpresividad con la que me mira, me echo hacia delante y le doy un suave beso en la frente; porque el mal aliento mañanero no es ningún cuento, y no quiero ahuyentar al chico antes de haber tenido la oportunidad de avanzar.

Hudson cierra los ojos con el besito que le he dado, y noto que el brazo con el que me ha rodeado la cintura al volverse se tensa. Me acerca a él. Y si bien es verdad que me siento muy madura, o un poco al menos, por todo lo que acabo de ordenar en mi cabeza, no estoy preparada para hablar de ninguna de esas cosas. Ni tampoco para escucharle a él.

Así que hago lo único que puedo hacer en esta situación.

Meto el brazo debajo de las sábanas y apoyo la mano en su abdomen, cálido y compacto.

Y empiezo a hacerle un huevo de cosquillas. Y el hecho de que no se lo esperara para nada hace que sea mil veces mejor.

94

DIME GUARRERÍAS
(HUDSON)

—¡Juegas sucio! —grazno mientras intento esquivar las cosquillas que Grace está tan decidida a hacerme. Que me haya tragado lo del beso demuestra lo crédulo que me he vuelto. Y lo diabólica que es ella.

—Claro, porque he aprendido del mejor —rebate; rueda para colocarse encima de mí y presionarme las muñecas contra la cama, una a cada lado de mi cabeza.

Quizá debería recordarle que puedo levantarla con solo dos dedos y sin sudar siquiera. Pero, como ahora mismo está encima de mí, con las piernas a ambos lados de mis caderas, no tengo intención de recordárselo. No ahora que por fin ha dejado de hacerme cosquillas. Y menos cuando quiero que se quede justo donde está.

Así que, en vez de eso, finjo ignorancia.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando. Yo he sido un encanto desde el día en que nos conocimos.

—Uy, sí. Ya me acuerdo. —Hace como que está pensando—. ¿Por qué no vuelves a hacer tu imitación del tucán? Recuerdo que era muy pero que muy encantadora.

—Sabía que al final te acabaría gustando. Solo necesitabas tiempo para acostumbrarte. —Esbozo una sonrisa llena de orgullo.

Ella me la devuelve con interés.

—A ver, es que ¿cómo no me iba a gustar? Es un sonido de lo más bonito y melodioso.

—La verdad es que sí. Y si te gusta el tucán, espera a escuchar al campanero blanco. ¿Sabías que sus reclamos alcanzan los ciento veinticinco decibelios y que suenan como...?

—¡No! —Me pone la mano en la boca con brusquedad—. ¡No, no, no! No vamos a hacer reclamos de aves.

La miro con el aspecto más inocente que puedo teniendo en cuenta que me está cubriendo la mitad de la cara con la mano. Cuando eso no funciona (de hecho, lo único que consigo es que entrecierre los ojos con recelo), llevo a cabo mi plan B. Le doy un lametón en la palma de la mano.

—¡Puaaaaj!

Me mira como si quisiera decir «¿Qué cojones...?» (cosa que entiendo), pero, bueno, levanta la mano. Cosa que también entiendo.

—¡Te pillé! —exclamo con una sonrisa que puede (o no) ser un poco diabólica.

—Por favor. —Se limpia la mano en la sábana y me lanza una mirada asesina—. No me has pillado.

—Entonces ¿sí que quieres oír la llamada de apareamiento del campanero blanco? No es algo que vayas a olvidar pronto.

—Un reclamo más —anuncia con los ojos entrecerrados— y no volverás a morderme en la vida.

Levanto una ceja.

—¿Es un desafío?

—Es un... —Se calla cuando el despertador que hay al lado de la cama empieza a sonar—. Uf. Tenemos que prepararnos para el *brunch* con el alcalde.

No estoy seguro de cuál de los dos se ha salvado por la campana, pero tengo claro que alguien lo ha hecho. En vez de insistir en que acabemos con lo que sé que es una discusión absurda, opto por cambiar de tema.

—Podríamos cancelarlo. Pasar el día en el pueblo mientras siga sin salir el sol.

—Podríamos —afirma, aunque se baja de encima de mí y de la cama—. Pero entonces no podríamos sonsacarle por qué estaba tan seguro en la pastelería de que los dragones no constituirían un problema si después se han empeñado en intentar matar a todo el mundo. Además, ya has visto a ese hombre. Si no aparecemos, no me cabe duda de que se plantará aquí a aporrearnos la puerta pasados diez minutos. Parece decidido a darnos las gracias.

Humito, molesta por todo el jaleo de la habitación, suelta un bufido antes de deslizarse por el hueco de la ventana y bajar por la pared del edificio. Pienso en llamarla para que vuelva, pero tampoco es que me vaya a hacer caso.

—Ha insistido mucho en mostrarnos su gratitud —corroboro después de unos segundos como respuesta a los comentarios de Grace acerca del alcalde. Me incorporo mientras contemplo con interés cómo husmea entre la pila de ropa sucia y medio sucia que hay en el suelo.

Hemos estado muy ocupados estas últimas semanas y la colada no es que haya sido una prioridad. Eso habrá que cambiarlo pronto.

Aunque, si tuviéramos ropa limpia, mis vistas serían muy distintas. Y sería una pena, porque el aspecto que tiene Grace con solo una camiseta es fascinante. He visto suficientes recuerdos suyos para saber que no está de acuerdo, pero yo creo que es preciosísima, tanto por dentro como por fuera.

—Creo que no tenemos nada que ponernos que no esté cubierto de sangre de dragón o de sudor, la verdad —explica—. Agradecido o no, estoy bastante segura de que a Souil no le va a impresionar nuestro modelito.

—Ya, bueno, no tenemos que impresionarle.

Me acerco a la pila y saco el par de vaqueros que no llevaba puesto anoche. Sí, están un poco sucios por el colegio, se aprecia levemente la huella pegajosa de la mano de un niño en la rodilla, pero es mucho mejor que aparecer por allí manchados de sangre.

Además, tenemos un *brunch* al que asistir. Y como ha dicho Grace, no me parece que el alcalde sea muy paciente.

95

AL MAL TIEMPO, UN BUEN *BRUNCH* (GRACE)

Aunque anoche no estuviera en condiciones de fijarme, la casa de Souil es la más bonita de toda la calle. Como casi todas las casas de Adarie, es de color morado. Pero, a diferencia del resto, posee unas cinco o seis tonalidades diferentes de morado que armonizan muy bien entre ellas. A eso hay que sumarle el entramado de madera de la fachada y los lados, y los maceteros a rebosar de alegres flores que hay debajo de cada una de las ventanas que dan a la calle; toda la casa irradia una elegancia majestuosa y un encanto que no me esperaba.

Hudson toca al timbre de la puerta, y nos recibe una mujer con la piel del morado de un campo de brezos, llena de pecas. Lleva un vestido de color morado oscuro, y unas perlas. Cuando nos hace pasar me imagino que será la mujer de Souil. ¿O su ama de llaves?

—El alcalde bajará enseguida —nos dice al tiempo que nos lleva hasta el salón de la casa.

Me inclino por la teoría del ama de llaves y no la de la esposa, mientras Hudson y yo nos sentamos en un sofá de terciopelo dorado.

—¿Desean tomar algo? —pregunta la mujer.

—Por ahora no, gracias —le contesto.

—Yo tampoco —rechaza Hudson.

—De acuerdo —responde ella con una sonrisa—. Si cambian de idea, avísenme. Serviremos el *brunch* a la una y media.

Y entonces se marcha deslizándose de esa forma tan fascinante con la que se mueven todos los habitantes del Reino de las Sombras, como si en realidad no apoyasen los pies en el suelo, aunque puedo ver que lo hacen.

Cuando se marcha, Hudson se vuelve hacia mí con los ojos abiertos como platos.

—Esto es...

—Mucho —susurro entre dientes observando la habitación—. Muy mucho.

No sé dónde mirar primero, así que empiezo con lo que tengo justo delante de mí.

Es una pared enorme, forrada con un papel pintado de flores con caras de diferente tamaño, con distintos tonos superpuestos de naranja, rojo y dorado. Y de la pared cuelgan tres cuadros diferentes con sendos marcos dorados y opulentos: dos de los cuadros son retratos de Souil, y el tercero es la imagen de una niña que se parece un montón al alcalde.

En uno de los cuadros Souil aparece con una raqueta de tenis en la mano y lleva los pantalones de tenis blancos más cortos que he visto en mi vida. Pero mi favorito (en plan: «Madre del amor hermoso, no puede ser») es el cuadro del centro, en el que lleva un caftán de color rojo intenso y está tumbado en el suelo, en una pose de desplegable de revista total.

Las paredes de los costados están forradas con un papel de rayas doradas y rojas que contrastan mucho, y de ellas también cuelgan muchísimas imágenes de Souil y de la niña misteriosa. Las cortinas tienen un estampado de rombos dorados, rojos y naranjas que combina con la enorme alfombra gruesa del suelo y los cojines de las butacas modulares setenteras que hay colocadas en una zona de descanso apartada en otra parte de la habitación.

Hay plantas por doquier: árboles gigantes en estridentes macetas de mil colores llaman la atención en cada rincón de la sala, mientras unas pequeñas plantas de interior descansan en un soporte naranja oscuro muy muy setentero.

Y observándolo todo desde arriba hay una enorme lámpara de cristal en forma de bola de discoteca. Sí, sí, de bola de discoteca.

Nunca he visto nada similar. Para ser sincera, no creo que nadie haya visto algo así en este siglo. O en la historia.

—Es como si los setenta hubiesen explotado aquí dentro... y los ochenta se hubieran comido las vísceras —me dice Hudson hablando más bajito que yo.

—Esa es una descripción... —Busco la forma de decirlo sin criticar, pero al final solo se me ocurre decir—: Muy acertada.

—No sabía que existían tantísimos colores en el Reino de las

Sombras.

—Yo no sabía que existían tantísimos colores, en este reino o en cualquier otro —replico, y sé que estoy tan ojiplática como Hudson a medida que voy observando lo que nos rodea.

—Ya ves. —Hudson se ríe—. Cómo de narcisista tiene que ser una persona para... —Habla en un susurro casi inaudible, pero se calla con el ruido de unas pisadas que bajan las escaleras que hay fuera de la habitación.

Nos volvemos a la vez y nos encontramos con Souil en el descansillo que hay en mitad de la escalera de caracol, vistiendo un traje blanco muy disco, a lo John Travolta en *Fiebre del sábado noche* . Aunque decir que está allí de pie sería exagerar un pelín, porque en realidad se está abrazando al pasamanos como si de pronto hubiese sufrido un vahído... o como si estuviese posando para la revista *Playboy* .

—¿Qué cojones es esto? —susurra Hudson de forma casi inaudible.

No tengo ni idea, pero no voy a contestarle con el alcalde mirándome con el gesto más intenso que he visto en la cara de una persona. A eso hay que sumarle que lleva la media melena blanca engominada hacia atrás y recogida en una coletita a la altura de la nuca; como John Travolta en *Pulp Fiction* . Y la verdad es que me he quedado sin palabras. Pero no me extrañaría ni un poquito que ahora mismo se lanzara a cantar la famosa *Greased Lightnin'* de *Grease* o que nos amenazara con partirnos la cara.

—¡Os doy la bienvenida a mi casa! —nos dice Souil apartándose del pasamanos con una teatral sacudida de la cabeza—. Lamento mucho haberos hecho esperar, pero el deber me llamaba.

—Hemos llegado hace un par de minutos —comento, y me acerco para encontrarme con él a los pies de las escaleras, mientras él se toma su tiempo para bajar escalón a escalón pavoneándose—. Gracias otra vez por habernos invitado.

—No hay de qué, mujer. —Abre bien los brazos—. Os doy la bienvenida a mi humilde morada.

Estoy segura de que Hudson se ha atragantado ante ese comentario, pero no dice nada. Menos mal, porque puedo imaginarme claramente la gracieta sarcástica que se le habrá pasado por la cabeza, y ahora mismo mi único objetivo es salir de esta casa sin ofender al

hombre más poderoso de todo Adarie.

—Es de lo más... fascinante —le digo—. Me ha gustado en especial la foto tuya con el caftán rojo.

—El rojo es de los colores que mejor me sientan —coincide con otro movimiento de cabeza. Entonces une las manos y grita—: ¡Trudgey! ¡Trudgey! ¡Ya puedes empezar el servicio!

Habla tan alto que el sonido de su voz reverbera en la imitación de la Capilla Sixtina del techo y resuena por toda la sala. Apenas unos segundos después el ama de llaves, también conocida como Trudgey, parece ser, entra en la habitación.

—Claro, alcalde. Permítanme que los acompañe a la mesa.

Entonces abre dos puertas ornamentadas de color dorado que hay en la pared del fondo y nos guía hasta un comedor que podría ser incluso más estridente que el salón, si acaso eso fuera posible, cosa que no tenía muy clara hasta ahora.

—Sentaos —nos indica el alcalde, al tiempo que nos señala el monstruo de mármol tallado que hace las veces de mesa en el centro de la estancia—. Los asientos están asignados, así que buscad el cartelito con vuestro nombre, por favor.

¿Cartelitos con nuestros nombres? Solo somos tres personas, y solo hay tres cubiertos montados en la mesa gigante. ¿Tanto nos iba a costar encontrar dónde sentarnos?

Pero no hago ningún comentario al respecto, y Hudson tampoco, para mi sorpresa y alivio. En cambio, aparta la silla que hay en el lugar donde han colocado el cartelito con mi nombre y espera a que me siente.

Cuando tomo asiento, él hace lo mismo justo enfrente de mí, al otro lado de la mesa, mientras el alcalde toma la cabecera.

Al sentarse, la luz de una lámpara de araña de forma redonda y de cristales apilados, que le haría sombra en cuanto a fealdad a la bola de discoteca del salón, le ilumina la cara, y me doy cuenta de que el alcalde tiene un aspecto muy diferente del que tenía cuando lo conocí. Parece más joven. Las arrugas que tan marcadas estaban durante su discurso en las audiciones del festival parecen haberse suavizado, se ve menos hosco.

Quizá por eso mismo tiene en casa esos candelabros tan desagradables; la luz le realza mucho muchísimo la cara. O eso, o es que se ha hecho un muy buen retoque en los últimos meses.

Pero, bueno, vista la vanidad que se exhibe en esta casa, me creería sin problemas que se haya puesto la versión del bótox que tengan en el Reino de las Sombras.

—Por favor, Trudgey, tráele una mimosa a nuestra invitada de honor —dice señalándome a mí—. Y un poco de agua para el caballero.

—Ahora mismo —contesta Trudgey con una sonrisa—. ¿Cómo quiere la mimosa, señorita?

—Pues la verdad es que prefiero tomar agua yo también. No es que me gusten mucho las bebidas alcohólicas y...

—¡Tonterías! —replica Souil—. Esta mañana Trudgey se ha pasado una hora exprimiendo laranfon para ti, para que tuviéramos zumo natural. Tienes que probarlo, es una exquisitez.

—Entonces vale —contesto sonriéndole a Trudgey—. Muchas gracias por las molestias. Me gustaría tomar un poco de larsa...

—Laranfon —me ayuda—. Es una fruta dulce y ácida que al alcalde le encanta. También le traeré un poco de agua.

—Muchas gracias, es un detalle.

Trudgey asiente y me brinda otra de sus afables sonrisas. Después se vuelve para hablar con Souil y le dice:

—Si lo desea, pediré que sirvan la comida.

—Pues ¡claro que sí! —brama—. Ya pasa de la una. Grace estará hambrienta.

—Bueno, yo puedo...

Me acalla con un gesto de la mano.

—Te encantará el *brunch* . Trudgey y su hermana Tringia son unas cocineras magníficas. —Se lleva los dedos a los labios, haciendo el gesto de que la comida es una delicia—. Todo lo que hacen está buenísimo.

—Seguro que sí —interviene Hudson, y se vuelve hacia la mujer —. Muchas gracias por haberse tomado tantas molestias ante nuestra visita.

La mujer asiente, da media vuelta y pone rumbo a la cocina. Pero, apenas ha salido por la puerta, empieza a entrar un montón de gente con miles de bandejas de comida.

Reconozco algunos de los platos: fuentes de fruta, por ejemplo, aunque la fruta tiene un aspecto muy diferente al de la que me comería en casa. Una cesta de lo que me parece que son bollos dulces.

Algo dentro de un molde para tartas que tiene pinta de ser una especie de quiche vegana; eso si paso por alto el hecho de que al parecer han usado un sustituto de huevo morado, claro. Y, por último, una cacerola humeante de lo que podría ser un montón de cosas con tofu, pero de un delicado color morado.

Yo estoy a tope con la comida vegana; las verduras siempre han sido mi plato favorito, pero en Noromar lo llevan al extremo. No tengo nada en contra del tofu normal, pero ¿tofu morado? No las tengo todas conmigo.

—¿Eso es una *fondue* ? —pregunto cuando una de las criadas coloca una olla de hierro fundido en el centro de la mesa, en el puesto de honor, y otra persona nos da a Souil y a mí un platito de pan y fruta para mojarlos en el contenido de la olla. Una tercera persona nos ofrece un tenedor largo.

—¡Pues sí! ¡Y es una delicatessen! Si pudiera la comería a diario, pero Trudgey insiste en que debo vigilar el peso, así que solo la prepara en ocasiones especiales.

—Ah, vaya, pero nosotros no somos una ocasión especial... —comento, pero el alcalde me vuelve a cortar con un ademán.

—No digas eso, querida. Vosotros dos sois de lo más especial que hay. Llevo queriendo hacer esto desde la primera vez que os vi en el pueblo. ¡Han pasado décadas desde la última vez que nos visitó un ser de la clase humana como tú, Grace! ¡Es toda una celebración! De hecho...

Souil se distrae cuando Trudgey vuelve de la cocina con una botella de vino espumoso y una jarra con lo que supongo que será el zumo de laranfon.

Mientras nos sirve las mimosas bajo la atenta mirada del alcalde, me tapo la cara con el pelo y le digo a Hudson sin hacer ruido: «¿De la clase humana?».

Hudson se encoge de hombros y me mira como recordándome que era yo quien quería venir a lo que, al parecer, es un *brunch* con temática de los setenta al estilo Noromar. Pero, bueno, Souil ha dicho que han pasado décadas. Igual de ahí que la decoración de su casa sea un homenaje a la música disco. El último ser humano que los visitó sería de los años setenta, y Souil pensará que esta es todavía la última moda en el mundo humano.

No puedo evitar preguntarme qué le pasaría a ese visitante con

pantalones campana. Y por eso mismo me dirijo al alcalde en cuanto Trudgey acaba de servirnos las mimosas moradas y le hago la pregunta que llevo rumiando desde que llegamos:

—¿Por qué crees que nos atacaron los dragones? Y ¿volverán para rematar la faena?

96

NADA ES GRATIS, NI UN *BRUNCH* (GRACE)

Hudson se atraganta por segunda vez en los últimos diez minutos, esta vez dando un trago de agua.

El alcalde no se percata, pues está dando un sorbo de lo más estudiado a su propia bebida mientras me observa por encima del borde de la copa de champán.

—¿Los dragones os perseguían a vosotros específicamente? —pregunta después de dejar pasar varios segundos de lo más incómodos —. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—¿En serio? ¿No has visto cómo el dragón...? —Me inclino hacia delante en mi asiento, pero Hudson me lanza una fugaz mirada de advertencia.

Así que, en vez de bombardearlo con los tres millones de preguntas que me reconcomen en este momento, me obligo a tener un poco de autocontrol y hacer solo una—: No nos lo has contado. ¿Cómo llegaste al Reino de las Sombras?

Se ríe y se sirve una cucharada de fruta en el plato antes de ofrecerme el bol. Lo acepto y hago lo mismo, aunque lo último que tengo en mente ahora mismo es la comida.

—Estoy bastante seguro de que llegué aquí de la misma forma que vosotros, querida.

—No lo entiendo.

Miro a Hudson en busca de ayuda.

—Llegamos por accidente —aporta uniéndose por fin a la conversación.

—¿Por accidente? —Souil esboza una mueca—. ¿Así es como lo llamáis?

—¿Cómo deberíamos llamarlo si no? —contraataca Hudson y,

aunque su cara ha vuelto a ser impasible, puedo sentir que está alerta (e impaciente) en su interior.

—Magia antigua, por supuesto. —Souil alterna la mirada entre nosotros, como si estuviera intentando calibrar nuestras reacciones—. Soy un hechicero del tiempo. Y tú eres una...

—Gárgola —termino por él mientras trato de no mostrar reacción alguna ante el hecho de que el alcalde haya mencionado las palabras *hechicero* y *tiempo* juntas. No tengo claro si estoy preparada para lo que puede significar todavía. Así que, en vez de eso, añado—: Sí, justo me enteré ayer. Es de locos.

—Gárgola. Mmm. —Mira a Hudson—. ¿Es eso lo que se cree que es?

—No es que se lo crea. Es que lo es —contraataca Hudson con los ojos entrecerrados.

Souil levanta una mano apaciguadora.

—Claro, claro.

Pero la expresión de su rostro revela que hay algo que no nos está contando. Puede que incluso sean muchas cosas.

—¿No es verdad? —inquiero, más confundida que nunca, pero con ganas de averiguarlo—. ¿Soy algo más?

—Tú lo sabrás mejor que yo, querida. Supongo que solo eran suposiciones mías. —Le da un sorbo a su mimosa y después se reclina en el asiento—. Bueno, contadme. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Eres tú el que nos ha invitado a venir —le recuerda Hudson.

—Pues sí, es cierto. Para agradeceros vuestro increíble servicio de anoche. Me gustaría obsequiaros con algo a cambio de vuestra valentía. Fue una delicia para los ojos. Tal generosidad es ciertamente alentadora.

—No sé yo. Creo que cualquiera habría hecho lo mismo —manifiesto.

—Bueno, he ahí la cuestión —declara—. Eso no tiene por qué ser verdad. Además, no conozco a nadie más en Adarie que hubiera hecho lo que vosotros.

—¿Matar a un dragón? —pregunta Hudson confundido.

—Matar a un guardián de la barrera —proclama el alcalde.

97

VIAJE (EN DRAGÓN) TEMPORAL (GRACE)

—¿Lo que nos estás diciendo es que los dragones custodian la barrera que hay entre los reinos? —pregunta Hudson con un tono de duda en la voz—. No he escuchado eso en mi vida.

—Dragones sin más no. Dragones del tiempo —contesta Souil.

—¿Dragones del tiempo? —Intento rememorar todo lo que he aprendido sobre los dragones. Incluso todo aquello que no tenía mucho sentido antes—. ¿Por eso pueden hacer la movida esa de pasar con un salto de un lugar a otro?

—Exacto, eso es —me responde el alcalde con una sonrisa de orgullo.

Noto que el corazón me aporrea el pecho, y no puedo disimular la emoción que destila mi voz al hacer la siguiente pregunta:

—¿Pueden llevarnos a casa?

Souil se limpia la boca con la servilleta dándose golpecitos y tarda lo que para mí es una eternidad. Entonces me indica:

—Se podría decir que sí.

—Y ¿hemos matado a uno de esos dragones? —pregunta Hudson —. Cosa que, supongo, no es que vaya a animar al resto de los dragones del tiempo a ayudarnos.

—Pero es que intentaba matarnos. Los dos —insisto—. No pretendían ayudarnos en nada, salvo a morir.

—Es la labor de los guardianes —explica Souil—. Y no hay cientos de dragones del tiempo, ni siquiera llegan a la decena, si es lo que estáis pensando. Los guardianes, los dragones del tiempo, se crean cuando alguien atraviesa la barrera entre los reinos. Un dragón por cada fisura. Cuando se rasga la barrera se trastoca el propio tiempo, un hecho evidentemente inaceptable. Así que el dios del tiempo creó a

los guardianes para que vigilaran la barrera y repararan cualquier fisura al instante.

—¿El dios del tiempo? —espeto porque, bueno, sí: el-dios-del-tiempo.

—Hay toda clase de dioses, querida. ¿No lo sabías? —me pregunta Souil encogiéndose de hombros.

Niego con la cabeza antes de preguntar:

—Pero ¿por qué venían a por nosotros los dragones? ¿Qué tenemos que ver nosotros con la reparación de una fisura en el tiempo?

Souil menea la cabeza en un movimiento como de vaivén.

—Es algo más complejo, pero, básicamente, no deberíais estar aquí... y no descansarán hasta que liberen al reino de vuestra presencia.

—Y ¿para conseguirlo tienen que...? —Hudson entrecierra los ojos como si estuviese intentando descifrar qué va a pasar a continuación.

—Matarnos —susurro.

—Eso no os lo puedo asegurar. Nadie puede. —Souil se recuesta en la silla y se termina lo que le queda de mimosa de un gran sorbo. Después deja la copa en la mesa, y nos mira primero a uno y después al otro. Entonces añade—: Lo que sí puedo deciros es que los dragones del tiempo no lo dejarán estar. Seguirán yendo a por vosotros para siempre, hasta vuestra muerte o la suya.

Eso es lo que menos me apetece escuchar, la verdad. Matar a un dragón del tiempo fue horrible. Ya no solo por la lucha, la sangre y el miedo que pasamos en el proceso, sino también por el hecho en sí de matarlo. Ni siquiera tenía intención alguna de matarlo y todavía estoy afectada por lo que hice. Ahora el alcalde nos está contando que tenemos que matar a la dragona que queda, o que al final ella nos matará a nosotros. O igual...

—Pero, si nos mata, ¿quizá acabemos volviendo a nuestro mundo? —pregunto con un suspiro, y noto cómo Hudson se tensa. Y lo entiendo. Dejar que un dragón del tiempo te mate con la esperanza de que igual llegues a sobrevivir en otro lugar parece una chorrada monumental, pero, aun así..., si fuera posible..., podría volver a ver a Macy y al tío Finn. Podría graduarme en el instituto. Ir a la universidad.

—Por razones obvias, la única persona que podría confirmarnos que es eso lo que pasa no estaría aquí para contárnoslo. Si queréis saber mi opinión, no creo que nadie deba arriesgar la vida para confirmar esa teoría —dice, y niega con la cabeza—. La verdad es que no se me ocurre nada peor que morir a garras de un dragón del tiempo. Si estuviera en vuestro lugar no intentaría descubrirlo.

No quiero creérmelo. No quiero pensar que vamos a tener que pasar lo que nos queda de vida aquí, en Noromar, siempre vigilando por encima del hombro a la espera del ataque de una dragona gigante o huyendo de ella por precaución, para que no pueda atacarnos y pillarnos con la guardia baja. Y para que no mate a ninguna otra persona inocente como las que anoche perdieron la vida.

Creo que eso es justo lo que más me repugna de toda esta situación. Conseguimos detener al dragón más pequeño y dejar herida a la dragona antes de que hirieran a muchísima gente. Pero, al principio de todo, cuando el dragón pequeño sobrevoló el pueblo, mató a esa mujer porque se parecía a mí. Hirió a más personas porque se interponían entre él y nosotros.

Y lo detesto. Aborrezco la idea de que anoche murieran habitantes de este reino por un error que cometí cuando encerré a Hudson en mi cabeza. Y aborrezco aún más la idea de que puede que muera más gente antes de que acabemos con todo esto. Por mi culpa. Por algo que hice que ni siquiera puedo llegar a entender.

—Grace... —Hudson pronuncia mi nombre con la fuerza justa para despertarme de mi ensimismamiento.

«No es culpa tuya», me dice moviendo los labios, pero sin emitir sonido alguno.

Niego con la cabeza. Claro que es culpa mía. ¿De quién si no? Al principio de todo, cuando vivíamos en la guarida, Hudson me dijo que yo era la responsable. Ahora no vale que cambie de parecer solo porque la verdad me disgusta. Y con «disgustarme» quiero decir que me traumatiza un montón, joder.

—Bueno, y ¿qué hacemos ahora? —le pregunta Hudson a Souil.

—Solo hay una cosa que podáis hacer. Tenéis que matar a la dragona del tiempo cuando vuelva a por vosotros dentro de tres meses. Es...

—¿Tres meses? —pregunto espantada—. ¿Tenemos que esperar tres meses para que vuelva?

—Bueno, solo aparecen cuando es de noche, claro. Y como en el Reino de las Sombras solo anochece tres días cada tres meses... — Levanta las manos en un gesto como diciendo: «¿Qué quieres que haga?».

No hay nada que pueda hacer. Nada que ninguno de nosotros podamos hacer. Pero al saber que hay una posibilidad real de volver a casa, la idea de tener que esperar tres meses para poder siquiera plantearnos intentarlo... no es lo que quería escuchar.

Souil se aclara la garganta para que volvamos a centrar nuestra atención en la conversación. Cuando los dos lo miramos, continúa:

—Vais a matar a la dragona, ¿no? No querréis que ningún otro habitante de nuestra benevolente comunidad acabe herido, ¿verdad?

Sus palabras me dan de lleno en el estómago como si fueran un puñetazo, pero alzo la barbilla y le ofrezco otra alternativa.

—Podríamos marcharnos de Adarie antes de que regrese la dragona.

Hudson abre la boca para decir algo, y seguramente quiera prestarse voluntario para alejar a la dragona del pueblo él solito, pero entonces Souil espeta:

—Ni hablar.

Hudson cierra la boca y mira al alcalde con los ojos entrecerrados, mientras yo paso la mirada entre los dos.

Souil nos brinda una afable sonrisa y nos dice para tranquilizarnos:

—Ahora este es vuestro hogar. No queremos que os marchéis, ni que lo mencionéis. —Con un gesto le pide a Trudgey que me rellene la copa antes de añadir—: Habéis matado a un dragón. Os queda una más a la que derrotar, y podréis disfrutar del resto de vuestra vida en este maravilloso lugar. —La sonrisa que esboza después de esa frase no le llega a los ojos—. Entonces, todo aclarado, ¿no?

—Ya veremos —contesta Hudson uniendo las yemas de los dedos.

Y no puedo evitar pensar en si vamos a tener que enfrentarnos a un dragón en tres meses... o esta noche.

98

HABLEMOS DEL DRAGÓN DEL TIEMPO (HUDSON)

—Ese tío está pirado —le digo a Grace en cuanto salimos de su propiedad y estamos en la calle.

Ella se lleva la mano al pecho y parece sorprendida.

—Vaya, Hudson, ¿y eso a qué viene? A mí me ha parecido de lo más encantador. —Durante un instante creo que va en serio, pero entonces pone los ojos en blanco—. ¿Qué es lo que te ha hecho llegar a esa conclusión? —inquiere mientras continuamos caminando hacia la plaza del pueblo.

—¿El hecho de que en cada cuarto en el que entrábamos había más retratos estrafalarios suyos colgados que en el anterior? —sugiero.

—Pues sí, eso lo dejaba bastante claro —corrobora—. Aunque creo que lo de la pose en las escaleras sí que era para enmarcarlo.

—Me he quedado flipando —confirmo. Y después, como alguien tiene que sacar el tema...—. Esto, emm, conque dragones del tiempo, ¿eh?

Al principio ella no dice nada y dejo que el sonido de nuestros pies contra los adoquines nos envuelva, le doy tiempo para que ordene sus ideas. Porque, si conozco a Grace, sé que tendrá muchas opiniones acerca del tema.

Una pelota rueda delante de nosotros; me inclino para recogerla sin dejar de andar y se la lanzo a un niño de pelo corto marrón y piel de color morado oscuro que ha venido corriendo tras ella.

—¡Gracias!

El niño se despide con la mano y después corre para volver con un grupo de seis o siete chiquillos y lanza la pelota en medio del grupo. Los gritos y las risas reverberan por la noche bajo las

guirnaldas de luces mientras se pasan la pelota de uno a otro en una especie de patrón complicado, hasta que una de las personas que sostiene un aro enorme lo lanza por encima de la pelota. No se asemeja a ningún juego que haya visto antes, pero parece que se lo pasan bien.

Vuelvo a centrarme en Grace, pero ella sigue mirándose los pies mientras camina. Se me encoge un poco el pecho porque creo que sé exactamente lo que está pensando y lo que está reuniendo el valor para decirme.

—No —anuncio con firmeza—. No nos vamos a marchar de Adarie. —Parpadea como si quisiera decir: «¿Cómo lo has sabido?» y pongo los ojos en blanco—. Porque sé que preferirías morir que poner en riesgo la seguridad de otra persona —señalo, y ella baja las comisuras de la boca.

Aun así no dice nada.

Y eso me asusta de la hostia.

Porque ahora mismo solo se me ocurre una razón por la que Grace no me esté gritando que ella está en lo cierto y yo me equivoco. Está pensando en lanzarse a las fauces de la dragona.

—Y tampoco vas a perder a propósito contra la dragona. —No puedo evitar que la ira se atisbe en mi voz—. ¿De verdad harías cualquier cosa para intentar volver con Jaxon?

Grace se detiene y las cejas casi le tocan la raíz del pelo.

—Pero ¿qué...? —Niega con la cabeza—. Hudson. No. Eso ni se me había ocurrido.

—Sigues queriendo volver a casa —insisto—. Has preguntado cómo volver.

—Pues ¡claro que sigo queriendo volver a casa! —grita—. ¿Tú no?

Y he ahí el quid de la cuestión, supongo. Que no quiero.

—No.

Resopla durante un instante.

—Pero... Pero... ¡Aquí ni siquiera tienes tus poderes!

—Ya lo sé. Y es una puta pasada. —Rechino los dientes—. No tengo a mis padres de mierda intentando aprovecharse de mí. Ni pseudoamigos a los que en realidad les doy miedo. Y ningún poder en general, por lo que no tengo que pasarlo mal al pensar que he de utilizarlos. Así que... sí, me gusta estar aquí.

No revelo la razón principal por la que me gusta estar aquí. La sensación de despertarme a su lado todas las mañanas. Reírnos juntos de cualquier tontería que haya hecho Humito ese día. O, joder, hasta discutir con ella para ver a quién le toca hacer la colada.

Pero no puedo decir nada de eso. Sería presionar demasiado a Grace y no es justo.

—La verdad es que nunca lo había pensado así, Hudson —murmura, y me mira con los ojos llenos de ternura—. Lo siento mucho.

«Joder.»

¿Cómo ha pasado esta conversación de hablar de dragones del tiempo a hablar de mis putas penurias?

Me paso una mano por el pelo, intento pensar en qué palabras querrá que diga.

Quiero decirle que no pasa nada, que lo entiendo. Que tiene una vida esperándola allí. Una familia a la que echa de menos, amigos... A Jaxon. Es cierto, solo llevamos aquí unos pocos meses, pero desde el principio ha sido evidente que le está costando adaptarse. Y quiero asegurarle que lo entiendo.

Pero no puedo.

Siento como si me hubiera aparcado un camión sobre el pecho, y no quiero ser comprensivo con este tema.

Así que no digo nada. Me limito a meterme las manos en los bolsillos y sigo caminando. Suspiro con alivio cuando ella me alcanza y no habla de las gilipolleces que ha leído en mi diario.

—Es increíble que haya dragones del tiempo persiguiéndonos —comenta en voz baja.

Por lo menos creo que dice eso. Me cuesta oír algo por encima de la sangre que me hierve en el cuerpo.

—Supongo —añado. Muchas de las cosas que Souil nos ha contado tenían sentido..., pero lo que no nos ha contado es lo que me ha dejado todavía con más dudas.

—¿Crees que la dragona más grande volverá esta noche? —pregunta mientras doblamos la esquina de la plaza principal hacia un callejón lleno de tiendecitas.

—No creo —señalo—. Seguramente tenga que dejar que se le cure un poco el ala.

Grace asiente, y por fin levanta la vista mientras pasamos por

delante de un escaparate lleno de ropita de bebé. Respira hondo y casi me desmayo por el miedo que me da lo que se está preparando para decir.

Después esboza una media sonrisa y me pregunta:

—Bueno, ¿qué quieres hacer esta noche?

Dista tanto de lo que pensaba que me iba a decir que me limito a mirarla y a parpadear.

—¿Eh?

Señala al cielo todavía oscuro.

—Nos queda por lo menos otro día antes de que tengamos que preocuparnos de que salga el sol. ¿Qué quieres hacer?

Suelto un suspiro, aunque no me había dado cuenta de que estaba aguantando la respiración. Una parte de mí exige que hablemos del dragón del tiempo y la posibilidad de no suicidarnos para volver a casa. Pero, al final, la oportunidad de pasar más tiempo con Grace sin tener que preocuparme todavía por un futuro sin ella me parece una buena forma de pasar la tarde.

—Podríamos aprovechar un poco la oscuridad para ir un rato de compras —sugiero—. Igual podría gastar una parte de mi salario en Humito y en ti.

Desde luego se le ilumina la cara ante la sugerencia.

—Es una idea fantástica. Mientras yo también pueda gastar un poco de mi patético salario en ti.

—No necesito... —Me callo cuando me lanza una mirada asesina. Y aunque la idea de que se gaste dinero en mí me fastidia porque yo quiero bañarla con todos los lujos que jamás se haya imaginado, me trago las palabras y en vez de eso digo—: Estaría genial.

—¡Excelente! —Se frota las manos—. Entonces ¡vamos a quemar el sueldo!

Mientras caminamos por la calle, Grace suelta una risita a la par que me lanza una mirada extraña.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Solo pensaba que no me habría imaginado al gran príncipe vampiro, Hudson Vega, hablando de su salario ni en un millón de años.

Entiendo lo que intenta decir, pero aun así me sienta un poco mal.

—No tengo ningún problema en trabajar.

—Pues ¡claro que no! —se apresura a decir—. Te he visto en la granja.

—Exacto. El típico príncipe jamás se dignaría a acabar recubierto por tanta leche de braca.

Grace finge confusión.

—Y ¿aun así no tuviste reparos en endosarme a mí la tarea de ordeñar al día siguiente?

—Bueno, me recubriste de sanguijuelas a cambio, así que diría que de todas formas sales ganando.

Me lanza una mirada de superioridad.

—Yo no había mencionado lo de las sanguijuelas.

Entrecierro los ojos y le lanzo una mirada asesina de broma.

—No has intentado echármelo en cara porque sabes que es culpa tuya.

—¡Tú eres el que hizo que acabara empapada de leche de braca! —exclama con remilgos.

—A lo que tú reaccionaste lanzándome a un lago lleno de sanguijuelas, una respuesta totalmente proporcional.

Se encoge de hombros.

—Yo no te lancé. Te lanzaste tú mismo. Además, me gustaba esa camiseta y ahora ya no hay forma de salvarla.

—Más de lo que te gusto yo, parece ser. —Pongo los ojos en blanco.

—Puede que entonces sí. —Se acerca y desliza la mano por la mía. Casi hace que me explote el puto corazón, y eso antes de que añada—: Ahora ya no.

99

DESCONFÍA, PERO VERIFICA (HUDSON)

No me lo creo.

Tres palabras y, de pronto, me he quedado más mudo que un puñetero mimo. Me moriría de la vergüenza si al mismo tiempo no estuviera tan... feliz. Es una sensación rara, a la que no estoy acostumbrado. Aun así trato de no moverme un rato y no preocuparme de antemano.

Me he convertido en un experto en valorar los pequeños momentos de felicidad que llego a sentir. Por eso puedo estar eufórico por que Grace quiera estar conmigo hoy, aunque sea posible que esté pensando en cómo no estar conmigo mañana.

Cuando la tengo a mi lado es incluso más fácil de lo que parece. Sin duda es mucho más fácil que antes. Y sí, soy plenamente consciente de lo patético que suena eso. Pero no por eso deja de ser verdad.

Sonrío al recordar lo emocionado que estaba por recibir mi primera nómina como profesor, con Grace bailando por toda la habitación, agitando el cheque en el aire y cantando: «El señor V mola» sin cesar. No puedo evitar pensar que Richard también estaría muy orgulloso de mí si pudiese verlo.

Me resulta raro tener que preocuparme por el dinero por primera vez en mi vida. Por muchos defectos que tengan Cyrus y Delilah, que los tienen a montones, siempre han sido generosos conmigo y con Jaxon en lo que a su dinero respecta. Y yo siempre lo aceptaba porque pensaba que era lo menos que podían hacer por mí después de todo lo que me habían hecho pasar.

Además, como el príncipe primogénito, tengo un fideicomiso cuantioso que me otorga la propia Corte Vampírica. Y no guarda

relación alguna con el dinero de mis padres.

Pero eso no significa que me moleste tener que trabajar para conseguir dinero para apañarnos viviendo aquí; y para devolverle a Arnst lo que nos dejó. Me gusta la idea de tener dinero solo porque me lo he ganado.

Seguimos paseando un ratito más, cogidos de la mano, observando los diferentes escaparates e intentando fingir que el resto de los transeúntes no vigila cada paso que damos.

Pero, bueno, supongo que es muy normal que la gente tenga curiosidad por el vampiro y la gárgola que dejaron un dragón muerto en el jardín delantero del alcalde.

Lo bueno es que, por el camino, Grace ve carteles de SE BUSCA PERSONAL en los escaparates de una tienda de chuches y una floristería. Me planteo la posibilidad de presentarme para trabajar a tiempo parcial en la biblioteca, porque aquí las clases acaban sobre las dos de la tarde. Además, el hecho de estar rodeado de libros un par de horas todos los días me parece el paraíso.

—¿Entramos ahí? —me sugiere Grace, y se detiene delante de una tiendecita de ropa que vende tanto prendas de hombre como de mujer. No hay mucho donde elegir, pero a mí eso me parece una ventaja. Me he pasado casi toda mi vida vistiendo ropa de marca que no me interesaba; en gran medida para interpretar mi papel de príncipe vampiro y tener contento a mi queridísimo padre. Para mí es el cambio perfecto.

Aunque pagaría un pequeño rescate por recuperar mis bóxers de Versace.

En cuanto entramos en la tienda me planteo que quizá hemos tomado una mala decisión. No porque le pase nada a la ropa, sino porque la dependienta se abalanza sobre nosotros tan pronto como se cierra la puerta a nuestras espaldas.

—¡Sois vosotros! —exclama acercándose afanosamente hacia nosotros con una sonrisa enorme en el rostro—. ¡Grace y Hudson! Esperaba poder conoceros.

Grace y yo intercambiamos una mirada de incomodidad. Doy un paso atrás, pero ya es demasiado tarde. La dependienta nos ha rodeado con los brazos y nos está apretujando en un fuerte abrazo grupal.

—¡Gracias, gracias, gracias! —repite—. Nos salvasteis la vida a

todo el mundo.

—Pues, la verdad, no creo que nos merezcamos el mérito —le contesta Grace incómoda—. Estoy segura de que los dragones venían a por nosotros...

—¡Bobadas! Da igual por qué vinieran, de no haber sido por vosotros habrían destruido nuestro pueblo. Estoy muy agradecida de que no pasara. —Nos sonríe a los dos—. Bueno, basta ya de hablar de cosas desagradables. Soy Tinyati, os doy la bienvenida a mi tienda. ¿Os puedo ayudar en algo?

—Hemos venido porque somos un desastre —le dice Grace con la sonrisa que tiene y que hace que todo el mundo se sienta cómodo—. Para empezar, casi no tenemos ropa; anoche llevábamos lo mejor que teníamos y ha quedado casi todo para tirar a la basura. Así que, si hubiera algo que pudiera quedarnos bien, te agradeceríamos que nos ayudaras a encontrarlo.

Resulta que Grace ha dado con las palabras mágicas, porque Tinyati tarda unos cinco minutos en meternos a empujones en unos probadores con un montón de ropa en las manos. Entonces, mientras nosotros empezamos a probarnos las cosas, no deja de traer más y más ropa hasta que parece que nos estemos probando todo lo que hay en la tienda.

No llevo nada más que un par de vaqueros desabrochados cuando llaman una vez más a la puerta de mi probador.

—¡Salgo en un segundo, Tinyati! —digo.

Pero no es la dependienta quien me contesta.

—Soy yo —susurra Grace—. ¿Estás desnudo?

—No, pero...

—Genial. —Abre la puerta del probador y se mete dentro. Después se sienta en el banquito que hay contra la pared, que ahora está hasta arriba de prendas que todavía me tengo que probar, y levanta los pies para que no haya nada que toque el suelo.

—¿Algún problema? —pregunto.

En ese momento se fija en mí por primera vez.

—¿De verdad? —Me tira una camisa—. ¿Puedes taparte un poco, por favor?

—Estás en mi probador. Se supone que tendría que estar desnudo. Para eso están.

—¿En serio? —Bufa—. ¿Te crees que es el momento para que me

des una machoexplicación del objetivo de los probadores?

—A veces solo es una explicación, no una machoexplicación. Y solo te lo he explicado porque parecías confundida con lo de qué hace la gente aquí dentro.

—Madre mía, de verdad, ¿te puedes poner algo encima? —Me lanza otra camisa.

—Ojito, Grace. Si sigues intentando que me tape voy a empezar a pensar que ver mi cuerpo semidesnudo te incomoda —la chincho.

—Pues sí —me responde con sarcasmo—. Me da ganas de treparte como si fueras un árbol, rodearte las caderas con las piernas y convencerte para que te líes conmigo.

—Eh... —Por segunda vez en el día de hoy, y en casi todo el tiempo que llevamos juntos, no se me ocurre nada que contestarle. Salvo—: La posada está aquí al lado.

Y así, sin más, desaparece ese tono jocoso de su voz y pasa a estar como cargado de electricidad. La cabeza me va a mil por hora. El corazón me va a mil por hora. Joder, todo va a mil por hora. Echo un vistazo a la puerta, y me planteo coger a Grace en brazos y desvanecernos hasta nuestro cuarto.

Pero entonces oigo la voz de Tinyati, y el momento se rompe.

—Grace, ¿dónde estás? Traigo unos cuantos vestidos para que te los pruebes. ¡Me muero de ganas por verte con el de tafetán! —Grace me coge de la mano y me dice moviendo los labios: «No hagas el menor ruido»—. ¿Grace? —Llaman a la puerta de mi probador, y se oye la voz de Tinyati—. Hudson, ¿Grace está dentro contigo?

—Demasiado tarde. Me ha encontrado —susurra Grace malhumorada—. Retiro la oferta, y ahora jamás sabrás por qué he venido a verte. ¿No te arrepientes de haber perdido el tiempo hablando sin parar de tus abdominales de acero?

—Para ser justos, no he dicho nada de mis abdominales de acero —le contesto también susurrando.

—¿Grace? ¿Hudson? —Tinyati parece preocupada.

—Para el caso, podrías haberlo hecho —me contesta Grace con desdén—. ¡Tinyati, déjalos en mi probador! ¡Voy en un segundo! —Se vuelve hacia mí y murmura—: Tafetán. Reza por mi alma.

—Lo siento, estoy de luto —le replico.

—Como debe ser —me dice riéndose—. La próxima vez, cállate antes.

Después sale del probador y me deja a solas con un montón de ropa y otro montón de pensamientos que hacen que probarme toda esa ropa sea una experiencia muy incómoda.

Unos cuarenta y cinco minutos más tarde salimos de la tiendecita de Tinyati hasta arriba de bolsas. Los dos habíamos decidido quedarnos con un par de vaqueros nuevos, unas camisas y algo de ropa interior, pero cuando nos hemos acercado a la caja con las prendas, a Tinyati le ha dado un síncope. Le he explicado que estábamos casi en números rojos, y que por eso nos estábamos moderando tanto a la hora de comprar.

Cómo no, mi explicación la ha llevado a intentar llenarnos las bolsas con ropa que no nos podíamos permitir, a pesar de nuestras incesantes negativas.

—Es todo de liquidación —repetía sin cesar—. Me haréis un favor si me las quitáis de encima.

Cuando le he comentado que en realidad no era ropa de liquidación y que, si bien agradecíamos el detalle, no queríamos abusar de su amabilidad, me ha contestado que nunca en su vida un hombre le había dicho cómo debía llevar el negocio, y que eso no iba a cambiar hoy.

Es un argumento más que válido, así que me he hecho a un lado y he dejado que Grace se encargara. No ha salido mucho mejor parada, pero el lado bueno (en mi cabeza lo veo así, al menos) es que ahora la chica es la orgullosa dueña de un vestido de tafetán morado y rosa eléctrico. Porque a veces el universo te ofrece un regalo.

¿Otro punto positivo? Grace ha conseguido trabajo. Empieza mañana a las once de la mañana.

Le brillan los ojos cuando se vuelve para mirarme, y solo puedo desear que esta vez haya encontrado algo que le encante. Siempre he creído que tenía mucho estilo y muy buen gusto.

Aunque, a decir verdad, lo único en lo que puedo pensar ahora mismo es en si iba en serio cuando me ha dicho lo de treparme como si fuera un árbol. Quizá con ese vestido de tafetán puesto.

100

Y COMO ACOMPAÑANTE DE LA CENA, LAMENTOS (GRACE)

No me puedo creer que me acabe de insinuar a Hudson.

A ver, al principio solo intentaba dejarle descolocado, porque parecía totalmente indiferente cuando me he metido en su probador para no tener que probarme ese vestido de tafetán. Pero estábamos en un espacio muy reducido... y él estaba medio desnudo. Me costaba pensar.

Después ha sugerido que volviéramos a la posada y el cerebro me ha cortocircuitado.

He estado ensimismada después del pequeño *brunch* del alcalde, preocupada por que la dragona del tiempo volviera a atacar, por las pobres personas a las que hirieron ayer y por sus familias; y todo por algo que parece ser que he hecho sin darme cuenta.

Para empezar, ¿cómo he abierto una fisura en el tiempo? Y si ya lo he hecho una vez, ¿puedo volver a hacerlo?

Agradezco un montón que Hudson haya sugerido que nos fuéramos de compras. Ha sido una actividad normal para hacer que deje de darles vueltas a los mil millones de pensamientos que me rondan la cabeza.

Ahora tenemos nuevo vestuario, tengo un trabajo que creo que me va a gustar y... hay la suficiente tensión sexual entre nosotros como para tener encendidas todas las guirnaldas de luces de Adarie durante una semana.

Al terminar nuestras compras estoy a punto de sugerir que pidamos al servicio de habitaciones en la posada cuando nos cruzamos con los trovadores. Aunque se los ve algo desmejorados después del Gran y Desafortunado Incidente Dragontino, parecen de buen humor e insisten en que cenemos con ellos.

Hudson y yo dejamos la ropa nueva en la posada y después llegamos al restaurante donde hemos quedado con el resto justo a tiempo. Ya están sentados, así que nos unimos a la mesa y a las bromas sobre lo complicado que es ganarse la vida de cara al público.

—Ahora en serio —añade Caoimhe después de que hayamos pedido—. ¿De verdad quieres pasarte el resto de la vida vendiendo vaqueros y vestidos?

—Tal vez —admito—. Ya veremos cómo va cuando pruebe, pero como mínimo serán tres meses. Por lo menos mi nueva jefa parece muy maja, aunque un poco insistente cuando hay tafetán de por medio. Creo que será fácil trabajar para ella.

—¿Tres meses? —inquiere Lumi—. Y ¿luego qué?

Le lanzo una mirada a Hudson, pero se limita a encogerse de hombros. No creo que haya razón para no contarles que la dragona del tiempo va a volver... o que será una lucha en la que vence ella o vencemos nosotros.

—Que la dragona del tiempo volverá —explico por fin.

—¿La dragona del tiempo? —repite Orebon—. ¿Esos bichos que atacaron el festival son dragones del tiempo? ¿Cómo lo sabéis?

—Nos lo ha contado el alcalde —explico, y después procedo a ponerlos al día sobre todo lo que sabemos por el momento de los dragones del tiempo, las fisuras y las sentencias de muerte.

No sé por qué, pero omito que el alcalde nos ha contado que es un hechicero del tiempo. Es un tema que prefiero tratar con Hudson antes de ir anunciándolo a los cuatro vientos por el pueblo. Hudson no parecía sorprendido cuando Souil ha revelado esa parte de las noticias, así que espero que conozca a alguien con esos poderes en nuestro mundo y sepa exactamente qué son capaces de hacer. Una cosa está clara, y es que creo que eso explicaría por qué el alcalde parece más joven hoy que ayer. Quizá también por qué lleva vivo tanto tiempo. ¿Puede ser que los hechiceros del tiempo se llamen así porque son inmortales? Me anoto mentalmente que tengo que preguntarle a Hudson al respecto más tarde.

Lumi suelta un silbido largo y grave.

—Vaya, eso da un miedo que te cagas.

Y tiene razón.

La dragona podría atacar esta noche, aunque Hudson no cree que sea probable.

Empieza a faltarme el aliento y me doy cuenta de que en realidad no he tenido un ataque de pánico desde que llegamos a Adarie. Esa racha parece estar a punto de acabar.

Le lanzo una mirada a Hudson, pero él ya está alargando el brazo por debajo de la mesa. Coloca su enorme mano sobre la mía, que tengo en el muslo, y me da toquecitos con aire distraído en la parte superior. No puedo evitar contarlos. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco...

Para cuando llego a los quince, siento que se me relaja el pecho y consigo que me entre una cantidad decente de aire en los pulmones.

Muevo los labios para articular un «gracias» y él me da un apretón en la mano.

Nos pasamos el resto de la cena hablando de temas triviales: el trabajo, qué restaurante deberíamos probar la próxima vez, quién hace las mejores galletas del pueblo... Y me relaja. Pero me da la sensación de que nos estamos olvidando de algo importante.

Sigo dándole vueltas una hora después, cuando Lumi dice que tienen que marcharse para hacerle el relevo a quien les está cuidado al bebé. Nos despedimos delante de una heladería y camino hasta la posada con Hudson.

Me sudan tanto las manos que tengo que secármelas en los vaqueros dos veces antes de que lleguemos a nuestra habitación. No dejo de acordarme del incidente en el probador y me preocupa que Hudson vaya a sacar el tema en cuanto estemos solos. Pero también me preocupa que no lo haga.

En cuanto entramos en la habitación, me doy la vuelta para observar cómo cierra la puerta lentamente y después me mira. Se mete las manos en los bolsillos y ambos nos quedamos como pasmarotes, mirándonos el uno al otro sin saber muy bien qué hacer ahora.

Pero entonces Hudson habla.

—Estoy molido. Buenas noches, Grace.

Me quedo plantada en el sitio mientras abre un cajón, saca sus pantalones deportivos y se mete en el baño para cambiarse.

Sigo en el mismo sitio cuando vuelve a abrir la puerta del baño y lanza la ropa sucia a la cesta de la colada. Se inclina hacia delante y me da un besito en la cabeza antes de seguir hasta su lado de la cama; aparta las sábanas y se mete.

Después se da la vuelta para dar la espalda a mi lado de la cama y su mensaje no me habría quedado más claro ni aunque me lo

gritara.

Esta noche no voy a trepar ningún árbol.

101

CERO FICHAS EN MI HABER (GRACE)

—Yo lo tengo más grande. —La voz de Hudson, grave y burlona, flota por un pasillo de la biblioteca en mi dirección.

Ni me molesto en levantar la mirada de la contraportada del libro que tengo en las manos.

—No soy un tío. A mí esa frase no me altera... ni me da ganas de meterte un puñetazo —contesto. Hudson se echa a reír, y después recorre los veintipico pasos que nos separan en un instante—. ¿Sabes qué me altera? —me quejo mientras apoyo el libro en mi montón de libros para leer y sigo con mi búsqueda.

—¿Que camine? —me dice enarcando una ceja.

—Que te desvanezcas cuando solo tienes que caminar un par de metros. Eres un fantasma.

Bueno, es evidente que soy lo bastante madura como para reconocerme a mí misma que no es eso lo que me molesta. Cada vez que se desvanece, me acuerdo del vampiro tan puñeteramente fuerte, rápido, poderoso que es y... trago saliva de lo bueno que está este chico.

Cosa que me resulta bastante difícil de ignorar después de dos meses de verle pavoneándose por el cuarto tras haberse puesto los pantalones deportivos en el baño antes de acostarse todas las noches, sin camiseta.

Dejó de ponerse camiseta para dormir la primera vez que nos quedamos sin ropa, antes de nuestro día de compras, y no retomó el hábito. No es que me queje, ni mucho menos, o al menos no me quejaría si no fuera por el hecho de que últimamente Hudson parece dispuesto a tirarme cero fichas.

Menos de cero.

Nada.

Ni una.

Pero si esta mañana hasta me ha dado un pellizquito en la barbilla. Un pellizquito. En la barbilla.

Me coge el montón de libros de los brazos y carga él con ellos.

—¿Has encontrado algo interesante?

Una semana después del ataque de los dragones Hudson me sorprendió al anunciarme que había conseguido un trabajo a tiempo parcial en la biblioteca. Ahora nos vemos aquí una vez a la semana para reponer mi pila de lecturas pendientes, que se amontona junto a la cama. Es impresionante la cantidad de tiempo libre que hay para leer cuando no existe Netflix; y cuando el chico con el que vives preferiría investigar sobre el Reino de las Sombras antes que besarte.

Niego con la cabeza, y meto en un profundo rincón de mi alma los pensamientos de lo que Hudson quiere o no quiere hacer conmigo. ¿Qué más da que no me haya vuelto a besar en más de un mes? Pues vale. Tiene derecho a decidir qué quiere.

Rechino los dientes. Vale, sí, estaría genial que me hubiese contado qué quería, pero cada vez que intento hablar con él sobre un «nosotros», me cambia de tema al instante. Y hay algo peor...: no me ha discutido nada desde el *brunch* con el alcalde. Que fue hace... ¡Seis! ¡Semanas!

Me entran ganas de llorar al pensar que no le vale la pena pelear conmigo.

Pero inspiro hondo, y me planto una sonrisa amistosa en la cara.

—Pues algo he encontrado, sí. —Dejo el libro que acababa de coger de nuevo en la estantería y, entonces, me vuelvo para marcharme. Con ocho libros tendría que estar entretenida por una temporadita, por lo menos—. Resulta que las novelas de misterio gozan de la misma popularidad en Noromar que en casa.

Hudson asiente, con aires de sabiduría.

—Cosa que demuestra que la gente valora no estar muerta.

—¿Lo valora tantísimo que le gusta leer sobre la muerte de otras personas? —pregunto.

—Hace que aprecie más su vida, ¿no? Alguien ha muerto. Podría haber sido yo. Pero no. —Hace un círculo en el aire con el dedo índice —. Yupi.

—¿Yupi? —repito sin poder creerme lo que acabo de oír.

—Existe. Búscalo. —Se detiene ante una mesa y coge lo que sin duda es un montón más grande que el mío; después pone rumbo al mostrador de la biblioteca.

—Ya sé que existe —le contesto—. Pero jamás pensé que lo oiría salir de tu boca.

Parece que se ha tomado mi comentario como un insulto.

—Eh, que estoy en la onda. Sé lo que se lleva.

—Rezumas onda por todos los poros de tu cuerpo —le digo—. Lo único que te falta son los pantalones de campana.

—Claro. Pero creo que los dos sabemos a quién se los podría pedir.

—Ya ves —respondo riéndome—. Pero serán blancos a lo *Fiebre del sábado noche* .

—¿No crees que vayan a quedarme bien un par de pantalones blancos? —Finge sentirse ofendido—. Pues que sepas que el blanco me hace muy buen culo.

—No sé yo si eso dice mucho del blanco. —Le sonrío a la bibliotecaria, una joven que apenas tendrá un par de años más que nosotros, mientras le tiendo mi carné de la biblioteca. Después me vuelvo hacia Hudson y susurro—: Cualquier cosa te hace buen culo.

La bibliotecaria abre los ojos sorprendida y tose un poco (seguramente se haya atragantado con su propia saliva), pero no deja de escanear los libros, así que supongo que no le pasará nada. Pero entrecierro los ojos cuando se le va la vista hacia abajo para echarle un ojo al susodicho culo.

—Anda, si te has fijado. —Hudson se lleva una mano al pecho, como si le hubiese conmovido mi comentario. Después se vuelve hacia la chica que nos está mirando, bueno, que está mirándolo a él, y le regala una sonrisa—: Hola, Dolomy.

—Hola, Hudson —contesta ella, y se ruboriza un poquito—. ¿Vendrás el sábado por la noche a la lectura de *77 poemas de luz irreconciliable* , de Talinger?

Hudson niega con la cabeza y le dice:

—Qué pena, los sábados por la noche siempre hago la colada. —Pero le guiña un ojo—. Además, creo que igual tendría que haberlo dejado en treinta y cuatro, ¿tú no?

La chica suelta una risita y ese sonido me pone los pelos de punta.

—Puedo hacer la colada yo sola —le ofrezco muy amablemente.

Hudson suelta un grito ahogado.

—Jamás dejaría el único par de bóxers de Versace que me queda a tu merced. A saber lo que les harías si te quedaras a solas con ellos.

—Anímate, hombre. Seguro que podemos encontrar una marca del Reino de las Sombras que sea tan... —Me callo cuando me mira mal.

—No sé qué adjetivo ibas a utilizar para describir mi ropa interior de Versace, pero solo aceptaré sinónimos de las palabras *increíble* o *fantástica* . —Me mira con los ojos entrecerrados—. Quedas avisada.

—Ay, qué miedo tengo. —Le sonrío a la bibliotecaria para darle las gracias cuando me da mi montón de libros, y después me aparto a un lado para que pueda escanear los de Hudson también—. Pero ¿por qué narices crees que se la tengo jurada a tus calzoncillos?

—Ah, pues no sé, ¿por los antecedentes? Tienes tendencia a ir a la yugular.

—Menudo pedazo de acusación viniendo de un vampiro. —Me callo, y pienso en lo que me acaba de decir—. No lo piensas de verdad, ¿no?

—Claro que sí. —Hudson resopla—. Si algo he aprendido en todo el tiempo que llevamos viviendo juntos es que no te hacen falta colmillos para hacer brotar la sangre.

Auch. Intento pensar en una respuesta que darle, pero antes de que pueda contestarle la bibliotecaria le ofrece a Hudson sus libros.

—Aquí tienes. Creo que el de la física de las sombras te va a encantar. Es muy interesante.

—¡Gracias! —Hudson le sonríe—. La verdad es que es el que más ganas tengo de leerme.

La bibliotecaria le devuelve la sonrisa, estira el brazo y le roza la mano.

—Pues todos los jueves por la noche se reúne aquí un grupo de jóvenes. Es un buen lugar para hacer nuevas... amistades.

Intento no sentirme ofendida por sus palabras, pero me cuesta no tomármelas a pecho cuando se comporta como si yo no estuviese allí. O cuando Hudson asiente con solemnidad y le contesta:

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

Madre de mi vida. ¿Está Hudson ligando con ella?

Cuando salimos a la calle he tomado la decisión de que hemos de tener esta conversación de una vez por todas. No puede bailar conmigo, besarme y alimentarse de mí una noche y después... nada de nada durante semanas. Y ni de coña puede tontear con alguien delante de la chica con la que ha compartido dicho baile y dicho beso sin darle una sola explicación. Porque, a ver, es ridículo.

—¿Preferirías estar pasando el rato con la señorita bibliotecaria? —le pregunto dando una patada al suelo.

Hudson baja las escaleras a buen ritmo, pues Humito lo está esperando a los pies de los peldaños, pero se detiene a medio paso para volverse y mirarme. Creo que va a negarlo (espero que vaya a negarlo), porque tiene pinta de estar a punto de decir algo importante.

Por lo menos hasta que empieza a descojonarse vivo en mi cara.

—¿De qué vas? —espeto—. ¿Te hace gracia?

—No, no, no me río por eso —me dice. O al menos es lo que creo que me ha dicho; se está riendo con tantas ganas que me cuesta entenderle.

—¡Esa chica estaba tonteando contigo delante de mis narices! —le grito.

—Qué va. Solo quería hacerme saber que tengo posibilidades, nada más.

—¿Quieres posibilidades? —pregunto, y sé que a estas alturas tengo los ojos fuera de las órbitas—. Adelante. Todas para ti.

Por primera vez en toda la conversación parece que ya va pillando que estoy molesta. Pero que muy molesta.

—Oye, Grace, no lo he dicho porque...

—Para. —Levanto la mano para evitar que me suelte cualquier chorrada que fuera a decirme. Y acabo haciendo otra cosa totalmente diferente.

Al principio no tengo ni idea de qué está pasando, solo sé que de pronto me cuesta muchísimo moverme. Y entonces caigo en la cuenta. Joder. Me he convertido en piedra.

—¿Acabo de...?

—Sí —me confirma Hudson enarcando una ceja—. Lo acabas de hacer. Al parecer, prefieres transformarte en piedra antes que hablar conmigo.

—Igual deberías aprender algo de la situación —le digo.

—Pues igual sí. —Espera un segundo, pero no tengo nada que

decirle todavía, así que continúa—: ¿Eso es que tu plan es quedarte así, de piedra?

—Pues igual —contesto.

—Vaaale. Y ¿eso significa que quieres quedarte aquí? ¿O quieres volver a la posada?

—Podemos volver a la posada —le digo, pero estoy tan enfadada que acabo plantada donde estoy.

—O podemos quedarnos aquí —concluye Hudson.

Y no le contesto... porque no puedo. Ahora soy completamente de piedra.

102

ENTRE LA ESPADA Y LA GRACE DE PIEDRA (GRACE)

Vaya. Tela.

Soy de piedra maciza, como cualquier otra gárgola que haya visto decorando un edificio. Eso me lleva a preguntarme si son personas también. ¿Todas esas gárgolas que hay en la catedral de Notre Dame son reales? La idea hace que me explote la cabeza y me prometo que, en cuanto consiga salir de esta, investigaré acerca del tema.

Mientras tanto Hudson se inclina hacia delante para mirarme a los ojos, como si intentara descifrar si sigo aquí dentro. Evidentemente lo estoy, pero no tengo ni idea de cómo hacérselo saber.

Antes de que pueda tratar de emitir cualquier sonido, una mariposa de color morado intenso pasa volando y se me posa encima de la nariz. Y me hace cosquillas. Muchas.

Pero no puedo hacer nada al respecto.

Aunque Hudson viene a rescatarme y la ahuyenta, porque está claro que yo no puedo.

El pánico va aumentando en mi interior y no tengo ni idea de cómo detenerlo. Intento respirar hondo, pero resulta que la piedra no es muy transpirable que digamos.

Intento contar, pero normalmente es algo que va en tándem con la respiración.

No puedo hundir los pies en los zapatos, no puedo centrarme con la ayuda de los detalles sensoriales porque no hay ninguno. En fin, puedo oír y ver, pero ya. Y tampoco es que vea mucho, solo lo que tengo delante de mí, que en estos momentos resulta ser Hudson.

El pánico empeora, empieza a nublarme los pensamientos. Empieza a hacer que cada vez me resulte más complicado razonar. Tengo que salir de esta. Tengo que salir. Tengo que...

—Oye. —La voz de Hudson suena un poco demasiado brusca, un poco demasiado alta, pero consigue atravesar las capas de pánico y captar mi atención—. No pasa nada, Grace —asegura—. Estás bien.

«¿Y ya? —quiero decirle—. ¿Es todo lo que se te ocurre decirme? Estoy hecha de puta piedra, ¿y lo único que vas a hacer es plantarte delante de mí y decirme que estoy bien? ¡No estoy bien! ¡Esto no está bien!»

El pánico arremete con el doble de fuerza y todo está a punto de oscurecerse. Ni siquiera veo bien a Hudson ahora que el terror me abruma y empieza a bloquearlo todo excepto el latido acelerado de mi corazón. Hasta que no hay nada ni nadie en el mundo, solo yo y este sarcófago gigante de piedra en el que estoy encerrada.

¿Qué hago?

¿Qué hago?

¿QUÉ HAGO ?

Una cosa es que me quede en este mundo. Otra completamente distinta es quedarme en él convertida en una puta estatua de piedra. Esto no me parece bien. No me parece NADA bien.

—¡Oye, Grace!

No sé cómo, pero la voz de Hudson consigue permear el miedo que amenaza con asfixiarme. Esta vez está más cerca, un poco inclinado para que estemos cara a cara. Veo el aspecto calmado y centrado de sus ojos incluso antes de que extienda una mano y me toque el brazo.

No debería ser capaz de sentir su tacto, de sentirlo a él, porque soy de piedra. Pero de alguna forma lo hago, al igual que he notado la mariposa.

Intento aferrarme a su calidez, intento poner los pies en la tierra con esa única sensación, pero no es suficiente para ganarle el pulso al pánico. No es suficiente para ayudarme a pensar.

Por lo menos no lo es hasta que Hudson enarca una ceja y esboza esa odiosa sonrisa que debería patentar.

—Estaba pensando en que debería llevarte a nuestro cuarto en la posada tal cual. ¿Qué te parece? Te puedo poner en la esquina y usarte de percha para colgar calcetines. —«¿Perdona? ¿De percha para colgar calcetines?»—. O no sé. Parece que la forma en la que tienes extendida la mano iría genial para colgar mi ropa interior. Creo que el único par de Versace que me queda quedaría espectacular colgado de

tu dedo corazón.

«¿Va en serio?» La irritación me invade. Sé que en realidad no haría lo que está diciendo, pero que diga esas chorradas mientras estoy atrapada en piedra lo hace parecer un capullo integral. Y si quiere hablar de dedos corazones, tengo uno que enseñarle.

—¿De qué más podrías servir? ¿Como tope para la puerta? O igual podría sacarte al balcón. Atraerías a más mariposas. Puede que hasta a algunos pájaros. Ya sabes lo mucho que me gusta la ornitología. —Chasquea los dedos—. ¡Ya sé! Puedo coger prestado un bol de la cocina y ponértelo en la cabeza. ¡Te convertiré en una pila para pájaros! Compraré un comedero para colibrís y te lo colgaré del dedo, y...

—¿Me estás tomando el pelo? —exclamo mientras la piedra me libera. Me paso dos segundos hecha de piedra móvil antes de volver a mi cuerpo normal—. ¿Una puta pila de pájaros? ¿Sabes qué? Cuando volvamos a la posada pienso quemar los calzoncillos de Versace. La próxima vez que los veas van a ser de ceniza.

—¡Grace! —Suspira con alivio—. ¡Has vuelto!

—No gracias a ti —espeto, aunque sé que no es verdad; la única razón por la que he salido de la piedra es gracias a él, y soy lo bastante espabilada para saberlo. Al igual que soy lo bastante espabilada para saber que ha dicho todo eso a propósito.

No es que se lo vaya a reconocer. No después de que haya amenazado con convertirme en un comedero de colibrís, joder.

—Oye. —Se encoge un poquito de hombros—. Estarías monísima de pila para pájaros. Además, he pensado que te animaría. No quería que te deprimieras.

—Qué generoso eres —digo empezando a caminar.

—Pues sí que lo soy. —Suspira con fuerza—. Aunque me da un poco de pena haber perdido el expositor de bóxers.

—Sigue así, Vega, y sí que voy a encontrar un lugar donde poner tus calzoncillos. Pero no te va a gustar lo que voy a hacer con ellos.

—Qué violenta, Grace. —Niega con la cabeza con pena, pero puedo atisbar un brillo de diversión en sus ojos—. ¿No se suponía que las gárgolas eran pacíficas?

—¡No tengo ni idea de lo que se supone que son! —exclamo—. Nunca he conocido a ninguna.

—Yo antes de conocerte a ti, tampoco. —Me quita los libros de

las manos y se coloca a mi lado mientras caminamos en silencio durante unas cuantas manzanas.

Hudson sigue echándome miradas con el rabillo del ojo; parece preocupado y eso debería cabrearme, pero no sé por qué no me molesta. Para cuando llegamos a la posada me he calmado lo suficiente para decirle lo que me ronda por la cabeza:

—¿Cómo me aseguro de que no vuelva a pasarme esto?

—Práctica —anuncia mientras me coloca una mano en las lumbares para mostrarme su apoyo—. Descubriremos cómo funciona y practicaremos. Mucho.

103

PÁSAME EL MUSMÚS
(GRACE)

Así que me dedico a eso la siguiente semana.

Con la ayuda de Hudson, la de Caoimhe y hasta con la de Nyaz.

Practico lo de convertirme en gárgola y volver a mi forma humana. Practico lo de convertirme en gárgola y volver a mi forma humana. Así una y otra y otra y otra vez.

A veces pasa sin más, con facilidad, y otras me resulta imposible conseguirlo. A veces me tiro una hora o más de piedra. Pero siempre logro encontrar la manera de recuperar mi forma humana, y con el tiempo cada vez me atasco menos.

Y vale, sí, sé que ser una gárgola es mucho más que convertirme en piedra y volver otra vez a ser una humana, pero es un buen punto de partida. Sobre todo teniendo en cuenta que no estoy preparada para entender lo de volar. Todavía tengo en la cabeza el recuerdo de convertirme en piedra y empalar, sin querer, al dragón con las manos.

Lo último que quiero es que me pase eso con una persona. O que me desplome en el aire y acabe aplastando a un viandante distraído.

No, controlar mi transformación en gárgola es lo más importante ahora mismo, sin duda. Ya me ocuparé del resto en otro momento.

Pero, claro, cuando me quedo atascada siempre es en los momentos inoportunos. Como cuando tengo un plan con Hudson. O cuando tengo que irme a trabajar. O cuando he quedado con una amiga.

Y es lo que me ha pasado hoy, y por eso llego quince minutos tarde cuando por fin me siento junto a Caoimhe a una de las mesitas de un restaurante que siempre se nos sale un montón de presupuesto. Pero me ha invitado ella, me ha dicho que pagaba ella, así que aquí estoy; aunque sí, quince minutos tarde.

—¡Perdón, lo siento! —le digo cuando cojo una de las aguas de la mesa y le doy un buen sorbo. Quedarme de piedra me da muchísima sed.

—Tranqui —me dice ella con una sonrisa—. He pensado en darte otros veinte minutos y luego ya ir a por ti. Mira el lado bueno, cuando eres de piedra se te da de miedo escuchar.

—Eso dice Nyaz —contesto, y doy otro sorbo.

—Bueno, ya veo cómo te va con las prácticas de gárgola. —Esboza una sonrisa de satisfacción—. ¿Qué tal el curro?

—Pues la verdad es que me va bastante bien. Resulta que tengo un don para «vender baratijas». —Hago el gesto de las comillas para repetir las palabras de mi jefa—. Y es genial porque me encanta venderle joyas a la gente. Ver la sonrisa en su rostro. Si le pillas el truco, es un buen trabajo.

Caoimhe sonríe al camarero que se acerca a nuestra mesa.

—Yo quiero una copa de laranfade —le pide—. Con bastante «ade».

—¿Y eso qué significa? —le pregunto. Aunque llevo cuatro meses en Adarie, todavía tengo mucho que aprender de la gastronomía y las costumbres del pueblo.

—Pues que lo quiero más dulce que ácido —me explica Caoimhe sonriéndome como si fuese el mejor día de su vida—. Bueno, mejor tráenos dos —le pide al camarero—. Y una ración de musmús para compartir. Estamos de celebración.

—¿Y qué celebramos exactamente? —quiero saber. Porque el inminente festival Lluvia de Estrellas y el posterior ataque inminente de una dragona no es ni por asomo algo en lo que quiera ponerme a pensar, y mucho menos celebrar.

—Oye, ¿comer con una de mis mejores amigas no es motivo suficiente? —pregunta levantando las cejas.

—Es motivo suficiente para una brocheta de verduras a la parrilla del puesto del parque. Esto... —le digo mirando a nuestro alrededor— está a otro nivel.

El camarero nos deja las bebidas con discreción y, después de pedirle lo que queremos comer, Caoimhe levanta la copa y dice:

—Por estar a otros niveles.

—No sé si me apetece brindar por eso —le contesto teniendo en cuenta lo que sé de sus motivos ocultos.

—¡Venga, vive al límite! Hoy vamos a celebrar la vida. —Choca su copa con la mía y le da un buen trago a la bebida antes de cambiar de tema—: Bueeeno, ¿y qué tal le va a Hudson?

—Pues como siempre —respondo recelosa—. Muy bien.

Caoimhe pone los ojos en blanco.

—Mi pregunta no iba por ahí, y lo sabes bien. ¿De donde vienes las amigas no hablan de sus novios o qué? ¡Necesito detalles!

—Los detalles no han cambiado desde la última vez que hablamos del tema, de él, hace dos semanas. No sé qué quieres que te cuente.

—¿Todavía se te caen las bragas al verle? —me pregunta moviendo las cejas—. En el buen sentido, claro. —Pienso en lo que he estado haciendo toda la mañana y noto cómo me ruborizo—. ¡Ay, eso es que sí! —se jacta la cantante—. Venga, ¡suéltalo! Algunas tenemos que vivir la vida a través de nuestras amigas.

—Ojalá tuviera algo que contarte —le digo suspirando—. Me he pasado toda la mañana viendo cómo doblaba calcetines.

Caoimhe me observa abriendo y cerrando los ojos.

—Y ¿por eso te acabas de sonrojar?

Miro por la ventana. Observo las luces del restaurante. Jugueteo con la cubertería de plata.

Pero Caoimhe no pilla la indirecta. Se cruza de brazos y se limita a esperar a que hable, hasta que suelto un suspiro profundo y admito:

—Solo llevaba unos pantalones deportivos.

—Y ¿los pantalones deportivos te ponen cachonda y nerviosa? —me pregunta.

Y me veo obligada a poner los ojos en blanco.

—No llevaba ni camisa, ni camiseta, ni nada.

Caoimhe se ríe. Mucho.

Cuando recupera la compostura, decido que quizá una «rajada con mi amiga» sea justo lo que necesito para relajarme un poco, así que me lanzo.

—¡Nunca se pone camiseta ni nada! ¡Me saca de quicio!

A Caoimhe le brillan los ojos, y se inclina hacia delante.

—Cuéntame más.

Inspiro hondo y se lo cuento. Le cuento todo. Cómo Hudson ha decidido pasearse por la habitación sin camiseta a todas horas. Hasta cuando estamos pasando el rato y jugando con Humito. Es como si

supiera que no puedo apartar la mirada de la forma en la que su piel suave se mueve sobre los músculos y los huesos de su espalda.

—Y ¡no me hagas hablar de sus abdominales!

—Y ¿le has pedido que se ponga algo de ropa y se ha negado? —pregunta Caoimhe.

—Claro que no. —Eso no viene al caso—. El sol nunca se pone. Tiene calor.

—Así que entonces tú tampoco llevas ropa —me contesta ella asintiendo—. Para no tener calor.

—¡Yo siempre voy vestida! —Resoplo—. No hace tanto calor.

Mi amiga se limita a sonreírme con complicidad. Odio que tenga razón. Hudson no lo está haciendo a propósito. Sé que no. Y que se pondría algo si se lo pidiera. Solo se pone cómodo para vivir en su propio espacio. Seguramente en nuestro mundo fuera así por su casa.

—¿Podrías liarte con alguien para que podamos hablar de una vida amorosa de verdad y no de esta desgracia que estoy viviendo? —me quejo.

—Venga ya. —Hace un ademán con la mano—. Eso para mí es cosa del pasado. Descubrí que no vale la pena comerse las patatas patsoni por el crujiente.

—Ni siquiera entiendo qué quieres decirme con eso.

—Claro que sí —contesta dándole otro sorbo a la bebida—. Tú eres una afortunada.

—¿Por conseguir la patata patsoni y el crujiente? —pregunto con ironía.

—Todo el mundo consigue la patata patsoni y el crujiente. Lo que pasa es que, por lo general, la patata patsoni es muy muy amarga... y superseca, y no vale la pena comérsela.

El camarero nos trae el musmús y los platos llegan espolvoreados con una especie de condimento que huele de maravilla.

Me llevo un poco a la boca con una sonrisa. Entonces, cuando acabo de masticar, enarco una ceja y pregunto:

—¿Me estás queriendo decir que Hudson es seco y amargo?

—No, pero quien se pica... —comenta encogiéndose de hombros.

—¡Oye! Que es seco en plan bien, y cada día está menos amargado.

—No puedo saberlo. —Y me lanza otra mirada hosca—. Mi amiga no me cuenta nada.

—Ya te lo he dicho. No tengo nada que contar.

—Venga ya —me dice riéndose—. Siempre hay algo que contar. Ya he visto cómo te mira el chaval.

—¿Ah, sí? —Ahora ha conseguido que ponga en ella toda mi atención—. Y ¿cómo me mira?

La sonrisa de Caoimhe desaparece.

—Como si quisiera hacerlo durante el resto de su inmortal vida —me contesta totalmente en serio.

—Deja de reírte de mí un segundo —le pido poniendo los ojos en blanco—. Es imposible que saques eso de una mirada.

Parece ofendida por mis palabras.

—Claro que puedo. Como artista, me he pasado la vida leyendo a la gente. Y ese chico está loco por ti, estoy cien por cien segura.

Con sus palabras aviva el calor de mi interior. No sé si lo que dice es verdad o no; a pesar de las habilidades que dice tener, muchos días Hudson puede ser tan hermético como un libro cerrado. Pero entonces me doy cuenta de que quiero que lo sea. Quiero que Hudson me desee... como yo estoy empezando a desearlo a él.

No como a alguien con quien pasar el rato. No como a alguien a quien besar y ya. Lo deseo.

Igual por eso me meto más musmús en la boca y tomo la decisión, aquí y ahora: Hudson y yo por fin vamos a tener esa conversación.

104

ME HAS DEJADO DE PIEDRA (GRACE)

Han pasado un par de semanas desde aquella comida con Caoimhe y todavía no he descubierto la forma de conseguir que Hudson me revele sus sentimientos.

Cada vez que saco el tema, dice que Humito necesita salir a pasear. O que se ha olvidado de contarle algo a Nyaz. O que tiene que darse una ducha.

Si no lo conociera habría dicho que me estaba evitando.

No, resulta que sí me estaba evitando.

Ni siquiera puedo conseguir que se alimente.

Farfullando entre dientes, encuentro un asiento en plena plaza del pueblo para tomar mi almuerzo. La biblioteca está justo delante de mí y, mientras la contemplo, me pregunto si debería entrar y pasarme a saludar a Hudson. Hoy no hay clases, así que me ha dicho que tenía que investigar unas cosas.

El tiempo se nos echa encima a ambos y me da pánico pensar que no estaremos listos cuando vuelva a caer la noche.

Cuando regrese la dragona.

Todavía nos queda tiempo, pero no puedo evitar pensarlo. No puedo evitar preguntarme si mi gárgola va a estar lista para pelear durante el ataque. Porque ni de coña pienso sentarme y dejar que mis nuevos amigos mueran. No cuando se han portado de maravilla conmigo. Los trovadores, Nyaz y Tinyati, mi jefa. Incluso Dolomy, la bibliotecaria, ha empezado a abrirse conmigo, si bien Hudson sigue siendo su favorito.

Aunque la verdad es que, en general, es el favorito de todo el mundo últimamente. Humito apenas le quita el ojo de encima, incluso cuando está en el trabajo. Nyaz lo invita a su partida de cartas

semanal con los amigos. Y Lumi le está dando clases de trompeta a cambio de clases de francés mientras Caoimhe y yo nos dedicamos a probar restaurantes locales.

La verdad es que nos estamos integrando muy bien mientras construimos una vida.

La papelera está al lado de la estatua de la mujer y el dragón y, cuando la contemplo plantada delante, me doy cuenta de una cosa en la que no había reparado antes... Tiene cuernos.

El corazón me palpita a toda prisa en el pecho. ¡Es un monumento conmemorativo de una gárgola luchando contra un dragón!

Anoto mentalmente que tengo que preguntarle a Hudson si alguien le ha contado algo acerca de la estatua. Sin duda alguien sabrá por qué se construyó.

Puede que las gárgolas tengan la habilidad natural de abrir fisuras en el tiempo. Puede que viniera al Reino de las Sombras por accidente, como yo.

De repente me da un vuelco el corazón y se me cae el alma a los pies. Soy la única gárgola de Adarie, lo que significa que esta, fuera quien fuese, perdió la batalla contra el dragón del tiempo. Me trago la bilis que me sube por la garganta y tiro el resto del sándwich que no me he comido a la basura.

No me agrada la idea. No me gusta imaginármela perdiendo, muriendo y convirtiéndose en otra cosa que no sea la gárgola fiera que tengo delante, plantándole cara a un dragón.

Con ojos desafiantes, labios apretados y la cabeza inclinada para la batalla con los cuernos gigantes preparados. Es una tía dura de todas las formas posibles y hay una parte de mí que quiere ser igual que ella cuando sea mayor.

En cuanto pienso eso, algo ocurre en mi interior.

En lo más profundo, en un lugar que no reconozco, un lugar que no estoy segura de haber sentido nunca antes, se remueve algo que no puedo explicar. Que no puedo describir.

Es como si se encendiera una luz platino interior, que brilla más con cada segundo que pasa. Su resplandor baña todas las esquinas oscuras que tengo dentro, todos los recovecos en penumbra que ni siquiera sabía que existieran hasta este momento, y los llena de poder. De fuerza. De una determinación que no había sentido jamás, por lo

menos no así.

Y entonces ocurre algo más.

Todos esos lugares que toca la luz se empiezan a convertir en piedra poco a poco.

Llevo semanas intentando que sucediera, he intentado encontrar mi gárgola en mi interior desde que me convertí la noche que los dragones atacaron. Pero no podía encontrarla, no podía descifrar cómo conseguirlo. Sí, me he convertido en piedra, pero no había sentido nada igual.

Ahora que he encontrado a mi gárgola (en cierto modo), no quiero que pare jamás. Nunca me había sentido más poderosa, más en paz, en toda mi vida.

Nunca me había sentido tan plena, como si todas las partes de mí estuvieran funcionando en armonía por fin. Como si por fin fuera lo que siempre he estado destinada a ser.

Es muy raro que haya tenido que venir a otro mundo (otro reino) para encontrarla. Y más raro aún saber que siempre ha estado ahí.

Durante un instante pienso en mis padres. Me pregunto si lo sabían, me pregunto por qué no me lo contaron si así era. Pero después lo dejo estar, porque no importa. No ahora mismo, cuando tengo alas. Y garras. Y un cuerpo hecho de piedra.

Ahora que sé lo que está ocurriendo y no estoy aterrada por algo que no entiendo es una pasada.

Doy un par de pasos y recuerdo al instante lo mucho que cuesta andar cuando se es de piedra. Intento centrarme en la luz de mi interior, intento usarla para cambiar a mi otra forma de gárgola, esa con la que podía volar, correr y toda clase de cosas increíbles.

No ocurre como la noche de la pelea con los dragones. No me convierto en una gárgola al instante y me pongo a correr por ahí haciendo toda clase de virguerías.

Pero cuando me lanzo de cabeza a mi interior en busca de la fuente de la luz que me recorre por dentro, por fin veo un hilo de color platino que brilla con fuerza. Está en medio de un montón de hilos distintos: uno rosa eléctrico, uno verde esmeralda y uno de color azul brillante que parece irradiar calidez y alegría.

Pienso en tocarlo, solo para ver qué pasa, pero al final decido cambiar de idea porque el platino me está llamando. Respiro hondo otra vez, suelto aire a la de diez como me enseñó la madre de Heather,

y poco a poco deslizo los dedos por encima del hilo.

Mi piedra se estremece y por un instante noto que empieza a ocurrir algo. Pero, en cuanto aparto los dedos del hilo, se detiene. Así que lo intento de nuevo, aprieto los dedos contra el hilo con más fuerza esta vez. De nuevo la piedra se estremece. Tiembla. Un cosquilleo nace en mis terminaciones nerviosas, se va propagando cada vez más por mi cuerpo con cada segundo que pasa.

Pero se vuelve a detener en cuanto aparto la mano del hilo, todo vuelve a convertirse en piedra maciza y me cuesta mucho moverme.

Al final me canso de experimentar, me canso de dar pasos tan vacilantes. Y hago lo único que se me ocurre. Extiendo la mano y agarro el hilo platino tan fuerte como puedo.

Y así, sin más, todo cambia.

105

ESTO SÍ QUE ES TENER LA CARA DURA (GRACE)

Siento que todo mi cuerpo se ilumina de dentro hacia fuera. Noto que la sensación de la piedra pesada desaparece, y en su lugar percibo una ligereza que solo he experimentado una vez en mi vida: la noche del festival.

Vuelvo la cabeza para mirarme la espalda, y veo que las alas me salen de los omóplatos. Me miro la piel y me percato de que es de un color plateado brillante.

¡Lo he conseguido! ¡Me he convertido en piedra, y después he pasado de la piedra a mi forma de gárgola normal! ¡Y en modo gárgola puta ama total, no solo piedra!

Me invade la emoción. Lo he conseguido. De verdad.

Le echo un ojo a la torre del reloj y veo que todavía me quedan quince minutos para volver a mi turno en la tienda, y solo hay una cosa que me apetezca hacer. Solo hay una persona a la que quiera contarle lo que he hecho.

La biblioteca está al otro lado de la plaza abarrotada de gente, pero seguro que tardo mucho menos si voy volando. Nunca antes he alzado el vuelo desde el suelo; la última vez que volé fue tirándome desde el enorme tramo de las escaleras del ayuntamiento. Pero pienso que para qué voy a probar mañana si lo puedo intentar hoy.

Aun así es la hora de la comida en la plaza del pueblo y hay un montón de gente paseándose por allí ahora mismo; y muchas de esas personas me están mirando, porque seguramente no hayan visto una gárgola en su vida. Y, aunque no me molesta en absoluto, lo último que quiero es matarme delante de ellas. Sobre todo si voy a tener que intentarlo más de una vez para que me salga lo de volar.

Así que, en vez de echar a volar justo delante del cenador, doy la

vuelta a la esquina hasta la otra calle, donde hay mucha menos gente. Y me lanzo a hacerlo.

Cierro los ojos (cosa que no creo que sea la forma más acertada de intentar volar, pero sí que es la más acertada para no ver si te vas a pegar una hostia), inspiro hondo y echo a correr. Sin embargo, cuando trato de impulsarme en el aire, acabo dándome contra el suelo. Un buen golpe.

«Será como ir en bicicleta», pienso mientras me levanto y me palpo el cuerpo para ver si me he hecho alguna grieta o fisura. Resulta que mi piedra es la hostia de resistente. Menos mal. Un par de intentos más, y un par de caídas más, y lo conseguiré. Inspiro hondo otra vez, echo a correr por la calle... y me vuelvo a estampar contra el suelo.

Cinco minutos y un par de raspones en los codos después se me ocurre que igual debería tratar de volver a saltar desde unas escaleras. A mi lado hay un edificio con unas escaleras que dan a la calle y que suben por la pared lateral, y me parece un buen lugar para intentarlo. Así que subo las escaleras, me encaramo al pasamanos y ni siquiera me preocupo por mirar hacia abajo. Sé que si lo hago, no voy a saltar en la vida, y tengo que aprender a hacer esto en las próximas semanas.

Además, se me está acabando la pausa para comer y me muero de ganas por enseñarle a Hudson lo que sé hacer. Así que mando todo a la mierda y salto del pasamanos.

Empiezo a caer, como me pasó hace unas semanas. Pero esta vez consigo levantar antes el vuelo (menos mal) y la sensación es increíble, lo estoy haciendo. Estoy volando. O por lo menos me dejo llevar por la brisa, cosa que definitivamente tengo que hacer para librarme de otra hostia.

Me habrá costado unos buenos diez minutos despegar los pies del suelo, pero tenía razón al pensar que tardaría menos en llegar a la biblioteca volando. Aterrizo justo delante de la puerta unos dos minutos después de haber saltado de la barandilla. Y ¿puedo decir la puta pasada que es volar?

Es que es increíble lo divertido que es, hasta con los codos llenos de rasguños.

Entro a toda prisa en la biblioteca, emocionada por contarle a Hudson lo que ha pasado. Después de mirarme tres veces cuando me ve llegar, la joven bibliotecaria suelta lo que parece una risilla y me

señala el patio pequeño para los empleados que hay al fondo. Al parecer no soy la única que está en su pausa para la comida.

Pero, cuando llego a la puerta de cristal que da al exterior, vacilo antes de abrirla. Porque Hudson está sentado a la mesita de madera para los empleados, con los codos apoyados en las rodillas y sujetándose la cabeza con las manos. Humito está a su lado, con uno de los lazos que Hudson siempre le compra alrededor de la cintura, con la cabeza en el regazo del chico, como si intentase consolarlo.

Es una pose tan poco típica de Hudson que, en cuanto lo veo, me doy cuenta de qué pasa. Además, no me hace falta verle la cara para saber que es algo malo. O para notar el hambre y el cansancio que siente.

Igual que yo últimamente he estado practicando cómo controlar mis formas de piedra, Hudson ha estado ayudando al alcalde a construir refuerzos en el pueblo para la vuelta de la dragona. Hasta se desvaneció a un pueblo cercano para recoger unas cajas de cerrojos de acero para asegurar el portón delantero. Y eso sin dejar ninguno de sus dos trabajos, y todavía tiene tiempo para pasar el rato conmigo.

Y yo sabía que tenía hambre; pero no era consciente de la gravedad de la situación. Cada vez que he intentado que se alimentara, ha cambiado de tema o ha insistido en que estaba bien, como cuando trato de hablar de nuestra relación.

Pero ahora sé que tengo que hacer algo más. Porque no puedo dejarlo así, pasándolo mal; no puedo dejarlo sufriendo sin procurar echarle una mano.

Además, también sé que no quiere que lo vea en este estado. Si no, no fingiría en casa como lo hace. No había visto estos niveles de cansancio en él desde nuestra época por las montañas, donde no podía hacer nada para evitar que lo viera.

Me planteo la opción de dar media vuelta y regresar al trabajo antes de que Hudson me vea; no es el lugar para el enfrentamiento que sé que se avecina. Pero es que al mismo tiempo tengo que comprobar que está bien. Así que, en vez de acercarme a él sin que me vea para enseñarle mi forma gargólica como tenía previsto, toso a propósito y hago ruido al abrir la puerta.

Cuando salgo al patio Hudson ya está de pie, sonriéndome, y no hay ni rastro de agotamiento en su rostro. O al menos no lo veo si no me fijo con atención. En cambio, Humito corretea a sus pies a toda

velocidad mascullando. Igual no puedo comunicarme con ella, pero sé cuándo está angustiada. Es evidente que está tan preocupada por Hudson como yo.

Si lo miro con atención, puedo ver una sombra en sus ojos y un par de arruguitas de tensión en las comisuras de la boca.

—¡Fíjate tú! ¡Sabía que lo conseguirías otra vez! —me dice con una sonrisa que no acaba de darle caza a las sombras de dolor que veo en sus ojos—. ¿Cómo lo has hecho?

—He mirado en mi interior y he visto todos los hilos, seguro que es lo mismo que viste tú cuando buscaste mi vínculo de compañera de Jaxon. Y allí estaba, en medio del resto de los colores, un hilo platino. E incluso antes de tocarlo sabía que era el hilo de mi gárgola.

—Un segundo. —Ahora parece asombrado—. ¿Has visto los hilos? ¿Todos?

—¡Sí! Y ¿te puedes creer que mi hilo de gárgola estaba justo ahí, en el centro de todos?

Hudson se inclina para acariciar a Humito y me dice:

—Te sienta bien ser una gárgola.

—Estoy segura de que crees que cualquier cosa me sienta bien —contesto poniendo los ojos en blanco.

—Ya lo sé, debe de ser muy duro tener un amigo que cree que eres preciosa hasta cuando eres plateada. ¿Cómo lo aguantas?

—Es muy duro —confirmo con un suspiro despreocupado—. Pero me esforzaré por apañármelas.

—Gran plan. —Me da un beso fugaz en la frente—. Porque no creo que la situación vaya a cambiar a corto plazo.

—¿Lo de la amistad? —pregunto enarcando las cejas.

—Me refería a lo de que seas preciosa, pero sí —responde riéndose—. No creo tampoco que lo de ser amigos vaya a cambiar a corto plazo.

—Vaya. Eres un encanto. —Recupero mi forma humana y le pongo ojitos, moviendo tanto las pestañas que se me mete una en el ojo.

Y Hudson se descojona. Se descojona tanto que, cuando intenta ayudarme a quitármela, tenemos que dejarlo estar porque se está partiendo de risa todo el rato.

—Déjame —le digo, y finjo darle un empujón en el pecho—. Ya me quitaré yo sola la puñetera pestaña.

Su única respuesta es ponerme los ojos en blanco otra vez... justo antes de acunarme la cara con las manos.

—Déjame ver —me dice con cuidado, y el gesto es tan propio de él que me callo al instante. Un par de segundos después la pestaña está por fin fuera de mi ojo, y Hudson se está alejando varios pasos de mí.

—¿De cuánto tiempo disponemos antes de que tengas que volver al trabajo? —me pregunta con las manos bien metidas en los bolsillos.

—De unos cuarenta y cinco segundos —contesto. Pero aprovecho bien el tiempo y le hago una pregunta que él me hace continuamente, quiera oírla o no—. ¿Estás bien?

Por un segundo se le nubla la mirada y sus ojos adquieren el color de una tormenta de verano. Pero entonces sonríe y me responde:

—¿Cómo no iba a estarlo?

—No sé. Es una impresión que tengo. —Analizo su gesto y tardo en ofrecerle mi apoyo para darle la oportunidad de contarme la verdad.

No obstante, esa no es la opción que escoge. En cambio, se obstina en lanzarme una sonrisa sexy que debería despertar en mí todo tipo de sensaciones; sensaciones que no tienen nada que ver con el miedo o el enfado. Porque eso es lo que debería sentir, pero no lo estoy sintiendo. Porque Hudson no confía en mí para contarme lo que le está pasando, y eso desencadena que yo tampoco confíe en él.

Sobre todo cuando me dice:

—Si es lo que estás sintiendo, debo de estar haciendo algo mal.

—Pues sí —coincido—. Seguro.

Entonces abre los ojos como platos y, por primera vez en el día de hoy, una mirada de incertidumbre se adueña de su rostro.

—¿Grace?

Pero ahora es un poco demasiado tarde. Estoy cabreada, y el cabreo me va a durar un buen rato. Porque él sabe que en este mundo solo nos tenemos el uno al otro y, si sigue mintiéndome con algo tan importante como su salud, ¿qué cojones se supone que estamos haciendo?

¿Y qué cojones vamos a hacer ahora?

106

A ALCALDE REGALADO NO LE MIRES EL DENTADO (GRACE)

Voy echando humo todo el camino hasta llegar a la tienda. Y desde entonces el día solo empeora. No es solo que tengamos muchísimo trabajo (y me refiero a tener trabajo a lo «no cabe ni un alfiler»), sino que mi jefa también se ha peleado con su marido, así que está de muy mal humor.

No lo paga conmigo, pero no tiene ninguna paciencia con los clientes complicados. Con lo cual me toca a mí calmar las aguas revueltas, algo que intento que se me dé bien, pero que solo consigo la mitad de las veces.

Faltan quince minutos para el cierre y las cosas se tranquilizan por fin dos horas después de mi supuesta hora de salida. Estoy hambrienta porque he estado trabajando durante la hora a la que suelo cenar, además de gruñona porque la faena de la tarde ha dejado las estanterías y las perchas arrasadas y soy yo la que tiene que volverlas a organizar antes de salir esta noche.

Si a eso le añades el dolor de cabeza que se me está formando detrás de los ojos y promete arruinarme la noche, no podría estar de mejor humor, oye. Sobre todo porque ya me estoy comiendo la cabeza con la pelea que he de tener con Hudson.

En medio de este torbellino de problemas, tan insignificantes como reales, entra Souil. Luce una sonrisa agradable en el rostro y sus ojos desbordan simpatía, pero yo no nací ayer. Los trajes de los setenta que lleva no han salido de esta tienda. Eso significa que la única razón por la que está aquí es porque quiere verme.

Una pena que yo no sienta lo mismo.

No es que tenga nada en su contra. No lo tengo. Parece un tipo bastante majo para ser político, pero lo último de lo que quiero hablar

esta noche es de la dragona del tiempo. Sobre todo con él.

Además, parte de la culpa de que Hudson esté tan hecho polvo la tiene él. El alcalde todavía se niega a advertir a la gente del pueblo del inminente ataque de la dragona, aunque hemos conseguido que prometa aconsejar a los habitantes que se queden en casa durante el festival mientras nos enfrentamos a la dragona más allá de los muros del pueblo. Así que Hudson ha estado yendo de lado a lado después del trabajo fortificando las murallas, los portones y cualquier edificio que pueda con la mínima ayuda externa.

Rechino los dientes cuando Souil empieza con otro de sus discursos sobre cómo se convirtió en alcalde. Estoy demasiado cansada para hacerle caso.

Tiene demasiadas historias y demasiados consejos, cuando lo único que me apetece de verdad es ducharme y cenar algo. Como una pizza o una ración gigante de patatas fritas con queso. Pero, como en el Reino de las Sombras no hay nada de eso, mi noche no tiene buena pinta.

—¿Puedo ayudarte con algo, alcalde? —Al final interrumpo su historia para preguntar, he de esforzarme para no sonar maleducada. No es culpa suya que haya tenido un día de mierda, y no es culpa suya que lo único que quiera es irme a casa.

—Ah, necesito un regalo para la hija de un amigo. Mañana celebra una fiesta por su dieciséis cumpleaños y he pensado que podrías ayudarme a elegir algo que le encante. Ha pasado un par de años malos en lo que a salud se refiere, así que su madre no ha escatimado en nada para este cumpleaños. Yo quiero hacer lo mismo.

Pues vaya. Ahora no solo me siento una gruñona, también una grosera.

—¡Eso es increíble! —le digo, y él parpadea un poco, supongo que por el cambio repentino en mi tono de voz. Pero ahora que sé que no está aquí para sacar el tema de la dragona, estoy más que dispuesta a ayudarlo. Además, me libro de ordenar las bufandas durante un rato y eso siempre es un plus—. ¿Estabas pensando en ropa? —pregunto mientras lo conduzco al centro de la tienda—. ¿Joyas? ¿Gafas de sol?

—La verdad es que hace mucho tiempo que no compro un regalo para una jovencita. ¿Qué crees que le gustará?

—Es complicado saberlo, porque todo el mundo es diferente. ¿Igual te interesa más comprarle una tarjeta regalo? Así puede elegir

lo que más le guste.

Esboza una mueca.

—Pero así se pierde el factor sorpresa, ¿no crees? Además, últimamente ha estado muy enferma, así que no creo que pueda venir de compras durante un tiempo.

—Vale, tienes razón. —Echo un vistazo a la tienda, que sigue pareciendo que la haya arrasado un tornado, e intento pensar. Macy y yo tenemos gustos muy distintos, ¿qué cosa nos gustaría recibir a ambas como regalo?

Desde luego la ropa queda descartada, porque seguramente no sepa la talla que usa. Las gafas de sol también dependen de la forma de la cara de cada persona. Así que tienen que ser joyas.

—¿Qué me dices de una pulsera? —tanteo mientras lo guío hasta la pared del fondo de la tienda, al lado de las cajas registradoras. Ahí exponemos las joyas de una gama más alta de la normal.

—Igual eso sí que le gusta. Su madre suele llevar muchas joyas, ahora que lo pienso. —Suena emocionado y esboza una sonrisa más amplia—. ¡Buena idea!

Le muestro varias pulseras que creo que nos gustarían tanto a Macy como a mí, y acaba escogiendo una compuesta por una serie de soles entrelazados, elaborada con un metal morado exclusivo del Reino de las Sombras.

—Es una elección excelente —anuncia Tinyati cuando la llevamos a la caja—. Grace, ¿por qué no le cobras al alcalde y envuelves la pulsera para regalo? Después puedes irte a casa.

—¿A casa? —Miro a mi alrededor, la tienda sigue hecha un desastre—. Pero...

—Ya te has quedado hasta muy tarde —replica—. Sé que lo más seguro es que tú y Hudson tengáis planes y agradezco mucho que me dejes fastidiártelos.

Souil bromea conmigo mientras le cobro, después envuelvo la pulsera con un bonito papel dorado y un lazo morado. Cuando se lo entrego le rozo la mano sin querer por primera vez desde nuestro apretón de manos en su casa.

Mis dedos se deslizan por encima del anillo que lleva en el dedo índice derecho y, en cuanto lo toco, un calambrazo de electricidad me sube por el brazo.

Pero después el alcalde me vuelve a dar las gracias antes de coger

el paquete y desaparecer por la puerta con una sonrisa y un gesto de despedida.

—Qué raro es —comenta Tinyati en cuanto la puerta se cierra a sus espaldas.

—¿Por qué dices eso? —Sé por qué pienso yo que es raro, pero ella lo conoce desde hace mucho más tiempo que yo. Sé que Hudson no confía en él, pero (hoy sobre todo) parece inofensivo. Un poco excéntrico y muy narcisista, pero aun así inofensivo.

—¿Has visto la forma como se viste? —Niega con la cabeza—. Llevo años diciéndole que venga aquí a comprar. Que le renovaré el armario con un buen descuento, pero nunca me hace caso. —Chasquea la lengua—. Sigue llevando esos pantalones apretados y cadenas. Es rarísimo.

—Y aun así lo habéis votado como alcalde.

—Según tengo entendido, decir que lo «votaron» sería pasarse. Fue antes de que naciera yo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto mientras en mi interior saltan todas las alarmas—. ¿En Adarie no tenéis elecciones?

—Bueno, la verdad es que no. Cuando llegó aquí, Souil decidió que necesitábamos un alcalde para representar nuestros intereses ante la reina de las sombras. Cuando nadie se presentó para serlo, se ofreció voluntario y redactó una solicitud. Consiguió que firmara una gran parte del pueblo y de repente empezó a referirse a sí mismo como alcalde.

—¿Hace cuánto tiempo ocurrió eso? —inquiero—. Ha sido alcalde durante doscientos años, ¿no?

—Ya estaba aquí antes de que mis bisabuelos nacieran. Así que es posible.

Pienso en su casa, que se parece un montón a una réplica de las mansiones de los setenta.

—¿Ha sido alcalde durante doscientos años y nadie le ha ganado en las elecciones?

—Nunca ha habido elecciones. Cada cinco años o así va preguntando para ver si alguien quiere sustituirlo como alcalde, por lo menos desde que yo nací. Hace un trabajo decente, así que supongo que nadie decide presentarse como su oposición. Y él sigue a lo suyo.

—Hala. —Niego con la cabeza mientras intento descifrar cómo funciona la cosa.

—Pues eso digo yo. —Se ríe—. Y hablando de periodos largos, llevas aquí todo el día. Ve a buscar a Hudson y pasadlo bien. —Mueve las cejas de arriba abajo para asegurarse de que entiendo a qué se refiere.

Y no. Es que no. No voy a hablar de nuestra vida sexual (o nuestra falta de ella) con mi jefa.

—Esta noche no tenemos pensado pasarlo bien como tú piensas —digo agarrando mi bolso de debajo del mostrador, donde lo he guardado al empezar mi turno esta mañana.

—Uy, ¿por qué no? —pregunta al tiempo que alza las manos exasperada—. Sois jóvenes, guapos y flexibles. ¿Cuándo va a ser mejor momento que ahora?

¿Flexibles? ¿En serio ha dicho que somos flexibles? Pero ¿qué narices se piensa esta que hacemos Hudson y yo en la posada, con sus paredes finísimas? Aunque tampoco es que quiera saber qué está pensando. Ya tengo bastante con saber que cree que necesitamos ser flexibles para hacerlo.

—Tengo que irme —anuncio mientras me dirijo a la puerta deseando con todas mis fuerzas que pille la indirecta y lo deje estar—. Nos vemos mañana.

En vez de eso levanta los pulgares y dice:

—¡Ese es el espíritu, Grace!

Y no es que ande, es que me lanzo de cabeza a la puerta. Intento no pensar en lo que va a pasar de verdad cuando llegue a la habitación que comparto con Hudson.

107

LA NIÑA BUENA SE HA PILLADO UN BUEN CABREO (HUDSON)

Me revienta la puta cabeza.

Por lo general los vampiros no son propensos a dolores físicos raros (forma parte de lo de la inmortalidad y eso), pero desde que llegamos a Noromar, donde el sol brilla a todas las putas horas, eso ha cambiado en mi caso.

Huelga decir que no es que me sorprenda. Ni siquiera le sorprende a Humito, dado que ha saltado por la ventana hace unos diez minutos para recoger flores y jugar con un par de niños en la plaza, en vez de recluirse en la oscuridad conmigo esta noche.

Cuando he llegado a casa de la biblioteca me he dado una ducha, pero no me ha ayudado nada. Ni tampoco intentar echarme la siesta mientras esperaba a que Grace volviera del trabajo.

La chica le ha dejado antes un mensaje a Nyaz para mí, en el que me informaba de que se iba a quedar trabajando hasta tarde. Pero no me ha dicho cómo de tarde llegaría, así que me he dedicado a estar aquí tumbado en la oscuridad (gracias a las cortinas opacas) con la esperanza de que se me pase este puto dolor de cabeza antes de que Grace llegue a casa.

Por ahora el dolor no ha hecho más que empeorar.

Qué sorpresa. Aquí, en el Reino de las Sombras, nada parece funcionar como tendría que hacerlo. Ni siquiera mi relación con Grace.

En cuanto salimos de la guarida las cosas empezaron a cambiar, a evolucionar, y yo pensaba que iban muy bien encaminadas. Pero, después del *brunch* en casa del alcalde, tuve que admitir que seguía siendo el segundo plato de Grace. Y ya no quiero ser el segundo plato de nadie nunca más.

Aunque ese nadie se ofreciera a treparme como si fuera un árbol; a pesar de que, he de admitir, hacer caso omiso de esa sugerencia casi me mata.

En fin, así están las cosas. No como yo quisiera que estuviesen, pero aun así bien. Están mejor de lo que me habría imaginado que estarían con ella cuando nos quedamos atrapados en la guarida. Puedo pasar todos los días con mi mejor amiga, alguien a quien le encanta pasar el tiempo conmigo también. ¿No es increíble?

Me trago el nudo que se me ha hecho en la garganta mientras pienso en cómo todo eso va a cambiar esta noche.

Hoy Grace ha visto los hilos... y al parecer solo se ha alegrado de ver su hilo de gárgola. Cuando se ha ido de la biblioteca era evidente que estaba enfadada conmigo por algo, y no hay que ser un genio para darse cuenta de por qué. Por ese puto hilo azul.

Me doy la vuelta en la cama, frustrado. Si bien me arrepiento al instante, porque no hace más que intensificar el dolor de cabeza que tengo. Pero no tengo mucho tiempo para preocuparme, porque puedo oír las pisadas de Grace al final del pasillo. Un par de segundos después el aroma a canela impregna la habitación.

Ha llegado a casa.

Y no estoy preparado.

Me levanto de la cama e ignoro que todo me da vueltas cuando aliso las sábanas. Solo es un dolor de cabeza, me recuerdo. Se me pasará rápido.

Cuando la puerta se abre y Grace entra en el cuarto, me pilla abriendo las cortinas.

Ha vuelto a su forma humana y, a juzgar por la forma en la que el pelo se le sale del moño en el que ha intentado someterlo, ha tenido una tarde movidita. Cosa que explicaría por qué ha llegado más de dos horas más tarde de lo normal.

—¿Un mal día? —le pregunto mientras cierra la puerta y se recuesta en ella.

—Algo así —contesta observándome de arriba abajo con los ojos entrecerrados—. ¿Es que nunca te pones camiseta para estar aquí?

—Eh..., perdona. No sabía que te molestaba. —Sin apartar la mirada de ella, me inclino para coger la camiseta y me la pongo. Vuelvo a intentarlo—: ¿Qué tal el día?

En vez de responderme, Grace me pregunta:

—¿Qué tal tu día?

Por cómo suena no da la sensación de ser una trampa, pero a mí sí que me lo parece.

—Bastante bien —le digo, porque es lo único que puedo decirle. Y porque es la verdad, sin contar que me he pasado el día con la cabeza a punto de explotarme y que creo que Grace va a romperme el corazón en mil pedacitos. Al menos ese dolor me hará olvidar lo mucho que me duele la cabeza, razono.

—¿Es una pregunta? —Habla en un tono bajo, pero eso no evita que sus palabras resuenen por la habitación.

—No lo sé —replico en un tono tan bajo como el suyo—. ¿Lo es?

Grace no me contesta, se me queda mirando unos instantes. Justo cuando estoy a punto de romper este silencio y pedirle que me saque de la incertidumbre, se marcha. Se mete en el baño y cierra la puerta. Un par de segundos después oigo correr el agua de la ducha.

Y vale, sí, mensaje recibido. No tengo dudas de que está cabreada por lo del hilo azul.

Me cago en todo en voz baja y me paso una mano por el pelo. Después me siento en el borde de la cama e intento asegurarme de que siempre he sabido que los hechos se iban a desarrollar así. Tenía esperanzas de que estuviese empezando a sentir algo por mí. Algo que nos sirviera de cimientos. Supongo que me equivocaba.

A pesar de sentirme mal por el evidente enfado de la chica, llamo a Nyaz y le pido que nos suba un sándwich de queso de braca fundido y algo de fruta para Grace.

Los minutos pasan mientras espero impaciente a que Grace salga de la ducha, pero ha decidido tomarse todo el tiempo del mundo. Doy por hecho que es porque la guerra psicológica existe. Algo que Cyrus me enseñó hace muchísimo tiempo.

Por un instante me planteo la opción de salir cagando leches de aquí. De marcharme y dejarla a ella con su humor, sea cual sea. Todo sería mejor para ambos si estuviésemos tranquilos cuando tuviésemos la discusión que se está gestando. No es que lo tuviera todo planeado para esto. Además, hacen falta dos personas para que esto pase.

Me siento esperando a la debacle para la que Grace se está preparando y empiezo a enfadarme un poquitín.

Cuando Grace sale por fin del baño, uno de los camareros de la pensión llama a la puerta con el sándwich de queso.

—Te he pedido la cena —le informo mientras le dejo el plato en la mesa que hay cerca de la ventana—. He pensado que tendrías hambre.

—Y ¿tú qué? —me pregunta con las cejas enarcadas—. ¿Tú tienes hambre?

Y helo aquí. Apenas me contengo las ganas de pasarme una mano por la cara, en un gesto de frustración.

—No —le contesto con sinceridad. Solo de pensar en alimentarme ahora mismo me entran ganas de vomitar—. No tengo hambre.

—¿Ah no? —Y mueve una ceja—. No te creo.

Esas palabras, y el gesto que veo en su rostro, me sacan de mis casillas, y todas las defensas que he ido acumulando a lo largo de mi larga vida encajan.

—¿Perdona? —Mi voz es tan gélida que bien podría competir con el tiempo de Alaska en enero, pero me importa una puta mierda ahora mismo—. ¿Cómo que no me crees?

Y a Grace parece que también le importa una puta mierda, porque alza la barbilla y me responde:

—Ya me has oído.

—Pues sí, te he oído.

¿Qué coño se supone que le tengo que decir? Viene con ganas de pelea y, de repente, no me nace ver cómo lo que tenemos se esfuma esta noche. No cuando estoy tan hecho mierda.

Así que, en vez de contestarle, regreso a la cama y doy media vuelta.

—¿Vas en serio? —me pregunta, y su voz está cerca de alcanzar una nueva octava—. ¿Piensas irte a la cama sin ni siquiera hablar conmigo?

—No sé qué voy a hacer —espeto por encima del hombro, y veo cómo abre mucho los ojos al darse cuenta de que, bajo la forzada tranquilidad, estoy tan cabreado como ella—. Grace, dime qué quieres que te diga y lo haré.

—Quiero que me digas la verdad —me pide acercándose a mí—. Quiero que pares de mentirme.

—Nunca te he mentido, Grace. —Pronuncio despacio cada palabra.

—No es por lo que dices —me replica—. Es más por lo que no me

dices y deberías decirme.

Vale. Así que vamos a hablarlo ahora. Me levanto de la cama de un salto. No voy a tener esta discusión tumbado en el colchón.

—¿De verdad tenemos que sacar el tema ahora mismo? Me muero del dolor de cabeza y...

—¿Ves? ¡Ahí lo tienes! —grita señalándome como si acabase de ganar la discusión.

—¿El qué tengo? —Niego con la cabeza—. ¿Me estás diciendo que soy un mentiroso y que la culpa es mía solo porque no te dije algo que tendrías que haber visto tú?

Da un par de pasos hacia atrás, como si le hubiera dado una bofetada, y casi me acerco para consolarla. Pero entonces se recupera y me ataca otra vez en cuestión de segundos.

—¿Cómo es posible que sea culpa mía no saber que se te daba tan bien esconder lo débil que estás cuando no te alimentas?

«Hostia puta.» La verdad es que no pensaba que Grace quisiera discutir por esto. De haberlo sabido habría saltado por la ventana. Pero la chica se acerca a mí, y yo acabo apartado en un rincón.

El alivio que siento de saber que no está enfadada por lo del hilo azul casi me aplasta, pero entonces un pensamiento peor se me pasa por la cabeza, y no puedo evitarlo; me cabrea un montón. ¿Es posible que haya visto el hilo y le haya dado igual? ¿Que lo único que le importe sea que me alimente?

—¿Y qué? —estallo—. ¿De verdad te sorprende tanto que no me vaya de putísima madre bajo esta mierda de sol, trabajando todo el día y fortificando el pueblo por la noche? No podemos hacer nada al respecto hasta que vuelva la dragona, así que ¿de qué narices nos serviría que te fuera lloriqueando cada vez que me duele la cabeza?

—No es que necesite que me cuentes cada vez que te duele la cabeza —replica—. Aunque, la verdad, no sé por qué no lo harías. Es que estás sufriendo y no quieres contármelo. Quieres fingir que todo va bien cuando no es así.

—Bastante mierda tenemos ya ahora mismo. ¿Para qué voy a sumarle más cosas? No quiero molestarte...

—Te crees que no quiero que me molestes —me contesta—. No es lo mismo ni de lejos.

—No tiene nada de malo que no quiera darte más problemas que solucionar. Ya bastante tienes encima como para...

—Pues la verdad es que sí que tiene algo de malo —me interrumpe—. Estamos juntos en esto. O eso pensaba yo.

Hay muchas cosas que no sé, pero sé que esa frase es una trampa tamaño Grace que me acaba de poner delante con luces de neón; y me duele muchísimo la cabeza, y el corazón, como para no caer en ella.

—¿Cómo que «o eso pensaba yo»?

Grace resuella y pone los brazos en jarras.

—Por fin. Vamos a hablar del secreto a voces.

Levanto los brazos.

—Por supuesto, Grace. Dime exactamente qué crees que está pasando aquí.

—Nada. ¡Aquí no pasa nada! —Deja caer las cejas a modo de acusación—. Y ¡ese es justo el problema!

—Grace, me duele un huevo la cabeza. —Me paso una mano por el pelo y repito lo que le he pedido antes—. Solo dime qué quieres que te diga, y lo haré.

—Quiero saber por qué prefieres pasar por todo este dolor —hace un gesto con la mano en el que abarca todo mi cuerpo— antes que alimentarte de mí. —Se muerde el labio y las lágrimas se le agolpan en los ojos, pero levanta la barbilla y me sostiene la mirada.

—Nunca he dicho eso —le digo, y odio que de pronto me tiemble la voz.

—Ese es el problema. No tienes que decirlo. Todo lo que haces lo dice a voz en grito. —Se pasa las manos por los ojos, y añade—: Y no pienso aguantarlo más.

108

QUIERO QUE ME QUIERAS
(GRACE)

—¿Qué significa eso? ¿Qué es lo que no piensas aguantar ni un segundo más?

De repente Hudson pierde todas las ganas de discutir y en su lugar aparece un desasosiego silencioso que enfatiza todo lo que he estado intentando decirle.

—Significa que debes entender que no pienso quedarme parada y ser testigo de esto, Hudson. Estamos en esto juntos, sin importar lo que pase.

—No sabes lo que dices —declara, y suena como si sus palabras hubieran sido arrastradas por gravilla.

—Pues ¡claro que sé lo que digo! —afirmo—. ¿Cómo puedes pensar que no después de todo lo que hemos pasado? —Y luego, como por fin he conseguido que Hudson no intente huir de la conversación, hago la pregunta que lleva retumbándome como un tambor en el pecho durante semanas—. ¿Es que ya no me necesitas?

Se ríe, pero no hay ni una pizca de humor en ese sonido.

—¿De eso crees que va la cosa?

—¿Qué iba a creer si no? —exclamo—. No me cuentas nada.

—Pues te lo contaré todo, Grace —espeta—. Me dejo el puto orgullo por ti a diario. Te doy todo lo que quieres sin que tengas que pedírmelo siquiera. Y aun así no es suficiente.

Hala.

—Nunca te lo he pedido.

—Pues claro que no —escupe, sus ojos azules prendidos con una furia interior—. Porque todavía no puedes decir lo que quieres, ¿a que no?

—Eso no es... Sí que... —Me callo cuando se cruza de brazos y

apoya un hombro contra la pared. Está a la defensiva, verlo adoptar su postura de «no pienso dejar que me hagas daño» y saber que, después de tanto tiempo, va dirigida hacia mí hace que se me atasquen las palabras.

Es más, hace que la vergüenza me corroa. Porque, durante todo este tiempo, mientras he estado convencida de que lo conocía mejor que nadie, nunca se me ha ocurrido que él me conoce de la misma forma. Que me ha estado dando espacio para que decida qué quiero..., a quién quiero.

Por mucho que en mi corazón sepa que lo que tuve con Jaxon fue especial, hace mucho que estoy segura de que no tiene nada que ver con lo que siento por Hudson.

Jaxon conocía lo mejor de mí, amaba lo mejor de mí.

Hudson ha vivido en mi cabeza durante un año y lo ha visto todo de mí. Estaba al tanto de todas las veces que he estado de mal humor, de todas las maldades que he dicho de las que me arrepiento, de todas las palabras hirientes que se me puedan haber ocurrido. Conoce todos mis miedos irracionales, todas las cosas que odio de mí misma o que me gustaría cambiar.

Y aun así sigue conmigo. Luchando a mi lado. Riéndose conmigo. Construyendo una vida conmigo.

Recuerdo que mi madre me dijo una vez que la razón por la que quería a mi padre era porque aguantaba sus ronquidos. Por supuesto estaba de broma, pero ahora lo entiendo. Entiendo lo verdaderamente especial que es encontrar a alguien que te acepta tal y como eres. Que tal vez incluso te quiere por esas cositas que intentas ocultarles a los demás.

Por eso mismo siempre he sabido, durante más tiempo del que me gustaría admitir, que Hudson es todo lo que quiero, todo lo que necesito y, lo más importante, que lo acepto tal y como es de la misma forma en la que él me acepta a mí.

Pero a raíz de la vergüenza que me arde en las venas, me doy cuenta de que nunca le he contado nada de esto.

—Quizá no podía hacerlo —declaro con un suspiro—. No con sinceridad.

—Quizá no —afirma.

Pero es hora de cambiarlo.

Por eso respiro hondo y me dejo de mandar señales. Dejo de

intentar que me lea la mente. Y le digo exactamente lo que siento. Lo que quiero. Lo que necesito.

—Te necesito, Hudson —revelo, y me estremezco cuando su mirada se vuelve de depredador. Quiero ver lo lejos que puedo llegar —. Y necesito que aceptes lo que te ofrezco.

Después me aparto el pelo, me lo pongo detrás del hombro, muevo la cabeza a un lado y expongo el cuello ante su mirada hambrienta.

Y espero lo que venga a continuación.

109

CINCUENTA SOMBRAS DE COLMILLOS (GRACE)

Resulta que no tengo que esperar mucho.

No cuando me estoy ofreciendo a un vampiro iracundo y frustrado. Y no cuando dicho vampiro está lo suficientemente cerca como para ver lo desesperada que estoy por darle lo que necesita tomar con tanta desesperación.

—Grace... —Es tanto una súplica como una advertencia, y oigo la verdad en el temblor de su voz. La verdad que me ha estado ocultando desde hace semanas.

Hudson me necesita tanto como yo lo necesito a él; solo tiene miedo. Y lo entiendo. De verdad. En serio, no me puedo creer que no me haya dado cuenta antes. Me leí sus diarios. Sé que su padre se pasó toda la vida dándole cosas que quería para después arrebatárselas.

Pero así funciona el miedo, ¿no? Es insidioso, te acecha desde los rincones oscuros de tu alma, los que preferirías no examinar muy en profundidad. Pero, cuanto más te esfuerzas por ignorarlo, más te hunde las garras. Hasta que no solo estás asustado. Estás hecho trizas.

Hudson se merece a alguien que esté dispuesto a adentrarse en la oscuridad con él.

—Tómalo —repito, porque esta noche no tengo piedad y hace muchísimo tiempo que dejé atrás cualquier indicio de precaución en lo que a este vampiro respecta. Si no se había dado cuenta hasta ahora, seguro que ya lo sabe.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Se le quiebra la voz con las últimas dos palabras.

—Ya te lo he dicho. La única pregunta aquí es «¿Por qué no aceptas mi ofrecimiento?».

—Yo no puedo... —Da un paso hacia atrás.

—Sí puedes —le replico dando un paso hacia delante, y me adentro con él en las sombras.

Esta vez, al ver que no se aparta, me lo tomo como la señal que necesito para acercarme más a él. Entonces levanto la mano, le paso el pulgar por el labio inferior con la fuerza justa para que abra un poco la boca.

Veo que sus colmillos han hecho acto de presencia, y es la última señal que me hace falta. El último atisbo de prueba que necesitaba para llegar hasta el final.

Así que, en vez de retroceder, de ser la buena de Grace, hago lo que llevo semanas muriéndome por hacer. Meses. Le meto el pulgar en la boca y, muy consciente de lo que estoy haciendo, me pincho la piel del dedo con la punta afilada de su colmillo.

Sé en qué momento exacto mi sangre entra en contacto con su lengua. Sus pupilas, que ya estaban enormes, se dilatan más al instante, el mismo instante en el que se libera de esa restricción a la que se estaba sometiendo desde que he puesto un pie en la habitación.

Hudson me coge los brazos con un gruñido, nos da la vuelta a ambos hasta que acabo con la espalda pegada a la pared; delante tengo a un vampiro furioso que ha sobrepasado sus límites.

Por mí. Porque eso es lo que yo tenía planeado hacer, lo que quería hacer. Porque ahora mismo es la única forma que tengo de que Hudson hable conmigo de verdad.

Es la única forma de que haga lo que ambos necesitamos tan desesperadamente que haga.

Y aun así se toma el tiempo (y tiene el cuidado) de decir:

—Si no es lo que quieres, dímelo.

—Sí es lo que quiero —contesto, y deslizo las manos por la suavidad de su espalda hasta llegar a su pelo—. Te deseo a ti.

Debe de ser la respuesta que necesita, la que ha estado esperando, porque casi no me da tiempo a acabar de pronunciar la última palabra y él ya se está inclinando hacia delante y mordiéndome, al tiempo que emite un sonido que se parece mucho a un rugido.

Los dientes me atraviesan la piel, la vena, con una fuerza que hace que me arquee lejos de la pared y me acerque más a él. Y, cuando empieza a alimentarse, es igual (y completamente diferente) a las otras veces que me ha mordido.

El calor no me recorre todas las terminaciones nerviosas, sino que enciende en llamas hasta el último centímetro de mi ser.

La electricidad no se extiende por mi piel; me sube por dentro con la fuerza de un misil.

El deseo no se me enrosca en el estómago; me da de lleno como un listón de madera. Y otra vez. Y otra. Y otra. Hasta que se me enredan las manos en el pelo de Hudson y tiro de él; hasta que le rodeo las caderas con las piernas.

Y sigue bebiendo de mí, con unos tragos largos y sensuales que hacen que se me corte la respiración y que el corazón me vaya a mil, o dos mil, por hora.

—Por favor... —murmuro cuando por fin aleja la boca de mí y me dibuja un caminito sobre la piel con la lengua—. Por favor, por favor, por favor.

Pero él ya está bajando poco a poco por mi cuello, dándome besos mientras tanto, y con la nariz me aparta el cuello de la camiseta para tener vía libre.

—¿Qué quieres, Grace? —me pregunta con voz grave, tan grave que me cuesta entender lo que dice.

O quizá no sea por él. Quizá sea por la forma en la que todo mi cuerpo se ha retraído, y por eso solo se me ocurre decir:

—Más, quiero más. Te deseo a ti. Lo quiero... todo.

Hudson suelta un gruñido desde lo más profundo de la garganta, y me da la sensación de que su cerebro también ha sufrido un cortocircuito, porque se queda de piedra, como si no supiera qué hacer primero. Como si estuviese saturado.

Pero entonces me responde susurrando:

—¿Estás segura?

Y me lo dice contra la piel sensible de detrás de la oreja, y me doy cuenta de que solo está siendo como es él, como es Hudson. Está cuidando de mí tal y como siempre hace.

Pero ahora mismo no necesito que nadie tome en consideración mi bienestar. Solo que me tomen.

—Pues claro que estoy segura —refunfuño; lo cojo del pelo con fuerza y tiro de él hacia atrás, para que nuestras miradas se encuentren—. Hudson Vega, te deseo a ti, a nosotros, como no he deseado nada en toda mi vida.

Pasa un segundo, dos, y Hudson no dice nada. No se mueve. De

hecho estoy casi segura de que ni siquiera respira. Pero entonces, de pronto, nos hace girar separándonos de la pared y carga conmigo con una mano mientras con la otra me quita la camiseta por la cabeza.

Y así, sin más, noto su boca por todas partes.

Recorriéndome la mandíbula.

Subiendo con la lengua hasta llegar a la parte de detrás de la oreja.

Dejándome unos besos lentos y largos por toda la clavícula antes de seguir bajando más.

Mientras le dejo hacer, echo la cabeza hacia atrás y arqueo la espalda para facilitarle las cosas. Para facilitárselo todo.

Tengo la sensación de que llevamos viviendo juntos una eternidad. Nos hemos pasado meses observándonos y semanas revoloteando el uno alrededor del otro. Después de todo este tiempo, de todas esas miradas furtivas, sentir su boca en mi pecho es como sufrir una combustión espontánea. La sensación de tener sus manos sobre la piel es como saber que por fin se ha cumplido una promesa.

Pero yo también quiero participar. Necesito tocarlo, necesito notar su cuerpo bajo las yemas de los dedos, bajo las manos, bajo la boca. Ya tengo su camisa entre los dedos, así que intento tirar de ella hacia arriba para quitársela como él ha hecho con mi camiseta. Pero Hudson no coopera. Me está recorriendo la piel con los labios, y me deja bien claro que, por lo pronto, no tiene intención alguna de moverse.

Cuando intento alejarme un poco, solo con la intención de poner el espacio justo entre nosotros para poder quitarle la camisa, Hudson suelta un gruñido grave desde el fondo de la garganta y viene detrás de mí, sin apartar los labios de mi piel.

Así que solo puedo hacer una cosa, porque esperar un solo segundo más no entra en mis opciones. En cambio, busco bien en mi interior, paso la mano durante un instante por el hilo platino y uso mi fuerza de gárgola para arrancarle la camiseta.

Hudson me mira con los ojos como platos, y se ríe entre dientes, mientras el aire que nos rodea crepita con la desesperación que arde en nuestro interior, el de los dos.

—Estás mejorando mucho con eso de los hilos —se burla de mí al tiempo que se despoja de lo que queda de su camisa.

—Y aún voy a seguir mejorando —le aseguro pensando en la

maraña de colores que albergo en mi interior—. Hay tantísimos hilos que más me vale mejorar si quiero saber qué son todos y cada uno de ellos.

Su sonrisa se torna más dulce.

—Estoy muy feliz de que te parezca bien nuestro vínculo de compañeros. Me preocupaba que te disgustaras o estuvieras decepcionada.

Baja otra vez la cabeza para seguir abriéndose paso por mi piel a base de besos y lengüetazos. Pero no siento nada, no lo siento a él. Estoy demasiado ocupada intentando asimilar las palabras que acaban de salir de su boca.

Pero no puedo. Porque para mí son un completo y absoluto sinsentido.

—¿Qué has dicho? —pregunto, ya que estoy convencida de que no le he oído bien. Seguro que no.

Hudson levanta la cabeza y me mira confundido.

—He dicho que me alegra que no estés disgustada por ser mi compañera.

—¿Soy tu compañera? —repito mientras la conmoción me da de lleno en el pecho—. ¿Somos compañeros?

—Creía que lo sabías —me contesta y, poco a poco, veo cómo el recelo va reemplazando el calor de su mirada.

—¿Cómo que creías que ya lo sabía? —pregunto, y le doy un empujón en los hombros para apartarlo de mí y poder así mantenerme en pie sin sentir el cuerpo duro y caliente de Hudson contra el mío—. ¿Cómo iba a saberlo?

—Es uno de los hilos que no dejas de mirar —responde, como si fuese la cosa más evidente del mundo.

Lo que no es así.

—¿Qué hilo? —exijo saber, y ahora me estoy empezando a cabrear. Y no está ayudando en nada que todavía me esté mirando el cuerpo, y que esté todavía pensando tan evidentemente en tocarme, en vez de prestar atención a lo enfadada que estoy.

—El azul brillante. Es difícil no fijarse.

Tiene razón. Es difícil no fijarse. Me he fijado en él, claro, pero eso no significa que supiera lo que era. Percatarme de que está claro que él lo sabe desde hace ya tiempo me provoca un montón de emociones... y ninguna es buena.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto, y me muevo para no seguir atrapada entre su cuerpo y la pared—. ¿Hace cuánto que lo sabes? —Al ver que no recibo una respuesta inmediata por su parte, se me empieza a ir la pinza—. ¡¿Desde hace mucho?! —chillo—. ¿Tanto tiempo hace que lo sabes que ni siquiera quieres decírmelo?

—Lo sé desde hace tiempo, ¿vale?

—Desde hace tiempo... —Levanto los brazos—. Y ¿no se te ha ocurrido pensar que igual deberías contármelo?

—¿Por qué tendría que contártelo? —me espeta—. Ni que hubieses estado interesada en hablar del tema precisamente.

—Y ¿eso a qué viene? Llevo semanas tonteando contigo, ¡y ni siquiera me has dado la hora!

—¿Así llamas a lo que has estado haciendo? —Enarca una ceja—. ¿Tontear conmigo?

—¡Te dije que quería treparte como si fueras un árbol! En mi opinión esa es una indirecta bastante directa, joder.

—Ya, es verdad. Pero nunca te planteaste lo que significaba que sintieras esas cosas, ¿no? La idea de ser mi compañera te es tan ajena que ni siquiera se te pasó una sola vez por la cabeza que igual podíamos serlo. —Se pasa una mano por el pelo en un gesto de frustración—. ¿Cómo te crees que me sienta a mí eso?

—Pues no lo sé —respondo—, porque nunca me cuentas cómo te sientes.

—No me vengas con esas gilipolleces. No te lo cuento porque no quieres saberlo.

—¿En serio? —Me cruzo de brazos a la altura del pecho, en un gesto de «venga, adelante»—. ¡Por favor, oh, gran Hudson Vega, cuéntame qué sientes por mí de verdad!

—No tengo por qué aguantar estas mierdas —me señala mirándome con los ojos entrecerrados.

—Claro que no —me burlo—. ¿Para qué si puedes aprovecharlo como una excusa más para evitar hablar conmigo?

—Así que ahora es culpa mía, ¿no? —me pregunta con incredulidad.

—Hombre, mía no es ni de coña —le contesto con sarcasmo—. Lo único que tienes que hacer es contarme qué sientes, y no puedes hacerlo. No vas a hacerlo.

—¡Te quiero! —me suelta con un gruñido.

110

TE NECESITO ESTA NOCHE
(GRACE)

Me quedo estupefacta.

—¿Qué acabas de decir?

—Ya me has oído —contesta mientras se acerca a mí—. No pienso volver a repetirlo.

—No puedes soltarme eso sin más y...

—Pues sí, sí que puedo —interrumpe—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

No tengo ni puta idea de qué voy a hacer al respecto. ¿Cómo iba a saberlo?

Me está mirando tan intensamente que sé que tengo que responder algo. Sé que tengo que decirle algo, pero no puedo. Porque lo único que tengo en mente es que Hudson me quiere. Hudson Vega me quiere.

—No sabes qué responder, ¿verdad? —se burla.

Pues sí. Y tanto que sé qué responder.

Porque me he dado cuenta de que el miedo es un arma de doble filo. He estado tan asustada por lo que se ha estado creando entre nosotros como él, es evidente. Pero ya no tengo miedo. Y se merece saberlo.

Levanto la mano, le agarro de la nuca y tiro para que su boca se encuentre con la mía.

Suelta un sonido de sorpresa, pero me trae sin cuidado. Aquí no, y menos ahora. Le doy un mordisco en el labio inferior, lo arrastro entre mis dientes y lo lamo hasta que gruñe desde lo más profundo de su garganta.

Desesperada por notar su sabor en la lengua, le doy mordisquitos en el hombro y después voy bajando por los pectorales.

Le deslizo las manos por la espalda y disfruto de la cálida dureza de sus músculos bajo las palmas de mi mano.

Beso el borde de su perfectísima mandíbula y después dejo que mi boca se deleite con el lado de su cuello, el hombro y la clavícula.

Entonces arqueo mi cuerpo para pegarme al suyo rogándole más. Rogándole que me dé todo lo que tenga para mí.

Y más. Siempre más.

Hudson gruñe como respuesta, nos da otra vez la vuelta hasta que yo estoy de nuevo de espaldas contra la pared. Después me agarra de la parte superior de los muslos y con mucha delicadeza me baja las piernas hasta el suelo, cerciorándose de que pueda mantener el equilibrio y quedarme de pie.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras intento agarrarme a él de nuevo.

Pero se limita a sonreír y sus colmillos relucen en la luz tenue de la lamparita de noche. Entonces se arrodilla delante de mí y a la vez me baja la ropa interior por las piernas.

Y, de repente, su boca se encuentra en un montón de sitios nuevos e interesantes. Sitios en los que no sabía que se pudieran experimentar las sensaciones que Hudson me hace sentir.

Jadeo y me aferro a sus hombros con manos desesperadas a la vez que él se abre paso por mi cuerpo a besos.

—¿Todo bien? —pregunta, y levanta la cabeza un segundo para mirarme.

Me río porque no es que vaya todo bien. Es que hace tanto que superamos la fase del «bien» que ni siquiera la veo desde aquí. Sin embargo, no se lo digo. No puedo. Durante los últimos sesenta segundos que han transcurrido la boca de Hudson me ha dejado sin la habilidad de articular palabra.

Así que, en vez de eso, me limito a asentir, le acuno la cara con la mano y esbozo una sonrisa con la que estoy segura de que es la expresión más tontorrona del planeta.

Aun así a Hudson no parece importarle. Me devuelve la sonrisa, sus ojos entornados me seducen un poco más con cada segundo que pasan fijos en los míos.

—Te quiero —susurra y, como todavía no puedo hablar, suelto un gemidito agudo.

No es nada del otro mundo, pero debe de valerle, porque me

levanta una pierna y se envuelve el cuerpo con ella. Y después empieza a besarme de una forma que hace que todo mi cuerpo se convierta en lava incandescente.

Estoy ardiendo. Parece que no tenga huesos. Estoy rebosante de sensaciones que me llevan a pronunciar el nombre de Hudson como un mantra mientras me apoyo contra la pared para no desplomarme sobre el suelo.

Al final ni siquiera eso es apoyo suficiente para que me quede donde estoy, así que Hudson me agarra de las caderas y me sostiene al tiempo que me lleva cada vez más alto, a un lugar donde no hay palabras, no hay miedo, no hay pasado ni futuro.

Hasta que no queda nada más que nosotros y el placer que nos arrastra como un tsunami. Una oleada que nos ahoga en sensación tras sensación hasta que por fin (por fin) me lleva a la cúspide.

Y sigue sin ser suficiente. Sigo queriendo más. Tiro de él, hago que se levante y lo acerco a mí para poder quitarle lo que le queda de ropa mientras él nos lleva despacio y con cautela hasta la cama. Una vez ahí rebusco en la mesita de noche hasta dar con la caja que he guardado ahí desde aquel día en el probador..., solo por si acaso.

Después, tras protegerme, me cubre la boca con la suya. Me araña el labio inferior con el colmillo, con la fuerza suficiente como para hacer que me salga una gotita o dos de sangre. Las lame al instante y, más tarde, cuando sigo sumida en un frenesí de necesidad, de alegría y de amor (muchísimo amor), él hace que caigamos por el precipicio hacia un océano de placer infinito.

111

ASTRÓNOMO *AMATEUR* (HUDSON)

Grace balbucea en sueños y se vuelve para acurrucarse contra mí. La rodeo con un brazo y la acerco aún más a mi cuerpo, mientras con la otra mano intento coger las mantas que sistemáticamente aparta a patadas durante la noche.

Tiro de las mantas y la tapo antes de apartarle con cuidado los rizos de la cara y preguntarme si esto que experimento es felicidad.

Nunca antes he tenido esta sensación, esta extraña ligereza que noto florecer en mi interior. Que me hace sonreír cada vez que veo a Grace o que pienso en ella. Que me hace reír cuando dice o hace alguna tontería; por lo general, con el simple propósito de chincharme.

Es una sensación rara, pero no mala. Es una sensación a la que puedo acostumbrarme, eso seguro, si así puedo conservar a Grace en mi vida. Y lo digo de verdad.

Grace murmura otra vez, y yo me inclino sobre ella para intentar descifrar qué está diciendo, pero entonces la chica se echa a reír y veo que da igual lo que esté diciendo. Porque tengo la impresión de que ella también está feliz. Y de que tal vez sea yo quien la haga sentirse así.

Mira, otra sensación extraña.

Espero a ver si dice algo más o si se vuelve a reír para observar la forma en la que se le arruga el rabillo de los ojos y las mejillas adquieren ese tono rosado que tanto me gusta. Durante los meses que pasamos en la guarida pasé muchísimo tiempo pensando en ese tono sonrosado. Me imaginaba su sabor. Me imaginaba rozándole las mejillas con los labios mientras le susurraba cosas para ruborizarla.

Solo de pensarlo acabo bajando la cabeza y dándole un suave

beso en la mejilla, únicamente para ver si así consigo que vuelva a hablar.

No dice nada, pero sí que se quita de encima la sábana y el edredón con los que acabo de taparla a patadas. Es la tercera vez en las últimas horas que se los quita de encima de esa forma, así que no intento volver a taparla. En cambio, apoyo un codo en el colchón y me doy el gusto de hacer algo que muy pocas veces puedo hacer cuando está despierta.

Analizo las pecas, monas y sexis a la vez, que tiene por todas partes y que ahora mismo no están cubiertas por la camiseta que usa para dormir.

Hay pecas suficientes (unos puntitos diminutos que se le apiñan en las mejillas, las manos, y que se le juntan en grupitos por la parte alta de los muslos y en la curvatura de los hombros) para tener la sensación de que son secretos que están ahí para que yo los descubra.

Bajo la cabeza y paso los labios por la constelación de pecas que tiene en la parte interna del brazo.

La única respuesta por parte de Grace es un gemido ininteligible que suelta antes de darse la vuelta y enterrar la cara en la almohada. Pero con eso me concede la posibilidad de llegar a todas las pecas que tiene en la parte de atrás de los muslos: toda una telaraña interestelar que me aguarda para que conecte los puntos, deslizando poco a poco y con cuidado el dedo por su piel.

—Y ¿a ti qué te pasa con mis pecas? —pregunta. Su voz suena apagada porque todavía tiene la cara enterrada en la almohada, pero no parece preocupada por mis atenciones. Solo curiosa.

—Me encantan —contesto—. Es como tener mi propio universo en miniatura justo aquí, en tu piel. Un trocito de ti que solo yo puedo tocar, besar y apreciar.

Grace niega con la cabeza, pero esta vez, cuando paso el dedo por las pecas de su cuerpo, emite un sonido que parece más un ronroneo que una queja. Y eso me da alas para repetir el gesto.

Cuando me empiezo a plantear que esto podría estar yendo por el buen camino (Grace se ha dado la vuelta y ha enterrado la cara en el hueco de mi cuello mientras me rodea con un brazo), comienza a sonar su alarma.

Grace refunfuña y suelta un suspiro.

—Tengo que ir a trabajar.

—Podrías llamar y decir que estás enferma, como he tenido que hacer yo —le propongo—. Y pasar todo el día en la cama conmigo.

Se lo propongo porque lo que más me apetece es pasar el día en la cama con Grace, pero también porque, después de lo de anoche, creo que estaría bien tener la oportunidad de ver en qué punto estamos. Además, no me importaría tener la oportunidad de mimarla un poquito, asegurarme de que está bien, teniendo en cuenta que anoche fue su primera vez.

—Me encantaría —me dice—. Pero anoche Tinyati me dijo que me fuera a casa cuando el caos todavía reinaba en la tienda porque sabía que estaba cansada. No sería justo que la llamara ahora y le dijera que no voy, teniendo en cuenta que necesita que vaya esta mañana y la ayude a organizarlo todo.

Asiento, porque sé que tiene razón. Pero cuando me dispongo a apartar la sábana y el edredón de mi lado de la cama para levantarme, Grace me rodea con todo el cuerpo.

—Que no pueda quedarme no implica que tenga que irme ahora, en este mismo instante.

Su comentario me arranca una carcajada, pero además hace que me sienta bien. Me gusta saber que tiene tan pocas ganas de irse como yo de que se vaya.

—¿Y si salimos esta noche? —le pregunto después de subírmela encima—. Puedo llevarte a un restaurante de lujo y después podríamos ir al concierto de la plaza del pueblo.

—O podríamos quedarnos aquí, donde no hay nada de sol —me recuerda—. Podemos pedir al servicio de habitaciones y jugar un poco al *strip poker* morado.

Joder. No sé cómo se me ha olvidado, después de todo el tiempo que llevamos aquí. Este puto sol eterno me tiene harto con lo de no ponerse nunca. Es la única desventaja de estar atrapado en Noromar para siempre.

Grace echa de menos a su familia y a sus amigos, pero yo no tengo de eso. A ver, sí, tengo a Jaxon, pero es bastante difícil echar de menos a un tío que ha intentado matarte, y que volvería a intentarlo en cuanto se le presentara la oportunidad.

Estar aquí para mí es mejor en muchísimos sentidos. Tengo amigos, a la gente le caigo bien y confía en mí, y no creen que esté siempre a punto de caer en la sociopatía. Pero me resulta algo duro

que sean una sociedad con una alimentación mayormente vegana, pues solo puedo alimentarme de la chica a la que quiero.

Me encanta alimentarme de Grace, y lo haría todos los días si no me preocupara dejarla demasiado débil a ella. Y si no tuviese que llevar una vida fuera de las paredes de esta habitación. Pero sí que tengo una vida. He de trabajar, he de sacar a Humito a pasear, he de ser capaz de formar una especie de vida con Grace más allá de estas cuatro paredes. Y un sol que casi nunca se pone me dificulta bastante todo el puto tema.

—¿Hola? —Grace se estira un poco para poder verme mejor la cara—. ¿Adónde se ha ido esa cabecita tuya? ¿No te va el *strip poker* ?

—A ningún lado —contesto con un resoplido—. Cosa que resumirá bastante bien lo que será mi vida durante los próximos días.

—Ya, lo sé. Y me sabe fatal, lo siento. —Me acaricia el cuerpo con la nariz, y sé que intenta consolarme un poco—. Pero no siento que bebieras de mí.

—¿Estás segura? —murmuro mientras le paso los dedos por el pelo.

Grace se echa a reír, como si creyera que no se lo estoy preguntando en serio.

—Pero ¿ayer estabas aquí? Porque yo sí, y he de decirte que de todo lo que pasó anoche en esta habitación no hubo nada que no me gustara. Un montón. Sobre todo eso.

—¿En serio? —Levanto la cabeza para mirarle mejor la cara. Porque por su voz no parece que esté intentando aplacarme. No parece que sienta que se está perdiendo nada. De hecho, por su voz y la mirada que percibo en su rostro pensaría que quiere otra ronda. De todo. Cosa que a mí no es que me vaya a costar cuando para mí desear a Grace es como respirar.

Natural, instintivo, algo sin lo que me resulta imposible continuar.

—Sí —responde con la voz entrecortada y urgente. Estira los brazos, y me acuna la cara con ambas manos, mientras me mantiene la mirada—. Sabes que te quiero, ¿no?

Trago con fuerza, y noto el corazón en la garganta.

—Ahora sí.

Entonces ambos sonreímos; esbozamos esa clase de sonrisa que dice todo lo que dos personas enamoradas pueden decir. Y eso antes

de sentir por primera vez el tirón de nuestro vínculo de compañeros cuando, claramente, Grace lo está apretando. Siento el pecho tan lleno de amor por esta chica que hasta me mareo un poquito.

Bajo la cabeza para besarla, pero en cuanto mis labios tocan los suyos vuelve a sonar la alarma por segunda vez.

Grace refunfuña.

—Tengo que irme, de verdad. —Pero se toma un segundo, bueno, vale, sesenta segundos, para darme un beso que me deja con muchísimas ganas de que vuelva a casa por la noche.

Grace se aleja y se mete corriendo en el baño para darse la ducha más corta del mundo. Diez minutos después se está poniendo la ropa con el cuerpo todavía mojado mientras recorre la habitación recogiendo todo lo que necesita para el trabajo. Zapatos, horquilla, cartera.

—Me llevo a Humito hoy —me dice agachándose para recoger a la sombrita—. Puede hacerse amiga de las personas que vengan a la tienda y podemos salir a comer... si se porta bien.

Para enfatizar sus palabras, le lanza una mirada de advertencia a la sombra. Y, por el lenguaje corporal de Humito, sé que se la está devolviendo con intereses. Me echo a reír y niego con la cabeza. Algún día las dos mujeres de mi vida serán mejores amigas. Pero hoy no es el día, ni de coña.

—Se portará bien —afirmo mientras le froto la cabeza con la mano—. ¿A que sí, mi chica?

Humito se me enreda con regocijo, aunque lloriquea un poquito.

—Nos irá bien —me dice Grace—. ¿Verdad, Humito?

Esta vez el sonido que emite Humito se parece más a un carraspeo de indignación. Pero me rodea el cuello en su forma de darme un abrazo, y después corre hacia la puerta.

Grace sonríe y pone los ojos en blanco.

—Es un avance, ¿no? Muy chiquitín, pero un avance al fin y al cabo.

Y después sale por la puerta. Se ha ido. Y se ha llevado casi todo mi mundo con ella.

Me vuelvo a meter en la cama refunfuñando. Y empiezo el tedioso proceso de contar cuántas horas me quedan para poder salir al exterior sin matarme en el proceso.

La respuesta es que quedan demasiadas. Y no puedo hacer una

puta mierda al respecto.

112

ESPERANDO A LA INEVITABLE VISITA DRAGONTINA (GRACE)

Las tres últimas semanas antes del festival transcurren en una especie de niebla de entrenamientos, trabajo, planificación y seguir intentando construir una vida con Hudson. Salimos a cenar, a la biblioteca, a veces al teatrito comunitario que hay al otro lado del pueblo.

Y otros días nos quedamos en casa explorándonos más.

El lado bueno es que Hudson se encuentra mucho mejor desde que empezó a beber de mí regularmente los viernes (para no perderse las clases).

En lo que se refiere a la dragona y al festival, parece que el alcalde por fin ha entrado en sus cabales y ha avisado a los habitantes de que este se pospone hasta que nos encarguemos de la bestia.

Por muy raro que parezca, nadie se ha parado a pensar que vayamos a fracasar ni parece disgustado por perderse el festival. La gente nos da palmaditas en la espalda mientras caminamos por el pueblo, nos grita palabras de ánimo o nos da consejos. Incluso los trovadores vienen normalmente a las sesiones de planificación y nos ayudan a entrenar. Resulta que Lumi tiene un montón de práctica con el combate escénico y, aunque no es lo mismo que combatir de verdad, no hay mal que por bien no venga.

De hecho, le proporciona a Hudson (quien lucha de la hostia incluso sin sus poderes) a una persona para demostrar sus técnicas y también mantenerse en forma. Tinyati se deja caer a menudo para darnos nuevas ideas para el plan y Nyaz nos da de comer a todos. Incluso Souil se pasa por la posada de vez en cuando para ver cómo vamos Hudson y yo.

Pero ahora es el principio de una nueva semana, la semana previa al festival Lluvia de Estrellas, y todos estamos un poco a la que salta.

Es tarde; tan tarde que la taberna de la posada está cerrada y la gente del pueblo está metida en la cama. Solo quedamos los trovadores, Hudson, Nyaz, Tinyati y yo sentados alrededor de una mesa enorme en el centro de la estancia cuando entra el alcalde.

—¡Hola a todo el mundo! ¡Hola!

Camina a grandes y confiadas zancadas, como si fuera el dueño del local. Va ataviado con unos psicodélicos pantalones acampanados y una camiseta de color rojo intenso con flecos de cuero al estilo vaquero del Oeste.

A mi lado Hudson se atraganta un poco, pero me niego a mirarlo. Si lo hago, sé que me partiré de risa, sobre todo porque ya adivinó lo de los pantalones acampanados multicolor hace semanas.

—Hola, Souil —saluda Nyaz. Después se va detrás de la barra y le sirve una bebida. Es morada (sorpresa) y rebosa de fruta; cuando se la ofrece, el alcalde se la bebe de un trago largo.

—Ponme otra, ¿quieres? —pide deslizando la copa por la barra hasta el posadero, quien la caza con maña. Después se dirige a la silla vacía que hay a mi lado, se sienta y pone los pies sobre el borde de la mesa—. Bueno, ¿qué tal os va todo? —pregunta—. ¿Preparados para la gran noche?

—Lo están —contesta Tinyati a la par que recoge su bolso antes de inclinarse y darme un abrazo—. Tengo que irme a casa; acostar a los niños es toda una lucha y no puedo dejar a mi marido solo ante el peligro. Y ¡tienen que dormir bien para el festival!

—¿Cómo? —pregunto confundida—. No vas a dejar que salgan, ¿verdad? ¿Y si la dragona...?

—Uy, no, pues claro que no. Pero si sigue habiendo festival el segundo día, después del ataque de la dragona, les hemos dicho que podrán ir.

Asiento mientras recuerdo que el alcalde, para compensar el festival cancelado, ha prometido a todo el pueblo que habrá un espectáculo de luces como nunca se ha visto después de que nos encarguemos de la bestia. De hecho, Hudson y yo hemos hecho planes provisionales (si es que todo va bien) de ver juntos los fuegos artificiales desde la torre del reloj.

—¿Es eso lo que va a hacer todo el mundo? —pregunta Lumi mientras da toquecitos en la mesa nervioso—. Espero que nadie salga a la calle.

—He avisado a toda la población, hasta a los turistas. —Souil se encoge de hombros—. Si no hacen caso, es problema suyo.

—En realidad, no —discute Hudson, su voz destila ironía—. Eres el alcalde. Puedes ordenar un confinamiento total para mañana: un toque de queda obligatorio.

—Sí, ya lo he intentado —anuncia Souil con un gesto de la mano para restarle importancia al asunto—. Pero el Consejo del Ayuntamiento lo rechazó. Me han asegurado que las probabilidades de que nuestros dos queridísimos nuevos ciudadanos vayan a permitir que la dragona entre en las inmediaciones del pueblo son casi nulas. Ya me ha costado lo suyo convencerlos de que cancelen el festival, pues muchos no creen que vaya a volver después de lo que Hudson y Grace le hicieron al otro la última vez.

No parece muy molesto porque el Consejo no haya aceptado. De hecho, parece que disfruta con la idea de que algo salga mal para echárselo en cara. Al menos hasta que mira en mi dirección y se da cuenta de que lo estoy analizando. Después niega con la cabeza y pone una expresión de asco que no estoy segura de creerme.

Una mirada rápida hacia Hudson me revela que siente lo mismo que yo. Me inquieta, me hace preguntarme si hay más en juego de lo que sabemos. Pero, al final, ¿qué más dará que el alcalde esté en guerra con el ayuntamiento o no? En fin, como residentes de Adarie que somos, podría complicarnos las cosas a la larga. No obstante, con el propósito específico de matar a la dragona, tampoco es que importe.

Siempre y cuando podamos encontrar la forma de alejar a la gente de la batalla y de reducir las muertes a cero, y hemos invertido muchas horas en planear estos últimos tres meses justo para eso.

—Y ¿qué pasa si el Consejo tiene razón? —pregunta Orebon—. ¿Y si hacemos todo esto y la dragona no se presenta?

—Aparecerá —asegura el alcalde.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto con los ojos entrecerrados.

—La dragona aparecerá —enfatiza Souil con una voz que no admite discusión—. Lo sé de buena tinta. Lo único que tenemos que hacer es matarla cuando lo haga.

Y con «tenemos» se refiere al resto de nosotros. Pero no voy a poner pegas.

Para ser sincera, hechicero o no, no creo que nos vaya a ser de mucha ayuda ahí fuera. La verdad es que en todo este tiempo no ha mostrado ninguna habilidad mágica. Tanto es así que Hudson y yo hemos bromeado con que lo de «hechicero del tiempo» es un título que se ha dado a sí mismo, como el de «alcalde». Es eso o que su magia solo funciona con su ropa.

Pasamos unos cuantos minutos más aclarando las cosas, asegurándonos de estar lo más preparados posible. Después, cuando todo el mundo se ha marchado ya, Hudson y yo subimos.

No hablamos en las escaleras, sobre todo porque no hay mucho que decir. No sobre este tema. Y como estoy segura de que es lo único en lo que estamos pensando los dos ahora mismo, tampoco hay nada más de lo que hablar.

Sin embargo, cuando llegamos a nuestro piso, miro por la ventana que hay al final del pasillo. En Noromar la puesta de sol puede llegar a durar horas, y disfruto de contemplar los primeros rayos escondiéndose por primera vez en meses.

—Es precioso, ¿verdad? —murmura Hudson.

Suspiro.

—Sí, lo es. Es una mierda que pensar en ello me recuerde a estar recubierta de entrañas de dragón.

—Con suerte no dejaremos que vuelva a pasar.

El hecho de que su tono suene tan serio me dice todo lo que necesito saber sobre cómo espera que vaya mañana por la noche.

Tampoco le culpo. Yo siento lo mismo.

—Sí, espero.

Cuando llegamos a la habitación, me doy una ducha rápida y vuelvo a salir. Hudson ya está en la cama y sonríe cuando me ve.

Intento devolverle la sonrisa, pero cuesta más de lo que parece cuando me da un miedo atroz que otra persona a la que quiero pueda morir mañana. Los ojos se me empañan por las lágrimas y parpadeo para esconderlas. No voy a llorar ahora mismo, me niego.

—Ay, Grace. —Hudson se incorpora en la cama para esperarme y, en cuanto me meto entre las sábanas, me envuelve la cintura con un brazo y tira de mí con delicadeza hasta el otro lado de la cama para que mi espalda descanse contra su pecho—. ¿Qué puedo hacer? —

pregunta con voz dulce y tranquilizadora contra mi oreja.

Antes de que pueda contestar, Humito se levanta de su sitio en el suelo y se encamina hacia el baño entre refunfuños. Cierra de un portazo.

—Vaya, sin duda sabe dejar claras las cosas.

—La verdad es que sí. —Extiende la mano y me aparta los rizos de la cara—. No me has contestado. ¿Qué necesitas que haga?

—Nada —afirmo con una voz que es poco más que un susurro—. No hay nada que hacer. Estoy bien.

No contesta; seguramente porque está intentando pensar en una forma diplomática de decirme que no hay nada en mi ser que indique que estoy bien en estos momentos. Aunque él tampoco es que tenga muy buen aspecto, así que igual no es eso lo que está haciendo.

Al final se limita a abrazarme y a pasarme una mano tranquilizadora por el brazo durante un rato.

—Bueno..., entonces ¿te preocupa lo de mañana? —pregunta.

—Si por preocupar te refieres a que me da un miedo de la hostia... Sí, estoy preocupada.

Puedo sentir su sonrisa contra mi mejilla.

—Yo también estoy preocupado.

—Y una mierda. —Resoplo—. Tú nunca tienes miedo.

—Eso no es verdad. —Su sonrisa desaparece.

—Sí que lo es. Desde que te conozco, nunca te he visto asustado. Cabreado sí. Preocupado, y tanto. Pero ¿asustado? No, literalmente nunca te he visto así.

—Entonces no es que me hayas prestado mucha atención, porque ha habido un par de ocasiones en especial en las que he estado aterrado —explica.

Entrecierro los ojos mientras rememoro el tiempo que hemos pasado juntos.

—Y ¿se puede saber cuándo se supone que han tenido lugar esas experiencias aterradoras? —pregunto.

—En cualquier momento en el que he pensado que podría perderte —contesta.

—Hudson. —Me doy la vuelta para mirarlo y le acuno el rostro entre las manos. Y le beso con todo el amor y el miedo que tengo dentro.

Se aparta casi al instante.

—No hagas eso.

—¿Que no haga qué?

—No me beses como si pensaras que es la última vez —susurra.

Sorprendida, me percato de que tiene los ojos llorosos y se me parte el alma. Según sus diarios, no ha llorado desde que era un niño. No voy a permitir que eso cambie esta noche.

Aun así, por si acaso, me pego a él. Parpadeo con coquetería un rato. Y añado en el acento francés más atroz que me sale:

—Dígame, monsieur. ¿Cómo quiere que le bese? —Durante un instante me mira como si estuviera borracha. Después empieza a partirse de risa, justo como yo pretendía.

Cuando por fin para, vuelvo a poner el acento.

—No me ha contestado, monsieur.

Esta vez solo niega con la cabeza.

—Con ganas, Grace. Bésame con ganas.

Es la mejor idea que he oído en todo el día. Y es exactamente lo que hago.

113

UNA SORPRESA CON SORPRESA SE PAGA (HUDSON)

Grace, Humito y yo salimos a la calle apenas tres horas antes de que se ponga el sol. Tendremos que poner rumbo a los portones enseguida, y a la zona que hemos elegido para enfrentarnos a la dragona (lo bastante alejada de Adarie para preservar la seguridad de los habitantes del pueblo, aunque los trovadores se han ofrecido a reunirse allí con nosotros y ayudarnos en nuestra batalla), pero todavía nos queda tiempo para pasear un ratito y apreciar la calma que precede a la tormenta que se avecina.

Humito se aleja para explorar en cuanto ponemos un pie en la calle, por lo que Grace y yo nos quedamos caminando por las calles adoquinadas, preguntándonos qué pasará ahora.

—Este lugar es hermoso —comenta Grace mirando todos los balcones, llenos de maceteros a rebosar de flores y enredaderas moradas que se extienden por las fachadas de ladrillo. No deja de girar sobre sí misma mientras habla, para no perderse nada, y vuelve a cautivarme otra vez más.

A pesar de la gravedad de todo lo que tenemos encima, aquí, en este momento bajo la luz de los principios del crepúsculo y las guirnaldas de luces que le iluminan la piel, es increíble lo preciosa que está. Su sonrisa, franca y radiante. Sus ojos, llenos de asombro. Hasta esas pequitas que adoro parecen bailarle por las mejillas y el puente de la nariz con cada movimiento que hace.

Y cuando busca mi mano con la suya, cuando tira de mí para un abrazo y un beso, es cuando más enamorado estoy de ella.

Mi compañera, fuerte, radiante y poderosa, que se enfrenta a todo lo que se le pone por delante con valor y compasión. Incluso en estos momentos, mientras nos preparamos para lo que sabemos que

podría ser un baño de sangre en todos los sentidos, está más que resuelta a hacer lo que haya que hacer. Y aun así se toma un momento para deleitarse en la belleza del mundo que la rodea.

¿Cómo no iba a quererla?

¿Cómo no iba a querer estar con ella para toda la eternidad?

Es el regalo que el universo me ha hecho y, si solo puedo tenerla a ella y nada más, me quedaré satisfecho. Y, aun así, en mi opinión seguiría teniendo más suerte de la que merezco.

—¿Por qué me miras así? —me pregunta Grace cuando nuestras miradas por fin se encuentran.

—Solo me sentía agradecido.

Me mira con las cejas levantadas.

—Estamos a punto de librar la mayor batalla de nuestra vida, ¿y tú te sientes agradecido?

—Ya, es raro, lo sé. —Estiro la mano por detrás de ella y arranco una flor de una de las muchas guirnaldas que decoran la plaza del pueblo. Cuando se la ofrezco añado—: Sé que no es una corona de flores, pero...

—¿Es para mí? —me pregunta con ojos llorosos.

—No, para Humito —la chincho—. Está justo detrás de ti.

—Dame mi flor —me dice ella poniendo los ojos en blanco.

—Pero si te lo acabo de decir. Es para...

Me la arranca de la mano y se la pone entre los rizos, justo encima de la oreja izquierda.

—Tócala y te romperé todos los huesos de la mano.

Ahora me toca a mí enarcar una ceja.

—Me será bastante complicado luchar contra una dragona con una sola mano.

—Bueno, pues entonces ya sabes lo que tienes que hacer, ¿no? —Lo dice con un tono de voz correcto y formal, pero la mirada que percibo en sus ojos es la de una diosa guerrera que no se arrodilla ante ningún hombre.

—Es absurdo lo loco que estoy por ti.

—Como debe ser —me contesta ella con una sonrisa. Luego me coge de la mano y tira de mí por las calles del pueblo.

—¿Adónde vamos? —pregunto mientras ella se adentra cada vez más en la plaza.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿De verdad?

—No me mires así —me pide riéndose—. No es esa clase de sorpresa.

—Bueno, soñar es gratis, ¿no?

Pero solo la estoy chinchando, y ella lo sabe aunque me ponga los ojos en blanco.

Me arrastra hasta la plaza, y dejamos atrás las *food trucks* cerradas, las carpas de actividades vacías y el tranquilo cenador.

Grace suelta un ruido desde el fondo de la garganta y empieza a tirar de mí con más fuerza.

—Ya casi es de noche.

Como al parecer la sorpresa es muy importante para ella, me apresuro. Después me quedo de piedra al ver adónde me ha traído. A la torre del reloj.

—¿Qué has hecho? —pregunto.

Se limita a mirarme con una sonrisa provocadora.

—Supongo que tendrás que entrar conmigo si quieres averiguarlo.

—A mí se me ocurre una idea mejor —contesto levantándola y echándomela a la espalda.

—¿Por los viejos tiempos? —me pregunta.

—Por los nuevos tiempos —respondo.

Y empiezo a trepar.

Llegamos a lo más alto de la torre y todavía falta una hora para que se ponga el sol. Echo un vistazo dentro y veo que ha extendido una manta en el suelo, cubierta de flores, y el agua cara que tiene enfriándose en una cubitera de acero.

—Grace... —digo, y me callo cuando se desata el caos.

114

MANDANDO MENSAJES DE HUMITO (GRACE)

Tengo que hacer uso de todo mi autocontrol para no ponerme a gritar en cuanto la dragona sobrevuela el pueblo.

No la esperábamos tan pronto, pensábamos que teníamos varias horas muertas hasta que por fin apareciera. ¡El alcalde insistía en que los dragones del tiempo solo atacan de noche!

La dragona va directa al centro de la plaza del pueblo y lanza una llamarada al cenador que es el corazón de tantos eventos. Este se incendia al instante, las lenguas de fuego recorren el techo y bajan hacia la estructura a la par que todo se llena de humo.

Por suerte, las calles están vacías, pero Hudson no duda en ponerse en acción. Baja de un salto de la torre del reloj y aterriza agachándose en la calle de adoquines que hay debajo. Acto seguido se desvanece en dirección al cenador en llamas sin mirar atrás siquiera.

Yo salgo detrás de él, cambio a mi forma de gárgola y salto; mis alas atrapan el aire de forma experta mientras me pregunto qué estará haciendo él.

Tenemos armas y cuerdas desperdigadas por las lindes de un bosque que hay en las afueras del pueblo; ¿por qué no está intentando llevar a la bestia al lugar planeado?

Cuando sigo a Hudson volando, la dragona pasa a mi lado y me doy cuenta de lo grande que es la criatura. Debe de ser más joven de lo que pensábamos, porque es evidente que se ha pasado los últimos tres meses recuperándose y creciendo. Pero creciendo de verdad. Será el doble de grande de la primera vez que la vimos y ya entonces era unas tres veces más grande que el dragón que matamos.

¿Cómo se supone que vamos a derrotarla?

—¡¿Qué está pasando?! —grita Orebon al llegar a mi lado; una

espada le golpea la cadera mientras corre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exclamo con una voz que destila pánico—. ¡Se supone que tienes que estar en casa! Orebon, no, ¡tienes que estar a salvo para proteger a Amiani!

Pero Orebon niega con la cabeza.

—¡Así es como protegemos a Amiani. Así protegemos a todo aquel que nos importa! —vocifera.

Después oímos gritar a Lumi y a Caoimhe, y por fin entiendo lo que está haciendo la dragona, lo que ha provocado que Hudson salga como alma que lleva el diablo y a qué se refiere Orebon con sus palabras.

Porque la veo. A Humito. Justo al lado del cenador, totalmente quieta, solo que grita como si no hubiera un mañana. Y la dragona va directa hacia ella.

Se me sale el corazón por la boca y aumento la velocidad. Porque puede que para mí sea un suplicio vivir con esa sombra, pero Hudson la quiere. Y ella haría cualquier cosa por él. Cualquier cosa salvo dejar de gritar, según parece, porque ahora mismo está fuera de sí. Y hay algo en ese sonido que atrae a la dragona.

Hudson se mueve tan rápido que casi es un borrón y, justo cuando la bestia baja el vuelo para agarrar a Humito, se desliza delante de ella y coge a la sombrita en brazos. Después vuelve a desaparecer, y la dragona ruge para que todo el mundo se entere de su descontento.

Gira de golpe para seguirlo y escupe una llamarada tan potente que carboniza dos puestos de comida en cuestión de segundos.

—Si el arma de un dragón es el fuego, ¿no deberíamos buscar la manera de neutralizar esa arma de la mejor forma posible? —había sugerido Lumi durante una de nuestras sesiones de organización.

Miro a mi alrededor frenéticamente en busca de uno de los extintores que, gracias al alcalde, el consejo ha accedido a colocar por todas partes del pueblo, por si acaso.

Atisbo uno junto a un banco, a unos quince metros de lo que queda de la zona de restauración, y voy a toda prisa a por él. Orebon llega antes que yo. Lo coge y sale corriendo para apagar el fuego antes de que se extienda.

Al saber que Orebon tiene los incendios bajo control, me doy la vuelta para escudriñar la plaza en busca de Hudson. Lo encuentro, ha

vuelto a la cima de la torre del reloj para dejar a Humito en la manta que había extendido para nosotros dos.

Después vuelve a bajar de un salto y recorre en un suspiro la plaza en mi dirección mientras la dragona hace otra ronda por la zona.

Me encuentro con él a un quince por ciento del camino, porque no puedo competir con él cuando se desvanece.

—¡Lo siento! —exclama antes de que pueda echarle la bronca por no haberme avisado de alguna forma—. No podía dejar que la matara.

—Pues claro que no —corroboro, pero me prometo a mí misma que le echaré la bronca después por haberme dado un susto de muerte —. ¿Qué hacemos ahora?

Antes de que Hudson pueda pronunciar palabra, la dragona suelta un rugido que atraviesa el aire como un rayo. Justo antes de que recoja las alas y se lance en picado directa hacia los trovadores, quienes corren a toda prisa por la calle que sale de la plaza hacia los portones.

No van a conseguirlo ni de coña.

115

PONTE A LA COLA
(GRACE)

—¿Qué coño le pasa a esta dragona? —pregunta Hudson—. Es mala con ganas, joder.

Y se vuelve a desvanecer, directo hacia donde están nuestros amigos. Pero Lumi, Caoimhe y Orebon deben de haberse dado cuenta de que no van a lograr salir del pueblo, así que se han escondido en una de las carpas gigantes que se montaron por si el festival podía celebrarse mañana.

Pero la dragona debe de haberlos visto, porque cambia de rumbo en el último momento. En vez de pasar por encima de la carpa recoge las alas y la atraviesa. La destroza hasta dejarla hecha trizas, y todo lo que había en su interior acaba volando por los aires, incluidos nuestros amigos.

—Madre mía... —susurro, y me obligo a volar más rápido. Es como si la bestia conociera todos nuestros planes y nuestras debilidades, y estuviese usando ambas cosas en nuestra contra. No sé cómo puede llegar a ser eso posible, pero es evidente que es mucho más lista de lo que nos pensábamos. Es aterradora a niveles insospechados.

Ahora que ha desgarrado la carpa, la dragona baña todo el lugar con un chorro de fuego; y a todo lo que albergaba en su interior, que está esparcido por la plaza. Como si quisiera asegurarse de que ninguno de nosotros tiene un lugar donde esconderse.

Al ver que la carpa arde en llamas alguien sale corriendo de su casa con un extintor en las manos. Es una mujer con una larga melena castaña, y se me sube el corazón a la garganta cuando le grito:

—¡Entra en casa!

Pero ya es demasiado tarde. La dragona se ha precipitado y tiene

al espectro entre sus poderosas fauces.

El consiguiente crujido, el ruido de los huesos al romperse, es algo que recordaré toda la vida.

Empiezo a gritar mientras el horror arrasa en mi interior y durante un segundo me fallan las piernas. Me caigo al suelo, con fuerza, al igual que la mujer cuando la dragona la lanza con una potente sacudida de la cabeza.

La mujer está muerta antes de estamparse contra el suelo. Y no hay nada que ninguno de nosotros, o que ninguno de nuestros grandes planes, pueda hacer al respecto.

Me pongo en pie tambaleándome con la idea de llegar hasta ella, pero antes de que pueda dar un paso la dragona atrapa a Lumi con las garras en un rápido movimiento y empieza a elevarse en el aire.

Orebon sale corriendo al instante, llamando a gritos a su cónyuge, pero Hudson llega antes a la dragona, y da un salto de tres metros en el aire para aferrarse a la cola de la bestia. La dragona grita furibunda y agita la cola de un lado para otro, sin embargo Hudson se aferra a ella con toda su alma.

Pero ni siquiera él podrá aguantar para siempre y, mientras la dragona no deja de elevarse cada vez más en la noche, solo puedo pensar en una cosa: ¿qué pasará cuando caigan los dos?

116

UNA SITUACIÓN ESCAMOSA (HUDSON)

¿Cómo era esa cita de Einstein que tan popular era en las publicaciones de las redes sociales? ¿«Locura es hacer lo mismo una y otra vez y esperar resultados diferentes»? Seguramente debería haberla recordado antes de saltar encima de otro puto dragón. Porque ni de coña voy a domar a esta como un vaquero. Es enorme y está cabreada y decidida a quitárseme de encima.

Normalmente estaría más que dispuesto a hacer lo que quiere, pero también está decidida a dejar caer a Lumi y no estoy de acuerdo con eso. Dado que me agita de un lado a otro como si fuera una de esas atracciones de la feria que hacen que todo el mundo quiera vomitar, solo se me ocurre una cosa.

Le pego el torso a la cola y la envuelvo con brazos y piernas, tan fuerte como puedo. Cuando entrelazo los brazos y los tobillos en la parte inferior, comienzo a deslizarme hacia arriba tan rápido como puedo. Que, por desgracia, no es ni de lejos tan rápido como me gustaría ir.

Mientras tanto Lumi intenta escabullirse de la jaula hecha de garras de dragona. Pero estamos demasiado alto para eso. No sobrevivirá a la caída si consigue escapar o si ella se harta de que la moleste con sus intentos por liberarse y lo suelta.

Eso significa que me tengo que dar más prisa, joder. Y desear con todas mis putas fuerzas que yo tampoco me caiga.

Pero la realidad no es tan sencilla como suena, pues tiene escamas afiladas que le recorren toda la maldita cola y yo estoy dejándome la puta piel para no matarme con una de ellas.

Cuando por fin llego a la parte superior de la cola, me siento como si me hubieran metido en la batidora. Me tomo un instante para

centrarme y me trago las náuseas. Mido mentalmente la distancia que va desde la parte superior de la cola hasta las garras en las que actualmente está atrapado Lumi. Y decido que ¡a la mierda!, puedo llegar de una tacada.

No me permito pensar demasiado en lo que pasará si no consigo llegar a él. En vez de eso me concentro en dar la vuelta y colocarme en la parte inferior de la dragona. Una vista o posición que no recomiendo, por cierto.

Me doy cuenta de mi error demasiado tarde, y con mucho cuidado y mucho esfuerzo consigo deslizarme de nuevo hacia arriba, hasta un lado de la cola de la dragona.

Estoy colgando, es decir, que me sostengo con solo un brazo y una pierna. Como empiece otra vez a revolverse, voy a salir volando si no hago algo enseguida.

Como si me hubiera leído la mente, la dragona elige este mismo instante para menear la cola, o lo que sea que hacen los dragones con esa cosa. Empiezo a resbalar, tal como me temía, y consigo agarrarme a duras penas de una de las escamas para no caerme.

Pero bajo la piel desnuda están incluso más afiladas de lo que notaba con los vaqueros, así que me cortan la piel de la palma de la mano. Como la sangre me brota por la mano y los dedos, sujetarme se vuelve una tarea cien veces más complicada (y eso sin contar el dolor que me causa).

Aun así nos jugamos demasiado como para soltarme, por lo que aprieto la mandíbula, me agarro con todas mis fuerzas y espero a la ocasión perfecta.

Cuando la dragona sobrevuela la torre del reloj, por fin se da la oportunidad. Para evitar chocar contra las afiladas agujas, sube las patas y las pega a su cuerpo mientras Lumi sigue dentro de las garras.

Es lo más cerca que ha estado de mí durante todo este tiempo, pero soy lo bastante listo para saber que solo dispongo de unos segundos para beneficiarme de esta proximidad. En cuanto pasemos esta zona de edificios altos, la bestia bajará las patas y perderé la oportunidad.

Con eso en mente, no me concedo más tiempo para darle vueltas a lo que podría salir mal. Al contrario, me lanzo a ello. Suelto la escama y empujo la cola de la dragona con la pierna con todas mis fuerzas, con lo que salgo disparado unos dos metros hacia delante,

directo a las garras cerradas. Y a Lumi.

Reboto en cuanto choco contra las zarpas y me apresuro a aferrarme a algo, lo que sea. Ese algo es Lumi. Enredo su camisa con la mano buena mientras me agarro como si me fuera la vida en ello.

Lumi grita cuando choco con él y empiezo a resbalar, pero entonces él también se pone manos a la obra. Alarga el brazo y engancha cualquier parte de mí a la que consigue llegar.

Me coge de la muñeca de la mano mala y me sostiene con una fuerza que me sorprende para lo delgaducho que es. De repente estamos volando por los aires mientras yo cuelgo de las zarpas como si estuviera haciendo parapente con una puta dragona a mis espaldas.

—¡¿Qué hacemos?! —vocifera Lumi para que se le oiga por encima de las ráfagas de aire que nos envuelven.

Una parte de mí quiere decirle que yo qué coño sé, pero, no sé por qué, creo que no le va a sentar bien. Además, a estas alturas solo queda una cosa que podamos hacer: saltar y rezar todo lo que sepamos para aterrizar en algo blandito.

Aunque solo voy a tener una oportunidad, así que debo asegurarme de que no saltemos demasiado pronto o demasiado tarde. Llegados a este punto, la verdad es que pienso que nuestra mejor opción será saltar sobre una de las carpas que han montado alrededor de la plaza. Solo tengo que amortiguar un poco nuestra caída y conseguiré dejar a Lumi en tierra firme sin que sufra muchos daños.

Pero he de cerciorarme de poder abrir las garras de la dragona en el momento exacto. Y si tenemos en cuenta que la última vez fue toda una puta odisea, esto podría acabar muy mal.

Además, para abrirle las zarpas necesito ambas manos y resulta que ahora mismo mis manos son lo único que impiden que salga volando por los aires. Bueno, mis manos y Lumi con su férreo agarre alrededor de mi muñeca.

La dragona por fin está volviendo a sobrevolar la plaza, lo cual significa que tengo que decidirme pronto. Solo espero que a Grace no se le ocurra venir a rescatarme. Lo último que necesito es que la dragona le arranque alguna parte del cuerpo o que la chamusque viva si no está en su forma de piedra maciza. Si eso llegara a ocurrir, estaría dispuesto a hacer cenizas el puto pueblo solo para tener una oportunidad de acabar con la bestia de los huevos.

Empiezo a mover la mano por encima de las garras, hacia los

nudillos de la dragona, cuando atisbo la daga que Lumi porta en la vaina alrededor de la cintura. Grace y yo hemos animado a todo el mundo a que se traiga una espada (o dos) para la batalla, pero Lumi insistió en que la única arma que necesitaba era su daga.

En su momento pensé que estaba siendo cabezota, pero ahora mismo nunca me he sentido más agradecido por la cabezonería de alguien. Porque esa daga nos va a salvar la puta vida.

La dragona acelera mientras se acerca cada vez más a la zona de la plaza donde están las carpas (y donde las llamas siguen ardiendo con furia). Comprendo que estoy a punto de perder mi oportunidad y no estoy seguro de que mi mano resbaladiza por la sangre vaya a aguantar otra vuelta por el pueblo, así que le grito a Lumi que me agarre de la muñeca tan fuerte como pueda.

Solo me queda una cosa que hacer en esta situación. Decido dejarlo todo en manos de la puta suerte y espero aterrizar en alguna parte que no nos mate a ambos.

117

DE HUMITO, CON AMOR (HUDSON)

Después de tirarme los últimos cinco minutos aferrándome a la cola de la dragona como si mi vida dependiera de ello, tardo un par de segundos en convencer a mi cerebro de que puede soltarse. Cuando por fin lo consigo, me impulso con el brazo para levantarme y cojo la daga que Lumi lleva a la cintura.

Echo un vistazo hacia abajo mientras la dragona se abalanza contra las carpas. Es ahora o nunca, así que hago lo que hay que hacer y utilizo la daga para hacerle un buen corte a la bestia en las garras.

—¡Cógete! —chillo, y me alegra sentir que Lumi se coge a mí por la cintura, así tengo las dos manos libres.

La dragona aúlla de dolor en el instante justo en el que empezamos a caer. Pero, en vez de asustarse y alejarse volando, como esperaba que hiciera, se pilla un cabreo de la hostia y suelta una sarta de llamaradas que calcinan todas las carpas de la plaza. Entre ellas la carpa en la que esperaba aterrizar. Qué sorpresa.

—¡Cambio de planes! —le grito a Lumi durante la caída.

—¡¿Es que hay plan?! —me contesta gritando también para hacerse oír por encima de las ráfagas de aire.

—La verdad es que no —reconozco.

Con Lumi todavía aferrándose a mí, me doy la vuelta lo mejor que puedo en plena caída. Mi objetivo es aterrizar primero para que el trovador me use de amortiguador. No es un plan de la leche, y sé que voy a acabar con un buen montón de huesos rotos, pero no puedo permitir que la palme.

Lo importante no es la caída, sino el golpe, me recuerdo, aunque me sigue pareciendo una soberana gilipollez. Y me preparo para...

De repente Grace viene volando y choca contra nosotros tan

rápido que me da la impresión de que va a mil por hora. Nos manda dando vueltas en el aire, pero nos alcanza en un instante y me rodea con los brazos.

—¿Te llevo, guapo? —me pregunta.

—Bendita seas, Grace —le dice Lumi con cara de estar a punto de echar la pota.

Por un segundo temo que me vaya a vomitar encima, pero no sé cómo consigue aguantarse las ganas hasta que tocamos suelo firme. En cuanto roza el césped con los pies se aleja dando tumbos y se pone a vomitar detrás del primer banco que pilla.

Y no me extraña... Nos hemos salvado por los putos pelos.

Siendo sincero, todavía no nos hemos salvado del todo, porque nunca he visto a nadie tan encolerizado como lo está la dragona. Está calcinando todo lo que pilla a su paso y, de repente, tengo miedo de que mañana no haya pueblo en absoluto si no actuamos rápido.

Lo único bueno (y lo de bueno es relativo) que sacamos de este último ataque de furia es que, cuando gira en pleno vuelo, nos ve a Grace y a mí. Y, en cuanto nos encuentra, se concentra como si fuera un misil termodirigido y viene a por nosotros.

—¡Vuela! —le grito a Grace, porque esta es la mejor oportunidad que hemos tenido de sacarla del pueblo y alejarla de sus habitantes.

—¡En ello estoy! —me contesta gritando también, y es verdad, pues salta en el aire en un abrir y cerrar de ojos. Es imprescindible que la dragona se crea que puede atraparnos, porque necesitamos que no pierda el interés en nosotros y vaya a por un objetivo más sencillo. Como el pobre de Lumi, por ejemplo, que ahora mismo se está refugiando debajo del banco del parque detrás del que acaba de vomitar.

Decidido a evitar que la dragona se fije en Lumi, acelero un poquito más. La dragona reacciona con una buena llamarada hacia mi persona. Consigo apartarme justo a tiempo, pero ha estado demasiado cerca como para estar relajado.

Miro hacia arriba y veo a Grace, con los ojos marrones entrecerrados en un gesto peligroso, y me dice:

—Tengo una idea.

—¿Qué? —pregunto justo antes de que realice un mortal en el aire bastante impresionante, se dé la vuelta y se acerque volando lo suficiente a la dragona para tocarle el hocico antes de pegar otro salto

mortal e irse directa a los portones del pueblo.

Una acción que cabrea un montón a la dragona... justo lo que Grace quería.

La bestia voladora se vuelve loca y acelera en un intento desenfrenado por alcanzarla. Pero Grace también acelera. Y así, sin más, se lanzan en una persecución a toda velocidad que me aterra que no acabe bien para Grace.

Es una sensación que se intensifica cuando la dragona le gana terreno a Grace al tiempo que suelta un chorro de fuego tras otro. Grace, cuyas habilidades voladoras han mejorado un montón en las últimas semanas, gira, agacha la cabeza y esquiva las llamaradas.

Al menos hasta que una de las arremetidas de la bestia le da en la punta del ala y lo manda todo a la mierda.

Grace grita mientras cae en picado hacia el suelo, con la dragona siguiéndola bien de cerca. La chica intenta remontar el vuelo y, o bien la dragona ha tenido una suerte de la hostia o bien sabía dónde debía darle, porque el ala de Grace ha perdido lo que sea que le proporciona la aerodinámica.

Está cayendo en barrena, directa a estamparse contra el suelo.

Me desvanezco por el terreno, aterrado de no llegar a tiempo. Sobre todo porque la caída no es el mayor de los problemas de mi compañera. La dragona la está alcanzando ahora que ya no tiene nada bajo control y, cuanto más se acerca la criatura, más convencido estoy de que su plan es achicharrar a Grace por completo.

Y no lo voy a permitir.

Me desvanezco hacia ellas con un solo pensamiento en la cabeza: sacar a Grace de la línea de fuego de la dragona. Y, cuando la bestia suelta otra llamarada tan cerca de Grace que podría dejarla chamuscada, solo puedo hacer una cosa. Doy un salto para interceptar el ataque, y me interpongo entre Grace y el fuego con todo el cuerpo.

Giro en pleno salto, cogiendo a Grace para que no siga cayendo en picado hacia el suelo, y me preparo para sentir el fuego de la dragona. Tengo a la bestia lo bastante cerca para saber que no voy a salir de esta; tan cerca que lo único que puedo hacer es rezar para poder servirle de escudo a Grace. Y para llegar al suelo y salvarla antes de que la dragona me mate.

Pero no soy el único que ha tenido esa idea, porque todavía me estoy volviendo (aún me estoy preparando) cuando, en el último

segundo, Humito llega atravesando el cielo nocturno.

Tengo un milisegundo para gritarle que se aleje, que no se acerque, pero ya es demasiado tarde.

Se interpone entre el fuego de la dragona y yo.

Y las llamas le dan de pleno.

118

POR MUCHO QUE DÉ CORTE, ALGUIEN TIENE QUE HACERLO (GRACE)

Hudson grita como si se le estuviera rompiendo el corazón y yo levanto la mirada justo a tiempo para ver que una llamarada alcanza a Humito; una tan poderosa que nadie que no esté hecho de piedra maciza podría salir con vida de ella.

Y es todo culpa mía.

Si no hubiera intentado alejar a la dragona, si hubiera sido más rápida y no hubiera permitido que me alcanzara con el fuego en el ala, nada de esto habría ocurrido. Humito estaría a salvo. Estaría viva.

Y Hudson. Hudson no estaría cayendo en picado conmigo hacia el suelo como si todo su mundo hubiera dejado de tener sentido.

Aterrizamos con gran estruendo, pero él ni se inmuta. Se toma un segundo para dejarme en el suelo con delicadeza.

—¡Vete! —le digo—. ¡Vete!

Se desvanece hasta el otro lado de la plaza antes de que yo pronuncie la primera palabra y agarra lo que queda del pobre cuerpo incinerado de Humito antes de que toque el suelo.

Llego a su lado y soy yo la que lo agarra a él cuando da un traspié. Lo abrazo mientras las cenizas de Humito revolotean por el aire que nos rodea y el lazo rojo chamuscado cae al suelo sin parafernalias.

—No —susurra al tiempo que se desploma de rodillas delante de mí y sujeta el lazo con una mano—. Por favor, no, no, no.

—Lo siento. —Le doy un apretón en el hombro mientras yo también contemplo lo que queda de nuestra pequeña y traviesa amiga —. Lo siento mucho.

Levanta la vista para mirarme con ojos asolados por el dolor y no quiero nada más que abrazarlo. Consolarlo. Volver atrás en el tiempo, a hace dos minutos, y arreglarlo todo.

Pero no puedo hacerlo. No puedo hacer nada de eso. Así que lo único que se me ocurre es ganar tiempo para que Hudson pueda llorar su pérdida. Cambio a piedra y después vuelvo a la forma en la que estaba antes para ver si así (tal vez) se me cura el ala.

Al cambiar de forma está reparada. Me sigue doliendo, pero la punta del ala está curada. Puedo volver a volar.

Y eso hago, salgo disparada hacia el cielo cuando la dragona se cierne sobre Hudson y los restos de la pobre Humito.

Me pongo a la misma altura que la dragona un segundo antes de que escupa otra llamarada de fuego dirigida a Hudson y, esta vez, cuando se me convierten los puños en piedra es a propósito. Conectamos con un golpe fortísimo y le propino un gancho debajo de la barbilla con todas mis ganas.

El impacto de la piedra hace que la dragona se tambalee en el aire y que la llamarada atraviese el cielo de la noche mientras cae de espaldas. Vuelo tras ella, decidida a tumbarla esta vez, convencida de que ya ha causado demasiado caos esta noche: ya ha matado y herido a demasiada gente. Estoy harta de ella. Harta de todo. Aunque tenga que morir para detenerla, aquí acaba todo.

Así que la persigo por el cielo nocturno.

Al final la dragona se recupera del puñetazo y vuelve a por mí al mismo tiempo que escupe fuego por la nariz y la boca, y sus ojos destilan ira.

Pues mira, ya somos dos. Puede que yo no lance llamas, pero ¡joder si tengo ira!, así que esta vez desciendo para volar por debajo. Mientras lo hago, cambio ambas manos a piedra. Desciendo un poco más hasta colocarme en su punto ciego, debajo de ella, y vuelvo a alzar el vuelo, ganando velocidad a medida que avanzo.

Esto no es como la otra vez. No tengo ni el poder ni el impulso necesarios para atravesarle el pecho. Pero sí que tengo fuerza suficiente para encargarme de otra parte de su cuerpo.

Cuando la dragona extiende las alas y escudriña la zona debajo de nosotras en busca de más presas, hago uso de mis puños de piedra y atravieso la fina y curtida piel del ala para después tirar hacia abajo con todas mis fuerzas.

Ella vuelve a rugir en cuanto una raja irregular atraviesa lo que antes era un ala en perfecto estado. Cae en picado boca arriba y después gira, gira y gira sin control alguno. Yo la empujo con la pierna para apartarme de ella y bato las alas para no cruzarme con su espiral de la muerte.

Aunque no cae sin pelear. Al estamparse contra el suelo lanza llamas en todas direcciones mientras, temblorosa, se pone en pie. Pero Hudson entra en acción; se desvanece a su alrededor y esquiva las llamas a la vez que corre directo hacia ella.

No sé qué planea hacer; en realidad, no sé siquiera si tiene un plan, pero ni de coña pienso dejar que mi compañero se enfrente a la dragona él solo. No cuando está furiosa, herida, acorralada y no tiene nada que perder.

Vuelo a toda velocidad hacia ellos, me esfuerzo todo lo que puedo en un intento de llegar a ella antes de que incinere a Hudson. Él no está en sus cabales ahora mismo y no sé si está en un buen estado, mentalmente hablando, para enfrentarse a la dragona él solo.

Pero no está solo porque, incluso antes de que yo llegue, Caoimhe sale disparada de entre la penumbra nocturna con dos enormes espadas moradas.

Le lanza una a Hudson, quien se ralentiza lo suficiente para cazarla al vuelo, y después pone rumbo a toda velocidad hacia la dragona, que ruge y araña el suelo mientras continúa lanzando llamas a su alrededor.

Llego justo en el momento en el que Hudson salta por los aires, con la espada enarbolada por encima de su cabeza. Con un grito de dolor y rabia que iguala a los de la dragona, baja la espada sobre su cuello usando hasta la última gota de poder vampírico de su cuerpo.

La espada afilada atraviesa sin problemas la dura piel, llega al músculo y al hueso que hay debajo, hasta que la cabeza cortada cae al suelo a los pies del vampiro.

119

CON UN BUEN PAR DE BOLAS DE DISCOTECA (GRACE)

La sangre sale a borbotones del cuello de la dragona, justo desde el hueco en el que antes tenía la cabeza, y empapa el suelo morado que la rodea con ese extraño tono naranja radiactivo de la sangre de dragón.

Hudson está de pie en todo el charco, blandiendo la espada con ambas manos y ahondando en la herida abierta del cuello de la bestia muerta; las arremetidas son tremendas, constantes, una tras otra. Como si hubiera muerto demasiado rápido, como si su furia y su dolor no fuesen a desaparecer hasta que la bestia sufriera tanto como él.

Me acerco a él, consigo que suelte un poco el férreo agarre con el que sujeta la espada, y Hudson se tambalea hacia atrás.

—Ya está —le digo en voz baja, y apoya casi todo su peso en mí —. Se acabó. Todo se acabó.

Se vuelve para mirarme por primera vez, y veo que tiene la cara pálida, ha perdido todo el color, y sus brillantes ojos azules ahora están apagados y destrozados.

—Ya no está —me dice atragantándose, y sé que no se refiere a la dragona.

—Lo sé —le contesto con un susurro mientras se me rompe el alma por la pérdida que hemos sufrido—. Lo siento, lo siento muchísimo.

—¿Por qué lo ha hecho? —pregunta enfurecido—. ¿Por qué se ha metido en esta pelea? La dejé en la torre del reloj. Le dije que se quedase ahí, le dije que volvería a por ella cuando todo hubiera acabado. ¿Por qué no me ha hecho caso? ¿Por qué no se ha...?

—Porque te quería —respondo. Deseo estrecharlo más contra mí, hacer que se apoye en mi pecho, pero sé que todavía no está

preparado para eso. Así que me limito a decirle la verdad—: Porque quería protegerte tanto como tú querías protegerla a ella.

Hudson asiente moviendo la mandíbula, pero en su mirada jamás he visto una devastación tan funesta como la de ahora.

Me prometo a mí misma que cuando volvamos a la posada (o a lo que quede de la posada después de que la dragona haya desatado su ira por toda la plaza del pueblo), lo abrazaré y consolaré todo el tiempo que me deje.

Pero ahora mismo tenemos un nuevo problema. Porque, como ya ocurrió con el dragón que matamos la última vez, de esta dragona también se están elevando unas gotitas doradas y plateadas. Giran y giran y giran en el mismo diseño de hélice doble que vi aquella vez. Salvo que, en lugar de elevarse hacia el cielo nocturno como pensé que habían hecho las otras gotitas, esta energía se queda aquí, entre nosotros y la dragona.

Al principio no sé qué está yendo mal, pero me da mala espina. ¿Lo que nos está rodeando es su alma? ¿Su energía? ¿Acaso su cuerpo está intentando recomponerse?

Espero que no sea esto último. De corazón. Porque deberíamos mostrarnos respetuosos ante la muerte (aunque sea la muerte de uno de nuestros enemigos) y, después de todo lo que ha pasado esta noche, lo último que quiero es tener que luchar contra una dragona zombi revivida en extrañas circunstancias.

Pero resulta que lo que está pasando en realidad es muchísimo peor.

Porque cuando miro hacia atrás me encuentro con Souil. Es él quien está haciendo girar la fina llovizna dorada y plateada del interior de la dragona. Y, bajo mi atenta y horrorizada mirada, es él quien abre la boca y empieza a inhalar la esencia de la dragona.

—¿Qué estás haciendo? —jadeo, e intento interponerme entre él y el alma de la dragona—. No puedes hacer eso. No puedes...

Me aparta de un empujón con tanta fuerza que resbalo con los restos de sangre y casi me caigo. Pero Hudson ha estado atento y me ha cogido al tiempo que se vuelve para ver qué está haciendo el alcalde.

—Puto demente —gruñe; me deja a un lado y se dirige hacia el alcalde, que a estas alturas ya ha absorbido casi toda la esencia de la dragona.

No, no es un alcalde sin más, recuerdo, y me pongo mala.

Souil también nos contó que era un hechicero del tiempo, pero nos lo tomamos a cachondeo. Ahora, al darme cuenta de que quizá hayamos podido cometer un terrible error, se me cae el alma a los pies.

Por primera vez en todos estos meses recuerdo la silueta que vi en el balcón del ayuntamiento cuando la esencia del dragón que matamos aquella noche se elevaba hacia la noche.

Recuerdo lo diferente que estaba Souil cuando quedamos con él para tomar el *brunch* al día siguiente. Se veía mucho más joven, y tenía el rostro mucho más terso.

Es más, recuerdo que nos animó a matar a la dragona, que nos dijo que era la única forma de salvar al pueblo.

Y aquí está, delante de nosotros, en el lugar de la muerte de la bestia, tomando lo último que le queda a esta dragona por dar.

Vale, sé que tenía que morir. Sé que estaba decidida a matarnos a todos; y a matarnos a Hudson y a mí en especial, a fin de cuentas, supongo. Pero saber eso es una cosa.

Saber que igual nos han embaucado (que igual nos han utilizado) es otra cosa totalmente distinta.

El alcalde ya tiene un aspecto más joven, más alto, más fuerte. Parece mucho más poderoso, desde luego, y la portentosa magia que acaba de absorber hace que le resplandezca el cuerpo desde dentro. Al moverse, al levantar los brazos hacia delante casi crepita por la electricidad y, al inhalar los últimos restos de la esencia de la dragona, está radiante.

—¡¿Qué cojones has hecho?! —grita Hudson corriendo hacia él. Pero antes de que Hudson pueda llegar hasta el alcalde, este ha desaparecido—. ¿Qué coño ha pasado? —Hudson gira sobre sí mismo con los ojos como platos—. ¿Adónde ha ido?

Yo niego con la cabeza, porque no tengo ni idea.

Nos tiramos un buen par de segundos dando vueltas en círculos, intentando descifrar dónde ha podido meterse al desaparecer, pero es todo en vano.

Y entonces, de repente, Souil reaparece a unos treinta metros de donde estaba hace un instante.

—¿Cómo ha hecho eso? —pregunto, pero Hudson no pierde el tiempo en contestarme. En cambio, se desvanece hacia el hechicero.

Tarda menos de un segundo, pero Souil ha vuelto a desaparecer.

Pero esta vez no tarda tanto en volver a hacer acto de presencia. Un segundo después reaparece justo detrás de Hudson y le da un buen empujón con fuerza.

Hudson sale volando por culpa del empujón y aterriza de cara. Hudson, el chico que jamás trastabilla bajo el peso del poder de otra persona.

Se pone en pie en una milésima de segundo y se vuelve hacia Souil, que ahora está de pie en el centro de la plaza del pueblo, con las piernas separadas y la cabeza echada hacia atrás, partiéndose de risa.

—¿De verdad te crees que me vas a tocar? —le pregunta a Hudson mientras este se desvanece otra vez hacia él.

Y Souil vuelve a desaparecer una vez más, y reaparece a unos metros de distancia, con un palo enorme en la mano. Pero no es un palo normal. De la punta le salen dos cadenas, y de esas cadenas cuelgan unas bolas plateadas con púas que no había visto en mi vida.

Vaya, a su atuendo le ha añadido una capa: una capa de lentejuelas blancas y plateadas, para ser precisa, casi del mismo color que lo que lleva en la mano, que creo que es una maza medieval... Pero la capa está modernizada, cómo no, con un vuelo muy setentero.

—¿Qué cojones es eso? —Hudson me mira superasombrado.

—Creo que es... —Me callo al ver que Souil levanta el palo por encima de su cabeza, empieza a darle vueltas y mueve las caderas muy al estilo de Elvis Presley. Las cadenas, y las bolas que cuelgan de ellas, empiezan a girar también, y suelto un grito ahogado al tiempo que toda la plaza del pueblo se transforma de pronto en una fiesta disco de los setenta, inspirada en el LSD .

Solo falta que aparezcan los Bee Gees cantando *How Deep Is Your Love.* Pero bueno, Souil bien podría estar haciendo una audición para ocupar el puesto del cuarto Bee Gee mientras hablamos, la verdad. Domina el movimiento de caderas, ahora lo único que le falta ya es aprenderse el paso de mover el brazo de forma diagonal apuntando con un dedo, y listo.

—¿Eso son... unas bolas de discoteca con púas? —me susurra Hudson horrorizado.

—Pues te diría que sí, la verdad —contesto. A estas alturas ¿qué otra cosa puedo decir? No me sorprendería nada ver ahora al submarino amarillo de los Beatles flotando por la calle principal del

pueblo.

Pero, a pesar del aspecto ridículo de Souil, esa obsesión suya por los años setenta tiene algo de escalofriante que me hace preguntarme: ¿es posible que tenga la capacidad de manipular el tiempo? ¿Puede pasar del pasado al futuro cuando le venga en gana? Si es capaz de eso..., ¿de qué no será capaz? ¿Habrá algo que no pueda usar en plena batalla? ¿Habrá trampa de la que no pueda escapar?

Niego con la cabeza. No, eso no puede ser verdad. Si pudiese hacerlo seguro que alguien se habría fijado, alguien habría dicho algo. Empiezo a relajar un poco los hombros. Igual la situación no es tan mala como pinta.

—Vaya, eso es algo que no se ve todos los días —comenta Orebon cuando llega hasta donde estamos.

—Ni nunca —añade Caoimhe—. Por suerte.

—¡Venga, Hudson! —grita Souil desde el otro lado de la plaza—. Antes has sido muy valiente. ¿Esta noche no te apetece un bailecito?

—¿Vosotros también lo estáis viendo? —pregunta Lumi mientras niega con la cabeza como si quisiera aclararse las ideas—. ¿O me he dado tal hostión en la cabeza que estoy alucinando?

Entiendo por qué se plantea esa posibilidad. Porque ¿quién iba a llegar a imaginar que esto pasaría de verdad? ¿Que el alcalde del pueblo más grande del Reino de las Sombras, obsesionado con la década de los setenta, blandiría unas bolas de discoteca como si fueran un arma, vestido como el puñetero doble de Elvis Presley?

Bueno, que esto no sea lo más raro que hemos visto en este reino lo dice todo. Y también que no sea lo más raro que hayamos visto del alcalde.

—No —le contesta Caoimhe—. Todos podemos ver esas enormes bolas bien brillantes.

—Eso me temía —señala Lumi suspirando. Pero no comenta nada más.

Y vale, sí, entiendo que sea raro de la hostia, pero no es malo, malo en plan «la vamos a palmar». Quizá la energía de la dragona acaba de empoderar al alcalde y ahora igual podría visitar otra época. Igual ahora descubre los calentadores y las camisetas con un hombro descubierto, a lo *Flashdance* . Ni de coña puede ser lo peor que pueda pasarle a este intento de Evel Knievel, el motociclista de las acrobacias.

Pero entonces el alcalde echa la cabeza hacia atrás y empieza a reír; suelta esa clase de risa que hace que se te pongan los pelos de punta.

—Llevo mil años esperando este momento, querida. Así que muchísimas gracias.

Trago saliva mientras noto cómo se me revuelve el estómago como un océano en plena tormenta.

—Eh..., ¿por qué me estás dando las gracias exactamente?

«Por favor, que no diga nada malvado. Por favor, que no diga nada malvado.»

—Pero ¡bueno!, por darme el poder para volver a casa... y reescribir la historia, ¿por qué si no?

No tengo muy claro qué significa eso, la verdad, pero sé que es malo. Muy malo. He visto bastantes pelis de Marvel para saberlo. Pero me lo habría imaginado igualmente por la forma en la que Hudson se queda de piedra, mientras el aire que lo rodea se vuelve glacial y hace que se me ponga la piel de gallina.

Le lanzo una mirada rápida, pero ya se está impulsando en el aire y aterriza a varios metros de distancia, justo a los pies de Souil.

Pero Souil ha vuelto a desaparecer.

Y esta vez, cuando reaparece, lo hace a un metro de Orebon y moviendo la maza discotequera.

120

MUERTE EN LA PISTA DE BAILE (GRACE)

Tardo un horrible instante en caer en la cuenta de lo que está pasando, pero para entonces ya es demasiado tarde.

Las bolas de discoteca dan vueltas, golpean a Orebon en la sien... y le arrancan la mitad de la cabeza. La sangre y los sesos salen despedidos por todas partes y él se desploma sobre el suelo en un charco de su propia sangre morada.

Caoimhe grita y corre hacia Souil, pero Hudson la agarra antes de que llegue a él.

Aun así nadie podría haber contenido a Lumi para evitar que se abalanzara sobre Souil. Aunque da igual porque, como siempre, el hechicero ha desaparecido. Y ahora está plantado en los escalones del cenador mientras niega con la cabeza.

—Consideradlo una advertencia —amenaza—. No quiero mataros a ninguno, pero os mataré a todos si intentáis estorbarme. —Mira hacia abajo, hacia el cuerpo sin vida de Orebon, sin una pizca de remordimiento en la cara—. Tengo una misión y no pienso fracasar. No después de haber esperado siglos para contar con esta oportunidad.

—Me da igual lo que tengas que hacer, no vas a salirte con la tuya —le aseguro, y rezo por estar diciendo la verdad—. La gente como tú nunca lo hace.

—Ay, Grace, mi querida niñita inocente. Tengo dinero. Tengo poder. Y tengo todo el tiempo del mundo de mi parte. No hay nada que nadie pueda hacer para detenerme. —La maza empieza a ir de un lado a otro una vez más—. ¿O necesitas que lo vuelva a demostrar?

—¡¿Por qué haces esto?! —vocifera Lumi desde donde está, abrazado al cuerpo sin vida de Orebon—. No te ha hecho nada.

—No significaba nada para mí —revela Souil, pero hasta su voz ha cambiado. Es más profunda, más grave; estalla como un relámpago que atraviesa el cielo y nos envuelve como el retumbar del trueno que lo seguiría—. Ninguno de vosotros. Recordadlo si escogéis inmiscuiros, porque os lo advierto: no permitiré que nadie frustre mis planes.

—Y ¿qué planes se supone que no debemos frustrar? —Hudson suena aburrido. Aparta a Caoimhe y veo que quien está delante de mí es el príncipe vampiro otra vez. Brazos cruzados, ojos burlones, una expresión insolente en el rostro. Normalmente no suelo alegrarme al verlo con esta actitud de sabelotodo, pero mentiría si dijera que no me alivia verlo así en estos momentos—. Además de los de ser un supervillano setentero con aires de grandeza, quiero decir.

Durante un instante la cara de Souil se oscurece para dar paso a algo repugnante y peligroso, pero vuelve a la normalidad enseguida; si no fuera por el aspecto de deleite y malicia que luce en los ojos, claro.

—No entiendo por qué nos enfrentamos. No habría conseguido nada de esto sin vosotros.

—Cabronazo.

De la nada, Caoimhe se abalanza sobre él daga en mano.

Me dispongo a saltar delante de ella, a hacer lo que sea para evitar que muera, pero Souil se limita a poner los ojos en blanco. Después chasquea los dedos y todo el mundo a nuestro alrededor se congela.

Hudson, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Lumi, inclinado sobre Orebon.

Caoimhe, a media carrera, con la daga en el aire.

Mientras intento asimilar lo que acaba de suceder, Souil enarca una ceja contemplándome.

—Interesante —murmura. Y de repente vuelve a dar otro chasquido.

Espero que los demás se descongelen, pero nada. Souil me analiza como si fuera una bacteria bajo un microscopio: tan fascinante como repulsiva. Pero solo añade:

—Muy interesante.

Sus palabras (y tono) me sacan de mi estupefacción, hacen que vaya corriendo hasta Hudson para comprobar que esté bien.

—Tranquila, Grace.

No les he hecho daño. Solo me he cansado de sus lloriqueos constantes y sus intentos de asesinato. Pero tú... Tú presentas un nuevo reto. —Lo ignoro, porque no me fío nada de la palabra del alcalde. Pero cuando me apresuro a llegar junto a Hudson, busco en mi interior y sigo sintiendo el hilo azul brillante de nuestro vínculo de compañeros, así que suelto un largo suspiro. Hudson está bien, solo que congelado—. ¿De verdad tenemos que montar todo este drama? —pregunta Souil con un bostezo muy estudiado—. Al fin y al cabo, tengo cosas que hacer.

—¡Descongélalos! —exijo mientras me vuelvo para mirarlo—. Descongélalos ahora mismo. No puedes dejarlos así.

Su mirada pasa de alegre a molesta en un instante. Desaparece durante un segundo y esta vez, cuando reaparece, está a mi lado presionando la maza contra la parte inferior de mi barbilla.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Puedo hacer lo que me venga en gana. Cuanto antes te entre en esa cabecita de piedra, mejor te irá. ¿Me entiendes?

Me cuesta tragar con la maza clavada en la barbilla y la garganta, y mucho más hablar. Pero como no se da por vencido (cada segundo que tardo en responder hunde la maza un poco más), por fin consigo soltar un chillido.

—¡Sí!

—Bien. —Sonríe compungido antes de quitarme el arma de la garganta y apoyarse en uno de los pilares del cenador, descansando el peso en el antebrazo—. Porque te he estado esperando mucho tiempo.

—¿A mí? —pregunto confundida.

—No a ti específicamente. —Hace un gesto con la mano, como si quisiera decirme que no me lo crea tanto. Como si se me fuera a ocurrir hacerlo—. Pero llevo ofreciendo refugio y coleccionando a seres de otros mundos en Adarie durante siglos, esperando una fisura en el tiempo lo bastante grande... y al dragón del tiempo que viene con ella.

—Así que de verdad eras...

Me lanza una mirada de advertencia y yo me callo. Ya está alterado y es violento. Imagino que no hay necesidad de cabrearlo más mientras Hudson y mis amigos no se pueden defender a ellos mismos.

—Al principio me costaba conseguir que la gente se mudara aquí. Pero, después de que se corriera el rumor de que la reina de las

sombras cazaba a los extranjeros y de que existía este idílico pueblo refugio, fue todo mucho más fácil.

—Así que la alcaldía, todo, ¿solo era una farsa para atraer a un dragón del tiempo para que matara a la gente que confía en ti? —pregunto horrorizada, aunque no sé por qué. Después de todo lo que ha revelado, pensaba que ya nada podría impactarme, pero no. Esto es un no parar.

—Si son lo bastante necios como para confiar en mí, yo soy lo bastante listo como para aprovecharme —contesta con un tono de lo más razonable—. Además, ¿de qué se van a quejar? He mejorado su patética vida. Mira este lugar, mira todo lo que les he proporcionado.

—No creo que cuente si estás dispuesto a sacrificarlos cuando te venga en gana.

—¡Cuando me venga en gana no! —vocifera antes de volver a bajar la voz—. He estado aquí esperando un milenio. Esperando durante tanto tiempo sin más a un dragón que fuera lo bastante grande que casi me doy por vencido. Que casi renuncio y me conformo con quedarme atrapado en este reino.

»Pero, entonces, escuché a dos extraños mencionar a los dragones, y supe que mi larga espera por fin había llegado a su fin. Y madre mía si has cumplido, Grace.

Esta vez su sonrisa es de felicidad y, no sé cómo, pero eso hace que esta experiencia se convierta en algo más macabro y horrible todavía. ¿Qué clase de persona puede sonreír de esa forma después de haber asesinado brutalmente a un hombre inocente?

—Pero ¿sabes cuál es el problema con esa clase de personas que se sacrifican a sí mismas? —añade mientras se frota la barbilla con aire distraído—. Siempre estáis dispuestas a morir para proteger a los demás, pero nunca a aceptar el trato que os salvará la vida. —Se inclina hacia delante y vuelve a dar un chasquido, con lo cual descongela a Hudson y a los demás al instante. Después, con un tono de voz que apenas podemos oír, continúa—: Por una vez en vuestra vida, sed listos —nos indica—. Por una vez, olvidaos del sacrificio y preocupaos por vosotros mismos. Por una vez, aceptad el puto trato que estoy a punto de ofreceros y alegraos.

121

ASÍ SE SESGAN LAS COSAS (HUDSON)

«¿Qué cojones...?»

Por un momento estoy confuso..., muy confuso. Confuso en plan «no sé qué te estaba diciendo». Confuso en plan «nada cuadra».

Me vuelvo hacia Grace, que no está donde yo recordaba que estaba, y eso me plantea otra pregunta de qué cojones está pasando aquí. Porque algo no va bien.

—Te ha congelado —me susurra ella.

—¿Que me ha qué? —Me hierve la sangre cuando entiendo lo que me está diciendo.

No me sienta bien que me tomen por estúpido. Y tampoco me gusta que me priven de mi voluntad. Y ni de puta coña me parece bien que un gilipollas con complejo de dios decida que su voluntad bien vale la muerte de personas que me importan y la destrucción de un lugar al que he llegado a considerar mi hogar.

—¿A qué trato te refieres exactamente? —pregunto cuando lo que me apetece de verdad es darle una paliza al cabronazo que tengo delante.

Miro un momento a Caoimhe y a Grace, y sé que piensan lo mismo que yo. Lumi, en cambio, parece tan desolado como me siento yo por la muerte de Orebon. Y eso me cabrea aún más.

Y todo esto antes de que Souil me conteste:

—Es fácil... —dice con una sonrisa que me hiela la sangre. Rezuma malicia, arrogancia y engreimiento, todo al mismo tiempo, y me resulta muy muy familiar. La he visto en el rostro de mi padre, dirigida hacia mí, más veces de las que quiero recordar. Y cada vez que veía esa sonrisa yo acababa mal—. Lo único que tienes que hacer es irte —continúa—. Coge a tu novia, a tu grupito de músicos y a lo

que quede de esa pobre sombrita, y marchaos ahora mismo.

La furia casi me abruma por la forma en la que habla de Grace, de Humito y del resto, sobre todo después de lo que le ha hecho a Orebon, pero aprieto los dientes para intentar contener el odio. Y le dejo hablar.

Es lo que hacía con mi padre. El primer paso era siempre un silencio «respetuoso» mientras él deliraba sin parar de lo genial que era.

El segundo paso consistía en hacerle un par de cumplidos para azuzar su narcisismo y hacerle creer que estábamos en el mismo bando.

Y el tercer paso era trabajar con mucho ahínco contra él mientras me esforzaba por mantenerme fuera de la zona de explosión.

A veces me quedaba atascado en el segundo paso y nunca tenía la oportunidad de llevar a cabo el tercero, porque no era posible. O porque se había pasado demasiado como para oponerme a él.

Estar aquí, mirando cómo los ojos de Souil rebosan un poder tremendo que se parece un montón a la locura, me recuerda a aquella época de mi vida. Es más, me hiela la sangre porque de pronto me da miedo que, sea cual sea su gran plan, no seré capaz de detenerlo. Grace y Adarie sufrirán porque no me percaté antes de su maldad. Y Orebon y Humito, mi pobre Humito, ya han sufrido la peor de las consecuencias.

Tendría que haberme dado cuenta. Joder, tendría que haberlo visto venir. Lo he presenciado toda mi puta vida. ¿Cómo es posible que no lo haya visto ahora, cuando más lo necesitaba?

No me cayó bien de primeras, sabía que algo no me cuadraba. Y aun así he caído en su trampa... y me he llevado conmigo a todas las personas que me importan. ¿Tan tonta puede llegar a ser una persona?

—Y ¿qué pasará si hacemos eso? —pregunta Grace, y la miro. Pero no me devuelve la mirada. En cambio, clava los ojos en los del alcalde, sin desviarlos.

Y es entonces cuando sé que ella también se ha dado cuenta. Souil es una víbora y, en cuanto le quitemos los ojos de encima, se acabó. Atacará, y seremos un daño colateral en las partes de su malvado plan que todavía no nos ha contado.

Pero, bueno, igual ya somos un daño colateral y todavía no lo sabemos.

—¿Si lo hacéis? —Se echa a reír—. De «si» nada. Lo haréis. La única pregunta es si lo vais a hacer por voluntad propia o si tendré que obligaros a hacerlo.

—Que puedas ir por ahí saltando en el tiempo o congelarnos cuando no nos lo esperábamos vale —le digo con desprecio—. Pero ¿de verdad te crees que puedes obligarnos a hacer algo que no queremos hacer?

—¿Te haces una idea del poder que me corre ahora mismo por las venas? —pregunta—. ¿Sabes lo que pasa cuando matas a un dragón del tiempo?

Antes de que Grace y yo podamos contestar, da media vuelta, estira un brazo y la torre del reloj desaparece. Así, sin más..., desaparece.

No se desintegra. No explota. Deja de existir, y ya.

—El muy cabrón del dios del tiempo creó a los dragones para destruir a toda persona que fuese tan arrogante como para intentar interferir en la forma en la que ha entretejido el tiempo y el espacio. Cualquiera que cree una fisura en cualquiera de las dos cosas, cualquiera que lo consiga, acabará con uno de esos dragones pegado al culo. La misión de esas criaturas es arreglar las fisuras, y no paran hasta que las cauterizan y eliminan al culpable de toda la línea temporal con fuego de dragón. Y ahora que habéis matado al último dragón, eso ya no puede pasar —continúa, encogiendo los hombros con cierto aire de despreocupación—. Y técnicamente deberíais estar dándome las gracias en vez de mirándome como si acabara de aplastar a vuestra sombra. Mi plan os ha salvado la vida. —Muy a mi pesar, me estremezco ante su comentario, y eso le arranca una carcajada—. ¿Demasiado pronto? —se burla—. Era muy valiente, la verdad. Tonta pero valiente.

—¡No tienes ni puta idea de cómo era! —le grito.

Pero, cuando me quiero dar cuenta, Souil ya no está. Me doy la vuelta para ver si veo por dónde reaparecerá. Estoy decidido a no acabar como Orebon; no cuando Grace y yo todavía tenemos que encontrar una solución para todo esto.

Pero no reaparece a mi lado, qué va. Souil reaparece junto a Grace y, en un segundo, le da una patada que hace que pierda el equilibrio.

Grace se cae al suelo con un chillido, sobresaltada, pero me

desvanezco hacia ella a toda velocidad con la intención de deshacerme del cabronazo del alcalde.

Pero vuelve a desaparecer.

La frustración empieza a brotar en mi interior. Por muy rápido que me desvanezca, por muy preparado que crea que estoy, no puedo enfrentarme a alguien capaz de desplazarse por el tiempo como él. Siempre está un paso por delante o por detrás de lo que yo creo, y ni de coña puedo anticiparme a sus movimientos.

Me inclino hacia abajo para ayudar a Grace a levantarse, y Souil reaparece a unos seis metros de nosotros.

—Tengo mucho más que daros, Hudson —se cachondea—. Tú sigue portándote así de mal y retiraré de la mesa la opción de que os vayáis; me limitaré a mataros ahora mismo.

Estoy a punto de decirle que lo haga. Que lo haga de una vez. Preferiría que esto acabara antes que dejarle que siga más tiempo jugando así conmigo. Ya he tenido esta vida, y me he pasado toda mi existencia volviéndome lo bastante fuerte y maduro como para no tener que vivir así nunca más. No pienso volver a eso. Ni por él ni por nadie.

Pero entonces miro a Grace y me doy cuenta de que lo que digo no es verdad. No puedo dejar que me mate, porque si se encarga de mí después se encargará de Grace. Y no puedo permitírselo. Es mi compañera, el amor de mi vida, la chica más guapa por dentro (y por fuera) que podría encontrar en cualquier reino. No dejaré que este puto gilipollas se la lleve de este mundo.

No puedo.

Me trago el orgullo, me trago las palabras que me están quemando vivo. Y le dejo que crea que me ha acobardado al tiempo que Grace le pregunta:

—Así que hemos provocado una fisura en el tiempo sin querer. Pero tú eres un hechicero del tiempo. Sabes cómo funcionan estas cosas. ¿Cómo llegaste aquí?

Souil resopla, y niega con la cabeza.

—Llegué aquí igual que vosotros. Intenté retroceder en el tiempo, intenté evitar que mi hija muriera por una terrible enfermedad. Ningún padre... —Y, por primera vez, se le quiebra la voz.

El alcalde carraspea, desvía la mirada un par de segundos, y yo recuerdo aquel día que fuimos a su casa de visita, a los cuadros de la

pared. Aparecía él, claro, pero también una niñita que se parecía mucho a él. La causa de todo este desastre, aunque dudo que lo supiera.

Souil inspira hondo y, esta vez, cuando se vuelve para mirarme, observo un brillo vítreo en su mirada. Un brillo que no proviene de la locura, pero sí del dolor.

—Ningún padre dejaría que su única hija sufriera tanto si hubiese algo que pudiese hacer para librarla del dolor.

Mi primer pensamiento es que esa afirmación no es verdad. Cyrus no cruzaría la calle para evitar que sufriera, y mucho menos se enfrentaría al dios del tiempo y se pasaría siglos exiliado en un lugar que detesta. Pero Souil lo ha hecho. ¿Eso no significa que, de una forma algo retorcida, tiene razón en lo que ha hecho? ¿Quiénes coño somos nosotros para decidir si está equivocado o no? ¿Y quiénes coño nos creemos que somos para interponernos entre él y la única oportunidad que tiene de salvar a su hija?

Miro a Grace para saber su opinión, pero lo único que veo es su expresión congelada iluminada por las llamas que todavía arden a nuestro alrededor. No hace falta ser un genio para saber que está pensando en sus padres; lo percibo en sus ojos, en la forma en la que aprieta los labios y en cómo tiene las manos en puños. Sé que se está preguntando si ella habría hecho lo mismo para salvar a su padre y a su madre si hubiese tenido el poder para hacerlo.

¿Cómo es que puedo comprender su necesidad, su dolor, pero no el de Souil?

Aun así, antes de que pueda decir nada (ni a Grace ni a Souil), mi compañera da un paso al frente. Y, aunque todavía tiene las manos apretadas en puños, veo la resolución en su mirada.

—La vida no funciona así, Souil. No puedes cambiar el mundo a tu conveniencia. Te lo digo yo.

—Ahí te equivocas. Todos os equivocáis. —Hace un gesto con el que nos abarca a todos los presentes—. Cuando tienes todo este poder, el mundo funciona como tú quieres que funcione. —Y, como si quisiera enfatizar esa última afirmación, la torre del reloj emerge de pronto; justo donde debe estar—. Y quienquiera que me diga lo contrario, que se vaya a la mierda —espeta—. Quien se moría no era la hija del dios del tiempo. No era su preciada luz la que se iba extinguiendo de este mundo. Habría hecho lo que fuera, me habría

enfrentado a quien fuera, para salvar a mi querida Lorelei. Y lo volvería a hacer, incluso después de todo el tiempo que he perdido aquí.

—Pero ¿qué pasa con las vidas que vas a trastocar al hacerlo? —pregunto pensando en el efecto mariposa, y en todos los libros de viajes en el tiempo que me he leído—. Cuando vuelvas a tu casa, podrás salvar a tu hija, pero vas a hacer daño a millones de personas inocentes que no sospechan nada.

—¡Mi hija es inocente! —me grita— Y ¿qué más da que a otras personas les cambie la vida? Si nunca llegas a conocer a tu anterior compañera en tu nueva vida, ¿qué más te va a dar? Jamás sabrás que existió, así que no sabrás que la echarás de menos.

—Querrás decir si es que tenemos una nueva vida. Si haces lo que quieres hacer, nada nos garantiza que vayamos a existir. Que yo vaya a existir. La vida de Grace, o de mi hermano, o de nuestros amigos, o la de un montón de personas podría acabar borrada o cambiar drásticamente porque tú decidiste que tu hija y tú sois más importantes que el resto.

Miro a Grace, al amor de mi vida. No solo eso, es mi compañera, la persona hecha para mí. No tendría que saber que no existió para echarla de menos. Y lo mismo le ocurre a ella o a cualquier persona que haya tenido un compañero en los últimos mil años. Cualquier persona que se haya enamorado, o que haya tenido una familia, o un mejor amigo. Es inconcebible.

—No puedes hacer esto —le dice Grace—. Por mucho que hayas sufrido, por mucho que haya sufrido Lorelei, eso no te da derecho a provocarle ese sufrimiento al resto del mundo.

—No lo entendéis porque no habéis tenido hijos —le responde él —. Llevo mil años esperando a que llegue este día. Mil años esperando a tener la oportunidad de traerla de vuelta, de salvarla de una muerte insoportable. Y nada podrá impedírmelo. Nada. —Nos observa como un perro rabioso a la espera de que nos acerquemos lo justo para echarse sobre nosotros—. Cuando dentro de dos días salga el sol, voy a coger todo el poder que tengo en mi interior, el poder que me habéis dado al matar a esa dragona, y cruzaré la barrera para volver a casa. Y me gustaría guardarme el poder para ese momento y para lo que pueda pasar. Pero interponeos en mi camino y os mataré a todos. Y no habrá nada que podáis hacer para impedírmelo.

Y entonces, como si hiciera hincapié en lo que acaba de decir de su propio poder, chasquea los dedos. Y desaparece por completo.

122

EL AMOR ES COSA DE LAZOS ROJOS (GRACE)

Tras su desaparición ninguno nos movemos. Nos quedamos ahí plantados, mirándonos los unos a los otros mientras le damos vueltas en la cabeza a todo lo que nos ha revelado Souil.

Que ha estado aquí mil años.

Que de alguna forma he abierto una fisura en el tiempo y en el espacio. Una grande.

Que la dragona gigante que nos ha atacado ha sido la última pieza del rompecabezas que necesitaba. Y que yo se la he proporcionado. Se la he puesto en bandeja.

La idea hace que se me revuelvan las tripas, que el pánico se acumule en mi interior. El corazón me palpita a mil por hora y se me olvida cómo respirar.

Hemos estado luchando contra dragones del tiempo que estaban empeñados en «cauterizarnos» de este lugar y esta época. No me extraña que parecieran tan diferentes de los dragones que conocí en el Katmere. No son lo mismo, en absoluto. Ya sabía que no eran metamorfos, pero ¿esto? ¿Una especie de dragón creada por el dios del tiempo con el propósito específico de buscar y destruir a cualquiera que interfiera en su creación?

Excepto al alcalde, que de alguna forma ha conseguido sobrevivir durante cientos de años en Adarie a pesar de estos dragones. Y si eso es cierto, ¿por qué narices parece un extra de *Fiebre del Sábado Noche* ? Y ¿cómo coño ha vivido tanto tiempo? Los hechiceros del tiempo no son inmortales, ¿no? Yo habría imaginado que tienen una esperanza de vida parecida a la de las brujas, como otros humanos, conque ¿cómo narices ha engañado a la muerte durante tanto tiempo?

No tiene sentido. Nada de esto tiene sentido.

Solo que... Recuerdo las cosas que he oído desde que llegué aquí. Que otra gente como nosotros ha aparecido a lo largo de los años.

¿Se los han comido los dragones del tiempo? ¿O mataba Souil a los dragones del tiempo para continuar viviendo?

A mis espaldas se oye un lamento muy alto que interrumpe mis pensamientos y me doy la vuelta para toparme con un Lumi lleno de moratones y heridas en el suelo, junto al cuerpo de Orebon. Sostiene a su cónyuge entre los brazos y lo acuna mientras los sollozos más terribles que he oído en mi vida le salen de lo más profundo del pecho.

Caoimhe también está ahí, sujetando la mano de Orebon; unas lágrimas silenciosas le corren por las mejillas.

—No tenía por qué haber hecho esto —murmura cuando nuestras miradas se encuentran—. No tenía que haberlo matado.

Asiento, porque está en lo cierto. No había razón para que muriera Orebon, ha sido solo porque Souil quería dejar claro su mensaje. Y no hemos tenido forma de detenerlo porque ni siquiera lo vimos venir.

—Lo siento —les digo a ella y a Lumi—. Lo siento mucho.

Pero no hay manera de consolar a Lumi, cuyo llanto reverbera por el cielo nocturno mientras acuna el cuerpo de su mejor amigo, de su amante, de su marido y el padre de su hija.

Me doy la vuelta hacia Hudson, quien se ha encaminado hacia los restos de Humito. Como los trovadores, él también se deja caer de rodillas. Él también la sostiene entre sus brazos y la abraza bien pegada a su pecho.

Cuando lo hace, el lazo rojo brillante que llevaba ella esta noche sale volando con la brisa. Y un temblor fuerte y horrible le atraviesa el cuerpo.

—Lo siento —le susurra—. Lo siento, lo siento, lo siento.

—Hudson. —Me agacho a su lado y le envuelvo los hombros con los brazos—. No es culpa tuya. Nada de esto es culpa tuya.

—No me he dado cuenta —declara—. Sabía que había algo raro en ese gilipollas, pero pensaba que era inofensivo. No lo he detenido y ahora... —Se le quiebra la voz, así que se aclara la garganta antes de volver a intentarlo—. Ahora está muerta. Y Orebon está muerto. Y no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Podemos pararle los pies —aseguro; le hablo a Hudson, pero

también a Lumi y Caoimhe—. No tiene por qué salirse con la suya...

El resoplido de Caoimhe atraviesa la noche silenciosa como un cuchillo.

—Y ¿cómo vamos a hacerlo, Grace? No podemos atraparlo. Tu vampiro, la persona más rápida de todo el reino, no puede ni acercarse a él. ¿Cómo coño se supone que vamos a detener a alguien que puede matarnos cuando le apetezca sin que lo veamos venir siquiera? Es imposible.

Quiero decirle que nada es imposible, pero entonces miro a Orebon, a Humito, y sé que no es cierto. Algunos problemas realmente son insalvables y no hay nada que podamos hacer al respecto.

—Lo siento —le musito a Hudson mientras lo acerco a mi cuerpo y le doy un beso en el cuello.

Parece disolverse frente a mí, le tiembla todo el cuerpo por la energía que está gastando al llevar la pena por dentro. No llora. No solloza. Se limita a aceptarlo todo. Absorbe la ira, la tristeza y el dolor sin pensarlo siquiera.

Es raro verlo así; raro y desgarrador. Casi desde el minuto uno en el que nos conocimos, ha sido mi roca, lo único estable en mi vida, la persona que siempre estaba ahí sin importar qué ocurriera.

Y la persona que siempre me guardaba las espaldas sin importar qué ocurriera.

Verlo así de hecho polvo, destrozado, me duele de una forma que jamás me habría esperado. Lo abrazo con más fuerza, intento cargar yo con su pena, intento que decida compartir su dolor conmigo para que no sufra tanto.

Pero estamos hablando de Hudson, alguien que, en lo que al dolor respecta, es casi la autosuficiencia hecha persona. Lo ha soportado él solo durante toda su vida, sin plantearse siquiera la posibilidad de pedirle ayuda a alguien y mucho menos buscar un poco de apoyo.

Pero él ya no es así y, desde luego, yo tampoco quiero ser así cuando estoy con él. La chica que se queda sentada y deja que su novio cargue con todo el sufrimiento. Gracias, pero no.

—Te quiero —susurro mientras le doy besos en la mejilla, en la mandíbula, en la piel sensible del cuello—. Te quiero, te quiero, te quiero.

Asiente contra mi hombro, pero no parece que mis palabras le

calen. No ahora que está sufriendo tanto.

Y lo detesto, casi tanto como detesto que no haya nada que podamos hacer. No hay forma de enfrentarse a Souil.

—¿Qué va a pasar? —pregunta Caoimhe enjugándose las lágrimas con la mano—. Cuando cruce la barrera y cambie eventos que ocurrieron hace cientos de años, ¿qué será de nosotros?

—No lo sé —declaro mientras niego con la cabeza—. Puede que nada, puede que todo. No tengo ni idea de si lo que ocurra en un reino afectará a otro.

Caoimhe parece dudar, pero Lumi levanta la vista de Orebon por primera vez.

—A nosotros no nos pasará nada —dice en voz baja—. Pero ¿qué hay de vosotros? No sois de este reino. Toda vuestra existencia se debe a vuestra presencia en el otro reino. ¿Y si cambia algo, que cambia otra cosa, que altera vuestra vida por completo... o incluso borra vuestra existencia?

123

AL MAL TIEMPO, UNA GRACE (HUDSON)

De primeras no asimilo las palabras de Lumi. Estoy demasiado ocupado pensando en todo lo que he hecho mal este último año, en todos los errores que he cometido y que no debería haber permitido.

Hoy debería haberle insistido a Humito para que se quedara en la habitación.

Sabía que la dragona iba a venir. Sabía que iba a estar enfadada, y que sería peligrosa. No debería haber dejado que Humito saliera, por mucho que esta lo intentara.

Tendría que haberme dado cuenta de todo el tema de Souil.

Después de escuchar sus justificaciones para todo lo que ha hecho, veo con total claridad la sociopatía en él. Desde el principio detecté el narcisismo (cualquiera que lo mirase se daría cuenta), pero hasta esta noche no me había percatado de lo egoísta que es.

Jamás tendría que haber accedido a que los trovadores participaran en la lucha.

Sé que querían ayudar, pero no tienen poderes paranormales. Y Lumi y Orebon son padres. Eran una presa fácil. Primero Lumi, que casi se muere porque yo no estaba preparado para que la dragona lo atrapase. Y luego Orebon, que ha muerto porque no fui lo bastante rápido... y porque no pude prever lo que iba a hacer Souil.

Tendría que haberlo previsto.

Tendría que haber podido prever todo esto.

Y ahora hay tres personas muertas. La mujer que intentó salvar a Lumi. Orebon. Humito. Así, sin más. Se han ido en un abrir y cerrar de ojos, y no he hecho nada para protegerlos.

Peor aún, no he hecho nada para intentar salvarlos.

—Te quiero —me susurra Grace, y deseo preguntarle por qué.

Cómo.

Le he fallado. Le he fallado a todo el mundo. Y lo que es peor, hay personas a las que mis fallos les ha costado la vida; hay personas a las que les ha costado la vida de gente a la que querían. ¿Qué puede querer de mí si ni siquiera puedo prever lo necesario para anticiparme a algo tan importante, tan terrible, como esto?

—No deberías —le contesto rompiendo el abrazo que, de pronto, me resulta una tortura. Sé que intenta consolarme, pero cada beso, cada abrazo, cada palabra de consuelo que me susurra al oído me recuerda que no me lo merezco en realidad. Me recuerda que conmigo Grace se está rebajando, ya sea un príncipe vampiro o no.

—No digas eso —me responde, pero al final pilla la indirecta y me suelta.

No tengo nada más que decirle, ni a ella ni a nadie, de hecho, así que no se lo discuto. Me callo y clavo la mirada en el lazo rojo de Humito.

Es mejor así. Tiene que serlo. Ya la he cagado muchísimo, ¿qué más me queda por ofrecer, joder? Hay gente que ha muerto porque no me puse serio, porque estaba demasiado concentrado en ser feliz por primera vez en mi vida. He bajado la guardia, he empezado a creerme los puñeteros cuentos con finales felices, y ahora... Ahora ha muerto gente que confiaba en mí.

Humito ha muerto. Madre mía. Humito ha muerto.

Lo único que quería en este mundo era estar cerca de mí. Quererme.

Y era mi deber protegerla. Asegurarme de que estuviera a salvo.

La he defraudado, joder.

He defraudado a todo el mundo.

Grace vuelve a acercarse a mí.

No deja de hablarme, de tocarme, de besarme y de decirme lo mucho que lo siente, cuando no tiene nada que sentir. Ella no ha provocado esto. He sido yo.

Empiezo a meterme cada vez más en mí mismo, tal como hacía en la cripta. Intento poner la mente en blanco e irme flotando. Si puedo desaparecer, ya no me sentiré así. La culpa, el dolor y la rabia desaparecerán, se convertirán en la nada mientras yo me convierto en la nada.

Estoy a punto, ya noto la extraña lasitud que me invadía el

cuerpo justo antes de que ocurriera. El vacío y el cese del dolor que hacen que la desintegración valga tanto la pena; ya sea durante un mes, un año o quizá durante más tiempo.

Cierro los ojos y trato de recorrer el último tramo del camino. Pero, antes de que pueda hacerlo, aparece Grace acunándome la cara con las manos, llamando a las partes más profundas de mi ser.

—Sé lo que estás haciendo, Hudson —me dice—, y esa no es la forma. No es como antes. No es una forma de escapar del dolor.

Niego con la cabeza e intento acallar sus palabras. Pero no funciona. ¿Cómo iba a funcionar si está insistiendo tanto en llamar mi atención? Y, cuando la consigue, la retiene; porque es Grace, mi Grace, y si hay algo que nunca podré hacer es ignorarla.

Me estruja fuerte con los brazos, y me mantiene en la tierra cuando lo que más quiero en este momento es salir flotando.

—Lo siento, Hudson. Siento que te duela. Pero esta clase de dolor te persigue. Lo sé, créeme. —Apoya la frente en la mía, no aparta las manos de mis mejillas, se acerca tanto a mí que su respiración, su calor y su suavidad se convierten en las mías—. Si te marchas ahora el dolor seguirá allí, al otro lado, esperándote. La única forma de superarlo es pasándolo, por mucho que duela. Pero eso no significa que vayas a hacerlo solo. Porque estoy aquí, contigo. —Me roza los labios con los suyos—. Estoy aquí, Hudson, y no pienso irme a ningún lado. Solo tienes que acudir a mí. Solo tienes que confiar en que te ayudaré a llegar al otro lado.

Hace que parezca muy fácil, cuando doscientos años de vida me han enseñado que no es así. Llevo toda la vida sintiendo demasiado, sufriendo demasiado, por cosas que no podía cambiar. Tardé años en aprender a lidiar con el vacío y la angustia solo.

Pero lo conseguí.

Aprendí a controlar el dolor y aprendí a desaparecer cuando no lo conseguía.

Así sobreviví a todos esos años de torturas. ¿Y ahora Grace quiere que me olvide de todo lo que aprendí? ¿Quiere que me apoye en ella y confíe en que ella me hará, nos hará, llegar adonde necesitemos?

Hace un año habría sido imposible. Hace dos años me habría parecido una broma; y no una graciosa, la verdad. Pero ahora no es hace dos años. No soy el mismo Hudson que cuando me obligaron a volver a rastras. No soy el mismo tío que prefería desaparecer a saber

que su propio hermano lo quería muerto.

Aquella traición me dolió tantísimo que logré desaparecer en un segundo.

Y no se puede comparar con el dolor que siento que me abre el pecho en canal ahora mismo.

Pero, esta vez... Esta vez hay alguien que quiere que me quede.

Alguien que me necesita y me quiere tanto como yo la necesito y la quiero a ella.

Inspiro muy hondo, temblando.

Soy el compañero de Grace. Ella me eligió. Y se merece algo más que un tío que no puede lidiar con la vida. Algo más que un tío que huye cuando empieza el dolor. Y, joder, se merece a alguien que ponga en ella la misma confianza que ella pone en él.

Así que, aunque la vida me ha enseñado una y mil veces que el dolor no se pasa, que solo se aguanta, hago caso omiso de esa lección de vida y elijo a Grace. Como siempre la he elegido. Como siempre la elegiré.

Dejo ir la neblina, y entierro mi necesidad de huir. Y entonces saco la mano y digo lo único que me garantizará que Grace sea mía para siempre.

—No podemos dejar que Souil cruce la barrera. Tenemos que encontrar la forma de detenerlo.

124

NO ME SEAS POSADA (HUDSON)

Grace me lanza los brazos alrededor del cuello y me abraza con fuerza durante varios segundos. Yo le devuelvo el abrazo.

—Lo siento —susurro, porque sé que la he asustado.

Pero ella se limita a negar con la cabeza como si quisiera decir: «Estoy aquí para lo que necesites». Luego rompe el abrazo y pregunta:

—¿Qué vamos a hacer? No podemos permitir que vuelva a nuestro reino y arrase con todo. Puede que no estemos allí, pero el tío Finn, Macy, Jaxon y el resto de las personas que me importan sí. No podemos dejar que destruya todo el mundo solo porque quiera salvar a su hija.

—Lo sabemos —asegura Caoimhe, y su voz revela que está intentando con todas sus fuerzas mantener la calma—. Es solo que no sabemos qué hacer al respecto.

—Dejadme que piense —murmuro mientras mi cerebro vuelve a ponerse en funcionamiento.

Aún no se me ha ocurrido nada, y creo que a los demás tampoco, pero mi mente vuelve a estar en marcha por fin y las semillas de una idea empiezan a formarse. Pero antes me vuelvo hacia Lumi.

—Tenemos tiempo para encargarnos de ese mamón, por lo menos veinticuatro horas. Ahora mismo creo que deberíamos tomarnos un rato y... hacer lo que tengamos que hacer.

Se me hace un nudo en la garganta. Normalmente sería mucho más directo, pero no puedo hacerme a la idea de tener que admitir en voz alta que debemos enterrar a nuestros seres queridos.

Por suerte, el resto entiende lo que quiero decir sin problemas.

—Hay un parque cerca de aquí —explica Caoimhe en voz baja—. No es que sea muy elegante, pero creo que les gustará. Además, no

hay muchos transeúntes, y en cambio en el parque del centro del pueblo sí que hay.

Varios habitantes han empezado a aventurarse fuera de sus casas y nos ayudan a mover a Orebon al otro parque. Otros han venido para llevarse el cuerpo de la mujer, supongo que a su familia. Las calles siguen desiertas en su mayoría, así que llegamos a nuestro destino en breve, cosa que nos viene bien si tenemos en cuenta nuestra carga tan preciada.

Hay un cobertizo con herramientas en el otro extremo del parque; Lumi va hasta allí y rompe el candado para que podamos «tomar prestadas» varias palas.

Mientras los otros tres se encargan de la tumba de Orebon, a mí solo me lleva unos minutos cavar una pequeña tumba junto a un macizo de flores, donde meto el lazo de Humito.

Quince minutos después de haber llegado al parque, ya los hemos enterrado. Pero eso no parece suficiente, no para Humito y Orebon. Me devano los sesos pensando en algún poema que pueda recitar, quizá uno de Thomas o Dickinson, de Lowell o Hardy; pero antes de que pueda decidirme por algo, Caoimhe empieza a cantar.

Su voz es grave y evocadora, una melodía sin palabras que me llega a lo más profundo del alma. Me estruja el corazón. Y no sé cómo, pero hace que el sufrimiento mejore y empeore al mismo tiempo.

Grace se acerca a mí, me da la mano y se la lleva a los labios. Como la canción, siento su beso en lo más profundo de mi alma.

Cuando termina de cantar las lágrimas corren por la cara de Caoimhe y Lumi la envuelve en un abrazo.

—Necesito... —A la chica se le quiebra la voz.

—Lo sé. —Grace interviene—. Creo que todos necesitamos un momento. Encontrémonos en la posada dentro de unas cuantas horas. Entonces decidiremos lo que vamos a hacer.

Es lo mejor que podemos hacer ahora mismo. Estoy hecho polvo, ya hace tiempo que lo estoy, pero no iba a decir nada cuando teníamos cosas que hacer. Debo de tener tan mal aspecto por fuera como me siento por dentro, porque Grace entrelaza el brazo con el mío y nos pone rumbo a la posada.

Cuanto más lo pienso, más creo que sobrevivir (en cualquiera de los reinos) será complicado si Souil consigue cruzar la barrera. Y eso significa que tenemos que averiguar la forma de detenerlo, y más nos

vale que no tardemos.

Me gustaría decir que eso es un problema para mañana, cuando esté menos exhausto, pero la realidad es que no hay tiempo. No se me pasa por alto lo irónico que resulta quedarse sin tiempo mientras damos caza a un hechicero del tiempo, pero es lo que hay.

Grace debe de estar pensando lo mismo que yo porque pregunta:

—¿Crees que podremos matarlo?

—¿Si tenemos en cuenta lo que puede hacer con solo pensarlo? —indico escéptico—. Estoy bastante seguro de que es complicado. A ver, si tuviera mis poderes aquí tal vez...

—Entonces ¿qué nos queda? —pregunta—. Si no tenemos lo que seguramente sea la mejor arma que existe...

—Y la peor —le recuerdo. Ha leído mis diarios, así que sabe que la única forma de que pueda desintegrar al hechicero del tiempo sería metiéndome en su mente, haciendo míos sus pensamientos... para siempre. Richard solía decir que todo poder conlleva un coste, y ese era el coste del mío. Puedo matar a quien quiera con solo pensarlo, pero tendré que cargar con sus pensamientos durante el resto de mi vida. Esa es parte de la razón por la que fue sencillo para mí escoger la tortura antes que ayudar a Cyrus. La otra parte es porque resulta que no soy un psicópata.

—Sí, y también la peor —confirma—. Entonces ¿qué podemos utilizar para derrotarlo?

—¿Espadas? ¿Velocidad? ¿Fuerza? Es lo único que se me ocurre según lo que hemos visto en Adarie y, la verdad, creo que el tipo que ha elaborado este plan maestro está preparado para todo eso y mucho más.

—Tiene que haber algo —comenta—. Si no, ¿qué? ¿Nos rendimos ya y dejamos que lo destruya todo y a todo aquel que ha existido durante los últimos mil años?

No había puesto en palabras lo que pensaba al respecto, pero parece ser que Grace ha llegado a la misma conclusión que yo y ha descubierto que Souil está tan abrumado por el dolor de la pérdida de su hija que no comprende las consecuencias que tendrán sus actos. O no le importan.

Sea como fuere, no pinta bien para nosotros.

Cuando pasamos por delante del sitio en el que Grace se suele comprar sus batidos y nos damos cuenta de que sigue abierto, a pesar

de todo entro y pido el especial número tres, su favorito. Es morado, aunque, bueno, todos lo son, así que no estoy seguro de qué lo diferencia de los otros números de la carta. Pero no tengo ganas de chincharla, no después de todo lo que ha pasado esta noche. Y todo lo que nos queda por delante.

Doblamos la esquina, ya casi estamos en la posada, y nos paramos en seco al ver lo que tenemos delante. Volvemos a estar en la plaza del pueblo, que sigue desierta, y verla después de habernos alejado durante un rato hace que nos demos cuenta de que ha sido un campo de batalla de verdad. Han apartado los escombros, pero poco más. Los edificios y las carpas quemadas siguen en su sitio, cada cosa que pasamos de largo está peor que la anterior, y las flores y las luces están esparcidas por todas partes.

Incluso la posada ha sufrido desperfectos, pero se encuentra en el lado contrario de donde ha tenido lugar la batalla, así que tampoco tiene muy mal aspecto. Aunque estoy casi seguro de que Nyaz va a necesitar un tejado nuevo. Y sin lugar a dudas va a necesitar a un jardinero, porque el jardín delantero es un desastre de árboles quemados y macizos de flores aplastados por los escombros.

—Es horrible —susurra Grace mientras recorremos el camino que tan bien conocemos hasta la puerta delantera—. Me siento fatal.

—Lo ayudaremos —le aseguro. Nunca he construido un tejado, pero, si conseguimos salir con vida de la batalla que nos espera, estoy seguro de que puedo aprender.

Abro la puerta para que entre Grace y, cuando pasa delante de mí, lo único en lo que puedo pensar es en darme una ducha. En alimentarme. En abrazarla un rato mientras dormimos y planeamos lo que está por venir.

Sin embargo, en cuanto la puerta se cierra detrás de nosotros sé que no va a suceder. Porque, por primera vez, Nyaz sale de detrás del mostrador al vernos.

Grace también debe de percatarse de lo raro que es, porque pregunta:

—¿Nyaz? ¿Estás bien?

—Sí, pero tengo que hablar con vosotros. —Nos hace un gesto para que lo sigamos al despacho de atrás, que sé que existe pero que nunca he visto.

—¿Sobre qué? —pregunto con las cejas enarcadas al mismo

tiempo que intento averiguar qué está pasando aquí.

—¿Os acordáis de lo que os dije cuando llegasteis de que ya ajustaríamos cuentas?

Grace parece perpleja, pero recuerdo perfectamente lo que nos dijo. Cuando llegamos aquí me preocupó lo bastante como para preguntarle varias veces al respecto. Me dijo que nos lo haría saber cuando fuera el momento.

Parece ser que ahora, en medio de esta pesadilla que estamos viviendo, es el puto momento correcto. Venga ya, joder.

—Me acuerdo —contesto con cautela.

—Bien. Porque es hora de que saldéis vuestra cuenta.

Suspiro. De verdad, espero que no estén a punto de desalojarnos antes de que pueda ducharme.

125

HOLA, ARMA SECRETA
(GRACE)

—¿Saldar nuestra cuenta? —repito con perplejidad. Sé a qué se refiere, siempre he sabido que le deberíamos algo, pero ¿de verdad considera que este es el momento de encargarnos de esto? ¿Cuando estamos llenos de sangre, agotados, asustados y tan tristes que lo único que podemos hacer es dar un paso después de otro?

Vale, entiendo que es probable que Nyaz no confíe en que vayamos a sobrevivir a las próximas horas, hasta que el sol salga de nuevo; que sí, que yo también estoy preocupada por eso. Pero, aun así... ¿No podría al menos haberse esperado a que nos diéramos una ducha?

Estoy a punto de preguntárselo, pero Hudson me agarra del brazo y, cuando lo miro, me está pidiendo que me contenga con la mirada. Le contesto asintiendo con un escueto movimiento de cabeza. Por una parte porque estoy tan cansada que hasta la más mínima cantidad de energía me resulta un esfuerzo excesivo, y por otra parte porque me reservo el derecho de decirle a Nyaz que nos deje en paz para dentro de un par de horas, me da igual lo que piense Hudson.

Ahora mismo mi compañero está en tal estado que parece que una simple brisa podría tumbarlo con la misma facilidad con la que yo le lanzo un beso, y me muero por hacer que suba a nuestra habitación. Pero Nyaz no es que tenga pinta de dejar que pospongamos esta conversación.

Pues vale, bien. Escucharé lo que tenga que decirnos, pero si tarda mucho me largo de aquí con Hudson. Y cuanto antes.

Le lanzo otra mirada inquisitiva a Hudson, quien me responde con una caricia tranquilizadora en mitad de la espalda, y entro en el despacho de Nyaz.

—Tomad asiento, por favor —nos pide en cuanto cerramos la puerta. Nos señala dos sillas que hay frente a su escritorio antes de acercarse a una neverita situada en una esquina de la habitación y de sacar tres botellas de agua.

Nos tiende una a cada uno antes de sentarse en la silla al otro lado de la mesa.

—Gracias —le digo abriendo la botella y bebiéndome la mitad de un solo trago. Luchar contra dragones, y contra alcaldes malvados, da sed.

Hudson hace lo mismo, pero él se termina toda la botella. Entonces se centra en Nyaz y le pregunta:

—¿Qué quieres de nosotros?

Nyaz inclina la cabeza como si estuviera diciendo: «Vale, pues vamos al grano». Entonces nos dice:

—Anoche no estabais solos en la plaza del pueblo como creíais.

—Pues sí que tuvimos esa sensación —le contesto, porque es verdad. Porque allí fuera intentando salvar al pueblo solo estábamos Hudson, los trovadores y yo. Humito murió, Orebon murió, y nadie vino a ayudarnos.

En el fondo sé que la mejor decisión que pudieron tomar los habitantes del pueblo fue esconderse durante la pelea y la destrucción. Pero una pequeña parte de mí siente resentimiento, porque... ¿por qué nos las tuvimos que apañar cinco personas y una umbra para salvar este lugar, cuando ninguno de nosotros somos del pueblo?

—No me extraña —me responde Nyaz—. Y lo lamento. Pero se dice que el alcalde ha conseguido absorber el poder de vuestros dos dragones del tiempo y que su plan es usarlo al alba para cruzar la barrera.

—¿Te has enterado de todo eso desde detrás de la recepción? —le pregunto mirándolo.

—Me entero de todo lo que me tengo que enterar —me asegura.

—Y ¿qué tenemos que ver nosotros con lo que se dice del alcalde? —pregunta Hudson.

—En Adarie estamos viviendo una época dura...

—Ya, suele pasar cuando unos dragones atacan un pueblo. —Sueno más sarcástica de lo que pretendía, pero no me disculpo. Estoy frustrada, agotada, y no entiendo por qué nos está contando esto a nosotros. Vivíamos aquí, no necesitamos un resumen.

Cuando contesta, Nyaz me mira fijamente a mí.

—Pues sí. Pero también suele pasar cuando se tiene a un hechicero del tiempo que planea volver a su mundo y resetear el tiempo. Hay gente que no quiere verlo consiguiéndolo, más de la que os podéis imaginar, la verdad.

—Y ¿a vosotros qué más os da? —pregunta Hudson—. Es nuestro mundo, con nuestra línea temporal, lo que se irá a la mierda si lo consigue.

Al escuchar en voz alta mis mayores temores me entran escalofríos. Hudson estira el brazo y me coge de la mano; me acaricia los nudillos con los dedos como hace siempre que quiere tranquilizarme.

—Pues de eso quiero hablar con vosotros. —Nyaz junta las yemas de los dedos de ambas manos, y nos mira por encima de ellas—. Si os soy sincero, me da igual lo que pase en vuestro mundo. Pero si Souil consigue lo que se propone, si logra volver allí, no solo reseteará vuestra línea temporal, sino que también reseteará la maldición que nos tiene aquí atrapados en Noromar.

—¿Una maldición? —Me vuelvo hacia Hudson con los ojos como platos para ver si sabe de lo que está hablando Nyaz, pero parece tan confundido como yo. Puede que incluso un poco más, cosa que tiene sentido si tenemos en cuenta que lleva viviendo en el mundo paranormal desde que nació. Puede que yo no sepa nada de este tema, pero ¿él? ¿Cómo es que ni él ni su familia saben nada de un Reino de las Sombras maldito?

—Sí. —Nyaz suspira—. Hace muchos años la reina de las sombras intentó derrocar a una deidad...

—¿A cuál? —le interrumpe Hudson con los ojos entrecerrados.

—No lo sé. ¿A una vengativa? —Nyaz encoge un hombro—. Cuando fracasó, la deidad la desterró a ella, y a toda su gente, a las sombras.

—¿Por qué a las sombras? —pregunta Hudson, y sé que está intentando entender todo lo que nos está contando, como yo.

—Los espectros siempre han sacado su poder de las sombras, y fueron esos poderes los que intentaron usar para derrocar a la deidad. Así que su castigo, castigo que seguro que le pareció adecuado a la deidad, fue crear un Reino de las Sombras y encerrar aquí a la reina, donde los poderes de los que tanto se enorgullecía podían utilizarse

para recluirla, en vez de para liberarla.

—Es... diabólico —comento.

Hudson resopla.

—Veo que nunca has conocido a una deidad.

—¿En persona? —pregunto enarcando las cejas—. Pues no.

—Lo de ser diabólicas es casi intrínseco a las deidades.

—Así es —asiente Nyaz—. Pero, a ver, los dos lleváis meses viviendo aquí. ¿Nunca os habéis preguntado por qué todo es de color morado y parece un poco diferente, pero al mismo tiempo el funcionamiento y la forma en muchos sentidos se parece un montón a vuestro mundo? Pues es porque la gente que vive en Noromar es de vuestro mundo. Ahora vivimos en las sombras de dicho mundo, en vez de en el mundo real.

—O sea, ¿que todos tenéis una maldición que os obliga a vivir en las sombras de nuestro mundo sin poder volver nunca? —pregunto, y se me revuelve un poco el estómago.

—Pues es que ese es el tema —me dice Nyaz—. Muchos no queremos volver. Llevamos aquí mil años y somos felices. Tenemos familias, trabajos y una comunidad que nos encanta. Cuando nuestros ancestros llegaron aquí, habrían hecho cualquier cosa por volver a casa. Pero nosotros cogimos lo que debía de ser una cárcel y la convertimos en un paraíso. Transformamos Noromar, y Adarie en especial, en algo mejor que un paraíso. Lo transformamos en nuestro hogar. Y ahora que hay una posibilidad de que nos veamos obligados a marcharnos de aquí, pues no queremos.

—¿No os podéis quedar y ya? —pregunto—. Negaros a iros de aquí y quedaros en las sombras, con vuestra vida.

—Eso es lo que queremos. Pero hay gente que recuerda historias del viejo reino. Están hartos de esta vida. Hartos de comer verduras moradas que crecen en una tierra morada, y hartos de vivir bajo un cielo morado. —Se calla un instante y añade—: Hartos de ver el atardecer solo cuatro veces al año, de solo ver la oscuridad cada tres meses. Quieren irse a casa. Y a eso hay que sumarle que dos dragones del tiempo nos han atacado en nuestra festividad favorita y han arruinado dos festivales seguidos; no me sorprende que haya gente que quiera largarse de aquí de una puñetera vez. Pero si lo hacen, ¿cómo vamos a encajar en el otro mundo? Han pasado mil años desde que estuvimos allí. Ese ya no es nuestro hogar. Este sí. Pero ahora que

el alcalde tiene el poder que necesita para cruzar entre mundos y resetear la maldición, tenemos un problema gordo. Porque no solo pondrá en peligro a todas y cada una de las personas que viven en el Reino de las Sombras, sino también Noromar en sí. No podemos permitírselo, no podemos permitir que le pase nada al único hogar de verdad que hemos tenido en un milenio.

Ha alzado un poco la voz y, de su habitual tono tranquilo y de «tómate las cosas con calma», ha pasado a hablar con un tono de urgencia. Pero, para mi sorpresa, esa urgencia no viene acompañada de temor. Solo noto una férrea determinación que, en mi mente, me repele un poco. Porque no me gusta la forma en la que me está mirando, ni lo que pueda significar esa mirada.

Hudson debe de haber sentido lo mismo que yo, porque mueve su silla y la acerca un poquito más a la mía. Le sostiene la mirada a Nyaz con unos fríos ojos azules. Y entonces pregunta:

—¿Qué nos estás queriendo decir?

—Tenemos un arma secreta —contesta Nyaz con un susurro.

El gesto de Hudson adopta una expresión vaga al instante.

—Con «arma secreta» supongo que no te estarás refiriendo a Grace.

—Pues sí. —Nyaz parece incómodo por primera vez—. Grace es una gárgola. Así que puede convertir al alcalde en piedra y encerrarlo aquí para siempre.

126

EL HELADO NUNCA HABÍA MOLADO TAN POCO (GRACE)

Un escalofrío que no tiene nada que ver con el aire acondicionado del despacho de Nyaz me recorre la espalda.

Ni siquiera me cuestiono si es posible. Sé que lo es. Una tarde había estado persiguiendo a Hudson por nuestra habitación en una pelea de cosquillas (una que estaba ganando por mayoría aplastante), cuando Humito subió por la ventana y vino en defensa del vampiro abalanzándose sobre mi cabeza. Me pegué tal susto que nos convertí a ambas en piedra maciza. No me habló en toda la noche después de descongelarnos.

—Pero yo también tendría que volverme de piedra —jadeo.

—Sí, pero ambos mundos estarían a salvo —recuerda Nyaz.

El escalofrío se convierte en témpanos de hielo que me desgarran la espalda.

Me doy la vuelta hacia Hudson para ver cómo está reaccionando a esta idea tan pero que tan terrible, pero no parece ni la mitad de traumatizado que yo. De hecho, tiene los ojos entrecerrados y la mirada distante, y sé que eso significa que está dándole vueltas a un problema en su cabeza. Además, parece que casi ha encontrado la solución.

Quiero preguntarle en qué está pensando, pero antes de tener la ocasión de hacerlo parpadea. Su mirada pasa de distante a resuelta en un instante y, esta vez, cuando me mira, hay una respuesta en sus ojos que no estoy segura de que me vaya a gustar.

—No irás a apoyar esta idea, ¿verdad? —le pregunto casi temerosa de lo que pueda contestar. A ver, sé que Hudson jamás estaría de acuerdo con que me convierta en una estatua para siempre. Pero aun así noto por el gesto tenaz de su barbilla que está meditando

otra cosa que tampoco me va a gustar.

En vez de contestarme al instante, se mueve para mirar por la ventana que hay en el lado izquierdo del despacho mientras murmura para sí mismo:

—Sí. Una gárgola puede convertir a alguien en piedra junto a ella. O a algo.

—No irás en serio... —comienzo.

Hudson busca mi mirada con sus ojos azules y me interrumpe.

—¿Qué es lo único a lo que le teme el alcalde?

—A la ropa sin lentejuelas —contesto con voz monótona. Porque no se me ocurre nada más. Hudson me mira con suspicacia y yo me encojo de hombros—. Ese hombre parece inmune a todo excepto a ir a la moda.

Esta vez deja escapar una risita, pero después suelta lo que me parece un bombazo.

—Souil nos dijo una vez que morir a garras de un dragón es la peor muerte que se puede imaginar y creo que sé por qué —anuncia mientras se cruza de brazos—. Me parece que ahora mismo un dragón del tiempo es lo único que puede matarlo.

—Vaaale... —Alargo la palabra—. Pero ¿cómo?

—Souil nos ha demostrado que puede hacer que exista o que deje de existir un edificio, eliminarlo de nuestra línea temporal, con un pestañeo. Ha insinuado que podría hacer lo mismo con todos nosotros. Se suponía que era una amenaza, pero... —Se calla—. ¿Quién sino otro ser hecho de magia del tiempo iba a ser inmune a este tipo de magia? Y creo que Souil lo sabe, porque nunca ha aparecido hasta después de que matáramos a los dragones. No creo que su poder sea útil en una pelea contra un dragón del tiempo. Estaría frito.

Me va el corazón a mil. Si eso es cierto, quizá no estemos jodidos del todo. Bueno, si no fuera por...

—Pero ¿dónde encontramos otro dragón del tiempo? Souil ha dicho que lleva siglos esperando a los que hemos traído con nosotros —replico.

—Exacto. Ha esperado a que destruyéramos a ambos dragones. —Hudson se reclina en su silla, pasa la mirada de mí a Nyaz y luego niega con la cabeza—. Si lo único que necesitaba era la magia de un dragón del tiempo, ¿por qué no se marchó después de que matáramos al primero? Se quedó otros tres meses, esperó a que matáramos al

segundo dragón y ahora dice que puede volver a casa en cuanto salga el sol. —Hudson se pone de pie de un salto y camina hacia la ventana antes de continuar—: Sabemos que mató a un dragón en el pasado, porque el que le siguió al Reino de las Sombras no ha atacado más. Eso y que de alguna manera ha conseguido vivir mil años. Pero, cuando mató a ese dragón, ¿por qué no se marchó entonces? —Se da la vuelta para mirarnos otra vez con una ceja enarcada—. Creo que necesita dos. Que siempre ha necesitado dos. Uno para absorber suficiente poder para resetear el tiempo, y el poder del otro para volver a casa. Lo cual significa...

—¿Qué significa? —pregunta Nyaz, pues es evidente que no entiende nada.

Pero yo sí.

—Souil es muchas cosas, pero no habría venido hasta aquí para salvar a su hija sin tener una forma de volver a casa. Vino con otra persona, otra persona que hizo que un segundo dragón los siguiera.

Hudson asiente.

—Y como sigue aquí, como no ha usado el poder de ese dragón para volver a casa, eso significa que el segundo dragón debe de seguir con vida.

Voy a la ventana por la que ha estado mirando Hudson y atisbo la estatua gigante que hay al otro lado de la plaza.

—La estatua no es...

—¿Una estatua? —termina Hudson por mí—. No, no lo creo.

El corazón se me acelera.

—No soy la única gárgola de Noromar, ¿a que no? —susurro.

Hudson me rodea los hombros con un brazo y me pega a su cuerpo.

—No, Grace, creo que no.

—La estatua es una gárgola de verdad —murmuro perpleja. Y entonces abro los ojos como platos—. Una gárgola congelada con un dragón del tiempo.

—Pero... —pronuncia Nyaz, quien comienza a comprender—. Si la gárgola de nuestra plaza es una gárgola de verdad, ¿cómo vamos a convencerla de que libere al dragón? Es una estatua.

Le echo un vistazo a Hudson.

—Grace puede hablar con ella.

Y tiene razón. Sí que puedo. Cuando congelé a Humito conmigo,

oía su cháchara incesante en mi cabeza. Hay una gran probabilidad de que si toco la estatua y me congelo con ella, podré hablar con la otra gárgola.

La mera idea de hablar con otra persona igual que yo hace que el corazón me lata como un tambor en el pecho. Hay muchas preguntas que quiero hacerle. He tenido que averiguar yo sola lo que significa ser una gárgola, sin la ayuda de nadie de mi especie. Es una pasada saber que no estoy sola, que hay otra persona que ha tenido que aprender las mismas cosas que yo, que podría enseñarme. Y no una persona cualquiera. Una guerrera excelente, si es que la estatua sirve de indicación.

—Sí, creo que puedo hablar con ella —confirmo.

—Pero, aunque liberara al dragón, ¿cómo conseguimos que ataque al alcalde y no mate al resto del pueblo? —pregunta Nyaz mientras se frota la barbilla con la mano.

—Le tenderemos una trampa al alcalde, por supuesto —explica Hudson, y sé que lo está haciendo sonar mucho más fácil de lo que cree que será—. Tendrá que salir de su casa en algún momento cuando rompa el alba para poder viajar por las sombras y atravesar la barrera. Entonces atacaremos.

Respiro hondo y espiro poco a poco. Mi ansiedad no asoma su horrible cabeza, cosa sorprendente si tenemos en cuenta todo lo que ha acontecido esta noche, pero aun así necesito aclararme las ideas. Necesitamos una trampa que sea infalible, claro está. Pero nada de eso importará si no puedo convencer a la gárgola de que nos ayude.

Vuelvo a respirar hondo. Después me vuelvo hacia Nyaz y digo:

—Intentaré convencerla...

Me detengo en cuanto un estruendo viene directamente del otro lado de la puerta.

Hudson está ahí al instante, abre para ver qué ha pasado y se topa con una de las trabajadoras de la pensión en el suelo, intentando recoger la alfombrilla de escritorio que debe de haber tirado, junto a todo lo que tenía encima: el libro de Nyaz, el plato de la cena y el vaso de agua.

—¿Qué está pasando aquí? —exige saber el posadero al tiempo que sale de detrás de su mesa.

—Lo siento, señor. Lo siento mucho —se disculpa la trabajadora mientras coloca todo de nuevo sobre el escritorio.

—No me preocupa lo que has tirado, Yrrah —explica cuando ella comienza a recoger los trozos de su taza rota—. Me preocupa qué hacías detrás de mi mostrador.

Una mirada rápida a Hudson me revela que él se estaba preguntando lo mismo, al igual que yo. Sin embargo, no decimos nada; damos un paso atrás y dejamos que Nyaz se encargue del asunto. Lo que parece ser una decisión de lo más acertada por nuestra parte cuando Yrrah se echa a llorar.

—Lo siento. He entrado y me he encontrado con mi mujer pegada a la puerta escuchándolos. Es leal a la reina, señor, y ya está saliendo del pueblo para advertirle de su traición. De su plan. —Se apresura a corregirse—: De lo que ella considera una traición.

Mientras sigue llorando, Hudson se desvanece por la puerta de la posada sin mediar palabra con Nyaz ni conmigo.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —pregunta Nyaz—. ¿No sois felices aquí?

—Yo sí, pero ella quiere volver a casa. Siempre ha querido volver a casa..., a un mundo que ha seguido creciendo y cambiando. Llevamos discutiendo sobre ello mucho tiempo y pensaba que por fin había comprendido mi opinión. Pero no habría hecho esto si me comprendiera. —Yrrah empieza a llorar más—. Lo siento. Lo siento muchísimo, de verdad.

Nyaz la consuela, y Hudson vuelve a entrar por la puerta. Levanto las cejas, pero se limita a negar con la cabeza.

—Se ha ido —dice en voz baja regresando a mi lado.

—Y ¿eso qué significa? —pregunto mientras el estómago me da volteretas.

Nyaz parece desalentado.

—Que el ejército de la reina vendrá a por nosotros en breve. Hará cualquier cosa para deshacer la maldición del Reino de las Sombras. —Me mira.

Y ya sé lo que debo hacer. Sin importar lo que haya pasado, sin importar cómo hayamos llegado Hudson y yo a este pueblo, ahora vivimos aquí. Y ni de coña voy a permitir que el hechicero vuelva y desbarajuste el tiempo. No pienso jugar a la ruleta rusa con la existencia de Hudson, la de Jaxon, la de Macy y la de Heather. Mil años es una línea temporal muy larga como para echarla a perder.

—Iré a hablar con la gárgola —anuncio—. Pero os lo advierto:

seguramente deberíais pensar en un plan B, porque no tengo ni idea de cómo va a salir esto.

—Tú puedes, Grace —me anima Hudson. Y sé que lo dice en serio. Será bobo.

—Pues claro que puedo —contesto con un gesto de la mano. Y con el estómago retorciéndose por el terror.

Porque algo me dice que no existe un plan lo bastante bueno en el mundo para hacer que esto salga bien.

127

MENOS DA UNA PIEDRA
(GRACE)

El paseo por la plaza es uno de los más solitarios que he dado desde que llegamos aquí. No ayuda nada que la plaza esté desértica; las noticias del inminente ataque del ejército de la reina de las sombras se propagan como el fuego, y han provocado un confinamiento total.

Ahora mismo me gustaría haberle pedido a Hudson que me acompañara en esto.

No ha venido porque está ayudando a Nyaz a lidiar con el otro problema que tenemos... Es que, a ver, aunque sea capaz de conseguir que la gárgola libere al dragón, ¿cómo narices lo vamos a hacer para que este ataque a Souil?

Además, Nyaz nos ha contado que Souil se ha atrincherado en su mansión rodeado de una especie de campo de fuerza temporal. Todo aquel que lo ha atacado ha viajado en el tiempo. Algunas personas aparecieron apenas un par de metros atrás, y otras regresaron adonde habían estado hace varios días. Así que están buscando la forma de luchar contra el campo de fuerza y obligar a Souil a salir al exterior, donde el dragón podría atacarlo.

Ahora mismo es lo que tiene que hacer Hudson, pero eso implica que he salido a enfrentarme a otra gárgola, la primera a la que voy a conocer en mi vida, yo solita. Y da miedo.

No tanto como tener a la reina de las sombras de camino al pueblo y que le haga a quien se oponga a ella vaya uno a saber el qué. Y ni de coña da tanto miedo como dejar suelto a Souil en la línea temporal universal.

Pero tampoco es que sea un camino de rosas, sobre todo cuando no tengo ni puñetera idea de qué se supone que le he de decir.

Echo la mirada atrás, a Hudson, que está justo delante de la

puerta de la posada con Nyaz, saludando a la gente que se ha acercado a ayudarlos en su parte del plan. Hudson sonríe cuando me ve observándolo, y me hace un gesto alentador con la mano, como diciéndome: «A por todas, tigresa». Pero Nyaz parece preocupado y, cuando se inclina hacia Hudson para decirle algo, estoy convencida de que le está preguntando si puedo con esto.

Me enfado de saber que cree que no soy capaz a pesar de que Hudson asiente como diciendo: «Y tanto que puede».

Yo sonrío ante su respuesta, y espero a que su mirada vuelva a conectar con la mía. Entonces alzo la barbilla al aire para que sepa que voy en serio, y grito:

—¡Lo tengo controlado!

Porque es verdad. Verdad de la buena, en serio. Y es agradable tener por fin a alguien que cree en mí tanto como yo misma.

Me han subestimado toda la vida.

Mis padres me subestimaron al pensar que no tenía la fortaleza suficiente para manejar el saber quién o qué soy.

Macy y el tío Finn me subestimaron al no confiar en que podría manejar el saber qué era el instituto Katmere en realidad.

Hasta Jaxon me subestimó; cree que me tiene que proteger de todo aquello que pueda suponer una amenaza para mí.

Pero ya está bien de que me subestimen. Estoy harta de que me menosprecien. Estoy harta de tener a gente que cree que no soy lo bastante buena o lo bastante fuerte o lo bastante poderosa para hacer lo que haya que hacer.

Soy todas esas cosas, y no voy a fallar. No ahora, que tengo que convencer a esa gárgola para que haga lo que tan desesperadamente necesitamos que haga. Y tampoco más adelante, cuando llegue la hora de enfrentarnos a Souil.

Esta es mi lucha, y voy a encabezarla. Es más, voy a arrasar.

Porque Hudson se lo merece.

Orebon y Humito se lo merecen.

Adarie se lo merece.

Y yo también me lo merezco, joder.

Esta gárgola no se espera lo que se le avecina.

Cuando llego a la altura de la valiente guerrera de piedra, levanto la mano y la mantengo justo encima de su brazo. Empiezan a asaltarme las dudas; la verdad es que no tengo claro cómo congelarme

como una estatua con una estatua. Pero, bueno, hace mucho que no hay tiempo para dudas; es el momento de pasar a la acción.

Así que inspiro hondo y apoyo una mano en el hombro de la estatua. Y cierro los ojos. Busco bien en mi interior hasta que encuentro todos los hilos de colores. Los hilos que todavía no sé a qué me conectan. Pero me gustaría tener la oportunidad de averiguarlo. Quiero saber a qué me conecta ese hilo rosa eléctrico. Y qué significan para mí el hilo verde, el negro, el amarillo y el rojo. Hay un montón de hilos más, pero es difícil fijarme en cualquiera de ellos cuando hay un hilo azul justo en el centro de la maraña de hilos. Un azul brillante que es del mismo color que los ojos de Hudson.

Nuestro vínculo.

Por un segundo deslizo la mano por el hilo, para que sepa que estoy pensando en él. Luego lo dejo y voy a por el hilo platino. En vez de rozarlo como suelo hacer, o de sujetarlo un par de segundos, lo cojo con todas las fuerzas que tengo. Y no lo suelto.

Me transformo rápido, como siempre, en mi forma normal de gárgola, y después me convierto en piedra.

Y, cuanto más tiempo sujeto el hilo, más pesada se vuelve la piedra que me rodea, hasta que apenas puedo levantar los brazos o las piernas. Al final hasta eso se me hace cuesta arriba, y a mi alrededor todo se vuelve borroso y gris mientras, muy poco a poco, despacio, me congelo.

Tengo un segundo para asimilar qué ha pasado antes de que una voz con un inequívoco acento irlandés atraviese una neblina oscura que cubre todo lo que me rodea.

—Vaya, ya era hora de que te pasaras a verme.

128

Y YO CON ESTOS CUERNOS (GRACE)

Estoy bastante convencida de que, si no estuviera congelada, me caería de bruces por la sorpresa ahora mismo. Porque, vale, he estado deseando que fuera una gárgola de verdad, pero eso no quita que no me deje atónita cuando me habla.

—Me preguntaba por qué estabas tardando tanto —revela, y ya suena como un millón de veces más segura de sí misma que yo.

—¿Hola...? —pregunto como prueba, para cerciorarme de que no estoy imaginándome que oigo lo que yo quiero oír.

—Artelya —completa la frase.

—Em... Encantada de conocerte, Artelya. —Su voz suena a tía dura, así que estoy pasándolo peor de lo que ya lo estaba pasando antes. Me aclaro la garganta y continúo—: Lo siento, no me puedo creer que esté hablando con otra gárgola de verdad.

—Tengo cuernos y estoy hecha de piedra, así que supongo que hoy estoy haciendo algunos sueños realidad.

—Ah, ya. Supongo.

—Relájate un poco. —Se ríe—. Te estoy tomando el pelo, Grace.

—¿Sabes mi nombre?

—Por supuesto —afirma—. Te oí en cuanto llegaste a Adarie. La verdad es que no he estado prestando mucha atención a las personas que han pasado por delante de mí durante estos años, nos sumimos en una especie de estasis cuando estamos fortificadas durante mucho tiempo...

La interrumpo.

—¿Fortificadas?

—Sí. En nuestra forma de piedra maciza... —Se detiene, da un paso adelante y de repente la bruma que nos envuelve desaparece. Es

alta, musculosa, con rizos y piel oscura. Porta un escudo gigante y una espada y, ostras, es que esta mujer tiene pinta de poder darle muerte a cualquier dragón que se le plante por delante—. ¿Es que nadie te ha entrenado todavía?

—No —confieso—. Eres la primera gárgola que conozco en mi vida.

—¿La primera gárgola? —Suena horrorizada—. ¿De qué estás hablando? Hay decenas de miles de los nuestros. ¿Cómo es que no te has topado con nadie? Vale, hace tiempo que no he estado en mi mundo, pero no me puedo creer que te hayan dejado ir por libre. No es típico de las gárgolas.

—No creo que supieran de mi existencia —me apresuro a explicar—. Hasta que llegué a Noromar no descubrí lo mío.

—Eso es imposible. Las gárgolas pueden comunicarse... —Niega con la cabeza, como si intentara aclararse las ideas—. No lo entiendo. ¿Cómo han podido cambiar tanto las cosas en el tiempo que llevo aquí?

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que ya no estamos en Adarie. Estamos en un acantilado rocoso, sobre un océano revuelto de color gris verdoso. El cielo sobre nuestras cabezas es de un color azul intenso, lleno de nubes que parecen hechas de algodón, y la hierba sobre la que estamos es de un preciosísimo verde claro.

En parte me apetece preguntarle dónde estamos, pero no tenemos tiempo. Hay demasiadas cosas que hacer.

Así que, en vez de preguntarle acerca de lo que podría ser el lugar más bonito que he visto en mi vida, opto por contestar a su pregunta.

—Creo que puede ser porque has estado aquí muchísimo tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta con urgencia; los ojos marrones le arden con un fuego interno que me abrasa—. ¿En qué año estamos? —Cuando se lo digo, palidece—. ¿Estás segura? ¿De verdad ha pasado tanto tiempo?

Se da la vuelta para mirar al otro lado del campo, donde un dragón gigante (y con «gigante» me refiero a que hace que la última que hemos matado parezca su hermana pequeña) está encadenado al suelo y, menos mal, durmiendo. Su enorme cabeza verde descansa sobre una larga cola llena de pinchos enrollada alrededor de su cuerpo del tamaño de un camión. Respira profundamente, con fuerza, a través

de las anchas fosas nasales, y cada vez que espira la hierba se dobla.

Antes de que pueda contestar, Artelya suspira, cierra los ojos como si se estuviera concentrando mucho en algo y al final murmura para sí misma:

—Mierda. Cuando me fortifiqué con la dragona pensé que tal vez estaría aquí encerrada con ella para siempre, pero no me esperaba esto.

—Para siempre es mucho tiempo.

—Sí, así es. —Suspira de nuevo y después se vuelve hacia mí con una mirada calculadora en los ojos—. Pero no has venido hasta aquí para hablar de la historia antigua, ¿verdad?

—En realidad, sí. Tenemos un grave problema, y esperaba que tú y la dragona del tiempo pudierais ayudarnos.

—¿Esa dragona del tiempo? —Artelya se echa a reír mientras señala con la cabeza a la bestia—. Digamos que Asuga no es de las que ayudan.

—¿Su nombre es Asuga? —repito—. Es precioso.

—Sí, lo es. Una pena que su... personalidad no se pueda describir como «preciosa».

—Ya, he descubierto que los dragones del tiempo no es que sean muy simpáticos.

Se ríe con un resoplido y después se coloca la espada sobre el hombro.

—Es una forma muy delicada de decir que son unos capullos, ¿no?

Me río porque no se parece en nada a lo que me esperaba. Pero, aun así, me cae genial.

—Bueno, pues esta dragona es la peor de todos, sobre todo después de estar encadenada conmigo durante tanto tiempo. Ha tenido que pelear contra su instinto y, me duele decirlo, se ha vuelto rabiosa. Incluso si estuviera dispuesta a ayudar, a estas alturas no es más que instinto y hambre. Por eso mismo hay que tenerla encadenada. —Ambas miramos a la formidable bestia, y no puedo evitar que una pizca de compasión por el animal me revolotee en el pecho. Como nosotros, ella tampoco ha pedido estar aquí—. Bueno —me insta a hablar Artelya cuando un viento frío se levanta—. ¿Tienes algún problema que un único dragón del tiempo podría resolver?

—Sí. —Suspiro—. Pero ojalá no fuera así.

Enarca una ceja.

—Como estás aquí, y con «aquí» me refiero a Noromar, me la voy a jugar y a preguntarte si el problema tiene algo que ver con un hombre llamado Souil.

Gruño y le cuento toda la historia a borbotones. La época de Souil como alcalde, la forma en la que ha convertido Adarie en un pueblo refugio para atraer a visitantes con la esperanza de encontrar otro dragón del tiempo del que pueda absorber la energía, la forma en la que planea cruzar la barrera al salir el sol y destrozar la línea temporal de los últimos mil años. Todo.

Cuando termino de hablar respiro hondo y espero su respuesta. No tengo que esperar mucho.

—Madre mía. Una confiaría en que después de todos estos años hubiera aprendido algo. —Artelya esboza una expresión de disgusto.

—Uy, ha aprendido muchas cosas —contesto—. Pero ninguna buena.

—Me lo creo.

—Bueno, estás de acuerdo conmigo, ¿no? No podemos permitir que cruce a nuestro lado de la barrera. Si lo hace...

—Si lo hace se desatará un infierno —termina por mí—. Sí, estoy completamente de acuerdo en que no podemos permitirlo.

—Uf, menos mal. —Por primera vez desde que vi a Souil absorber la energía de la dragona anoche, siento que podría haber un rayito de esperanza.

—Por desgracia, no puedo dejar que Asuga mate al hechicero con fuego de dragón.

Y así, sin más, se me vuelve a caer el alma a los pies.

—Pero ¿por qué? —jadeo.

—Porque el fuego de dragón cauteriza del tiempo cualquier cosa que toque.

—Él dijo algo parecido una vez, pero no estoy segura de qué significa del todo; solo que el muy desgraciado se morirá, cosa que me parece perfecta —comento.

Artelya niega con la cabeza, y empieza a acercarse a la dragona. La sigo.

—Significa que será como si él nunca hubiera venido a Adarie. Este pueblo no existía antes de que llegáramos Souil y yo. De hecho, creció a mi alrededor. Creo que él mismo lo construyó para estar cerca

en caso de que algún día liberara a la dragona. Si el fuego de dragón lo consume... Adarie desaparecerá y todos sus habitantes llevarán vidas muy diferentes. Si es que llegan a nacer.

Abro los ojos como platos mientras pienso en los amigos que he hecho en Adarie, en todos los habitantes que han construido sus hogares aquí. Entonces se me ocurre una idea.

—Pero tú seguirás estando aquí. ¿No bastarías tú sola para mantener la línea temporal intacta si el pueblo se construyó a tu alrededor?

Aguanto la respiración, tengo la garganta cerrada al pensar en que se podrían destrozar tantas vidas. No podemos arriesgar su línea temporal solo para salvar la mía.

—Creo que no eres consciente de lo que ocurrirá si descongelo a Asuga —manifiesta Artelya, y sé que no me va a gustar nada lo que está a punto de decir.

—¿Tan malo sería? —inquiero.

Me da una palmadita en la espalda. No es el consuelo que me esperaba, pero lo acepto, sobre todo si viene de ella. Porque me da a mí que es la clase de mujer que no proporciona consuelo si no lo siente.

Sobre todo después de que añada:

—A mí ya me ha alcanzado el fuego de dragón. En cuanto la descongele, yo también moriré.

129

FIESTA DE CHICAS (GÁRGOLAS)
(GRACE)

Ahora mismo tengo el estómago como si hubiese saltado de un acantilado y estuviese cayendo sin paracaídas. Todos nuestros planes se han ido... al traste.

Pero no, no voy a dejar que esto me disuada. Seguro que se nos ocurre otra alternativa. Alzo la barbilla y empiezo a decirle que encontraremos otra opción, pero me interrumpe.

—Aunque creo que se me ocurre otra manera de derrotar a Souil.

Menos mal.

—¿Cuál? —pregunto.

—Yo libero a la dragona... y tú la matas antes de que mate a Souil.

—¿Qué? ¿Por qué te parece que eso es mejor?

Apoya la punta de la espada en el suelo, junto a los pies, y apoya todo el peso de su cuerpo en el arma.

—Verás, Faincha me suplicó que la dejara venir con nosotros. Y más gárgolas también. Cuando Souil nos contó que aquí estaba muriendo gente inocente, que después de que los invadiesen sufrieron los despiadados ataques de unos dragones, todo el mundo quiso ayudar. Pero Souil insistió en que era mejor que fuera yo sola, que su presencia crearía más dragones del tiempo que aterrorizarían a los habitantes de Noromar. Y le creí.

—¿Faincha? —pregunto.

—Mi hermana mayor. —Esboza una pequeña sonrisa, y tiene la mirada perdida—. Yo estaba demasiado ocupada intentando abrirme camino en la vida, así que no me costó nada estar de acuerdo con él. Le dije a todo el mundo que podía encargarme de esta misión yo sola. Pero, claro, cuando llegué aquí, me di cuenta enseguida de que Souil

no quería ayudar a nadie, solo a sí mismo. Necesitaba utilizar la magia de los dragones del tiempo, y para eso le hacía falta una gárgola, alguien inmune al fuego de dragón. En cuanto lo vi absorber el poder del primer dragón que maté, me negué a ayudarle a matar al segundo. Pero me dijo que necesitaba el segundo dragón para volver a casa, y que mataría a la dragona con mi ayuda o sin ella.

Asiento, y se me estruja el corazón al pensar en el sacrificio de Artelya.

—Así que congelaste a la dragona para que no pudiera conseguirlo.

Artelya se ríe, pero es una risa que carece de diversión.

—Así es, pero solo después de perder ante Souil. —Me lanza una mirada penetrante con sus ojos marrones—. Se moverá por el tiempo y el espacio, atraerá a la dragona adondequiera que estés tú... y desaparecerá en cuanto la bestia ataque. —Jadeo al darme cuenta de lo que me está diciendo—. Sí, solo congelé a la dragona porque no me quedaba otra alternativa. Souil ya había ganado.

»En cuanto el calor del fuego de dragón me rozó la carne, me fortifiqué. No pude derrotar al hechicero del tiempo, pero pude negarle su victoria. —Se me rompe el alma por esta poderosa guerrera cuya única opción fue pasar una eternidad atrapada en la piedra para salvar millones de vidas—. He tenido mucho tiempo para pensarlo —me dice— y no se me olvida lo insistente que fue Souil con que nadie viniera con nosotros, que no me arriesgara a soltar otro dragón en este reino. —Entrecierra los ojos sin dejar de mirarme—. Cuando maté al primer dragón me dio la sensación de que la magia buscaba a Souil; no parecía ejercer ningún control sobre ella. ¿Y si es un imán para la magia del tiempo? ¿Y si no puede evitar absorber demasiada magia, aunque pudiese llegar a matarlo?

Enarco tanto las cejas que me rozan el nacimiento del pelo.

—¿De verdad crees que es posible?

—Ese hombre es un puto arrogante —contesta asintiendo—. No me creo que se limitara a traer la cantidad exacta de dragones que necesita para aumentar su poder y regresar cuando podría haberse hecho con todo un ejército. En cambio, por lo visto lleva esperando siglos para volver a casa. —Levanta una ceja y añade—: En mi opinión, me parece una tontería.

Me vuelvo para observar a la dragona, que no está a más de seis

metros delante de nosotras. ¿Tendrá razón? ¿Es posible que la solución para detener a Souil de verdad sea tan sencilla como darle mucho más tiempo?

Pero antes de albergar más esperanzas recuerdo que, a pesar de todo, no podemos soltar a Asuga.

—Lo siento —le digo. Y lo siento de verdad. Vi lo cerca que estaban las llamas de su cabeza en la estatua. No me puedo creer que no se me ocurriera que fortificarse con la dragona también le había valido para salvarse del aliento de dragón de Asuga. A mí se me chamuscó el brazo cuando no era de piedra sólida, así que soy consciente de que solo somos inmunes a las llamas en nuestra forma de piedra maciza. Niego con la cabeza—. Encontraremos otra solución. No podemos arriesgar tu vida también.

Artelya frunce el ceño y, si eso es posible, parece ofendida porque haya hecho semejante sugerencia.

—Ten por seguro que liberaré a la dragona si accedes a matarla.

—Pero... —empiezo.

—¿Con mi muerte se salvarán las vidas de personas inocentes? —pregunta, pero ambas sabemos la respuesta a esa pregunta, así que continúa—: Pues será todo un honor salvarlas. —Al oír semejante sugerencia, mi gesto debe de expresar puro horror, porque Artelya se endereza, se vuelve para observarme, y la espada ya no descansa de manera informal sobre su hombro, sino que la tiene bien cogida con una de las fuertes manos que hay entre nosotras—. Te disculparé, pues me has dicho que no habías conocido a otra gárgola antes, pero, Grace... —Niega con la cabeza, mirándome, y de pronto me siento muy pequeñita. Estampa la espalda contra el escudo, y el sonido resuena por todo el océano mientras ella dice—: Las gárgolas son protectoras. Es nuestro deber sagrado proteger a aquellos que no pueden protegerse.

Las palabras me envuelven como una manta. Fuerte. Poderosa. Justa. Como un eco que resuena en mis huesos. Como un destino que espera ser reclamado.

Y levanto más la cabeza.

—Sí —coincido con convicción—. Tienes razón. Pero... tiene que haber otra solución.

—Aunque la hubiese, me temo que de todas formas no sobreviviría mucho más —dice, y se encoge de hombros.

—Y ¿eso por qué? —pregunto con los ojos abiertos.

—No lo sé. Solo sé que estoy muy enferma, y que no puedo luchar contra el veneno que tengo dentro de mí. Mi fortificación congela el veneno y mi cuerpo. —Baja la cabeza, y un trueno retumba por el cielo y el suelo tiembla—. Pero, cuando me transforme, temo que me debilitará muy rápido. Nunca he sentido nada así antes y, aun así, viviendo tantos años aquí, en Noromar, sé que es un tipo de veneno de las sombras.

—Si es un veneno de las sombras —le contesto—, seguro que encontramos un remedio aquí, en el Reino de las Sombras.

Pero Artelya se limita a negar con la cabeza.

—La magia de las sombras es la magia más antigua y poderosa del universo. Es más antigua que las estrellas de los cielos. No hay nada más poderoso. No tengo claro qué me matará primero, si el veneno o el fuego de dragón, pero pase lo que pase debes prometerme que no permitirás que el fuego de dragón mate a Souil. Está en juego el destino de este mundo.

—Te doy mi palabra. —Artelya lo sacrificó todo por mantener el mundo a salvo, y ¿aun así se va a morir? No es justo, y no está bien—. Lo siento mucho, muchísimo.

—No lo sientas, Grace. Soy yo quien lo ha provocado. —Ahora le toca a ella estirar el brazo y tocarme. Lo hace despacio, con timidez, como si el acto le resultara impropio. Pero, bueno, después de mil años seguramente lo sea.

Sin embargo, al final consigue tocarme la mano.

Le cojo los dedos y le doy un fuerte apretón porque, aunque esta sea la última vez que puedo hablar con ella, quiero que sepa que no está sola. Quiero que sepa que hay alguien en este pueblo que la recuerda, que se preocupa por ella y que piensa en ella.

Porque pienso en ella. Y pensaré en ella durante el resto de mi vida..., lo cual igual no es mucho tiempo si la movida de Souil me acaba borrando de la línea temporal. Pero bueno.

—Lo que importa es que detengamos a Souil. —Me sostiene la mirada y me observa fijamente—. Solo tendrás una oportunidad. Cuando libere a la dragona pereceré al instante por el fuego de dragón. Tendrás que matarla de inmediato. Al menos sé que acabarás con su sufrimiento.

—¿Cómo me comunicaré contigo? —le pregunto.

—Todas las gárgolas pueden hablar con su reina cuando quieran —explica, y por un segundo se me para el corazón. Esta poderosa guerrera es mi reina. Tendría que haberlo sabido. Aquel día en el parque, en lo único en lo que podía pensar era en que ojalá algún día me volviera tan poderosa como ella parecía. Incluso en aquel momento debería haberme percatado de su linaje real.

Alzo la barbilla. Si esta reina tiene el valor para sacrificarse por nuestros errores, lo menos que puedo hacer es no dejar que su muerte sea en vano.

—No te decepcionaré. Ese desgraciado dejará este reino bajo mis normas, o no se marchará. Te doy mi palabra.

Veo cómo la primera sonrisa real se apodera de su rostro, y le salen arrugas en el rabillo de los ojos.

—Nos parecemos mucho, Grace. Decididas. Muy protectoras. Cabezotas. —Se ríe entre dientes—. Algún día serás una líder excepcional.

—¿Una líder? —La miro parpadeando.

Entonces suelta una cosa rarísima:

—Claro, mi reina.

Vuelvo a parpadear.

Y así, sin más, estoy de vuelta en la plaza del pueblo.

130

UN DISPARO EN LAS SOMBRAS (HUDSON)

—Entonces ¿estamos en el mismo barco en lo que al plan B se refiere? —le pregunto a Nyaz para asegurarme.

—¿Te refieres al hecho de que estaremos perdidos si Grace no puede despertar al dragón del tiempo? —contesta con ambas cejas enarcadas—. Sí, estamos en el mismo barco.

—Grace va a despertar al dragón del tiempo. —Le lanzo una mirada, pero él se encoge de hombros como contestación—. Aun así, necesitamos un plan B por si acaso el dragón es un mamonazo.

—Intentaré convencer al resto para que venga. Pero hablar con ellos es lo máximo que puedo hacer. Yo no los controlo... Nadie lo hace.

Ya veo que no es que le entusiasme mi idea, pero no me queda otra. Sobre todo porque estoy preocupado, y soy incapaz de dejar de mirar por la ventana cada dos minutos para ver cómo va la gárgola congelada en piedra en la que ahora mismo está convertida Grace.

Pero tengo otra cosa en mente aparte de lo de Souil y lo que pasará en la pelea. Así que me decido a darle un último vistazo a Grace (de momento) y me vuelvo hacia Nyaz, quien sé que ha estado viéndome mirarla durante las últimas cuatro horas.

—Está bien —me asegura después de un instante—. Tu Grace es una jovencita lista, fuerte y capaz.

—Lo sé —murmuro.

—Ya sé que lo sabes. —Se sienta delante del mostrador principal de la recepción de la posada y agarra su última lectura. Pero no la abre. En vez de eso, me mira por encima del borde, como si supiera que quiero decirle algo.

Y es cierto.

Me cuesta mucho abrirme a otra persona (ventajas de ser el hijo de un puto sociópata), pero ahora mismo no me queda otra. No si quiero tener la oportunidad de cuidar de Grace, de lo que nos hemos convertido el uno para el otro.

Así que, mientras Nyaz me sigue observando, por fin digo lo que llevo horas queriendo decir:

—¿Cómo funciona la magia de las sombras?

Nyaz entrecierra los ojos con sospecha.

—¿Qué quieres saber? ¿Y para qué?

—Mi tutor me lo mencionó una vez hace muchos años. Dijo que era una de las formas más vetustas de la magia, que es tan antigua que proviene del tiempo antes de los tiempos, durante la primera creación. Y que por eso también es una de las magias más fuertes e inquebrantables del universo.

—La magia de las sombras es muchas cosas —responde Nyaz—. Sí, es antigua. Sí, es poderosa. ¿Inquebrantable? Casi siempre. —Baja el libro y me analiza con cautela—. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? ¿Algo que la magia no pueda deshacer?

—La verdad es que eso es justo lo que quiero.

Ahora le toca a Nyaz mirar por la ventana hacia Grace, lo cual me indica que no disimulo tan bien como me quiero creer. Bueno, en lo que a ella se refiere, nunca he tenido la oportunidad de andarme con rodeos. Desde el minuto uno ha puesto mi vida patas arriba.

Menos mal.

No es solo que haya echado abajo mis muros. Es que además ha agarrado un mazo y los ha convertido en un millón de pedacitos diminutos. Todavía hay una parte insignificante de mí que quiere coger unos cuantos de esos pedacitos, esconderlos y guardarlos para que, si algo llegara a salir mal en las próximas cuarenta y ocho horas, no me quede completamente devastado. Pero el resto de mí sabe que eso es imposible. Que ya es demasiado tarde para quedarme con las piezas, demasiado tarde para enterrarlas bien profundo y esperar que Grace no me arranque el corazón del pecho de alguna forma.

Ya lo ha hecho y su sonrisa, su forma de tocarme, todo su amor... son las únicas cosas que consiguen que siga latiendo incluso ahora. La verdad es que no tiene ningún sentido que me guarde algunos pedacitos de mí mismo, porque sin ella no sirven para nada.

—¿Para qué tienes pensado usar la magia de las sombras? —

pregunta Nyaz cuando no añado nada más—. Porque soporta casi cualquier cosa, pero no estoy seguro de que vaya a aguantar contra un dragón del tiempo. Esos bichos están creados por el mismísimo dios del tiempo, y la verdad es que no creo que haya magia, por muy de las sombras que sea, que pueda ser rival y hacerle frente a eso.

Justo eso es lo que temía que dijera, pero sigue siendo la mejor baza que tengo. Sobre todo aquí, en el mismo Reino de las Sombras.

—Si Grace consiguiera de verdad convencer a la gárgola de que libere al dragón del tiempo, me da miedo que la criatura no se detenga al acabar con Souil —admito—. Tengo miedo de que venga a por Grace y a por mí, porque también estamos desplazados en este lugar y este tiempo. Hemos creado una fisura al llegar aquí y el dragón del tiempo se alimenta de eso, por lo que tengo entendido. —Respiro hondo—. Por mucho que confíe en Grace, podríamos perder hoy. Si no es contra Souil, puede ser contra el dragón. —Nyaz asiente y me insta a continuar.

»Grace es mi compañera porque ella me escogió. Todavía no puedo creerme que ocurriera tal milagro y que me hiciera el chico más afortunado del mundo, pero antes de ella estaba perdido. Estaba completamente solo, dolido, y no quiero volver a existir en un tiempo en el que no recuerde lo que se siente al amarla con toda mi alma. Y sé que, si llegara a sobrevivir yo solo..., no habrá mundo que esté a salvo. Si permito que el dolor de su muerte destruya el amor que siento en mi alma por ella... —Me callo, le sostengo la mirada—. Me temo que el monstruo que mi padre estuvo perfeccionando durante doscientos años tomará las riendas. Casi dejo que la oscuridad me sobrevenga cuando mi amiga Humito se murió, y la única que fue capaz de sacarme del abismo fue Grace. ¿Qué pasará si ella no...? —Me detengo porque no puedo siquiera decirlo en voz alta, ni siquiera a Nyaz. Ni siquiera en un susurro.

—Lo entiendo —asegura Nyaz, y por primera vez siento que es posible. Su expresión estoica ha desaparecido y en su lugar se atisba una especie de compasión que no quiero y con la que no tengo ni puta idea de qué hacer. Pero como eso va mano a mano con su ayuda, la acepto.

Aceptaré cualquier cosa si eso significa que tendré la oportunidad de mantener a Grace en mi corazón para siempre.

—En mi opinión, la mejor opción sería una promesa sombría.

¿Sabes lo que es?

Niego con la cabeza.

—Una promesa sombría es lo más poderoso que existe en la magia de las sombras —continúa Nyaz—, una promesa inquebrantable que una persona le hace a otra. No te puedes retractar, no hay forma de deshacerla si de repente te arrepientes. Es para siempre.

—Eso es justo lo que quiero —revelo, y de verdad lo es—. Quiero que Grace sepa que la amaré siempre y quiero que mi alma así lo recuerde.

—Muy bien. —Asiente y señala con la cabeza la ventana que da a la plaza—. Pues creo que tienes que hacerle una pregunta a alguien, si es que su *tête-à-tête* con la gárgola acaba algún día.

131

LA HISTORIA DE ESTA NOCHE (GRACE)

Hudson viene corriendo al centro de la plaza del pueblo, hacia mí.

—Madre mía, Grace. ¿Estás bien? —me pregunta mientras entrelaza una mano con la mía—. ¿Qué ha pasado?

Quizá no debería enternecerme que me pregunte si estoy bien antes de preguntarme por lo que es más importante, y por lo único que todos necesitamos saber. Pero la verdad es que me enternece. Porque cada vez es más evidente que Hudson siempre me antepondrá a mí... a cualquier cosa.

—Va a intentar ayudarnos —contesto, y después espero a que Nyaz o él me feliciten, me den una palmadita en la espalda, me choquen los cinco..., lo que sea. Pero se me quedan mirando como si acabase de volver de entre los muertos.

—Grace... estaba preocupadísimo —Nunca antes había visto a Hudson tan inquieto, y me palpita el corazón—. Has estado tantísimo tiempo congelada que estaba convencido de que algo había ido mal.

El subidón de haber convencido a Artelya se desvanece cuando asimilo lo que me acaba de decir.

—¿Cu... cuánto tiempo he estado fuera? —pregunto. Porque para mí han sido unos minutos como mucho.

Hudson me mira fijamente a los ojos.

—Todo un día, Grace.

Lo medito cuando los tres entramos en la posada, y Hudson y Nyaz me exploran en busca de heridas como un par de madres sobreprotectoras. ¿Es posible que el tiempo avance de forma distinta cuando estoy congelada? Si ese es el caso, ¿qué significa eso para Artelya, que lleva cientos de años congelada?

Cuando llegamos al despacho de Nyaz ya les he contado todo lo

que Artelya y yo hemos hablado. Salvo el último intercambio que hemos tenido. Me guardo esa parte para hablarla con Hudson en privado cuando se haya terminado toda esta movida, porque, vale, no tengo ni idea de cómo me siento al ser la reina de alguien, y mucho menos la reina gárgola.

Cuando termino de ponerlos al día, la opinión general es que es la mejor opción que tenemos. Podemos atar a la dragona con cuerdas, yo contactaré con Artelya para que libere a Asuga y, a continuación, mataremos a la bestia todo lo rápido y humanamente posible que podamos. Y después nos mataremos a rezar para que Artelya tenga razón y la magia del tiempo encuentre al desgraciado de Souil y lo detenga.

Y para que la reina de las sombras no se presente para matarnos a todos allí mismo, en medio de todo el lío.

La hostia de fácil, claro que sí.

Es un intento a la desesperada, pero, bueno, eso ya lo sabíamos. Ahora solo tenemos que esperar y ver si funciona.

Después de despedirnos de Nyaz, cuyo principal trabajo durante las próximas horas es buscar refuerzos para ayudarnos en caso de que la reina de las sombras nos ataque (o de que la dragona nos mate antes de matar a Souil), Hudson y yo subimos a nuestra habitación la que podría ser nuestra última vez.

Da miedo pensarlo. Y tristeza. Sobre todo porque pensábamos que cuando nos fuéramos de aquí sería para mudarnos a una casita muy cuca cerca del parque y de su escuela, para poder empezar nuestra vida juntos de verdad. Y ahora..., ahora a saber qué va a pasar.

A saber si tendremos esa casita, o si tendremos algo en general.

A saber si seguiremos existiendo en las próximas veinticuatro horas.

La idea de perder a Hudson, en plena batalla o por un capricho del tiempo, me duele de una forma que amenaza con acabar conmigo.

Pero no voy a permitir que eso pase. No ahora que no tengo ni idea de qué nos depara el futuro. Y menos ahora, cuando bien podría ser esta la última vez que pasamos un rato juntos, a solas.

Los dos estamos agotados por llevar toda la noche despiertos luchando contra una dragona y un hechicero del tiempo; y por intentar averiguar cómo volver a hacer todo eso mañana. Nyaz

asegura que el portón principal contendrá a la reina de las sombras y su ejército hasta la mañana, pues sin la luz del sol está en su momento más débil. Pero acabamos de quitarnos los zapatos justo cuando llaman a la puerta.

—Y ¿ahora qué? —pregunto.

Hudson se limita a negar con la cabeza y, con recelo, abre la puerta.

Resulta que Nyaz ha tenido el bonito detalle de mandarnos un plato de queso y fruta para mí, y varias botellas de agua para los dos. Me como un par de galletitas saladas y de lucdebayas, pero tengo el estómago revuelto y me da cosa acabar vomitando si me paso comiendo.

En lugar de comer, Hudson y yo nos tomamos una ducha bien larga, disfrutando de la sensación del agua caliente cayéndonos encima mientras intentamos borrar de nuestro cuerpo la pesadilla que han sido estos últimos días.

Es más duro de lo que suena, pero me esfuerzo por no pensarlo.

Si sobrevivimos, el horror de lo que pasó anoche me acompañará durante mucho tiempo. Puedo recordarlo y examinarlo más adelante, cuando no me sienta tan vulnerable. Por ahora lo único que quiero hacer es sobrevivir las próximas horas. Después ya me preocuparé de mi dolor; y de encontrar la forma de detener a un hechicero del tiempo que ha tenido siglos para planear este momento exacto.

Cuando por fin nos metemos en la cama, Hudson se acuesta de espaldas mirando al techo, con un brazo doblado detrás de la cabeza. Todavía no se ha alimentado; dice que no tiene hambre, pero puedo notar cómo el hambre le azota. Lo oigo en el rumor grave que resuena en su pecho. Lo veo en la forma en la que su mirada se clava en mi cuello cuando me recuesto sobre él.

Pero también veo el pesar en su rostro, y cómo no deja de desviar la mirada hacia la camita de Humito junto a la ventana.

Humito me odiaba el sesenta por ciento del tiempo, por lo menos, y aun así sé que voy a echarla de menos. No puedo ni imaginarme cuánto va a echarla de menos Hudson, ni lo destrozado que debe de estar ahora mismo.

Pero aun así debe cuidarse. Y aun así debe comer. No tenemos ni idea de qué nos deparará el último día de oscuridad (salvo un buen montón de problemas con los que no queremos lidiar), y necesita

reponer fuerzas si albergamos alguna esperanza de poder con toda esta movida.

Sin embargo, en vez de pelearme con él, lo abordo desde otra perspectiva, una que nos consolará a ambos ahora mismo. Una perspectiva que los dos necesitamos.

Apago la lámpara de la mesilla, después ruedo y me pego al costado derecho de Hudson. Apoyo la cabeza en su hombro y me tranquilizo escuchando el lento y fuerte sonido de los latidos de su corazón.

Estira el brazo izquierdo para acariciarme la espalda y se le enreda con las puntas de mis rizos, que todavía siguen húmedos. A pesar de todo, una chispa de electricidad me recorre el cuerpo. Porque es Hudson, mi compañero, y no me puedo ni imaginar una situación en la que mi cuerpo (en la que mi mente, mi corazón y mi alma) no reaccione a él.

—Te quiero —susurro, y le doy varios besos suaves en el pecho desnudo y en la clavícula.

Tensa el brazo con el que me rodea, y me acerca más a él hasta que el único espacio que hay entre nosotros es el que se crea cuando exhalamos.

Está caliente de la ducha y noto que todavía tiene el pelo húmedo cuando me muevo para dejar unos besos lentos y dulces, con los labios separados, por toda la mandíbula hasta llegar al lugar sensible de detrás de la oreja que tanto me gusta.

—Grace. —Mi nombre es un rumor grave y profundo en su pecho; en parte es un suspiro, en parte una pregunta, pero es todo reclamo.

—Te quiero —le repito, y esta vez, cuando me acerco incluso más, me lanzo completamente, hasta que acabo tumbada encima de su pecho, con las piernas a ambos lados de sus esbeltas y sexis caderas.

—¿Ah, sí? —me pregunta con las cejas levantadas. Y, aunque la tristeza lo rodea como si fuera una capa, noto una chispa de interés en la profundidad de su mirada. Para él, nuestro amor siempre ha sido un faro en la oscuridad, y me encanta ser algo así para él. Para mí él significa muchísimo más, pero no se da cuenta. Todavía.

—Sí —murmuro, y le recorro los costados con las manos. Justo encima de la cintura tiene un huequito entre dos costillas; un pequeño relieve a la altura de los codos; se le hunde un poco la piel suave

encima de los marcados huesos de la cadera.

Siento que es lo correcto, que él es perfecto para mí y, cuando me inclino hacia delante para besarlo en los labios, me tomo mi tiempo. Me entretengo en la V perfecta de su labio superior, en lo carnoso que tiene el labio inferior. Desvío la boca un poquito hacia la izquierda, para poder darle un beso en el hoyuelo.

Está tan bonito como el primer día que lo vi, y una parte de mí quiere quedarse ahí, explorando ese hoyuelo para siempre.

Pero todavía queda muchísimo de él por sentir. Queda muchísimo de él por besar, por lamer, por morder y por amar.

Bajo la boca sin despegarla de él, y me entretengo en la coyuntura de su mandíbula, donde puedo notar sus pulsaciones, que van un poco más rápido y con más fuerza que hace apenas unos minutos. De ahí me deslizo hacia abajo hasta la hendidura del cuello, y me deleito en su aroma a ámbar, y en su sabor, sabroso, cálido y delicioso.

Hudson vuelve a susurrar mi nombre, con un gemido de la profundidad de su garganta, mientras enreda las manos en mi pelo. Con delicadeza, me pasa los dedos por el cuero cabelludo, y gimo mientras unos escalofríos de furor me bajan por la espalda. Su respuesta es atraparme el pelo con el puño y, después, cuando está bien agarrado, me tira la cabeza hacia atrás y me besa por la delicada piel del cuello.

Es placentero. Con él es placentero.

Es raro encontrar esto, sentirlo, entre toda esta pena y este temor. Pero también parece correcto que Hudson y yo tengamos este momento que solo nos pertenece a nosotros. Este momento para reafirmar no solo lo que sentimos el uno por el otro, sino también por qué estamos dispuestos a luchar tanto. Por nuestra familia, por nuestros amigos, y el uno por el otro.

Es fácil tener miedo al amor cuando ves que va mal. Cuando sientes el dolor de una mala ruptura o la pérdida de un ser querido, o cuando ves a un hombre dispuesto a acabar con todo un mundo por el amor que siente por su hija. Pero son los momentos como este (no momentos robados, sino compartidos; no rotos, sino felices) los que hacen que todo lo demás desaparezca. Hacen que todo lo demás valga la pena.

Cuando Hudson por fin libera mis labios, bajo los brazos y me

quito la camiseta de dormir que me había puesto. La tiro al suelo, junto a la cama, y después me deslizo un poco por su cuerpo, besando, lamiendo, mordiendo y tocando cada trocito de piel con el que me encuentro.

—Hudson —susurro—. Mi Hudson.

—Grace. —Repite mi nombre mientras recorro su cuerpo como si fuera la luz de la luna por el agua. Despacio y suave, oscuro y devastador.

Hasta que lo único que puede sentir es a mí.

Hasta que lo único que puede ver, oír, oler y saborear es a mí.

Hasta que el dolor por lo que ha pasado y el temor por lo que pasará desaparecen bajo el placer y la alegría del momento.

Entonces, y solo entonces, vuelvo a subir por su cuerpo.

Entonces, y solo entonces, deslizo las palmas de las manos por la aspereza de las suyas, entrelazando los dedos mientras me aferro con fuerza.

Entonces, y solo entonces, lo llevo a lo más profundo de mi corazón, de mi cuerpo, de mi alma. Y se lo doy todo a él.

Los toma como me toma a mí: con cuidado, con potencia, con amor. Y al tiempo que nos movemos juntos y nos llevamos el uno al otro al límite, más y más, lo único que importa es esto. Lo único que importa somos nosotros.

Y durante este momento único y perfecto en medio de tantísima imperfección, es más que suficiente. Lo es todo.

Nosotros lo somos todo.

132

SI LO MUERDES, LO COMPRAS (HUDSON)

Grace me rodea el cuello con los brazos y me acerca tanto a ella como nos es físicamente posible. A mí me parece genial. Siempre que se trate de Grace, estoy dispuesto a estar tan cerca de ella como le apetezca.

Y cuando me da un beso en la mejilla entierro la cara en el hueco de su cuello y aspiro su aroma. Huele genial, tocar su cuerpo es genial y no hay nada que quiera más que quedarme aquí para siempre.

Eso incluso antes de que incline la cabeza y me sostenga la nuca con las manos para acercarme a su garganta.

Es evidente que es una invitación para que beba de ella y, como respuesta, me salen los colmillos al instante. Pero me contengo, me tomo mi tiempo. Porque estamos hablando de Grace y nunca voy a tener suficiente.

Siempre querré más.

Ella suspira cuando le doy besos lentos en la curva en la que su hombro se encuentra con su cuello. Sonrío contra su garganta y después deslizo los labios sobre la diminuta constelación de pecas que luce junto a la clavícula. Diría que es mi favorita, pero tiene tantas que me cuesta elegir.

La estrella en la parte izquierda de sus caderas. La espiral del hombro derecho. El grupo perfectamente disperso en la cara interior del muslo derecho. Mi Grace está hecha de muchísimas piezas y a mí me encantan todas.

Empiezo a pensar en mañana, en lo que viene después. En lo que sentiré si esta es la última vez que puedo besarle las pecas, la última vez que noto su sabor en mi lengua.

Pero el mañana vendrá por mucho que lo piense o no, así que

durante estos últimos instantes decido centrarme en Grace. Solo en Grace. Sobre todo cuando se revuelve debajo de mí y la mano que descansa sobre mi cabeza se vuelve más insistente y me presiona más contra su garganta.

—¿Estás segura? —susurro. Porque siempre me quiero asegurar en lo que a esto respecta. Jamás lo daré por sentado, sin importar cuántas veces o de cuántas formas me indique Grace que me permite hacerlo. Está cuidando de mí, pero mi trabajo consiste en cuidar de ella también.

Mueve la cabeza para presionar los labios contra mi piel y siento su sonrisa.

—¿Cuándo no he estado segura?

—Soy un suertudo. —Suelto una risita mientras paso los dedos por la suavidad de su melena con aroma a flores y se la aparto. Después me tomo un segundo para frotarle la clavícula con el pulgar y le araño la yugular con los colmillos.

Grace jadea y se arquea contra mí, pero aun así espero. Aun así dejo que la anticipación se incremente hasta que se mueve con frenesí contra mi cuerpo.

Solo entonces ataco, le atravieso la piel con los dientes y el hambre me tumba como una oleada. Me tira del pelo, intenta acercarme más mientras bebo, bebo y bebo.

Me tomo mi tiempo, voy poco a poco para asegurarme de que no le hago daño. Para asegurarme de que no tomo demasiado.

Se convierte en miel caliente entre mis brazos cuando le doy un lametón en las heriditas para cerrarlas, me envuelve con su cuerpo hasta que no soy capaz de distinguir dónde acabo yo y dónde empieza ella.

—Te quiero —le digo—. Para siempre.

Me estruja entre sus brazos.

—Yo te quiero de la misma forma.

—Me alegro. —Le doy un besito en la boca, y después la abrazo y poco a poco concilia el sueño.

A mí me cuesta un poco más porque tengo la mente saturada con lo que podría o no podría pasar, pero al final también me duermo.

Me despierto pronto a la mañana siguiente, con el sonido de los gritos de Grace. Me incorporo de golpe en la cama, con el corazón a mil por hora y las manos apretadas en puños; pero me doy cuenta de

que era todo un sueño. Puede que estuviera gritando en mis sueños, pero la verdadera Grace está tumbada de lado ahora mismo, roncando un poquito.

Me vuelvo a tumbar a ver si deja de martillearme el corazón. Pero al hacerlo sé que no va a haber manera de volverme a dormir. No cuando mi mente me está mostrando el montaje más macabro del planeta de lo que acontecerá en las próximas veinticuatro horas.

Me rindo pasados unos minutos y salgo de la cama. Me doy una ducha rápida. Después me pongo unos vaqueros y salgo al pueblo. No sé qué aspecto tendrán las cosas más allá de la plaza, pero tengo algo que hacer antes de que Grace se despierte. Espero que alguien se haya atrevido a salir a las calles calcinadas de Adarie y abrir su tienda para intentar ganarse el pan hoy.

Pero no consigo ni poner un pie fuera de la posada antes de que Nyaz me detenga y me pregunte si Grace estaría de acuerdo con ser el cebo para conseguir que Souil salga de su casa esta noche.

Acepto (sobre todo porque sé que es lo que ambos hemos planeado igualmente) y después me dispongo a hacer los recados que tengo pendientes.

Pero cuando salgo de la posada me doy cuenta de que la plaza sigue cerrada debido a los daños. Aun así la gente del pueblo ha empezado a trabajar en ella, están recogiendo escombros, el equipamiento hospitalario roto de la otra noche, y adecentando los jardines destrozados.

Me sorprende lo rápido que se están arreglando las cosas, sobre todo si se tiene en cuenta que el pueblo ya no dispone de un alcalde para dirigir las cosas. Por lo que sé, Souil sigue encerrado en su casoplón esperando a los primeros rayos del sol para destruir todo lo que tanto se está esforzando por reparar esta gente.

Es exasperante y odioso; no hay nada que me apetezca más que hacerlo pedazos, extremidad a extremidad. Sé que ahora mismo es imposible, pues acumula muchísimo poder en su interior, pero eso no hace que tenga menos ganas. Ese tipo es un cabrón manipulador y el mundo sería un lugar mejor si no estuviera en él.

Dentro de poco, me prometo mientras atravieso la plaza a grandes zancadas hasta llegar a una de las calles secundarias repletas de comercios. Dentro de poco nos aseguraremos de que ese capullo no vuelva a joderle la vida a nadie más.

Es una promesa que me hago tanto a mí mismo como a todo el mundo que ha salido herido, y pienso cumplirla.

Mientras paseo, algunos habitantes con los que suelo coincidir por fin empiezan a salir a las calles y me saludan cuando nos encontramos. Anoto mentalmente que debo volver a hablar con Nyaz para asegurarnos de que todo el mundo esté dentro de sus casas durante la batalla que se avecina.

Los putos lobos rugen y se ponen en postura defensiva en cuanto paso por delante de ellos, y hacen que me entren ganas de darles una razón para gruñir. Pero no tengo tiempo para sus tonterías porque quiero volver antes de que Grace se despierte, así que los paso de largo con poco más que una mirada de desprecio. Me duele un poco el orgullo, la verdad, sobre todo cuando el más pequeño y fornido suelta un gruñido que cree que me intimida.

Pero bueno, que les den. Tengo cosas más importantes de las que ocuparme ahora mismo que de ellos, así que no me molesto ni en enseñarles los colmillos. En vez de eso me limito a buscar lo que necesito en los escaparates.

Estoy a mitad de la calle comercial cuando encuentro la tienda perfecta y casi me desmayo al ver que hay alguien atendiendo dentro. Un nudo me cierra la garganta mientras abro la puerta, pero lo ignoro y sigo caminando. Los nervios no tienen lugar aquí, no cuando ya me he decidido.

Es una tienda pequeña y me tomo mi tiempo recorriéndola poco a poco hasta que encuentro justo lo que buscaba. Entonces me quedo ahí plantado durante un minuto, contemplándolo mientras la alegría y el pánico batallan en mi interior.

Tras una conversación breve con el hombre detrás del mostrador y una espera inevitable, quince minutos después estoy de vuelta en la posada. Me obligo a no desvanecerme, a disfrutar cada instante que estoy viviendo. Me cuesta más de lo que debería, porque seguramente Grace aún esté dormida.

Pero eso da igual, porque pronto, muy pronto, voy a descubrir lo que quiere de verdad. Y no me da miedo, qué va...

133

HAZME UNA PROMESA
Y JÚRAME NO MORIR ACHICHARRADO
(GRACE)

Cuando me despierto estoy sola.

Todavía noto en el aire el aroma del champú de Hudson, así que sé que no se ha ido hace mucho. Pero no me ha dejado ninguna nota para decirme adónde se iba, nada propio de él, y empiezo a preocuparme. Sí, he de admitir que es una tontería, teniendo en cuenta que seguramente se haya ido a hacer un recado. Aunque, con todo lo que estamos viviendo, no creo que ninguno de los dos deba quedarse solo durante mucho tiempo.

No sabemos qué puede pasar.

Para evitar que mi cerebro se lo imagine muerto tirado en la calle, como Orebon o Humito, me levanto y me doy una ducha rápida.

Hudson entra cuando me estoy vistiendo, y cuando lo miro se me cae el alma a los pies.

—¿Qué te pasa? —pregunto poniéndome la camiseta a toda prisa —. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, ¿por...? —Intenta sonreírme, pero el hoyuelo no aparece por ningún lado.

—Pues no sé, porque estás superpálido. —Atravieso la habitación y me acerco a él—. ¿Qué te pasa?

—Nada —repite, y su sonrisa me resulta más forzada incluso, si es que eso es posible—, te lo prometo.

No le creo ni un poquito. Pero ahora mismo tampoco voy a discutir con él. Así que paso el rato recogiendo la habitación y metiendo la ropa sucia de anoche en el cesto de la ropa sucia que tenemos junto a la puerta del baño. Estiro las sábanas. Limpio y

ordeno el mueble del baño.

Lo que sea por no mirar a Hudson, que parece estar hecho un manojo de nervios, y por intentar no acabar yo de los nervios.

Estoy organizando por orden alfabético los productos que uso para el pelo cuando Hudson se me acerca por detrás y apoya una mano en mi hombro.

—Oye, ¿podrías parar un momento? Esperaba poder hablar contigo.

—Pues no lo parecía hace un par de minutos —susurro.

Estamos de pie frente al baño del espejo, y levanto la mirada para ver si puedo valorar su reacción. Entonces me asusto un poquito cuando, cómo no, no lo veo en el espejo. Niego con la cabeza ante mi propia estupidez, y me pregunto cuándo me acostumbraré a que Hudson no tenga reflejo.

—Perdona. Es que... —Su voz se va apagando, carraspea y, por primera vez, me pregunto si habré malinterpretado algo.

Pensaba que Hudson me estaba ocultando algo porque no quería preocuparme. Ahora me planteo que... ¿y si solo está nervioso? Por la forma en la que tamborilea con los dedos sobre el mueble del baño, la forma en la que carraspea sin parar... Eso para mí son nervios, no es un subterfugio.

Pero... ¿nervioso por qué?

Me vuelvo para mirarlo a la cara, porque de una forma u otra quiero ver la expresión de su rostro cuando le pregunto:

—¿Qué pasa?

Me coge de la mano, me lleva al dormitorio y me hace un gesto para que me siente en la sillita que tenemos en un rincón.

Me siento, y se me retuerce el estómago de los nervios cuando Hudson empieza a pasearse de un lado al otro delante de mí.

Cuando lleva ya cuatro caminatas, estiro el brazo y le cojo la mano.

—Hudson, escucha, me estás poniendo de los nervios. ¿Puedes decirme qué te está rondando la cabeza?

—Claro, sí, perdona. —Detiene su caminata y se queda ahí quieto un segundo. Después se arrodilla ante mí.

—¿Estás bien? —pregunto, y la preocupación supera a la irritación—. ¿No te encuentras bien?

Hudson se ríe, pero de la garganta le sale un profundo sonido

como de tormento.

—Estoy bien, Grace.

—¿Seguro? —Sé que sueno poco convencida, pero es que solo hay que verlo. Estoy segura de que está sudando, y ni siquiera sabía que los vampiros podían sudar.

—Segurísimo. —Entonces me imita e inspira hondo. Suelta el aire despacio. Me coge la mano y me la sostiene con cariño—. No me imaginaba estar haciéndolo así, la verdad. Pero, bueno, antes de que aparecieras tú jamás me imaginé haciendo esto.

—¿Haciendo qué? —pregunto recelosa. Noto una nueva clase de nerviosismo en el estómago, un nerviosismo que hace que vea a Hudson con otros ojos.

—Grace, te quiero —me dice, y en sus ojos brillantes veo tanta sinceridad, tanto amor que me derrito por dentro. Me derrito por completo, me convierto en un montón viscoso y pegajoso de sentimentalismo en esta misma silla—. Te quiero y...

—Yo también te quiero —le interrumpo, y Hudson me sonríe, se lleva mi mano a los labios y me da un beso en el centro de la palma.

—Te quiero —repite—. Durante el tiempo que hemos estado juntos he sentido cosas por ti que jamás me imaginé que sentiría por otra persona. Me tienes impresionado, Grace. Me impresionan tu fuerza, tu bondad, tu resiliencia. La forma en la que siempre intentas ayudar al resto del mundo, la forma en la que siempre te recuperas por muy mala que sea la situación que hayas vivido.

—Hudson...

—Déjame terminar, por favor. —Niega con la cabeza, suelta un suspiro entrecortado y se le humedecen los ojos—. Nunca había conocido a nadie como tú. Nunca nadie me había hecho reír como lo haces tú. Nunca nadie me había querido cuidar como lo haces tú. Nunca había querido a nadie como te quiero a ti. Es el sentimiento más amplio que he tenido en mi vida, y ni siquiera puedo imaginarme volver a una vida sin ti en ella.

—Ay, Hudson... —Estiro los brazos hacia él, y le acuno la cara con las manos mientras tiro de él hacia mí para darle un beso—. Todo saldrá bien.

—Eso no lo sabes —me dice, y ahora está temblando, pero temblando de verdad—. No quiero que Souil se cargue tan a fondo la línea temporal que tenga que intentar crear una vida sin ti, Grace. No

quiero olvidarte. No quiero volver a como eran las cosas antes; preferiría estar encerrado en una cripta durante otros doscientos años a tener que vivir una vida sin ti.

Yo siento lo mismo por él. Puede que no en lo de la cripta oscura y aterradora, pero en todo lo demás sin duda. Y se me rompe el alma al verlo tan preocupado. Está sufriendo muchísimo, y me mata que no haya nada que pueda hacer para solucionarlo. No hay nada que pueda hacer para que se sienta más seguro; no solo en lo que respecta a mí, sino al que sea que vaya a ser nuestro destino.

—No me voy a ir a ninguna parte, Hudson, y tú tampoco. —Me inclino hacia delante, y le doy un beso suave en los labios—. Estamos destinados a estar juntos. Solo debes tener un poco de fe.

—Ojalá pudiera —contesta—. Ojalá pudiera tener esa clase de fe en el mundo que tú tienes; es una de las cosas que más me gustan de ti. Ese pensamiento optimista de que todo va a salir bien. Y lo estoy intentando, Grace. Lo estoy intentando de verdad. Por eso...

Se lleva la mano al bolsillo y saca una cajita que se parece un montón a una de esas cajitas en las que se guarda un anillo.

—¿Qué estás...? —Me callo, y me llevo una mano a la boca mientras siento que todo mi cuerpo se estremece.

Hudson sonríe, como si pudiera ver lo que se me está pasando por la mente.

—No te estoy pidiendo matrimonio, si es lo que te asusta —me comenta poniendo los ojos en blanco.

—No he dicho que estuviera asustada —le digo resoplando. Pero aún no he podido desviar la mirada de esa cajita.

—Es un anillo de compromiso, de una promesa —me explica—. Y ahora mismo, aquí, me gustaría hacerte una promesa... si me aceptas.

—¿Una promesa? —repito, porque quiero asegurarme de que entiendo qué está pasando. En casa, un anillo como este es una especie de símbolo en el que los dos miembros de una pareja confirman que la relación es seria. Pero no es necesario que ninguno de los dos le haga una promesa a la otra persona; o no al menos tal y como Hudson parece estar queriendo expresar.

—Es una promesa especial —me dice—. Una promesa sombría, hecha con magia tan antigua como el universo, una promesa que yo te hago a ti. Una promesa que yo no puedo romper jamás.

—Pero no tienes que hacerme una promesa inquebrantable,

Hudson —le aseguro mientras miro a los sinceros ojos azules de este orgulloso príncipe vampiro que tengo de rodillas delante de mí—. Basta con que me quieras hoy, y que yo confíe en que me querrás mañana.

Hudson se levanta y me coloca algunos rizos detrás de la oreja.

—La promesa es un regalo para mí tanto como lo es para ti —Me da un ligero apretón en la mano—. Grace, yo no sé mucho del amor. Pero me has enseñado que el amor de verdad no va de encontrar a una persona que te haga feliz. Va de encontrar tu propia felicidad y, después, compartirla con la persona a la que quieres. Siempre serás la luz de mi oscuridad, pero no porque sea tu tarea hacerme feliz. Porque iluminas el camino que yo puedo seguir para encontrar mi propia felicidad. Y quiero ver siempre ese camino que me lleve de vuelta a ti. Siempre.

Abre la cajita con una mano temblorosa, y mi ya aceleradísimo corazón se desboca. Porque el anillo que me ha elegido es precioso; es la cosa más bonita que he visto en mi vida. Es un anillo sencillo hecho con un metal entre morado y plateado delicado, con unos simbolitos preciosos grabados en él.

Es hermoso, y perfecto, y yo nunca habría podido elegir nada que me fuese a gustar más.

—Madre mía —susurro mientras Hudson saca poco a poco el anillo de la cajita.

—Grace, si me aceptas... —me dice, y por primera vez me doy cuenta de lo vulnerable que parece, con el pelo todo despeinado de pasarse los dedos con nerviosismo y la cara pálida por la preocupación. Me encanta que esté tan decidido, y ojalá viera lo decidida que estoy yo también.

—Siempre —le contesto con una risa que se entremezcla con las lágrimas. Estiro el brazo para cogerle la mano, y me llevo su palma a los labios—. Te quiero, Hudson. Siempre te necesitaré.

Sonríe, la primera sonrisa real que le veo esbozar desde que ha entrado en la habitación.

Entonces me coloca el anillo en el dedo, se inclina hacia delante y me susurra al oído:

—Te querré con un amor que no morirá, hasta que el sol se apague y las estrellas dejen de brillar.

En cuanto termina de hablar, la superficie de mi dedo que está en

contacto con el anillo empieza a temblar y este se ajusta por un segundo, como si se estuviera acoplando. Entonces la sensación pasa y el calor se extiende de mi mano a la de Hudson cuando me acerco a él y lo beso con todo el amor, la alegría y la determinación que arden en mi interior.

Hudson Vega es mi compañero, y lucharé por él con toda la fuerza que tengan mi cuerpo y mi alma. Porque se merece que alguien luche por él. Se merece que alguien lo necesite.

Y lo necesito. Lo quiero. Y estoy decidida a que ni siquiera el mismísimo tiempo me lo pueda arrebatar.

Cuando rompemos el beso Hudson me levanta de la silla. Debe de haberme pillado el móvil porque, de repente, las primeras notas de la canción *Fallin' All in You* , de Shawn Mendes, empiezan a sonar.

—¿Bailas conmigo? —me pregunta, con el hoyuelo bien presente en su rostro, y sus ojos azules brillando con más fuerza que las estrellas que ahora mismo se ven por la ventana.

Le doy la mano, y me hace girar de tal forma que hace que atravesemos toda la habitación.

—Entonces ¿esto es lo nuestro? —pregunto mientras me deja caer cogiéndome de la cintura cuando empieza a sonar el estribillo de la canción—. ¿Bailar al son de canciones de amor cursis?

—Quiero que tengamos un montón de cosas nuestras —me contesta; tira de mí hacia arriba y me hace girar, como solo puede hacerlo un príncipe heredero que lleva toda la vida tomando clases de baile—. Pero sí, si a ti te da igual, me encanta bailar contigo.

—A mí me encanta estar entre tus brazos —le respondo, y por una vez en nuestro tono de voz no hay sarcasmo ni burla. Solo hay amor, y una sinceridad tan expuesta que jamás me habría imaginado aquella primera noche en la que Hudson me dijo que encendiera la puta luz—. Siempre me gusta estar entre ellos. Pero de esta forma en especial.

Nos hace girar una vez más, y recorremos el suelo de la pequeña habitación con una serie de complicados pasos. Si bailar conmigo le produce un ápice de la alegría que me produce a mí... bailaré con él para siempre si me deja.

Pero justo cuando una de mis canciones favoritas de Shawn Mendes pasa a una canción lenta de George Ezra, *Hold My Girl* , alguien llama a la puerta con urgencia. Hudson y yo nos miramos el

uno al otro alarmados durante un segundo antes de que la puerta se abra de par en par.

Nyaz está al otro lado, y nunca lo he visto así de afectado.

—La mujer de Yrrah debe de haber avisado a la reina de las sombras. Su ejército está en el portón. Es hora de ponerse en marcha.

134

LA RUEDA DE LA MALA FORTUNA
(GRACE)

El corazón me late el doble de lo normal mientras bajamos las escaleras corriendo. Esperábamos que la reina no llegara al portón hasta que saliera el sol dentro de una hora, así que nos ha pillado por sorpresa.

—La primera ronda de guerreros está conteniendo a la reina cerca del portón, por lo menos por ahora —informa Nyaz corriendo justo a nuestro lado—. Pero hay que darse prisa.

—¡Tenemos que ir a por Caoimhe! —le digo a Hudson cuando llegamos a toda prisa al rellano del primer piso y empezamos a bajar el último tramo de escaleras que nos queda.

—¡Ya está abajo! —nos grita Nyaz—. Y Lumi también.

—¿Lumi? —Casi me salto el último escalón mientras me vuelvo para mirarlo atónita—. Pero su hija...

—La ha dejado con unos amigos. Dice que quiere luchar. —Nyaz añade la última frase como si fuera lo normal. Y puede que lo sea. Sé que si algo le pasara a Hudson y tuviera la oportunidad de enfrentarme al hombre que lo mató, no habría forma de hacerme cambiar de idea. No habría forma de que me quedara en casa y dejara que otros se encargaran de él.

Entramos en el vestíbulo como una exhalación y casi me estampo contra Gillie, la pastelera con la que trabajé un día cuando acabábamos de llegar a Adarie. Me levanta los pulgares de forma discreta. Menos mal. El primer paso del plan que se les ha ocurrido a Hudson y a Nyaz está ya en marcha.

Toda la planta baja de la posada está llena de gente del pueblo. Gillie y un hombre que estoy bastante segura de que es su marido. Tinyati, su marido y sus dos hijas adultas. La directora de Hudson y su

mujer. Dos de las bibliotecarias. El chupacabras. Algunos de los lobos que vivían a las afueras del pueblo, pero que compran y se pasan a menudo por aquí. Incluso Arnst y Maroly están aquí, aunque Arnst ni siquiera es de este pueblo. No hay ni rastro de Tiola, menos mal.

Vienen directos a nosotros con una sonrisa en la cara, y nos apresuramos para encontrarnos con ellos a medio camino.

—¡Grace! ¡Hudson! —Arnst me agarra y me envuelve en un abrazo de oso—. Nos alegramos muchísimo de veros sanos y salvos. Nos hemos pasado muchas noches en vela preocupados por vosotros desde que os marchasteis de la granja. Cuando Nyaz nos dejó caer el otro día lo que se avecinaba, vinimos corriendo.

—Nosotros también estábamos preocupados por vosotros —aseguro mientras me aparto para darle un abrazo a Maroly.

—¿Cómo está Tiola? —pregunta Hudson después de intercambiar un sentido apretón de manos y una palmada en la espalda con Arnst —. La echamos de menos.

—Y ella también a vosotros —comenta Maroly—. Pero está bien. Sigue adoptando a cada umbra callejera que se encuentra por ahí.

Hay una pregunta implícita en los ojos de Maroly, una que no me apetece contestar ahora. Por lo menos no delante de Hudson, quien carga con la culpa de la muerte de Humito como si fuera una herida que no se curará jamás.

Por suerte Caoimhe y Lumi escogen este momento para unirse a nosotros. Caoimhe tiene los ojos rojos, pero está despejada. Lo de Lumi ya es otro cantar. Está hecho un desastre, no es solo que tenga la cara y los ojos hinchados de tanto llorar, sino que luce ojeras y el pelo lacio y apagado.

Al combinarlo con el lenguaje corporal de cansancio y el aire de tristeza que irradia, me aterroriza dejar que venga a la batalla con nosotros. No es que no confíe en él, es que lo último que quiero es que cometa un error que deje a su hija huérfana.

Antes de que decida qué decir (si es que hay algo que decir), la gente empieza a arremolinarse alrededor de Hudson y de mí. Y sé que es el momento de ponerse en marcha.

Miro a Hudson para ver si quiere decir algo antes de que comente el plan, pero da un paso atrás para juntarse con el resto y espera a que hable.

Cosa que no me aterra, qué va. Después de secarme las manos

disimuladamente en los vaqueros, respiro hondo y rezo para que mi ansiedad se mantenga bajo control. Y después empiezo.

—Antes que nada... —declaro mientras giro a la par que hablo para tener la oportunidad de mirar a cada una de las personas a los ojos. Se merecen todo eso y mucho más cuando estoy aquí pidiéndoles que luchen—. Me gustaría daros las gracias a todos por estar aquí esta noche para ayudarnos a plantar cara. Muchos erais conscientes de lo que se nos venía encima desde hace mucho. Sabíais que un día tendríais que enfrentaros a la reina de las sombras y al alcalde. Nadie sabía que sería a la vez, pero por lo menos eso significa que nuestra pesadilla acabará antes.

La gente murmura y asiente, están de acuerdo conmigo y eso me ayuda a mantener a raya el pánico que siento en la boca del estómago.

—Porque no podemos seguir así, preocupados por si cada día, cada festival, será el último. Preocupados por si la vida y las familias que hemos creado aquí en Noromar van a desaparecer porque un hechicero cualquiera o una reina así lo deseen.

—¡No! —grita alguien en la multitud—. ¡No nos iremos!

—¡Y tanto que no! —corrobora Nyaz uniendo su voz a la mía—. Este es nuestro pueblo. Son nuestros amigos. Nuestra vida. Y lucharemos por todo ello, hasta por el último habitante. Ningún hechicero va a hacer que dejemos de existir.

La gente que nos rodea rompe en una ovación. Hudson y yo no animamos, puede que estemos de acuerdo con el sentimiento que Nyaz ha expresado, pero no creo que jamás esté de acuerdo con aplaudir y animar por la guerra.

Mis padres me criaron para creer que la violencia era el último recurso. Alejarse de una pelea sin sentido siempre es una mejor opción que hacerse daño o herir a otra persona. Pero hay una gran diferencia entre un matón insultándome o alguien haciendo un grafiti en mi bicicleta, y dejar que una persona cumpla sus planes egoístas y destruya un mundo entero (y las muchas vidas que hay en él).

Esta no es una guerra que debamos alentar, pero tampoco es una pelea a la que debamos dar la espalda.

No cuando perder significa que Souil resetee la línea temporal, no solo en mi mundo y el de Hudson, sino también en este. No podemos permitirlo. No vamos a permitirlo. No dejaremos que les pase eso a nuestros amigos ni a nadie de este reino. Se merecen el derecho a vivir

su vida sin estar bajo la amenaza de que alguien decida arrebatárselo todo solo porque puede.

—He hablado con Artelya. Es la gárgola de la plaza, por si os interesa su nombre. Ha accedido a liberar a la dragona del tiempo, tal y como queríamos. —Más ovaciones—. Pero ha habido un cambio de planes.

De nuevo intento mirar a los ojos a tanta gente como puedo. Porque esta es la parte en la que tengo que convencerlos. La parte que necesito con toda desesperación que apoyen.

Le echo un vistazo a Hudson, quien asiente como si quisiera decir: «Tú puedes». Solo necesito recordarme que, efectivamente, yo puedo.

—Hay un problema con lo de dejar libre a la dragona. —Niego con la cabeza cuando pienso en lo sencillo que era el plan del alcalde. También me sorprende lo sencillo que le resultó conseguir que casi funcionara. Si no fuera por el sacrificio de Artelya, claro está—. El alcalde es un hechicero del tiempo que ha estado esperando a la muerte de dos dragones del tiempo para conseguir poder para volver a casa y resetear la línea temporal en mi mundo. Una gárgola muy valiente se percató de sus planes y lleva congelada casi mil años para evitar que se salga con la suya. Pero hoy va a hacer el mayor sacrificio posible y a liberar a la dragona. —Miro a cada persona mientras añado—: No podemos permitir que su sacrificio sea en vano. Si la dragona lo mata con su fuego, la línea temporal de vuestro mundo se reseteará. Muchos de vosotros, vuestros amigos y familia, dejaréis de existir. Cueste lo que cueste, no debemos permitir que la dragona mate a Souil con una llamarada.

—Entonces ¿para qué despertamos a la dragona? —pregunta la directora de Hudson, Saniya—. Si dejamos que siga durmiendo nunca le dará el fuego.

—Porque no podemos matar al hechicero sin ella. Es demasiado poderoso, no podemos ni tocarlo. Llegados a este punto, nada podría derrotarlo excepto la mismísima energía temporal.

Todo el mundo abre los ojos como platos, pero entonces empiezan a asentir y a murmurar. Yo continúo:

—Creemos que la única forma de salvar ambos mundos es matando a la dragona del tiempo y obligando a Souil a absorber su energía. Al igual que una botella que ya está hasta arriba de agua,

creemos que la magia adicional lo matará.

»Vamos a demostrarle a ese capullo que si quiere poder, le daremos poder. Más del que pueda soportar, ¡y después contemplaremos cómo lo destruye! —Todos aplauden y se dan palmadas en la espalda. Pero levanto una mano y la multitud vuelve a guardar silencio—. Aunque matar a la dragona no va a ser tarea fácil. Es grande. Es poderosa. Y lleva encadenada mil años. Y por si eso no fuera suficiente..., la reina de las sombras y su ejército también harán todo lo posible para evitar que matemos a la dragona. La reina de las sombras quiere que Souil resetee el tiempo. Quiere destruir este hogar, vuestro hogar. Pero ¡no se lo permitiremos!

Cuando los gritos y los comentarios sobre el plan se acallan, interviene Nyaz:

—Muy bien. Pero ¿cómo vamos a evitar que la dragona del tiempo mate a todo el mundo cuando la liberen? Este pueblo tiene muchos habitantes...

—Ya me he ocupado yo —habla Gillie—. He impreso carteles y mis empleados los están repartiendo ahora mismo. Todo el mundo está avisado, es decir, que nadie va a salir a la calle durante horas.

—¡Qué buena idea! —exclama Maroly, y me sonríe con aprobación.

Hudson da un paso adelante.

—El plan A es sencillo: Grace le indicará a la gárgola que debe liberar a la dragona y la mataremos al instante. La magia del tiempo la abandonará, irá a parar a Souil, lo destruirá y todos estaremos a salvo. Si la dragona no muere al instante... pues tendremos que implementar el plan B, que solo tendrá dos objetivos. —Levanta el dedo índice—. No dejar que la dragona mate a Souil con fuego de dragón. —Levanta otro dedo—. Matar a la dragona antes de que salga el sol. —Ojea la estancia, esboza una media sonrisa y añade—: Así que creo que no hace falta que lo diga, pero intentemos matar a la dragona al instante.

Saniya enarca una ceja.

—Entonces yo tengo otra pregunta: ¿la dragona no irá a por el alcalde en cuanto se despierte? Eso complicará mucho lo de «no dejar que el fuego de dragón le toque».

—No te preocupes. También tengo un plan para eso —anuncio—. Y para conseguirlo vamos a necesitar cuerdas. Muchas pero que

muchas cuerdas.

135

BDSM: *BONDAGE* , DRAGONES, SOMBRAS Y MAGIA (GRACE)

Gracias a Nyaz y al chupacabras, que ahora sé que se llama Polo, solo nos lleva unos cinco minutos coger todo aquello que necesitamos. Después ponemos rumbo a la plaza del pueblo tan rápido como nos es posible. Los segundos pasan y el amanecer está cada vez más cerca, y por lo tanto el ejército de la reina de las sombras será tan poderoso que no podremos contenerlo. Y cuando la reina sea capaz de colarse en una sombra, Souil podrá escabullirse.

Corremos hasta el otro lado de la plaza, y los lobos y Hudson empiezan a envolver a la dragona con las cuerdas más pesadas de Caoimhe, al tiempo que Arnst, Maroly y yo hacemos lo mismo con Artelya.

—¿Estáis seguros de que esto va a funcionar? —pregunta Nyaz mientras envolvemos a la dragona y a la gárgola lo mejor que podemos, aunque por motivos muy diferentes.

—Debería —contesta Hudson—. En cuanto Artelya despierte a la dragona, todo el mundo tiene que tirar de las cuerdas para sujetarla y así podré matarla. Entretanto, Grace y el resto tirarán de Artelya hacia abajo para que las llamas, que ya van dirigidas a ella, no la toquen..., si tenemos suerte. Las llamas ya están muy cerca de ella, pero tenemos que intentarlo. Al final será todo cuestión de sincronización.

—Y de tu capacidad para matar a una dragona tan grande y poderosa —le dice el marido de Tinyati mientras no deja de pasarse la espada que le hemos dado de una mano a la otra—. Sé que se supone que nosotros somos los refuerzos, pero igual yo tendría que estar enfrente de ti. Solo por si acaso. Podemos matar a la bestia juntos.

—No voy a negarme. —Hudson esboza una sonrisa breve—. Aceptaré toda la ayuda que me ofrezcáis. Por lo que tengo entendido, esta bestia es feroz.

—Lo es —confirmo, para él... y para mí misma. Porque, aunque sé que estamos haciendo lo correcto, aunque sé que es la única forma de salvar a todas las personas que hay en Adarie y vaya una a saber a cuántos miles de personas más en mi reino, todavía me resulta difícil pensar en matar a una criatura viva que no me está atacando de forma directa.

Artelya me asegura que eso cambiará en cuanto Asuga se despierte. Que es increíble lo poderosa que es, lo mala que es, y que ha tenido mil años de hambre aporreándole el pecho. No puedo darle la oportunidad de liberarse ni de coña.

—Ya hemos acabado con las cuerdas de la dragona —informa el chupacabras dando un paso hacia atrás.

—Con las de Artelya también —comenta Arnst, y hace lo mismo.

—Vale, pues ya está. Ahora vamos a hacer esto y, después, la energía buscará a Souil en su casa. Y, con suerte, todo acabará rápido...

—Y vosotros os libraréis de vivir bajo la amenaza de que el alcalde destruya Adarie para siempre —acaba Hudson.

—Pero no subestiméis a la reina de las sombras —les advierto—. Va a hacer lo que sea para ayudarlo.

—Por lo cual tenemos que mantenerla bien lejos de Grace y de Hudson, para que puedan matar a la dragona y acabar con esto de una vez por todas —dice Nyaz—. Podemos con esto, ¿no?

Todo el mundo asiente, de acuerdo con él. Y me vuelvo otra vez hacia la dragona, hacia Artelya, con un único pensamiento en mi mente. «Por favor, por favor, que esto funcione.»

Pero antes de que pueda pedirle a Artelya que descongele a la dragona como habíamos hablado, los lobos se quedan inmóviles y empiezan a olfatear en el aire.

Levantan la nariz, y me duele el estómago con una sensación terrible.

—¿Qué pasa? —pregunto, y ya me temo cuál va a ser la respuesta.

Porque Hudson también ha ladeado la cabeza, como si estuviese percibiendo algo con su increíble oído. Cuando se vuelve para

mirarme, tiene los ojos entrecerrados.

—La reina de las sombras ha atravesado el portón.

—Vale, bueno, pues que le den —contesto, y el enfado tiñe mi voz—. A por todas.

—¿Está todo el mundo listo? —pregunta Hudson, y coge la espada gigante. El marido de Tinyati hace lo mismo, y después se coloca al otro lado de la dragona.

—Todo lo listos que podemos estar —responde Gillie de forma sombría. Levanta la espada y la blande con ambas manos.

Y lo mismo hacen las otras treinta o cuarenta personas que no están sujetando las cuerdas.

—Vale. Voy a hablar con Artelya. Pero, recordad, si algo va mal, no podemos...

—Dejar que la dragona mate a Souil con fuego dragontino —repite todo el mundo al unísono.

—Lo hemos pillado —me señala Tinyati—. Pase lo que pase, no dejaremos que se acerque al alcalde.

Esa confirmación es lo único que estaba esperando, y tras esbozar una sonrisa de ánimo para todo el mundo, me tomo un segundo para tranquilizarme.

Entonces, cierro los ojos, y digo para mis adentros:

«¿Artelya?»

«¿Está todo listo?», me pregunta; sus palabras resuenan en mi cabeza y sí, vale, me sorprende un poco poder oírla. Un poco no, mucho. Pero me libro de ese pensamiento en un instante y me pongo manos a la obra.

«Sí —contesto—. Estoy preparada. Te lo prometo. Y no vamos a dejar que te pase nada.»

Puedo notar su sonrisa a través de nuestra conexión.

«No tengo miedo, Grace. Las gárgolas protegemos a las personas, cueste lo que cueste. Ha sido un honor proteger a la gente de Adarie durante los últimos mil años. Y seguirá siendo un honor protegerlos pase lo que pase después.»

«Gracias —susurro—. Por tu servicio y por todo tu sacrificio. Eres increíble.»

«Tú también, Grace. —Oigo cómo inspira bien hondo, y luego me dice—: Bueno, voy a desfortificarme, así que prepárate para darle una buena paliza a esa dragona.»

Un momento después pierde su forma de piedra maciza... y la dragona también.

No tenemos ni un segundo para apartarla de la trayectoria de las llamas antes de que el fuego la convierta en polvo en un instante, delante de todo el mundo.

Suelto un grito de terror, pero no tengo tiempo de asimilar lo que ha pasado, porque Hudson mueve la espada hacia abajo, hacia la dragona, como hace el marido de Tinyati. El resto se aferra a las cuerdas como si fuera lo único que los separa de la muerte..., que bien podrían serlo.

Pero en cuanto la espada de Hudson empieza a entrar en contacto con el cuello de la dragona, esta se libera de las cuerdas y desaparece en un instante.

136

LA OSCURIDAD ANTES DEL ALBA (HUDSON)

La dragona reaparece varios segundos después. En el cielo.

«Genial.» De repente esto se ha vuelto mucho más difícil de lo que anticipábamos. Y eso que ya pensábamos que iba a ser difícil.

—¡Hay que ponerse en marcha! —vocifera Grace mientras echa a correr hacia el otro lado de la plaza—. ¡No podemos permitir que llegue hasta el alcalde!

Como si la dragona oliera la peste a fisura en el tiempo que desprende Souil, vira de golpe y atraviesa la plaza, directa a la mansión como un misil dragontino termodirigido.

—¡Ya estoy en ello! —le grito mientras me desvanezco hacia el otro extremo de la plaza hasta la casa del alcalde. Porque no puedo permitir que esa puta dragona se haga con el capullo. No cuando falta tan poco. Y no con todo lo que nos jugamos y podemos perder.

Pero si hay algo que mi querido padre me ha enseñado es que las cosas siempre pueden empeorar. Y parece que hoy no va a ser una excepción. Porque apenas he llegado al borde de la plaza después de esquivar lenguas incesantes de fuego, cuando Souil sale a la calle ataviado de los pies a la cabeza como el rey de la disco, con capa y todo.

Y todo el plan se va a tomar por saco.

Grace debe de haberlo visto antes que yo, porque ya está yendo a toda prisa a por él en modo gárgola total. Sin embargo él la ve venir y se transporta en un parpadeo, a casi un metro más cerca del lugar que iluminarán los primeros rayos de sol, aunque sigue intentando que la dragona no se percate de su presencia.

Aún nos queda una hora antes de que rompa el alba, así que no tengo ni idea de por qué a Discomán le han entrado las prisas por salir

a la plaza. Y tampoco me importa. Porque la dragona acaba de desistir de su persecución contra mí y se va directa a por Grace, descendiendo y con las llamas a punto.

Y mira, ni de coña. Estoy preparado para muchas de las cosas que puedan pasar esta noche, entre ellas mi propia muerte. Pero lo único para lo que no estoy preparado es para que Grace deje de existir, joder. No mientras yo pueda evitarlo.

Me desvanezco hacia ellas en un instante, después salto directo a la dragona. Le pego una patada y la lanzo hacia atrás por los aires, lo bastante lejos como para apartar los remolinos de llamas de Grace y mandarlos directos al escenario del pueblo.

La zona reducida prende en llamas y los lobos se apresuran a apagar el fuego antes de que se propague. El resto de la gente corre hacia Souil con las espadas preparadas. No les hemos explicado que no deberían intentar matarlo (solo que no podía morir por el fuego de dragón), así que habrán decidido que tiene que morir ya. Una pena que no sepan lo que hemos visto... No va a ser fácil derrotarlo.

Les echa un vistazo y se transporta varios metros, después mueve la mano en el aire como si estuviera pinchando discos y cinco de las seis personas que iban a por él se congelan al instante. Interesante.

Después de desplazarse cuatro veces Souil ha conseguido evadir a la sexta persona, pero (cosa aún más interesante) en ninguno de los desplazamientos recorre más de un metro de distancia, y las cinco personas a las que antes había congelado en el tiempo se descongelan.

—¡Souil no puede mantener a la gente congelada si tiene que moverse por el espacio-tiempo! —le grito a Grace al tiempo que me doy la vuelta para mirarla. Es entonces cuando me doy cuenta de que la dragona se ha recuperado de la paliza vampírica y vuelve a por mí. Bien. Pues que venga a por todas. Porque mientras me esté persiguiendo a mí, no irá detrás de Souil.

Esto le concede al resto del tiempo para reagruparse. A Grace se le puede ocurrir otro plan para matar a la dragona mientras yo hago que se centre en mí. Y Souil no se va a ir a ninguna parte siempre que mantengamos a la dragona entretenida. Miro brevemente el horizonte y me percato de que la noche oscura está adquiriendo poco a poco un color azul marino. Joder. Nos queda menos de una hora para matar a esta mamona.

Con eso en mente, corro directo hacia la dragona. Pero esta vez

no la distrae nadie más. Sabe que voy a por ella, y está más que preparada.

Para demostrarlo, se abalanza volando sobre mí y solo puedo pensar en que es una puta gigante. En serio, es inmensa. Creía que la última dragona del tiempo era grande, pero Asuga, como Grace me ha dicho que se llama, es monstruosa. Sus escamas verdes relucen bajo la luz del alba cuando se lanza a por mí con los ojos ardientes de ira. Abre la boca y muestra los enormes colmillos mientras escupe una ráfaga de fuego que crepita por la plaza.

Salto varios metros por los aires para evitarla, pero lanza otra oleada de llamaradas directa a mí. Y, como estoy a medio salto, no me quedan muchas opciones más allá que girar y esperar que haya suerte.

Vuelve a fallar, pero se está aprendiendo mis trucos, así que lanza otra llamarada imposible de esquivar. Cierro los ojos, me preparo para desaparecer de la línea temporal..., pero una Grace muy pesada y muy de piedra me hace un placaje.

Nos estampamos contra el suelo, ella encima de mí, al tiempo que las llamas descontroladas de la dragona nos siguen. Dispongo de un segundo para rodar y apartarnos cuando la dragona se lanza en picado y vuelve a arrojarnos otra llamarada.

Dos de los lobos se unen a la batalla y atacan a la dragona por ambos flancos con garras y colmillos. Ella agita el cuerpo para quitárselos de encima con un rugido de furia, pero ambos le han dejado marca. No lo suficiente para debilitarla, pero sí para ralentizarla un poco.

Que es justo lo que necesito.

Recojo la espada de donde se me ha caído y voy corriendo hacia ella mientras intenta volver a alzar el vuelo. Es rápida, pero yo más, y consigo hacerle un corte de medio metro de profundidad en el vientre.

Esta vez su rugido suena dolorido a la par que iracundo, y vuelve la cabeza hacia mí y me ataca con todas sus ganas, no me cabe duda. Me aparto, y el instinto de supervivencia increíblemente perfeccionado de Souil lo insta a transportarse varios metros más allá (gracias al universo) y correr hacia la muralla del pueblo. Cuando rompa el alba las primeras luces del día caerán sobre esa zona.

Pero Polo, el chupacabras, le pisa los talones y está decidido a acabar con el hechicero antes de que llegue a su destino. Además, la dragona va volando hacia ellos y lanzando llamas por la boca en todas

las direcciones. Me da miedo que su campo de fuerza personal no soporte las llamas, así que me desvanezco hasta ellos.

El chupacabras se abalanza sobre el exalcalde con la fuerza suficiente para hacer que su campo de fuerza falle y yo entro en acción; le hago un placaje a Souil y ruedo con él hasta acabar debajo de uno de los enormes bancos del parque que se esparcen por la zona que antes era el cenador. Los bancos son de metal, eso debería bastar para repeler las llamas de la dragona si decide volver a atacarnos; cosa que tengo claro que hará.

—Gracias por salvarme —dice Souil en un tono detestable. Después, en cuanto nos quedamos quietos, se transporta para librarse de mi agarre. Salgo corriendo detrás de él, pero él sigue transportándose hacia la muralla.

La dragona lo tiene en el punto de mira y no me queda otra que volverme a preguntar qué narices hace este imbécil correteando por ahí antes del amanecer. En serio.

Todos sabíamos que tendríamos que evitar que el fuego dragontino alcanzara al alcalde, pero creíamos que solo deberíamos estar atentos a ello durante unos cuantos minutos, el tiempo que fuera entre la hora estimada en la que saldría de su casa y que la dragona desapareciera con la luz del sol. En vez de eso, el hombre se ha tragado sus historias inventadas y se piensa que es invencible, pues está paseándose por ahí con la capa ondeando al viento a sus espaldas mientras me hace la vida diez veces más imposible. Debería estar matando a la puta dragona, y en vez de eso estoy jugando a ser el guardaespaldas de este puto capullo.

Y hablando del tema, la mole dragontina esta es rapidísima cuando va por el aire, mucho más rápida de lo que aparenta por su tamaño, y está salvando la distancia que la separa de Souil en menos tiempo del que me gustaría.

Rechino los dientes y me desvanezco hasta ella, decidido a interceptarla antes de que consiga darle con el fuego. Aunque ella no piensa aceptarlo, así que escupe llamas por la boca a medida que las poderosas alas la acercan cada vez más al alcalde. Grace ya está en el aire, surcando los cielos directa hacia Asuga en un intento de desviarla mientras yo me desvanezco tan rápido como puedo hacia Souil.

Pero no creo que ninguno de los dos vaya a alcanzarla antes de que le dé.

Aumento un poco más el ritmo y...

De la nada, Gillie se planta delante del alcalde e intercepta la poderosa llamarada que iba destinada a él.

137

DONDE VIVEN LOS MONSTRUOS DE VERDAD (GRACE)

Gillie chilla cuando las llamas entran en contacto con su cuerpo, e intento llegar hasta ella. Lo intento de verdad, joder. Pero Hudson salta, me coge y me aparta de mi camino.

—Es fuego de dragón, recuerda —me dice cuando nuestros pies tocan el suelo—. Nadie sobrevive a él. Si pudiéramos salvarla, no vacilaría. Pero ya es demasiado tarde.

Sé que tiene razón, veo cómo el cuerpo de Gillie pierde toda la fuerza. Pero eso no hace que me resulte más fácil quedarme de brazos cruzados. Y un instante después ya no está.

Las lágrimas me recorren las mejillas cuando los mismos lobos que apagaron el incendio del cenador corren hacia ella. Y siento que deberíamos hacer algo, que, de una forma u otra, deberíamos mostrar nuestros respetos. Pero la dragona sigue en el cielo, rodeándonos, y Souil está cada vez más cerca del muro.

Caoimhe y Lumi lo están persiguiendo, pero cada vez que se acercan a él Souil desaparece y aparece en otro lugar. Además, lleva consigo esa puñetera arma discotequera que tiene, y la hace girar por encima de la cabeza en un gesto de advertencia más que evidente.

Por un instante lo único en lo que puedo pensar es en Orebon segundos antes de que Souil lo matara. Y, muy a mi pesar, grito mientras Hudson y yo corremos hacia nuestros amigos.

Se ve un resplandor cuando Souil baja sus escudos el tiempo justo para intentar darle a Caoimhe con el arma en la cabeza, y el corazón se me sube a la garganta. Por suerte, Caoimhe se agacha en el último suspiro y se abalanza contra Souil; le hace un placaje muy similar al que Hudson ha hecho hace apenas un par de minutos. En ese preciso instante Lumi alza la porra que lleva entre las manos. Pero justo antes

de que el material del palo impacte en la cabeza de Souil, el alcalde se transporta a casi un metro de distancia.

Y Lumi, que iba a por todas en su ataque, consigue esquivar la cabeza de Caoimhe por poco.

Y en ese mismo segundo Saniya aparece de entre la oscuridad con la espada levantada. Por desgracia, Souil erige de nuevo su campo de fuerza, y la espada sale rebotando en vano.

El resto de los habitantes de Adarie van a por Souil, y el alcalde, siempre ufano, monta un buen espectáculo para todo el mundo. Cada vez que alguien se acerca a él, desaparece y aparece en otro lugar, hasta que todos ven cuál es su estrategia y cejan en sus intentos por acercarse a él. Aunque, cómo no, es justo lo que él quiere que suceda mientras la aguja larga del reloj de la torre avanza inexorablemente hacia la salida del sol.

Porque si no conseguimos matar a la puñetera dragona en los próximos minutos ganará él. Lo único que le hace falta es una zona iluminada por el sol y podrá utilizarla para pirarse de aquí.

Pero para saber eso no me hace falta el reloj. El hecho de que las sombras hayan empezado a extenderse muy poco a poco por la hierba me dice todo lo que necesito. Todavía son tenues, casi inexistentes, pero están ahí. Puedo verlas. Es más, puedo sentir cómo se mueven entre mis pies y me rozan las piernas, aunque no sé cómo lo hacen.

Justo entonces, como si el universo hubiese decidido darme un instante de respiro para celebrarlo, la dragona se ladea hacia la izquierda y va girando... y dejando un enorme círculo de fuego de dragón en el que nos arrincona a Souil y a nosotros, con el que abrasa la hierba, los árboles y varias estructuras. Lo malo, desde luego, es que estamos rodeados por fuego dragontino, pero lo bueno es que Souil no puede ir hacia la luz solar que avanza progresivamente. Tiene que esperar a que ella llegue a él.

Pero al parecer las sombras son cada vez mayores y se arrastran a través del fuego, más allá incluso de la zona en la que los primeros rayos de luz bañan la plaza.

De pronto se me hiela la sangre al pensar en Humito y el resto de las sombras que seguían a Tiola por la granja. De sombras nada, ahora que lo pienso. Umbras.

Umbras que cambian de forma.

Otra sombra me roza la pantorrilla, y me asusto tanto que giro

sobre mí misma al tiempo que me acerco a Hudson. ¿Y si estas sombras son eso también? Umbras que pueden tocarnos, comunicarse con nosotros y sembrar el caos si les apetece.

Humito bien que sabía hacer todo eso, hasta cuando no se esforzaba en hacerlo.

—Algo va mal —le digo a Hudson mientras observo que las sombras se adentran cada vez más en la plaza.

—No me digas —me espeta, pero sigue concentrado en la movida que tenemos con Souil.

—No. —Estiro el brazo y me aferro al suyo—. No me refiero a él. Me refiero a las umbras.

—¿Umbras? —Parece confuso, pero entonces mira hacia donde estoy mirando yo y abre los ojos como platos—. La hostia. ¿Son...?

—Sí, creo que sí.

Y así, sin más, sucede; es como si al darnos cuenta de lo que está pasando esas cosas cobraran vida. O, al menos, las activásemos de la sigilosa maniobra que estaban llevando a cabo hasta este momento. Porque de pronto hay umbras por todas partes.

Y no es que sean unas umbras cualesquiera. Desde luego, no son ni de lejos unas umbras pequeñas, ni monas, ni achuchables como lo era Humito. No, estas umbras son otro cantar. Feas, y la hostia de aterradoras.

Al principio las sombras que hay en la hierba se convierten en insectos de las sombras: cucarachas, hormigas y arañas de las sombras que corretean y se retuercen por la hierba esforzándose por llegar hasta la gente que está luchando contra Souil.

—¡Madre del amor hermoso! —jadeo cuando la umbra que me estaba rozando se transforma en un montón de tarántulas de las sombras que me trepan por los pies y por las piernas—. ¡Hudson!

Más que gritar estoy lloriqueando, pero mi compañero me oye. Se desvanece para cogerme y levantarme del suelo, pero ya me estoy convirtiendo en piedra. Cosa que no es que sea de mucha ayuda, porque todavía tengo insectos trepándome por las extremidades.

Pero al menos ya no las siento; bueno, no como las sentía cuando era humana. Y así no pueden picarme o morderme, cosa que no puede decir la gente que tengo a mi alrededor ahora mismo.

Por desgracia, así tampoco me puedo mover. O por lo menos no con facilidad. Así que después de tirarme lo que a mí me parece un

minuto entero gritando para mis adentros, adopto mi forma normal de gárgola y alzo el vuelo. Estoy volando a unos buenos cincuenta centímetros del lugar en el que está Hudson atrapado, mientras unas cucarachas de las sombras le recorren las piernas y los brazos.

—¿Quieres que te suba? —le pregunto, yendo a por él—. ¿Que te saque de este lío?

Pone cara de asco mientras se quita los insectos a patadas del cuerpo, pero niega con la cabeza.

—Tenemos problemas más importantes.

—¿Problemas más importantes que un hechicero del tiempo narcisista empeñado en la devastación mundial, que una dragona del tiempo cabreada y que una plaza de pueblo a rebosar de asquerosos y repugnantes insectos? —le pregunto con incredulidad—. No puede ser.

Hudson no me contesta. En cambio, señala el cielo a mis espaldas. Y si bien no tengo ganas, ni una sola, de volverme, no es que pueda hacer otra cosa.

Y entonces los veo. Unos cuervos y unos buitres de las sombras gigantescos atraviesan el cielo, y se lanzan en picado a por cualquiera que intente huir. Y a por cualquiera que se acerque demasiado a Souil; a por Caoimhe y Lumi en particular, que todavía van tras él con ayuda de los lobos.

—¿Esto lo está haciendo él? —pregunto, y se me revuelve el estómago del asco cuando veo que un montón de cucarachas gigantes se dispersan justo debajo de mí.

Polo chilla a mis pies cuando los insectos se le suben por los brazos y le cubren todo el cuerpo hasta llegarle a la cara. Se introducen en él cuando abre la boca al soltar otro grito involuntario, antes de que eche a correr en una huida a la desesperada, en un intento por deshacerse de los insectos.

—La reina de las sombras —me contesta Hudson con los dientes apretados mientras los insectos empiezan a picarle. Cómo no. Será cabrona. Quiero hacerle más preguntas a mi compañero, pero entonces me grita—: ¡Tú mata a la puñetera dragona!

Y tiene razón. Si conseguimos matar a la dragona, todo habrá acabado.

Me pongo en marcha mientras Hudson se desvanece por la plaza. Va saltando entre los balcones y las azoteas, y con cada salto sube cada vez más alto para poder llegar a un punto estratégico mejor

desde el que ayudarme con la dragona, que está sobrevolando la plaza otra vez. Por suerte (o no, según cómo se mire), debemos de apestar a fisura en el tiempo tanto como Souil, porque a la dragona no le cuesta nada dejar de perseguirlo y venir a por nosotros dos.

Pero ahora tenemos otro problema. Porque estar en el aire y en una azotea nos convierte en los objetivos perfectos de los enormes pájaros de las sombras de mierda que revolotean por todas partes. Una sombra gigante con aspecto de cóndor viene directa hacia mí, con las garras bien extendidas como las armas que son.

Y no podemos olvidarnos de la dragona, que nos sobrevuela en círculos despacio, en lo alto, buscando la oportunidad de lanzar alguna que otra llamarada de fuego de dragón cerca de nosotros.

Cuando el cóndor se me acerca, al principio creo que está intentando asustarme o arañarme, pero no tardo en darme cuenta de que en realidad lo que está haciendo es mucho peor.

Su objetivo son mis ojos.

Suelto otro grito y bajo en picado hacia el suelo con el pajarraco gigante pisándome los talones. Tengo algo de esperanza de que, si nos acercamos lo suficiente al suelo, decida ir a por algunas de las tarántulas: una presa fácil y tal. Por desgracia, parece que su único interés soy yo.

Una pena que no sea recíproco.

Bajo lo justo y necesario para fingir que voy a aterrizar, y después me vuelvo y me preparo para elevarme en un intento por distraer al pájaro de mi repentino cambio de dirección. Pero Hudson se niega a aceptarlo; qué sorpresa. Cae en una de las azoteas que tengo cerca, agazapado. Después se impulsa hacia arriba... y coge con furia al pajarraco en pleno aleteo.

Se aferra al ala del ave, y se oye un sonido de tela al desgarrarse antes de que Hudson envíe al cóndor volando por el cielo con tanta fuerza que el pájaro se estampa contra otras dos aves gigantes y las derriba también.

Siento que debería estar disgustada por haberles hecho daño a esas cosas, pero entonces me acuerdo de que no son pájaros. Solo son unas sombras ofreciendo su mejor imitación a lo Hitchcock..., aunque a estos al parecer los conjura la reina de las sombras, y no son tan conscientes como Humito.

Yo creo que se ha pasado un poquito, y eso antes incluso de que

todas las aves se coloquen en formación circular sobrevolando el centro de la plaza del pueblo (sobrevolando a Souil) y empiecen a agredir a toda persona que se acerque al alcalde.

A eso le sumamos el hecho de que la luz diurna se abre paso por el cielo, a unos quince minutos de Souil como mucho, y tenemos un problema de los gordos. Y eso antes de que los alaridos y los gruñidos resuenen en el aire.

138

¡QUITA, BICHO!
(GRACE)

Vuelvo corriendo con Hudson cuando los gruñidos se acercan e intento averiguar de dónde provienen los ruidos.

Él también está intentando averiguarlo; gira sobre sí mismo en el tejado mientras aleja de una patada otro pájaro de las sombras muerto.

—¿Qué cojones es eso? —pregunta Hudson cuando aterrizo a su lado.

—No lo... —Me callo en cuanto los gruñidos aumentan y por fin atisbo la fuente del sonido.

Lobos. Decenas y decenas de lobos de las sombras que corren por las calles de Adarie, directos hacia la plaza del pueblo. Directos a Souil.

Y como si eso no fuera suficiente, Asuga, quien ha estado esperando pacientemente a que ahuyentáramos a los animales de las sombras, decide que este es su momento, porque se lanza en picado a por nosotros entre llamaradas.

—¿Dragona o sombras? —inquiere Hudson, a lo que me gustaría responder que ninguna. Pero sé que hay que dividirse para vencer si queremos matar a la dragona. Uno de nosotros debe distraer a las criaturas de las sombras para que así el otro tenga manga ancha para centrarse en la cabrona voladora.

Así que elijo.

—Sombras.

Asiente y salta, aterriza a lo superhéroe en uno de los tejados de enfrente y comienza a correr hacia la dragona. Y aunque lo único que quiero es estar pendiente de él, lo más importante ahora mismo es guardarle las espaldas. Lo cual significa que tengo que quitarle las

putas criaturas de las sombras de encima para que pueda llegar hasta Asuga y matarla.

Mientras corre, un cuervo gigante se abalanza sobre él y yo me lanzo a los cielos. Lo intercepto en el último instante y me araña con las garras en la mejilla de piedra.

—¡No me jodas! —le grito al pájaro, al universo y quién sabe a qué más—. ¿No te parece que esto es un poquitín exagerado?

—¿Un poquitín? —dice Polo cuando aterriza cerca negando con la cabeza—. ¿A quién se le ocurriría algo así?

Antes de que pueda contestarle, un lobo de las sombras se lanza directo a por él. El chupacabras envuelve con un brazo el enorme pecho del lobo y le agarra el desagradable hocico con la otra mano antes de echarse el animal al hombro para después tirarlo al suelo con tanta fuerza que retumba.

El lobo gimotea y se echa a temblar, pero en cuanto el chupacabras lo suelta vuelve a por más. Este ataque es mucho más débil, pero sigue siendo un ataque, y yo me interpongo entre ambos. Me convierto en piedra al instante y el lobo choca con todas sus fuerzas contra mí.

Es la distracción que necesita el chupacabras para volver a hacerse con él, y esta vez lo sostiene y lo estampa contra el suelo una y otra vez hasta que la criatura se queda inmóvil a sus pies.

De inmediato los insectos se arremolinan alrededor de la bestia y de Polo, quien gruñe cuando le pican una y otra vez.

Es lo más repugnante que he visto en mi vida y me dispongo a intervenir quitándole los bichos asquerosos a manotazos tan rápido como puedo. Pero siguen apareciendo, cada vez más rápido y en más cantidad.

Mientras intento quitárselos de encima, también trepan por mi cuerpo. Por suerte sigo siendo de piedra, así que no pueden picarme más de lo que ya lo han hecho. Las pocas picaduras que tengo arden como el mismísimo fuego del infierno. Me pregunto cómo le irá a Hudson con todos los picotazos que lleva cuando me doy la vuelta poco a poco, tarea que se ve obstaculizada por la piedra. ¿Cómo lo soporta esta gente?

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que la respuesta es que no lo hacen. Más de la mitad de las personas que han empezado esta mañana a nuestro lado ahora están en el suelo. Tanto espectros como

seres de otros mundos han caído bajo los ataques de los insectos, los pájaros y estos lobos, que no sé por qué pero parece que están por todas partes.

Un grito resuena por el aire y me resulta tan familiar que me doy la vuelta para buscar de dónde proviene. Solo para toparme con Caoimhe tirada en el suelo bajo un lobo gigante. Tiene las manos colocadas en el pecho del animal y lo está empujando con todas sus fuerzas, pero este asesta dentelladas y mordiscos al aire mientras pone el mismo empeño en atacarla que ella por protegerse.

Sé que no podrá aguantar mucho tiempo, así que salgo corriendo por el césped en un intento desesperado de llegar a mi amiga antes de que el lobo acabe con ella.

En ese mismo instante Hudson sale despedido por los aires, choca con la torre del reloj y aterriza en su interior. Una vez dentro se agacha justo cuando una lengua de fuego dragontino pasa rozándole y de repente me da pánico mirar. Me aterra pensar que, cuando lo haga, él ya no estará.

Pero por suerte sí está y, mientras la dragona sobrevuela en círculos la torre, el vampiro sube hasta el tejado y se lanza sobre ella. Los contemplo el tiempo suficiente para asegurarme de que consigue agarrarse a la bestia y no cae en picado; después retomo el vuelo, decidida a ayudar a Caoimhe como pueda.

Cuando surco los cielos en su dirección, esquivo pájaros, insectos y gatos salvajes de gigantes colmillos y aspecto fiero, todo en un intento de ayudar a mi amiga.

Lumi llega a ella unos segundos antes que yo y le asesta al lobo un golpetazo con la porra con la fuerza suficiente para hacer que se eche a aullar. Vuelve a golpearlo una y otra vez hasta que consigue quitárselo de encima a la chica y la ayuda a ponerse en pie de un tirón.

En cuanto lo hace, ambos se colocan espalda con espalda para defenderse a sí mismos (y al otro) del arisco cuadrúpedo que vuelve a por ellos.

Ya casi estoy, ya casi... Hasta que algo gigantesco y pesado me hace un placaje y me lanza dando vueltas por los aires. Intento enderezarme, volver a alzar el vuelo, pero otra criatura se estampa contra mí con la misma fuerza desde el otro lado.

Me deja sin aliento; la acción de meter aire en mis pulmones

paralizados se vuelve un imposible mientras caigo, caigo y caigo en picado hacia el suelo. Un vistazo a mi costado me revela que hay no uno, sino dos lobos de las sombras que vienen a por mí.

Y estoy atrapada entre los dos, sin una vía de escape a la vista.

Al mirar al cielo me doy cuenta de que el tiempo se nos echa encima. El alcalde se ha colocado al lado de la barrera, envuelto en su campo de fuerza al mismo tiempo que sus criaturas de las sombras guardianas conjuradas por la reina protegen la zona que lo rodea. En cuestión de minutos habrá luz suficiente para que escape si no encontramos la forma de detenerlo. Pero ¿cómo vamos a hacerlo cuando los espeluznantes familiares (o lo que quiera que sean estas criaturas) que ha creado la reina nos acorralan y están acabando con nosotros uno a uno?

Es aterrador y descorazonador, y no sé qué hacer al respecto. No sé cómo conseguir detener los ataques durante el tiempo suficiente para que algunos de nosotros podamos tratar de llegar hasta el exalcalde. Y eso sin contar con el hecho de que la dragona y Hudson están tirando abajo la puta torre del reloj y muchos otros edificios mientras luchan al otro lado de la plaza.

Lo que más quiero ahora mismo es ayudarlo, pero falta muy poco para el amanecer y no puedo dejar que el alcalde campe a sus anchas. Si me entretengo con Hudson y la dragona, no habrá forma de que pueda regresar antes de que el sol se alce lo bastante en el cielo como para proyectar sombras. Y como eso ocurra, Souil desaparecerá. Hay demasiada gente fuera de combate como para poder pararle los pies.

Antes de que pueda decidir qué hacer, me arrebatan la opción de elegir.

Uno de los lobos de las sombras suelta otro gruñido ensordecedor y brutal, por lo que me doy la vuelta preparada para hacer lo que sea con tal de sobrevivir. Pero no se abalanza sobre mí. En vez de ese, el que me ataca es el otro, porque he sido lo bastante tonta como para darle la espalda aunque sea un segundo.

Caigo sin oponer resistencia, pero es que es muy complicado resistirse cuando te tienden una emboscada por la espalda. Me transformo en piedra maciza al caer al suelo, la última defensa que me queda, y resulta que lo hago justo a tiempo. Porque uno de los lobos intenta arrancarme un buen trozo de carne de la espalda y el otro va directo a por mi yugular.

Ambos acaban aullando cuando cierran la mandíbula con gran rapidez y fuerza alrededor de la piedra. Pero eso no impide que vuelvan a arremeter otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Y como ahora mismo estoy en el suelo con ambos encima de mí, la piedra sigue siendo mi única defensa. Incluso aunque estén hiriendo a gente a mi alrededor.

Estoy desesperada por comprobar cómo les va a Hudson, Caoimhe y a Lumi, desesperada por cerciorarme de que los tres están bien en medio de todo este caos. Pero hasta que estos lobos asquerosos no se cansen de mí, estaré de mierda hasta el cuello.

Solo espero que sea la única, porque si Hudson está ocupado con la dragona y los trovadores con los lobos, ¿quién está pendiente de Souil (si es que alguien lo está)? Me pregunto si sigue repeliendo los ataques transportándose a lo largo de la barrera con el campo de fuerza totalmente intacto.

Los mordiscos cesan un instante, y empiezo a plantearme si ya estaré a salvo. Espero un par de segundos para asegurarme y después me dispongo a sentarme (todavía transformada en piedra) para ver si de verdad se han olvidado de mí. Resulta que solo es una estratagema y, en cuanto levanto la cabeza, vuelven a atacar.

Solo que esta vez Hudson está aquí para salvarme. Agarra a uno de los lobos y lo lanza volando al otro lado de la plaza; luego se hace con el segundo y repite su estrategia. Me levanto de un salto después de cambiar de mi forma de piedra maciza a mi forma de gárgola normal.

Él se pone en marcha y vuelve a desvanecerse al lado opuesto de la plaza, donde está la dragona.

—¡Gracias! —le grito mientras despego hacia el cielo para poder interceptar aunque sea a uno de los lobos si es que decidiera volver a por más.

Pero entonces, como si nada, regreso al suelo, bajo los dos lobos. Solo que ahora no soy de piedra.

Grito mientras uno de ellos me hunde los dientes en la pantorrilla izquierda y el otro me engancha el brazo. Paso un instante o dos de un dolor insoportable, pero después consigo volver a convertirme en piedra otra vez.

No sé qué ha pasado, no sé cómo he podido liberarme y tres segundos después estar en la misma situación, aunque no hubiera

forma de que los lobos pudieran atacarme de nuevo. Estaban al otro lado de la plaza... hasta que han dejado de estarlo.

Es entonces cuando descubro por qué nos está costando tanto derrotar a las criaturas de las sombras. Sí, en parte es porque hay muchísimas y nosotros somos muy pocos, pero también porque Souil está volviendo atrás en el tiempo. No hay manera de que esos putos lobos hayan desaparecido y vuelto tan deprisa. Sobre todo porque Hudson no estaba ahí para quitármelos de encima la segunda vez, aunque en teoría estaba justo por encima de mi posición.

Paso otro medio minuto como juguete de los lobos, hasta que decido que ya he tenido suficiente. Me cuesta mucho moverme cuando soy de piedra maciza (muchísimo), pero voy a tener que averiguar cómo apañármelas. La luz del sol empieza a asomar por el horizonte y solo nos quedan unos cuantos minutos antes de que Souil pueda colarse dentro de una sombra y marcharse de Adarie, con lo que desbarajustará la puta línea temporal en el proceso.

Con eso en mente, me fuerzo a darme la vuelta, para sorpresa y disgusto de los lobos de las sombras. Después, una vez que estoy de espaldas, doy una patada con la pierna derecha tan fuerte como puedo mientras propino un puñetazo con el brazo izquierdo con la misma intensidad.

Le doy a uno de los lobos en la pata con la fuerza suficiente para que se desplome con un aullido, y al segundo animal en pleno hocico. Este no cae tan fácilmente, pues cierra la mandíbula alrededor de mi piedra con tanta fuerza que puedo notar (y oír) cómo los dientes rechinan contra ella.

Me imagino que va a dejarme una cicatriz horrenda, pero ahora mismo es lo que menos me preocupa. Tengo que quitarme a este lobo de encima, tengo que llegar hasta Souil antes de que sea demasiado tarde.

Así que hago lo único que se me ocurre en esta situación. Respiro hondo y vuelvo a mi forma normal de gárgola. Cuando lo hago intento convencer a la mano a la que ahora mismo están mordiendo de que se quede hecha de piedra, pero estoy mentalizada para lo que ocurrirá si no lo hace. O por lo menos creo que lo estoy..., hasta que cambio y los colmillos del lobo se me clavan en la piel.

«¡Joder, qué daño!» Aun así ignoro el dolor como puedo y despego directa a los cielos. Cuando lo hago, me concentro en que mi

mano se convierta en piedra y esta vez, por suerte, me hace caso. Segundos después estoy planeando por las alturas, encima de la plaza del pueblo, con un lobo de las sombras todavía enganchado a mi brazo.

Sin embargo, no va a durar mucho tiempo. Porque ya he tenido suficientes gilipolleces por hoy, estoy harta.

Le ordeno a mi otra mano que se vuelva de piedra, la echo hacia atrás y le golpeo al lobo en toda la cara tan fuerte como puedo.

Esta vez me suelta con un aullido y contemplo (sin pizca de culpa) cómo cae en picado al suelo.

Continúo mi camino incluso antes de que se estampe contra el suelo y cambio de rumbo para encontrarme con Souil, quien sigue saltando en el tiempo hacia la derecha y hacia la izquierda, hacia delante y hacia atrás. Y sigue moviéndose entre medio metro y un metro, nada más. Quizá, y solo quizá, eso signifique que tendremos la oportunidad de enfrentarnos a él cuando por fin baje hasta la sombra que necesita utilizar para salir de aquí.

Emprendo el vuelo hacia él, no estoy segura de qué voy a hacer, pero sé que tengo que hacer algo. Sin embargo, antes de que recorra apenas unos cuantos metros, Hudson pasa a mi lado dando vueltas. Cosa que es bastante preocupante porque yo estoy surcando los cielos, pero resulta que los vampiros no vuelan.

139

LANZAMIENTO DE DESCONFIANZA (HUDSON)

—¡Hudson! —grita Grace, y echa a volar a por mí mientras yo ruedo por el aire. Quiero decirle que estoy bien, pero la última embestida de Asuga me ha dejado sin aliento y no me queda aire en los pulmones para articular palabra.

Al final la gravedad entra en acción, y me estampo contra el suelo con un golpe fuerte que me hace deslizarme varios metros de distancia. La única parte buena que tiene toda esta debacle es que, cuando levanto la cabeza para mirar a la dragona, veo que le he dado a ella igual que ella a mí, y que quizá (y solo quizá) tengamos un par de minutos antes de que vuelva a perseguirnos.

Por ahora la bestia está sentada en lo alto de uno de los edificios. Aunque tal vez sea mejor decir que está tumbada, pues parece tan agotada como yo. Del techo cae un poco de sangre y por un instante me planteo la posibilidad de que esté muerta. Pero entonces la dragona mueve las alas y veo que intenta acuclillarse para impulsarse y alzar el vuelo una vez más.

Pero no es que le esté yendo muy bien. Por lo menos me proporciona un minuto o dos para ayudar a Grace. Sé que debería volver e intentar vencer por fin a Asuga, pero Grace y las pocas personas que todavía quedan en pie se están ahogando. Y el amanecer cada vez se acerca más, con lo cual Souil está a punto de conseguir su billete para salir del pueblo, así que alguien tiene que quedar en pie para asegurarnos de que el alcalde no consiga su propósito.

Voy directo hacia Grace para preguntarle qué quiere hacer, pero antes de llegar adonde está otro lobo se abalanza contra ella y la derriba una vez más. Mi compañera lucha con valentía, pero sé que otro va a por ella. Y luego otro. Y otro más, porque la reina de las

sombras está en el pueblo, y no se marchará hasta que Souil se haya ido y ella pueda escapar de este mundo maldito.

Con lo cual, por mucho que tenga que luchar contra mi instinto, que me grita que no abandone a mi compañera, la única forma de detener esta arremetida es concentrándonos en la reina de las sombras y poniéndole punto final a esto de una vez por todas.

Con eso en mente, le echo un vistazo rápido a Grace para confirmar que está bien (y lo está), y me desvanezco por la plaza del pueblo y me estampo contra la reina de las sombras con todos sus pájaros, insectos, serpientes y lobos malvados.

Si quitamos las criaturas de las sombras, la mujer que agita los brazos ante mí no se parece en nada y, al mismo tiempo, es igualita a como me la había imaginado.

No es más que una mujer normal con un conjunto opulento que grita: «¡Tengo mucho más dinero y mucho más poder que tú!» y una mirada asesina reflejada en los ojos mientras acaba una a una con personas a las que considera menos importantes que ella. Vamos, que se parece a mi madre con un enorme pelo morado.

Ya lo he vivido, y no es que me interese repetirlo.

Le doy con tanta fuerza que sale volando, girando en el aire. Pero con eso no basta; no basta por todo lo que ha hecho, lo que le ha hecho a Grace y a todas esas personas a las que se supone que gobierna. A estas personas que la rodean, que la llaman «reina», que acatan sus órdenes sean cuales sean.

Porque no es suficiente, porque puedo verla reunir a su ejército de sombras a su alrededor. Antes de que pueda acabar de llamar a sus sombras, la atrapo en pleno vuelo y la estampo contra el suelo con tanta fuerza que tiembla todo. Lo bastante fuerte como para dejarla sin aliento.

Pero se pone en pie en un segundo, y ahora parece que todas las criaturas que tiene (todo insecto, escorpión, escarabajo o ave) están a su lado. Y todos ellos están centrados en un mismo objetivo: eliminarme.

Intento huir, pero los insectos vienen en manada a por mí, me trepan por las piernas, el estómago, el pecho. Me pican mil veces, y el veneno atraviesa los músculos hasta llegar a mis venas. Me quema por dentro, como si fueran un millón de abrasadores soles del Reino de las Sombras.

Las aves me bombardean en picado, me arañan los brazos, la cara, los hombros. En otro mundo, en un mundo normal, quizá me estarían echando una mano y me estarían quitando de encima los insectos. Pero aquí son otra forma más de tortura para mí. Otra forma de inyectar en mí el veneno de la reina de las sombras, su ponzoña, mientras la dragona del tiempo vuela en círculos por encima de nuestras cabezas.

Odio cada segundo de lo que estoy viviendo; lo que más me apetece ahora es desvanecerme tan rápido que los insectos se caigan de mi cuerpo y ser libre. Libre para salir de una puta vez de este puto lugar. Libre para olvidar el dolor que me intimida desde cada rincón. Libre para olvidarlo todo, y a todos, menos a Grace.

Pero si lo hago, si salgo de aquí ahora, será justo a Grace a quien deje en la estacada. Será de ella de quien me aleje. Y no puedo hacerlo. No lo haré.

Mucho menos ahora, cuando en mi cabeza se está empezando a formar una tercera alternativa en la que ninguno de nosotros había pensado hasta ahora. Ni Grace, ni Nyaz, ni Souil, ni yo mismo. Es una posibilidad remota, el mayor intento a la desesperada de los intentos a la desesperada, como diría Grace.

Pero algo es. Una luz en este túnel. Una segunda oportunidad para alguien que nunca se imaginó que la vida siquiera diera primeras oportunidades.

Y ¡joder si pienso aprovecharla! O moriré intentándolo.

Me vuelvo hacia la reina, empiezo a avanzar hacia ella a pesar de las serpientes que se me enredan en los tobillos y de los insectos que me pican en cualquier zona de piel que encuentran. La parte buena y la parte mala de ser un vampiro es que no se me derriba fácilmente. No es que sea tan difícil hacerme daño (los insectos, las aves y las serpientes con sus colmillos venenosos ya se están encargando de ello, y bien). Pero apenas me están ralentizando, y ni de coña me van a derribar.

Ni por asomo.

Cuanto más avanzo hacia ella, más criaturas asquerosas me envía la reina de las sombras.

Una mamba gigante de las sombras atraviesa la hierba y arremete contra mí, pero consigo cogerla por el pescuezo y partirla en dos.

El siguiente ataque proviene de una legión de arañas saltarinas

más grandes que mi cabeza. Aparto a patadas tantas como puedo, pero un par consiguen llegar hasta mí. Y he de decir que he visto muchísimas cosas desagradables, pero es posible que estos insectos sean lo más asqueroso que he visto en toda mi vida, por mucho.

Y cuando una de las arañas me pica, casi me caigo de rodillas del dolor. Joder. ¿Quién cojones se iba a imaginar que una araña, sobre todo una puta araña de las sombras, podía hacerle eso a un hombre?

Cojo a la araña por una de sus desagradables patas peludas y la mando volando por encima del resto, mientras suelto una ristra de tacos entre dientes. Después hago lo mismo con el resto de las arañas que me suben por cualquier parte del cuerpo a la que tienen acceso.

Una araña particularmente enorme de esta especie, ya grande de por sí, se descuelga delante de mí, con la boca abierta y los colmillos venenosos a la vista. Y a la mierda. A la mierda con todo. Le atravieso el cuerpo con el puño y le arranco las vísceras, pegajosas y asquerosas.

Y mi acción parece bastar para que el resto de las arañas se escabullan... y, hostia, ojalá se me hubiese ocurrido antes.

Ojalá se me hubiesen ocurrido antes un montón de cosas, esta idea en concreto. Porque podría funcionar de verdad, me doy cuenta cuando una manada de lobos de las sombras viene a por mí a toda velocidad. Podría funcionar.

El primer lobo se me viene encima, lo cojo por el cuello y por debajo de la tripa y lo lanzo volando bien bien lejos.

Pero es la única facilidad que me dan antes de que el resto de la manada se me eche encima. Van directos a por mis brazos y mis piernas; me muerden y me rasgan la ropa, e intentan despedazarme. Hay un par que hasta se lanzan a por la yugular mientras yo hago todo lo posible por quitármelos de encima.

Pero son demasiados, y están demasiado decididos. O lo está la reina de las sombras; ni lo sé ni me importa.

En fin, me tiran al suelo y se arremolinan a mi alrededor. Pero entonces Grace aparece y se enfrenta conmigo a todas esas criaturas de mierda, y no puedo defraudarla. No puedo permitir que le hagan daño.

Así que sigo intentando darles a los lobos, quitármelos de encima. Los estampo contra el suelo. Los aparto a golpes, y hasta llego a darle un puntapié a uno de ellos con el que lo envío al otro lado de la plaza, a una de las calles laterales.

Cuando por fin consigo quitarme de encima al último de los lobos que queda, ya estoy harto. Harto de todos estos animales e insectos de mierda que la reina de las sombras no para de enviar contra mí en un intento por retrasarme.

Estoy harto de tratar de seguir unas normas que ya no se aplican en un juego que se ha descontrolado por completo. Si Grace ha sido tan valiente como para correr todos los riesgos que ha corrido, yo también.

Y que le den a cualquiera que intente detenerme.

Pero para eso tengo que quitarme de encima a esta reina de las sombras de una vez por todas. Después de todo lo que me ha hecho pasar, no me resultará difícil acabar con ella. Al contrario, será una puñetera delicia.

Por eso, cuando agita la mano hacia mí y me envía una nueva oleada de dragones de las sombras que vienen directos hacia mí, tomo la decisión de que hasta aquí he llegado. Que me mate uno de los dragones gigantes a los que estoy acostumbrado del instituto Katmere es una cosa. Pero que me coman vivo unos dragones del tamaño de unos buitres enormes es otra.

No voy a caer así.

Ni tampoco voy a echarme atrás. No cuando estoy tan cerca.

Cuanto más me acerco a la reina de las sombras, más empeora el dolor y el veneno de las picaduras. Por eso, cuando llego a su lado apenas puedo oír o ver nada. Apenas puedo sentir nada, salvo el calor que me recorre las venas, y cómo la sangre abandona mi cuerpo por un millón de heridas diferentes.

Pero me importa una mierda. Porque ya casi lo he conseguido. Estoy a nada. La reina de las sombras y su reino de pesadilla pueden irse a tomar por culo. Porque estoy hasta las narices de todo.

Mientras busco la energía para desvanecerme justo delante de sus putas narices, la reina de las sombras da varios pasos hacia atrás alarmada. Abre bien los ojos, y también la boca en lo que estoy casi seguro de que va a ser un chillido. Pero cuando sus criaturas salen de todos lados y vienen hacia nosotros a toda prisa, preparados para hacerme pedazos por atreverme a tocar a su reina, aprovecho la oportunidad que se me ha presentado.

Estiro el brazo hacia delante y la cojo de la cintura. La reina chilla y cierra la mano en un puño con el que intenta pegarme. Pero,

después de todo lo que he pasado, ni siquiera sé si llega a darme. Y no me importa.

Porque hasta aquí he llegado y, joder, ella también.

La levanto (cosa que no es tarea fácil teniendo en cuenta que no deja de pegarme patadas y puñetazos, y de retorcerse como un niño pequeño cabreado), hago acopio de hasta el último ápice de fuerza que me queda dentro y la lanzo lo más lejos que puedo.

La lanzo con tanta fuerza que me duele el brazo, con tanta fuerza que me duelen la espalda, el bazo y todo el cuerpo. Pero no me importa una mierda. Porque funciona.

La reina de las sombras, esa arpía espeluznante, atraviesa volando toda la plaza del pueblo.

Pasa volando por encima de las tiendas que bordean la plaza.

Pasa volando por encima de las calles que hay detrás de la plaza del pueblo.

Y entonces pasa volando por encima del puto muro que Souil levantó para hacer que Adarie pareciera un refugio. Y una puta mierda.

Si para él esto es un refugio, prefiero probar suerte en el infierno.

140

NO ES NI MI TERCER RODEO (HUDSON)

Resulta que sí que voy a poder probar lo del infierno, porque en cuanto me libro de esa arpía de las sombras me doy la vuelta y me encuentro con Grace en pleno combate mortal con Asuga.

Grace está debajo del pecho de la dragona en estos instantes, pegada a ella, agarrada de su cuello con los brazos. Por otro lado, Asuga ruge como una posesa y escupe llamas mientras gira sin parar en un intento de quitarse a Grace de encima.

La parte positiva es que a Grace no le pueden dar las llamas porque está por debajo de ellas. La negativa es que no puede abarcar todo el cuello de la criatura con los brazos y estoy bastante seguro de que se va a caer en cualquier momento, en plena trayectoria del fuego.

Echo a correr, me desvanezco tan rápido como puedo sin bazo y sin poder sentirme los pies. Voy directo hacia la parte de la plaza donde se encuentra la torre del reloj, que es donde están ellas. Entretanto la dragona deja escapar otro aullido agudo y me doy cuenta de que debe de advertir lo mismo que yo: ya rompe el alba. Se está quedando sin tiempo, igual que nosotros.

Grace envuelve el cuello de la dragona todo lo que se lo permiten sus brazos, y la bestia no deja de hacer piruetas en un intento de quitársela de encima. Pero Grace no se suelta.

De hecho, se agarra como si le fuera la vida en ello mientras se esfuerza por asfixiarla (o eso creo). Está claro que no está funcionando, porque no consigue abarcar el cuello con los brazos y, además, porque es complicadísimo asfixiar a una dragona aunque ese fuera el caso.

Ya casi he llegado hasta ellas, pero de repente la criatura se harta

de su pasajera no grata. Deja de dar vueltas y empieza a revolverse con fuerza suficiente para provocarse un latigazo cervical; y con fuerza más que suficiente para lanzar a Grace dando tumbos por el cielo nocturno.

Por supuesto, en cuanto se deshace de Grace escupe una llamarada derecha hacia ella. Y Grace está demasiado mareada por todo el movimiento como para darse cuenta.

Se me para el corazón en el pecho y grito su nombre a pleno pulmón. Mi voz debe de abrirse paso, porque Grace desciende varios metros en el último instante y se libra de las llamas por los pelos.

La dragona ruge ultrajada y vuelve a lanzar llamas que esta vez pasan más cerca de Grace. En plena desesperación subo hasta la cima de la torre a toda prisa. No está lo bastante alta, ni de lejos puedo llegar hasta la dragona desde aquí, pero tengo que intentarlo. Tengo que buscar la forma de evitar que mate a Grace.

Polo sube corriendo por las escaleras de la torre conmigo. Estoy tan centrado en Grace que no le presto atención hasta que llegamos al techo.

—Yo te lanzo —se ofrece, y tengo un segundo para plantearme si no será este el peor plan de la historia.

Pero tampoco es que disponga de uno mejor y la dragona tiene a Grace en el punto de mira, así que asiento. Y corro directo hacia la mano que ha colocado sobre su rodilla. Después salto con todas mis fuerzas al tiempo que él me impele hacia arriba con todas las suyas y no sé cómo, pero funciona.

Subo lo suficiente como para agarrarme a las zarpas de la bestia, lo cual hace que se ponga hecha una furia y renuncie a chamuscar a Grace con su fuego para intentar quitarme de encima. Aunque me aferro con todas mis fuerzas y, cuando pega las alas a su cuerpo y pone rumbo al edificio más cercano (supongo que para arrancarme de su pata como si fuera un chicle en la suela del zapato), hago lo primero que se me ocurre.

Empiezo a trepar.

Subo por sus zarpas hasta las patas, y después por la pata hasta que estoy lo bastante cerca de la cola para saltar a ella. La mueve como si fuera una cometa en un vendaval, así que casi me paso de largo y aterrizo en otra parte mucho pero que mucho peor.

Al final consigo evitar un encuentro desagradable y me agarro

con una mano a su cola. Para ello tengo que hundir los dedos, clavárselos en la carne y después me balanceo hacia arriba para llegar al lomo, justo al sitio al que juré no volver a montarme después de lo de la última dragona del tiempo. Pero tampoco es que un vampiro se pueda poner tiquismiquis (sobre todo cuando están volando), así que aquí estoy. De vuelta en la silla de montar.

El único problema es que no tengo armas de ningún tipo y Asuga es inmensa. No voy a acabar con ella sin algo de ayuda.

Lo que es peor, sigue obcecada con Grace, quien todavía da vueltas en círculos tratando de encontrar la manera de ayudarme... y de esquivar las llamaradas cada pocos segundos mientras tanto.

—¡Vete de aquí! —grito cuando uno de los fogonazos le pasa rozando—. Ya me encargo yo. —Pero Grace pone los ojos en blanco y me ignora, vuela de acá para allá delante de la dragona hasta que la bestia suelta un rugido de frustración—. ¡La estás cabreando! —vocifero.

—¡No me digas! —me devuelve el grito, y después sale disparada hacia la parte de atrás de la criatura.

El radio de giro de Asuga es mucho más amplio que el de Grace, pero aun así consigue girarse tan deprisa que casi resbalo. A Grace le flanquean las llamas, pero se esconde debajo de la dragona justo a tiempo. Entonces Asuga vuelve a rugir y se lanza de cabeza en un movimiento que se convierte en una vuelta de campana cuando Grace sale volando hacia arriba.

A tomar por culo. Necesito un arma para acabar con esto. Ahora.

De repente advierto algo. El chapitel de la iglesia está enfrente de nosotros. Es largo, puntiagudo y de metal, lo bastante afilado como para infligir un daño irreversible. Solo tengo que conseguir que Asuga se acerque un poco.

—¡Grace! —grito, y cuando levanta la vista para mirarme señalo la iglesia.

Por un instante parece confundida, pero entonces abre mucho los ojos y se dirige hacia allí a toda prisa. Sin embargo, esos segundos en los que se ha desconcentrado le pasan factura, pues la dragona se acerca más a ella y esta vez el fuego pasa tan cerca que le chamusca las puntas del pelo.

Se me para el corazón cuando veo que suelta humo, pero al final no prende en llamas y tampoco lo hace Grace, quien ahora mismo

estoy bastante seguro de que está batiendo el récord de velocidad entre todas las gárgolas mientras se apresura a llegar a la iglesia. Y a su chapitel.

Unas cuantas vueltas de campana y una caída en picado después llegamos a nuestro objetivo. Asuga está tan concentrada en Grace que apenas me está prestando atención a mí, y eso es justo lo que necesito ahora mismo. Así que me inclino hacia un lado solo un poco y cuando pasamos volando por encima de la iglesia, lanzo el brazo hacia abajo y, mediante toda la fuerza vampírica que consigo reunir, arranco la aguja del tejado.

Justo en ese momento Grace vuela en dirección a la dragona y le propina una patada en el hocico, tan fuerte que hace que esta se eche a gritar y a escupir fuego. Y que la persiga cada vez más y más alto.

Es entonces cuando ataco; aprovecho la distracción para inclinarme hacia abajo, esta vez con la aguja del chapitel en la mano. Y mientras los primeros rayos de luz iluminan el cielo, ignoro la sensación del sol tocándome (abrasándome) la piel y blando la aguja hacia un lado con todas mis fuerzas, directa hacia la yugular de la dragona.

La sangre naranja sale despedida como un géiser, nos empapa a Grace y a mí de un líquido viscoso y repugnante. La dragona se detiene a mitad de vuelo, echa la cabeza hacia atrás mientras arranco la aguja. Después la cambio a la otra mano y la levanto por encima de mi cabeza para conseguir más impulso.

De nuevo un dolor agonizante me recorre cuando el sol me toca la piel. Me la calcina. Pero casi he acabado y no pienso dejar que eso me detenga. Salto por los aires y uso todo el impulso de mi cuerpo para estampar el arma y atravesar con la aguja el cráneo de la dragona.

La sangre sale despedida en una explosión inicial, pero después solo borbotea mientras la dragona empieza a tambalearse en pleno vuelo. Busco a Grace con la esperanza de que pase por aquí y me recoja de la espalda de Asuga.

Pero ya ha puesto rumbo a otra parte. Se lanza en picado hacia el suelo a una velocidad alarmante y no comprendo qué está haciendo.

Hasta que me doy cuenta de que tiene a Souil en el punto de mira.

141

¿ES UN MAL MOMENTO?
(GRACE)

Odio dejar a Hudson lidiando con la dragona allí arriba, pero no se está muriendo tan rápido como necesitamos. Solo le queda un minuto o dos de vida, pero para entonces la luz habrá llegado a Souil, y se habrá ido. Y todo lo que hemos hecho habrá sido en vano.

No puedo permitirlo. No puedo permitir que la vida de todas estas personas acabe porque llegamos treinta segundos tarde. Porque no pude llegar a tiempo. Ni de puta coña.

Hemos llegado demasiado lejos para rendirnos ahora.

Así que saco fuerzas de flaqueza, y utilizo hasta el último ápice de velocidad que tengo para echarle una carrera al sol por el suelo. Souil lo está observando todo. Veo cómo su mirada viene y va, veo cómo intenta decidir qué camino tomar para asegurarse de que llega a la primera sombra.

Me estoy acercando a él, pero el sol también. Lo noto en las piernas, noto cómo me baña la espalda. Así que me esfuerzo más, más, más hasta que me pongo un poquito por delante.

Y después un poquito más.

Estoy muy cerca, cerquísima. Solo necesito...

Souil mira a la izquierda una milésima de segundo antes de bajar los escudos, y con eso me basta. Modifico mi rumbo un pelín y, cuando se transporta casi a un metro a la izquierda, estoy justo ahí.

Me estampo contra él con todas mis fuerzas y con la fuerza que se ha ido acumulando en mi interior, y nos mando a los dos volando unos treinta metros a la izquierda. No es mucho, pero basta. Por favor, por favor, que con eso baste, por favor.

Se ha quedado sin aliento, sin nada de nada, y le está costando respirar, no tiene la fuerza necesaria para volver a levantar el escudo.

O para transportarse a otra parte.

Para asegurarme de que se queda donde está, transformo la mano en piedra y la hundo en su pecho con todas mis fuerzas.

Su cuerpo reacciona a mi golpe, y la escasa bocanada de aire que por fin había podido tomar deja su cuerpo una vez más.

Y entonces se acabó.

La dragona está muerta, y su magia da vueltas por el cielo en un remolino de gotitas doradas, plateadas y verdes. Cuanto más se acercan a Souil, más rápido giran, hasta que se transforman en una bola gigante de luz que va directa a él.

Yo me aparto de un salto en el último instante, y el alcalde se pone de rodillas tambaleándose, con los brazos extendidos, buscando algo de aire.

Intenta levantar su escudo de fuerza, trata de transportarse, pero apenas se mueve un par de irrisorios centímetros. Y es demasiado tarde. La energía lo encuentra y se estampa contra su pecho.

El golpe es tan duro que sale despedido en el aire. Se queda ahí flotando un segundo, dos, con la boca abierta, muy abierta, mientras la magia del tiempo le recorre el cuerpo. Su cuerpo brilla cada vez más y más, hasta que acaba iluminando el amanecer de las primeras horas de la mañana como las bolas de discoteca que tanto le fascinan.

Y después explota.

142

LLENA DE LUZ, LLENA DE GRACE (HUDSON)

Caigo hacia el suelo subido al lomo de una dragona muerta; sus alas todavía planean por el aire cuando nos acercamos cada vez más al césped que hay debajo de nosotros. Mientras siento cómo la vida le abandona el cuerpo, lanzo una petición al universo y le suplico que haga que su alma viaje de esta vida a la siguiente sin ningún problema. Después salto de encima del animal antes de que nos estampemos y aterrizo justo en el meollo de la situación.

La gente se arremolina a mi alrededor, vitorean y me dan palmaditas en la espalda. Me da una vergüenza de la hostia, sobre todo teniendo en cuenta lo que está pasando ahora mismo, pero es agradable saber que tengo un hogar, uno lleno de gente que me respeta y me aprecia. Sin embargo, solo dispongo de un momento para saborear esa sensación, porque, cuando busco la mirada de Grace, me doy cuenta de que está demasiado cerca de Souil para mi gusto.

Me abro paso entre los habitantes del pueblo intentando llegar a ella, pero ellos también están observando lo que ocurre y les trae sin cuidado que yo trate de pasar por en medio. Y cuando Souil estalla, su propia esencia se convierte en gotitas de energía (de magia) tal y como ha pasado con la dragona antes. Es entonces cuando me doy cuenta de que igual tenemos un problema.

Porque los puntitos de magia del tiempo que han salido como un estallido de Souil se están reagrupando, la energía busca otro lugar al que ir.

Y en ese momento, incluso antes de que Grace se centre en la magia, incluso antes de que abra los ojos como platos, incluso antes de que tome aire y lo suelte a la par que abre los brazos, sé lo que está a punto de hacer. Se ha percatado (al igual que yo) que tanto poder,

tanta magia, necesita un lugar en el que alojarse. Y por alguna razón desconocida se está ofreciendo, aunque vaya a destruirla, siempre y cuando el resto de las personas estén a salvo.

Tengo un segundo para decirme que no lo hará, no se atrevería después de todo lo que hemos pasado. Solo que, al mismo tiempo que me intento convencer a mí mismo de ello, sé que no es verdad.

Porque estamos hablando de Grace, mi preciosa, maravillosa e increíblemente humilde Grace. Y nunca haría lo contrario a esto, no mientras le quedara aliento en el cuerpo.

Y mientras supiera que de alguna forma podría ayudar a otra persona.

Hay una parte de mí que quiere odiarla por lo que está a punto de hacer. Joder, que quiere echarle la culpa por dejarme después de haberme hecho quererla tantísimo.

Pero la verdad es que siempre he sabido en qué me estaba metiendo. Porque la chica que está haciendo esto, la chica que no se lo piensa dos veces antes de sacrificarse por el bien común... Esa es mi Grace. Esa siempre ha sido mi Grace.

Ese año que estuvimos en la guarida vi todos sus recuerdos, incluidos los incidentes que apenas recuerda. Los tenía justo ahí, pidiendo que los viera y, como le pasó a ella con mis diarios, una vez que empecé, ya no pude parar.

Porque cada recuerdo era otra pieza del rompecabezas que es ella. Y porque cada una de las historias me demostraba lo amable, considerada y maravillosa que es Grace en realidad. Incluso los recuerdos que la avergüenzan, incluso las cosas que ella cree que la convierten en peor persona hacen que la quiera todavía más. Porque tiene algo que en la Corte Vampírica nunca nadie ha demostrado tener: remordimientos.

No quiero a Grace porque sea perfecta a todas horas. Joder, nadie me saca tanto de mis casillas como ella a veces. Quiero a Grace porque tiene ganas de mejorar, porque siempre se esfuerza por ser la mejor versión de sí misma. Y eso no significa que nunca haya tenido un mal día. Significa que sus días malos no la definen. La definen su cabezonería, su voluntad de aprender de sus errores y la fuerza para levantarse e intentar ser mejor.

Hace que quiera ser mejor persona, alguien digno de ella.

Ella es más de lo que siempre había deseado en una compañera.

Y, sin duda, mucho más de lo que jamás me he merecido.

Mientras observo cómo la energía da vueltas y más vueltas, juntándose cada vez más, noto que las lágrimas me queman tras los ojos. Parpadeo para deshacerme de ellas, me niego a echarme a llorar ahora mismo. No he llorado en muchísimos años y no voy a empezar ahora. No mientras Grace todavía me necesite.

Y sí que me necesita. Incluso ahora.

Porque ya no queda más tiempo. Es ahora o nunca, y no puedo permitir que sea nunca. No puedo dejar que eliminen a mi Grace de la línea temporal como si nunca hubiera existido. No cuando me puedo llevar yo el golpe y dejar que todo vuelva a ser como era antes.

Grace, con su vínculo con Jaxon.

Yo, muerto o fingiendo estarlo, según funcione esto.

Que nadie se acuerde de mi existencia, y menos la mujer a la que amo.

La pérdida de Grace ya me deja un vacío por dentro. Es ácido en mi sangre, un dolor ardiente y punzante que se quedará conmigo mientras viva. Nunca he querido a nadie de la forma en la que la quiero a ella; nunca me habría imaginado que sería posible querer a alguien de esta forma.

Pero lo hago. Y porque la quiero haría cualquier cosa por ella. Incluso esto. Sobre todo esto. Porque vale la pena. Mucho más que eso, si significa que Grace, mi preciosa, cariñosa y perfecta Grace, podrá vivir. Incluso aunque esa vida no me incluya a mí.

Levanto la vista hacia la energía refulgente y me doy cuenta de que ahora se ha convertido en una flecha que gira como un remolino en el aire mientras desciende sin pausa hacia Grace. Así que me desvanezco más rápido de lo que lo he hecho en toda mi vida, me abro camino a golpes entre el gentío como si no existiera.

Ya casi estoy. Casi estoy. Casi...

Salto delante de Grace y la envuelvo con mi cuerpo.

Y pum. El mundo estalla en un caleidoscopio de colores.

143

POR OBRA Y GRACE
(GRACE)

Me despierto poco a poco; tengo tal dolor de cabeza y el estómago tan revuelto que se parece un montón a lo que supongo que se sentirá al estar de resaca. Cosa que me extraña, porque no recuerdo haber tomado nada de alcohol anoche, ni una gota. De hecho, la verdad es que no recuerdo nada de lo que pasó anoche, salvo que...

«¡Hostia!»

Me doy la vuelta deprisa y estiro la mano en busca de Hudson. Y casi me caigo rodando del sofá.

«¿Qué cojones ha pasado?»

Me aferro al cojín con todas mis fuerzas.

¿Cuándo nos compramos un sofá? ¿Y por qué estoy durmiendo en el sofá y no en la cama con Hudson? Siempre dormimos juntos.

Confundida, desorientada y preocupada, y no solo un poco, me incorporo rápido y miro a mi alrededor. Entonces me doy cuenta de que no estoy en la posada. De hecho, ya no estoy en el Reino de las Sombras. He regresado a la guarida de Hudson.

¿Cómo? ¿Por qué?

Me levanto del sofá de un salto, presa del pánico, y doy un giro casi completo mientras busco a Hudson. Por fin lo encuentro (o al menos encuentro un bulto con forma de Hudson) en la cama, con la cabeza tapada por las mantas.

Madre mía. Está aquí. Está aquí, y yo también.

Es tan arrollador y potente el alivio que me embarga que casi rompo a llorar. Porque Hudson y yo estamos en su guarida, y me acuerdo de todo.

Me acuerdo del Reino de las Sombras.

Me acuerdo de haberme enamorado de Hudson.

Me acuerdo de la última batalla, que fue horrible, y de la cucaracha de sombras que se me metió en la boca.

Me acuerdo de cómo Souil explotó en mil millones de puntitos de luz. Magia del tiempo.

Me acuerdo de quedarme mirando esas luces tan bonitas, y de pensar en cómo se parecían a las guirnaldas de luces que colgaban en Adarie durante el festival y en lo apropiado que me resultaba que el alcalde por fin hiciera centellear la plaza del pueblo.

«¡Ganamos! ¡Evitamos que Souil destruyera dos mundos!»

Y cuando me pregunto por qué hemos vuelto a la guarida de Hudson, me acuerdo de algo más...

Me acuerdo de la magia del tiempo flotando en el cielo, dando vueltas, bailando y volviéndose a formar. Y sabía, sabía sin más, que la energía venía a por mí. Algo vibraba en mi interior, llamaba a la magia del tiempo, y quería volver a casa.

Me pareció bien levantar los brazos y darle la bienvenida a la magia en mi interior.

Pero un instante antes de que entrara en contacto conmigo... Hudson se desvaneció justo delante de mí y recibió esa flecha de magia del tiempo, que le atravesó el corazón y llegó al mío.

Me tiemblan las rodillas, y por un segundo dejo de respirar.

«Madre mía, ¿y si no se acuerda de nada? ¿Qué voy a hacer?»

Solo de pensarlo siento cómo el horror me recorre el cuerpo, y quiero volver a tirarme en el sofá y esperar a que se despierte. Porque, si no se acuerda de mí, de nosotros, no sé cómo podré enfrentarme a ello.

Pero sentarme en el sofá preocupada por lo que Hudson sabe o no sabe no me va a ser de mucha ayuda, la verdad. Así que me obligo a dejar de comportarme como una cría y a hacer lo que tengo que hacer.

Yo estoy aquí y me acuerdo de todo, ¿no? ¿Tan exagerado es pensar que Hudson también podría acordarse? Si se ha demostrado que un rayo puede caer dos veces en el mismo lugar, lo mismo puede ocurrir con los milagros.

Una parte de mí cree que yo ya he tenido mi milagro: estoy aquí. Estoy bien y relativamente feliz.

Cuando me acerco a su cama aparto la almohada que tiene encima de la cabeza. Y lo observo, lo observo sin más.

No parece tener mal aspecto después de todo lo que hemos pasado. No hay marcas de picaduras de insectos ni de garras. Me miro los brazos y me doy cuenta de que yo tampoco tengo marcas. Que estemos igual tiene que ser una buena señal, ¿no?

Pero no voy a saberlo hasta que por fin me arme de valor, me comporte como una adulta y le pregunte.

Aun así me quedo un minuto mirándolo, observando ese rostro relajado y esas larguísimas pestañas que proyectan una sombra en sus mejillas. Aunque no está sonriendo, el hoyuelo izquierdo contrasta en la mejilla y tiene la piel impecable.

Así que, sí, este Hudson no ha participado últimamente en una pelea con unos rabiosos lobos de las sombras. Hay que ver si eso es algo bueno o no.

Inspiro hondo y expulso el aire despacio. Me digo que, pase lo que pase, todo saldrá bien. Entonces estiro el brazo y, con mucho cuidado, paso los dedos por los sedosos mechones del pelo de Hudson.

Se mueve un poquito y contengo el aliento. Deseo que abra los ojos.

Como no los abre, le acaricio el pelo otra vez y susurro su nombre. Entonces jadeo al ver cómo se abren esos ojos oceánicos.

144

SALIR DE LAS SOMBRAS PARA IR A LA LUZ (GRACE)

Al principio la confusión se palpa en su rostro. Pero entonces esboza una amplia sonrisa y extiende la mano para tocar la mía.

—Grace —susurra, y se lleva las yemas de mis dedos a los labios —. Lo hemos conseguido.

—Así es —le contesto yo también en un murmullo y con una sonrisa que hace juego con la suya.

Rápido como un rayo, lanza la mano hacia delante y me agarra de la cintura. Luego tira de mí para que me tumbe en la cama con él.

Me río mientras aterrizo en su pecho, pero, cuando intento levantarme, gira conmigo para que nos enredemos en el edredón a la vez que se coloca encima de mí.

—Vaya, alguien tiene mucha energía esta mañana —comento con aire de superioridad, aunque entrelazo los tobillos en la parte trasera de sus muslos.

—Pues sí —corrobora. Y después se inclina hacia delante y me besa como si fuera la primera vez y la última, todo en un mismo beso.

Desesperación.

Emoción.

Felicidad.

Reverencia.

Alivio.

Lo noto todo, tan claro como el agua. Pero también la necesidad; una necesidad intensa, poderosa, abrumadora.

Suelta un gruñido grave desde lo más profundo de la garganta y me hace temblar cuando me pasa los colmillos por la cara interna del labio inferior.

Yo hago lo mismo con él, excepto por los colmillos, y después me

aparto de mala gana. Porque todavía tengo preguntas, y espero con todas mis fuerzas que Hudson tenga las respuestas.

La primera de todas.

—¿Cómo?

Envuelve mi mano con la suya y, esta vez, cuando se lleva los dedos a la boca, le da un beso al anillo de compromiso que me dio en el Reino de las Sombras.

Y por primera vez me doy cuenta de que está ahí. Que no ha desaparecido como todo lo demás.

—¿Cómo? —insisto.

—Me arriesgué —revela—. La magia de las sombras se cuenta entre una de las más antiguas y poderosas del planeta. Investigué en la biblioteca y después comenté con Nyaz lo que había averiguado. Me aseguró que era para siempre. Algo inquebrantable, excepto tal vez por la magia de un dragón del tiempo.

Me da otro beso en el anillo, después se mueve para darme besitos por todo el cuello porque sabe que me encanta. Aunque creo que a él también.

—Me arriesgué —repite—. A que la magia de las sombras, nuestro vínculo de compañeros y el amor que siento por ti serían lo bastante fuertes para sobrevivir a cualquier cosa.

—Hasta a una flecha enorme de magia del tiempo —murmullo; ahora me toca a mí besarle, lamerle y mordisquearle la marcada línea de su mandíbula.

—Hasta a eso —confirma.

Después me besa, pero me besa de verdad, y nunca había sentido nada mejor. Porque somos libres, porque somos nosotros y, no sé cómo, a pesar de tener todo en nuestra contra, hemos salido de ello juntos.

Cuando Hudson por fin deja de besarme (y puede que de hacer algunas otras cosas), busco con la mirada mi móvil y me doy cuenta de que no ha vuelto conmigo del Reino de las Sombras.

—¿Qué día es hoy? —pregunta al tiempo que le echa un vistazo a su reloj.

Al principio no sé qué me está preguntando, pero después me doy cuenta de que pasamos aquí más de un año. De que la magia del tiempo podría habernos enviado a cualquiera de los días que hemos pasado en la guarida o, ya que estamos, a un día del futuro.

Resulta que es marzo. Según la línea temporal normal llevamos aquí unos cuatro meses, cosa que me parece rarísima si tenemos en cuenta por todo lo que hemos pasado. Y cuánto tiempo llevamos juntos en realidad.

—Cuatro meses —musita Hudson—. Eso no es mucho, ¿verdad?

—Pues no —admito. Y cuando lo hago, no puedo evitar preguntarme qué habrá ocurrido en el instituto Katmere durante esos cuatro meses. En lo preocupados que seguramente todavía estarán Macy, el tío Finn y Jaxon. Y pensar que lo más probable es que le estén echando la culpa a Hudson de este desastre cuando en realidad era culpa mía—. Hudson... —Abordo el tema con vacilación.

—No —me pide mientras rueda para ponerse de espaldas y se cubre los ojos con la cara exterior de la mano.

—Creo que por lo menos deberíamos hablarlo.

—Ya, bueno, pues yo no. —Aparta las sábanas y sale de la cama.

Dispongo de un segundo para admirar su cuerpo en todo su esplendor antes de que rebusque en su cómoda y saque (sorpresa, sorpresa) un par de bóxers de Versace, sin bigotes, cuernos de demonio ni símbolos de la paz.

—¡Mira! —exclamo levantándome para husmear por el cajón—. Vuelven a ser todos de Versace. —Él me pone los ojos en blanco y no parece demasiado contento cuando vuelve a centrarse en el cajón para ordenar la ropa interior que he tenido la osadía de tocar—. Sabes qué más significa esto, ¿no? —pregunto mientras yo también empiezo a vestirme.

—¿Qué? —replica con cautela.

Hago un gesto con la cabeza hacia su tocadiscos.

—Tu colección de vinilos...

—¡Sigue ordenada! —grazna, y va corriendo hacia la zona de música y se agacha.

Se pasa los quince minutos siguientes sacando los vinilos perfectamente organizados por orden alfabético con tanta alegría que no puedo evitar reírme con él. Por lo menos hasta que saca la versión en vinilo de la banda sonora de *El Gran Showman* .

Después contemplo con lágrimas en los ojos cómo busca la canción que aseguró que era nuestra hace ya tantos meses.

—¿Bailas conmigo? —pregunta, y me ofrece una mano al mismo tiempo que las notas del comienzo de *Rewrite the Stars* llenan el

ambiente.

Y sé que tenemos que hablar de volver. Sé que tenemos que elaborar un plan, porque no podemos dejar que nuestros amigos y nuestra familia se preocupen por nosotros para siempre. Sobre todo cuando sé cómo devolvernos a casa.

Pero cuando Hudson me sonríe con el pelo sin gomina cayéndole por la frente, decido que todo puede esperar un poquito más. Porque nunca habrá ocasión en la que este chico (mi chico) me pida bailar y yo vaya a negarme.

Así que le doy la mano. Dejo que me envuelva entre sus brazos. Y aunque me preparo para que me dé vueltas y me incline hacia atrás, al final resulta que no es esa clase de baile. Sino que solo somos él y yo con nuestros cuerpos pegados y bien abrazados mientras nos movemos al son de la música que tan bien conocemos.

Al final de la canción sí que me inclina para atrás y, cuando me levanta, atisbo el miedo en sus ojos. Al igual que sé que él puede percibir la decisión en los míos.

—Va a salir bien —aseguro.

—Eso no lo sabes —contesta—. No tienes ni idea de lo que te puede haber hecho la magia del tiempo que nos ha alcanzado... o lo que me puede haber hecho a mí.

Le doy la mano.

—Sé que todo va a salir bien. ¿Cómo no va a salir bien? Después de todo lo que hemos vivido, todo lo que hemos hecho y lo que significamos el uno para el otro, ¿cómo va a arruinar lo que tenemos nuestra vuelta?

—No lo sé —admite mientras suelta un largo suspiro—. Pero lo que sí sé es que no es tan sencillo. —Intento abrazarlo, demostrarle que lo quiero y que todo se va a arreglar, pero evita el abrazo y retrocede varios metros—. Podríamos quedarnos aquí y ya —sugiere y en su voz se advierte un hilo de desesperación imposible de pasar por alto—. Podríamos ser felices aquí, Grace. Te juro que te haré feliz.

—Me harás feliz estemos donde estemos —respondo con decisión —. Volver al Katmere no va a cambiarlo.

No parece convencido y lo entiendo. De verdad que sí. Cuando estuvimos aquí por primera vez, en su guarida, pasados cuatro meses yo seguía enamorada de Jaxon. Incluso seguía teniendo un vínculo con él, o eso creo. Intentaba averiguar la forma de volver con él.

Pero mucho ha cambiado desde entonces, muchísimas cosas importantes. Y ahora, cuando miro en mi interior, veo el hilo azul brillante que nos conecta a Hudson y a mí. Nuestro vínculo de compañeros, refulgente, sano y precioso. Nada puede cambiarlo ahora, y mucho menos el hecho de volver al instituto Katmere.

Sí, sigue habiendo un hilo que nos conecta a Jaxon y a mí, pero no tiene nada que ver con el que tengo con Hudson. De hecho, es casi idéntico al resto de los hilos, así que sé que ya no se trata de un vínculo. Es solo una conexión porque por supuesto sigo queriendo a Jaxon. Porque es evidente que todavía le deseo lo mejor. Pero no es la clase de amor que debería sentir por mi compañero y, joder, desde luego no se puede comparar en lo más mínimo a lo que siento por Hudson.

Se lo cuento, le informo de todo, pero todavía no parece convencido. Sobre todo cuando le comento que respetaremos los sentimientos de su hermano durante un tiempo.

Aunque si para mí no es un vínculo de compañeros, para Jaxon tampoco lo será. Quizá necesite tiempo para digerir todo lo que ha pasado, pero en lo más profundo de mi alma sé que le parecerá bien que ya no estemos unidos por el vínculo. No sé cómo, pero lo sé.

—Ya, claro —replica con una voz que destila sarcasmo—. Adelante. Asegurémonos de cuidar al blandengue de mi hermanito.

Pongo los ojos en blanco.

—No lo vas a seguir llamando así, ¿verdad?

—Puede. Si se lo merece. —Resopla y niega con la cabeza—. ¿A quién quiero engañar? Pues claro que se lo va a merecer.

—Te quiero —declaro mientras le rodeo la cintura con los brazos —. No a Jaxon. Te quiero a ti, Hudson, y nada va a cambiarlo. Eres mi compañero. Eres mi mejor amigo. —Apoyo mi peso en él—. Eres mi verdadero norte y siempre siempre te voy a escoger a ti.

—Eso dices ahora, pero ¿cómo va a ir la cosa cuando volvamos allí? —pregunta—. Cuando veas a Jaxon y al resto y todos malmetan diciendo que soy un desgraciado.

—Pues irá igual que aquí. Si alguien te insulta, le cantaré las cuarenta. Y tú también puedes hacerlo.

Se ríe, pero no hay ni rastro de humor en el sonido.

—Será bastante complicado, sobre todo porque estoy casi seguro de que no tendré cuerpo.

—¿Perdón? —pregunto, y me saltan todas las alarmas—. ¿Que no tendrás cuerpo? ¿Para nada? ¿Nunca?

Esta vez, cuando se ríe, rezuma humor.

—Relájate, Grace. Que aún podré...

Se calla cuando le tapo la boca de un manotazo.

—No me refería a eso. —Enarca una ceja—. Vale —admito mientras se me encienden las mejillas—. Puede que sí que vayan por ahí los tiros un poco. Pero sobre todo es porque estoy preocupada por ti.

—Yo también estoy un poco preocupado por mí —menciona con una mueca—. Y mucho por lo otro, pero algo apañaremos durante un tiempo. —Camina hasta la estantería que exhibe los libros más antiguos, saca uno que tiene el lomo roto y parece datar de hace unos mil años—. Además, tampoco es que vaya a estar de fiesta de pijamas en tu cabeza durante mucho tiempo. Solo tenemos que conseguir algunas cosas, y así podrás llevar a cabo este hechizo y devolverme mi cuerpo.

—¿Qué clase de cosas? —pregunto con curiosidad y un poco de cautela. He visto suficientes películas de Disney para saber la clase de ingredientes que se necesitan para llevar a cabo un hechizo, y la verdad es que no me entusiasman los ojos de tritón o de cualquier otra clase de animal.

—No te preocupes. Ninguno de los ingredientes son malos. Aunque uno es complicado de conseguir. Muy complicado. —Se calla un momento—. Pero, bueno, cuando regresemos a nuestro mundo seguramente volveré a tener mis poderes y eso nos facilitará las cosas.

—¿Nos facilitará conseguir el ingrediente? —pregunto dudosa.

—Sí. —Me sostiene la mirada—. Aunque lo más probable es que no te vaya a entusiasmar cómo voy a tener que hacerlo.

Sé a qué se está refiriendo al instante. Y aunque la Grace que llegó a la guarida habría preferido morir antes que proporcionarle a Hudson algo de control sobre ella, la Grace que lo lleva queriendo desde hace tanto sabe que no hay nadie de quien se fiaría más en el mundo.

Por eso mismo suspiro con exageración y digo:

—Vale, vale, bien. Si, y es un «si» como una casa, tienes que trastear con mi mente y con mi cuerpo un poco con el único propósito de volver a tenerte entero, me parece bien. Te doy mi permiso. —

Esbozo una mueca—. Pero tienes que prometerme que por lo menos me avisarás antes de hacer nada, ¿vale? Vamos, como mínimo tienes que avisarme de que está pasando.

—Si existe alguna forma de hacerlo, te prometo que lo haré —asegura con seriedad. Pero después sonríe y añade—: Aunque siempre me he preguntado qué se sentirá al volar.

Ambos nos echamos a reír, después él tira el libro al sofá y me coge en brazos al estilo «recién casados» para llevarme de nuevo a la cama. Me acurruco contra su cuerpo y levanto la cara para que me bese.

—Si este va a ser el último hasta dentro de un tiempo, más te vale que sea increíble —le ordeno.

—Con mucho gusto —contesta levantando una ceja. Y vaya si le pone ganas. Muchísimas.

Cuando por fin se separa, comento:

—Bueno, solo tengo una pregunta más.

—Y ¿cuál es?

—¿Cómo nos saco de la guarida? —Analizo el lugar que ha sido como un hogar para nosotros durante tanto tiempo y me siento un poco triste, porque quién sabe si volveremos a estar aquí.

Aunque Hudson me regala la sonrisa más dulce del mundo, así que sé que no importa si no volvemos nunca. Porque realmente es mi verdadero norte, es mi hogar y, esté donde esté, sé que es donde yo siempre querré estar.

—Es fácil —asegura—. Solo tienes que creer en mí.

—Lo hago —afirmo, y me pongo de puntillas para darle un beso más en esos labios tan sexis que tiene—. Y siempre lo haré.

La calidez se abre paso por mi cuerpo y la llevo a mi pecho. Interiorizo la sonrisa de Hudson, su amabilidad, su sarcasmo y su amor junto a esa calidez y entonces... el mundo se oscurece.

Epílogo

AHORA SÍ QUE ME ACUERDO (GRACE)

Semestre de otoño en la universidad

—Lo recuerdo —susurro mientras los recuerdos me inundan el sistema —. Madre mía, Hudson. Lo recuerdo todo.

Me tiemblan las manos cuando las levanto para acunarle el rostro. Pero entonces me empieza a temblar todo el cuerpo cuando vuelve a mí un recuerdo tras otro (un día tras otro) en una marea de momentos y emociones.

Hudson abre mucho los ojos, más de lo que se los he visto abrir nunca. Y cuando me busca, me doy cuenta de que a él también le tiemblan las manos.

—¿A qué te refieres? ¿Qué recuerdas, Grace?

—Todo —repito mientras los recuerdos siguen cayendo sobre mí como miel caliente y pegajosa. Se aferran a cualquier cosa que tocan; es imposible no verlos e imposible pasarlos por alto—. El Reino de las Sombras. La guarida. —Me río un poco, aunque suena como un sollozo—. Las sanguijuelas.

La sorpresa ha ido abandonando los ojos de Hudson poco a poco con cada recuerdo que menciono, pero cuando llego a lo de las sanguijuelas levanta ambas cejas.

—¿Va en serio? ¿Las putas sanguijuelas? ¿De eso es de lo que quieres que hablemos ahora mismo?

—¿Y de qué quieres que hable? —le chincho—. ¿De tu exagerado amor por los calzoncillos de Versace?

—Disculpa, pero ya hace meses que conoces mi amor completamente normal por los bóxers de Versace.

—Es verdad. Ya lo sabía. —Me pongo de puntillas y le lanzo los

brazos alrededor del cuello—. Me acuerdo de todo —reitero, y la alegría se difumina para dar paso a la vergüenza—. Lo siento. Hudson, lo siento mucho.

Él niega con la cabeza.

—No. Por favor, para —me pide.

—¿Cómo voy a parar? —pregunto mientras empiezan a correrme las lágrimas por las mejillas—. ¿Cómo te he podido tratar así? ¿Cómo me has dejado que te trate así?

—Porque te quiero, Grace. Y porque lo comprendía.

—¿Cómo es posible que lo comprendieras? —Vuelvo a echarme a temblar—. Debe de haber sido horrible para ti.

Inclina la cabeza y, como estamos hablando de Hudson (mi Hudson), me dice la verdad, como siempre.

—A veces era horrible —confirma—. Otras no estaba tan mal. Otras era una pasada. —Los ojos le brillan un poquito.

—Ahora. Ahora sí que es genial. Pero ¿y al principio? Cuando no dejaba de alejarte de mí. Cuando te aseguraba que Jaxon era mi compañero. Y le besaba cuando estabas en mi cabeza. —Cierro los ojos—. ¿Por qué no me prendiste fuego?

—¿Aparte de porque estaba en tu cabeza, dices? —Sonríe—. Nunca tuviste que preocuparte. Jamás te habría hecho daño. En cambio a Jaxon... —Abro los ojos justo para ver cómo se pasa la lengua por la punta del colmillo—. A él sí que he querido prenderle fuego unas cuantas veces.

—Lo siento —repito. Creo que voy a repetirlo muchas veces en las semanas y meses venideros. Como para no hacerlo. Después de todo lo que compartimos y lo que pasamos, si Hudson me hubiera tratado de la misma forma que lo traté yo «cuando nos conocimos» en mi cabeza, estaría hecha polvo, lo sé. No sé cómo me recuperaría de eso. Y hostia que si habría prendido fuego a cosas... puede que los calzoncillos de Versace y puede que todo su puto mundo.

Pero él nunca me ha tratado así. Sin importar el daño que le hiciera (y echando la vista atrás ahora sé que le he hecho sufrir muchísimo) nunca me ha hecho sentir así. Y siempre, pero siempre, me ha apoyado, incluso cuando yo a él no.

—Oye. —Hudson me pone un dedo en la barbilla cuando bajo la mirada y me da un empujoncito debajo para que vuelva a mirarlo—. No quería que te acordaras para que te sintieras mal, Grace. Quería

que te acordaras para que pudieras tomarme el pelo por mi ropa interior, para recordar nuestra primera vez y... —Niega con la cabeza —. Bueno, quería que te acordaras y ya. Pero jamás he buscado que te sintieras disgustada o avergonzada por lo que pasó entre nosotros y cómo se desarrollaron las cosas.

Me da un beso en la frente, después inclina la cabeza y me da otro en los labios. Sé que pretendía que fuera dulce, delicado, pero ahora mismo no quiero ninguna de esas cosas. O por lo menos no solo esas dos cosas.

Deslizo las manos hacia arriba por sus brazos y le enredo los dedos en el pelo. Evito que aparte su boca de la mía mientras exploro todos esos lugares que ya he explorado un centenar, no, un millar de veces.

Cuando por fin se separa para mirarme, enarca una ceja. Y dice:

—Eh, ¿cuántos tíos pueden presumir de que su chica se haya enamorado perdidamente de ellos dos veces? No está tan mal ser yo.

—Según esa lógica, ¿cuántas chicas pueden presumir de que su chico es tan genial que se han enamorado de él dos veces? — contraataco.

—Pues eso decía. —Sonríe satisfecho—. Que no está tan mal ser yo.

Solo que sí que ha sido horrible. Joder que si lo ha sido, y aun así me lo está dejando pasar. Porque es Hudson.

—¿Por qué no me dijiste nada? Al principio, cuando sospechaba tanto de ti. O después, cuando empezamos a hacernos amigos. Me lo podrías haber contado entonces.

Me da la mano, pasa el pulgar por el anillo de compromiso que me dio cuando estábamos en Ciudad Gigante. Siempre he adorado este anillo, incluso antes de saber lo que me había prometido; pero ahora me descubro echando de menos el otro. El metal morado grabado con la promesa sombría que me dio cuando prometió por primera vez quererme hasta que el sol se apagara y las estrellas dejaran de brillar.

Solo que, cuando levanta el pulgar, me doy cuenta de que mi anillo ha cambiado. Alzo la mano para mirarlo más de cerca y me quedo sin aliento. Porque en el tiempo transcurrido desde que Hudson ha susurrado su promesa hasta ahora, se ha transformado y tiene un diseño diferente.

En vez del anillo de plata con delicadas runas grabadas que

Hudson me compró en el mercado de Ciudad Gigante o el morado con un grabado del Reino de las Sombras, esta joya es la combinación de ambos. Los dos anillos, uno de los cuales creía haber perdido para siempre, se han entrelazado para formar una hermosa pieza nueva que quiero lucir de por vida.

—No me parecía que fuera a servir para nada. —Hudson por fin contesta a mi pregunta mientras yo sigo examinando mi joya nueva. Levanto la vista para encontrarme con su mirada curiosa y por fin consigo prestar atención a algo que no sea mi doble anillo de compromiso—. La magia de las sombras es una de las más antiguas del mundo —continúa—. Existía antes de la luz, antes del tiempo, antes que nada. Y si no podía sobrevivir a nuestro regreso al Katmere, pensé que no serviría para nada. Jamás recuperaríamos lo que habíamos perdido, así que ¿para qué molestarte?

—Y aun así me regalaste un anillo de compromiso cuando fuimos a Ciudad Gigante. Repetiste las mismas palabras, la misma promesa que me hiciste en el Reino de las Sombras.

Asiente.

—Pues sí, lo hice.

—Pero ¿por qué?

Parece confundido por primera vez desde que he recuperado la memoria.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué ibas a prometer quererme otra vez si pensabas que nunca te correspondería? ¿Por qué hacer una promesa con una magia antigua que te ataría a mí para siempre, aunque no sabías si volvería a enamorarme de ti? —Se ríe. En serio, se ríe y sigue partiéndose de risa a pesar de la advertencia que hay en mis ojos entrecerrados—. ¿Es coña? —pregunto con los brazos en jarras—. ¿Te parece gracioso?

—Me parece gracioso que tengas que preguntarlo —contesta—. Grace, ya estoy atado a ti, y no solo mediante el vínculo de compañeros. Cuando se rompió, cuando volvimos aquí y la magia antigua de la Sangradora desgarró nuestro vínculo y trastocó la magia de las sombras para que tú y Jaxon volvierais a estar juntos... ¿De verdad crees que eso hizo que dejara de quererte?

—Bueno, no. Pero...

—No habrá nada que haga que deje de quererte —me asegura mientras me acaricia con ternura la mejilla—. Siempre me sentiré

unido a ti, y eso no habrá nada que lo cambie. Está bien tener el anillo y está bien tener el vínculo de compañeros. Y desde luego está genial tener el anillo de compromiso, porque repetir las palabras ha activado la promesa sombría y, no sé cómo, pero te ha devuelto tus recuerdos. Pero te quise sin todo eso antes, y te querré sin todo eso siempre.

—Ay, Hudson... —Empiezo a hablar, pero me detiene con delicadeza al ponerme un dedo sobre los labios.

—Vincularme contigo no significó nada más que una manifestación física de lo que ya sabía. Te pertenezco, Grace. En alma, corazón y cuerpo. Ha sido así desde que salimos de la guarida por primera vez. Seré tuyo hasta el día en que me muera y, si existe algún tipo de más allá, entonces seré tuyo allí también. Nada va a cambiarlo, así que ¿por qué no iba a hacerte una promesa?

Me echo a llorar a moco tendido cuando las palabras de Hudson me inundan. Me calman una parte del corazón, pero también hacen que la otra se dé cuenta de que he metido la pata hasta el fondo. No solo al olvidarlo, aunque creamos que eso sea cosa de la magia antigua, no mía, sino porque nunca le he dado las mismas garantías que él me ha dado a mí. Nunca le he hecho saber a este hombre brillante, precioso y maravilloso que lo quiero de la misma forma en la que él me quiere.

A pesar de todo.

A pesar de nada.

Durante toda la eternidad..., pase lo que pase.

Y no parece haber sitio más perfecto para contárselo que justo aquí, en el hogar que estamos construyendo juntos. No hay un momento más perfecto que ahora mismo, antes de volver al Reino de las Sombras, donde tuvimos nuestro primer hogar juntos.

Así que camino hasta mi cómoda, rebusco en el fondo del último cajón, donde he estado escondiendo el regalo de cumpleaños de Hudson desde que lo encontré en una feria de artesanía hace ya varias semanas. Saco la cajita y se la entrego.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Un regalo de cumpleaños por adelantado —contesto. Pero, entonces, cuando se dispone a abrir la tapa con una sonrisa tontorrona en el rostro, lo detengo con una mano amable—. ¿Sabes...?

Se me quiebra la voz y tengo que callarme para aclararme la garganta. Respiro hondo y suelto aire poco a poco, les pido a los

colibrís que están dando una fiesta en mi estómago que se calmen de una puta vez. Estamos hablando de Hudson, mi Hudson, y no hay razón para que me sienta nerviosa con él de entre todas las personas.

Pero lo estoy. Lo estoy precisamente porque es Hudson. El amor de mi vida. Y nadie se merece una declaración de amor perfecta más que él. Es solo que no sé si voy a ser capaz de proporcionársela.

No cuando siguen corriéndome las lágrimas por las mejillas y el pánico está aleteando con frenesí en mi caja torácica. Y no cuando tengo las palabras perfectas hechas un lío en la cabeza.

Vuelvo a respirar hondo, a soltar el aire poco a poco, e intento convertir el discurso en algo coherente. Algo que será tan bonito y especial como lo es él.

Solo que no puedo. No para de trabárseme la lengua, los pensamientos, y no paro de fastidiar el momento. De la misma forma que he fastidiado tantísimas cosas en nuestra relación.

Es increíble que me siga queriendo a pesar de todo.

Pero lo hace. Me quiere a pesar del desastre que soy.

Y quizá esa sea la cuestión. Para todo esto.

El amor no siempre es fácil. Y no siempre es bonito. A veces es turbulento, doloroso y un puto desastre. Pero tal vez no pase nada. Tal vez el amor no tenga que ser perfecto.

Quizá solo tenga que ser real.

Ese pensamiento me calma, porque nada es más desastroso (ni más real) que mi amor por Hudson Vega. Y es hora de que lo sepa.

—¿Estás bien? —me pregunta, y me doy cuenta de que lo he estado mirando fijamente durante más de un minuto mientras intentaba aclarar mis ideas.

No podía ser de otra forma. ¿Labia? No la conozco.

—Claro que estoy bien —respondo. No maravillosa, no de lujo y desde luego no soy perfecta. Pero estoy bien. Y él también—. ¿Sabes? Ahora que he recuperado mis recuerdos hay algo que tengo que decirte.

Hudson parpadea y, así sin más, sus ojos pasan de divertidos a cautelosos, de felices a esperarse lo peor. Y eso es por culpa mía... Bueno, mía y de todo el mundo a quien Hudson ha querido alguna vez en su vida.

Mía y de todo el mundo que lo ha hecho dudar de sí mismo.

Mía y de todo el mundo que se la haya jugado a este chico y le

haya dicho que la culpa era suya.

Eso se acaba hoy.

—Eres vanidoso —espeto.

—¿Perdona? —Enarca una ceja.

—Que eres vanidoso. Es la verdad. Lo he sabido desde la primera vez que vi esos ridículos calzoncillos de pavo real que tanto te gusta ponerte.

—Son bóxer...

—Chis —le pido con una mirada asesina—. Ahora me toca hablar a mí.

—Pues qué suerte tengo —murmura, y cruza los brazos encima del pecho de esa forma que solo hace cuando se está poniendo a la defensiva.

—A menudo eres arrogante.

—¿No me digas? —Esta vez la otra ceja se une a la primera.

—Pues sí. Es porque normalmente eres la persona más inteligente vayas adonde vayas y lo sabes. Pero aun así pecas de arrogante. Y te falta ser un poquito bastante más comprensivo, sobre todo cuando crees que la gente no está aprovechando su vida al máximo.

—Vale, ya está bien.

Intenta devolverme la caja, pero no le dejo.

—Eres demasiado sarcástico el noventa y nueve por ciento del tiempo, y odias el hecho de que tuviera un vínculo de compañeros con Jaxon en el pasado. Intentas fingir que no, intentas fingir que no te importa en absoluto, pero sé que a veces te pones celoso cuando nos imaginas juntos.

—Si esto es lo que consigo con la vuelta de tus recuerdos, voto por la amnesia —comenta con un tono de voz que debería cortarme como un cristal roto. Pero no lo consigue. Hoy no.

—Supongo que debería añadir a la lista que estás siempre a la defensiva. Y que se te da de pena cocinar. —Me acerco a él hasta que nuestros cuerpos están tan pegados que puedo notar que su corazón late como un loco bajo mi mejilla—. Pero, a pesar de todo, te quiero.

—¿Qué? —espeta como si eso fuera lo último que esperaba oír.

Y seguramente lo fuera, así que lo repito.

—A pesar de todo, te quiero.

—¿Grace?

La irritación desaparece de sus ojos y la reemplaza una

incertidumbre que me parte el corazón.

—Te quiero, Hudson. Adoro la forma en la que me haces sonreír y que seas un gruñón nada más levantarte. Adoro que siempre tengas preparada una respuesta mordaz y que siempre seas brutalmente sincero, hasta contigo mismo. Incluso cuando duele.

—Grace.

Se le quiebra la voz cuando pronuncia mi nombre, y se le agolpan las lágrimas en los ojos azul brillante. O puede que no sea a él y a quien se le estén agolpando las lágrimas sea a mí.

—Adoro lo protector que eres, lo leal que eres y que siempre me acuses de tener una vena de maldad, aunque tú también tengas una. Adoro lo detallista que eres con tus cosas y lo mucho que te molesta que las desordene, aunque normalmente no me digas nada. Adoro lo cabreado que suenas cuando sí que me echas la bronca.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta. Y sí: sin duda alguna tiene lágrimas en los ojos, lágrimas que le corren por las mejillas a este chico que no se ha permitido llorar en un siglo.

—Diciéndote que te quiero, Hudson. Con tus cosas buenas y tus cosas malas. Las partes que escondes porque crees que nadie va a quererte nunca si se supieran. Yo veo esas partes, y a pesar de ellas te quiero. Es más, te quiero por ellas. Y por tus cualidades. Y por todo aquello que hay en medio.

»Te quiero porque puedes sacarte una decena de reclamos de pájaros de la puta manga en cualquier momento. Te quiero porque a veces me dejas llorar y que te llene de mocos y no te quejas por mucho asco que te dé. Te quiero porque siempre me has apoyado y te quiero porque me dejas que yo te apoye a ti.

»Te quiero, Hudson Vega. —Le quito la caja de las manos y abro la tapa para que vea la pulsera que hay dentro. A primera vista parece conformada de cadenas gigantes entrelazadas, pero al mirarla con atención te das cuenta de que son corazones—. Hasta que el sol se apague y las estrellas dejen de brillar —susurro mientras abro la pulsera y le muestro lo que hay grabado dentro del broche. La misma frase, palabra a palabra, que ahora sé que está dentro de mi anillo de compromiso.

Parece estupefacto, aun a través de las lágrimas que brotan de sus ojos sin descanso.

—¿Cómo lo sabías?

—No lo sabía —admito—. Es que te quiero de la misma forma en la que tú me quieres a mí. Y creo que siempre ha sido así. Y sé que siempre será así.

—Grace. —Esta vez, cuando pronuncia mi nombre está bañado por todo lo que ha sentido por mí, todo lo que sentirá. Es turbulento, maravilloso y perfecto en su propia imperfección.

Le abrocho la pulsera en la muñeca y dejo que me bese. Una vez, dos, y después una y otra vez. Pero cuando empieza a dirigirnos hacia la cama, le doy un manotazo en el pecho.

—Ve apagando ese calentón.

—¿Calentón? —Ahora vuelve a sonar ofendido. Muy pero que muy ofendido.

—Es lo que hay. Tenemos muchas cosas que hacer. Hay que salvar a un vampiro y darle una paliza a una reina de las sombras. No hay tiempo para nada más.

—Siempre hay tiempo para «algo más» —rebate mientras me recorre el cuello con los labios de una forma que hace que se me ponga la piel de gallina.

—Esta vez no —aseguro; me inclino y cojo mi mochila—. Además, hay algo de lo que me he acordado y que creo que tú has olvidado de nuestra estancia en el Reino de las Sombras.

—¿Mi vanidad? —pregunta a la vez que coge su propia mochila —. ¿Mi arrogancia? ¿Mis celos?

—No, no y no. —Me cuelgo la mochila al hombro y me dirijo a la puerta delantera—. A ver, no volvimos a la guarida porque nos alcanzara el fuego dragontino. A mí se me clavó una flecha de magia del tiempo, y sabiendo ahora que soy la semidiosa del caos... Bueno, tiene todo el sentido del mundo que viniera a por mí.

—Pues claro que sí —contesta con sarcasmo.

—En fin. —Pongo los ojos en blanco—. Lo que creo que sí estás olvidando es de a quién alcanzó el fuego de dragón, que, como ya sabrás, no te mata. Solo resetea tu línea temporal.

—¿A quién? —pregunta mientras bajamos las escaleras y salimos por la puerta delantera.

—A ver, no estoy del todo segura, ¿vale? Pero ¿te has planteado la posibilidad de que Humito no muriera? Creo que solo la mandaron a otro momento en el tiempo.

Hudson se queda helado, abre los ojos como platos al tiempo que

su enorme y precioso cerebro contempla a toda prisa las diferentes teorías y posibilidades.

—¿Eso crees? —añade un minuto después. No puedo evitar darme cuenta de que vuelven a temblarle las manos.

—Eso creo —confirmo—. De verdad que sí. Y también creo que deberíamos meter unos cuantos lazos de purpurina en la mochila, por si acaso.

—Joder. —Niega con la cabeza—. Te quiero, Grace.

—Yo también te quiero. —Le sonrío—. Así que vamos a salvar a Mekhi y a arrastrar de los pelos a esa arpía espeluznante por todo el Reino de las Sombras. —Bajo la mano, entrelazo nuestros dedos y añado—: Y vamos a recuperar a nuestra Humito.

Agradecimientos

Escribir una serie tan larga es muy divertido, sobre todo crear una precuela con viajes en el tiempo y todo, pero no siempre es fácil, así que, para empezar, tengo que darles las gracias a las dos personas que han hecho que todo esto sea posible: Liz Pelletier y Emily Sylvan Kim.

Liz, eres una editora y una amiga increíble, de verdad, y tengo muchísima suerte de que estés en mi vida. Gracias por todo lo que has hecho para conseguir que este libro cobrara vida.

Emily, contigo me tocó la lotería de las agentes. Lo digo en serio. Ya llevamos sesenta y nueve libros, y estoy sumamente agradecida a la vida por ponerte en mi camino. Han sido tu apoyo, tus ánimos, tu amistad, determinación y la alegría que demuestras por la Serie Crave lo que me ha ayudado a seguir cuando no tenía claro que fuese a conseguirlo. Gracias por todo lo que haces por mí. Tengo mucha, muchísima suerte de que hayas estado dispuesta a quererme durante todos estos años. Jamás desearía vivir esta experiencia sin ti.

Stacy Cantor Abrams, no sé cómo podré agradecerte todo lo que has hecho por mí, por esta novela y por la serie. Que sigamos trabajando codo con codo después de todos estos años me enorgullece y me llena de alegría. Me siento muy afortunada por tenerte a mi lado. ¡Eres la mejor del mundo!

A todas las personas de Entangled que han participado en el éxito de la Serie Crave: gracias, gracias, gracias. Muchas gracias, de todo corazón. Gracias a Jessica Turner, por su apoyo incondicional. A Bree Archer, por hacerme TODAS y cada una de las preciosas portadas de las novelas. A Meredith Johnson, por la ayuda que me brindó con la serie en todas sus vertientes. Me facilitas muchísimo el trabajo. A mi fantástico equipo de corrección de pruebas: Greta, Hannah, Jessica M., Brittany, Erin, Debbie, Lydia y Richard. ¡Gracias por darles brillo a mis palabras! A Zac Smith, gracias por la cuidadosa revisión para asegurarte de que el acento británico de Hudson quedase perfecto. A Toni Kerr, por el gran cuidado que puso al darle forma y diseñar a mi

bebé. ¡Ha quedado espectacular! A Curtis Svehlak, por conseguir que se obrasen los milagros una y otra vez en el proceso de producción: ¡eres increíble! A Katie Clapsadl, por corregir mis errores y apoyarme siempre. A Angela Melamud, por haber hecho correr la voz de la existencia de esta serie. A Riki Cleveland, por ser siempre un encanto. A Heather Riccio, por su atención al detalle y su ayuda al coordinar los mil millones de cosas que ocurren en la vertiente comercial de la publicación de un libro.

Quiero darles las gracias en especial a Valerie Esposito y al increíble grupo de ventas de Macmillan por todo el apoyo que le han dado a la serie durante estos años, y a Beth Metrick y a Grainne Daly, por trabajar tan duro para que mis libros lleguen a manos de los lectores. Y a Ellen Brescia, de Prospect Agency, y a Julia Kniep, de DTV, por la meticulosa tarea de lectura de continuidad en la serie que habéis hecho durante todos estos años.

A Eden Kim, por ser la mejor lectora que una escritora podría desear. Y por aguantarme a mí y a tu madre molestándote TODO el rato.

A In Koo, Avery y Phoebe Kim, gracias por prestarme a vuestra esposa y madre para todas las conversaciones bien entrada la noche, de madrugada, y durante el desayuno/la comida/la cena/la medianoche que requerimos para hacer posible este libro.

Gracias a Stephanie Marquez por el amor, la paciencia, la fuerza y el apoyo que nos brindas a diario. Haces que mi vida sea mil veces mejor.

A mi madre, gracias por enseñarme tantísimo sobre lo que es ser una mujer fuerte y una buena persona; son aprendizajes que siempre me he esforzado por transmitirle a la Grace de estos libros.

Y a mis tres niños, a quienes amo con toda mi alma y todo mi corazón. Gracias por entender que pasara tantas noches encerrada en mi despacho y trabajando en vez de pasar tiempo con vosotros; por arrimar el hombro cuando más os necesitaba; por estar a mi lado en los momentos complicados, y por ser los mejores hijos con los que una podría soñar.

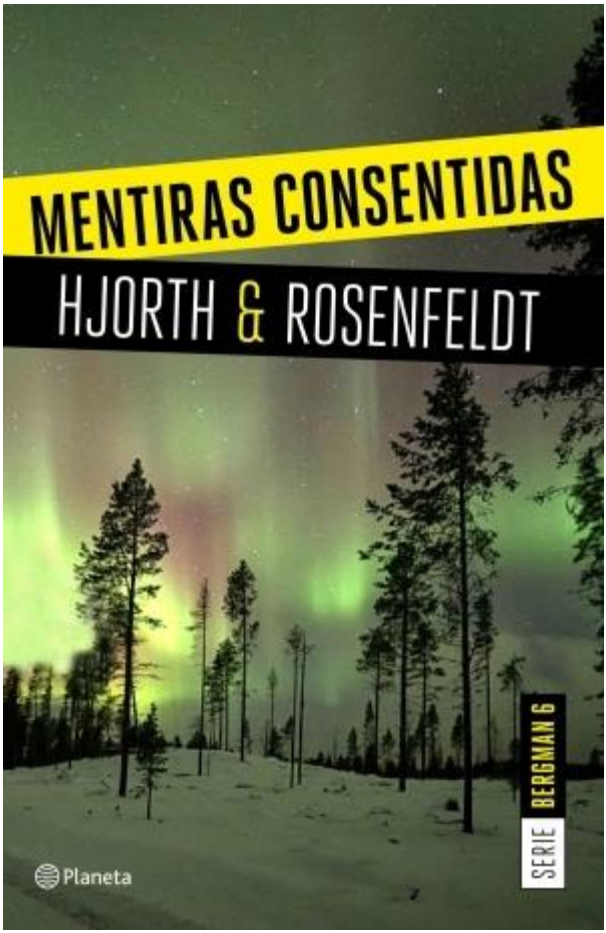
Y, por último, gracias a los admiradores de Grace y Hudson, y de todo el nuevo grupo de personajes. Gracias, gracias y gracias por el apoyo infatigable y el entusiasmo que demostráis por la Serie Crave. No puedo expresaros lo mucho que aprecio todos vuestros correos,

mensajes directos y comentarios en publicaciones de redes sociales. Estoy sumamente agradecida por que nos hayáis hecho un hueco en vuestros corazones y hayáis decidido vivir esta experiencia conmigo. Espero que disfrutéis de *Hechizo* tanto como disfruté yo escribiéndola. Os quiero y os doy las gracias a todas y cada una de las personas que me acompañáis en este viaje. Besos y abrazos.

Hechizo (Serie Crave 5)
Tracy Wolff
La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Título original: *Charm*
Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en un diseño original de Bree Archer
© de la ilustración de la portada, Renphoto y Dem10 / Getty Images
© Tracy Wolff, 2022
Primera edición en Estados Unidos bajo el título *Charm: Crave Series #5*.
Traducción publicada por acuerdo con Entangled Publishing, LLC a través de RightsMix LLC. Todos los derechos reservados.
© de la traducción, Pura Lisart e Isabella Monello (Prisma Media Proyectos, S.L.), 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023
ISBN: 978-84-08-27065-2 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!



Mentiras consentidas (Serie Bergman 6)

Hjorth, Michael

9788408207634

560 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Los días de Sebastian Bergman en la Unidad de Homicidios han terminado y ahora dedica su tiempo a impartir conferencias y a

escribir libros. Tras los acontecimientos vividos en *Castigos justificados* , lleva meses sin noticias de Vanja y la única persona del equipo con quien tiene contacto esporádico es Úrsula.
Vanja tampoco sigue en la Unidad: ahora trabaja como investigadora criminal en Uppsala. Desde el mes pasado, está investigando una serie de abusos a mujeres. Cuando una de las víctimas muere, la Unidad de Homicidios pasará a encargarse del caso y, muy pronto, también Sebastian Bergman.
Reunidos, el equipo debe dejar de lado sus problemas y conflictos personales para atrapar al brutal asesino que sigue atemorizando Uppsala. Todo se complica cuando las pistas indican que las víctimas no han sido seleccionadas al azar. ¿Pero cuál es la conexión entre ellas? ¿Y quién se está tomando tantas molestias para que no se establezca dicha conexión?
SERIE BERGMAN, la nueva generación de novela negra que arrasa en Europa.

Cómpralo y empieza a leer

El maestro de la fuga

Freedland, Jonathan

9788408270218

544 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La verdadera historia de Rudi Vrba, el judío que escapó de Auschwitz para alertar al mundo de las atrocidades nazis.

En abril de 1944, Rudolf Vrba se convirtió uno de los primeros judíos que escapó de Auschwitz. Contra todo pronóstico, tras esquivar por

poco las balas alemanas, él y su compañero de fuga escalaron montañas y cruzaron ríos para alcanzar la libertad. Vrba quería advertir a los últimos judíos de Europa del destino que les esperaba al final de la vía férrea. Brillante estudiante de ciencias y matemáticas, memorizó cada uno de los detalles de la maquinaria nazi y lo arriesgó todo para recopilar los primeros datos de la Solución Final. Tras su huida, sacó de contrabando el primer relato completo de cuanto acontecía en los campos de exterminio, un informe detallado que finalmente llegaría a manos de Franklin Roosevelt, Winston Churchill y el papa, y que acabaría salvando miles de vidas judías. *El maestro de la fuga* es la historia de un hombre que merece ocupar su lugar en la historia junto a Ana Frank, Oskar Schindler y Primo Levi, protagonistas todos ellos del capítulo más oscuro de nuestro pasado reciente.

«Un clásico inmediato de la literatura sobre el Holocausto. Magníficamente investigado y escrito, se trata de una historia apasionante y profundamente conmovedora. No podía dejar de leerlo.» **Antony Beevor**

«Un libro brillante y desgarrador, con lecciones universales y oportunas sobre el poder de la información y de la desinformación.» **Yuval Noah Harari**

«Una lectura inspiradora, cautivadora y emocionante. Freedland ha dado a Rudolf Vrba el lugar que le corresponde en la historia, y en el proceso ha escrito un libro que no se puede dejar de leer.» **Simon Sebag Montefiore**

«*El maestro de la fuga* es un clásico moderno de la literatura de la atrocidad más absoluta.» **Simon Schama**

«Maravilloso... Es original, meticuloso y totalmente irresistible.» **Philippe Sands**

«Un libro extraordinario. En algunos momentos apenas podía respirar. Es un homenaje a su extraordinario héroe, y una historia muy importante y necesaria de leer... No puedo elogiarlo lo suficiente.» **Philip Pullman**

Cómpralo y empieza a leer

Lonely Heart. Escucha a tu corazón

Kasten, Mona
9788408272335
416 Páginas

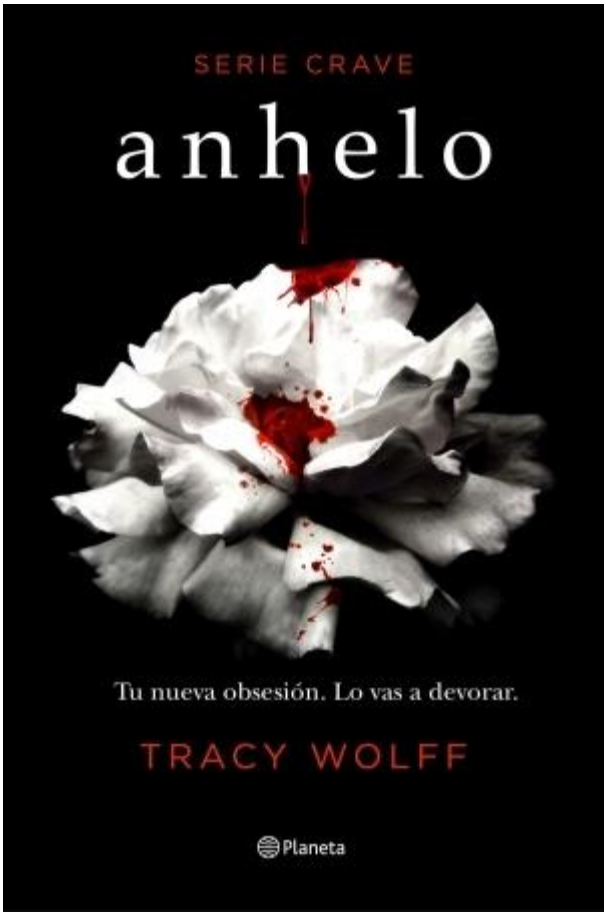
Cómpralo y empieza a leer

Llega la serie más exitosa de Mona Kasten, la autora de las series *AGAIN* y *SAVE* .

Más de 3.000.000 de lectores.

Rosie Hart presenta un programa de radio desde Los Ángeles el que, tras duro trabajo, está dando sus frutos: la *boyband* del momento, Scarlet Luck, ha aceptado ser entrevistada. Para Rosie es todo un acontecimiento, ya que sigue a los cuatro chicos desde sus inicios. Para el gran día, el grupo pone una serie de normas, la más importante: no tocar a ninguno de sus miembros. Rosie conoce muy bien el motivo: el batería, al que llaman Beast, lleva años sin permitir que nadie se le acerque. Pero las desgracias existen, el día de la entrevista todo sale mal y Rosie acaba sufriendo ataques de odio en las redes sociales. Todo se desmorona a su alrededor pero entonces Rosie coincide con Beast y le mira a los ojos. Y en ellos descubre a Adam, el chico solitario que se esconde tras el apodo. A partir de ese momento, ambos descubren una conexión que los empuja a mantener el contacto.

Cómpralo y empieza a leer



Anhelo (Serie Crave 1)

Wolff, Tracy
9788408233862
672 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

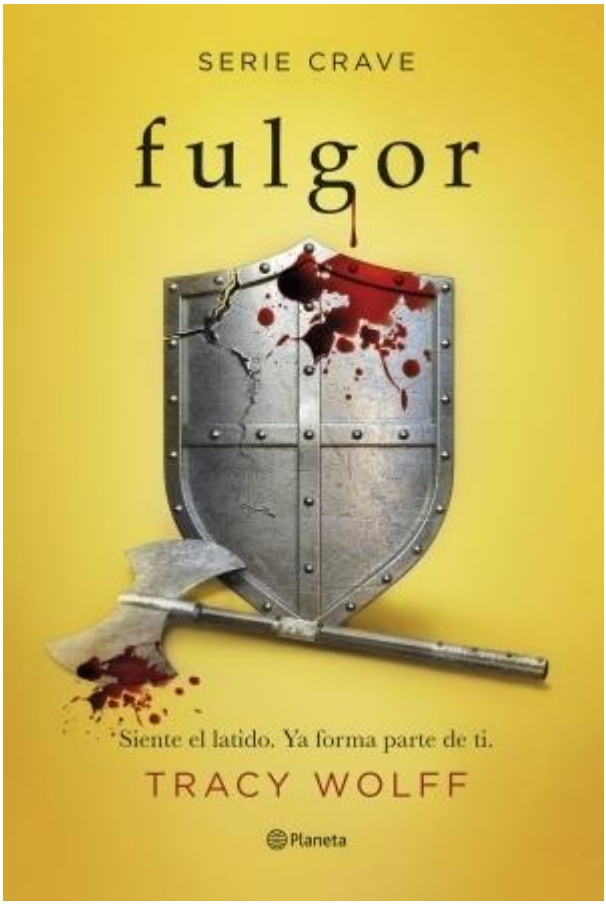
Descubre la Serie Crave. Ya forma parte de ti.

«Mi mundo cambió en el instante en el que pisé el instituto Katmere. Aquí todo resulta extraño: la escuela, los alumnos, las asignaturas; y yo no soy más que una simple mortal entre ellos, dioses... o

monstruos. Todavía no sé a qué bando pertenezco, si es que pertenezco a alguno, sólo sé que lo que parece unirlos a todos es su odio hacia mí.

Pero entre ellos está Jaxon Vega, un vampiro que esconde oscuros secretos y que no ha sentido nada durante un siglo. Algo en él me atrae, apenas lo conozco, pero sé que hay algo roto en su interior que de alguna manera encaja con lo que hay roto en mí. Acercarme a él puede significar el fin del mundo, pero empiezo a sospechar que alguien me ha traído a este lugar a propósito, y tengo que descubrir por qué.»

Cómpralo y empieza a leer



Fulgor (Serie Crave 4)

Wolff, Tracy

9788408256397

960 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

No te pierdas la cuarta entrega de la Serie Crave. Ya forma parte de ti.

Nadie sobrevivió ileso a la última batalla. Flint está enfadado con el mundo, Jaxon se está convirtiendo en algo que no reconozco, y

Hudson ha levantado un muro que no estoy segura de poder romper.

Ahora se acerca una guerra y no estamos listos. Necesitaríamos un ejército para tener alguna esperanza de ganar. Pero antes de eso necesito encontrar respuestas a las incógnitas sobre mis antepasados. Respuestas que podrían revelar quién es el verdadero monstruo entre nosotros… en un mundo lleno de vampiros sedientos de sangre, gárgolas inmortales y una antigua batalla entre dos dioses.

No hay garantía de que nadie se quede en pie cuando el polvo se asiente, pero si queremos salvar este mundo, no tengo otra opción. Tendré que abrazar cada parte de mí... incluso las partes que más temo.

Cómpralo y empieza a leer